Un romance siempre tiene dos versiones.

KANDI STEINER

Una carta de amor imposible

PARTE 1

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

PARTE 1

Cita
Prólogo. Recaída
1. Primer encuentro
2. El gusanillo
3. Solo un sorbito
4. Madurado en barrica
5. Una mancha
6. El regusto
7. Agua de vida
8. A palo seco
9. Jack Daniel’s
10. Resaca
11. Sobria
12. Una noche con el escocés
13. La «e» de Whiskey
14. Con hielo

15. La parte del ángel
16. Rehabilitación
17. Mi taza de té
18. Los temblores
19. Limpia
20. Medicina
21. El programa de los doce pasos
22. La debilidad de Wilson
23. Carta de amor a Whiskey
Epílogo. La última gota

PARTE 2

Cita
Prólogo
1. Asesino
2. El pacto
3. Lo siento por no sentirlo
4. Nosotros y alguien más
5. Los juegos que jugamos
6. Esta noche y algún otro día
7. Tocado por los ángeles
8. El juego de la espera
9. No vas a casarte con nadie que no sea yo
10. El peor final del mundo
11. Felices para siempre
Epílogo

Contenido Extra

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos

UNA CARTA DE AMOR IMPOSIBLE

Kandi Steiner

Traducción de Cristina Carro

CROSS BOOKS

A Sasha Whittington, mi mejor amiga y la única chica que ama el ardor del whiskey tanto como yo.

PARTE 1



«Un día, ya tengas catorce, veintiocho o sesenta y cinco años, te toparás con alguien que encenderá en ti un fuego que nunca se apagará. Sin embargo, la verdad más triste y dolorosa que descubrirás es que no siempre son las personas con las que pasamos la vida».

Beau Taplin

Prólogo

Recaída

Es una locura lo rápido que vuelve el gusanillo después de haber estado sobria tanto tiempo.

Abrí la puerta y me sentí mareada solo con verlo: la vista se me nubló y las piernas empezaron a temblarme. Antes necesitaba al menos un roce para llegar a este punto, pero mi tolerancia se había debilitado con la distancia y el tiempo, y solo con verlo se me calentó la sangre. Agarré el pomo con más fuerza, por si servía de algo, pero era como intentar beber agua después de haber pasado el punto de no retorno.

Whiskey estaba allí, en mi puerta, tal como había estado un año antes. Solo que esta vez no había lluvia, ni enfado, ni invitación de boda: solo estábamos nosotros.

Solo él: el viejo amigo, la sonrisa fácil, el consuelo envenenado envuelto en una botella brillante.

Solo yo: la alcohólica, la que fingía que no quería probarlo, pero enseguida se había dado cuenta de que los meses de abstinencia no le habían hecho desearlo menos.

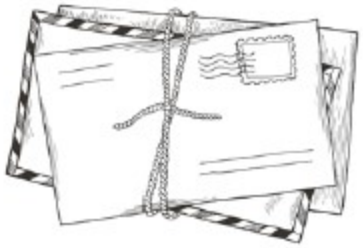
Pero no podemos empezar aquí.

No, si queremos contar bien esta historia, tenemos que volver hacia atrás.

Volver al principio. Volver al primer trago.

1

Primer encuentro



La primera vez que vi a Whiskey, me caí de bruces al suelo.

Literalmente.

Me quedé obnubilada desde el primer vistazo, y supongo que eso debería haber bastado para mantenerme alejada.

Jenna y yo estábamos corriendo por el sendero que rodea el lago cerca de su casa, y el sudor se nos metía en los ojos a causa del calor sofocante del sur de Florida. Era principio de septiembre, pero allí bien podría haber sido julio. En Florida no existe una estación de ponerte botas y bufandas, salvo el mes y medio entre enero y febrero en el que la temperatura baja de los veintisiete grados.

Ese día, estábamos a más de treinta y dos, y yo trataba de lucirme y demostrar que podía aguantar el ritmo del programa de entrenamiento de animadoras de Jenna. Mi amiga por fin había entrado en el equipo titular y con ese privilegio venían unos estándares ridículos que debía mantener. Yo odiaba correr, lo

detestaba con todo mi ser. Habría preferido estar sobre mi tabla de surf. Pero, por suerte para Jenna, tenía una mejor amiga competitiva, yo, quien nunca rechazaba un reto. Así que, cuando me pidió entrenar con ella, acepté con entusiasmo, aunque sabía que acabaría con las costillas y los gemelos gritando de dolor al acabar el día.

Yo lo vi primero.

Iba solo unos pasos por delante de Jenna, mirando mis zapatillas rosa chillón golpear el suelo. Cuando alcé la vista, él estaba a unos cinco metros, y hasta desde esa distancia supe que me iba a meter en un lío. Al principio parecía del montón —pelo castaño, cuerpo esbelto, camiseta blanca empapada por el sudor—, pero cuanto más se acercaba, más evidente se hacía lo bueno que estaba. Me fijé en cómo se le marcaban los músculos de las piernas al correr, cómo le rebotaba un poco el pelo, cómo fruncía los labios, concentrado, al aproximarse a nosotras.

Miré hacia atrás, intentando mover las cejas para enviarle a Jenna la señal secreta de amigui: «tío bueno a la vista», pero ella se había detenido a atarse las zapatillas. Y cuando volví la cabeza al frente, ya era tarde.

Choqué con él, un buen choque, y caí al suelo, rodando un poco para amortiguar el golpe. Él soltó una maldición y yo gemí, más de vergüenza que de dolor.

Me gustaría poder decir que me levanté con elegancia, le sonreí deslumbrante y le pedí su número, pero la verdad es que me quedé paralizada en cuanto lo miré.

Fue un dolor desconocido y cálido que se me expandió por el pecho mientras alzaba la mano para taparme del sol que salía detrás de su silueta, que es justo como una se imagina que será el primer trago de *whiskey*. Estaba inclinado sobre mí, con la mano extendida,

y decía algo que no entendí porque, de alguna manera, ya me las había arreglado para poner mi mano en la suya y solo ese roce me había incendiado la piel.

«Guapo» no era la palabra adecuada para describirlo, pero era la única que podía pensar mientras le recorría los rasgos con la mirada. El pelo era de color moca, estaba húmedo en las raíces, y le caía un poco sobre la frente. Los ojos eran enormes, casi demasiado redondos, y tenían una mezcla de dorado, verde y marrón muy oscuro.

El apodo de Whiskey no se lo puse hasta mucho después, pero fue en ese momento cuando lo vi por primera vez: eran ojos de *whiskey*. De esos en los que te pierdes. De esos que te absorben por completo. Tenía las pestañas larguísimas y la mandíbula firme, cuadrada. Tan dura, tan bien delineada, que hubiera jurado que estaba enfadado conmigo si no fuera por la sonrisa de su cara. Aún hablaba cuando mis ojos se deslizaron por su ancho pecho antes de volver de golpe a su sonrisa ladeada.

—Pero ¿estás ciego o qué? —La voz de Jenna me sacó del trance al apartar de un empujón a Whiskey y agarrarme la mano para levantarme de un tirón. Apenas tuve tiempo de recuperar el equilibrio antes de que se girara para seguir echándole la bronca—. ¿Por qué no te apartas el puto pelo de los ojos y te fijas por dónde vas, eh, campeón?

Vaya por Dios.

Ni siquiera me dio tiempo a decir «yo lo vi primero», no pude ni pensar las palabras y mucho menos decirlas, antes de que ya fuera demasiado tarde. Fui testigo, a cámara lenta, de cómo Whiskey se fijaba en mi mejor amiga antes de que yo pudiera cruzar una sola palabra con él.

Jenna se mantenía firme, de brazos cruzados y con el peso cargado sobre una cadera, en su pose habitual, mientras esperaba a que él se defendiera. Era su forma de operar, una de las razones por las que nos llevábamos tan bien. Las dos éramos de armas tomar, pero Jenna tenía la ventaja de ser exageradamente guapa además de tener carácter. Se sacudió la larga coleta rubia y arqueó una ceja.

Y él también.

Su sonrisa se ensanchó al mirarla y fue la misma expresión que había visto ya en decenas de chicos antes. Jenna era un unicornio, y los hombres caían rendidos a sus pies. Como debía ser: tenía el pelo rubio platino, ojos azul cristal, piernas eternas y una personalidad que enganchaba. Ahora bien, antes de que pienses que yo era la mejor amiga insegura, he de decir que yo también tenía lo mío. Me esforzaba, tenía talento... solo que no en las cosas que valoraban los chicos corrientes del instituto.

Pero ya llegaremos a eso.

—Hola —dijo, por fin, Whiskey, mientras le tendía la mano a Jenna. Sus ojos eran cálidos y su sonrisa acogedora: si tuviera que escoger la palabra adecuada para describirlo, solo una, sería «encantador»—. Soy Jamie.

—Bueno, Jamie, pues a ver si pides cita con el oculista antes de atropellar a otra corredora inocente. Y le debes una disculpa a Brecks. —Me señaló con la cabeza y yo me encogí de hombros al oír mi nombre completo, mientras me preguntaba por qué había sentido la necesidad de decírselo. Siempre me llamaba B, todo el mundo lo hacía, así que ¿por qué había decidido usar mi nombre completo justo cuando yo estaba cara a cara con el primer chico que me hacía latir el corazón de esta manera?

Jamie seguía sonriendo mientras miraba a Jenna, tratando de descifrarla, pero luego se volvió hacia mí con esa misma sonrisa

torcida.

—Perdona, tendría que haberme fijado por dónde iba. —Lo dijo con convicción, pero levantó las cejas en las últimas palabras, porque tanto él como yo sabíamos quién no estaba prestando atención al camino, y no era él.

—No pasa nada —susurré, porque por alguna razón, me costaba hablar con voz normal. Jamie inclinó la cabeza apenas un poco, con la mirada fija en mí, y me sentí desnuda bajo su atención. Nunca nadie me había mirado así, tan centrado en mí. Fue inquietante y también emocionante.

Pero antes de que pudiera aferrarme a esa sensación, volvió a mirar a Jenna, los ojos de ambos se encontraron y ambos sonrieron despacio. Había visto ese momento mil veces, pero esa fue la primera vez que presenciarlo me dio náuseas.

Yo lo vi primero, pero no importó.

Porque él la vio a ella.

Poco más de una semana después, Jenna y Jamie formalizaron ese coqueteo con el que llevaban ocho días. Así era en el instituto: no había jueguecitos, nada de «a ver qué pasa». Estabas con alguien, o no lo estabas. Y ellos estaban juntos. Muy juntos.

Tuve el privilegio de verlos besarse entre clases y, por mucho que quisiera odiarlos como pareja, simplemente no podía. De hecho, casi se me había olvidado que yo había visto a Jamie primero, porque juntos eran adorables. Jenna era más alta que yo, pero justo lo suficiente para encajar bajo el brazo de Jamie. Ella era animadora, él, jugador de baloncesto: roles diferentes, pero ambos populares y respetados. Los tonos oscuros de él contrastaban con los claros de ella y tenían un sentido del humor parecido. Hasta sonaban bien

juntos: Jenna y Jamie. O sea, en serio, ¿cómo iba a enfadarme por eso?

Así que lo dejé pasar, abandoné la idea de tenerlo y me instalé cómodamente en mi habitual papel de sujetavelas con Jenna y sus mil novios. Jamie fue el primero al que pareció gustarle tenerme cerca. Siempre me hablaba, bromeaba conmigo e hizo que pasáramos de la incomodidad a una amistad muy cómoda. Era agradable y me alegraba realmente por ellos.

Aun así, esa tarde después de clase decidí no ir de tercera en discordia. En lugar de eso, lancé mi mochila JanSport sobre la cama y empecé a rebuscar en el primer cajón en busca del bañador. Necesitaba meterme en el agua antes de que se fuera el sol. Aún no había llegado el horario de invierno, pero los días ya empezaban a acortarse, recordándome que el verano se alejaba.

—Hola, cariño —dijo mi madre, mientras tocaba suavemente en la puerta—. ¿Tienes hambre? Estaba pensando que podríamos salir a cenar, igual a ese bar de sushi que te gusta tanto.

—Aún no tengo hambre. Voy a ver cómo está el mar —respondí con una sonrisa tensa. Ni siquiera la miré, solo saqué mi top blanco de tiras favorito y le evité la mirada. No era la típica adolescente intensa que odiaba a su madre. La quería. Pero las cosas habían cambiado entre nosotras desde hacía un par de años.

Vale, aquí es donde te aviso: tenía asuntos sin resolver con mi padre. Supongo que, en cierto modo, también con mi madre.

Déjame explicártelo.

Todo en mi vida fue perfecto, al menos para mí, hasta el verano anterior a segundo de Bachillerato. Ese fue el verano en el que abrí los ojos y vi que mi vida no era lo que parecía.

Creía que lo tenía todo. Mis padres no estaban casados ni juntos, pero nunca lo habían estado. Yo ya estaba acostumbrada. Era lo

normal para nosotras. Mi madre no salía con nadie, mi padre sí, pero nunca se volvió a casar y de algún modo siempre acabábamos juntos, los tres, cada Navidad. Siempre viví en casa de mi madre, pero pasaba el mismo tiempo en la de mi padre. Nunca se peleaban, pero tampoco se reían mucho. Yo pensaba que hacían el esfuerzo por mí y les estaba agradecida por ello.

Éramos poco convencionales: yo me pasaba el tiempo yendo de una casa a otra y ellos se toleraban por mi bien, pero funcionaba. La piel de mi padre era blanca, blanca como la leche, con pecas y un leve toque rosado, mientras que la de mi madre no tenía ni una sola marca y era del más hermoso tono de negro. Ébano y marfil, y yo era la mezcla perfectamente imperfecta de ambos.

Puede que sus trabajos no les permitieran llenarme de regalos en mis cumpleaños o comprarme un llamativo coche cuando cumplí los dieciséis años, pero trabajaban duro, pagaban las facturas, y me inculcaron esa misma mentalidad. Tal vez los Kennedy no fuéramos ricos en dinero, pero sí en personalidad.

Aun así, no todo es lo que parece.

Nunca entendí de verdad esa frase hasta aquel verano, justo antes de empezar segundo, cuando todo lo que creía saber sobre mi vida se borró de golpe, en una conversación violenta, como de revelación divina. Esa noche, mi madre había bebido demasiado, algo habitual en ella, y yo, como tantas otras veces, la acompañé sujetándole el pelo sobre nuestro retrete de color marfil, mientras me hablaba entre arcadas.

—Eres mucho mejor de lo que nunca llegué a imaginar —repetía una y otra vez. Pero luego el vómito literal se convirtió en vómito verbal, y soltó una verdad para la que yo no estaba preparada.

Verás, la historia que me habían contado desde pequeña era que mamá y papá habían sido mejores amigos de jóvenes. Eran

inseparables y, tras años de bromas por parte de todo el mundo sobre si estaban saliendo, finalmente se dieron una oportunidad y resultó que eran perfectos el uno para el otro. Tuvieron una relación feliz durante varios años y una niña preciosa a la que ambos querían muchísimo. Pero la cosa no funcionó, así que volvieron a ser solo amigos. Fin. Suena bonito, ¿verdad?

Salvo que era mentira.

La verdad era mucho más desagradable, como suele ser, y por eso me la ocultaron. Pero esa noche, con el tequila de por medio, mi madre pareció olvidar por qué era tan importante mentirme. Y soltó la verdad.

Habían sido mejores amigos, eso era cierto, pero nunca habían salido. Lo que pasó es que mi padre se volvió celoso y espantaba a cualquier chico que se acercara a mi madre. Pero la cosa no se quedó ahí. Una noche, cuando ella lloraba por el último chico que la había dejado, mi padre se le echó encima. Y no aceptó un no por respuesta.

No aceptó el primer no.

Tampoco el decimoprimero.

Ella los contó, por cierto.

Mi madre tenía diecisiete años entonces, y yo soy el resultado de aquella noche: un bebé que no debería haber existido, fruto de un horror que no debería haber pasado.

Supongo que aquí es donde tendría que decirte que empecé a odiar a mi padre en ese mismo momento. Y en cierto modo, así fue. Pero, por otra parte, todavía lo quería. Seguía siendo mi padre, quien me llamaba «peque» y me preparaba chocolate caliente con helado de vainilla ahogado cuando tenía un mal día. Me preguntaba cómo era posible que ese hombre tranquilo y cariñoso con el que crecí hubiera hecho algo así.

Durante un tiempo viví atrapada entre esos dos sentimientos: amor y odio. Pero cuando por fin reuní el valor para enfrentarlo, para decirle que sabía lo que había pasado, no tuvo nada que decir. No pidió perdón, no intentó justificarse, ni mostró ninguna otra emoción que no fuera enfado ante el hecho de que mi madre me lo hubiera dicho. Después de eso, me fui decantando por el odio y cinco meses después de aquella noche, dejé de hablarle.

Y aunque no debería haberme enfadado con mi madre por no contármelo antes, lo hice. Ella no se merecía que la culpara por dejarme creer que mi padre era una buena persona, pero la culpé. Y así, mi vida no volvió a ser igual.

Como dije, no es que odiara a mi madre. No la odiaba. Pero desde aquella noche había algo que se interponía entre nosotras, una fuerza inamovible, y sentía los bordes afilados de ese algo cada vez que la miraba.

Así que, la mayoría de las veces, prefería no mirarla.

—Vale —respondió, derrotada—. Espero que te diviertas, entonces. —Yo seguía revolviendo mientras buscaba la parte de abajo del bikini y ella se giró para marcharse, pero se detuvo lo justo para decirme de pasada—: Te quiero.

Me quedé quieta, cerré los ojos y solté un largo suspiro.

—Yo también te quiero, mamá.

Jamás dejaría de decirle esas palabras. La quería muchísimo, aunque nuestra relación ya no fuera la misma.

Para cuando encontré el bikini, me vestí, aseguré la tabla al techo de mi viejo todoterreno y llegué hasta la playa, el peso del día amenazaba con asfixiarme. Pero en cuanto puse la tabla en el agua y me subí y encontré el ritmo adecuado de paladas para manejar el familiar esfuerzo del movimiento de remo, empecé a respirar con más calma.

El mar del sur de Florida estaba lejos de ser una maravilla, pero me servía. Era una de mis formas favoritas de perder el tiempo: conectada con el agua, conmigo misma. Era mi momento de estar sola, de pensar, de procesar. Usaba el surf como otras personas usan el deporte o la comida: para sobrellevar, para sanar, para afrontar mis cosas o ignorarlas, según el día. Era mi refugio.

Por eso casi me caigo de la tabla cuando Jamie apareció remando a mi lado.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dijo con su voz grave y rasposa. Se rio al ver que perdía el equilibrio y yo entrecerré los ojos, aunque sonreí igualmente. Todo lo que creía saber sobre su cuerpo se desvaneció en ese momento y tragué saliva, mientras seguía con la mirada las marcadas líneas de sus brazos y llegaba hasta el abdomen. Había una cicatriz ahí, justo encima de la cadera derecha, y me quedé mirándola un segundo más de la cuenta antes de aclararme la garganta y volver la vista hacia el mar.

—Pensé que habías quedado con Jenna.

Se encogió de hombros.

—Habíamos quedado. Pero por lo visto hubo una crisis de animadoras.

Entonces nuestras miradas se cruzaron, mientras conteníamos una risa que acabamos por soltar.

—Jamás entenderé los deportes de equipo —dije, negando con la cabeza.

Jamie entrecerró los ojos para que el sol no lo cegara, mientras pasábamos sobre una ola pequeña, montados a horcajadas sobre nuestras tablas.

—¿Cómo? ¿Que jamás entenderás el tener un equipo que trabaja por un objetivo común?

Resoplé.

—No seas redicho. Sabes a qué me refiero.

—Ah, o sea, que no te gusta divertirte.

—Sí, pero no me gusta la diversión organizada. —Lo miré de lado, con una pequeña sonrisa que amplié un poco cuando la comisura derecha de su boca se levantó en respuesta—. No sabía que surfeabas.

—Sí —respondió—. Lo creas o no, a quienes nos gusta la diversión organizada también nos encantan los deportes individuales.

—Vas a seguir con eso, ¿no?

Se rio y yo me relajé un poco. ¿Y qué si Jamie era increíblemente guapo y tenía los abdominales de un joven Brad Pitt? Podía sobrellevarlo, podía ser su amiga, ignorar ese cosquilleo en el estómago cuando me sonreía. Era agradable tener más amigos además de Jenna. Así como ella hacía amigos con facilidad, yo tendía a alejar a la gente, ya fuera por decisión propia o por accidente. Quizá lo de ser tres, Jamie, Jenna y yo, no fuera tan mala idea, después de todo.

Pero en cuanto consideré en serio esa posibilidad, lo de tener un chico como amigo, el estómago se me encogió por una razón completamente distinta. Una imagen me asaltó de golpe: mi madre inclinada sobre el retrete, con los ojos enrojecidos y la verdad que salía de su boca, clavándoseme en la garganta como una estaca de hielo. Tragué saliva y cerré los ojos un momento antes de mirar mi reloj de pulsera impermeable.

—Deberíamos intentar coger la próxima ola.

No esperé su respuesta antes de empezar a remar.

Surfeamos lo que pudimos, pero las olas ese día eran una tristeza, apenas tenían fuerza suficiente para llevar nuestras tablas de vuelta a la orilla. Así que, al final, acabamos exactamente donde habíamos empezado: montados a horcajadas, con las piernas sumergidas en el

agua salada, mirando hacia el mar. El sol se hundía lentamente a nuestras espaldas, poniéndose por la costa oeste mientras teñía la playa con un difuso resplandor amarillo.

—¿A dónde vas cuando haces eso?

—¿Cuándo hago qué? —pregunté.

—A veces tienes la mirada perdida. Como si no estuvieras aquí del todo.

En ese momento me estaba observando del mismo modo en que lo hizo el día que nos conocimos. Pasé el pulgar por uno de los dibujos negros de mi tabla y me encogí de hombros.

—Solo estoy pensando, supongo.

—Suena peligroso.

Sonrió y sentí que me ardían las mejillas, aunque nadie salvo yo lo notara. Mi piel no delataba el rubor como la de Jenna.

—Probablemente lo sea. Deberías mantenerte alejado.

Jamie se mordió el labio, mientras seguía mirándome, y abrió la boca como para añadir algo más, pero no lo hizo. Se giró y se quedó mirando en la misma dirección que yo durante unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Y en qué piensas ahora?

Solté un suspiro largo y lento.

—Pienso en las ganas que tengo de largarme de aquí, mudarme a California y surfear por fin una ola de verdad.

—¿Vas a mudarte?

—Aún no. Pero espero hacerlo para la universidad.

—Ah —dijo pensativo—. Entonces, supongo que no tienes interés en ir a la Universidad de Palm South.

Negué con la cabeza.

—Nah, demasiado intensa. Quiero una universidad relajada, en la costa oeste. Algún lugar con olas que no den pena.

Jamie metió la mano en el agua y la alzó después, dejando que el agua se le escurriera por entre los dedos hasta caerle sobre la piel caliente de los hombros.

—Yo también, Brecks. Yo también.

Fruncí el ceño al oír mi nombre.

—Es solo B.

—Solo B, ¿eh?

Asentí.

—¿También quieres ir a estudiar a California? —pregunté.

—Ese es el plan. Tengo un tío allí que tiene contactos en algunas universidades. ¿Tú ya tienes alguna en mente?

—Aún no. Solo quiero que esté lejos de aquí.

Afirmó con la cabeza y, por suerte, no me pidió explicaciones sobre mi dramática frasecita. Nos quedamos en silencio un rato más antes de remar de vuelta y caminar hacia los coches con las tablas bajo el brazo. La arena era gruesa al contacto con los pies descalzos, pero me encantaba esa sensación. Me encantaba todo de la playa, especialmente surfear, y miré de reojo a Jamie, más agradecida de lo que hubiera imaginado por haberme cruzado con él.

Después de aclararnos con agua dulce, me ayudó a cargar mi vieja tabla verde lima y asegurarla al techo de mi legendario Kia Sportage del 98. Y como leyenda que era, no arrancó cuando intenté ponerlo en marcha.

—Genial —murmuré, dejando caer la frente sobre el volante. Jamie acababa de guardar su tabla unos coches más allá, y se acercó de nuevo.

—¿No arranca?

—Parece que es mi día de suerte.

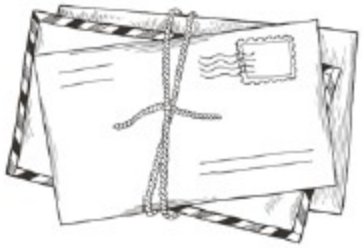
Sonrió y tiró de la manilla de mi puerta para abrirla.

—Vamos, te llevo a casa.

No lo sabía entonces, pero ese gesto tan pequeño, esas cinco palabras tan simples, serían lo que cambiaría todo entre Jamie Shaw y yo.

2

El gusanillo



Por mucho que me encantara la playa, odiaba el efecto que tenía en mi pelo.

Yo era una mezcla de mis padres, con la mitad de los rasgos de cada uno. Tenía los ojos de mi padre, el pelo de mi madre y un tono de piel que combinaba los de ambos. Mi padre era blanco y mi madre, negra, así que yo estaba justo en medio: un tono café con leche. Era baja como mi madre y terca como mi padre, y de algún modo había heredado la combinación más intensa de su ética laboral. Mi madre era delgada, sin apenas curvas, y en eso también me parecía a ella. Me encantaba mi cuerpo atlético, aunque no llamara la atención de los chicos como lo hacían las caderas de Jenna.

Dicho todo esto, el agua salada y mi pelo se llevaban tan mal como el agua y el aceite. Intenté domarlo en el espejito del parasol del asiento del copiloto del Jeep de Jamie, usando los dedos para

intentar arreglar un poco los rizos ensortijados. Luego me limpié los dedos en las mejillas, intentando quitarme los restos de sal. Mis ojos gris azulado tenían un aspecto cansado en el espejo y los dejé vagar un segundo hasta las pecas de los pómulos, antes de cerrar el espejo y acomodarme de nuevo en el asiento de cuero.

Nunca había visto un Jeep tan bonito, y mucho menos estado dentro de uno. Era completamente nuevo, rojo cereza, con asientos de cuero negro y un salpicadero lleno de extras. Me parecía un poco excesivo, sobre todo para alguien que iba al instituto. ¿De verdad un chico de diecisiete años necesitaba un coche tan caro?

La respuesta era un no rotundo.

Pero me había enterado de muchas cosas sobre Jamie en esos ocho días que habían pasado desde que nos conocimos, gracias a un poco de cotilleo en redes sociales. Nuestro instituto era enorme; solo en el curso de Jenna y mío había más de seiscientos alumnos. Pero no me importó meterme en internet para averiguar algo más sobre el nuevo novio de mi mejor amiga, y conseguí bastante información. Suficiente para saber que su padre era dueño de uno de los mejores despachos contables de Fort Lauderdale, y que a Jamie no le iba a faltar de nada en la vida. Yo esperaba poder ir a la universidad en California, pero no tenía ninguna duda de que él lo conseguiría si eso era lo que quería.

Me pregunté cómo sería crecer sabiendo que el dinero nunca iba a ser un problema, pero en el fondo no me importaba demasiado. Me habían criado con la idea de que las cosas se consiguen con esfuerzo y eso era lo que yo pensaba hacer. De hecho, ya estaba haciéndolo: me esforzaba por sacar buenas notas, y participaba en todas las actividades del instituto que podía soportar para tener un buen currículum de cara a las solicitudes universitarias.

También descubrí que tenía un perro llamado Brutus y dos hermanas pequeñas tan guapas como él.

Hasta ahí llegaron mis pesquisas, ir más allá hubiera sido un poco de acosadora.

—Entonces, ¿sigo todo recto hasta Scenic Drive? —preguntó Jamie al girar en Cherry Street.

—Sí. Gira a la izquierda en Scenic y mi casa es la cuarta a la derecha. Es de color amarillo chillón, no tiene pérdida.

Se hizo un suave silencio entre ambos y volví a pasarme las manos por el pelo, intentando aplacarlo, preguntándome si Jamie se habría fijado siquiera en cómo lo llevaba.

—Este coche es una pasada —dije, como una boba, solo por romper el silencio. A Jamie se le iluminaron un poco los ojos y se acomodó, cambiando de mano en el volante.

—Gracias. Me pasé tres veranos currando para conseguirlo, así que le tengo mucho aprecio.

Enarqué una ceja.

—¿Te lo has pagado tú?

—Bueno, algo así. Estuve tres veranos trabajando sin cobrar para la empresa de mi padre. Le dije que quería un Jeep, uno bueno, que me sirviera para llevar la tabla pero también para hacer viajes largos con comodidad. —Me miró—. Y al final me lo compró al acabar este verano.

—Qué bien. ¿Y por qué querías un coche preparado para viajes largos?

Jamie se fijó en cómo me cruzaba de brazos, mientras la piel se me erizaba a causa del agua salada que se secaba. Se inclinó hacia delante para ajustar el aire.

—No sé, por si acaso. Me encanta conducir. Me ayuda a aclararme las ideas.

Asentí.

—Ya, te entiendo.

—También es casi el único momento en el que puedo escuchar la música que de verdad me apetece. Ya sabes, cuando no hay nadie más en el coche para opinar.

—Vale, ahora me ha picado la curiosidad —dije, descruzando los brazos y doblando las piernas sobre el asiento—. ¿Qué es lo que te gusta escuchar?

Jamie frunció los labios.

—¿Prometes no burlarte?

—No.

Se echó a reír.

—Entonces no puedo enseñártelo.

—Vale, vale. No me reiré.

Me miró, dudando si fiarse de mí o no.

—Al menos no tan alto como para que lo oigas.

—Me sirve.

Sonrió, pero enseguida se puso serio al enchufar el móvil al cable auxiliar y empezar a buscar entre su música. Cada vez que deslizaba el pulgar hacia arriba, se le marcaba una línea en el antebrazo, allí donde se activaban los músculos. Dejé la vista fija en esa línea, observando cómo se movía, hasta que sonó la primera nota justo cuando nos detuvimos en un semáforo.

Era suave, reconfortante, familiar. Muy familiar. Cuando me di cuenta de qué canción era, no pude contener la reacción.

—No me jodas.

—Sí, lo sé, es muy friki. —Jamie fue a bajar el volumen, pero le di un manotazo para impedírselo.

—No, no, es genial. Es solo que flipo con que escuches música clásica. Es Brian Crain, ¿verdad?

Le tocó a él alucinar.

—Sí.

—Me encanta —dije emocionada, mientras me incorporaba. Quizá hasta pegué un pequeño brinco—. Es increíble. Por favor, dime que también escuchas a The Piano Guys.

Me miró boquiabierto.

—Me flipa The Piano Guys.

Nos echamos a reír, con los ojos brillantes, y nos miramos como si el otro fuera demasiado bueno para ser verdad.

—¡Esto es una locura! Nunca había conocido a nadie a quien le gustara esta música. O sea, nunca.

—Pues ya somos dos —dijo justo cuando el semáforo se puso en verde. No arrancó de inmediato, solo me miró, con esa manera suya de observar que me hacía preguntarme en qué estaría pensando. Como si yo fuera un cuadro y él, un entendido en arte. Sentía que me estaba valorando, evaluando, decidiendo si debía coleccionarme o dejarme pasar.

Recé por que fuera la primera opción, aunque sabía que no debía.

El Mazda de atrás tocó la bocina y Jamie parpadeó, como si saliera de un trance.

No volvimos a hablar en todo el trayecto a casa; solo escuchamos su lista de reproducción y sentimos el viento en el pelo. Era sorprendentemente cómodo estar en silencio con Jamie, como si las palabras no hicieran falta, sobre todo con una versión para piano de «Bring Him Home» de *Les Misérables* de fondo mientras conducía.

Cuando se detuvo frente a mi casa, sonreí con la cabeza aún apoyada en el reposacabezas, mientras me giraba hacia él.

—Esta me la sé.

—¿Qué te la sabes?

Asentí.

—Ajá, al violín.

—¿Tocas el violín?

—No.

Abrió la boca, la volvió a cerrar y luego se echó a reír.

—Vale, estoy confuso.

Mi sonrisa se agrandó.

—No toco el violín. Pero una vez, en el instituto, estaba comiendo con un chico de la banda y me oyó escuchar esta canción. Me quitó los auriculares, y se creyó que estaba siendo superinteresante contándome al oído que él sabía tocar esa canción al violín. El tipo creía que se estaba marcando un tanto conmigo. —Me encogí de hombros—. Pero no me impresionó, le dije que cualquiera podía aprender a tocarla. Dejó de tirarme los trastos y se lo tomó fatal, me dijo que ni de coña me la podía aprender, así que hicimos una apuesta. Y cinco semanas después, fui a la mesa donde solía sentarse, cogí su violín, que tenía al lado, y la toqué.

—No es verdad.

Me mordí los labios, sonriendo.

—Vaya que sí. Soy una persona muy competitiva, Jamie Shaw. Y nunca digo que no a un reto.

Sus ojos tenían un tono entre verde y dorado en la escasa luz que quedaba del día, estaba casi anocheciendo, y parecían sonreír cuando dejó caer la cabeza hacia atrás, imitando mi postura.

—Lo tendré en cuenta, Br... —Hizo una pausa—. B.

Durante un segundo, me permití mirarlo sin más, luego me desabroché el cinturón, cogí mi bolsa de la playa y me la colgué en el hombro.

—Gracias por traerme. —Suspiré, negando con la cabeza—. Jenna me va a matar cuando se entere de que no voy a poder ir al partido de mañana.

—¿Cómo que no?

—Bueno, voy a llamar a mi padre para ver si puede ir a recogerme el coche y llevarlo al taller de un amigo suyo, pero no hay forma de que lo tengan listo para mañana por la noche. Jenna anima en el primer partido en casa. Le prometí que iría, pero a no ser que mi madre salga antes del trabajo, no voy a poder.

—Te llevo yo —se ofreció Jamie sin dudar.

—No, no, no hace falta. No tienes que...

—Quiero hacerlo. En serio. De todos modos, iba a ir y me vendría bien alguien con quien sentarme. —Sonrió con esa sonrisa suya, ladeada y perezosa, que me hacía temblar las piernas.

—Vale.

Su sonrisa se ensanchó.

—Vale.

Mi madre ya estaba en su habitación cuando colgué la tabla en el garaje, así que me hice un sándwich de queso a la plancha y me lo llevé a mi cuarto. No encendí la tele ni miré el móvil. Me limité a comer despacio y saborear cada bocado, mientras miraba la puerta del armario y repasaba cada momento de la tarde. Después, cuando ya no pude posponerlo más, llamé a mi padre. Supongo que, en cuanto me oyó, supo que necesitaba algo; esa era la única razón por la que lo llamaba últimamente, así que fui directa. Me dijo que él se encargaba, porque así era él, el tipo de persona que se encargaba de todo.

Pero también era el tipo de persona que era capaz de violar a mi madre y a veces tenía que obligarme a recordarlo. Sobre todo, en noches como esa, cuando me llamaba «peque» y el corazón me daba un vuelco por el cariño que siempre le había tenido.

Tenía la vista borrosa, probablemente por el agua salada, así que me preparé un baño en cuanto colgué. Siempre me había gustado

bañarme; solo me duchaba si tenía prisa. Era agradable meterse en el agua caliente, tomarse ese tiempo para pensar. Me bastaban esos treinta minutos al día para mí, era suficiente.

Pero esa noche, mientras movía los dedos de los pies bajo el grifo y el agua iba llenando la bañera a mi alrededor, me sentí distinta. El calor parecía más intenso, la luz más brillante y seguía teniendo la vista borrosa. Pensé con demasiada intensidad en esa persona en la que no debía pensar y una especie de subidón desconocido, que nunca había sentido, me recorrió entera al dejar que él se me metiera dentro.

Debería haberlo pensado mejor. Debería haber llamado a Jamie para decirle que no viniera a buscarme para el partido. Debería haber buscado una foto suya con Jenna para recordarme qué papel desempeñaba yo en ese equipo de tres.

Pero no hice nada de eso.

Y lo peor es que ni siquiera me sentí culpable por ello.

Por mucho que detestara todo lo relacionado con el espíritu de equipo, había que admitir que los partidos de fútbol en casa, en un instituto del sur de Florida, tenían su rollo. Los estudiantes iban pintados con los colores del instituto, turquesa y blanco, animaban a gritos y hacían sonar las cornetas. La banda tocaba una música tan animada que era difícil no moverse y todo el mundo chocaba los cinco cuando el equipo hacía algo bien, creando un ambiente de camaradería en las gradas que no me esperaba.

El instituto de South Springs no ganó ni un solo partido la temporada anterior, pero este año teníamos un equipo medio decente, lo cual me venía guay, ya que seguramente iría a todos los partidos a ver a Jenna animar.

Jenna Kamp era el tipo de amiga que, cuando la conoces, ya no la sueltas jamás. Leal hasta la médula, divertidísima y con una determinación a prueba de bombas: justo el tipo de persona del que me gustaba rodearme. No dejaba de luchar por sus sueños ni me permitía que yo dejara de hacerlo por los míos. Pero además de todo eso, era la única persona en mi vida que me aceptaba tal como era, exactamente como era, y me quería por encima de todo. Sabía lo de mis padres, lo de mi nombre, lo de mi coche cutre. No le importaba que mi madre fumara dentro de casa y mi ropa apestara a tabaco, ni que hasta octavo no hubiera sabido hacerme nada decente en el pelo. Me quiso durante todas mis fases raras, y sabía que me querría incluso en las peores. Era mi amiga para toda la vida.

Por eso me sentía fatal al estar tan centrada en el punto exacto donde mi rodilla tocaba la de su novio mientras la veíamos animar desde las gradas.

Aquello estaba abarrotado, así que Jamie y yo habíamos conseguido abrirnos camino hasta un hueco en tercera fila. O tocaba al chaval de primero que tenía al otro lado o tocaba a Jamie, y elegí a Jamie.

Solo porque lo conocía, claro.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó mientras bebía el granizado rojo que había ido a comprar durante el descanso—. Sé que toda esta diversión organizada puede ser una tortura.

—Me estás juzgando por mi falta de espíritu estudiantil, ¿a que sí?

—Un poquito sí.

Suspiré.

—Y eso que yo prometí no juzgarte por tus gustos musicales. No juegas limpio, Jamie Shaw.

Removió con la pajita, mientras sonreía de medio lado.

—No lo sabes tú bien.

Entrecerré los ojos, dispuesta a preguntarle qué demonios quería decir con eso, cuando el grupo de animadoras empezó una nueva coreografía. Jamie clavó la vista en Jenna, se le dibujó una sonrisa sexi y ya no apartaron los ojos el uno del otro durante todo el número. Yo también la miré, hipnotizada por lo perfecta que era. De verdad, aún no había conocido a nadie que fuera más guapo que ella, ni siquiera Jamie. Jenna era deslumbrante.

Cuando terminó la coreografía, Jenna le lanzó un beso a Jamie y él sonrió mientras ella volvía a girarse hacia el campo, con su faldita ondeando a cada paso.

Y luego, él se volvió hacia mí.

—¿Estás en algún club o algo así?

Sentí que enrojecía.

—Vale, en serio, no te rías, porque mis intereses y los de Jenna son completamente distintos.

—No te estoy comparando.

Me mordí los labios al ver la sinceridad de su mirada.

—Estoy en el Club de Debate. Y en Interactúa.

Soltó una buena carcajada.

—Y tanto que estás en el Club de Debate.

—¿¡Qué se supone que quiere decir eso!?

Jamie se rio con más fuerza aún, y me apoyó la mano en la rodilla mientras se doblaba literalmente de la risa. Intenté no dar importancia a lo mucho que me impactaba su tacto a través de la tela del vaquero.

—Nada, solo que tiene todo el sentido. Tú y esa boquita tuya. —Quitó la mano, pero ahora estaba mirando esa misma boca que acababa de mencionar y yo apenas podía respirar.

Carraspeó mientras miraba de nuevo al campo.

—¿Qué es Interactúa?

—Básicamente es un club de servicio a la comunidad. Quiero engordar el currículum antes del último curso, ya sabes.

Nuestro equipo marcó y todo el mundo se levantó, en medio de gritos. Jamie y yo tardamos un poco más en reaccionar. Chocamos los cincos con varios de los que teníamos cerca y vimos a Jenna hacer una carpa en el aire antes de volver a sentarnos en las gradas.

—Sí, me dijiste que querías ir a la universidad en California, pero ¿qué quieres estudiar?

Le robé el granizado, y le apunté con la pajita antes de darle un sorbo.

—Tendrás que ponerte a la cola para que te conteste a eso, vas justo detrás de mi madre.

Jamie recuperó su granizado y dio un trago, y entonces me di cuenta de que habíamos compartido la misma pajita. No sabría decir por qué, pero me dio un vuelco el estómago.

—¿Habrá alguna pista para el último de la cola?

—No lo sé aún. Seguramente entre sin especialidad, haga los créditos generales y luego ya veré. Me encanta escribir, pero también me gustan los problemas de mates. Me da mucho subidón hablar en público, pero también disfruto de trabajar sola en un proyecto largo. —Suspiré—. Me parece una tontería limitarme tan pronto. ¿Es tan malo que te guste más de una cosa?

Él ladeó la cabeza.

—Para nada. Creo que eso te hace especial.

—Genial. «Especial». Como un niño tonto. Suena como cuando mi madre me decía que era «única».

Jamie se rio.

—Lo eres. Eres única, B. Y eso me gusta.

El aire se me quedó atascado en el pecho y respiré hondo, me metí las manos bajo los muslos mientras apartaba la rodilla que

estaba tocando la suya. De repente todo era demasiado y me concentré en la sensación del metal frío de la grada contra la piel.

—¿Y tú? Tú lo tendrás todo planeado, claro.

—Más o menos. Quiero decir, para mí siempre ha sido fácil. Quiero lo que tiene mi padre, ¿sabes? —Los ojos le brillaban, animados—. No sé si te lo dije ya, pero es contable, tiene su propia asesoría en Fort Lauderdale.

—¿En serio? —pregunté fingiendo sorpresa.

Jamie se incorporó un poco y gesticuló mientras hablaba.

—Montó la empresa con veintiséis años, B. ¡Veintiséis! ¿Te lo imaginas? Estuvo a punto de quebrar un par de veces, pero resistió y ahora es una de las mejores asesorías del lugar. Quiero seguir con eso, trabajar con él hasta que me la pase y después esforzarme aún más por mantener la reputación que tanto le costó conseguir. Quiero encontrar al amor de mi vida, casarme, llenar la casa de críos, y hacer lo que haga falta para darles todo lo que necesiten.

—¿Es lo que tú quieres? ¿O es lo que él quiere para ti?

El otro equipo marcó un tanto y el público abucheó, interrumpiendo la conversación. Cuando se calmó el alboroto, Jamie me respondió.

—Sí, es lo que yo quiero —dijo con total seguridad—. Me encanta lo que mi padre ha construido con mi madre, lo que han hecho por mí y por mis hermanas, Sylvia y Santana. —Se encogió de hombros, y vi cómo se le movía un mechón de pelo y le caía sobre la frente—. Llevo tres veranos trabajando en la empresa y me encanta. Se me da bien. No sé, es como que para mí tiene sentido.

—Debe de ser guay saber lo que quieres así, con tanta claridad.

Él tragó saliva, su mirada se centró en el partido y ya no en mí.

—A veces es más difícil. Siempre está ese miedo de que, aunque sepas lo que quieres, no llegue a hacerse realidad. —Jamie me miró

—. En ocasiones, no es tan sencillo como simplemente querer algo y hacerlo.

Asentí, o al menos eso creo. Él me miraba de esa manera tan suya y, cuando eso pasaba, no estaba segura de que mi cuerpo realmente hiciera lo que yo quería.

—Seguro que lo consigues.

Sonrió. Fue una sonrisa sencilla que borró la tensión de ese momento.

—Gracias, B. Yo también creo que tú conseguirás lo que te propongas.

Al final ganamos el partido, veinticuatro a catorce, y Jenna salió corriendo del campo para lanzarse a los brazos de Jamie en cuanto sonó el silbato final. Él la levantó sin esfuerzo y la giró en el aire antes de besarla, mientras sonaba un «oh» colectivo entre los que presenciaban ese momento de película desde las gradas. Ese beso fue el que me devolvió a la realidad, la realidad en la que Jamie era el novio de mi mejor amiga. Jenna se volvió hacia mí y yo esbocé una sonrisa tan rápido como pude antes de que ella me abrazara.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Sé que esto no es de tu rollo.

Me encogí de hombros.

—No ha estado tan mal. —Mi mirada se cruzó con la de Jamie y él esbozó una sonrisa burlona, pero aparté rápidamente la mirada, volviendo a Jenna, mi mejor amiga, a quien quería y que confiaba en mí—. ¿Aún sigue en pie lo de esta noche?

—¡Pues claro! Necesitamos una noche de chicas. Por favor, dime que tienes bebidas energizantes y ositos de gominola listos para consumir.

Bufé, fingiendo enfado.

—Por favor, la duda ofende.

Ella sonrió radiante, sus ojos azules brillaban bajo las luces del estadio.

—Acabo aquí y estoy lista. ¿Nos vemos en una hora o así?

—Perfecto.

Se puso de puntillas para darle otro beso a Jamie antes de salir corriendo y Jamie tardó más de lo necesario antes de volverse hacia mí. Nuestras miradas se encontraron, más elocuentes que las palabras, y yo me giré antes que él y me dirigí al aparcamiento, mientras él me seguía a pocos pasos de distancia.

Camino de mi casa, íbamos en completo silencio en el Jeep de Jamie, ambos enfrascados en nuestros propios pensamientos. Hasta que me sonó el teléfono.

—Hola, papá.

—Hola, peque. ¿Qué tal el partido?

—Bien —respondí seca. Decir que mi relación con mi padre estaba tensa tras la confesión de mi madre sería quedarse corta. Probablemente lo volvía loco con mis idas y venidas, porque en un momento me olvidaba del asunto y dejaba que todo fuera como antes, y de repente apenas era capaz de hablar con él sin sentirme asqueada. No sabía cómo odiar a mi padre sin más, aunque lo intentaba a menudo. Supongo que no había una «manera correcta» de afrontarlo, al menos yo no la había encontrado.

—Me alegro. Qué bien que hayas salido de casa. —Su tono había cambiado, probablemente porque había captado el mío. Sabía qué clase de día estaba teniendo—. Escucha, tengo noticias sobre tu coche.

—Dime.

—Pues..., no conseguimos averiguar qué le pasa. Al menos de momento. Hemos revisado la batería, el alternador, la correa de distribución... Nick cree que puede ser algo eléctrico.

Suspiré, mientras subía los pies al asiento y apoyaba la barbilla sobre las rodillas.

—¿Y eso qué significa?

—Que necesitaremos más tiempo para averiguar qué le pasa. Nick está a punto de irse de viaje durante un par de semanas, pero en cuanto vuelva, se pondrá con él.

—¿Dos semanas? —Hablé un poco más alto de lo que quería y Jamie frunció el ceño, como preguntándome si estaba bien. Me limité a negar con la cabeza—. Pues vaya mierda.

—Ya. Pero mientras tanto, podemos empezar a ahorrar.

Tragué saliva.

—¿Cuánto crees que va a costar?

Mi padre guardó silencio durante un momento, y me lo imaginé pasándose la mano por la barba pelirroja. Siempre lo hacía cuando tenía malas noticias.

—No lo sé seguro, pero diría que, como poco, unos mil dólares.

—Joder, qué mierda.

—Esa boca, Brecks.

Sentí que las mejillas me ardían de rabia.

—No me llames Brecks.

Suspiró.

—Es tu nombre, peque.

—No. Mi nombre es B. Y ya lo sabes, así que deja de hacerte el tonto.

—Oye, solo estoy intentando ayudarte.

Sonaba derrotado y apreté los dientes mientras cerraba el puño alrededor del teléfono antes de soltar un largo suspiro.

—Lo sé, papá. Tengo que colgar, pero gracias. Te llamaré mañana.

—Está bien. Te quiero.

Me quedé en silencio un momento.

—Yo también.

El silencio fue demasiado cuando la llamada terminó y Jamie pareció notarlo, porque conectó su móvil y empezó a poner The Piano Guys sin decir una palabra. Me sentí agradecida mientras su versión de «With or Without You» sonaba en los altavoces, pero no lo dije. En su lugar, me estrujé el cerebro pensando en cómo conseguir el dinero que necesitaba para el coche. Había trabajado en un supermercado durante el verano, pero esperaba tomarme el curso escolar libre para centrarme en los estudios y quizá divertirme un poco.

Cambio de planes.

Mandé un mensaje a mi antigua jefa y me respondió casi de inmediato, para decirme que podía empezar de nuevo el lunes después de clase.

Esta vez Jamie aparcó en la entrada. Apagó el Jeep y me miró hasta que cedí y le devolví la mirada.

—¿Por qué odias tu nombre, B?

Sentí un nudo en la garganta y me revolví incómoda, dudando qué decirle. ¿La verdad o que no era asunto suyo?

Estaba demasiado exhausta para mentir, así que inhalé un suspiro tembloroso y dejé caer la cabeza contra el reposacabezas como la noche anterior.

—Mi padre violó a mi madre la noche en la que se quedó embarazada de mí.

—Joder —susurró Jamie entre dientes, pero yo seguí hablando.

—Me enteré hace poco más de un año. Hasta ese momento, me encantaba mi nombre. Era corto, bonito, divertido. Pero una noche,

mi madre se emborrachó y decidió contarme que todo lo que creía saber sobre mi vida era mentira. —Reí como una maníaca. No sabía por qué le estaba contando esto a Jamie, pero por primera vez desde la noche en la que mi madre me lo dijo, empezaba a sentir algo. Comenzó como una presión en el pecho, pero con cada palabra que pronunciaba fue creciendo, llenando el espacio que debía ocupar el aire con un escozor incómodo—. ¿Sabes que no estuvo allí cuando nací? No estuvo nadie. Ni mi abuela, ni ninguna amiga de mi madre... solo ella y yo. La enfermera me puso en sus brazos y mi madre me contó que se echó a llorar.

Jamie no dijo nada, se limitó a ponerme la mano sobre el muslo.

—Mi padre es irlandés y tiene un montón de pecas por toda la cara. Así que, cuando mi madre vio las pecas de mis mejillas, pensó en él, en aquella noche, en las pecas que contó para aguantar los ocho minutos durante los cuales la violó.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y parpadeé apresuradamente. No podía creer que estuviera llorando, que por fin sintiera algo después de tanto tiempo sin reaccionar.

—Me llamó Brecks porque significa «pecosa» en irlandés.

Él me apretó más el muslo y yo luché contra mis ganas de cogerle la mano.

—Cuando lo supe, detesté mi nombre. Lo odié. Odiaba su significado. Odiaba lo que mi padre le había hecho a mi madre y odiaba lo que ella me había hecho poniéndome un nombre que tenía que ver con algo tan monstruoso. —Reí de nuevo, mientras negaba con la cabeza y me secaba unas lágrimas que no cesaban. Jamie Shaw había detectado una herida que ni yo sabía que tenía y fue como si contárselo todo me hubiera dado permiso para sangrar—. Madre mía, lo siento. No sé por qué te estoy contando esto.

—Porque te lo he preguntado.

Solté un bufido, y lo miré de reojo.

—No quiere decir que tuviera que contestar.

Jamie retiró la mano de mi muslo, y con el pulgar me secó una lágrima que se me había escapado por la mandíbula. Me incliné hacia su caricia, cerré los ojos y solté un suspiro tembloroso.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Me mordí el labio. Su mano seguía en mi cara y traté de no sentirme culpable.

Pero esta vez, sí que me sentí mal.

—Gracias por traerme, Jamie —dije en voz baja, mientras me apartaba para romper el contacto y cogía la manilla de la puerta.

—Eh —me llamó justo cuando salía. Cerré la puerta tras de mí, pero me incliné por la ventanilla, expectante—. El asiento del copiloto es tuyo hasta que te arreglen el coche. Si quieres, claro.

Me miraba de forma muy íntima y bajé la vista.

—Creo que los dos sabemos que no es buena idea.

Jamie empezó a decir algo, pero lo hizo tan bajo que no lo oí, y al final no terminó la frase. Me limpié la nariz con la muñeca y le dediqué una débil sonrisa.

—Nos vemos en el insti.

Jenna apareció media hora más tarde, justo el tiempo que necesité para lavarme la cara y ponerme una camiseta holgada y unos pantalones cortos de licra. Comimos ositos de gominola y vimos la MTV mientras ella no paraba de hablar de lo increíble que era Jamie. Yo asentía, sonreía y comentaba lo justo, pues sabía demasiado bien a qué se refería.

Acababa de quedarse dormida cuando mi móvil vibró con un mensaje de Jamie:

> Lo decía en serio. Déjame llevarte hasta que tengas coche. Podemos ser amigos, B.

No contesté. Me llevé el teléfono a la cocina y me serví un vaso de agua. Me lo bebí entero de golpe y entonces volvió a iluminarse la pantalla:

Por favor. Déjame ser tu amigo.

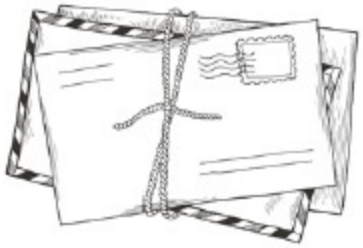
Sabía que era una mala idea. No solo había un signo de prohibido: había sirenas, alarmas y luces de neón con un «NO LO HAGAS» parpadeante. Pero a veces, aunque sepamos que algo no nos conviene, lo hacemos igual. Por la emoción, por curiosidad, o simplemente para seguir engañándonos un poco más.

Me gustaría contarte que le dije que no. Que borré su número, apagué el móvil y me metí en la cama con mi mejor amiga, quien era su novia. Pero en vez de eso, me acurruqué en nuestro viejo sofá, estuve tumbada sola durante lo que parecieron horas y al final le contesté con una sola palabra:

Vale.

3

Solo un sorbito



El otoño se fue desvaneciendo y poco a poco se convirtió en invierno, aunque el clima apenas cambió, así que las estaciones se me mezclaban en la cabeza. Jamie me llevaba al instituto y me traía de vuelta cada día, incluso cuando empezaron los entrenamientos de baloncesto, y nunca se quejaba cuando le soltaba otra actualización deprimente sobre el estado de mi coche.

La verdad es que nos venía bien, porque él se quedaba en el entrenamiento y yo me quedaba ayudando en Interactúa o participaba en el Club de Debate. Luego nos veíamos en el aparcamiento: él empapado en sudor, lo que solo le hacía estar todavía más guapo, y yo empapada en comentarios sarcásticos acerca de los problemas de su equipo.

A veces, en cuanto podía, me llevaba al curro o me recogía después del turno en el súper. También me llevaba a los partidos de fútbol, y nos sentábamos juntos a beber granizados mientras

veíamos a Jenna animar. Hablábamos más y nos mirábamos menos, lo cual hacía que mi conciencia estuviese un poco más aliviada. Cuando teníamos tiempo, incluso íbamos a pillar olas a la playa, con las tablas sobre el techo del Jeep.

Así que, a medida que cambiaban las estaciones, nosotros establecíamos nuestra rutina. Y él y Jenna se enamoraban.

Yo tuve asiento en primera fila para verlo. Y, de verdad, me alegraba por ellos. Jamie era, sin duda, el mejor tío que conocía y Jenna era mi mejor amiga. No podría haber elegido mejor pareja. O al menos, eso me repetía.

El 4 de diciembre, tres meses después de que mi padre lo llevara al taller, mi coche estuvo por fin arreglado. Cuando se lo conté a Jamie, parecía contento, no necesariamente aliviado, pero sí contento, y eso me fastidió. Una parte de mí esperaba que él se sintiera decepcionado, que también echara de menos nuestros trayectos charlando y escuchando música.

Y cuando me di cuenta de que me sentía así, me fastidió aún más. Porque yo no tenía derecho a desear eso, igual que él no tenía derecho a sentirlo.

Cuando terminó el semestre, Jenna se fue de viaje con su familia, como cada año, a esquiar a Colorado. No esperaba que Jamie me escribiera en las vacaciones, ya que ella no estaba en la ciudad, y no lo hizo... hasta Nochebuena.

Pasaba de la medianoche, pero yo seguía despierta, con el estómago hecho un nudo pensando en que al día siguiente tendría a mi padre sentado en la mesa de la cocina. Siempre pasábamos la Navidad juntos y, aunque antes me encantaba esa tradición, ahora la odiaba. Lo hacían para mantener las apariencias delante de mí, para que creyera que seguíamos siendo una familia. Pero ahora que sabía toda la verdad, ya no le veía el sentido. No quería seguir fingiendo.

Así que estaba en la cama, dando vueltas, sin ninguna intención de dormir, cuando el móvil vibró con un mensaje de Jamie.

¿Estás despierta?

Entrecerré los ojos en la oscuridad para mirar la pantalla, mientras dudaba en responder o no. Había una vocecilla dentro de mí que me decía que no lo hiciera, pero otra, más fuerte, sabía que esa noche él necesitaba hablar con alguien. Al final, pudo más la curiosidad.

Sí, señor.

¿Te vienes a dar una vuelta?

Ahí volvió esa vocecilla. La alarma.

Vale.

Quince minutos después, estaba sentada en el asiento del copiloto del Jeep de Jamie, mientras él conducía por las calles desiertas de mi barrio. Todo el mundo dormía, a la espera de que el tipo de rojo se colara por las gateras, ya que aquí en el sur de Florida nadie tenía chimenea. La ciudad era solo para nosotros y Jamie iba despacio, sin rumbo fijo. La música sonaba más alta que de costumbre; «Standing the Storm» de William Joseph salía por los altavoces mientras él no paraba de mover las manos sobre el volante. Su expresión desenfadada había desaparecido, sustituida por una mucho más seria, con las cejas fruncidas y la vista clavada en la carretera. De vez en cuando soltaba un suspiro, pero seguía sin decir nada. Le dejé conducir en nuestro silencio cómodo durante casi una hora, hasta que estiré el brazo para bajar el volumen.

—¿Te he contado alguna vez por qué odio a los gatos?

Mis palabras parecieron sacarlo de su burbuja. Echó la cabeza hacia atrás con una sonrisa.

—Esto promete.

—A ver, yo tuve una gata —dije, sentándome recta y cruzando las piernas en el regazo—. Se llamaba Aurora, como la princesa, pero la llamábamos Rory. Solo que de princesa no tenía nada. Era el mismísimo demonio.

La risa de Jamie estalló con fuerza y sonreí por dentro. Mi historia parecía funcionar.

—Se negaba a hacer sus necesidades en la caja. Literal: se negaba. Siempre lo hacía justo fuera. Y claro, como había sido yo quien había insistido en tenerla, adivina a quién le tocaba recoger la mierda. —Me señalé el pecho con los pulgares—. A la menda. Pero eso no era lo peor.

—¿Debería detener el coche para esto? —bromeó Jamie.

—¡Esto es muy serio, Jamie Shaw! —Le di un manotazo en el brazo y él se echó a reír, mientras mantenía solo los pulgares en el volante y extendía las manos en señal de disculpa.

—En fin —seguí—, Rory siempre encontraba maneras de torturarme. Se comía sus juguetes de cuerda y luego vomitaba encima de mi ropa favorita. O esperaba a que estuviera completamente dormida y saltaba sobre la cama maullando como una loca justo al lado de mi oreja.

—Creo que me cae bien Rory.

Entrecerré los ojos, fingiéndome ofendida, pero Jamie se limitó a sonreír.

—Te crees muy gracioso, ¿eh? ¿Eres el típico que se ríe con sus propios chistes? ¿Los apuntas y los relees por la noche?

Jamie se reía. Los ojos se le arrugaban en las comisuras.

—A lo que iba —seguí más alto—, era una cabrona. Pero, por alguna razón, le encantaba estar en el cuarto de baño conmigo cuando me bañaba.

—¿Te bañas?

—¡Eso no es lo importante de la historia!

—Ah, pero ¿hay una parte importante?

Bufé, pero no pude evitar sonreír.

—¡Claro que sí! Lo importante es que yo pensaba que ese era nuestro momento de unión. Rory se paseaba entre mis piernas mientras me desnudaba y luego se quedaba al lado de la bañera todo el rato, maullando de vez en cuando y metiendo la pezuña en el agua. Era hasta tierno.

—¿Así que estrechabas la relación con tu gata durante la hora del baño?

—Eso es lo que podría parecer, ¿verdad? Pero una noche, ese pequeño demonio se subió de un salto al borde del lavabo y se quedó mirándome fijamente. Yo no entendía por qué, pero ella no dejaba de mirarme. Iba subiendo la patita poco a poco, la volvía a bajar, la subía otra vez, la bajaba... Y al final me di cuenta de lo que iba a hacer... y ella supo que yo me había dado cuenta, porque en cuanto lo comprendí, Rory me sonrió, lo juro por Dios, y apagó la luz del cuarto de baño.

En ese punto, Jamie se dobló de la risa y yo seguí hablando, más alto, por encima de sus carcajadas.

—¡Le tengo pánico a la oscuridad, Jamie! ¡Fue horrible! Así que me levanté de un salto, para coger una toalla y poder encender la luz otra vez. Pero, como soy un genio, me agarré de la cortina de la ducha para ayudarme a levantarme... y eso hizo que la cortina se viniera abajo. Y yo con ella. Caí directa al suelo, pero puse las manos para no caer de cara.

—Por suerte.

—Uy, sí —le recriminé—. Menuda suerte. Adivina dónde tenía Rory la caja de arena.

Los ojos de Jamie se agrandaron y apartó la vista de la carretera para mirarme.

—¡No!

—Oooh, sí. Mi mano izquierda aterrizó justo en medio de una flamante caca. Y Rory se rio como una pequeña psicópata mientras observaba todo el espectáculo.

—Esto tienes que habértelo inventado —dijo Jamie entre risas cuando nos detuvimos en un semáforo, mientras se apretaba el estómago con la mano libre.

—Ojalá fuera así de creativa.

Nos reímos los dos, y por fin el silencio en el coche dejó de ser gélido. Cuando el semáforo se puso en verde, Jamie pisó el acelerador suavemente, pero no volvió a subir el volumen de la música.

—Así que te bañas, ¿eh?

—Sí. Pienso mejor cuando estoy metida en agua caliente. Las burbujas son un plus. —Le guiñé un ojo.

—Los baños para ti son como conducir para mí.

—Mmm. Lo que nos lleva al elefante rosa dentro del coche. ¿Me vas a contar por qué estamos dando vueltas, en plena noche, por esta ciudad desierta?

Los gestos de Jamie siempre le delataban. Nunca hacía nada exagerado, pero tenía sutiles movimientos. El pulgar se deslizaba por el volante, la ceja izquierda bajaba apenas un milímetro antes de volver a su sitio, o se crujía el cuello de forma rápida y casi imperceptible. Esa noche, hizo los tres. Y él sabía que no tenía sentido disimular. Le conocía bien.

—No lo sé, B. Es que... desde que se han acabado las clases no dejo de pensar en lo rápido que está cambiando todo. Es Navidad. Mi última Navidad en casa con la familia. En seis meses, ya no estaré

en el instituto. En ocho, ya no viviré en Florida. Siento que me he pasado toda la vida deseando crecer, pasar a la siguiente etapa... y ahora, que está ocurriendo, me da miedo. Llega demasiado pronto. No estoy preparado. —Tragó saliva, giró a la izquierda y nos llevó hacia la playa—. Tengo miedo.

—Está bien tener miedo —susurré.

—¿Ah, sí? —replicó, mientras aparcaba el Jeep en una plaza libre frente a un chiringuito. Bajó la ventanilla para mirar el parquímetro, pero supuse que a esa hora ya no cobraban. No sacó dinero ni nada, simplemente dejó el codo recostado en la ventanilla bajada—. Siempre lo he tenido todo claro. Siempre he estado seguro de todo. Y ahora, en uno de los momentos más emocionantes de mi vida, solo quiero esconderme.

Yo también bajé mi ventanilla, y Jamie lo tomó como señal para apagar el motor. El sonido lejano de las olas reemplazó el débil ronroneo del coche y los dos nos dejamos envolver por esa calma.

—Creo que es normal sentirte a la vez emocionado y aterrorizado por el futuro. Seguro que todos los del último curso pasan por lo que tú estás pasando ahora. Estás deseando salir del instituto, pero también estás triste, porque por mucho que haya sido una mierda, también ha tenido sus buenos momentos. Mira: eres una estrella del baloncesto y estás jugando tu última temporada, tu novia cañón todavía está en tercero, así que sabes que no se va a ir contigo y vas a dejar tu ciudad y tu estado para ir a otro que solo has visitado una vez.

Se removió inquieto cuando mencioné a Jenna, pero intenté seguir adelante rápidamente.

—Lo que quiero decir es que es normal sentir lo que sientes. Me parecería más preocupante que no tuvieras miedo.

Nos quedamos en silencio un momento, y Jamie se pasó las dos manos por el pelo largo. Me pregunté si se lo cortaría cuando nos graduáramos. Esperaba que no.

—¿Y si fracaso? ¿Y si detesto la universidad y toda esa presión y se me va la cabeza?

—Eso no va a pasar.

—¿Y si sí que pasa?

—No va a pasar, Jamie —repetí mientras me inclinaba sobre la consola central. Esperé a que me mirara para seguir—. En estos últimos meses he llegado a conocerte un poco. Sé que cuando quieres algo, cuando lo quieres de verdad, no hay manera de que te rindas. Como cuando querías que fuera a ver uno de tus estúpidos partidos de baloncesto, aunque sabías que los odiaba, y cada día encontrabas una nueva forma de darme la lata hasta que al final accedí.

Solté una risita, pero él seguía serio, así que carraspeé y me acerqué un poco más.

—Sé lo mucho que te importa tu familia, lo mucho que te importa la asesoría y, como siempre haces trampa —bromeé—, no tienes de qué preocuparte. Vas a tener éxito. —Se le curvó un poco la comisura de la boca, pero la sonrisa se desvaneció enseguida. Entonces alargué la mano y la posé levemente sobre la suya—. Ahora en serio: no vas a fracasar. Porque eso no va contigo. Y creo que, en cuanto pongas un pie en California, vas a absorber toda esa energía y la vas a usar como impulso. Vas a beber demasiado y a trasnochar más de la cuenta, pero también vas a estudiar y a esforzarte como nadie y un día volverás aquí, al frente de la asesoría, con la esposa y los hijos que siempre has querido. —Se me hizo un nudo en la garganta al imaginarlo formando una familia—. Y yo estaré aquí sentada para decirte: «Te lo dije».

En ese momento Jamie se volvió hacia mí y me di cuenta de lo cerca que estábamos. Demasiado. Sentí su aliento en los labios, pero no aparté la vista de los suyos. Olía a otoño, no a calabaza ni a hojas secas, sino a otoño en Florida: salado como el aire de la playa, terroso como las palmeras y con un toque dulce y especiado que me recordó al *whiskey* con miel que mi padre tomaba después de la cena de Acción de Gracias.

—Espero que tengas razón —dijo al fin, en un susurro.

El corazón me iba a mil, mi mano seguía tocando la suya y él movió los dedos bajo los míos como si fuera a agarrarme. Pero aproveché ese instante para poner distancia, recostándome en el asiento con una sonrisa y un guiño.

—Siempre la tengo.

Después de un rato, Jamie puso otra lista de reproducción y nos quedamos allí, dejando vagar la mente mientras veíamos cómo las olas rompían con suavidad. Estaba demasiado oscuro para verlas bien, pero podíamos oírlas, olerlas, sentirlas. Era casi de día cuando Jamie volvió a encender el Jeep para llevarme a casa, y los párpados me pesaban cuando aparcó en la entrada de mi casa.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo cuando mi mano ya buscaba el tirador de la puerta. Asentí—. ¿Qué pasó con Rory?

Sonreí mientras sentía que el sueño me pesaba en la cara.

—Mi abuela vino a pasar una temporada con nosotras poco después del incidente del cuarto de baño y ella y Rory se enamoraron. Le propuse que se la llevara, y no había terminado de decírselo cuando ya la estaba metiendo en el coche.

Jamie también tenía cara de cansado, sus ojos miel estaban enrojecidos. Pero me sonreía de forma genuina, mirándome con la atención de siempre.

—¿Ahora puedo preguntarte yo algo? —susurré.

—Siempre puedes preguntarme lo que quieras.

Odiaba lo que esas palabras me hacían sentir: una punzada dulce, como un trago de algo fuerte.

—Si Jenna no estuviera fuera, ¿le habrías escrito a ella, esta noche, en vez de a mí?

Jamie frunció el ceño, y odié cómo se me cortó la respiración mientras esperaba su respuesta. Pero cuando por fin habló, deseé no haber preguntado jamás.

—No me hagas contestar a eso.

Me miraba directamente, buscando mi reacción, y yo hice todo lo posible por no mostrar ninguna. Asentí, con una sonrisa fugaz que se desvaneció al instante.

—Buenas noches, Jamie.

Abrí la puerta y la cerré con el mayor cuidado posible antes de colarme en mi habitación. El sol ya empezaba a asomar y sabía que me quedaba poco tiempo para dormir, pero ni siquiera podía cerrar los ojos. Me quedé mirando la pared, con las rodillas recogidas y envuelta entre las mantas.

Claro que habría llamado a Jenna si ella hubiese estado. Jenna era su novia, y yo solo su amiga. Y estaba bien. Me lo recordé. Estaba mejor que bien. Era como debía ser. Jenna y Jamie tenían sentido. Y yo estaba feliz de ser la tercera pata de aquel banco.

Todo estaba bien.

Empezaban a cerrárseme los ojos por el cansancio, pero justo cuando estaba a punto de dormirme, el móvil vibró en la mesilla. Lo miré de reojo, y el corazón se me detuvo al ver el mensaje en pantalla:

> Gracias por esta noche... Eres mi mejor amiga,
> B.

Me quedé mirando esas dos últimas palabras antes de mi nombre, leyéndolas juntas, separándolas, hasta que se emborronaron y dejé el móvil de nuevo en la mesilla y me rendí al sueño.

Faltaba menos de un mes para que terminara el curso cuando Jenna me dijo que iba a cortar con Jamie.

—¿¡Qué!? —exclamé, demasiado alto, con medio burrito asomando en la boca. Me lancé a por una servilleta para limpiarme mientras seguía mirándola, incrédula—. ¿Qué dices? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿No es obvio? —preguntó Jenna, zambullendo un nacho en el guacamole antes de metérselo en la boca. Estábamos en la zona de comidas del centro comercial, con cientos de personas a nuestro alrededor y yo no sabía que mi mejor amiga me iba a soltar semejante bomba en mitad de nuestra Fiesta Mexicana—. Se va, B. Jamie va a graduarse y se mudará a California. Ha sido divertido, pero se acabó. Lo sabía desde el principio. Ha sido un novio genial, pero es lo que hay.

Lo dijo con total naturalidad, mojando otro nacho mientras yo aplastaba el burrito con tanta fuerza que el relleno se me salió por los lados. Lo solté en el plato y me limpié las manos con más servilletas, aún con la boca abierta.

—Jenna, no puedes cortar con Jamie. Sois la pareja perfecta.

Ella arrugó la nariz.

—A ver, somos una pareja molona, vale, pero él se va a la universidad, tía. Allí va a querer estar con alguna chica de una hermandad o algo. Y yo voy a empezar el último año. Lo último que quiero es una relación a distancia.

—Pero ¡es Jamie! —protesté—. Estamos hablando de Jamie: divertido, sensato, listo y con ambición. Quien nos trajo pelis románticas, patatas fritas y chocolate en nuestra semana de regla. Quien fue a todos los partidos de fútbol solo para verte animar. ¡Quien se puso una maldita corbata rosa para que hiciera juego con tu vestido del baile de graduación!

Yo agitaba los brazos como una loca, pero Jenna ni se inmutó.

—Ya te he dicho que ha sido un novio genial. Increíble, incluso. Pero los dos sabíamos que esto no iba a durar. Y no pasa nada.

—¡Sí, sí que pasa! —No entendía por qué me afectaba tanto la noticia, pero no podía pasarlo por alto—. ¡Escucha música clásica, Jenna! Dime, ¿conoces a otro chico que escuche música clásica?

—Eh... no.

—¡Exacto! —dije, exasperada—. Y tiene metas. Quiere una familia. Tiene el mejor sentido del humor, pero también sabe ponerse serio. ¡Es como el pegaso para tu unicornio!

—Vale...

—Y es un buen amigo. El mejor amigo. Trata a su madre como a una reina y eso dice mucho de un hombre. ¡Y conduce un Jeep rojo cereza! ¡Y hace surf!

—¡Que sí, que lo pillo! —soltó al fin, alzando los brazos antes de cruzarlos—. Joder, igual deberías salir tú con él.

No tenía nada en la boca con lo que atragantarme, pero me atraganté igual.

—¿Qué? No, para nada. Jamie es tu novio. Sois perfectos juntos. Jamie y yo... no, eso no podría... nunca, de ninguna manera.

Las palabras se me agolpaban mientras sorbía mi bebida a lo loco entre frase y frase. Desde luego, estaba siendo lo más lejano a una persona tranquila y centrada.

Y Jenna se dio cuenta.

Entrecerró los ojos.

—Era una broma, tía loca. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te afecta tanto esto?

Jenna me miraba, esperando algún tipo de confesión. Me quedé paralizada, luego solté un suspiro hondo, larguísimo, antes de taparme la cara con las manos.

—Ah, no lo sé. Perdona. Es solo que de verdad pensaba que erais una pareja genial. —Suspiré, pasándome las manos por la cara hasta dejarlas caer en el regazo—. Solo quiero que seas feliz. Pero es obvio que lo tienes claro y que es lo que quieres, así que, por supuesto, te apoyo. Es solo que, como tu mejor amiga, tengo que cuestionarte en las grandes decisiones para que te las pienses bien.

Seguía observándome con cierta extrañeza, pero sonrió.

—Te quiero, B. Aunque estés más loca que una cabra.

—Yo también te quiero, amigui.

Forcé una sonrisa y cambié de tema, mientras en mi cabeza repetía la conversación una y otra vez, preguntándome cómo se lo tomaría Jamie.

Creo que le escribí a Jenna como un millón de veces esa noche para preguntarle si ya lo había hecho, pero no. Tardó cuatro días en cortar con él. Y cuando me dijo que ya estaba, me quedé esperando otra vez: a que Jamie me escribiera, a que se presentara en mi casa, a que quisiera dar una vuelta. Pero no lo hizo. No me dijo ni una palabra. Ni esa noche, ni la siguiente, ni la semana siguiente. Jamie nos ignoró por completo a las dos... hasta la noche de su graduación.

Y fue entonces cuando conocí la otra cara de Jamie Shaw.

Hacía más de tres meses que no tenía un viernes libre.

Como había necesitado cada viernes libre durante el semestre de otoño por los partidos, tuve que compensarlo una vez terminada la temporada de fútbol y cubrir el turno de los viernes en el supermercado. Pero ahora las clases ya habían terminado, los alumnos del último año estaban recibiendo su diploma en el escenario del gimnasio del instituto, y yo estaba a menos de una hora de asumir el puesto que ellos acababan de dejar vacante.

Estudiante de último curso.

Me parecía raro llamarme a mí misma alumna de último año, como cuando repites una palabra tantas veces que deja de tener sentido: «estudiantedeúltimocurso, estudiantedeúltimocurso». El plan para esa noche era ir a las fiestas de graduación, despedirnos de nuestros amigos graduados y brindar por nuestro nuevo reinado. Pero los padres de Brad Newman lo habían sorprendido con un viaje a las Bahamas cuyo vuelo salía inmediatamente después de la graduación y, por lo tanto, la mejor fiesta de graduación de la noche se había cancelado.

Cuando nos enteramos, Jenna dijo de broma que deberíamos organizar una fiesta en mi casa. No creo que esperara que yo respondiera con un «¡Hagámosla!». De hecho, ni yo misma lo esperaba. Pero esa semana estaba a tope, sentía la emoción del cambio y mi madre iba a estar fuera de la ciudad. ¿Por qué no hacer una fiesta?

Así que, en lugar de prepararnos para salir, Jenna y yo estábamos arreglando mi casa, llenando todas las superficies de botellas de alcohol que la mayoría de los del último año habíamos conseguido para la ocasión y poniendo música en el viejo equipo de música de los CD de mi madre. Ambas bailábamos mientras mezclábamos los cócteles con demasiado alcohol, sacábamos los vasos de chupito favoritos de mi madre y nos poníamos el pintalabios, que se

quedaba con demasiada facilidad en los bordes de nuestros vasos rojos de plástico.

—Por nosotras —dijo Jenna, chocando su vaso contra el mío—. Las nuevas estudiantes del último curso.

—¡Último curso, Jenna! —grité, luego vacié el vaso de un solo sorbo antes de envolverla en un fuerte abrazo—. ¿Te puedes creer que hayamos llegado hasta aquí? Desde las coletas y el parque de arena hasta ser estudiante del último curso de instituto.

—Lo sé, es muy loco pensarlo —respondió Jenna, y los ojos le brillaban mientras sacudía la cabeza. Estábamos en mi pequeña cocina, ella reclinada contra la encimera mientras yo lo arreglaba todo por enésima vez—. No habría podido aguantar todos estos años sin ti.

Me detuve durante un instante, y sonreí a mi mejor amiga.

—Yo tampoco. —Mientras alzaba el vaso para beber de nuevo, mantuve la mirada fija en la encimera y le pregunté—: ¿Crees que Jamie vendrá?

Parecía que estaba yo más preocupada por esa posibilidad que ella, porque se limitó a encogerse de hombros, sacudir la melena rubia hacia atrás y ajustarse las tiras de su top de tirantes.

—Lo dudo. Desapareció después de que lo dejara. Supongo que acabará en otra fiesta, si es que sale. —Frunció el ceño—. Creo que le rompí el corazón, B.

Bebí un trago más largo y dejé que el sabor afrutado del alcohol calara bien.

—Debería ajustar el aire acondicionado. Esto va a estar que arde.

No podía adivinar lo cierto que iba a ser eso.

La fiesta arrancó con suavidad: algunos llegaron alrededor de las nueve, luego llegaron algunos más y luego otros, hasta que mi casa estuvo completamente llena. La música sonaba demasiado alta,

retumbaba por todas las habitaciones, mientras la gente iba quitando de las mesas marcos de fotos y figuritas y los reemplazaba con juegos de beber de todo tipo. Con la frecuencia con la que se abría la puerta principal para dejar pasar a nuevos invitados y la trasera para que la gente pudiera fumar y beber en el jardín, la tarea de mantener fresco el interior de la casa se volvió imposible. En el sur de Florida, en junio, hace calor, no hay más, así que me rendí.

Aun así, si no podía controlar la temperatura interior, tenía que encontrar otra manera de mantenerme fresca. El alcohol estaba frío, pero incluso así me recorría una ola de calor con cada sorbo. Estaba en medio de un juego de beber con Jenna y varios chicos que no conocía muy bien cuando me rendí y decidí optar por la siguiente opción: quitarme ropa.

Llevaba un top sin mangas debajo de la blusa, así que el espectáculo sería apto para todos los públicos. Me quité la blusa y su tela de color lavanda me bloqueó la visión por un momento antes de dejarla caer al suelo con una sonrisa, mientras los que estaban cerca aplaudían ante mi pequeña actuación. Me sentí más fresca durante tres segundos antes de posar la vista sobre los recién llegados a la fiesta y que mi sonrisa se desvaneciera, al igual que el vaso que tenía en las manos, que se derramó sobre la mesa.

Jamie parecía diferente. Sabía que solo habían pasado unas semanas desde la última vez que nos habíamos visto, sabía que tenía la misma edad, pero había algo diferente en él. Era la manera en la que se movía, esa media sonrisa arrogante que me lanzaba mientras chocaba los cinco con algunos chicos en mi salón, el desafío que vi en su mirada antes de que la apartase de mí y se volviese hacia una chica morena del equipo de animadoras de Jenna. No sé cuánto tiempo me quedé así, mirándolo fijamente y con la boca abierta, pero claramente fue el suficiente para que Jenna lo

notara, porque siguió mi mirada y dejó escapar un suspiro sorprendido.

—¡Hostia, ha venido!

Tragué saliva, y finalmente aparté la mirada y me puse a apilar vasos para un nuevo juego.

—Ajá.

—Qué calor me está entrando.

—Normal, hace un calor de mil demonios aquí.

Jenna sonrió maliciosa, dándome un codazo antes de volver a mirar a Jamie.

—Vaya, tal vez debería haber esperado a después de la graduación para dejarlo. Estaría guay pasar una última noche con él...

—Voy a ir a ver si soy capaz de hacerme algo decente en el pelo —dije rápidamente mientras dejaba los vasos, antes de abrirme paso entre la multitud hacia mi habitación. Había varios carteles en la puerta con advertencias para aquellos a los que se les ocurriera entrar, marcándola claramente como «ZONA SIN FIESTA», lo cual agradecí cuando me metí dentro y sentí el alivio del único aire acondicionado de toda la casa. Suspiré, me apoyé en la puerta, y tomé un par de respiraciones profundas antes de abrir los ojos de nuevo.

Me abaniqué el cuello, mientras me dirigía hacia el espejo de mi tocador para ver qué aspecto tenía. El maquillaje aguantaba, cosa inesperada, mostrando unos ojos oscuros y dramáticos tal como Jenna me había enseñado a hacerlo, pero tenía el pelo completamente encrespado y despeinado, así que lo recogí en un moño apretado sobre la cabeza y lo fijé con unas cuantas horquillas antes de repasarme el pintalabios. El rojo intenso hacía que las pecas me destacaran más bajo los ojos grises, pero me pareció bien.

Al inspeccionarme en el espejo, vi manchas de humedad en el top y me planteé cambiarme, pero sabía que eso causaría miradas sorprendidas entre algunos de mis compañeros. Acababa de llamar la atención sobre lo que llevaba puesto y sería un canteo salir ahora con algo diferente.

Cuando recuperé la compostura, volví a salir al sofocante calor de la fiesta y me dirigí a la cocina, con una nueva idea para refrescarme. Granizados de margarita. Eso es lo que necesitaba esta fiesta. Pero primero, tenía que hacerme con la batidora de mi madre, que estaba convenientemente colocada en la estantería más alta de nuestro armario superior derecho.

Abrí el armario de golpe y vi el borde de la batidora asomando por encima de la estantería. Con las manos en las caderas, dudé cómo gestionar aquello. Justo estaba a punto de apoyarme en la encimera para alcanzarla cuando unas manos fuertes me rodearon la cintura.

—Espera—dijo con voz grave y ronca—. Deja que te ayude.

Las manos me cogieron con más fuerza y me levantaron hasta que mis rodillas encontraron la encimera mientras yo intentaba recuperar el aliento y el equilibrio. Durante un segundo me quedé allí, mirando la batidora al alcance de la mano, pero sin poder concentrarme en nada más que en el calor de esa piel rozando la mía. Mi camiseta se levantó, y sus manos agarraban la piel resbaladiza de mis caderas. Tomé aire, cogí la batidora y me giré, pero él me sostuvo de nuevo.

Se acercó más a la encimera y cada centímetro de mi cuerpo lo tocó mientras me bajaba. Primero fueron solo mis caderas en sus manos, pero luego mi trasero rozó toda su parte delantera, lo que lo hizo jadear en mi cuello mientras mis pies finalmente encontraban el suelo. Me giré y sus manos seguían sobre mí, mientras yo contenía el aliento y alzaba la mirada hacia él.

—Hola, Jamie.

Él esbozó una sonrisa ladeada, con una mirada demasiado intensa, demasiado cargada.

—Hola.

Carraspeé a modo de señal para que apartara las manos de donde me abrasaban la piel, pero no captó la indirecta. O no le importó. Así que me zafé de su agarre, enchufé la batidora, metí la mano en el congelador para coger hielo y empecé a rebuscar en los armarios en busca de mezcla para margaritas. Por suerte encontré un poco, y también cogí lo que quedaba de una botella de José Cuervo al volver hacia la batidora.

Jamie estaba de pie junto a ella, apoyado con desidia en la encimera, con los brazos cruzados. Llevaba el pelo más largo de lo que recordaba, se le rizaba sobre las orejas y le hacía una onda perfecta sobre la frente. No se había cambiado la ropa de la graduación, aunque sí se había aflojado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa e iba remangado por debajo de los codos. Estaba impecable, con una camisa blanca que resaltaba un bronceado que claramente había estado trabajando desde la última vez que lo vi. Me pregunté si habría estado surfeando, mientras yo no podía por culpa del trabajo.

—Llevas maquillaje —dijo cuando me puse a su lado para verter cubitos de hielo en la batidora y cubrirlos con tequila.

—Y tú llevas zapatos de vestir.

Él bajó la vista, se rio y luego me miró de nuevo, con los ojos nublados por el alcohol.

—Deberíamos bailar.

—¿Qu...?

No me dio tiempo a acabar la pregunta, porque Jamie me agarró de la muñeca y me hizo girar antes de atraerme contra él,

intentando una especie de vals borracho en mi diminuta cocina mientras un montón de adolescentes iban y venían a nuestro alrededor, ajenos a cómo Jamie me estaba haciendo latir el corazón. Me reí, me solté tras otro giro y volví a la batidora, para añadir más tequila, completar con mezcla de margarita y cerrar la tapa.

—Estás borracho, Jamie Shaw.

—¿Y tú, B Kennedy?

Pulsé el botón de batir y hablé por encima del ruido del hielo rompiéndose.

—Estoy en ello. —Lo observé, con la cabeza ladeada, intentando descubrir qué había cambiado. Jamie parecía más peligroso esa noche. Estaba demasiado cerca, me mantenía la mirada demasiado tiempo. Me ponía nerviosa, aunque de una forma extrañamente agradable—. ¿Qué has estado bebiendo, por cierto?

—*Whiskey* —respondió sin dudar, y se me escapó una risa breve.

—Claro. Tenía que haberlo adivinado.

—¿Y eso?

Encogí los hombros mientras usaba una cuchara para romper un trozo grande de hielo antes de volver a colocar la tapa de la batidora y encenderla otra vez.

—No sé, te pega. Eres como un *whiskey* con piernas: el color del pelo, de los ojos, cómo hueles... Si fueras una bebida, serías esa.

—¿Te recuerdo al *whiskey*?

—En todos los sentidos —murmuré, quizá demasiado bajo para que lo oyera.

Pensé en cómo me quemaba su piel al tocarme, en cómo su cercanía me hacía vibrar las extremidades.

Entonces me di cuenta de que fingir que no me afectaba era mucho más difícil ahora que él que ya no estaba ligado a mi mejor amiga.

—Deberíamos ponernos un chupito —dijo Jamie, apartándose de la encimera y cogiendo la única botella de Jack Daniel's. Llenó dos vasos de chupito de mi madre hasta el borde, y luego se volvió hacia mí. Me puso uno en la mano, el que llevaba el logo de un casino de la ciudad, y levantó el suyo.

—Estoy preparando una bebida con tequila —le recordé—. Mezclar va a pasarme factura.

—Nah, estarás bien.

—No sé, Jamie...

—Venga ya —me retó, dando un pequeño paso hacia mí. Fue minúsculo, apenas unos centímetros, pero de pronto sentí cómo me envolvía su calor y me ajusté el top sin mangas con la mano libre, buscando una brisa desesperadamente—. ¿No quieres llevarte un poco de *whiskey* a la boca?

Le clavé la mirada, porque sabía, igual que él, que esa pregunta tenía doble sentido. Alzó una ceja, esperando. Y aunque debería haberlo apartado, haber puesto distancia, servirme un margarita y alejarme de él, levanté mi vaso hacia el suyo.

—Por las malas decisiones.

Se le ensanchó la sonrisa y mantuvo la mirada fija en mí mientras yo inclinaba la cabeza hacia atrás y dejaba que el líquido ambarino me quemara la garganta. Jamie se lo bebió más despacio, aspirando entre los dientes mientras el ardor se asentaba.

Y así, sin más, di mi primer trago. No se lo dije a Jamie, no creí que hiciera falta. Quería odiar esa bebida, detestarla, poner cara de asco, limpiarme los labios con el dorso de la mano y buscar un trago de otra cosa. Pero dejamos los vasos sobre la encimera lentamente, permitiendo que nuestros dedos se rozaran, y los ojos de Jamie se posaron en mis labios, donde aún quedaba algo de *whiskey*. Me

pasé la lengua para limpiarlos y él aspiró con fuerza, mientras volvía a mirarme con intensidad.

Gato, te presento al ratón.

Mi madre iba a matarme.

Casi todos se habían ido ya, el reloj de mi móvil marcaba las 3:47 de la madrugada. Todos excepto Jenna, quien estaba dormida en mi cama; Ali, una jugadora de baloncesto de mi curso, quien estaba acurrucada junto a la misma taza de váter que mi madre había abrazado la noche que me contó lo de mi padre; y Jamie, quien se había quedado para ayudarme a limpiar lo que pudiéramos, una vez que la fiesta terminó.

Las alfombras eran irrecuperables, eso lo tenía claro. Podría salvar los armarios y las mesas con una buena limpieza, y tendría que buscar basura por todas partes. Habíamos recogido y tirado los pegajosos vasos de plástico, pero los de chupito seguían por la cocina y varios rincones del salón. Olía a alcohol, un olor del que no sabía muy bien cómo librarme en ese momento, y yo entraba a trabajar en siete horas.

—Tengo que llamar para decir que no iré —dije, por fin, y solté un suspiro mientras miraba alrededor.

Jamie también miró a su alrededor, pasándose una mano por el pelo.

—¿Cuándo vuelve tu madre?

—Mañana por la noche, tarde. —Miré el móvil otra vez—. O, mejor dicho, esta noche, tarde.

—Tienes tiempo. No está tan mal. —Me miró con seriedad, intentando no reírse—. Bueno, la alfombra está jodida, pero lo demás se puede arreglar.

—No encuentro el mando de la tele.

—Puedes comprar otro.

—Hay un bigote hecho de tabaco de liar ensalivado en mi cara en una de las pocas fotos familiares que tenemos.

Jamie se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de vestir.

—Sí, estás algo jodida.

—Te dije lo que pasaría si mezclaba alcohol —bromeé, intentando encontrarle humor a la situación mientras aún podía.

Jamie cruzó el salón hasta donde yo estaba, con los ojos rojos, pero todavía bonitos.

—Salgamos un rato de aquí.

—¿Estás loco? Tengo que limpiar. Tengo que... —Moví las manos —. Hacer algo con todo esto.

—Ya has admitido que estás jodida, B. Lo que tengas que hacer solo te llevará unas horas, ¿por qué no acabar la noche con algo guay?

Me mordí el labio, sabiendo que llevaba la razón y odiándolo por ello.

—¿En qué estás pensando?

Jamie repasaba la pantalla de su móvil mientras nos acomodábamos sobre una manta en la arena, con los pies hacia las olas, la playa aún oscura. Eligió el álbum *The Piano* de Chad Lawson, ajustó el volumen y dejó el teléfono entre ambos. Metió la mano en la bolsa de papel marrón que tenía en el regazo y me dio un burrito antes de sacar el suyo y dejar la bolsa a un lado, sujetándola con los zapatos para que el viento no la moviera.

No podía creer que hubiera convencido al taxista para llevarnos al único autoservicio de desayunos 24 horas de la ciudad, pero me alegraba de que hubiera sido lo suficientemente listo como para darse cuenta de que ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir. Abrió la botella de bebida isotónica y tomó un buen trago antes de pasármela.

—¿Crees que esto nos librará de la resaca? —pregunté, dándole un sorbo antes de devolverle la botella.

Le puso la tapa y empezamos a desenvolver el papel de aluminio de los burritos, el mío de beicon, el suyo de salchicha.

—Creo que es una de mis ideas más brillantes. ¿Qué cura mejor la resaca que unos huevos grasientos, un Vitamin Water y la playa?

—Qué modestia la tuya —le repliqué, aunque el sarcasmo se me desvaneció en la boca al probar el primer bocado—. Dios mío —gruñí, mordiendo otro trozo mientras Jamie me miraba y se reía.

—De nada.

Sonreí con la boca llena, pero no dije nada más. Durante un rato solo escuchamos las melodías suaves que salían del móvil de Jamie mientras comíamos y compartíamos la bebida. El amanecer asomaba en el horizonte, la playa se iluminó primero con un tono azul frío que, poco a poco, se tiñó de un púrpura suave. Seguía con el top sin mangas que me había puesto en la fiesta y me recorrió un escalofrío con la brisa fresca que venía del mar.

—Ten —dijo Jamie, desabrochándose la camisa hasta abajo. Se quitó la corbata, sacudió un brazo y luego el otro. Intenté discutir, o al menos eso creí, pero la voz se me quedó atascada igual que los ojos, que no podían despegarse de su pecho. Su pecho desnudo, hermoso. Me puso la camisa sobre los hombros, con la tela aún caliente de su cuerpo, impregnada de su olor, y suspiré por el alivio que me reconfortó.

—Gracias —dije, quitando todo el papel del burrito, mientras miraba al agua—. ¿Estás emocionado por irte? ¿Listo para liarla en la Universidad de San Diego?

Él sonrió con sorna, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Sí y no. ¿Recuerdas nuestra charla en las vacaciones de Navidad?

Asentí.

—Todavía siento un poco de todo eso. No me malinterpretes, estoy emocionado por este nuevo capítulo, pero también me da un poco de miedo.

—Sería raro que no te lo diera —le recordé. Y esbozó una pequeña sonrisa. Parecía que no quería hablar más del futuro y en cierto modo lo entendía. Hasta ese momento, el instituto había sido nuestra mayor y mejor experiencia. Era difícil imaginar un futuro en el que las cosas que nos importaban ahora fueran solo un recuerdo lejano.

Cuando terminamos los burritos, nos recostamos sobre las palmas de las manos y nos dedicamos a contemplar cómo el sol empezaba a ascender despacio. Siempre se hablaba mucho de las puestas de sol en la costa oeste de Florida, pero yo encontraba aún más belleza en los amaneceres de nuestra costa. Había algo especial en estar tan cerca del mar al amanecer, al principio de un nuevo día lleno de posibilidades.

—Has estado evitándome —dije después de un rato, sin apartar la vista del horizonte, justo más allá de mis pies.

—No solo a ti.

—Lo sé —aclaré—. Solo que pensé que quizá me llamarías. O que querrías salir a dar una vuelta. O... —No supe qué más decir, y dejé que la frase se perdiera en el viento.

—Quería hacerlo —dijo Jamie, ajustando el peso en las manos—. No sé. Jenna me dejó en un momento que ya era muy duro para mí, ¿sabes? —Se le formó una línea entre las cejas—. Mis padres fueron novios desde el instituto.

El peso de esa frase me golpeó fuerte en el pecho. Lo que quería decir era que deseaba lo que ellos tenían y pensaba que Jenna era la clave. De repente, comprendí que el hecho de que ella lo hubiera dejado era lo mejor que me podía haber pasado. Incluso entonces, cuando todavía negaba mi adicción por él, pensar que se casaría con mi mejor amiga casi me hizo soltar un jadeo.

—Está bien que Jenna no fuera la indicada.

—Lo sé —dijo rápido—. Creo que siempre lo supe. Es divertida, conectamos y pasamos buenos momentos juntos, pero faltaba algo. —Me miró entonces, con la mirada clavada en un lado de mi cara porque yo me negaba a devolverle la mirada.

—Encontrarás a alguien —le dije suavemente, sin apartar la vista de las olas, bañadas en un resplandor rosa anaranjado mientras el sol luchaba por despertar este lado del mundo.

—Bueno —dijo en voz alta, mientras se sentaba erguido—. No me gusta dejar mi vida al azar. Así que tengo una propuesta. —Me encontré con sus ojos, juguetones, traviesos—. Si te apetece.

—¿Por qué siento que debería salir corriendo ahora mismo?

Jamie se rio, y fue la primera vez de la noche en la que vi su sonrisa real: los dientes brillantes, y la piel con arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Propongo que hagamos un pacto.

—¿Un pacto?

Asintió.

—Si ninguno de los dos está casado a los treinta, nos casamos.

—Dios mío —me burlé, sentándome erguida como él—. Eso es tan estúpido, Jamie. Además, es el argumento de todas las comedias románticas malas.

Él se encogió de hombros, y se quitó la arena de las manos mientras miraba de nuevo al agua.

—Parece que alguien tiene miedo.

—No tengo miedo. Es una tontería.

—Ajá.

—Me casaré antes de los treinta, Jamie. Y tú seguro que también estarás comprometido antes de los treinta.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —me retó por segunda vez esa noche, con los ojos chispeantes cuando se cruzaron con los míos. Extendió la mano—. Si no estamos casados en doce años, tú serás la señora Shaw.

Tragué saliva con fuerza. «La señora Shaw».

—Eso no es justo. Tú cumples los treinta antes que yo.

Jamie volvió a encogerse de hombros.

—Mi propuesta, mis condiciones. ¿Hay trato?

Extendió la mano más aún y yo la miré, frunciendo el ceño mientras me mordía el carrillo. Finalmente puse los ojos en blanco, extendí la mano y estreché la suya, dándole tres apretones.

—Vale. Pero esto es una tontería y no tiene sentido.

Jamie se limitó a sonreír.

—Eres muy raro —dije, dejando clara mi opinión sobre el estúpido pacto.

—Sí, pero me quieres igual —dijo guiñando un ojo, luego cogió la Vitamin Water que estaba entre nosotros y se la bebió hasta el final antes de reclinarse otra vez apoyado en las manos.

No pensé mucho en que hubiera dicho que yo lo quería, ni en la posibilidad de que tuviera razón. No pensé en el pacto ni en lo que

pasaría en doce años, porque Jamie se iba y yo me quedaba.

Mi madre me castigó durante el primer mes de ese verano y tuve que pagar para cambiar las alfombras, pero no me importó. Valió la pena aquel primer chupito de *whiskey*, desayunar burritos en la playa y hacer promesas tontas que no íbamos a cumplir.

Se suponía que esa iba a ser la última noche que nos veríamos.

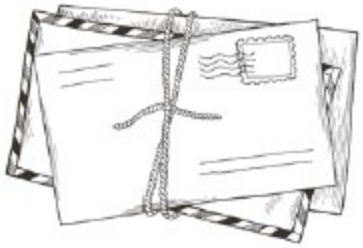
Dejé que se fuera, tal como debía, e hice todo lo posible por no pensar en él nunca más. Ni ese verano, cuando lo veía por la ciudad, ni en el otoño, cuando se fue a California y yo me quedé aquí. Ni siquiera cuando me presenté a la Universidad Alder sabiendo que estaba en la misma ciudad que la Universidad de San Diego. También evité sus redes sociales. Con el inicio del último curso y centrada en mi propia graduación, realmente empecé a dejar de pensar en él.

Pero, como suele pasar, esa no fue la última noche en la que vi a Jamie Shaw.

Para nada.

4

Madurado en barrica



Lo que pasa con el *whiskey* es que, cuanto más tiempo permanece en la barrica, más cambia... y nunca deja de hacerlo.

Un *whiskey* añejado durante dos años es diferente de uno añejado durante diez, y no importa en qué momento decidas rendirte y servirte un vaso, no te vas a equivocar.

Un *whiskey* en su punto justo, joven y lleno de carácter, puede ser todo un acontecimiento. Pero uno envejecido, aunque sea solo un poco... es una delicia.

Y no te dejes engañar por el hecho de que con el tiempo se evapora un poco de alcohol, porque cuando pruebes ese *whiskey* añejo, vas a sentir el mismo ardor maravilloso que cuando era joven.

Caminaba por el pasillo que formaban las mesas alineadas de la unión estudiantil de la Universidad Alder, en San Diego, cogiendo algunos folletos y desechando otros, cuando la barrica se rompió.

—¡Hola! —dijo emocionada la chica rubia sentada tras la mesa de la residencia universitaria—. ¿Vienes a recoger tu información de la residencia?

Hice mi mejor imitación de Ryan Atwood de *The O.C.*, con los labios apretados y la ceja levantada con indiferencia. Después de todo, estaba en California.

—Así es.

—¡Genial! —respondió demasiado rápido, mientras aplaudía con entusiasmo—. ¿Apellido?

—Kennedy.

Se puso a buscar entre los sobres alineados en su mesa y yo me balanceé sobre los talones, disfrutando del calor del sol mezclado con la brisa fresca. Era la última semana de agosto, una época normalmente infernal en el sur de Florida, pero el clima en San Diego era suave. Un sol brillante, algunas nubes blancas flotando y la brisa que venía de la costa. No debía hacer más de veintisiete grados y sonreí al sentir el aire ligero, mucho menos húmedo que el de Florida. Estaba oficialmente en mi nuevo hogar para los próximos cuatro años, y supe de inmediato que había tomado la decisión correcta al elegir Alder.

La Universidad Alder era un campus privado pequeño pero prestigioso. Situado entre el corazón de San Diego y la playa Imperial y con una gran variedad de opciones para estudiantes indecisos, era la universidad perfecta para mí. Sonreí otra vez, ajustándome la misma mochila que usé durante toda la secundaria justo cuando la animada chica rubia chasqueó los dedos.

—¡Ah! ¡Aquí está! —Sacó la carpeta, revisando su contenido antes de mirarme de nuevo—. Brecks, ¿verdad?

La sonrisa se me borró de la cara, al igual que el ánimo. Forcé una sonrisa tensa, pero antes de que pudiera asentir siquiera, otra voz

respondió por mí desde detrás.

—Es B —dijo. Su voz era suave, con un matiz de roble, más profunda de lo que recordaba. Me volví, con las palabras atascadas en la garganta y los ojos muy abiertos mientras lo observaba en profundidad. Devoré con la mirada cada centímetro de él, desde sus zapatillas desgastadas y pantalones cortos de baloncesto, hasta la camiseta de Alder que empapada se le pegaba a los músculos marcados de su abdomen. Mis ojos subieron por la ligera barba de su cuello y mandíbula antes de encontrarse con unas pozas de *whiskey* de miel. Se colocó a mi lado, con una sonrisa ladeada mientras me mantenía la mirada.

—Solo B.

En ese momento el tiempo se detuvo y yo no fui capaz de apartar los ojos de él: el pelo más corto, los bíceps, que se habían desarrollado bastante desde la última vez que los vi apoyados en la arena de la playa en Florida, los centímetros que había crecido. Su energía era diferente, más confiada, más segura. Me gustaría decir que fui más discreta que la primera vez que lo vi en ese sendero por donde corríamos, pero la verdad es que la manera en la que lo miré fue completamente obvia y él se dio cuenta, porque cuando mis ojos volvieron a su rostro, solo arqueó una ceja y amplió la sonrisa.

—Te has cortado el pelo —dije por fin, volviendo al presente de golpe. De pronto me invadieron todos los sonidos de los estudiantes y los pájaros en los árboles californianos, junto con el brillo del sol que atravesaba mis gafas baratas.

Jamie se rio, y levantó una mano para hacerme una leve caricia en la cara.

—Y tú te has hecho un *piercing* en la nariz.

Sonreí, aún mirándolo, sin prestar atención a la rubia de la mesa que intentaba darme información importante sobre mi dormitorio.

Por suerte, Jamie sí que estaba escuchando y se inclinó para cogerle el sobre y las llaves de la mano. Le guiñó un ojo, a ella, no a mí, y fue entonces cuando yo me volví de nuevo hacia ella.

—Qué alegría verte, Jamie. ¿Cómo estás? —preguntó, demasiado animada, y la miré de arriba abajo con lentitud. Gran melena rubia, rizos al estilo ochentero, ojos de un azul brillante, y una piel tan bronceada que parecía falsa. No era tan guapa como Jenna, pero tenía rasgos similares, lo que me hizo volverme a mirar a Jamie para estudiar su reacción hacia ella.

—Ya sabes, como siempre —respondió mientras levantaba el sobre —. Creo que ya tengo esto. Cuídate, Melanie.

Melanie casi se desmayó cuando nos alejamos de la mesa y tuve que hacer un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Os conocéis, ¿no? —pregunté, señalando con la cabeza a la chica, quien seguía mirándolo.

Se encogió de hombros.

—Algo así, sí.

Y no pude evitarlo.

Puse los ojos en blanco y Jamie se rio, con una risa fuerte y clara. Luego se detuvo, me miró y abrió los brazos.

—Ven aquí.

—Puaj —dije rápido, mientras negaba con la cabeza y reanudaba el paso—. Estás más sudado que dos ratas follando dentro de un calcetín de gimnasio.

—Oh, venga —bromeó mientras me seguía—. Solo es un poco de transpiración.

Y entonces, me levantó del suelo, presionando mi espalda contra su pecho empapado mientras me giraba en el aire. Grité, riendo y pataleando, hasta que me volvió a bajar.

—¿Por qué estás tan sudado? ¿Y qué haces aquí?

—Acabo de terminar un partido en las canchas de fuera. Y estudio aquí. Así que supongo que ahora los dos estamos aquí —añadió, alzando el sobre acerca de la residencia universitaria. Se lo arrebaté y empecé a revisar el contenido, a la vez que extendía la mano para que dejara caer las llaves mientras mi mente iba a mil.

—No sabía que estudiabas aquí.

—Claro, claro —dijo—. No pasa nada porque me acoses, B. Quizá hasta me gusta un poco.

—Ya quisieras —respondí, con la nariz aún metida en los papeles —. En serio, ibas a ir a la Universidad de San Diego. ¿Qué ha pasado? —Deslizaba los dedos por los papeles de la carpeta mientras esperaba su respuesta. Había información sobre mi asistente en la residencia, actividades planificadas para el semestre y protocolos de seguridad. Era una de las pocas afortunadas de primer año que había conseguido una habitación individual, aunque compartiría cocina y baño con tres chicas más. Había coincidido con una de ellas en la orientación de verano, pero a las otras solo las había buscado en redes sociales, así que estaba ansiosa por conocerlas.

—¿Recuerdas un tío mío del que te hablé? El que tenía contactos en una universidad de California. —Asentí y él sonrió, abriendo los brazos para señalar el campus—. Estás viendo la misma universidad en la que se graduaron mi padre y mi tío, los dos en Contabilidad. Al principio, me pusieron en lista de espera, pero mi tío conoce a alguien del Comité de Admisiones y movió algunos hilos.

—Y ahora estás aquí —dije, mirándolo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Aquí estoy.

Negué con la cabeza, y bajé de nuevo la mirada a mi información de la residencia mientras el estómago me daba volteretas. Jamie

Shaw iba a la misma universidad que yo. No sabía si sentirme afortunada o maldita, y el nudo en el pecho no me ayudaba a decidir. Lo había evitado desde aquella noche en la playa, dejándolo ir, dejando de pensar en él. Fue de Jenna y luego se marchó: fin de la historia.

Solo que ahora, continuaba.

—Así que has venido a California, después de todo.

Entonces alcé la vista para establecer contacto visual con su divertida mirada.

—Parece que sí.

Aunque muchas cosas habían cambiado en Jamie, lo que no había cambiado era cómo me miraba: expectante, como si supiera algo que yo aún no había descubierto. Me revolví ante esa mirada, sintiéndome acalorada de repente, y estaba a punto de preguntarle qué opinaba de Alder cuando alguien me levantó desde atrás por segunda vez.

En el aire, supe exactamente quién me tenía contra su pecho mientras me hacía girar y casi me muero al darme cuenta de que, en los últimos diez minutos desde que me había encontrado con Jamie, no había pensado en esa persona ni una vez.

Porque, verás, no esperaba encontrarme con Jamie en Alder, pero sí que esperaba ver a alguien ese día.

A mi novio.

—Dios mío, casi había olvidado lo guapa que eres —dijo Ethan cuando me volvió a bajar al suelo. Inmediatamente me inclinó hacia atrás y me besó en la boca con fuerza mientras el rubor se me extendía por las mejillas. Me volvió a poner en pie, con las manos en mi cara, antes de que Jamie se aclarara la garganta.

Ethan reaccionó al oírlo, me pasó un brazo por la cintura y sonrió ampliamente a Jamie.

—¡Y veo que has conocido a mi compi de cuarto!

Me quedé helada, con los ojos como platos, mientras Jamie fruncía el ceño.

—¿Jamie es tu compañero de cuarto? —dije con un hilo de voz.

—Sí —respondió, y nos señaló a ambos—. ¿Os conocéis?

Los ojos de Jamie no se apartaron de los míos, pero su mirada se había enfriado, volviéndose, de alguna manera, más oscura.

—Fuimos al mismo instituto —dijo, seco.

Tragué saliva mientras estudiaba el rostro de Jamie, preguntándome por qué de repente parecía a punto de matar a alguien.

—Sí. Él salía con mi mejor amiga.

—¡Vaya! —dijo Ethan, aún sonriendo—. ¡Qué pequeño es el mundo!

Las aletas de la nariz de Jamie se abrieron, su mirada se movió un par de veces entre Ethan y yo antes de fijarse en nuestras manos entrelazadas.

—Iba a la habitación a ducharme. Nos vemos luego, Ethan.

—Nos vemos, *bro*.

Jamie me miró por última vez antes de irse corriendo y dejarme muda junto a su compañero de cuarto.

Mi novio.

Dios santo.

—Vamos a llevar tus cosas, amor —dijo Ethan, besándome el pelo mientras me llevaba fuera de la unión estudiantil.

Había alquilado una pequeña furgoneta para llevar mis cosas hasta allí, tras convencer a mi madre de que quería hacer el viaje sola. Me llevó casi una semana con todas las paradas que hice, pero fue un buen viaje en solitario. Me dio tiempo para pensar en el próximo capítulo de mi vida y estaba emocionada por empezarlo.

Le señalé a Ethan la furgoneta cuando llegamos al aparcamiento junto a mi residencia. Se puso a trabajar, sin dejar de hablar sobre todas las cosas que estaba deseando mostrarme mientras yo intentaba mantenerme centrada y atenta. La verdad era que solo podía pensar en una cosa. En una persona. El chico al que se suponía que no volvería a ver.

Nunca lo admitiría, pero incluso en ese momento, ya ansiaba otro trago de Jamie.

Jamie hizo un buen trabajo ignorándome después de nuestro encuentro.

Lo veía a veces por el campus, generalmente con el brazo alrededor de alguna rubia curvilínea, que pronto aprendí que era su «tipo». Pero siempre que acabábamos en el mismo lugar —ya fuera en su dormitorio con Ethan o en algún espacio neutral del campus—, de alguna manera encontraba una excusa para irse en cuanto yo aparecía. No habíamos pasado, en total, ni tres minutos juntos desde ese primer día en el campus y yo estaba convencida de que me odiaba.

Pero no entendía por qué.

La respuesta más obvia sería que no le gustaba que yo saliera con su compañero de cuarto. Pero de nuevo, me preguntaba: ¿por qué? Él había salido con mi mejor amiga en el instituto y yo no había hecho más que apoyarlo. ¿No le caía bien Ethan? ¿Estaba molesto porque yo era un vínculo con su vida pasada en Florida y de repente aparecía para arruinarle su nueva vida? ¿Le molestaba que no le hubiera dicho que venía? No habíamos hablado desde aquel último día en la playa después de su graduación, y yo había conocido a Ethan durante el verano. Ni siquiera sabía que Jamie estudiaba en

Alder, mucho menos que era el compañero de cuarto de Ethan y tampoco es que Ethan hubiera tenido mucho tiempo para contarle nada, ya que había estado en Florida todo el verano mientras que Jamie se había quedado en Alder.

Después del encuentro, me pasé unos días volviéndome loca con tantas preguntas, hasta que la preocupación se convirtió en enfado. Se trataba de Jamie, el chico con quien solía pasearme por la ciudad, quien me había dicho que yo era su mejor amiga. Y de repente se había convertido en el imbécil más grande del mundo. Había pasado de sonreírme y bromear conmigo ese primer día a evitarme por completo, salvo por las miradas fulminantes que a veces me lanzaba cuando salía del cuarto mientras yo estaba con Ethan. Era exasperante.

A la mierda. ¿Quería ignorarme? Perfecto. Yo también lo ignoraría a él.

Estaba estudiando para mi primer examen de sociología, un mes después de que comenzaran las clases, cuando Jenna me llamó. Sonreí al ver su nombre en la pantalla, y me dejé caer sobre la cama para hacer un descanso y hablar con mi mejor amiga, quien estaba al otro lado del país.

—¡Te echo de menos! —chilló en cuanto contesté.

—¡Yo también te echo de menos! ¿Cómo está Nueva York?

Resopló.

—La ciudad es increíble, los trabajos de la uni apestan y el clima... todavía no he decidido si me gusta o no. ¿Y tú? ¿Cómo van las clases? ¿Cómo está Ethan?

—Las clases no están mal, y Ethan es increíble. Está muy ocupado con el Consejo de Estudiantes, pero lo veo casi todas las noches y me ha estado enseñando el campus.

—¿Y estáis follando mucho?

—Oh, por Dios, Jenna. —Rodé sobre la cama mientras pasaba los dedos por la colcha amarilla pálida. Mi cuarto era pequeño, pero tenía una puerta que me separaba de mis compañeras, que era todo lo que necesitaba en la vida. Tenía poca decoración, lo único que tenía encima de la mesa era mi portátil y una foto en la que salíamos Jenna y yo, y, en la pared, dos pósteres motivacionales. Los adornos más llamativos eran mis cojines amarillos y blancos y mi tabla de surf verde limón, dentro del armario, rogándome que la usara.

—¿Qué? Perdiste la virginidad este verano, B. Por fin puedo preguntarte sobre tu vida sexual y voy a aprovechar cada oportunidad.

—Estamos follando con una regularidad consistente, doctora, y estoy tomando mis anticonceptivos. ¿Podemos pasar a otro tema?

Jenna se rio.

—Está bien. Por si te interesa, yo no he tenido sexo con nadie todavía, pero tengo algunos objetivos a la vista.

—Gracias por el informe, exploradora.

—¿Qué más me cuentas?

Jenna estudiaba en la Universidad de Nueva York, literalmente en el otro extremo del país, y cuanto más hablábamos de profesores y comida del campus, más la extrañaba. Era la primera vez que estábamos separadas desde que éramos niñas, y aún me costaba conectar con mis compañeras de cuarto. Tenía tres: una jugadora de voleibol becada de Virginia, una activista por los derechos de los animales del norte de California, y una cristiana de voz suave de Kansas. Ninguna de nosotras había encontrado un interés común todavía, pero yo intentaba ser optimista.

—¿Cuándo puedo ir a visitarte? Ya tengo ganas de playa —dijo Jenna con un suspiro nostálgico.

—Mi camita individual es tuya para acurrucarte en ella cuando quieras.

—Lo digo en serio, cualquier día te aparezco en la puerta.

—Y sería el mejor día de todos.

Después de la llamada, le mandé un correo a mi madre contándole cómo me iban las clases. Nuestros horarios para hablar por teléfono apenas coincidían, pero habíamos estado escribiéndonos con bastante regularidad. Curiosamente, nuestra relación se había fortalecido durante mi último año de instituto. Quizá, en parte, porque saqué por completo a mi padre de mi vida y también porque finalmente la perdoné por haberme puesto mi nombre. Aún no estaba lista para aceptarlo de nuevo, pero tras muchas conversaciones nocturnas, entendí sus motivos. Mi madre era una adolescente joven y asustada cuando me pusieron en sus brazos. Y aunque nací de una tragedia, ella encontró belleza en mí, y había sacrificado mucho para que yo pudiera alcanzar mis sueños.

Conseguí algunas becas que me ayudaron a llegar a California, pero aun así no lo cubrían todo. Ahí descubrí que mi madre llevaba ahorrando religiosamente para mi fondo universitario desde que nací. Mi padre no tuvo nada para mí, más allá de una palmada en la espalda cuando me gradué, y no he hablado con él desde entonces.

Sacarlo de mi vida fue doloroso, porque durante mucho tiempo viví en ese espacio de nadie, en el que no sabía cómo sentirme respecto a él o a lo que le había hecho a mi madre. Pero incluso en ese espacio nos fuimos distanciando, y yo no quería que los buenos recuerdos que tenía de él fueran reemplazados por momentos incómodos y tensos. Así que lo que decidí, después de graduarme, fue dejar de tener contacto con él. Solo llamó una vez desde entonces y no le cogí. Tal vez podamos retomar el contacto más

adelante, pero por ahora, estoy contenta enfocándome en mí por un tiempo.

Apenas me había puesto con mis apuntes cuando la puerta de mi cuarto se abrió de golpe.

—Ethan está aquí —dijo Marie sin levantar la vista de su teléfono. Ella era la activista por los derechos de los animales y pensaba que sería con quien mejor me iba a llevar. Quiero decir, yo hacía un curso complementario en Estudios de la Mujer, abrazando mi lado feminista, y ella trataba de salvar gatitos. Éramos la pareja perfecta, ¿no? Solo que ella no me había dirigido más de trece palabras. Incluidas las tres que acababa de usar para anunciar a mi novio.

—Hola, preciosa —dijo Ethan mientras entraba en mi cuarto y cerraba la puerta tras él.

Sonreí cuando se inclinó para besarme y le acaricié los brazos hasta rodearle el cuello. Ethan era fuerte, fornido, no mucho más alto que yo, pero sólido. Su piel era del mismo tono que la de mi madre, oscura y suave, y tenía unos labios carnosos que me encantaba besar. También tenía lo que yo llamaba una «sonrisa de presentador de noticias»: de un blanco reluciente, casi demasiado amplia y sincera para resultar cómoda.

Nos conocimos el verano tras mi graduación en el insti, cuando él estaba haciendo unas prácticas en Florida, después de haberse pasado toda una noche en una fiesta en la Universidad de Palm South conquistándome con frases cursis y curiosidades aleatorias sobre frutas. Te juro que el tío me sedujo con datos de mangos y nectarinas. De hecho, sabía un poco a nectarinas, una especie de dulzor ácido.

—Por favor, dime que ya estás acabando de estudiar —me susurró al cuello, aún abrazándome.

—Ya estoy acabando de estudiar.

—¡Sí! —celebró mientras se apartaba para mirarme, pero sin soltarme la cintura—. Esta noche vamos a una fiesta en una casa en la playa.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Sí. Es algo informal, hay piscina y eso, así que ponte traje de baño y cualquier cosa encima. Puedo venir a buscarte y vamos juntos.

Me mordí el labio.

—No sé, Ethan. Es cierto que ya casi he acabado de estudiar, pero aún tengo que hacer el trabajo ese para el lunes.

—¿Y? Vamos, es jueves y resulta que sé que no tienes clases el viernes ni trabajas este finde —señaló. Y no podía discutírselo. Había conseguido un trabajo en la cafetería y librería del campus, pero había pedido el fin de semana libre para hacer el trabajo y repasar un poco más—. Así que disfruta esta noche con tu sexi y ansioso novio fiestero, y luego puedes dedicar el resto del fin de semana a trabajar y no te molestaré. Lo prometo.

Puso cara de cachorro, sacando el labio inferior y parpadeando exageradamente con esos ojos oscuros como la medianoche. No pude más que reírme.

—Está bien.

—¡Gané!

Le di un manotazo en el brazo, pero él me cogió la mano y le estampó un beso en el dorso. Ethan siempre era así de dulce. Me tocaba con suavidad, me susurraba cosas bonitas al oído, y siempre me llamaba «preciosa» o «bombón».

—¿A qué hora tengo que estar lista?

—Digamos que sobre las seis. Jamie también estará allí, así que nos tendrás a los dos. Y es la ocasión perfecta para que conozcas a

más gente.

Tragué saliva, mientras sentía que el pulso se me aceleraba al oír el nombre de Jamie. «Nos tendrás a los dos». Esa sí que era una fantasía deseable.

—Suena bien.

Él sonrió, y me dio un beso más antes de soltarme.

—Nos vemos esta noche.

Ethan salió, yo me dejé caer ante la mesa y miré mis apuntes durante quince segundos antes de rendirme y guardarlos. Cogí la llave del candado de la bici —mi único medio de transporte desde que mi coche se averió en el último año del instituto— y salí hacia el aparcamiento. Me quedaban unas cuatro horas antes de que Ethan viniera a buscarme, y tenía compras que hacer. El único traje de baño que había traído era un top negro viejo y dos partes de abajo que no combinaban, de la época del insti, y ninguno servía para la fiesta.

Tal vez no era la persona en quien debía estar pensando en ese momento, pero no podía quitarme de la cabeza cómo Jamie me había estado ignorando. Si él planeaba seguir por ese camino, yo iba a hacer todo lo posible para que le resultara muy, muy difícil mantenerse en él.

Estaba lista antes de tiempo, lo cual era sorprendente en mí, y traté de atribuirlo a las ganas de ver a Ethan y no a los nervios de ver a Jamie. Probablemente la verdad estuviera en algún punto intermedio. Aparté esos pensamientos mientras me revisaba en el único espejo del piso. Era un espejo compartido, colocado frente a dos lavabos entre nuestras dos duchas, y me cortaba a la altura de las rodillas, pero servía.

Me había gastado cincuenta dólares ganados con esfuerzo en el top de color coral que llevaba, pero valió la pena. No sabía que existían bikinis con aros, pero mis pequeños pechos copa B estaban elevados hasta el cielo y parecían más llenos de lo que jamás los hubiera visto. El tono rosa anaranjado destacaba sobre mi piel de color moca. Se ataba al cuello y se abrochaba por la espalda y lo combiné con una sencilla parte de abajo negra, que se anudaba a los costados.

El maquillaje aún me suponía un reto, ya que Jenna solía ayudarme casi siempre en la época del insti, pero esta vez me pinté los ojos grises con un ahumado y brillo labial. Llevaba el pelo suelto, con rizos en espiral que salían en todas direcciones, aunque lo bastante domados para enmarcarme el rostro. Me eché un último vistazo y me calcé las sandalias doradas justo cuando Ethan llamó a la puerta.

Marie lo dejó entrar antes de que pudiera ponerme el vestido negro de rejilla y él se detuvo, con la vista fija en mí.

—Joder...

Me reí, porque no tenía ni idea de cómo reaccionar ante la forma en la que me miraba. Cogí el vestido, que estaba medio metido dentro del lavabo y medio fuera, y me lo puse por la cabeza, pero sus manos se posaron en mis caderas, sujetando la tela antes de que cayera del todo.

—Tal vez deberíamos saltarnos la fiesta —murmuró.

Lo empujé suavemente hacia la puerta y bajó las manos para dejar que el vestido cayera sobre los muslos.

—Ni hablar. Estoy sacrificando toda una noche de estudio, caballero. Me vas a sacar a pasear.

Ethan también estaba bastante atractivo con un bañador patriótico que le llegaba a la rodilla y una camiseta blanca lisa. Me besó la

nariz antes de cogerme de la mano y llevarme hacia su coche.

El trayecto fue tranquilo, el viento revoloteaba a nuestro alrededor en su Mustang descapotable. Me dijo que era un regalo de su padre por graduarse en el insti y con eso ya me bastaba para imaginarme el tipo de infancia que había tenido. Aun así, nunca hablábamos mucho del pasado. Ambos estábamos más enfocados en el futuro. Me preguntaba mucho por mi especialidad, que yo aún no había decidido, y le encantaba contarme sus planes para cambiar el país. Iba a dedicarse a la política. Lo sabía con certeza. Le envidiaba un poco por eso.

Lo que más me gustaba de Ethan era cómo creía en mí, incluso cuando yo misma no lo hacía. Él hacía que me planteara qué quería realmente en la vida, y nadie había hecho eso antes. Él no veía solo a la chica que llevaba en su coche esa noche; veía a la mujer que sería dentro de diez años. Yo era una visión para él y él, un refugio para mí.

Menos de media hora después, llegamos a una gran verja rústica y Ethan introdujo un código antes de seguir por un largo camino flanqueado por árboles. Cuando la mansión apareció ante nosotros, me quedé con cara de boba.

Había estado en casas en la playa en Florida, pero ninguna del tamaño de esta. Tenía dos plantas y era, al menos, del tamaño de un campo de fútbol de ancho, blanca con detalles en rojo oscuro. Ethan aparcó y me abrió la puerta mientras yo seguía mirando.

—Vamos, es hora de que presuma un poco de ti —dijo con una sonrisa mientras me ofrecía su brazo. Lo entrelacé con el mío y lo dejé guiarme hacia el interior.

Esperaba suelos de mármol y grandes lámparas de araña, obras de arte selectas en las paredes y jarrones más caros que mi matrícula en cada mesa. Y encontré todo eso. Pero también

encontré algo que no esperaba en absoluto: una fiesta totalmente salvaje. La música retumbaba desde una mesa de mezclas del DJ en una esquina del enorme salón, y había luces que salían de ella y se proyectaban sobre todo el grupo de estudiantes. Parecía un club, con una pista improvisada delante del DJ y el resto de la casa llena de gente hablando, divirtiéndose con juegos de beber o drogándose.

—Guau —exclamé.

Ethan se pasó una mano por el pelo casi rapado mientras seguía mi mirada.

—Sí... supongo que olvidé decirte que esto a veces se pone algo loco. —Me miró, vio mi expresión y me cogió las dos manos—. ¿Estás bien? Podemos irnos, en serio.

—¡No! —contesté demasiado rápido, pero ambos sonreímos—. Me encanta estar aquí. Parece... divertido.

La música me impedía escucharme, así que me incliné más hacia él. Me besó, un beso corto y dulce, y luego nos unimos a los que estaban llenando vasos de plástico en la cocina.

De verdad que fue toda una experiencia estar en esa primera fiesta. Sí, me había colado en unas cuantas fiestas de la Universidad de Palm South durante el verano, pero esto... esto era otra liga. No era una fiesta universitaria cualquiera, aunque tuviera muchos elementos en común. No, esto era una fiesta de élite. Me fascinaba, pero mentiría si dijera que no me sentía un poco fuera de lugar.

Pasé la primera hora sobre todo observando, colgada del brazo de Ethan mientras él saludaba a diferentes grupos. Todos lo conocían, especialmente por su cargo en el Consejo de Estudiantes, y era alucinante verlo hablar con gente tan diversa. Pegaba con todo el mundo.

Bailé con él unas cuantas veces en medio de la pista improvisada hasta que la música y el calor me saturaron. No es que no lo

estuviera pasando bien, que sí que lo estaba, pero necesitaba aire, algo de silencio, algo de calma.

—Voy a salir un momento —le grité al oído por encima de la música. Él asintió y le di un beso en la mejilla antes de abrirme paso entre la multitud. Pasé junto a una mesa de centro con cuatro rayas de coca y traté de no mirar mientras cuatro chicas ansiosas las hacían desaparecer ante los vítores de quienes las rodeaban.

Definitivamente no era una fiesta de la Universidad de Palm South.

En cuanto cerré la puerta corredera detrás de mí, fue como apagar el mundo entero. Silencio. Un bello silencio.

Suspiré literalmente, y luego inhalé profundamente el aire salado antes de volverme y encontrarme con una de las piscinas más hermosas que había visto nunca. Se hallaba justo debajo del balcón donde me encontraba, rodeada de rocas grises, con un bar dentro del agua a la izquierda. Una cascada caía sobre el bar, y un pequeño puente conectaba los dos lados de la piscina. A su derecha, parecía que se desbordaba directamente hacia el océano que se extendía debajo. La luna brillaba esa noche, iluminando el mar en una línea recta que pasaba por encima de la piscina y llegaba justo hasta donde yo estaba.

Era raro. Todos iban vestidos para una fiesta de piscina, pero ni una sola persona estaba dentro del agua.

—Impresionante, ¿eh?

Debería haberme sobresaltado con su voz, pero creo que mi cuerpo ya sabía que estaba ahí. Vibraba, muy ligeramente, como si sintiera la presencia de un fantasma.

Jamie estaba recostado sobre la barandilla, a la derecha de la puerta que yo acababa de cerrar, dándome la espalda, y se llevaba un botellín de cerveza a los labios. Me deslicé hasta quedar a su

lado, con los codos apoyados sobre el borde para imitar su postura, mientras respiraba hondo. El aire en California era puro, completamente liviano. Cálido y salado, como en Florida, pero sin su pesadez.

—Sí —respondí al fin, mientras me volvía hacia él. Siempre disfrutaba de eso: la primera vez que lo veía de nuevo, el primer impacto. Era un poco como una quemadura leve, pero con un regusto suave, acogedor, como un viejo amigo que te invita a volver a casa—. ¿Así que ahora vuelvo a existir?

Él alzó el botellín otra vez con un leve encogimiento de hombros, pero no apartó la vista del mar.

—Deja de comportarte como un niñato, Jamie Shaw —dije, dando un sorbo a mi bebida. Vi de reojo cómo sonreía.

—No puedo creer que me hayas llamado niñato.

—No puedo creer que te estés portando como si lo fueras.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó, por fin, cuando se volvía hacia mí. Estaba a la defensiva, pero el ceño fruncido le desapareció en cuanto me miró de verdad. Luché contra el impulso de cubrirme mientras su mirada descendía ardiente hasta mi pecho. Supe que el top había valido la pena porque tragó saliva, con los ojos encendidos, y de repente me pregunté por qué había querido esa atención. Tenía novio y, sin embargo, eso, esa mirada, era exactamente la razón por la que había pagado cincuenta dólares por ese bikini. Por esa mirada. Por ese subidón.

—Por haber estado ignorándome todo el mes pasado —susurré. La voz me falló justo cuando más la necesitaba, pero fue suficiente para que me volviera a mirar a los ojos.

Se rio por lo bajo.

—No he estado ignorándote. He estado ocupado. Y supuse que tú también.

No terminó la frase, pero sabía que quería decir que seguramente había estado ocupada con Ethan. Dio un largo trago a su botellín antes de volver a apoyar los codos en la barandilla.

—¿Qué te está pareciendo San Diego?

No me gustó la conversación. Sonaba forzada, como dos desconocidos en vez de dos personas que solían compartir secretos.

—Está bien. No he visto mucho —respondí sin emoción, con una mano en la barandilla y la otra en la cadera, sin dejar de mirarle.

—¿Ethan no te está enseñando el campus? —No me pasó desapercibido el tono ligeramente burlón que usó cuando pronunció el nombre de Ethan.

—Sí, claro —dije—. Me ha llevado a muchos sitios del campus. Me ha contado muchas cosas sobre las tradiciones y me ha dado ideas sobre asociaciones a las que unirme. También he conseguido un trabajo en la cafetería, que es genial porque ahí se hacen las reuniones del Consejo de Estudiantes.

El perfil de Jamie se delineaba nítidamente contra la luz de la luna, con la mandíbula marcada por las sombras que caían debajo.

—Parece que vas camino de convertirte en la esposa del senador.

—Ni mucho menos. —Solté una risa ahogada, y eso por fin hizo que me mirara otra vez—. Tengo diecinueve años, Jamie.

—¿Y? —respondió rápido—. Ethan ya está construyendo esa vida. Está trabajando en el plan definitivo: los puestos adecuados en el Consejo de Estudiantes, las clases adecuadas, las prácticas correctas con políticos importantes... —Hizo una pausa—. La novia adecuada.

Miré a través de las puertas correderas hacia donde Ethan estaba con un grupo de gente, riendo, contando una historia que tenía a todos cautivados. ¿Era cierto? Sabía que le gustaba la política, que ese era su futuro, pero ¿de verdad lo estaba planificando todo ya? ¿Formaba yo parte de ese plan?

—Bueno, se toma en serio su futuro, sí. No tiene nada de malo.

Se rio.

—¿Cuánto le conoces realmente?

Esta vez fui yo quien se puso a la defensiva, crucé los brazos por debajo del top de color coral que se me ajustaba al cuerpo. Eso hizo que Jamie bajara la mirada, solo un instante, pero sonreí tomándolo como una victoria.

—Lo suficiente. Y me gusta, así que déjalo.

Cuando Jamie volvió a mirarme, sus ojos eran diferentes. Me recordaron a la noche después de que se graduara, ese atisbo de picardía, ese brillo de desafío.

—¿Qué estás bebiendo?

Abrí la boca para responder, pero se quedó abierta y luché contra la sonrisa que amenazaba con salir. Al juntar los labios para reprimirla, Jamie sonrió.

—B —dijo, y sentí el momento en el que se acercaba a mi espacio, ese calor familiar que me invadía antes de que la niebla se instalara —. ¿Qué estás bebiendo?

Solté un largo suspiro.

—*Whiskey*.

Esbozó una amplia sonrisa justo cuando la puerta corredera se abrió, mezclando nuestro oasis silencioso con el caos del interior. Alguien gritó algo —no pude distinguir qué— y de repente había gente tirándose al agua. Al parecer, la fiesta en la piscina por fin era real y empezaba justo a tiempo para evitar que cruzara el umbral embriagada por mi Whiskey.

—Déjame enseñarte San Diego.

Jamie seguía tan cerca que sentía su aliento en los labios cuando me habló.

—Tengo que estudiar.

Se rio, pero se acercó un milímetro más. El calor se multiplicó.

—No tiene que ser mañana. Solo déjame invitarte a salir, enseñarte tu nueva ciudad. Seguro que ni siquiera has ido todavía a surfear y eso es un crimen.

Tenía razón, aún no había sacado la tabla y estaba deseando hacerlo. Me agarré con más fuerza a la barandilla para no moverme. Quería apartarme, quería acercarme. No tenía ni puta idea de lo que quería.

Finalmente, encontré voz suficiente para contestar.

—Está bien.

—¡B! —Mi nombre nos llegó desde el otro lado de la piscina, y Jamie y yo volvimos la cabeza a la vez para buscar el origen. Ethan me llamaba sentado en un taburete de la barra de la piscina, mientras agitaba el brazo. Asentí sonriendo y volví la mirada a Jamie.

—Supongo que nos veremos por ahí.

Los ojos de Jamie seguían fijos en Ethan, pero luego apartó la mirada para dirigirla de nuevo hacia mí.

—Sí, nos veremos. —Me observó durante un minuto y no pude quitarme la sensación de que sus ojos habían cambiado. Eran de un marrón más oscuro y profundo, matizados con malas intenciones—. ¿Recuerdas cuando decías que no jugaba limpio?

Alcé una ceja.

—Sí...

Los ojos le brillaban mientras se alejaba, y sentí cómo me quedaba sin fuerzas en ese instante. Se humedeció los labios y seguí con los ojos el movimiento de su lengua.

—Solo quería asegurarme de que no lo hubieras olvidado.

Con eso, agarró la camiseta de Alder que llevaba y se la quitó, dejándola caer a sus pies. Me quedé sin aliento ante sus

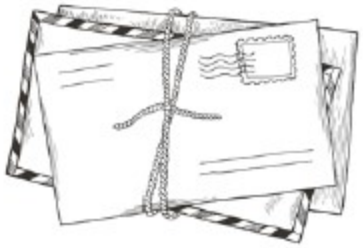
abdominales, más definidos que la última vez que los había visto. Vi la cicatriz justo encima de su cadera, esa que quería recorrer desesperadamente con los dedos, y volví a mirarlo a los ojos justo a tiempo para que me guiñara uno. Luego, saltó a la piscina al ritmo de los gritos de la multitud.

¿Sabes esa intuición que te alerta de un peligro inminente? Aquella noche, en la fiesta, tuve montones de avisos mientras bailábamos cerca, nunca tan cerca como para hablar, pero sin perdernos de vista del todo. Me quedé cerca de Ethan y Jamie mantuvo la distancia, pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban a través de la multitud, mi estómago se retorcía a modo de aviso.

Debería haber escuchado, pero si no te has dado cuenta ya, las señales de peligro no servían cuando se trataba de Jamie.

5

Una mancha



Aunque sabía que acabaría por ceder, las primeras veces que Jamie me pidió salir, después de aquella noche, le dije que no. La primera, ni una semana después, le dije que estaba estudiando. La siguiente, estaba con Ethan. Y la tercera, le dije que tenía cólicos menstruales. Estaba segura de que, después de esa última excusa, no insistiría más. Pero lo que pasa con el *whiskey* es que es una bebida terca, que se niega a ser ignorada. No se queda quieta en una estantería en una bonita botella esperando pacientemente. No. Exige atención, y eso era una muy mala noticia para idiotas sedientas como yo.

Apenas eran las diez de la mañana y ya había trabajado seis horas en la cafetería. Abrir era lo peor, sobre todo porque el mayor aluvión de clientes llegaba entre las seis y las nueve. Agradecía tener el trabajo, sí, pero echaba muchísimo de menos dormir hasta tarde.

Estaba bostezando, lista para pasar el viernes acurrucada en mi minúscula cama, cuando doblé la esquina hacia mi residencia y vi a

Jamie apoyado en el mismo Jeep rojo cereza que conducía en el instituto. Ni siquiera estaba en un aparcamiento, solo parado junto a la acera, justo frente a la entrada del ala donde estaba mi dormitorio.

Al principio no me vio, así que aproveché esos segundos para mirarlo descaradamente. Seguía igual de alto y delgado que en el instituto, pero los brazos se le habían ensanchado. En realidad, todo el cuerpo se le había puesto más fuerte, incluso el cuello; una cosa rara en la que fijarse, pero lo hice. Era como si estuviera atrapado entre el chico que dejé en la playa hacía más de un año y el hombre que no sabía si tendría el privilegio de seguir tratando dentro de cinco.

Cuando se dio cuenta de que me acercaba, Jamie se irguió, con una sonrisa descarada en el rostro.

—Hola, dormilona —dijo mientras me acercaba con otro bostezo.

—Juraría que esto es ilegal —contesté en medio del bostezo, señalando su Jeep con un gesto amplio.

—Tranquila. No hay peligro de que nos pillen, porque estamos a punto de irnos.

—¿Estamos?

Asintió.

—Estamos. Sube.

—Jamie... —empecé a protestar.

—No. Ni una excusa más. Ya he tenido suficientes estas semanas. —Se separó del Jeep y rodeó el coche para abrir la puerta del pasajero—. Vamos.

—Estoy muy cansada. Y no estoy vestida para nada. —Señalé mis *shorts* blancos y el polo verde claro que había llevado al trabajo.

—Estás perfecta. Además, vamos a tomar un café. —Levantó una ceja, señalando el asiento delantero—. Venga.

Pensé en negarme de nuevo, pero sabía que no tenía sentido.

—Pesado —resoplé al subir.

Jamie sonrió, pero no dijo nada más. Cerró la puerta detrás de mí y corrió hacia el asiento del conductor. Lo admito, fue surrealista estar de nuevo en ese asiento, en ese Jeep. Me invadieron los recuerdos de tantas noches recorriendo nuestro tranquilo pueblo costero en el sur de Florida, hablando de nuestros miedos, secretos y sueños.

—Te ha echado de menos —dijo mientras me observaba y pasaba los dedos por el salpicadero.

—¿Quién?

—ScarJo —respondió a la vez que abría los brazos para señalar su coche.

—Dios mío, no puede ser. ¿Como Scarlett Johansson?

—¡Eh! —protestó Jamie—. ¡No me juzgues! Tenía dieciséis años y las hormonas revolucionadas cuando lo compré.

—Friki —me burlé, pero al pasar la mano por el panel de la puerta, suspiré contenta, luego me recliné en el asiento, me quité las sandalias y subí los pies al salpicadero. «Hogar».

—Es como si este asiento me perteneciera.

Miré a Jamie, que me observaba con esa expresión suya tan particular, con una leve sonrisa en los labios. Quise preguntarle en qué pensaba, pero antes de que pudiera, su mano bajó a la palanca de cambios y nos puso en marcha.

—Vamos a conocer San Diego.

Durante la primera hora, Jamie se limitó a conducir. No creo ni que tuviera un destino claro en mente. Su Jeep avanzaba lentamente por las calles de diferentes zonas de San Diego, desde Chula Vista hasta

el centro. Ambos contemplábamos la ciudad y señalábamos diferentes cosas aquí y allá, casi sin hablar. Claude Debussy se mezclaba con el viento californiano, creando la banda sonora perfecta para nuestro paseo. Hacía sol, pero las nubes blancas y esponjosas nos daban un respiro del calor.

Por un rato, ni siquiera pensé en lo cansada que estaba. San Diego era una ciudad tan artística que parecía que había algo colorido y fascinante en cada esquina.

Aun así, finalmente, los bostezos me alcanzaron de nuevo y Jamie dijo que conocía el sitio perfecto para tomar un café.

Cuando llegamos al lugar, mis pies tocaron el suelo del Jeep y solté una carcajada.

—Me estás tomando el pelo.

—Sí, el de los bigotes —dijo Jamie mientras agitaba tres dedos a un lado de la boca, a modo de bigotes de gato.

—No eres nada gracioso, Jamie Shaw —repliqué mientras me subía las gafas de sol a la cabeza para ver mejor.

El Café del Gato.

—Claro que lo soy. Y pensé que podríamos rendir homenaje a la memoria de Rory. Además, si te duermes en nuestra primera cita, no lo superaré nunca.

—Esto no es una cita.

—Esto es un chico y una chica haciendo cosas divertidas juntos.

—Como amigos.

—O... —dijo Jamie en tono provocador, mientras encontraba aparcamiento, con sonrisa ladeada.

—Tengo novio.

Jamie estaba desabrochándose el cinturón de seguridad, pero se detuvo y miró el cierre entre sus manos. Cogió aire, se crujió el cuello y luego soltó el cinturón.

—Vamos. Necesitas cafeína.

Dejé pasar su comentario por alto, principalmente porque me moría por un café. Una podría pensar que trabajar en una cafetería te haría aborrecerlo, pero en realidad era todo lo contrario. Empezaba cada mañana con una taza y, ahora mismo, no iba a rechazar un café al mediodía.

Jamie parecía distraído mientras caminábamos por la calle hacia la cafetería, con las manos en los bolsillos y la mirada en los adoquines. Pero cuando abrimos la puerta del local, se animó de nuevo.

Era un lugar extraño. Básicamente entramos directamente a una decisión: dos pasillos poco prometedores. Jamie me guio por el de enfrente, donde un mostrador, parecido al de un bar de instituto, nos esperaba. Pedimos mientras yo observaba las huellas de gato en la pared y los dulces del mostrador. Al final, Jamie pidió un café solo y yo un americano. Con las bebidas calientes en la mano, nos dirigimos al otro pasillo.

Cuando entramos en una sala amplia con asientos por las paredes, casi se me cayó el café de la impresión.

—¡Joder! —exclamé más alto de lo que pretendía, lo suficiente como para que la pareja sentada en la primera mesa me oyera—. ¡Aquí dentro hay putos gatos de verdad!

Jamie soltó una carcajada mientras se detenía junto a mí y ambos nos tomamos nuestro tiempo para observar. El interior del café era acogedor, con madera de tonos marrones en suelos y paredes. Pero también había toques de color: una puerta roja al fondo, cojines naranjas dispersos, y juguetes de gato por todo el lugar.

Y sí, había gatos por todas partes.

—Cuando leí «Café del Gato», no sabía que tenía que tomarlo literalmente —murmuré mientras un gato atigrado negro y gris se

me enredaba entre los tobillos. Se arqueó contra mi pierna, luego se dejó caer sobre uno de los cojines y me miró como diciendo: «¿A qué esperas?».

—Cuidado. Creo que ese está planeando llevarte a una bañera a solas —me avisó Jamie. Le lancé una mirada antes de avanzar y ocupar una de las últimas mesas libres. Algunos clientes estaban sentados en el suelo jugando con gatos, otros posaban para fotos, y los demás se acomodaban en mesas pequeñas como la nuestra.

—¿Cómo es que todavía te acuerdas de esa historia? —le pregunté mientras sorbía el café entre maullidos y charlas humanas.

—¿Cómo olvidarlo? Te caíste desnuda en una pila de mierda de gato.

—Eres lo peor.

Jamie rio.

—Anda, no puedes odiar a los gatos para siempre. —Dejó su café y recogió a un gato negro pequeñito que se había acercado. Lo sostuvo como un balón de fútbol, acariciándole las orejas y luego el vientre, una y otra vez. Como si Jamie Shaw no fuera ya lo suficientemente atractivo como para encima estar en una cafetería sosteniendo un gatito, con una barba de varios días marcándole la mandíbula.

Dios mío, ayúdame.

Nos tomamos el café despacio mientras nos poníamos al día sobre el último año y medio. Me encantaba oírlo hablar sobre su familia y él se reía con mis historias con Jenna en nuestro último año de instituto. Le impresionó que se hubiera ido a la Universidad de Nueva York, y traté de ignorar ese viejo ramalazo de celos cuando me hizo preguntas sobre ella.

Era tan cómodo estar con él, incluso en silencio. Eso era lo que más me gustaba: nunca era incómodo.

Sin embargo, de vez en cuando, aparecían esos momentos microscópicos llenos de electricidad. Surgían cuando uno miraba al otro un poco demasiado, o sonreía más de la cuenta, o se quedaba abstraído unos segundos. Como pequeñas descargas para asegurarnos de que estábamos prestando atención, de que no íbamos a dejarnos llevar demasiado. Y creo que esos eran los momentos que más anhelábamos.

Cuando terminamos el café y ya habíamos acariciado a todos los gatos del local, Jamie miró la hora en su teléfono.

—¿Aún escribes?

Estaba de rodillas, acariciando al mismo gato que nos recibió, y lo miré.

—¿Sí? —No podía creer que se acordara. Justo había empezado a escribir el año en el que conocí a Jamie y, desde que él se fue, había escrito cada vez más. Normalmente poesía o tareas para clase, pero podía imaginarme contando una historia mía algún día—. ¿Por qué?

Me ofreció la mano y me ayudó a levantarme. Me sacudí los pelos de gato de las palmas mientras él sonreía.

—¿Te gustaría conocer al autor más famoso de la ciudad?

Me costó horrores, incluida una mano tapándome fuertemente la boca, para no echarme a reír.

Jamie tenía los puños apretados y la cara roja, mientras escuchaba cómo la bibliotecaria nos explicaba por octava vez que no había ninguna posibilidad de que nos dejaran ver la colección del Dr. Seuss.

—Como ya le he explicado, señor, no está abierta al público. Organizamos exposiciones durante su mes de nacimiento, en marzo, y a veces en verano, pero en este momento...

—¡Esto no tiene puto sentido! —Jamie, quien normalmente tenía una voz suave y grave, ahora hablaba a gritos. Yo estaba al borde de la risa, pero a la diminuta bibliotecaria no le estaba haciendo ninguna gracia. Tenía unos ojos enormes y redondos, de lechuza, que incluso entrecerrados le seguían ocupando la mitad de la cara. Además, era tan bajita como yo en quinto de primaria, pero no tenía intención de ceder—. ¿Me está diciendo que la colección está aquí, que todo está aquí, pero que, por alguna jodida razón, está cerrada y nadie puede verla?

—Señor, la colección es muy delicada. Solo los investigadores con permisos especiales pueden acceder a ella.

—Solo queremos verla —suplicó Jamie—. No vamos a tocar nada.

—Lo siento —repitió ella—. Y si sigue levantando la voz, tendré que pedirle amablemente que se marche. Esto es una biblioteca.

Jamie resopló, alzando las manos como si se rindiera.

—¡Exacto! ¡Una biblioteca! Pero ¡no dejan ver los malditos libros!

La bibliotecaria, hastiada, puso los ojos en blanco, justo cuando la risa me venció finalmente. Agarré a Jamie del brazo.

—Venga, no pasa nada. Vámonos.

Señaló a la mujer con el dedo mientras yo tiraba de él.

—El karma existe, señora Seuss Seguridad. Acuérdese de eso.

Solté una carcajada aún más fuerte mientras lo sacaba por la puerta principal, de regreso al camino que estaba frente a la biblioteca de la Universidad de San Diego, la Biblioteca Geisel, llamada así en honor al mismísimo Theodor Seuss Geisel.

El Dr. Seuss.

—Por increíble que hubiera sido ver esa colección, no vale la pena que acabes arrestado —dije entre risas mientras me volvía para mirarlo. Jamie seguía frunciendo el ceño y enseguida me di cuenta de que mirar hacia atrás mientras tiraba de él y caminar al mismo

tiempo resultaba demasiado para mi coordinación. Tropecé con mis propios pies y caí hacia delante, pero Jamie me atrapó por la cintura, me sostuvo y me estabilizó.

Y ahí estaba: frente a él. Mis manos en su pecho. Las suyas sobre mis caderas. Lo miré, e inmediatamente deseé no haberlo hecho.

—Gracias —murmuré mientras me alejaba un poco—. ¿Puedes hacerme una foto? —Saqué el móvil y se lo di antes de que pudiera responder, antes de que pudiera mirarme un segundo más. Puse mi mejor sonrisa y levanté los brazos para enmarcar el cartel con el nombre de la biblioteca que estaba sobre mí.

—Parecía el Can Cerbero la tía —dijo Jamie, y esperó a que acabara de reírme antes de hacer la foto.

—Eso ha sido gracioso.

Hizo una reverencia, me devolvió el móvil, y sentí que empezaba a relajarse. Sacarlo de esa biblioteca había sido el primer paso, y parecía que por fin se estaba calmando.

—Hay un sendero con forma de serpiente por aquí —dijo Jamie, señalando a un lado de la biblioteca—. Va por entre unos árboles frutales. No me dio tiempo a explorarlo cuando vine al *tour* del campus y, como al final fui a Alder, no he vuelto por aquí. ¿Te apetece caminar un poco?

—Claro.

Era un sitio curioso, no solo la biblioteca, sino todo el campus. Me encantaba la idea de una biblioteca dedicada por completo a un autor. Poder escribir historias que inspiraran como las suyas... que conmovieran a la gente... eso sí que era especial.

—Bueno —empezó Jamie mientras nos acercábamos al sendero. Pude ver la cabeza de la serpiente sobresaliendo del camino, hecha de baldosas de distintos colores que creaban la ilusión óptica—. ¿Y qué escribes?

—Depende. Ahora sobre todo poemas, pero creo que algún día me gustaría escribir una novela. A lo mejor.

—¿Te gustaría estudiar escritura como carrera principal?

Arrugué la nariz.

—No sé si tanto.

Jamie sonrió.

—Ah, cierto, se me olvidaba. La señorita Indecisa. —Le saqué la lengua y él se puso las gafas de sol—. ¿Y también te gusta leer?

—Pues claro.

Se encogió de hombros mientras nos internábamos entre los primeros árboles frutales.

—Podrías trabajar en una editorial.

—¿Sí? —Rocé con los dedos una de las hojas—. Nunca lo había pensado. Podría estar bien. Me encanta leer y creo que sería una buena vendedora.

—Oh, sí —dijo Jamie, y yo lo empujé levemente al captar la broma oculta en su comentario—. ¿Y qué te gusta leer?

—Leo muchas cosas. Muchos géneros. Ahora mismo estoy muy enganchada a la novela romántica.

—¿Romántica? —exclamó Jamie riendo—. Madre mía. ¿Ethan lo sabe?

—No sé, seguro que me ha visto con los libros alguna vez. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Bueno, a mí me gustaría saberlo, si tengo a mi chica tan insatisfecha que necesita un libro subido de tono para desfogarse.

—¡Dios mío, Jamie! —Me detuve en seco justo cuando dos chicas con libros apretados contra el pecho pasaban junto a nosotros—. No es eso. Para nada.

—Claro —dijo con una sonrisa burlona.

Qué cabrón.

—Que no. Leo romántica porque es divertido enamorarse. Y con los libros de romance puedo hacerlo una y otra vez. Puedo ser diferentes tipos de amante, sentir la angustia del desamor y también la felicidad. El amor es la emoción más poderosa y real que sentimos, y me parece mágico que podamos experimentar los grandes amores de la historia a través de los libros.

—Solo que no son reales.

Resoplé.

—Eres lo peor.

Seguimos caminando y Jamie se disculpó.

—Estaba de broma. Seguro que están genial. —Hizo una pausa, pero la curiosidad pudo con él—. Entonces, ¿Ethan te tiene satisfecha en la cama?

—No te he oído.

—Oh, venga —suplicó—. Yo te conté todos los detalles cuando salía con Jenna. Me lo debes.

Era verdad. Me había contado más de lo que quería saber sobre sus... aventuras con Jenna.

—Ya, bueno, tampoco fue precisamente correcto por tu parte.

—Cierto —concedió—. Pero entre nosotros los límites siempre han estado algo difusos, ¿no crees?

No era una pregunta. Era una afirmación. Y era verdad.

Suspiré. Era Jamie. O sea, era el tío al que le había contado la historia de mi nombre: mi historia más íntima. Me había considerado su mejor amiga. Y de alguna manera, yo siempre lo había sentido también como mi mejor amigo.

—Vale. Pero no te burles.

—Lo prometo.

Puse los ojos en blanco, porque claramente no le creía, pero solté un largo suspiro, dispuesta a hablar.

—No sé muy bien qué decir.

—Dime cómo es Ethan en la cama —dijo sin rodeos.

Me quedé cortada ante su desparpajo y negué con la cabeza.

—No sé. —Estaba nerviosa, quería esquivar el tema—. Está bien.

—¿Bien? Estamos hablando de sexo, B, no de tazas de porcelana.

—¡Dijiste que no te burlarías!

—Mentí.

—Ya veo, ya.

—En serio —dijo, deteniéndose de nuevo. Estábamos justo en el centro del sendero en forma de serpiente, los árboles nos aislaban del mundo, aunque solo fuera por un momento—. Vamos. El sexo no debería ser tabú. Hay que hablar de él. Se trata de descubrir qué te gusta, qué te da placer.

Dios, solo escuchar esa palabra en sus labios hizo que todo el cuerpo me entrara en ebullición.

—Está bien. A ver... —titubeé—. Me gustaría que la cosa fuera más... emocionante. Él es muy dulce, muy delicado, y eso está bien, pero... —Me sonrojé. Era la vez que más había hablado de sexo en mi vida, incluso más que con Jenna. Y aunque no quería sentirme avergonzada, lo estaba—. No hay pasión real. No hay urgencia. Me encantan los susurros dulces al oído, pero a veces solo quiero que me lancen a la cama, ¿sabes? Que me devoren. Como si no pudiera soportar tener las manos lejos de mí.

Estaba hablando sin filtro, mirando a mi alrededor por si alguien nos oía. Pero cuando miré a Jamie, todo se detuvo. El calor del sol nos envolvió y, de repente, entendí el simbolismo del lugar donde estábamos. Un sendero de serpiente, en un jardín. Me sentía como

Eva, y Jamie era la manzana roja y jugosa. Tentándome. Provocándome.

Su mirada estaba oscurecida, y nunca me había resultado tan fascinante ver a alguien respirar. Había un leve hundimiento en la base de su cuello que aparecía en cada inhalación y desaparecía al exhalar. Lo conté nueve veces antes de que hablara.

—Lo entiendo —dijo.

Solo dos palabras, suaves y cargadas de aliento, y comprendí que no se fiaba de sí mismo si decía algo más.

—Ya será tarde para ir a surfear, ¿no? —pregunté, mirando el sol que ya estaba bajo en el cielo.

—¿Hoy? —dijo, saliendo del trance—. Sí. Pero podríamos ir mañana. Levantarnos supertemprano, coger las olas de primera hora. ¿Qué dices?

Ni lo dudé.

—Me apunto.

Jamie sonrió con esa sonrisa suya, brillante, que mostraba la dentadura al completo, y luego volvimos al Jeep en un silencio cómodo.

Me dejó en la residencia poco después de las cinco, tras rechazar su invitación a cenar. Estaba agotada y, si íbamos a levantarnos temprano, quería descansar.

Ethan me escribió dos veces: una mientras aún estaba en el Jeep con Jamie, y otra ya en mi habitación. Quería quedar, pero también le dije que no. Le escribí que estaba cansada, lo cual era cierto, pero no le dije que necesitaba un respiro. Mi día con Jamie no cambiaba lo que sentía por Ethan, pero sí me recordó todo lo que siempre había sentido por Jamie. Todos los pensamientos que había dejado ir aquella mañana en la playa después de la graduación de Jamie volvían a estar aquí, presentes, esperando a que les hiciera frente.

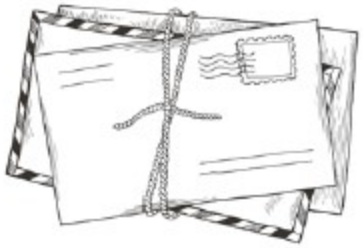
Ojalá tuviera una bañera, porque lo único que quería era llenarla de agua caliente y quedarme allí durante horas, sumergida en el agua y en mis pensamientos.

No podía creer que Jamie recordara tantas cosas sobre mí. Sobre nosotros. Y, de alguna manera, eso me reconfortaba más que nada, porque yo también recordaba muchas cosas. Resulta que una mancha de Whiskey era tan permanente como la tinta, y me pregunté si alguna vez podría borrarla por completo.

O si realmente quería hacerlo.

6

El regusto



—¡B, despierta!

—Mmm —murmuré mientras alargaba la mano para apagar la alarma que decía mi nombre. Mi mano chocó con un cuerpo cálido y firme, y tiré de la camiseta que lo cubría—. Dormir.

Oí una risita y abrí los ojos; mi habitación seguía oscura, salvo por la luz de la lamparita de noche que tenía encendida.

—Vamos. Deberíamos irnos si queremos pillar las olas de la mañana.

Jamie.

Retiré la mano de golpe y me destapé, confundida.

—¿Cómo has entrado? —Cogí el móvil. Las 5:35.

—Me has dejado entrar tú, boba. Te llamé.

—¿Qué? —Deslicé el registro de llamadas y, efectivamente, su nombre estaba ahí, unos cinco minutos antes—. No entiendo nada.

Jamie se sentó en el borde de mi cama y de pronto deseé tener el edredón todavía encima. Solo llevaba puestos unos *shorts* minúsculos y una camiseta corta.

—Me dejaste entrar. Me cogiste de la mano y me trajiste hasta aquí antes de meterte otra vez en la cama.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la cara con la mano y Jamie volvió a reírse. Me encantaba ese sonido. Esa risa grave y profunda.

—Tranquila. Solo estás cansada. Podemos ir otro día, si prefieres descansar.

—No —dije rápido mientras salía de la cama. Saqué el bañador del primer cajón de la cómoda, sin siquiera molestarme en taparme el culo que se veía perfectamente con los *shorts* diminutos, ya que, al parecer, ya me había paseado así esa misma mañana—. Dame un segundo para cambiarme.

—No hace falta, podemos...

—Quiero ir. Llevo casi dos meses aquí y todavía no he surfeado. Y esa era una de las principales razones por las que quería venir a California.

Jamie asintió, se levantó de la cama y fue a por mi tabla de surf, que descansaba junto al armario.

—Perfecto. Ve a vestirte. Estoy en el aparcamiento G.

Cogió la tabla, la encajó entre el brazo y el costado y yo le sostuve la puerta para que saliera antes de encerrarme en el baño que compartía con Marie.

Me senté en la taza del váter y respiré hondo tres veces. Estaba emocionada por surfear, pero que Jamie me despertara desde tan cerca estando yo con tan poca ropa me tenía con el pulso acelerado. Decidí no pensarlo mucho, me vestí rápido y me lavé los dientes antes de salir corriendo hacia el Jeep de Jamie. Me alegré de ver nuestras tablas sujetas al techo y a Jamie esperándome dentro, con

la ventanilla bajada, sonriendo mientras el cielo empezaba a teñirse con los primeros tonos azul claro del amanecer.

Iba a ser un buen día.

—¿Qué es eso? —preguntó Jamie, señalando el viejo traje de baño que llevaba bajo la camiseta y los s*horts*.

—¿Mi bañador?

Se rio.

—Te vas a congelar. ¿No tienes neopreno? —Negué con la cabeza y él puso el Jeep en marcha—. Entonces esa será nuestra primera parada.

La conversación de camino a la playa fue fluida. Jamie me habló de los nuevos lugares favoritos para surfear que había encontrado desde que llegó. Me llevaba a Windansea, lo cual ya era increíble teniendo en cuenta lo mucho que había oído nombrar ese sitio en los programas de surf profesional de la tele. No es que fuera muy fan de ver surf en la tele, porque para mí surfear siempre fue algo personal, una forma de liberarme, pero lo veía de vez en cuando. Y Windansea era la playa de los grandes.

Al llegar a la playa, recibí un mensaje de Ethan justo cuando tenía el traje de neopreno nuevo en el regazo, listo para ponérmelo. Jamie bajó del Jeep para preparar las tablas y yo me quedé mirando el móvil, sin saber qué responder.

Hey, intenté sorprenderte con el desayuno en la cama. ¿Dónde estás?

Escribí una respuesta, dudando si mencionar o no con quién estaba. Al final, decidí no decirlo.

Decidí ir a probar las olas. ¿Te llamo cuando vuelva?

Perfecto. Quiero llevar a mi chica a cenar.

Sonreí.

Me encantaría.

Pues tenemos una cita. ¡Diviértete!

Guardé el móvil en el bolsillo de la bolsa de playa y suspiré. Un extraño sentimiento de culpa me revolvió el estómago. No estaba haciendo nada malo por ir a surfear con Jamie, entonces, ¿por qué sentía que debía ocultárselo a Ethan?

—¿Lista? —Jamie apareció a mi lado para abrirme la puerta del copiloto. En ese momento, me di cuenta.

Estaba a punto de surfear en California.

Mi sonrisa era tan grande que casi no me cabía en la cara mientras cogía la tabla del costado del Jeep, donde estaba apoyada.

—Allá vamos.

Caminamos hacia la playa, que era en su mayor parte rocosa y aún estaba casi vacía al amanecer. Algunos surfistas ya estaban en el agua, pero nada parecido al gentío de las playas de casa. Claro, era octubre y aún era temprano. Imaginé que pronto se llenaría.

Jamie y yo no perdimos el tiempo. Dejamos las bolsas cerca de una caseta para surfistas y nos pusimos los trajes de neopreno. Me pareció raro al principio, pero en cuanto mis pies tocaron el agua helada, agradecí la protección. Di un paso atrás con un siseo, y Jamie se rio.

—Te dije que te congelarías.

Por suerte, el sol empezaba a calentar y el agua fría no fue suficiente para quitarme las ganas de cumplir mi sueño: surfear en California.

En cuanto puse la tabla en el agua, me subí, me até la correa al tobillo y extendí los brazos a los lados para remar, me sentí como en casa.

—Dios, cuánto lo echaba de menos —susurré.

—Y yo —respondió Jamie, aunque él aún no se había subido. Me estaba mirando. Me incorporé, sentada a horcajadas sobre la tabla, y le devolví la sonrisa. El pelo le había crecido un poco desde que llegué al campus y en ese momento, en el agua, mientras se subía a la tabla, sentí que era mi Jamie.

Ese día aprendí mucho sobre mí. Como que, por muy valiente que fuera, surfear en California era más difícil de lo que pensaba. No es que no pudiera hacerlo, porque sí que lo hice, pero remar era más complicado que en Florida y las olas eran más grandes, así que tuve que reajustar lo que sabía sobre cuándo atraparlas y cómo montarlas. Pronto le cogí el ritmo, y Jamie y yo surfeamos ola tras ola toda la mañana y hasta bien entrado el mediodía.

Eso sí, tuvimos que parar bastantes veces. Mi resistencia no era ni la sombra de lo que había sido en Florida. Pero Jamie había traído el almuerzo, así que pasamos mucho tiempo en la arena, riendo y disfrutando del sol, y casi fue la parte que más me gustó. No había esperado que el agua estuviera tan fría y eso, sumado a la fuerza del oleaje, era agotador en el mejor sentido.

Después de comer bajamos el ritmo, sentados en las tablas y hablando entre ola y ola. Cuando el sol ya estaba alto y el mar más lleno de gente, me di cuenta de que teníamos que volver al campus para prepararme para mi cita con Ethan. No quería irme, pero sabía que las olas seguirían ahí. Y esperaba que Jamie quisiera volver conmigo pronto.

—La próxima vez podríamos ir al muelle de la playa Imperial. Hay más gente, pero es divertido. También podemos comer por allí. Hay buenos sitios de pescado.

—Me encantaría —dije con sinceridad, antes de suspirar—. No quiero irme, pero deberíamos volver.

—¿Estás cansada? ¿Las olas de California son demasiado para ti?

Puse los ojos en blanco.

—Tengo una cita con Ethan esta noche —dije mientras le miraba a los ojos. No sé por qué esperaba algún tipo de reacción, pero no hubo ninguna.

—Ah. Vale. Bueno, entonces pillemos una última ola —dijo con una sonrisa, y se lanzó hacia delante en la tabla para remar.

Y eso fue todo.

Todo me pareció un poco irreal mientras subíamos de nuevo al paseo marítimo. Por fin había surfeado en California, y el día se había pasado tan rápido que casi se me había olvidado disfrutarlo. Así que, después de cargar las tablas y de que Jamie se pusiera una camiseta, caminé de nuevo hasta el borde del paseo y me quedé mirando el mar, viendo a los surfistas montar las olas.

Todavía tiritaba, a pesar de haberme quitado el traje de neopreno, que había dejado en el Jeep, y llevar puesto un suéter ligero por encima del bañador. Mis rizos, grandes y encrespados por el agua salada, se agitaban con la brisa marina de alrededor y me tapaban la vista de vez en cuando, lo que me hacía sentir como en casa.

Noté cómo Jamie se colocaba a mi lado, y ambos apoyamos los codos en la barandilla, con la mirada fija en el agua.

—No puedo creer que estemos en California.

Jamie sonrió.

—Juntos.

Entrecerré los ojos contra el sol al girarme hacia él, sin mis gafas de sol, que había dejado en el coche.

—Gracias por el día de hoy, Jamie. Y por el de ayer también.

—Y solo estamos empezando —respondió, y sentí que esas palabras me calaban hasta lo más hondo. «Y solo estamos empezando».

Nos quedamos un momento en silencio, y luego él se recostó en la barandilla con esa sonrisa suya relajada.

—Por cierto, tengo que preguntártelo. ¿Cómo es que te has dejado el sujetador *push-up* en casa? Tenía curiosidad por verte intentando surfear con eso.

Le di un codazo mientras entrecerraba los ojos.

—Era una fiesta en la piscina, ¿vale? Necesitaba algo un poco más llamativo que mis tops de surf, que me hacen parecer un niño.

Bajé la vista al top que llevaba debajo del suéter de punto: un *halter* negro y verde lima que hacía juego con mi tabla y me dejaba tan plana como ella.

—Ah, o sea, que estabas llamando la atención esa noche, ¿eh?

—Bueno, verás... alguien había estado ignorándome —le respondí en tono de broma—, así que necesitaba encontrar una forma de llamar un poco su atención.

Fruncí la nariz, con la lengua entre los dientes. Me encantaba bromear con Jamie, pero no me gustó la forma en la que el estómago se me encogió justo cuando su sonrisa se desvaneció y el aire se volvió más denso.

Ahí estaba: la mirada característica de Jamie. La forma en la que, combinada con la luz del sol, me quemaba la piel. Y de repente, dejé de tiritar.

—No pareces un niño —dijo Jamie con voz baja—. Que conste.

Me reí, sin creérmelo, pero entonces él dio un paso más cerca y su mano se enredó en mi pelo salado. Dejé de reír. Dejé de respirar.

—Y no te estaba ignorando. Te estaba evitando. Estaba intentando mantenerme alejado.

Tragó saliva con su mirada fija en la mía, antes de bajarla hacia mi boca y volver a subirla, mientras su otra mano se levantaba para enmarcarme la cara.

—Estaba intentando evitar esto.

Me atrajo hacia él y, antes de que pudiera procesarlo, sus labios estaban sobre los míos.

Y mi mundo se dio la vuelta, arrastrándome con él.

Jamie había contenido el aliento con ese beso y, por un momento, yo también. Pero cuando me puse de puntillas, presioné mis labios con más fuerza contra los suyos y me aferré a su camiseta para acercarlo más, ambos exhalamos a la vez. Nuestros alientos se mezclaron y Jamie atrapó mi labio inferior entre sus dientes y lo soltó con un gemido antes de volver a besarme, esta vez deslizando la lengua para buscar la mía.

Estaba girando, aturdida, tambaleándome y a punto de estar completamente embriagada de Whiskey. Había soñado muchas veces con besar a Jamie, pero ni me había acercado a como era en realidad: sus manos fuertes en mi cuerpo, su boca apasionada y experta. Las piernas se me volvieron de gelatina, y él se dio cuenta y me sostuvo entre los brazos, mientras seguía besándome como si hubiera esperado toda la vida para tener esa oportunidad.

—Joder —murmuró al separarse y apoyar su frente contra la mía. Ambos jadeábamos, intentando recobrar el equilibrio.

—Jamie, yo...

—Tienes novio. Lo sé.

Me soltó entonces y se separó bruscamente. Se pasó las manos por el cabello con fuerza y se quedó con ellas en la cabeza, respirando hondo.

—Joder. Lo siento.

El corazón se me cayó por las tablas del muelle y se estrelló contra las rocas. Él se arrepentía. Yo acababa de tener el mejor beso de mi vida, y él se arrepentía.

Observé su espalda, sin saber qué expresión tenía su cara, sin saber por qué no fue hasta ese instante exacto cuando me di cuenta de que la que debía disculparse era yo.

Yo era quien acababa de engañar a alguien.

—Deberíamos irnos —susurré, y no esperé su respuesta. Caminé de regreso al Jeep. Me metí enseguida, pero Jamie tardó en venir. Cuando por fin se dejó caer en el asiento de al lado, ni me miró. Encendió el motor en silencio, metió la marcha y arrancó sin decir nada. Sin música. Sin palabras. Solo viento.

Me sonó el teléfono, que nos sobresaltó a los dos, y al sacar el móvil de la bolsa, vi el nombre de Ethan en la pantalla.

—Hola, amor —contesté.

Jamie apretó con más fuerza el volante.

—¿Ya estás llegando a casa?

—Voy de camino. Escucha, estoy agotada, ¿podemos dejar lo de la cena para otro día?

Sentí la decepción de Ethan al otro lado del teléfono y entonces Jamie me miró, con el ceño fruncido.

—Te echo de menos, B. No te he visto en toda la semana. ¿Puedo al menos ir a verte? Llevo una peli y puedes quedarte dormida encima de mí, si quieres. Me da igual lo que hagamos. Solo quiero estar contigo esta noche.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y parpadeé rápido para contenerlas. Ethan era el mejor chico con el que había salido. El chico en quien confié lo suficiente como para hacerlo la primera vez. Había valorado que yo fuera virgen, y cada día parecía adorarme más. Era dulce, amable, tenía un plan. Y por alguna razón, quería que yo formara parte de él. Era todo lo que yo había soñado.

Y yo... era una completa estúpida.

—Yo también te echo de menos. Dame una hora y luego ven.

Suspiró, y pude imaginar su sonrisa como si estuviera allí mismo conmigo.

—Estoy deseándolo. Nos vemos en breve.

Corté justo cuando Jamie entraba al campus. Estacionó otra vez en el aparcamiento G y, cuando fui a abrir la puerta, bloqueó todas las cerraduras.

—Lo siento, B.

Dijo esas palabras otra vez e incluso fueron más dolorosas esa segunda vez.

—Ethan es muy buen tío y se nota que te quiere. Y sé que tú también le quieres. Lo que hice hoy fue egoísta. Fue una tontería. No me arrepiento de haberte besado —aclaró, y entonces lo miré a los ojos—. Pero sí que me arrepiento de haberlo hecho cuando estás con otro.

Me mordí el labio, luchando contra todo lo que sentía.

—Yo también lo siento. Creo que... quizá esto haya sido una mala idea.

—No —negó Jamie, sacudiendo la cabeza mientras se giraba por completo hacia mí—. Escucha, te prometo que no volveré a hacer algo así. Pero, por favor, no me alejes. Podemos seguir siendo amigos, B. No quiero perderte.

Tuve un *flashback* de la noche en la que me escribió después del primer partido de fútbol, aquella noche que fuimos a ver a Jenna pero terminamos quedándonos solos.

—Por favor, déjame seguir siendo tu amigo.

¿Podríamos serlo? ¿Podríamos volver a pasar tiempo juntos como en el instituto después de habernos besado, después de haber cruzado esa línea tenue que siempre había estado entre nosotros? No lo sabía. Aunque una parte de mí sospechaba que quizá no quería saberlo.

A pesar de ello, asentí. Solo la idea de perderlo también me destrozaba.

—Está bien.

Jamie soltó un suspiro de alivio, pero yo me incorporé un poco más.

—Pero no podemos... yo no puedo... —Gesticulé hacia atrás, señalando la playa, el beso.

—Lo sé.

Asentí de nuevo, y sentí que había una comprensión sólida entre nosotros.

—¿Me ayudas con la tabla?

Una hora después, ya me había duchado y estaba acostada en mi cama, con la cabeza sobre el pecho de Ethan mientras veíamos una película de terror. Durante los primeros treinta minutos de la película, me mantuvo abrazada, mientras me acariciaba suavemente la piel al borde de los pantalones cortos de dormir y no le dije nada sobre el beso. Debería haberlo hecho, pero no quería herirlo y, en ese momento, aún me mentía, repitiendo las palabras que Jamie había dicho en el coche. «Podemos seguir siendo amigos».

Poco después, Ethan estaba sobre mí, besándome suavemente mientras se acomodaba entre mis piernas. Me prometía el mundo entre besos y yo lo bebía con ansias, desesperada por creerle, desesperada por desear lo que sabía que debía desear.

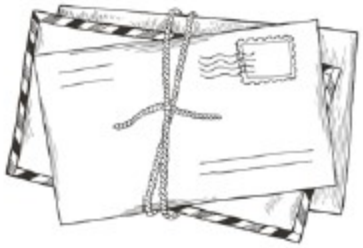
Pero la verdad seguía ahí, escondida bajo mi almohada, guardada en mi mente.

Esa noche me bebí a Ethan por completo, hasta la última gota, pero cuando terminamos y me giré de lado y él me abrazó en cucharita, me llevé a los labios unos dedos temblorosos.

Aún sentía el regusto a Whiskey en la boca.

7

Agua de vida



Resultó que mi miedo a no poder actuar con normalidad cerca de Jamie no tenía fundamento, o al menos eso pareció al principio.

Después del beso, evité a Jamie durante unos días, pero cuando finalmente volvimos a estar juntos, fue como si nunca hubiera pasado nada. La conversación fluía con facilidad, nos veíamos cuando podíamos e, incluso estando con Ethan, Jamie se comportaba de forma normal. Íbamos mucho a surfear y, como a Ethan no le gustaba el surf ni estar en la playa, esos solían ser nuestros momentos, solo de Jamie y míos. Era divertido: explorábamos nuevos lugares, enfrentábamos nuevas olas e incluso Jamie estrenó una tabla nueva. Yo, en cambio, sentía que jamás podría separarme de la mía.

Jamie cumplió su palabra. No intentó besarme de nuevo. De hecho, se había alejado por completo. Sentía que era yo quien se quedaba mirándolo o quien se ponía demasiado cerca. Jamie, por

otro lado, mantenía la distancia. Las conversaciones eran prudentes y cada roce entre nosotros no era más que amistoso.

Como para demostrar que hablaba en serio, Jamie incluso salía con otras chicas, bueno, decir «salía» es mucho. Nunca puso etiquetas a sus encuentros con el desfile de rubias que entraban y salían del apartamento que compartía con Ethan, pero el mensaje fue claro. Creo que, en retrospectiva, pensó que eso haría más seria la promesa que me hizo de ser solo amigos. Y así fue. Pero también me hizo cuestionarme por qué me había besado.

Yo no me parecía en nada a esas chicas. Eran todas de piel clara, con curvas, rubias. Claramente, yo había sido un error para él, por eso se disculpó tan rápido.

Solo fue un beso, un error sin importancia.

Estábamos bien siendo amigos.

Era fácil estar con él, como lo había sido siempre. Y así, casi igual que en el insti, Jamie y yo nos dejamos ir en una rutina sencilla. Surfear, explorar nuevos lugares en San Diego, estudiar... Hasta volamos juntos a casa en vacaciones. Eso fue lo que más agradecí, especialmente después de que mi madre y yo pasáramos nuestra primera Navidad solas. Incluso después de enterarme de lo que hizo mi padre, habíamos seguido pasando juntos la Navidad. Pero esa vez le dije que no viniera y, aunque estaba segura de haber tomado la decisión correcta, me dolió igual. Jamie me recogió esa noche y recorrimos en coche nuestro viejo pueblo, igual que lo hicimos la Nochebuena de su último año.

Realmente habíamos formado una amistad o, al menos, nos habíamos convencido de ello.

Pero verás, lo que seguramente ya sepas sobre la bebida, pero que yo aún no comprendía en ese momento de mi vida es esto: cada tipo de alcohol te afecta de una manera distinta.

Jamie era *whiskey*, de eso estaba segura. Era inconfundible cómo quemaba, cómo perduraba su sabor. Sin embargo, nadie me advirtió de que una vez que eres chica de *whiskey*, siempre serás chica de *whiskey*. Pero lo estaba descubriendo.

Ethan era como el ron. Dulce y divertido, como un cóctel frutal en la playa. Decía las cosas correctas, me llevaba a los lugares adecuados, me hacía los regalos ideales en las fechas especiales. A todos los efectos, era una bebida perfectamente aceptable.

Pero con ron no me embriagaba como lo hacía con Whiskey.

Una noche particularmente tarde de febrero, Ethan apareció sin avisar en mi dormitorio. Para entonces, Marie y yo ya nos habíamos hecho amigas y estábamos en la cocina preparando sidra de manzana con un toque extra de alcohol, cuando él llamó a la puerta.

Abrí, un poco achispada, y sonreí ampliamente al verlo allí de pie.

—¡Hola, amor! —le rodeé el cuello con los brazos y solté una risita, pero él apenas me devolvió el abrazo. Cuando me separé, vi que tenía el entrecejo fruncido y me rehuía la mirada.

—¿Podemos dar una vuelta?

—¿Ahora? —pregunté, girándome hacia Marie en la cocina. Ella removía su sidra con una ramita de canela mientras cantaba a Katy Perry—. ¿Por qué no entras? Te preparo una bebida.

—B —dijo, y cómo pronunció mi apodo me hizo temblar. Crucé los brazos, tratando de abrigarme con el suéter enorme que llevaba puesto—. Por favor. Es que... necesito hablar contigo.

Lo miré con atención, y eché en falta la sonrisa que solía lucir.

—Está bien. Déjame ponerme las botas.

Marie se limitó a coger la sidra que yo sostenía, ahora llevaba una en cada mano, y a levantar las cejas mientras se metía en su habitación. Reí, me puse las botas rápidamente y salí a encontrarme con Ethan. Tenía un nudo en el estómago mientras caminábamos; el

campus estaba oscuro, salvo por las farolas y las ventanas de los dormitorios. Cuando Ethan me cogió la mano y la apretó con fuerza, respiré un poco aliviada, pero solo un poco.

—Necesito preguntarte algo, y necesito que seas completamente sincera conmigo.

Le apreté la mano en respuesta, tratando de tragar la bola de algodón que sentía en la garganta. Hacía frío, sobre todo para ser San Diego. Estaba claro que, al igual que Florida, el sur de California tenía un mes y medio de temperaturas moderadamente bajas. En ese momento hacía poco más de diez grados, pero no era solo el aire lo que me daba escalofríos.

—Jamie y tú pasáis mucho tiempo juntos. Y lo entiendo, sé que erais buenos amigos en el instituto. Entiendo que a ambos os gusta hacer surf y no quiero que dejes de salir con él ni nada. Pero... —Ethan se detuvo, nos dirigió hacia un banco y se sentó. Yo me quedé de pie y él seguía evitando mi mirada—. B, yo no puedo competir con Jamie. —Sus ojos finalmente encontraron los míos y lo que vi detrás de ellos casi me rompió—. No puedo. Así que si no soy suficiente para ti, dímelo ya.

—Ethan... —Me senté y le cogí las manos. Él las sostuvo con fuerza, mientras se mordía el labio y miraba el punto donde se unían nuestros dedos—. Tú eres más que suficiente para mí. Por Dios, soy yo la que no entiende qué demonios ves en mí. —Reí y Ethan forzó una sonrisa, pero se desvaneció rápido—. Hablo en serio, Ethan: Jamie y yo somos solo amigos.

Él asintió con un resoplido, y vi salir una nube de aire de sus labios con su siguiente pregunta:

—¿Me lo prometes?

Sentí un puñal clavárseme en el pecho y me esforcé por sonreír.

—Te lo prometo. No tienes absolutamente nada de lo que preocuparte.

Ethan me acarició la palma de la mano con el pulgar antes de acercarse a mí. Me rodeó con los brazos y apoyó la barbilla sobre mi cabeza mientras exhalaba despacio.

—¿Puedes...? Sé que tenéis muchas cosas en común. Pero necesito que me antepongas un poco más, ¿podrás? Necesito sentirme más importante que él. Sé que suena infantil y necesitado, pero no me importa. No puedo seguir comparándome con él en mi cabeza. Solo quiero mirarte y ver más en tus ojos de lo que veo cuando miras a Jamie.

Entonces me estremecí físicamente, y negué con la cabeza contra su pecho mientras metía las manos en el bolsillo de su sudadera.

—Dios mío, Ethan, lo siento tanto...

—No pasa nada, no estás haciendo nada mal. —Se separó, sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Había un silencio total a nuestro alrededor, era una noche de martes, ya tarde, en el campus; una noche fría que pedía acurrucarse en sofás, no en bancos—. A veces necesito un poco de seguridad. Yo... —Se detuvo, como si estuviera a punto de decir algo de lo que se arrepentiría—. Es solo que eres muy importante para mí, ¿sabes? Y quiero estar seguro de que tú sientes lo mismo.

Sonreí, y le enmarqué el rostro con las manos para acercar sus labios a los míos.

—Sí que siento lo mismo.

En ese momento entendí que no importaba que Jamie y yo hubiéramos prometido ser solo amigos o que cumpliéramos esa promesa, no si nuestra amistad seguía siendo tan fuerte como para hacer sentir a mi novio que nuestra relación no lo era.

Cuando Ethan me atrajo de nuevo hacia sí, mientras me acariciaba el pelo, miré hacia el campus, en dirección al apartamento donde sabía que Jamie estaba acostado. No sabía si estaba solo. No sabía en qué pensaba. No sabía si estaba encerando su tabla o susurrando palabras seductoras al oído de una chica que acababa de conocer. No tenía ni idea si aún pensaba en nuestro beso, o si le molestarían las nuevas reglas que yo estaba a punto de poner en nuestra amistad.

Lo único que sabía era que no podía disfrutar de la dulzura picante del ron si lo bebía mientras aún miraba un vaso de Whiskey.

Así que hice lo que tenía que hacer.

Tiré ese último trago por el desagüe, cerré bien la botella y la devolví al estante, cerrando con llave la puerta del mueble de las bebidas.

Cuando volví a mirar a Ethan, él me apartó el pelo antes de besarme, suave y dulce, como coco y fresa. Él era mi Miami Vice y tenía toda mi atención.

Por ahora.

Jamie no pareció darse cuenta de que me estaba alejando, al menos, no al principio. Simplemente dejamos de vernos tanto y empecé a mandarle menos mensajes. Pero en realidad nos vino bien, porque yo estaba ocupada con Ethan y Jamie con sus ligues semanales.

Lo que empecé a descubrir cuanto más tiempo pasaba con Ethan era que realmente iba en serio con su plan de vida política. Estaba completamente en «modo campaña» ahora que, al empezar su tercer año, se presentaba a vicepresidente del Consejo de Estudiantes. Y aunque la mayor parte del tiempo que pasábamos

juntos estábamos diseñando e imprimiendo carteles, repasando discursos y construyendo una web con una campaña en redes sociales de lo más potente, lo estaba disfrutando. Incluso le ayudé en algunas de sus paradas de *pizza* por el campus. Él repartía porciones gratis a los estudiantes hambrientos que pasaban entre clase y clase, y yo hablaba con ellos sobre el voto, asegurándoles que era el mejor candidato y sabiendo, de verdad, que era cierto.

Eso era lo que más me gustaba de Ethan: tenía las ideas claras. En el año que llevaba como delegado de curso, ya había hecho un montón de cambios en el campus y sabía que, si llegaba a la vicepresidencia, aportaría todavía más. La chica que se presentaba como presidenta con él era increíble también. Se llamaba Shayla Hart y juntos eran el primer equipo de candidatos negros a presidenta y vicepresidente. Quería esa victoria para ellos y podía sentir que iba a pasar y el campus lo sentía también.

Estaba repartiendo las últimas pegatinas de «HART|HAMILTON» un jueves por la tarde cuando recibí un mensaje de Jamie que hizo que se me formara un nudo en el estómago.

¿Dónde estás? Voy a recogerte.

Era la primera vez desde que me distancié que no me pedía quedar: me lo ordenaba. Y supe, ya antes de mover los dedos para contestar, que algo iba mal.

Estoy con Ethan con cosas de la campaña. ¿Lo dejamos para otro día?

Sacudí la cabeza, guardé el móvil en el bolsillo trasero y me puse la sonrisa de seguir repartiendo pegatinas. Acababa de entregar la última cuando el teléfono volvió a vibrar. Intenté ignorarlo, le pregunté a Ethan si necesitaba algo más de mí, pero estaba metido

en una conversación con Amelia y simplemente me dio un beso en la frente, diciéndome que ya había trabajado bastante por hoy y que debía irme a casa a descansar. Teníamos una barbacoa ese fin de semana, y la verdad es que me moría por dormir un montón de horas por una noche para recuperarme del estrés de la campaña.

Así que di la jornada por finalizada, cogí la mochila de detrás del puesto y emprendí el camino de vuelta a la residencia. No había dado ni diez pasos cuando el móvil volvió a vibrar como loco en el bolsillo.

> ¿No estás ya a punto de acabar? Puedo esperar.
> Date una vuelta conmigo, anda.

Escribí tres respuestas diferentes, todas excusas, ninguna lo bastante buena, antes de volver a guardar el móvil sin enviar nada. Tal vez, si no respondía, se cansase y se buscase a otra persona para dar esa vuelta.

Pero ni yo me creía eso.

Dejé la mochila en la cama en cuanto llegué a la habitación y me quité la ropa, anhelando una ducha. Era finales de febrero y me habían dicho que casi habíamos salido de la «época de frío», pero tras pasarme el día fuera con una brisa gélida a unos doce grados, lo único que quería era agua caliente.

Me tomé mi tiempo y dejé que el agua me empapara mientras intentaba no pensar en lo mucho que preferiría estar sumergida en una bañera. Al volver a la habitación, envuelta en la toalla y con el pelo aún recogido, el móvil vibró dentro de la mochila.

Tenía seis llamadas perdidas, todas de Jamie, y un solo mensaje que cambió mis planes para la noche.

> Te necesito, B. Por favor.

Se me encogió el estómago con tanta fuerza que tuve que inclinarme hacia delante, apoyándome con una mano antes de sentarme en la cama, sin importarme si la toalla mojada dejaba marca o no.

Me ordené no responder, fingir que me había dormido, pero conocía a Jamie y jamás diría que me necesitaba si no fuera verdad. Algo pasaba y, solo por esa sensación, ni me lo pensé antes de escribirle.

Nos vemos en veinte minutos.
Aparcamiento G.

¿Sabías que *whiskey*, en gaélico, significa «agua de vida»?

No lo supe hasta más adelante, pero recuerdo pensar lo mágico que tuvo que ser ese primer sorbo para que los monjes le pusieran ese nombre. Debió de ser algo que les cambió la vida. Algo que les hizo detenerse, suspirar, y decidir que ya no podrían vivir sin ello. Al fin y al cabo, no podemos vivir sin agua, ¿no?

Ojalá lo hubiera sabido antes de aquella noche. Antes de ponerme unos pantalones de chándal y un jersey enorme, de no maquillarme y escabullirme por el campus para encontrarme con Jamie, quien me estaría esperando. Si lo hubiese sabido, si alguien me hubiese avisado, quizá me habría salvado del preciso momento en el que empezó mi verdadera adicción.

Quizá.

Veía mi aliento salir en nubecitas blancas mientras me acercaba al aparcamiento G. Estaba lleno, pero aun así localicé a Jamie al instante. Estaba apoyado en su Jeep, con la capucha puesta y las manos metidas en el bolsillo de su sudadera azul marino de Alder.

También llevaba pantalones de chándal grises, y no pude evitar sentir una punzada de consuelo al verle.

Esperó a que estuviera casi a su lado para levantar la cabeza, y el dolor que vi en su mirada me hizo detenerme en seco. Algo iba mal. Muy mal. Abrí la boca para decir algo, pero no supe qué, así que la volví a cerrar. Me quedé ahí, esperando su señal.

Jamie frunció el ceño mientras me observaba. Entonces, se separó del Jeep en un solo movimiento y me abrazó. Apoyó la cabeza sobre la mía, apretando el abrazo, aferrándose a mí como a su última esperanza. Le devolví el abrazo, apretándole para que supiera que estaba ahí. Jamie me sostuvo así durante lo que pareció una eternidad. No habló, no lloró, solo seguía ajustando el abrazo, apretándome contra él cada vez más. Aspiré el olor de su colonia, que sabía a otoño en Florida con un toque especiado de cedro.

—Jamie —susurré al cabo de un rato mientras intentaba separarme.

Suspiró, y el aire me movió el pelo.

—Aún no, ¿vale?

Asentí, con la cara aún en su pecho, y él me dio un beso rápido en la frente antes de soltarme al fin y señalar el Jeep. Subió primero, pero a mí todavía me ardía la piel donde sus labios la habían tocado. Me froté ese punto con los dedos mientras rodeaba el coche. Me metí en el lado del copiloto y me abroché el cinturón.

Jamie puso su lista de reproducción y subió el volumen hasta el máximo, incluso antes de arrancar. André Gagnon dio inicio a la banda sonora de la noche con «Like the First Day», que sonaba preciosa pese al mal presentimiento que me crecía en el estómago.

Era diferente estar en el Jeep de Jamie sin la capota bajada. Las ventanas estaban subidas y la calefacción puesta al mínimo, haciendo que la música pareciera aún más alta. Pero había cosas

que nunca cambiaban, como su manera de deslizar el pulgar arriba y abajo por el volante, o cómo se crujía el cuello, como en el instituto.

Al principio estaba algo rígida, esperando a que Jamie me contara qué había pasado, pero tras veinte minutos en silencio supe que necesitaba tiempo. Así que me quité las botas y apoyé los pies cubiertos por calcetines en el salpicadero. Jamie no sonrió ni bajó la música, pero dejó escapar un largo suspiro y supe que, solo con tenerme a su lado, se sentía más tranquilo.

Ese pensamiento me provocó un cosquilleo en el pecho.

Pronto volvería el buen tiempo. En el sur de California hay un clima suave casi todo el año, pero este frente frío tenía algo especial. Era agradable acurrucarse, aunque solo fuera por unas semanas.

Íbamos en ese silencio cómodo que siempre encontrábamos juntos, disfrutando de la música y olvidándonos del mundo. Después de una hora, pensé en bajar el volumen, pero esta vez no tenía un chiste de gatos. No tenía palabras para abordar lo que Jamie llevaba dentro. Esta vez tendría que esperarle, y no me importaba pasar la noche entera esperando si él lo necesitaba.

De alguna manera, pasaron dos horas volando. Con buena música y paisajes nuevos, era fácil. Jamie no parecía tener un destino. Pasamos por Mission Valley, Pacific Beach y luego nos metimos hacia Bird Rock, camino de La Jolla. Al final bajamos las ventanillas; yo saqué la mano y surfeé las corrientes de aire mientras la calefacción seguía lo bastante alta como para no helarme.

Estaba en una especie de trance, adormecida por la música y el motor, cuando noté que empezábamos a reducir la velocidad. Jamie aparcó en una calle junto al mar. No dijo nada, solo apagó el motor, salió y cogió una bolsa grande del maletero. Yo le seguí sin decir palabra.

Caminamos entre casas pequeñas y una arboleda hasta una playita aislada. No debía de haber más de sesenta metros de largo y la mitad de ancho entre los árboles y el agua. Algunas casas lejanas tenían las luces encendidas, pero la playa estaba desierta. Solo nosotros, la arena, el mar y la luna.

Jamie dejó la bolsa en la arena, sacó una manta gruesa y la extendió. Se sentó sin dudar y me miró, sacó otra manta y dio una palmadita en el sitio a su lado. Me quité las botas de nuevo, me dejé caer y nos cubrió a los dos con la otra manta. Debía hacer unos diez grados o menos, pero con la ropa y las mantas no se estaba tan mal.

Apoyé las manos en la arena y miré cómo rompían las olas mientras esperaba a que él hablara. Él también parecía esperar algo, una señal tal vez, pero finalmente suspiró, largo y hondo, y rompió el silencio.

—¿Qué harías si todo lo que hubieras planeado para tu futuro se viniera abajo y no pudieras hacer nada para evitarlo?

Me removí, incómoda ante la pregunta cargada de significado.

—Supongo que... buscaría un nuevo futuro.

—¿Y si no hubiera ninguno?

Me incorporé, me abracé las piernas y apoyé la mejilla sobre las rodillas.

—¿Qué pasa, Jamie?

Tragó saliva y, con la luz de la luna, el gesto se le marcó en la mandíbula. No podía quitarme de la cabeza lo cansados que parecían sus ojos, tristes, derrotados. Jamie estaba ahí, a mi lado, pero lo sentía a kilómetros de distancia.

—Las cosas están siendo difíciles, ¿sabes? Quiero decir, estamos en la universidad, pero no somos tan tontos como para no ver que la economía está muy mal. Lo que no se me había ocurrido es que me

afectaría directamente. Creo que estamos en esa edad en la que uno se cree invencible, como si nada pudiera tocarnos... pero sí que puede. —Negó con la cabeza mientras jugueteaba con los hilos del ribete de la manta—. La empresa de mi padre se está yendo a pique. Y a toda velocidad. Y yo estoy aquí, en California, en la puñetera universidad, sin poder hacer nada para salvarla, pero, al mismo tiempo, dependiendo de ella.

Mi mano se movió sola, buscando la suya. Giró la palma para recibirme y, en cuanto mis dedos tocaron los suyos, me la apretó con fuerza, igual que me había abrazado en el aparcamiento. Esa noche, Jamie se aferraba a todo con intensidad, sin pedir disculpas.

—¿Es muy grave?

—Mucho —susurró con la voz rota. Me apretó la mano, y me acerqué a él para apoyar la cabeza en su hombro.

—Pero ¿hay alguna posibilidad de que se salve?

Encogió los hombros.

—Supongo que siempre existe una posibilidad.

—Pues agárrate a eso —dije mientras miraba las olas y respiraba su aroma—. Jamie, tu padre levantó esa empresa desde cero. Lleva con ella desde que tenía veintiséis años. Lo ha puesto todo en ella. ¿De verdad crees que una recesión va a cargarse su sueño? ¿Su criatura? —No esperé su respuesta—. Ni de coña. Porque los Shaw sois luchadores. Cuando queréis algo de verdad, vais a por ello. Todos. Y tu padre va a encontrar la forma de salvar esa empresa. No tiene otra opción.

—No es tan sencillo —respondió Jamie mientras su otra mano seguía jugando con la manta—. No hay tanta demanda de contables de alto nivel cuando los negocios se están hundiendo. Los pocos clientes que les quedan están buscando opciones más baratas... o directamente intentando sobrevivir.

—Vale, pero esta recesión no va a durar para siempre. Si tu padre consigue aguantar...

—¿Y si no lo consigue, B? —me interrumpió, girándose hacia mí, con la frustración marcada en la voz—. ¿Qué pasará entonces?

—Entonces empezará de nuevo, Jamie. —Me enderecé, y lo miré de frente—. Y tú también. Lo resolveréis. Porque de eso va la vida. De remar y pelear contra las olas hasta que encuentras la perfecta para volver a casa.

—No sé si podría empezar de nuevo —dijo con desánimo. Esa derrota en su voz fue suficiente para que me moviera para ponerme justo delante de él y obligarle a mirarme. Estaba tan acostumbrada a ver a Jamie despreocupado, surfeando, conduciendo su Jeep o encandilando a todas las rubias del campus... Verlo así era muy raro. Y quería traer de vuelta al Jamie de siempre.

—¿No recuerdas lo que te dije aquella Nochebuena en el insti? —Su expresión se suavizó, y asintió—. Lo decía en serio y ahora aún más. Solo estás en segundo de carrera y ya llevas dos prácticas y te estás preparando para el examen de Contable Público Certificado, que ni siquiera necesitas hasta que termines el máster. Estás sacando notazas y creando tu red de contactos en todos esos eventos pijos a los que vas. Lo estás haciendo, Jamie. Estás construyendo tu sueño, igual que tu padre. Esta recesión pasará y tú saldrás adelante, porque es lo que haces. Es quien eres.

Él asentía a mis palabras mientras se mordía el labio inferior y miraba nuestras manos entrelazadas.

—Tienes razón. Puedo con esto.

—Claro que puedes —le dije mientras le apretaba las manos.

Me miró, con las aletas de la nariz dilatadas.

—No voy a mentirte. Estoy muerto de miedo. Pero te creo cuando dices que puedo hacerlo. Te creo cuando dices que todo se

solucionará.

—Bien. Porque suelo tener razón como... un noventa y siete por ciento de las veces.

Esbozó una leve sonrisa ante mi intento cutre de broma. «Ahí está —pensé—. Ahí está mi Jamie».

—Creo que voy a ir a casa este verano. A intentar ayudar a mi padre a remontar.

—Deberías. Te vendría genial como experiencia y sé que a tu padre le encantaría tenerte cerca.

—¿Vendrías conmigo?

La pregunta me dejó sin aire, como si, hasta ese momento, me hubiese olvidado de que estaba sola con él en una playa oscura. Le solté las manos y metí las mías en el regazo.

—Aún no sé qué voy a hacer este verano. Pero estarás bien sin mí.

—Últimamente has estado alejándote —susurró Jamie. Negué con la cabeza, sin ganas de tener esa conversación—. Lo has hecho. No me mientas.

—Nunca te he mentido.

—Entonces dime qué pasa.

Suspiré mientras me preguntaba si Jamie me dejaría desviar el tema, pero le conocía lo bastante como para saber que no lo haría. Parte de mí estaba lista para hablar. Tal vez, si se lo explicaba todo, entendería por qué me había apartado. Tal vez incluso respetaría mi decisión.

—Creo que Ethan se siente amenazado por ti. —Los ojos de Jamie se agrandaron y negué con la cabeza—. No es la palabra exacta. Es más bien que... no sé. Siente que tiene que competir contigo. Y odio haberle hecho sentir así. Necesito centrarme en mi relación con él y no puedo hacerlo si él me ve todo el tiempo con otro chico.

—Pero somos nosotros —protestó Jamie—. Siempre ha habido un nosotros.

—¿Sí? —repliqué mientras alzaba la mirada hacia él—. A mí me parece que siempre ha habido un nosotros... y alguien más. —Me dolieron las palabras al decirlas, pero no me eché atrás.

Los ojos verde dorado de Jamie brillaban con fuerza bajo la luna, pero en ese momento cambiaron. Vi, como si fuera a cámara lenta, cómo la vulnerabilidad que había en ellos se transformaba en un hambre insaciable.

—Ahora mismo somos solo nosotros —musitó.

—Jamie...

—Dijiste que nunca me mentías.

El aire entre nosotros se tensó, casi incendiado.

—No podría.

—Entonces dime, B —insistió, y alargó la mano para coger las mías, que seguía teniendo en el regazo. Me agarró por las muñecas y me acercó—. ¿Es Ethan quien teme que estés sola conmigo... o eres tú la que tiene miedo?

Mi respiración era hueca, sobre todo cuando vi cómo le palpitaba la mandíbula esperando mi respuesta.

—Ambos.

Se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué?

Cada inspiración me ardía en la nariz, como si respirar fuera venenoso. Como si la siguiente bocanada fuera la última.

—Porque no me fío de mí cuando estoy contigo.

Jamie cerró los ojos con fuerza y soltó el aire por la nariz, luego su mano derecha soltó la mía y subió por mi brazo hasta el cuello. Cuando volvió a abrir los ojos, estos eran peligrosos, ansiosos,

hambrientos. Se inclinó hacia mí y yo me aparté, hasta quedar casi tumbada y él de rodillas frente a mí.

—¿Te enfadarías si te besara ahora?

—Sí —mentí, demostrando que no podía mantener lo que había dicho antes. Deseaba que me besara... Dios, cómo lo deseaba. Me costó lo indecible resistirme a la forma en que se me acercaba. Pero una chica normal, con novio, se habría enfadado. Por eso me lo preguntó. Y por eso mentí. Intenté aferrarme al último hilo de moralidad que me quedaba, pero lo rompió con la siguiente frase.

—Entonces espero que me perdones más tarde.

Jamie acortó la distancia y yo abrí la boca para detenerle, pero ya era tarde: atrapó mis palabras con la lengua. Jadeé contra su beso mientras me incorporaba sobre las rodillas para encontrarle, y él gimió al oírme y coló las manos bajo mi jersey para aferrarse a mi cintura.

No preguntó si podía seguir besándome. No hacía falta. Yo ya estaba tirándole de la sudadera, lo quería más cerca, quería más de su lengua, de su tacto, de su olor. Rompió el beso lo justo para deslizarme los dientes por el cuello, mientras ascendía con las manos hasta que los pulgares me rozaron el encaje del sujetador.

Mi corazón era un tambor redoblante que golpeaba erráticamente contra los límites de la caja torácica. Jamie deslizó los dedos a lo largo del borde de encaje antes de sujetarme de nuevo, esta vez girándome para que mirara al océano. Perdí el equilibrio, me caí hacia atrás contra él y su boca encontró la base de mi cuello una vez más. Mordió la piel tierna antes de succionarla entre sus dientes, y yo gemí mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás.

—¿Es esta la pasión que echabas en falta? ¿La urgencia? —preguntó, con los labios pegados a mi oído. Un escalofrío me recorrió la piel, y él succionó mi lóbulo mientras me enganchaba el

sostén con los pulgares. No lo quitó, solo lo levantó lo suficiente para liberar mis pechos y sus grandes manos palparon cada uno con facilidad. Retorció mis pezones con un pellizco, y arqueé la espalda contra él mientras sentía su erección dura presionando contra mi trasero e inhalaba con fuerza. Sus manos estaban frías. Sus besos eran calientes—. Porque ahora mismo me sería imposible quitarte las manos de encima.

Me mordí los labios, y arrastré los dientes lentamente mientras las palabras de Jamie me rompían por dentro. Estaba completamente abierta, completamente expuesta, real y desinhibida, con el poder de sus manos surgiendo por mi centro. Mi primer trago de Whiskey no había sido nada. Un juego de niños. Había estado conteniéndome, equilibrándome con mucho cuidado, con miedo a beber demasiado, pero ahora era otra cosa. Lo sabía. Sentí cada centímetro del viaje de caída desde el achispamiento a la embriaguez total. Estaba completamente perdida, y lo único que quería era sentirme así para siempre.

Jamie sacó las manos de mis pechos y enredó una en mi pelo para tirar de él hacia atrás hasta que su boca pudo atrapar la mía. Gemí más fuerte y él deslizó la otra mano lentamente hacia abajo, acariciándome la piel del estómago antes de encontrar el borde de mis pantaloncitos de dormir que asomaban sobre el chándal. Sus dedos se sumergieron bajo la tela para trazar una línea de cadera a cadera que me hizo arquearme mientras la mano que tenía en mi pelo se cerraba en un puño, sujetándome la cabeza hacia atrás, para dejarme completamente a merced de su tacto.

Me retorcía, esperando, con las manos en sus muslos mientras me preparaba para sus caricias. Hundió más la mano, luego la retiró, pasándomela de nuevo por las costillas para tocarme el pecho otra vez. Gemí, impaciente, y agarré su mano para forzarla de nuevo

hacia abajo. Él sonrió contra mi boca, tiró de mi labio inferior con los dientes y lo soltó con un chasquido mientras yo me movía para hacerle bajar la mano por debajo de mis pantaloncitos. En el momento en el que sus dedos se deslizaron entre mis muslos, ambos gemimos.

—Uf, joder —jadeó Jamie, besándome mientras yo retiraba mi mano para volver a apoyarme en él. Deslizó los dedos por mi abertura, y uno entró lentamente en mí. Le apreté los muslos con fuerza, clavándole las uñas en la tela de los pantalones. Él trabajaba despacio, su dedo entraba más y más cada vez hasta que introdujo otro y rompí nuestro beso con un grito de placer.

—Shhh —ordenó mientras me soltaba el pelo para cubrirme la boca con la mano. Le mordí los dedos y deslicé una mano entre sus muslos, detrás de mí, para agarrarlo a través de los pantalones del chándal. Jamie gimió mientras se movía contra mi mano con la cabeza inclinada hacia atrás y, de repente, sus manos me soltaron.

Mi cuerpo se convulsionó ante la pérdida de su tacto, pero cuando me giré sobre las rodillas, él ya tenía la camiseta sobre la cabeza y yo le seguí, quitándome la ropa mientras él hacía lo mismo. Su mirada no se apartó de la mía en ningún momento, con la visión solo interrumpida por cortinas de ropa que volaban entre nosotros. Cuando se quitó los bóxeres, mi boca se abrió al verlo y tragué saliva. Él también me miraba, con el pecho agitado, y entonces nuestros ojos se encontraron y nos tiramos el uno al otro de nuevo.

Le agarré del pelo y tiré de él hacia abajo para ponerlo sobre mí. Se movió fácilmente entre mis piernas mientras buscaba a ciegas la parte superior de la manta para ponerla sobre el lugar donde nuestras caderas se juntaban, sin dejar de frotar toda su erección por mi húmeda abertura. Entonces desaceleró, respirando con dificultad entre besos suaves y prolongados.

—Tenemos que ir más despacio —jadeó.

—Y una mierda.

Sonrió contra mis labios, ralentizando mis besos.

—No tengo... —Se apartó y nuestros pechos subían y bajaban a la vez, agitados, mientras me miraba fijamente. La luna lo iluminaba desde atrás, su mandíbula fuerte se destacaba contra el azul oscuro del cielo—. No tenemos protección.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—Está bien. —Clavé mis talones en los músculos duros de su trasero, arqueando mis caderas para encontrarlo de nuevo—. Estoy tomando anticonceptivos. Y estoy limpia. ¿Y tú?

—Sí.

Dijo la palabra como una maldición, mientras cerraba los ojos con fuerza y dejaba caer la frente contra la mía y yo le clavaba las uñas en los hombros.

—Jamie —susurré mientras le rodeaba el cuello con las manos y atraía sus labios hacia los míos otra vez—. Puedo perdonarte por besarme, pero no puedo perdonarte si paras ahora.

Él gimió, bajo y ronco, antes de volver a besarme. Y entonces, con la lentitud firme de un experto, Jamie me llenó y caímos juntos al infierno.

Los dos jadeamos, con las bocas abiertas el uno contra el otro, mis manos en su cuello y sus antebrazos apoyados a cada lado de mí. Él se retiró aún más lento antes de empujar de nuevo para entrar más profundo que antes.

—Dios, B —susurró Jamie—. He soñado con cómo sería esto, entrar en ti, sentirte alrededor de mí. Pero me quedaba corto. No puedo... —Sacudió la cabeza, moviéndose un poco más rápido—. Nunca...

—Lo sé —le interrumpí, porque lo sabía.

Él nunca sería el mismo y yo tampoco.

Si le preguntaras a tres destilerías diferentes qué tipo de *whiskey* es el mejor, obtendrías tres respuestas distintas. A algunos les gusta el *whiskey* dulce, infusionado con miel o fruta y suave, con hielo. Otros prefieren su *whiskey* fuerte, con especias intensas y menta. ¿Yo? Personalmente, prefiero el *whiskey* que quema, lentamente, de una forma que lo consume todo.

Y esa noche, sentí cada centímetro de mi cuerpo prenderse en llamas mientras me terminaba la botella.

Jamie se tomó su tiempo para descubrir qué funcionaba en mí y qué no. Exploró mi cuerpo, probó mi piel, y me expuso a una pasión que no había conocido antes de esa noche. Yo me corrí primero, apretándome a su alrededor y clavando los dedos como garras en la arena al borde de la manta. Jamie me siguió al poco, y casi me perdí de nuevo al escuchar mi nombre en sus labios mientras se deshacía.

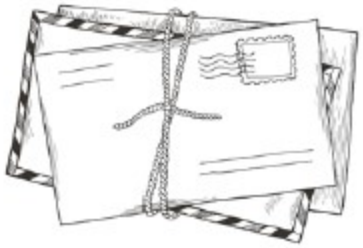
Me sostuvo cerca mientras volvíamos a la realidad. Él todavía estaba dentro de mí y me besó suavemente, con la mirada fija en la mía. Creo que Jamie también me estaba absorbiendo esa noche. Me pregunté si yo ardía. Me pregunté si eso le gustaba.

Así que ya ves, la adicción nació en una fría noche de febrero, en la suave arena de una playa íntima en California. En ese momento, envuelta en sus brazos bajo una manta, me sentí eufórica. Pero, como todos aprendemos a temprana edad, todo lo que sube tiene que bajar.

Y, Dios, cómo caímos.

8

A palo seco



Durante los primeros tres minutos de conciencia a la mañana siguiente, viví en una dicha completa y total.

Me recosté en la cama, estiré bien los brazos y moví los dedos de los pies mientras una sonrisa somnolienta se me dibujaba en el rostro. Estaba deliciosamente dolorida, con un dolor tanto físico como anhelante. Quería más, quería revivir la noche pasada, quería quedarme en ese recuerdo para siempre.

Después de esos tres minutos, los ojos se me abrieron de golpe y el miedo llegó como una resaca.

Me incorporé en posición de sentada y agarré las sábanas con una mano mientras la otra se fue automáticamente a la frente. Miré alrededor, tratando de adivinar qué hora sería. Jamie y yo habíamos estado hasta tarde, demasiado tarde, el sol ya estaba saliendo cuando me dejó. Ambos habíamos estado callados en el camino de vuelta y, aunque él me sostuvo la mano durante todo el trayecto, me

preocupaba lo que podía estar pensando. ¿Se sentiría culpable por Ethan? ¿Se arrepentía de haber iniciado lo que inició? ¿O estaba tan emocionado como yo, aunque lo que habíamos hecho estuviera mal?

No podía saberlo y, como ya era de día cuando me dejó, no nos arriesgamos a otro beso, ni siquiera a un abrazo. Simplemente me apretó la mano antes de soltarla y yo me metí en mi dormitorio.

Al coger el teléfono, gruñí al ver la hora: 13:42.

Me había perdido la clase de Sociología y perdería también la de Expresión Escrita en Lengua Inglesa, si no cruzaba el campus en menos de veinte minutos.

Me levanté de un salto, me recogí el pelo en un moño apresurado y me lavé los dientes a toda velocidad antes de ponerme los primeros vaqueros y una camisa de manga larga que encontré. Aunque tenía prisa, eso no fue suficiente distracción para los pensamientos que me recorrían la cabeza.

Me puse la mochila y saqué el móvil de nuevo para revisar si había algún mensaje de Jamie, pero no lo había. El miedo, que llevaba toda la mañana sintiendo como un nudo en el estómago, dejaba sitio también a la duda y la ansiedad.

La noche anterior había sido increíble y Jamie parecía completamente sincero, pero ¿y si todo había sido una actuación? ¿Y si lo había planeado: abrirse conmigo para llevarme a la cama?

Incluso mientras lo formulaba en mi mente, sabía que no podía ser verdad. Pero sí que podía suceder que Jamie sintiera que había sido un error. O peor, que no significara nada para él, que ni siquiera estuviera pensando en mí. Probablemente por eso no me había escrito.

«O quizá estuviera todavía durmiendo».

Pero seguramente esté quitándole el sostén a Melanie de Orientación.

«Podría simplemente estar en clase. ¿Tenía clases los viernes?».

No. Definitivamente estaba sumando otra conquista a su lista. Justo debajo de la que se había anotado conmigo anoche.

Me detuve en seco.

«Espera, ¿es viernes?».

Me di un golpe en la frente con la mano, y luego me la pasé lentamente por la cara, mordiéndome el dedo índice al pasarla por los labios.

Los viernes no tengo clases.

Maldiciendo, di media vuelta hacia el dormitorio, pero cogí el camino que pasaba por la cafetería. Claramente necesitaba cafeína. Estaba perdiendo la cabeza.

Aminoré un poco el paso, pero los pensamientos que zumbaban en el interior de mi cabeza como avispas solo iban más y más rápido. ¿Cómo podía ser que todo hubiera estado tan bien anoche y ahora me sintiera tan mal? ¿Cómo podía ser que la seguridad que me habían dado los brazos de Jamie desapareciera después de unas horas durmiendo sola?

Dejé salir un suspiro exagerado, a la vez que decidía acabar con mi miseria y escribirle yo la primera. Pero cuando puse los dedos sobre el teclado, me di cuenta de que no sabía qué decir.

Vaya. Ni siquiera me trajiste el desayuno al día siguiente. Qué decepción.

Patético. Lo borré.

Lo de ayer estuvo bien.

Uf, muy desesperado. Negué con la cabeza y opté por una palabra.

Hola.

Se me formó un nudo en la garganta al darle a enviar, pues sabía que ya no podía retractarme. Una parte de mí estaba convencida de que estaba actuando como una loca y que él me respondería en minutos, pero la otra parte, más fuerte, decía que nunca hay que dar nada por sentado con Jamie Shaw.

Guardé el móvil en el bolsillo trasero justo cuando doblaba la esquina hacia la cafetería, desesperada por meterme algo de cafeína en el cuerpo. Pero cuando vi a Jamie salir por la puerta, me detuve.

No hacía tanto frío a esa hora de la tarde, y Jamie ya se había quitado la chaqueta. La llevaba colgada en un brazo, mientras con el otro rodeaba los hombros de una de las chicas con las que había estado al principio del semestre. Creía que se llamaba Tina, pero no estaba segura. Me daba igual, la verdad. Lo único que importaba era que ella se reía, con la cabeza inclinada hacia atrás, mientras Jamie la miraba sonriendo, con la boca demasiado cerca de su cuello.

Tragué saliva, e intenté sacudirme la desagradable sensación que me subía desde los dedos fríos hasta el cuello acalorado. Pero cuando Tina puso la mano suavemente sobre el pecho de Jamie mientras ambos seguían riendo, perdí la lucha que estaba teniendo por convencerme de que lo que veía era inocente.

Me entraron ganas de vomitar.

Entré a toda prisa por la puerta de la librería del pasadizo cubierto antes de que él me viera, corrí hacia el primer cubo de basura que encontré y vomité, aunque no tenía nada en el estómago. Un par de chicas se apartaron rápidamente y uno de los dependientes se acercó para ver si estaba bien, pero no le presté atención y me limité a apoyar ambas manos en el cubo de basura durante un momento para estabilizarme antes de salir corriendo otra vez.

Cada paso me vibraba desde la suela del pie hasta el interior de los muslos doloridos, aún doloridos por él. Hundí los pulgares en las

correas de la mochila y, a cada paso que daba, iba apretándolas cada vez más. Nunca había sentido una ansiedad así, paralizante, de las que te impiden pensar racionalmente.

Jamie nunca me respondió, ni mientras caminaba de regreso al dormitorio ni más tarde esa noche, cuando me quedé envuelta en mi manta, mirando el teléfono, esperando algo, cualquier cosa, que demostrara que me estaba equivocando respecto a él.

La seguridad nunca llegó, no hubo nadie que calmara el miedo, la ansiedad y la duda que sentía en el estómago. La culpa llegó después, y ya solo quedaba espacio para un último sentimiento. Me acurruqué, y cerré los ojos con fuerza mientras me mecía suavemente y esperaba a que algo cambiara. Finalmente, pasada la medianoche, dejé de esperar. Con un suspiro tembloroso, el arrepentimiento entró y se apropió de ese último lugar.

Esa noche no pude dormir.

Al día siguiente, me obligué a salir de la cama temprano y me duché para quitarme la arena y el olor a Jamie que había dejado que me acompañara toda la noche mientras dormía. El día anterior, había actuado prácticamente como una loca, pero ahora sentía una nueva calma y el estómago se había estabilizado. Estaba casi aletargada, con el cuerpo reacio a despertar a la dura realidad de todo esto.

Había sido un error.

Un estúpido error impulsivo, un fallo de juicio debido al calentón del momento.

Y eso estaba bien.

Estaba claro que a Jamie no le molestaba lo que había pasado, entonces ¿por qué debería molestarme a mí? Tal vez era joven e ingenua, y por eso estaba haciendo un problema más grande de lo

necesario. ¿Y total qué? ¿Nos habíamos acostado? Esas cosas pasan todo el tiempo.

Repetí esas palabras una y otra vez, usándolas como un detergente que me limpiaba de Jamie. Y mientras cada capa de él se mezclaba con el agua y se iba por el desagüe a mis pies, descubrí las otras capas que yacían debajo: la culpa, la vergüenza, el miedo, el dolor.

Para cuando estuve vestida y hube terminado con el pelo, mi mayor preocupación se había desplazado a Ethan. Me había pedido que fuera a su casa para ultimar algunos preparativos para la campaña antes de la barbacoa de esa noche, y me aterraba verlo. Había decidido decirle la verdad sobre Jamie y yo, pero eso fue cuando pensaba que había un «Jamie y yo». Ahora que no lo había, que me daba cuenta del error que había cometido, me aterrorizaba pensar en perder también a Ethan.

Sabía que eso me convertía en una persona horrible, sabía que él se merecía la verdad y yo me merecía lo que viniera después, pero eso no me hacía sentir mejor con la idea. Aun así, ya había cometido suficientes errores en el último día y medio y, después de una noche de agonía y «sueño» inquieto, lo único que quería era hacer algo bien.

Tenía que decírselo. Y tenía que aceptar lo que pasara después.

Compré el almuerzo en mi lugar favorito de tacos del campus y me dirigí a casa de Ethan, mientras plantaba la semilla y la regaba con cada paso que daba.

«Fue solo un error. Está bien. Esas cosas pasan. No hagas un drama».

No sabía si realmente lo creía o si solo estaba levantando un muro, ladrillo a ladrillo, esperando que fuera lo suficientemente fuerte para mantener mis verdaderos sentimientos a raya. Pero

seguía repitiendo esas palabras, esos pensamientos, poniendo los ladrillos y rematándolo todo con alambre de púas.

Estaba bien.

Para cuando usé mi llave de repuesto y empujé la puerta de su apartamento, casi me lo creía.

—¡Traigo tacos! —anuncié mientras cerraba la puerta con un golpe y levantaba las dos bolsas. Sentí su presencia en la habitación en cuanto entré, pero no me atreví a mirarlo. En cambio, vi a Ethan y el corazón se me calentó al ver su sonrisa.

—No es verdad.

Asentí, mientras dejaba todo lo que llevaba en la encimera, y saludé con la mano a Shayla, quien estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo junto a una pila de carteles.

—Claro que sí.

Él estaba allí, en la esquina, justo al lado de donde Shayla tecleaba en su portátil mientras revisaba materiales, pero seguí sin mirarlo.

Ethan se levantó del suelo, y se acercó corriendo para envolverme entre sus brazos y saludarme con un beso largo, lento y apasionado.

—Cásate conmigo —murmuró contra mis labios, y yo reí nerviosa, pues la culpa subía mientras él besaba unos labios que todavía estaban doloridos por Whiskey. Lo aparté juguetonamente antes de hurgar en las bolsas.

—Voy a preparar todo esto. ¿Qué estáis haciendo?

—Nada, revisar el inventario y planear la próxima semana para poder divertirnos y no pensar en las elecciones en la fiesta de esta noche.

—¡Amén! —gritó Shayla, y yo me reí.

Sonreí, pero fue un gesto débil, sentía el estómago como una colmena de abejas mientras me acercaba a Ethan.

—¿Podemos hablar un momento? Yo... necesito decirte algo.

Él frunció el ceño y me acarició los brazos de modo reconfortante.

—¿Está todo bien, amor?

—Sí, estoy bien —dije tragando saliva—. Es solo que hay algo de lo que necesitamos hablar.

—Está bien —dijo mientras me miraba con atención antes de mirar a Shayla—. ¿Te parece si hablamos más tarde esta noche? Estamos tratando de terminar todo esto antes de la fiesta. O sea, si estás segura de que estás bien y puede esperar.

Él seguía mirándome desde la esquina de la habitación. Sentía sus ojos quemándome la piel mientras Ethan esperaba mi respuesta.

—Sí, claro. Puedo esperar. —Forcé otra sonrisa—. Poneos con eso. Hago un plato para cada uno y luego voy a ayudaros.

—Gracias —susurró, y me besó una vez más en la mejilla antes de correr de nuevo a sentarse en el suelo al lado de Shayla. Se inclinaron juntos mientras señalaban algo en la pantalla y hablaban de números. Fue entonces cuando finalmente dejé que mis ojos se posaran en Jamie.

Su rostro estaba rígido, el ceño fruncido y los ojos clavados en mí con intensidad. Dejé que mis ojos bajaran a su boca, donde los labios apretados formaban una línea firme, y luego tragué saliva y me volví para meter la mano en el armario de los platos.

¿Qué se pensaba? ¿Que iba a entrar aquí destrozada? ¿Llorando y rogándole que me dijera por qué nunca me escribió? ¿Por qué no me llamó? Se pensaba que me llevaba ventaja y tal vez era así, pero yo estaba decidida a no mostrarlo.

«Fue solo un error. Está bien. Esas cosas pasan. No hagas un drama».

Repetí los mismos pensamientos, una y otra vez, deseando que fueran verdad.

—¿Qué estás haciendo?

Salté un poco al escuchar su voz fuerte y los platos me tintinearon en las manos cuando los saqué del estante.

—Tacos. ¿Quieres? —Le evité la mirada mientras dejaba los platos en la encimera antes de abrir cada caja con los ingredientes.

—No te hagas la tonta, nunca se te ha dado bien.

—Claro, como me conoces tan bien.

—Bastante bien, sí —dijo en voz alta mientras me agarraba la muñeca que justo iba a alcanzar las tortillas. Ambos miramos a Ethan y a Shayla, pero era como si no estuviéramos ahí.

—Te conozco bien, joder —insistió, esta vez en voz más baja—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—B —advirtió, y yo me solté de él.

—Que no me pasa nada. Estoy bien.

—Estás bien —dijo con sarcasmo.

Suspiré, y llené la primera tortilla con pollo a la parrilla antes de dejarla en un plato y volverme hacia Jamie. Puse una expresión seria y esperé con toda mi alma que no viera cuánto daño me había hecho.

—Sí. ¿Me vas a ayudar con esto o no? Porque, si no, en este momento estás un poco en el medio —le dije.

Jamie soltó una risa aguda.

—Está bien, no me importa estar en el medio. De hecho, parece ser mi lugar favorito.

Entrecerré los ojos ante su insinuación.

—¿Qué te pasa? ¿He hecho algo?

—¿Por qué piensas eso? —Lo aparté, intentando mantenerme calmada e impasible.

Él se rio con desdén, cruzó los brazos y se me acercó.

—Oh, no sé, quizá porque ayer me estabas obligando a ponerte la mano entre los muslos y ahora ni siquiera me miras. Sí, tal vez sea por eso.

—¡Shhh! —lo regañé, y mis ojos volaron hacia Ethan, quien no se había dado cuenta de nada, antes de volver a Jamie. Estaba tan cerca que sus palabras eran como llamas acercándoseme al estómago—. Para. Fue un error.

Él echó la cabeza hacia atrás como si mis palabras lo hubieran golpeado.

—Un error.

—Los dos estábamos vulnerables, fue un momento intenso. Esas cosas pasan.

—Esas cosas pa... —Ni siquiera terminó la frase, solo levantó las manos y se las pasó por el pelo castaño claro; luego las apoyó sobre la cabeza y después las dejó caer, golpeándose los muslos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú te oyes? ¿Te ves? Estás temblando, B.

Intentó acercarse a mí, y retrocedí hasta que mi espalda tocó la encimera.

—Veo perfectamente bien, gracias. Lo suficiente para ver que lo que pasó la otra noche claramente no te impidió acostarte con Tina ayer. —Lo miré a los ojos y vi cómo el enfado se desvanecía en ellos.

—¿Qué? ¿Tina?

—Está bien, Jamie. Os vi juntos, pero no pasa nada. Lo que ocurrió entre nosotros... tampoco significó nada para mí —mentí—. Así que estamos bien. Como dije, esas cosas pasan. —Seguí sirviendo los tacos, cansada de la conversación, cansada de él.

—Guau. —Jamie negó con la cabeza y se deslizó más cerca, invadiendo mi espacio—. No sé qué crees que has visto, pero si realmente te sientes así, me alegra que tu retorcida mente inventara esto para sentirte mejor.

Con eso, se apartó de la encimera y se fue. Observé cada movimiento, cada músculo de su espalda en tensión hasta que desapareció en su habitación, dando un portazo.

—Madre mía, ¿qué le pasa? —preguntó Shayla.

Ethan me miró, con el ceño fruncido, haciendo la misma pregunta. Me limité a encogerme de hombros.

—Supongo que no le gustan los tacos.

Shayla rio y Ethan le sonrió forzado, pero sus ojos volvieron a mí y sentí la acusación en esa mirada. La ignoré, terminé de preparar sus tacos y se los llevé con dos botellas de agua. Luego me serví mi plato, me senté junto a ellos y hablamos de planes para la campaña.

Eran casi las cinco cuando regresaba a mi dormitorio, con la mente dando vueltas a las palabras de Jamie mientras caminaba. Aunque había decidido parecer indiferente a lo que había pasado entre nosotros, ya no estaba segura de que lo que había visto fuera realmente lo que pensé. Pero, si no lo era, entonces ¿por qué no me contestó los mensajes? ¿Por qué no me llamó? ¿Por qué no hizo algo, cualquier cosa, para asegurarme que lo que había pasado entre nosotros había sido real?

No había estado tan jodida mentalmente en mi vida. Nada tenía sentido y, por razones que no podía explicar, la primera persona con quien quería hablar de eso era mi padre. Quería la opinión de un hombre. Pero cuando saqué el móvil y seleccioné su contacto, me detuve, con el corazón roto al darme cuenta de que no era un hombre, no uno de verdad. Un hombre de verdad no haría lo que le hizo a mi madre. Un hombre de verdad asumiría sus errores, pediría perdón, daría a su hija las explicaciones que le debía.

Me sentí mal otra vez mientras salía del contacto de mi padre y seleccionaba el de Ethan en su lugar. Estaba empezando a escribir el mensaje de excusa diciendo que no me encontraba bien para ir a la

barbacoa cuando una voz familiar gritó mi nombre. Levanté la vista y casi dejé caer el móvil. Había dos maletas grandes apoyadas junto a la puerta de mi dormitorio y unas largas piernas bronceadas, que reconocería en cualquier lugar, estaban justo al lado.

—¡Sorpresa, perra!

Jenna.

9

Jack Daniel's

Nunca había bebido *whiskey* de una petaca con tanta rabia.

Jenna estaba llenando su vaso del barril mientras despotricaba sobre uno de sus profesores, jurando que estaba empeñado en suspenderla, y yo intentaba recomponerme. Mi mejor amiga se había cruzado el país para darme una sorpresa y mi cabeza no hacía más que pensar en Jamie. Era desesperante. No quería hacerlo y, cuanto más lo intentaba, más imposible parecía.

Aún no había aparecido en la fiesta, y tenía la sensación de que era porque sabía que yo estaría allí. No me había quedado otra opción que venir, sobre todo después de que Jenna se presentara, pero seguía incómoda por lo que había pasado antes.

No sabía qué posibilidad me incomodaba más: que fuera a otro sitio para evitarme, que se quedara encerrado por mi culpa, o que viniera y tuviera que verlos a él, a Jenna y a Ethan todos juntos.

Di otro trago.

—Así que sí, estoy bastante segura de que quiere follarme, pero como le jode querer eso, me está haciendo la vida imposible —remató ella, y chupó la espuma de su cerveza recién servida.

—O sea, que básicamente te vas a tirar a tu profesor.

Ella se encogió de hombros y empezó a caminar hacia una de las hogueras.

—Probablemente.

Las dos nos echamos a reír y yo intenté, por enésima vez, relajarme y pasarlo bien. Jenna alucinaba con que Alder fuera un campus donde se permitía el alcohol y que pudiéramos tener un barril junto a las hogueras al borde del recinto. Es cierto que había que registrarlo como evento oficial y había ciertas normas, pero seguía siendo una pasada. Aun así, esa noche no me apetecía cerveza. Necesitaba algo más fuerte.

Por eso la petaca.

Le di otro sorbo y aspiré por los dientes mientras el *whiskey* me quemaba la garganta al bajar. Ni siquiera había comprado uno bueno, me conformé con el clásico Jack Daniel's. Algún día, me prometí, poseería un mueble entero lleno de *whiskey* del caro, solo para tenerlo a mano en noches como esa.

—Estás muy callada —observó Jenna—. ¿Va todo bien?

Forcé una sonrisa.

—¡Claro! ¡Está aquí mi mejor amiga!

—¿Pero...?

Dejé de fingir, y me dejé caer en uno de los bancos junto a la hoguera más alejada. Jenna se sentó a mi lado. Era de las últimas noches frescas que tendríamos en San Diego y el fuego se agradecía.

—Lo siento mucho, Jenna. Me hace muchísima ilusión que estés aquí. Es solo que...

Me planteé contárselo todo sin esperar más. La verdad es que necesitaba contárselo a alguien, pero no era el momento.

—Estoy cansada. He estado ayudando a Ethan con toda la campaña y ha sido agotador.

—Ah —murmuró Jenna, y miró a la gente hasta que dio con Ethan. Él y Shayla estaban junto al barril donde habíamos estado nosotras, llenando vasos y repartiéndolos, claramente sin

desconectar, a pesar de que lo habían prometido—. Es impresionante que se presente a vicepresidente. Parece majo.

—Lo es —dije, con la voz áspera. Ethan era un tío increíble y, cuando se enterara de lo que había hecho, lo perdería. Sentí el estómago encogérseme y apreté con más fuerza la petaca.

—¿Eres feliz? —preguntó Jenna con naturalidad, echando hacia atrás su melena rubia mientras daba otro trago. El sol se estaba poniendo y el cielo se fundía en un azul marino intenso tras la hoguera. Debería haber sido una pregunta fácil, pero solo logré emitir un ruido raro antes de sonreír y encogerme de hombros.

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué coño significa eso?

—Soy feliz —dije rápido—. Lo soy. Él es genial, te lo digo de verdad.

—Eres muy mala mintiendo.

Me reí.

—Creo que es solo el rollo este de la campaña. Cuando acabe, estaré mejor.

Jenna me miró suspicaz, pero dejó pasar el tema.

—Vale, te lo compro. Entonces —dijo, enderezándose—, me quedo una semana. ¿Qué planes tenemos?

Me animé con la idea de tenerla aquí unos días y las mil distracciones que eso supondría.

—Tenemos que ir a la playa sí o sí, para que veas cómo es la costa oeste. Hay varios clubes por el centro a los que podemos entrar y, como mínimo, tengo cuatro sitios donde tienes que comer antes de irte. Empezamos por The Taco Stand, en La Jolla.

Jenna dio un gritito emocionado.

—¡¿Y podemos salir a bailar?!

—¡Obvio!

Nos reímos y en ese instante me permití, por fin, apreciar de verdad el hecho de que ella estuviera allí.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido, Jenna. No podías haber llegado en mejor momento.

Me dio un codazo.

—Debe de ser cosa de la telepatía de mejores amiguis.

—Seguro que sí —dije, desenroscando el tapón metálico de la petaca y chocándola con su vaso de plástico rojo—. ¡Salud, zorra!

—¡Salud!

Le dimos un trago cada una. Jenna abrió la boca para decir algo, pero la interrumpieron.

—No me jodas.

Jenna se volvió y yo cerré los ojos, soltando el aire por la nariz mientras el estómago se me daba la vuelta.

—¡¿Jamie?! —Saltó y le rodeó el cuello con los brazos mientras yo apretaba la petaca y volvía a llevármela a los labios—. ¿Qué haces aquí?

Él se rio, y yo me atreví a mirarle. Llevaba la misma sudadera de hacía dos noches y los recuerdos me golpearon como relámpagos: breves, intensos y seguidos. Tenía el pelo despeinado, los ojos algo caídos, la sonrisa perezosa. Me bastó un vistazo para saber dos cosas: uno, iba borracho y dos, estaba jodida.

—¿Cómo que qué hago aquí? Estudio aquí.

Jenna abrió la boca y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? Tía, ¿cómo no me has dicho que Jamie iba a tu misma universidad?

Jamie se volvió hacia mí con una sonrisa canalla dibujándose en los labios.

—No se lo has dicho, ¿eh?

Jugueteé nerviosa con un rizo mientras me encogía de hombros con una sonrisa tensa.

—Pensé que lo habrías visto por redes o algo.

—Sí, claro —se rio ella—. Este capullo me borró de sus redes después de romperme el corazón.

«Dios mío. Estaba tonteando».

Jamie alzó una ceja y amplió la sonrisa mientras recorría con la mirada el cuerpo de Jenna.

—Juraría que el del corazón roto fui yo.

Y entonces me vino otro tipo de recuerdo, el primer día en el sendero: cómo se miraban, cómo se estudiaban, como si se preguntaran dónde había estado el otro durante todo aquel tiempo. Intenté tragar saliva, pero no me quedaba. Me levanté de un salto, forcé una sonrisa y le cogí el brazo a Jenna.

—Deberíamos ir a saludar, quiero presentarte a todo el mundo.

Ella seguía mirando a Jamie, pero me respondió a mí.

—Sí, en un minuto. Creo que Jamie necesita una copa.

Por la mirada vidriosa que tenía, estaba claro que ya llevaba unas cuantas encima, pero en ese momento no tenía nada en las manos. Nuestros ojos se cruzaron por un segundo y toda la rabia que había visto antes en él había desaparecido. Intenté preguntarle algo en ese brevísimo instante en el que tuve su atención, pero no supe qué. Dirigió la mirada hacia Jenna antes de que pudiera averiguarlo.

—Eso mismo. ¿Me acompañas? —preguntó, ofreciéndole el brazo. Jenna soltó el mío como si quemara y se enganchó al suyo.

—Claro.

Echaron a andar, y ella se giró hacia mí para hacerme un «oh, Dios mío» sin sonido y mover las cejas antes de volver a sonreírle a Jamie. Yo me limité a verlos alejarse, y me dejé caer en el banco con un suspiro.

Mierda.

Me quedó clarísimo cómo iba a ser la noche, así que le di tres tragos largos a la petaca y aguanté el escozor. Necesitaba desconectar. Necesitaba parar de darle vueltas a la cabeza.

Necesitaba emborracharme.

Durante los primeros treinta minutos me dediqué a observarlos juntos mientras bebía de la petaca casi cada minuto. Los vi rellenar los vasos, charlar y reírse y cómo Jenna aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse y tocarle. Cuando se fueron al banco frente a mí junto a la hoguera, me levanté de golpe y me quedé quieta un instante mientras el *whiskey* se me subía de golpe. Mientras intentaba recomponerme, escaneé las hogueras y encontré a Ethan; me abrí paso entre la gente para acercarme a él.

No iba a torturarme. Jamie era mi amigo y Jenna mi mejor amiga. Ya habían estado juntos antes, así que, ¿qué más daba si reavivaban esa llama mientras ella estuviera aquí? Sería como en el instituto.

Solo que, por aquel entonces, yo no me había acostado con Jamie. No había sentido cómo se me incrustaba en la piel, marcándome, destruyéndome.

Suspiré mientras negaba con la cabeza. Solo había sido una noche, no era para tanto. Estaba claro que a Jamie no le importaba, así que tampoco debería importarme a mí. Yo tenía a Ethan, y Jamie tenía a cualquier rubia que se cruzara en el campus. Todo era como antes.

Me lo repetí mientras vaciaba la petaca.

—¡Eh, estás aquí! —dijo Ethan sonriendo cuando le rodeé los hombros y me senté en su regazo.

—Aquí estoy. —Le di un buen beso, sujetándolo por la camisa para atraerlo hacia mí. Le necesitaba, necesitaba impregnarme de su olor y borrar a Jamie.

—Guau —dijo él contra mis labios—. ¿Estás bien? —Se apartó para evaluar si iba demasiado bebida.

—De perlas. Solo estaba besando a mi novio —respondí con una sonrisa; él me la devolvió, aunque con gesto de duda—. ¿De qué estabais hablando?

En algún momento Shayla había vuelto la vista hacia otro lado, probablemente incómoda con mi muestra pública de afecto, pero se iluminó ante la pregunta.

—¡Oh! Estábamos hablando de cambiar algo en nuestras carpas la próxima semana, subir un poco la intensidad antes de las elecciones, ¿sabes?

Asentí, estirando el brazo hacia la petaca antes de darme cuenta de que estaba vacía.

—¿Qué te parece cambiar *pizza* por helado?

Ella sonreía, emocionada, mientras ambos esperaban mi respuesta. Me mordí los labios pensativa, y luego me di una palmada en los muslos.

—¡Suena genial! Necesito otra copa. Ahora vuelvo.

Me levanté antes de que ellos pudieran añadir nada más y fui directa al barril. No era *whiskey*, pero me valía.

Tras rellenar el vaso, vagué un rato por allí mientras decidía no preocuparme por Jenna. Ya era mayorcita, y estaba claro que sabía lo que quería hacer esa noche. Pensar en eso me enfermaba, así que evité hacerlo, moviéndome de grupo en grupo hasta volver con Ethan.

Pero ahora Jamie y Jenna estaban en la hoguera de al lado.

Perfecto.

Me volví a acomodar en el regazo de Ethan, quien me puso la mano en la cadera y me acercó más a él.

—Hey —susurró.

—Hola.

—Siento lo de antes. No quiero que pienses que no me gustó ese beso, porque me gustó mucho —dijo, besándome el hombro—. Es solo que Shayla estaba metida en la conversación de la campaña y me preocupaba que se sintiera incómoda.

—Está bien, igual debería haberme reprimido en vez de lanzarme a besarte así.

Él sonrió, la luz del fuego le iluminaba los dientes.

—La verdad es que me gusta cuando me atacas —dijo, inclinándose para cogerme la barbilla con el pulgar y los nudillos y besarme suavemente. Mis ojos se desviaron hacia Jamie, sentado en el banco de enfrente, pero su mirada seguía fija en Jenna, atento, como estaba siempre.

Ethan todavía tenía mi barbilla cogida mientras se apartaba y me buscaba la mirada.

—¿Quieres hablar ahora? —preguntó.

—¿Qué? —respondí, mirando hacia él, consciente de cada movimiento de Jamie.

—Hace un rato querías hablar. ¿Va todo bien?

Joder. De pronto, la idea de contarle todo a Ethan me aterraba, sobre todo tras haber tomado tanto Jack Daniel's. Ver su cara amable a la luz del fuego me apretó más el nudo del pecho. Él merecía saberlo, y aún estaba en mis planes decírselo.

Pero no en ese momento.

—No es nada importante. Vamos a disfrutar de la noche —dije.

Ethan frunció el ceño.

—¿Estás segura?

Asentí, inclinándome para darle otro beso y silenciar su preocupación con mis labios.

—Estoy segura.

Aunque me rompía el corazón ocultarle aquello a Ethan, me pregunté si Jamie estaba viendo cómo nos besábamos y casi no pude disimular la decepción al separarme de Ethan y darme cuenta de que no estaba mirándonos.

Podría haber sido invisible para él.

Quizá lo era.

—Deberíamos jugar a algo —anuncié al grupo, sorbiendo de mi vaso.

Jenna aplaudió.

—¡Oh! ¡Sí! ¿Qué os parece un «Yo nunca»?

—Buena elección, amigui. —Le hice un brindis en el aire con la mano y ella guiñó un ojo, levantando su vaso.

—Somos ya un poco mayores para juegos, ¿no os parece? —tronó la voz de Jamie. Por fin me miraba desde que él y Jenna se habían ido, pero yo me encogí de hombros, manteniendo la vista en el fuego.

—No tienes que jugar. Tina acaba de llegar, ¿por qué no le ofreces una bebida y dejas que los críos nos divirtamos? —dije con una sonrisa, aunque el tono condescendiente se notaba.

Jenna me miró antes de volverse a Jamie.

—¿Novia?

Jamie frunció el ceño, pero yo seguí sonriendo dulcemente.

—No. B tiene una obsesión rara con mi compañera de Economía y no puede superarlo.

Pestañeé.

—Lo que tú digas. Me da igual que te quedes o te vayas. Ethan, empiezas tú.

Ethan parecía incómodo, su mirada estaba alerta mientras miraba a los que estaban alrededor de la hoguera, pero accedió.

—Vale. Yo nunca he tenido un rollo de una noche.

Jamie y Jenna bebieron, sonriéndose por encima del vaso. Los ojos de Jamie se posaron en mí a continuación y vi su reto incluso antes de que hablara.

—¿Tú no bebes, B?

—No —salió de mis labios—. Tu turno.

—¿Nunca has tenido un polvo de una noche? —preguntó, apoyando los codos en las rodillas y levantando una ceja mientras esperaba la respuesta que se me había quedado atragantada.

—Yo fui su primer chico —dijo Ethan con firmeza, acercándome a él y besándome el cuello—. El único.

La culpa se me deslizó por el estómago como una avalancha; le besé apresuradamente, evitando mirar a Jamie.

—Qué mono —dijo Jenna con voz melosa.

—Sí. Muy mono —asintió Jamie—. Me toca, ¿no? Mmm... Yo nunca he hecho un trío.

Jenna y yo nos miramos con una sonrisa, recordando la promesa que nos hicimos años atrás: si alguna vez hacíamos un trío, tenía que ser juntas. Pero la sonrisa se me escurrió de la cara cuando Ethan bebió.

—¿En serio?

Ethan hizo una mueca, como un perro con el rabo entre las piernas.

—Era mi primer año. En aquel momento creí que molaba. No significó nada.

—Oh —susurré mientras me preguntaba por qué nunca me lo había dicho.

—¿Estás enfadada?

Entonces entendí por qué Jamie había planteado esa pregunta. Lo fulminé con la mirada a través de las llamas y él simplemente esbozó una sonrisa burlona.

—Claro que no —le aseguré a Ethan—. Fue antes de mí. No pasa nada.

Sonreí para sellar esa mentira. Él me abrazó más fuerte y me besó el cuello mientras yo bebía, luego asintió hacia Jenna.

—Te toca.

—Yo nunca me he hecho un tatuaje —dijo ella emocionada, escudriñando el fuego. Cuando ninguno bebimos, puso morros—. Joder, necesitamos algo emocionante en la vida.

Me reí, y luego chasqué los dedos.

—¿Sabes qué? Deberíamos tatuarnos algo antes de que te vayas.

—¿En serio?

—Claro que sí. ¿Por qué no? Vamos mañana.

—¡Dios mío! ¡Me apunto!

Jenna dio un saltito de emoción mientras Shayla se sentaba en el hueco junto a Ethan y le daba una cerveza nueva sin dejar de beber de la suya.

—¿Qué pasa?

—Estamos jugando al «Yo nunca». ¿Quieres jugar?

—¡Claro!

Me llevé el vaso a los labios.

—Empiezas tú.

—Mmm... Yo nunca he tenido sexo en la playa.

Me atraganté, la cerveza me salió por la nariz mientras Ethan me frotaba la espalda.

—¿Estás bien?

Asentí y me levanté rápido, evitando mirar a Jamie. No necesitaba ver su sonrisa de suficiencia para saber que la tendría instalada en la cara.

—Estoy bien. Voy a por más alcohol.

Ethan intentó sujetarme, pero me aparté y fui hacia el barril. Jenna me siguió.

—¿Oye, estás bien?

—¡Estoy bien! —grité. Las cejas de Jenna se arquearon y suspiré —. Perdona. La gente lleva preguntándome eso toda la noche y estoy harta.

Ella rio.

—Vale, nota mental: estás bien. Venga, vamos a por copas.

Jenna me llevó al barril y llenó su vaso, le dio un trago y miró hacia la hoguera mientras yo llenaba el mío.

—Oye, sobre Jamie.

—¿Qué pasa con él?

Intenté sonar indiferente, pero no sabía si lo lograba.

—Pues... que se me había olvidado lo bueno que está. Cada vez está mejor. Como el vino.

O el *whiskey*.

—Sí. Es un bombón —contesté escueta.

—Creo que esta noche le apetece un viajecito al pasado. ¿Te enfadarías si... si me fuera con él?

Solté la boquilla del barril sintiendo que me ardía el pecho solo de pensarlo. Me bebí de golpe medio vaso y empecé a llenarlo de nuevo, sin mirarla.

—Claro que no. Diviértete.

—¿Seguro?

No llegué a responder porque apareció Jamie y alargó la mano para que le pasara la boquilla justo cuando terminé de llenar mi vaso. Se la metí en las manos sin miramientos.

—¿Os apetece un baño? —preguntó mientras señalaba con la cabeza hacia la piscina, que estaba a menos de treinta metros de las hogueras.

—Está congelada —dije.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué? Hay que hacer locuras.

—Sí, eso siempre sale genial —murmuré mientras me llevaba el vaso a los labios.

Jenna me dirigió una mirada suspicaz.

—¿Por qué estás tan rara esta noche?

—No estoy rara —le espeté, con los dientes apretados. El alcohol me tenía la cabeza embotada y en ese momento me di cuenta de que había cumplido mi objetivo: estaba oficialmente borracha.

—No sé —intervino Jamie, incorporándose con la cerveza recién servida—. Un poco rara sí que estás.

Le lancé una mirada fulminante, pero él se limitó a sonreír antes de dar un sorbo. Abrí la boca para soltar alguna bordería, pero me lo pensé mejor. Negué con la cabeza y me di la vuelta.

—Voy a buscar a Ethan. Vosotros dos, pasadlo bien pillando una hipotermia.

Jenna me llamó, pero no le hice caso. Decidí en ese instante que lo que hicieran Jamie y ella esa noche me daba exactamente igual.

Pero por mucho que me lo repitiera mientras seguía bebiendo una cerveza tras otra y la noche se convertía en madrugada, no podía dejar de mirarlos. Eran como un accidente de coche o un borracho dando discursos en mitad de la calle. Por más que lo intentara, no lograba apartar la vista de ellos más de treinta segundos y, cuanto más avanzaba la noche, cuanto más se tocaban y se reían, más ganas me entraban de vomitar.

Lo peor de todo era que Jamie no volvió a mirarme. Ni cuando bailé con Ethan, frotándome contra él sin pudor, ni cuando me senté a horcajadas sobre su regazo y le besé como si me fuera la vida en ello. Ni siquiera volvió la cabeza cuando solté una carcajada bien alta

o cuando Ethan empezó a besarme el cuello y el escote. Era como si yo no existiera y, cuanto más bebía, más me dolía.

Todo el mundo tiene esa noche que recuerda con vergüenza, la primera vez que bebió demasiado y se comportó como un auténtico imbécil. Pues esta fue la mía. Y estaba a punto de descubrir por las malas que, contra todo pronóstico, lo de «alcohol antes que cerveza te despeja la cabeza» es una mentira como un mundo, sobre todo si todo empieza con Jack Daniel's.

—Quiero bañarme en la piscina —canturreé contra los labios de Ethan mientras nos besábamos, con la fiesta a tope a nuestro alrededor. Jamie quería meterse en el agua y yo quería la atención de Jamie. Lógica pura.

Ethan se rio.

—Hace demasiado frío, cariño. Tal vez en un par de semanas.

—No, quiero ahora —protesté, haciendo pucheros.

Un chaval de primero pasó corriendo delante de nosotros, quitándose la ropa a lo loco y lanzándola por los aires mientras gritaba algo sobre bañarse en bolas. Me enderecé con la vista fija en él, mientras la gente se reía, y luego volví a mirar a Ethan.

—¡Venga, vamos! —Me levanté de un salto, me quité las botas de un tirón y me dispuse a salir tras el novato desnudo. Ethan me agarró del codo.

—B, no. No vas a bañarte desnuda.

No sé por qué, pero su tono me sentó fatal. Fruncí el ceño.

—Hago lo que me da la puta gana.

Sus ojos eran duros e inflexibles.

—Va en serio. Hay demasiada gente y es una fiesta del campus. La poli universitaria está a dos calles, y tú estás borracha y eres menor. No hagas el idiota.

Solté el brazo con un tirón, justo cuando vi por el rabillo del ojo a Jamie y a Jenna levantarse.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que arruine tu «perfecta» reputación antes de las elecciones? —Estaba siendo cruel, lo sabía, pero no podía parar. Se me había ido de las manos—. Besarme antes ha sido una vergüenza, ¿eh? Pues imagínate si me quito la ropa. —No sé por qué quería provocarle, pero me quité el jersey sin pensarlo, quedándome solo con la camiseta de tirantes. Algunos chicos silbaron y les guiñé un ojo.

—Vale, se acabó. Nos vamos —dijo Ethan, intentando cogerme del brazo otra vez, pero me aparté.

—Vete tú si quieres. Yo no me pienso ir.

—No era una petición.

—Y lo mío no era una sugerencia.

—¡Joder, Brecks! —gritó mi nombre como si fuera una palabrota. Y lo parecía—. No vas a meterte en esa piscina. Fin de la historia.

Me estaba hablando como a una cría, con ese tono seco y usando mi nombre completo. Le miré, boquiabierta, preguntándome cómo podía hacerme eso. No sabía nada de mis padres, pero le había dicho mi verdadero nombre en confianza, explicándole que tenía una razón de peso para no usarlo nunca.

Y se lo había pasado por el forro.

—B... —Jamie se puso a mi lado, con las manos en alto, como si yo fuera peligrosa—. Vamos, te acompaño a la residencia.

—Puedo ir sola —les solté a todos, mientras cogía el jersey y las botas del suelo. Me di la vuelta y atravesé a empujones el grupo de gente que nos miraba, tragándome las emociones como podía y concentrándome en no tropezar mientras me calzaba sobre la marcha.

Aún no había salido del aparcamiento cuando oí pasos detrás de mí.

—Lárgate, Jamie —le solté sin girarme, mientras seguía por el camino hacia mi residencia. La universidad tenía forma circular, con varias aceras que conectaban las zonas exteriores e interiores del campus. Nosotros estábamos fuera y mi edificio también, a diez minutos andando. Agradecí que estuviera tan cerca mientras pasaba junto a los coches del aparcamiento A.

—¿Qué pasa? ¿Ya no tienes nada que decir?

—Te he dicho que te vayas.

—Venga ya —se burló, y me alcanzó con facilidad gracias a sus zancadas—. Llevas toda la noche intentando llamar mi atención. Pues ya la tienes.

Resoplé.

—Aunque te cueste creerlo, Jamie, eras lo último que tenía en la cabeza esta noche.

—Y una mierda.

Me giré en seco, deteniéndonos de golpe, temblando de rabia.

—¡Déjame en paz! Vuelve con Jenna y hazle el «*tour* por la habitación de Jamie». Dicen que es visita obligada en el campus.

Jamie apretó los labios y golpeó con la mano la carrocería de una camioneta cualquiera.

—¡Joder, B! —Di un respingo, esperando que saltara la alarma, pero no lo hizo—. ¿Qué coño quieres de mí? Después de todo este tiempo te acuestas conmigo y al día siguiente me tratas como a una mierda, diciendo que fue un error y que no significó nada. Pero luego te pones como una loca cuando me ves con tu mejor amiga. —Se acercó más y se me cortó la respiración—. ¿Crees que me he acostado con Tina? No lo hice. Es de mi clase, nada más. ¿Crees que esa noche no significó nada para mí? Claro que sí. Es lo único en lo

que he podido pensar desde entonces. ¿Crees que no me duele verte con Ethan? Me mata. Me mata por dentro. ¿Piensas que lo nuestro no fue real? Lo fue. —Respiraba agitadamente y todo a nuestro alrededor se desvaneció mientras su mirada bajaba hasta mis labios—. Y aún lo es.

Acortó la distancia entre los dos y me besó. El contacto de sus labios encendió la chispa y respiré hondo por la nariz, con la cabeza dándome vueltas, hasta que apoyé las manos en su pecho y lo empujé con fuerza. Chocó con la camioneta y levantó las manos, con los ojos ardiendo. Los dos jadeábamos.

Lo miré. La parte racional de mí me gritaba que me alejara, pero todo mi cuerpo me pedía que no lo soltara nunca. Nada tenía sentido. Todo tenía sentido. El *whiskey* me nublaba la cabeza y dejé de resistirme a la niebla: me lancé sobre él y le tiré del jersey hasta que volvió a besarme. Me levantó del suelo, girándonos, y me empotró contra el lateral de la camioneta. Sus labios bajaron por mi cuello, la clavícula, el pecho. Succionó mi piel con fuerza, como si quisiera dejar marca, pero yo no era suya.

—Para... —susurré, pero él gimió, tomándolo como un reto, y metió la mano por debajo de mi camiseta. Gemí, respirando entrecortadamente contra su boca mientras su lengua buscaba la mía. Estaba mareada. Quería rendirme. Le deseaba. Mucho.

Pero esto no estaba bien.

—¡He dicho que pares! —Esta vez le empujé con fuerza y volví al suelo—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué no? —jadeó.

—¿B?

La voz de Jenna nos sacudió a los dos. Cerré los ojos, apoyando la frente contra la camioneta antes de girarme para mirarla.

Cruzó los brazos, mirándonos alternativamente.

—Pero ¿qué coño pasa aquí?

Jamie soltó el aire por la nariz, con un suspiro largo y pesado. Yo no fui capaz ni de mirarle. No quería ver el dolor, la resignación.

—Venga, Jenna. Vámonos. —Le tendí la mano y ella la cogió, con los ojos todavía encendidos bajo las cejas fruncidas, mientras la arrastraba lejos de Jamie. Actuando como debía, esta vez no nos siguió.

Cuando ya no nos podían oír, Jenna soltó mi mano y aceleró el paso.

—Espero que tengas alcohol en tu habitación, porque tienes *mucho* que contarme.

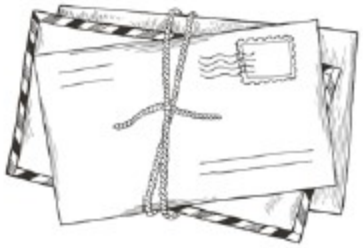
Miré hacia atrás. Jamie seguía allí, quieto, viendo cómo nos alejábamos. Y supe que nada volvería a ser igual después de hablar con Jenna. Me haría elegir. Sería esa voz de la razón de la que llevaba toda la noche huyendo.

—Solo hay Whiskey —susurré, apartando la vista de Jamie y mirando de nuevo al camino. Esa frase quería decir muchas cosas y, ya antes de contarle nada a Jenna, supe que no podía perderlo.

Pero eso significaba que iba a perder a otra persona.

10

Resaca



Dicen que el momento lo es todo, y yo empezaba a darme cuenta de que lo era todo menos amable con Jamie y conmigo.

Me desperté al mediodía siguiente con una resaca horrible, pero por fin sentía algo de alivio, como si me hubiese quitado el peso que me aplastaba el pecho. El sol entraba con fuerza por la ventana de mi residencia y aparté las sábanas de una patada. Jenna gruñó, dándose la vuelta para alejarse de la luz mientras yo me quedaba mirando al techo, repasando mi plan para el día.

Después de hablar con Jenna hasta casi las cinco de la madrugada y haberle contado absolutamente todo, me sentía mejor. Pensé que me juzgaría o, yo qué sé, que se enfadaría —al fin y al cabo, ella había salido con Jamie en el instituto—, pero ni me juzgó ni se enfadó. Me escuchó llorar, desmoronarme, me abrazó durante todo el proceso, y luego hizo lo que sabía que haría.

Me obligó a elegir.

Pensaba que sería más difícil, que me mataría decir en voz alta a quién quería, pero después de confesarlo todo y de que el *whiskey* y la cerveza salieran poco a poco de mi sistema, fue como emerger de una niebla espesa hacia una claridad absoluta. Sabía lo que tenía que hacer y, aunque sabía que dolería, estaba lista.

Salí de la cama arrastrándome, fui al baño y me tomé dos ibuprofenos antes de intentar hacer algo con el pelo. Mientras estaba en ello, me estremecí al ver mi reflejo. Tenía un aspecto horrible y sabía que me lo merecía. Ethan no debería haber tenido que aguantar mis dramas anoche, y tampoco debería tener que vivir una mentira. Esperaba que lo entendiera. Esperaba que pudiera perdonarme. Esperaba que encontrara a una chica que lo tratara mejor que yo.

Más que ninguna otra cosa, esperaba que fuera feliz.

Y luego estaba Jamie. El estómago se me encogió solo de pensar en él. Después de lo de anoche, no sabía si querría escucharme, si me daría la oportunidad de explicarme, o si le importaría lo más mínimo lo que tuviera que decir. Pero tenía que intentarlo. Una cosa había quedado clara tras hablar con Jenna durante toda la noche: yo quería estar con él, lo necesitaba, en realidad. Solo esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Recuerdo los siguientes sesenta segundos como un accidente de coche a cámara lenta.

Yo mirándome en el espejo, planeando las palabras que iba a decir. Jenna entrando a toda velocidad por detrás con mi móvil en la mano. Su voz nerviosa. Su pelo revuelto. Los gritos de mi madre al otro lado del teléfono, fuertes, desgarradores, golpeándome en la cabeza como si los ibuprofenos no hubieran hecho efecto aún. Todo ocurrió a la vez, todas esas cosas, pero las recuerdo una por una, distorsionadas, como si lo hubiera soñado.

Tenía todo planificado —lo que iba a decirle a Ethan, lo que iba a decirle a Jamie—, pero nunca llegué a tener la oportunidad.

En ese momento, mi vida entera cambió de rumbo. Lo que creía importante resultó ser trivial, lo que apenas tenía en mente pasó a ser lo primero.

Mi padre murió el mismo día que me di cuenta de que amaba a Jamie Shaw.

El amor tiraba de mi alma en una dirección y el dolor en otra y así fue como se rompió en dos, partida en mitades irregulares e irreparables. Una flotaba y me instaba a subir con ella, mientras la otra se hundía en un pozo negro sin fondo.

Pero yo era demasiado débil para volar.

La mitad más pesada me arrastró con ella y no lloré, no grité, no luché. Me dejé ahogar sin resistencia, mirando cómo la mitad flotante se alejaba, preguntándome si volveríamos a encontrarnos algún día.

Sentía cómo todo lo que estaba vivo dentro de mí se escurría poco a poco mientras miraba el agua agitada. Se avecinaba una tormenta: había nubes grises al fondo, y el sol empezaba a desaparecer. No hacía tanto frío como la noche anterior y yo estaba de pie donde el agua se encontraba con la arena, con la tabla bajo el brazo y el traje de neopreno abrochado hasta el cuello.

Era como si cada vez que el agua me alcanzaba los pies, se llevara un poco más de lo poco que quedaba vivo en mí, dejando en su lugar algo seco e inerte, como un tronco a la deriva. Mis ojos se volvían más vacíos, mi respiración más tranquila y mi corazón más débil.

Todavía podía oír las palabras de mi madre y seguían sin tener sentido. Un accidente absurdo, dijo. Sonaba como una película de terror, o como una noticia sobre un desconocido. No sonaba como si fuera mi vida. Pero lo era.

Mis abuelos paternos tenían una casa en un lago, en el centro de Florida. Solíamos ir los fines de semana a montar en las motos acuáticas y nadar. Todos los recuerdos que tengo allí de niña están llenos de alegría. Mi madre dijo que mi padre había ido allí por el cumpleaños de la abuela, y estaba nadando cerca del embarcadero como solíamos hacer. Solo estaba nadando, disfrutando de un fin de semana en el lago, y entonces su vida terminó. Unos cables conectados al embarcadero y a la casa flotante cayeron al agua, electrificándola, y se ahogó por la descarga eléctrica en el agua. Ni siquiera sabía que eso fuera posible, y quizá por eso no podía asimilarlo.

Quizá fue una combinación de todo en ese momento: la culpa por lo que le hice a Ethan, el dolor de lo que sentía por Jamie, el impacto de la muerte de mi padre. Todo cayó en una batidora, con el botón en modo triturar y, ahora, lo más que podía hacer era quedarme cerca del mar sin desear ahogarme en él.

Dejé a Jenna en mi habitación, haciendo la maleta por mí porque yo no podía, y cogí un taxi a la playa para intentar sentir. Solo quería sentir algo, lo que fuera. Quería que aquello calara en mí. Quería llorar. Quería que el entumecimiento desapareciera, pero solo se hundía más, filtrándoseme entre las articulaciones, instalándose en su nuevo hogar.

—No puedes meterte ahí.

Su voz era firme, grave y cálida, como siempre. Me temblaron los labios al oírla y casi se me cayó la tabla. La cogí con fuerza y la subí

más, sin girarme para mirarle por miedo a que otro tipo de emoción me invadiera.

—No va a pasar nada.

—Está a punto de caer una tormenta y se está haciendo de noche —advirtió Jamie, y sentí cómo sus brazos rodeaban la tabla desde el otro lado. Al principio la agarré con más fuerza, pero luego mis hombros cedieron y la solté, dejando que Jamie se la llevara. Me sentí vacía al instante mientras él la dejaba en la arena y mantuve la mirada fija en las olas para no mirarle a él.

Se quedó a mi lado, mirando el agua conmigo y, durante un momento, dejó que el viento y las olas fueran el único sonido. Extendió la mano, solo un poco, y su meñique rozó el mío antes de que yo deslizara mi palma dentro de la suya y la apretara con fuerza.

—Me ha llamado Jenna. Me... me ha contado lo que pasó.

No respondí, pero moví el pulgar sobre su mano.

Un trueno rugió, bajo y amenazante, a lo lejos, y sentí su eco en lo más profundo del estómago.

—Habla conmigo —suplicó.

Un dolor sordo y horrible se me extendió por el pecho y luché por contener el llanto.

—No sé qué decir.

—No te preocupes por si tiene sentido o no, solo habla. Solo... sácalo.

Asentí una y otra vez, mordiéndome los labios, mientras le sujetaba la mano y miraba cómo el sol se ocultaba tras un muro de nubes de tormenta. No sabía por dónde empezar, pero cuando el último rayo dorado desapareció tras el gris, respiré con una bocanada entrecortada y temblorosa y entonces hablé.

—Se supone que debería odiarle —empecé, sorbiendo por la nariz —. Me pusieron el nombre por las pecas de sus mejillas, las mismas

que tengo yo, y se supone que debería odiarle. Violó a mi madre —solté de golpe, y la emoción empezó a aflorar, con las lágrimas acumulándose y emborronando mi visión— y yo no lo sabía. Nunca supe que las manos que me enseñaron a montar en bici eran las mismas que la sujetaron la noche en la que fui concebida. Ni que los ojos que lloraban con ternura el día que se me cayó el primer diente eran los mismos que vieron a mi madre suplicar que dejara de hacerle daño.

Negué con la cabeza, y la mano de Jamie apretó la mía con más fuerza.

—Siempre estuvo ahí. Fue él quien me regaló mi primera libreta y un bolígrafo y me dijo que escribiera. Quien me llevó de compras el día que mi mejor amiga de la infancia se mudó. Siempre estuvo ahí. —Me tapé la boca con la otra mano y cerré los ojos con fuerza—. Y luego dejó de estarlo, porque yo le aparté, porque se suponía que debía hacerlo. No he hablado con él desde el día en el que me gradué en el instituto. Ignoré sus llamadas. Le dije que no viniera a la cena de Navidad por primera vez en mi vida. —Se me cerró la garganta y apreté más los párpados, intentando bloquear la verdad —. No hablé con él, Jamie. Y ahora ya no podré hablar con él nunca más.

Las lágrimas se desbordaron, y sentí su calor en las mejillas mientras Jamie me atraía contra su pecho. Le enrosqué los brazos a la cintura y mis sollozos le empapaban la camiseta mientras él me abrazaba con fuerza. Sentí la primera gota de lluvia caerme en la frente, pero no me la sequé.

—Está bien que le quieras —susurró Jamie, justo cuando otro trueno profundo retumbó con sus palabras.

—No, no lo está —respondí en un suspiro mientras sacaba la cabeza de su pecho. Le miré a los ojos, y su brillo dorado verdoso

me dio la fuerza que necesitaba para pronunciar lo siguiente—. Igual que no está bien que te quiera a ti.

Se le dilataron las fosas nasales, su mano se movió hacia mi barbilla para levantármela antes de deslizarse hasta rodearme el cuello.

—¿Me quieres?

Asentí, mordiéndome los labios mientras un nuevo sollozo amenazaba con salir. Otra oleada de lágrimas siguió el mismo camino que las anteriores y él las limpió con el pulgar.

—¿Por qué no está bien?

—Porque... —intenté decir, mientras mis dedos jugueteaban con el dobladillo de su camiseta, pero no encontraba las palabras. No podía juntar letras y sílabas y frases que dieran forma a lo que sentía en la cabeza, en el corazón—. No puedo estar contigo ahora, Jamie. Mañana vuelvo a casa para el funeral y... no puedo prometerte nada. No puedo... —Se me apagaron las palabras, porque decirlas en voz alta dolía. No podía prometerle nada a Jamie porque ya no me quedaba nada que dar, no ahora que todo había cambiado.

Cinco horas antes, todo lo importante en mi vida giraba en torno al universo de una chica de diecinueve años. Quería decidir en qué me especializaría, quería salir de fiesta toda la semana con mi mejor amiga y, sobre todo, quería arreglar las cosas con Ethan y con Jamie.

Pero ese universo parecía tan lejano ahora...

Ahora, lo único que importaba era que mi padre se había ido. Estaba muerto. Yo le había estado ignorando, pensando que tenía todo el tiempo del mundo para decidir qué papel desempeñaría en mi vida. Pero me había equivocado.

Como ya dije, mi padre murió el día en el que me di cuenta de que amaba a Jamie Shaw.

Así de simple y así de complicado.

Jamie levantó la otra mano, para hacer lo mismo que con la primera y acariciarme la cara. Sus ojos me miraban con atención, tenía el ceño fruncido mientras me estudiaba, concentrado como siempre, intentando atravesar el muro que yo empezaba a construir entre nosotros.

—¿Está bien si te digo que yo también te quiero?

Un pequeño llanto se me escapó de los labios, pero no me dejó contestar porque me besó. Me besó como si me estuviera perdiendo, como si ese beso fuera su última oportunidad para retenerme, y yo no tuve el valor de decirle que no lo era. Ese día, en aquella playa, me rompí. Y aunque intentara resistirme, el entumecimiento ya me había cubierto por completo.

—Quédate conmigo esta noche —susurró contra mis labios, acercándome más, intentando fundir nuestros cuerpos en uno solo. Asentí, aún llorando en silencio, y él intentó con todo su empeño besarme las lágrimas antes de que llegaran a caer. Me besó durante toda la noche. Me besó hasta que los labios se me agrietaron y el corazón se me llenó de moratones. Estaba desesperado por dejar su huella y, esta vez, se lo permití.

Al día siguiente me fui al funeral y no volví jamás.

Jenna voló conmigo, encargándose de todo aquello que yo no podía: el papeleo en la universidad, las preguntas de mi madre, la ropa para el funeral. Me sostuvo la mano durante el velatorio, durante la avalancha de gente que venía a dar el pésame, y esa noche, cuando volvimos a casa de mi madre, me senté frente al ordenador... y escribí.

Escribí página tras página de absolutamente nada, pero que para mí lo era todo en ese momento. Cada palabra me hacía sentir mejor y peor al mismo tiempo, así que perseguía una emoción y huía de la

otra, una y otra vez hasta que me dolieron los dedos. Creo que necesitaba ese primer y verdadero desgarro para poder escribir como lo hice aquella noche. Las palabras no nacen de un corazón que nunca ha sentido. Vienen del dolor, del amor, de lo que no se puede decir... y eran mi única vía de escape.

Esa fue también la noche en la que me prometí vaciarme del todo.

Con el sabor de Jamie aún fresco en los labios, lo dejé a un lado, sabiendo que lo arrastraría conmigo si no lo soltaba. Fue al escribir cómo me sentía cuando entendí por qué había dejado a Jamie atrás. La verdad era que le creí cuando me dijo que me quería. Y sabía que me quería lo suficiente como para dejarse hundir conmigo. Pero yo apenas podía levantarme de la cama cada día. ¿Qué clase de persona sería si dejaba que Jamie me quisiera en ese estado?

Resultó que yo era agua, él era *whiskey* y no podía diluirle... no ahora que sabía que me quería tanto como para dejarse diluir.

Necesitaba ser más fuerte, ser hielo la próxima vez que me derritiera con él.

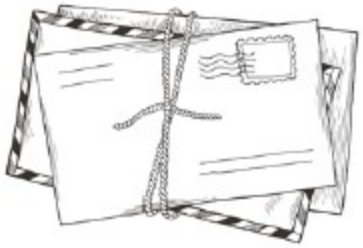
Hice una sola llamada a la universidad, a Ethan, para decirle por teléfono lo que se merecía haber escuchado en persona. Luego terminé mis estudios en la Universidad de Palm South y siempre me aseguré de estar fuera de la ciudad durante los veranos, cuando pensaba que Jamie podría regresar.

Me llamó dos veces al año, todos los años, una vez en mi cumpleaños y otra en el aniversario de la muerte de mi padre. Nunca contesté. Y nunca le devolví las llamadas. Parecía que yo intentaba dejar a Whiskey, mientras él pretendía seguir aferrado a mí.

Solo era cuestión de tiempo que alguno ganara.

11

Sobria



A pesar de lo lejos que estaba de la orilla, podía oír el sonido de mi móvil. Seguía sintiendo cómo vibraba, como había vibrado esa misma mañana, igual que todos los años desde que me fui de California. Y como siempre, lo había dejado sonar y vibrar, sin silenciarlo, pero sin contestar. Me había quedado mirando su nombre en la pantalla, pensando que ya casi estaba lista, que ya casi había llegado al punto de poder contestar. Estaba más cerca, pero aún no había llegado del todo, así que esa llamada se quedó en la parte frontal de mi mente mientras balanceaba los pies en el agua a ambos lados de la tabla.

Durante los últimos tres años, solo había habido dos momentos en los que me sentía bien: cuando escribía y cuando surfeaba. Cada uno me ofrecía su propio tipo de consuelo.

Cuando escribía, me enfrentaba a mis miedos, a mis ansiedades, a mis emociones. Les daba forma en palabras, les daba vida, les hacía

saber que las reconocía. Era terapéutico y, aunque solo mis profesores hubieran leído lo que escribía, a mí me llegaba con sacarlo fuera.

Surfear, en cambio, era el paso antes de escribir. Era lo que hacía cuando aún no podía afrontar una emoción, cuando necesitaba tiempo para pensar antes de poder señalarla con el dedo y llamarla por su nombre. En ese momento, me estaba tomando el pulso, celebrando cuánto había avanzado, pero reconociendo también que aún me quedaba camino por recorrer para sentirme completa de nuevo.

El oleaje era más pequeño que en California, pero suficiente. Cuando se formó una ola perfecta, me incliné hacia delante, remé con rapidez y me incorporé justo a tiempo para subirme a ella y cabalgarla hasta la orilla. Durante esos segundos en los que me deslizaba por la cresta, con el viento en el pelo mojado, me sentía libre.

Luego volví a remar un poco, me senté sobre la tabla y me quedé allí, con los ojos puestos en el sol, que aún luchaba por despertarse conmigo.

Habían pasado exactamente tres años desde la muerte de mi padre.

Mi vida había cambiado de forma radical desde aquel día.

Todavía recordaba cada momento doloroso que había marcado el camino de sanación recorrido desde entonces. Recordaba la ruptura con Jamie en aquella playa, el vacío tras el funeral, la negación y la desesperación que me acompañaron durante casi un año antes de empezar a aceptar la situación y adaptarme. Escribir y surfear: esas fueron mis únicas vías de escape.

Al principio, me volví loca buscando respuestas por internet sobre la muerte de mi padre. Investigué todo lo que había sobre

ahogamiento por descarga eléctrica, como si eso pudiera ayudar, como si pudiera traerle de vuelta o hiciera más fácil escuchar a quienes le conocían decir lo trágico que fue perderle en un accidente tan absurdo. Odiaba cuando lo decían. Odiaba esa frase estúpida y el hecho de que no aportara consuelo ni claridad. Era solo una forma fría de intentar justificar algo que nunca tendría explicación.

Después, mi madre me convenció para probar con la terapia. Ella por fin se había animado a ir, tras todos esos años cargando con lo que mi padre le había hecho. Parecía que su muerte la había matado y liberado a partes iguales, y su terapeuta la ayudó a enfrentarse a esos sentimientos. Pero yo, después de solo dos sesiones, supe que aquello no era para mí. No quería hablar.

Así que escribí.

Con el tiempo, poco a poco, escribir empezó a ayudarme de verdad, sobre todo cuando me decidí por Filología Inglesa con especialidad en Escritura Creativa como mi carrera en la Universidad de Palm South. Cuando empezaron a ponernos tareas escritas, cuando leía obras de otros que me hacían acceder con más facilidad a mis propias emociones, todo empezó a encajar y empecé a sentirme bien.

Mi madre también ayudó, junto con su novio, Wayne. Se conocieron una mañana en la playa, cuando ella fue a verme surfear, y desde entonces solo había traído luz a nuestros días. Era la primera vez en toda mi vida que veía a mi madre enamorada, y me preguntaba si había hecho falta que muriera mi padre para que ella pudiera amar de verdad. Hasta entonces no me había parado a pensar que mi madre había pasado diecinueve años cerca de un hombre que la violó de la forma más íntima posible y solo por mí. Intentó mantenernos como una familia, asegurarse de que yo

creciera con ambos padres en mi vida. Ahora por fin se centraba en sí misma y verlo me hizo sentir que yo también podía hacerlo.

Yo también salí con chicos, igual que ella, y con salir, me refiero a que dejé que dos diferentes me invitaran a cenar y luego me llevaran a la cama. Ninguno llenó el vacío que había dejado el último hombre que me tocó, pero al menos fueron una distracción.

Ethan también me llamaba a veces. Solo respondí una, la primera que me llamó después de contarle por qué me había ido, después de decirle la verdad sobre Jamie y yo. Me llamó menos de una semana después, borracho como un universitario en Las Vegas, con palabras atropelladas que me maldecían por haberle roto el corazón. Lloré con él, avergonzada por lo que le hice y todavía rota por lo de mi padre. Después de eso, también dejé de contestar sus llamadas.

Tres años.

Aún recordaba ese día, lo que sentí, el dolor. Era como si fuera un ovillo de lana y ese día me hubiera deshecho por completo, con el hilo deshilachado y gastado. En los últimos tres años, poco a poco me había vuelto a formar, siendo el mismo ovillo, pero enrollado de forma distinta. Casi estaba bien otra vez.

Casi.

En solo dos meses, me graduaría en la universidad y me iría a Pittsburgh, lista para empezar un nuevo capítulo de mi vida. Surfeé una última ola mientras ese pensamiento retumbaba en mi interior. Cuando mis pies tocaron la arena de nuevo, con la tabla bajo el brazo, sentí una necesidad abrumadora de afrontar un último reto antes de graduarme.

Solté la tabla junto a la toalla y rebusqué en mi bolso hasta encontrar el móvil. Estaba caliente por el sol, incluso con el fresco de febrero. Abrí el registro de llamadas perdidas y me quedé sobre su nombre, con el dedo temblando a un centímetro de marcar. ¿Estaba

de verdad lista para hablar con él? ¿Qué le diría? ¿Qué tenía para ofrecer?

No tenía respuesta a ninguna de esas preguntas, así que suspiré, pasé al buzón de voz y me dejé caer de espaldas sobre la toalla. Puse el altavoz y pulsé el mensaje guardado de mi primer cumpleaños después de irme de California, mi favorito de todos los que me había dejado, y miré al cielo azul con tintes rosados mientras lo escuchaba.

—Hey, B. Soy yo... Jamie... aunque supongo que eso ya lo sabes, ¿eh? —Suspiró, y había escuchado ese mensaje tantas veces que ya sabía exactamente cuánto duraba el suspiro antes de que volviera a hablar—. Sé que estás sufriendo. Sé que me estás apartando porque crees que tienes que hacerlo sola. Y sinceramente, no lo sé, quizá tengas razón... quizá yo no sea la persona que pueda ayudarte ahora. —Se oyó un ruido, como un roce, y tenía mis teorías sobre qué era: ¿se había pasado la mano por la cara? ¿O era el viento? ¿Estaba en la playa donde nos despedimos?—. Pero quiero serlo. Así que, por favor... llámame. Te echo de menos. —Siempre se me encogía el pecho en esa parte—. Feliz cumpleaños.

El mensaje terminó y cerré los ojos, dejando que el sonido de Whiskey se me impregnara en la piel como si fuera el sol, y deseé que fuera suficiente para mantenerme a flote un poco más.

—¡Por la universidad! —dijo Jenna, alzando su chupito de Patrón bien frío—. ¡Que nos recuerde con cariño mientras nos besa el culo al despedirse!

—¡Salud! —gritamos todos a la vez, chocando los vasos antes de darles un golpecito en la mesa y bebérnoslos de un trago. Hice una

mueca al notar cómo el tequila me quemaba la nariz y la garganta, y enseguida agarré una rodaja de lima y la chupé hasta dejarla seca.

—Joder, cómo arde —rio Jenna, con los ojos llenos de lágrimas.

—Odio el tequila —convine mientras dejaba el limón ya seco en el bol y cogía mi cerveza.

—Yo también, pero cumple su función —añadió Kristen. Jenna y yo alzamos nuestras cervezas en un gesto de *touché* antes de beber un sorbo. Kristen se bajó del taburete y nos señaló con el dedo.

—Ahora vengo, voy al baño.

Kristen era mi compañera de proyecto en una de las asignaturas del Trabajo de Fin de Grado. Nos habíamos hecho bastante íntimas durante los últimos años, sobre todo porque éramos dos de las escasas cinco personas racializadas del programa de Escritura Creativa. Era de Brasil y me encantaba su forma de ver la literatura, sobre todo la norteamericana contemporánea. La iba a echar mucho de menos, pero la verdad, tenía unas ganas inmensas de dejar atrás la Universidad de Palm South.

Me ajusté el birrete, aún fastidiada porque Jenna me había obligado a llevarlo puesto durante toda la noche. Siempre me había parecido una tontería que los graduados hicieran eso, como si buscaran llamar la atención o recibir una palmadita en la espalda de cada persona del bar. Sin embargo, estaba de buen humor, supongo que recibir tu título surte ese efecto. Así que le había seguido la corriente y llevaba el birrete con una sonrisa mientras celebrábamos haber sobrevivido a los últimos cuatro años. Por lo menos me había dejado quitarme la toga y ponerme unos vaqueros monos.

—Entonces ¿tienes todo el fin de semana ocupado hasta que te vayas el domingo por la noche? —preguntó Jenna otra vez, poniendo morritos.

—Sí, señora. Mi madre ha organizado una pequeña reunión familiar para mañana, y luego nos vamos a pasar la noche a la playa y a estar allí todo el domingo hasta que me vaya.

—Bueno, supongo que no puedo enfadarme si me dejas por tu madre —cedió Jenna con un suspiro. Se llevó la cerveza a los labios, pero habló antes de dar un trago—. Te va a echar de menos, lo sabes, ¿no?

Solté un suspiro.

—Lo sé.

Mientras despegaba la etiqueta de mi cerveza, pensé en lo mucho que mi madre y yo nos habíamos acercado durante los últimos tres años, desde mi vuelta de California. Habíamos pasado el duelo juntas, sanado juntas, crecido juntas. Al final me quedé a vivir en casa mientras acababa la carrera aquí y, aunque me encantaba haber reconectado con ella y estar más unidas que nunca, ya tenía ganas de pasar página. Quería una nueva ciudad, caras nuevas, una nueva oportunidad de encontrarme.

—Pero estará bien —añadí—. Tiene a Wayne.

—Va, no me lo recuerdes. Qué cabrona con suerte.

Solté una carcajada y Jenna sonrió, sin el menor atisbo de vergüenza por estar colada por el novio de mi madre. Llevaban saliendo casi un año y a él le sentaba de maravilla, a las dos nos sentaba de maravilla. Me ayudó a presentar las candidaturas a los másteres fuera del estado cuando yo estaba cagada de miedo por irme y siempre se lo agradeceré.

—Sigo enfadada contigo, ¿eh? —añadió Jenna—. Justo ahora que yo vuelvo, tú te largas.

—Puede que vuelva después del máster. Quién sabe.

Jenna bufó.

—Tú guárdame un sitio en tu cama, ¿vale? Y, por el amor de Dios, no te hagas fan de los Steelers.

—Eso es béisbol, ¿no?

Jenna resopló justo cuando Kristen volvía a la mesa y me reí descruzando las piernas solo para cruzarlas de nuevo al otro lado.

Era agradable reírme, divertirme. Me había costado mucho tiempo volver a un estado mental en el que pudiera hacerlo. Perder a mi padre me había trastocado más de lo que creí que lo haría, y solo a partir del último año había empezado a soltarlo de verdad... a soltar la culpa. Lo quería, y eso estaba bien. Estaba enfadada con él, y eso también estaba bien. Pero ahora era el momento de dejar su presencia aquí en Florida y descubrir quién era yo, quién podría llegar a ser en una ciudad y un estado nuevos.

—Dios mío —susurró Jenna, posando la cerveza en la mesa y tirándome de la cintura de los vaqueros. Se inclinó hacia mí, con los ojos fijos en algo a mi espalda—. No mires, pero Jamie está aquí.

—¿¡Qué?! —grité en un susurro.

—¿Quién? —preguntó Kristen al mismo tiempo, girando el cuello en la misma dirección que Jenna. Me había dicho que no mirara, pero por supuesto no le hice caso: ¿cómo iba a ignorarlo? Un fantasma acababa de entrar en el bar, y tenía que verlo con mis propios ojos.

En cuanto lo vi, el corazón me dio un brinco y el agujero que había sentido crecer desde la última vez que estuvimos juntos se llenó de golpe, calentándome la sangre.

Habían pasado tres años. ¿O había sido ayer? No lo sabía. Sentía ambas medidas de tiempo: notaba las diferencias, pero al mismo tiempo reconocía lo familiar, incluso desde el otro lado del bar. En Escocia, no puedes llamar *whiskey* escocés al *whiskey* hasta que no ha envejecido en barrica durante un mínimo de tres años. En ese

momento me di cuenta de que Jamie era ahora un escocés joven, un *whiskey* mezclado que prometía experiencia y sabor. Se me hizo la boca agua y, como un imán, sus ojos encontraron los míos justo cuando la puerta se cerró tras él.

Iba con un grupo de hombres, todos vestidos con traje, y uno le dio una palmada en el hombro antes de señalar con la cabeza hacia el otro extremo del bar. Jamie asintió, pero no los siguió. En vez de eso, se quedó quieto, con los ojos clavados en mí, ladeando la cabeza como si no estuviera seguro de que realmente fuera yo, y entonces dio el primer paso.

Inhalé, conteniendo el aliento mientras Jenna, a mi lado, alucinaba y Kristen nos miraba preguntándose qué demonios estaba pasando. Yo no podía apartar los ojos de él, y lo observé como si fuera un privilegio poder hacerlo mientras él cruzaba la sala. Llevaba la corbata floja alrededor del cuello y las mangas de una camisa gris claro remangadas hasta los codos, pero no era la ropa lo que me tenía hipnotizada. Era su pelo castaño rojizo, un poco más oscuro de lo que recordaba, peinado con cuidado. Sus hombros anchos, más llenos que la noche en la que lloré sobre ellos tres años antes. Su mandíbula, aún tan cuadrada y firme, ahora con una sombra de barba. Y sus ojos, ámbar profundo, con un matiz de fuego y otro de dolor, llenos de curiosidad mientras se detenía justo delante de mí. No se parecía a mi Jamie y, sin embargo, seguía viéndolo ahí, bajo la superficie. Lo sentía, esa vibración que siempre traía consigo. Su olor me invadió después, más especiado, pero con las mismas notas dulces de miel.

Por fin solté el aliento, lenta y suavemente.

Me había girado en el taburete de la barra, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas en el regazo, y él se había metido

las suyas en los bolsillos de los pantalones mientras su mirada me recorría todo el cuerpo.

—Te has cambiado el pelo —dijo con voz ronca, mientras las fosas nasales se le ensanchaban y su mirada volvía, perezosa, hacia mi rostro. Sentí el deseo irradiar de él como una ola de calor, y la piel empezó a descongelárseme mientras él permanecía ahí de pie. Yo llevaba el pelo más largo, me llegaba hasta la mitad de la espalda, aunque con los mismos rizos suaves y pequeños de siempre.

—Y tú te has hecho un tatuaje —dije. Podía ver los bordes asomando por donde la manga se encontraba con su antebrazo, y Jamie bajó la vista hacia él con una leve sonrisa antes de volver a mirarme.

Durante un momento nos limitamos a mirarnos, ambos sonriendo, ambos adaptándonos a esa nueva electricidad que se mezclaba con la vieja. Entonces, Jamie negó con la cabeza y una sonrisa se le dibujó en la cara.

—Tienes dos segundos para bajarte de ese taburete y meterte en mis brazos antes de que te arrastre yo mismo.

Me ruboricé con una sonrisa que reflejaba la suya, bajé la vista hacia mis tacones y, sin dudarlo, bajé del taburete y acorté la distancia entre los dos. En cuanto nuestros cuerpos se tocaron, sus brazos rodearon mi cuerpo pequeño y los míos se engancharon a su cuello. Ambos suspiramos, y la paz nos envolvió justo cuando el resto del bar volvió a tomar forma.

De repente, oí la carcajada ruidosa del grupo con el que había entrado, el tintineo de vasos y hielo tras la barra. Escuché a Jenna carraspear detrás de nosotros y noté cómo el pop que sonaba subía de volumen. Sin embargo, Jamie solo me abrazaba y yo le devolvía el gesto, apretándolo contra mí.

—Oh, hola, Jamie, encantada de verte también —bromeó Jenna por fin.

Jamie aflojó el abrazo y yo salí de él y cogí mi cerveza, aunque no volví a sentarme aún.

—Hola, Jenna —respondió Jamie, sonriéndole brevemente antes de volver a fijar la vista en mí—. ¿Estáis de celebración esta noche?

Me dio un golpecito en el birrete de graduación y solté un quejido, avergonzada.

—Sí. Me han dado un papel que dice que se me da de maravilla pasarme noches en vela y luego soltar apuntes de memoria.

Jamie se rio.

—Enhorabuena.

—Y la han aceptado en un máster —añadió Jenna—. En Pittsburgh.

—¿Pittsburgh? —repitió Jamie, alzando las cejas antes de inclinar la cabeza—. ¿Qué va a hacer mi chica surfista en una ciudad como esa?

Se me calentaron las mejillas y empecé a despegar otra vez la etiqueta de mi cerveza, y luego me llevé la bebida a los labios en lugar de responder.

—¿Y tú? —preguntó Jenna. Kristen seguía observándonos en silencio, haciéndome preguntas con los ojos que solo respondí con un encogimiento de hombros—. ¿Qué haces en Florida?

—Yo también estoy de celebración. He aprobado el examen de Contabilidad y he aceptado una oferta de trabajo con mi padre.

—¿En serio? —pregunté con una enorme sonrisa, sintiendo un orgullo que no sabía si tenía derecho a sentir—. Guau, es increíble. Me alegro muchísimo por ti.

—Gracias.

Jamie no dejaba de mirarme. Dios, cómo me gustaba su forma de mirarme: centrado, sin disimulos. Jenna iba a hacer otra pregunta, pero él la interrumpió.

—¿Quieres salir de aquí?

El corazón me dio un vuelco y reprimí una sonrisa.

—Sabes que odio los clichés.

Se encogió de hombros.

—También sé que harás una excepción por mí.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees?

Jamie volvió a meterse las manos en los bolsillos y me miró confiado.

—Lo sé.

Me mordí el labio y mantuve su mirada un momento más antes de volverme hacia Jenna. Ella alzó las manos antes de coger su cerveza.

—Por el amor de Dios, vete. Vete antes de que me deje preñada esa maldita mirada suya.

Contuve la risa con la mano, y le pedí perdón en silencio a Kristen antes de coger el bolso de la barra. Seguía mirándome sorprendida, pero sonrió y brindó con Jenna.

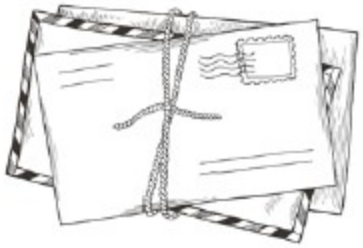
—Nos las arreglaremos. Vete.

Y así, me giré hacia el *whiskey* que era Jamie, sintiéndolo tan cerca como para saborearlo después de tres años de sequía, y sonreí.

—Tú primero.

12

Una noche con el escocés



Me encantaba todo de ese momento.

Me encantaba la mano de Jamie apoyada sobre el volante mientras la otra sujetaba la palanca de cambios. Me encantaba la brisa cálida que entraba a través de las ventanillas de su nuevo Jeep. Me encantaba ver mis pies apoyados en su salpicadero mientras las mismas carreteras por las que habíamos conducido a los diecisiete años se extendían ante nosotros. Y, sobre todo, me encantaba la conversación fluida y el silencio cómodo, porque encajábamos perfectamente el uno con el otro.

Habían pasado años, quedaban palabras por decir, pero lo único que importaba en ese preciso momento era que estábamos juntos. Lo sentí, supe que él también. Aquella noche era para nosotros y no tenía intención de desperdiciarla.

Jamie me dejó elegir la lista de canciones mientras nos poníamos al día de nuestras vidas; él me contó cómo la empresa de su padre

había sobrevivido a la recesión y yo le dibujé cómo había acabado estudiando Filología Inglesa. El álbum *Longing for Home* de Peter Jennison sonaba suavemente de fondo, y no pude evitar notar la diferencia de tono respecto a la última vez que Jamie y yo habíamos estado en el mismo sitio. Ahora éramos adultos, libres de todo aquello que nos había pesado la última vez que pasamos una noche juntos. Era como si el universo nos hubiera juntado en el momento justo, y yo disfrutaba al máximo de ese alineamiento de estrellas.

—No puedo creer que hayas reemplazado a ScarJo —comenté mientras pasaba las manos por el borde de mi asiento. Su nuevo Jeep era literalmente nuevo, más equipado que el primero, y tenía un aire oscuro y atrevido. El interior era de cuero y muy estilizado, con el salpicadero avanzado y la pintura mate negra. Hasta las llantas eran de un gris carbón y me encantaba el aspecto que tenía él en el asiento del conductor: relajado, confiado, tan sexi que me moría.

Él se rio, y ajustó el agarre del volante mientras cogíamos una curva.

—Sí, bueno, ScarJo empezó a ponerse gruñona con la edad. La tuve hasta hace un par de meses, y al final me rendí y la cambié.

—Uf, seguro que te costó un montón —bromeé, pasando la mano sobre el salpicadero de su nuevo bebé.

Él resopló.

—Sí, bueno, había muchos recuerdos en ese Jeep. No quería dejarlo, al menos hasta que fuera inevitable.

Cierta gravedad se instaló entre nosotros tras ese comentario y la sentí: sabía adónde nos estaba llevando la conversación. Ya habíamos pasado la fase de ponernos al día sobre la familia, el colegio y el surf. Jamie estaba a punto de hacerme las preguntas a

las que no sabía si le podía responder y se me encogió el estómago solo de pensarlo.

—Nunca volviste —susurró. Apenas le oí por encima de la música, así que bajé el volumen y quité los pies del salpicadero, recogiéndomelos bajo las piernas en el asiento.

—Lo sé.

—Y nunca me cogiste el teléfono. Nunca me devolviste ninguna llamada. Nunca... —Se le quebró un poco la voz y los nudillos se le pusieron blancos alrededor de la palanca de cambios.

—Lo sé —repetí.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra el cuero del asiento y respiré hondo. No me preguntó por qué. No me pidió una explicación, aunque yo sabía que la necesitaba. Nos detuvimos en un semáforo en rojo, volví la cabeza hacia él y abrí los ojos para mirarle.

—No te puedo decir nada que haga que te sientas mejor, Jamie. Tengo excusas, razones por las que te aparté, pero ninguna justifica mi comportamiento. Porque lo hice fatal. Era joven, estaba completamente rota y no sabía cómo afrontar mi nueva realidad. Me alejé de ti, de California, porque creí que era lo correcto. Y, en cierto modo, me alegro de haberlo hecho, porque necesitaba curarme. Pero, por otro lado, me odio por cómo te dejé.

Un músculo se le tensó bajo la mandíbula y, con cautela, posé una mano sobre la suya.

—La muerte de mi padre me cambió, Jamie —dije con voz temblorosa—. Y lo que le hice a Ethan... está en contra de todo aquello en lo que creía. Me odiaba por perder el control, por quererte cuando se suponía que debía quererle a él. Es que... —Cerré los ojos otra vez y Jamie giró su mano bajo la mía para

apretármela y así animarme a continuar—. Estaba hecha polvo. Y necesitaba tiempo.

El semáforo se puso en verde y Jamie volvió a girar la mano para cambiar de marcha, mientras mis dedos seguían apoyados sobre ella.

—¿Y ahora? —preguntó, mirándome un segundo antes de volver a fijar la vista en la carretera. Me quedé pensando, intentando descifrar exactamente qué era lo que me preguntaba.

—Ahora estoy sentada en tu Jeep y nada ha cambiado, pero, a la vez, todo ha cambiado.

Asintió, y frunció el ceño mientras digería mis palabras.

—Y me pregunto cuánto vas a aguantar sin besarme antes de rendirte de una vez —susurré, y me clavó la mirada—. Porque me voy en menos de cuarenta y ocho horas, Jamie. Y necesito que me beses antes de subirme a ese avión.

Jamie apartó la vista justo a tiempo para coger una curva cerrada. Se crujió el cuello, pisó el acelerador y vi cómo el deseo que había estado flotando sobre nosotros estallaba de golpe, empapándonos por completo, sin que ninguno buscara refugio.

—Te llevo a mi casa. Ahora mismo —gruñó. No era una pregunta, ni una petición y desde luego no era opcional—. Si no ibas en serio con todo esto que acabas de decir, tienes unos siete minutos para retractarte. Después de eso, no se te permite decir ni una palabra más. Ni siquiera mi nombre. Porque voy a follarte hasta dejarte sin voz.

Sus palabras desataron la urgencia, que me recorrió el cuerpo y se me acumuló entre las piernas. Tuve que obligarme a respirar. Su mandíbula seguía tensa y no sonreía cuando se giró a mirarme. En sus ojos había un desafío: me retaba a aceptarlo, a rendirme. Creo que quería que luchara contra ello, que le dijera que era una mala

idea, que el momento seguía sin ser el adecuado, que solo nos estábamos colocando en un peldaño aún más alto desde el que volver a caer y rompernos en mil pedazos. Pero no me importaba. Sufriría la caída si eso significaba sentirme completa con él, aunque solo fuera por una noche.

Y por eso elegí con cuidado mis últimas dos palabras:

—Acelera, venga.

En cuanto la puerta de casa se cerró, Jamie me puso contra ella, mientras su boca devoraba la mía y él tiraba las llaves en una mesilla cercana. Resbalaron por la madera y cayeron al suelo, pero ninguno de los dos les prestó atención. Jamie me levantó y yo le enganché los tobillos alrededor de la espalda, con los tacones clavándosele en los duros músculos para acercarlo aún más.

Gruñó, sosteniéndome con las caderas mientras se quitaba la camiseta de un tirón y la dejaba caer al suelo. Su boca me recorrió la piel desde los labios hasta el cuello, donde chupó con fuerza y me mordió la clavícula antes de separarse lo suficiente para tirar con fuerza de mi top palabra de honor, hasta que levanté los brazos y le dejé quitármelo. No llevaba sujetador y él emitió un sonido de aprobación mientras sus manos me acariciaban, con los pulgares rozándome los pezones mientras yo me arqueaba hacia él.

—Jamie —susurré justo antes de que su boca tapara la mía.

—Shhh —dijo, levantándome, y me llevó así a la cocina. Era impecable, con suelo de madera y encimeras de granito pulido; dejó que mis pies tocaran el suelo frente a la isla—. Quítatelos. —Tiró de mis vaqueros y luego empezó con sus pantalones de vestir, mientras se fijaba en mis tacones—. Déjatelos puestos.

El escocés era mucho más fuerte que el *whiskey* que me había embriagado hace tres años. Tenía más confianza, más experiencia y sabía que esta noche no se parecería en nada a la primera vez. Jamie tenía ganas de quemarme y yo estaba desesperada por dejar que lo hiciera.

Deslicé el botón de los vaqueros por el ojal y me los desabroché lentamente, tirando de ellos hacia abajo por las caderas, de un lado y luego del otro, centímetro a centímetro, con los ojos fijos en Jamie mientras me miraba. Cuando los dejé caer desde los muslos hasta los tobillos, me quité los tacones, me deshice de los vaqueros pierna por pierna y volví a calzarme los zapatos de tacón negro de quince centímetros.

—Buena chica —musitó Jamie mientras sus ojos me recorrían el cuerpo. Dejó caer los bóxeres junto a sus pantalones en el suelo y se deshizo de ellos, echándolos a un lado; luego se plantó delante de mí, acariciándose mientras se mordía el labio inferior. Me llevé la mano a la ropa interior, pero él negó con la cabeza—. Déjatela. Date la vuelta.

Me giré y miré por encima del hombro mientras mis caderas tocaban el frío granito. Jamie se colocó detrás, apartándome el pelo de la cara antes de besarme el cuello mientras seguía acariciándose. Jadeé, y él se agachó lo suficiente para agarrar mis muñecas y llevarlas hasta el otro lado de la isla para que me sujetara a ella. Me incliné, con los pechos apoyados sobre la encimera y el culo pegado a su dura erección. Me besó la espalda y mordió la carne justo debajo del encaje de mi tanga, yo me estremecí: el dolor fue una sorpresa muy bienvenida.

Se incorporó de nuevo, y me deslizó la mano por el culo antes de darme un rápido azote. Di un respingo, pero me encantó el escozor y gemí con fuerza, con la mejilla ardiendo contra el granito. Jamie

me agarró por la curva de la cadera con una mano y con un dedo de la otra enganchó la tira del tanga y la deslizó hacia abajo hasta encontrar mi abertura. Contuvo el aliento al notar lo húmeda que estaba ya, y me metió dos dedos mientras acompañaba el movimiento con un vaivén de sus caderas tras su mano.

—Joder. —Arrastró la palabra y retiró los dedos para volver a introducirlos de nuevo mientras yo apretaba más la encimera. Palmeó el interior de mis muslos, dejando que el tejido de encaje me golpeara—. Ábrete.

Obedecí y abrí las piernas mientras él tiraba ligeramente de mis caderas para tener el espacio que quería. Se arrodilló y entonces el encaje desapareció de nuevo mientras su lengua recorría mi abertura y yo me movía contra él, contrayéndome justo cuando su boca se cerraba alrededor de mi clítoris. Él succionaba y mis muslos temblaban a su alrededor. Noté que esbozaba una sonrisa y su aliento aún caliente en mi centro mientras repetía la acción, lamiéndome, succionándome y mordisqueándome hasta llevarme al límite.

Me mordí tan fuerte el labio que casi me hice sangre y lo solté mientras gritaba y movía las caderas contra su boca. Estaba cerca, muy cerca, y Jamie lo sabía, porque se levantó y miré por encima del hombro justo cuando se lamía los labios y se limpiaba el mentón con la yema del pulgar.

—No te muevas.

Recogió los pantalones y sacó un preservativo de la cartera antes de dejarlos caer otra vez. Intenté levantarme de la encimera, pero su mano me presionó suavemente hacia abajo, mientras me colocaba la polla entre las nalgas.

Oí cómo rompía el envoltorio del condón y sentí su breve ausencia antes de que pusiera su miembro, ahora enfundado, contra mi

abertura, dándome pequeños toquecitos con el capullo que me volvían loca. Se inclinó hacia delante, me cogió del pelo y se lo enrolló en la muñeca.

—Todo este puto pelo —ronroneó, y luego me succionó el lóbulo de la oreja sujetándolo entre los dientes. Un escalofrío me recorrió el cuerpo desde el punto de contacto hasta la punta de los pies y me tiró del pelo, haciendo que mi cabeza se levantara con fuerza de la encimera. Miré hacia la lámpara que colgaba sobre nosotros mientras Jamie me llenaba por detrás hasta el fondo. Jamie gimió, dejando la frente apoyada en mi nuca mientras se retiraba y volvía a entrar dentro de mí—. Joder, llevo toda la noche fantaseando con cogerte así del pelo. Y estos tacones... —jadeó mientras se enderezaba y me tiraba del pelo para llevarme con él y que me arqueara hacia atrás. Me dio con fuerza y grité, a punto de correrme.

Lo hacía tan bien que me pregunté cuán ocupado habría estado estos tres años, pero elegí ignorarlo y centrarme en que claramente había hecho sus deberes y yo era el examen, su oportunidad de demostrar lo aprendido.

Cuando me soltó el pelo, me cogió las caderas y me atrajo hacia él con cada embestida, aplastándome contra la encimera y penetrándome más fuerte cada vez. Mi clítoris rozaba la superficie lisa, y yo temblaba a su alrededor mientras mi orgasmo se acercaba. Lo perseguía, desesperada por encontrarlo, pero Jamie se retiró y me dejó jadeando con los ojos abiertos como platos.

—Todavía no. —Me giró, se inclinó para cogerme en brazos y me llevó por el pasillo hacia el interior de la casa. Me besó durante todo el camino y yo le rodeé el cuello con los brazos, tirando de él para acercarlo más, jadeando contra su boca mientras entrábamos por la última puerta y me dejaba caer sobre el edredón mullido.

Aterricé suavemente, lo miré y me recosté contra el cabecero mientras él se situaba entre mis piernas para seguir. Mis hombros chocaron con la madera, y él usó sus muslos para separar los míos antes de entrar en mí de nuevo. Sus labios encontraron los míos justo cuando llegó hasta el fondo. Temblé por la intensidad, clavándole las uñas en la espalda mientras se movía dentro de mí otra vez.

—Joder, B —gruñó, con los brazos temblando para mantenerse firme sobre mí. Mis piernas ya casi no me sostenían desde la cocina, pero se las enrosqué a la cintura y le clavé los tacones en las caderas. Él siseó, mientras me mordía el cuello en respuesta, y eso, junto con su pelvis rozándome el clítoris, fue suficiente para hacerme perder el control. La oscuridad me invadió la visión y aguanté la respiración, llegando al clímax con su nombre en los labios.

Le solté los hombros y agarré el edredón con fuerza, retorciéndolo y tirando de las esquinas mientras me aferraba a la tela, cabalgando mi orgasmo. Él mantuvo el mismo ritmo, la misma presión, hasta que mis piernas se relajaron. Entonces me besó, larga y lentamente, mientras frenaba el ritmo y me dejaba caer en picado.

Seguía trabajando entre mis piernas y apoyó el antebrazo bajo mi rodilla izquierda antes de guiarme el tobillo para que descansara sobre su hombro. Me besó ese tobillo, succionando la piel con suavidad, y luego aceleró, alcanzando nuevas profundidades en esa posición. Solo fueron necesarias cuatro embestidas más para que él encontrara su propio clímax, una mano se apretó alrededor de mi tobillo mientras la otra le sujetaba firme sobre mí. Gruñó mientras entraba más profundo una última vez antes de dejar caer mi pierna y desplomarse sobre mí.

Me dolían las piernas, pero le rodeé el cuello con los brazos, mientras le rozaba suavemente con los dedos el relieve de los hombros. Tembló bajo mi caricia y me besó el cuello. Jamie jadeaba, su aliento ardía contra mi piel y yo luchaba por recuperar el ritmo de mi propia respiración. Se incorporó sobre los codos y me besó los labios, negando con la cabeza.

—Joder...

Solté una risita, y él me besó la nariz.

—Justo lo que estaba pensando.

—Tienes que estar conmigo después de esto —susurró, todavía dentro de mí, y la intensidad era tanta que apenas podía pensar, pero me obligué a salir de la niebla.

—No puedo.

—A la mierda con eso —replicó—. Sí puedes. Ya lo estás.

—Me voy el domingo por la noche, Jamie —dije con seriedad, deteniendo el beso para que me mirara.

Exhaló con el ceño fruncido.

—Entonces pasa conmigo este fin de semana.

Odiaba su forma de mirarme y más aún sabiendo que ni siquiera podía darle eso.

—No puedo. Tengo planes con mi familia. Esto es todo... esto es lo único que tengo.

—¿Por qué no podemos tener una relación a distancia?

Reí, entrelazando las manos tras su cuello.

—Porque es la mejor manera de rompernos el corazón. —Vi la decepción en sus ojos y me apresuré a añadir—: Pero ya no huyo de ti, Jamie.

—¿Eso significa que me cogerás el teléfono?

Sonreí suavemente y asentí.

—Pero... no intentemos ponerle un nombre a esto. A lo nuestro.

Eso pareció aliviarle un poco, y soltó el aire lentamente por la nariz mientras me miraba fijamente.

—De acuerdo, entonces. Necesito que me des dos cosas. —Esperé. Se pasó la lengua por los labios antes de volver a hablar—. Esta noche... y algún otro día.

—Esta noche —repetí, en un susurro—. Y algún otro día.

Asintió.

—Necesito los dos.

Lo observé, pensé de más en lo que me estaba pidiendo antes de decidir que no hacía falta analizarlo ahora. Le respondí con un solo gesto de cabeza, antes de tirar de él hacia mí hasta que su boca volvió a encontrarse con la mía. Me besó con intención, y sentí cómo se endurecía otra vez dentro de mí. Mi cuerpo, dolorido, volvió a la vida y supe que me esperaba un fin de semana de agujetas.

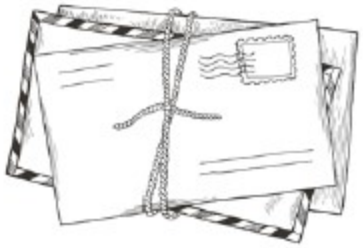
Así que me permití eso: una noche con el escocés. Y él la aprovechó al máximo, sin dejarme dormir hasta que el sol se colaba ya por las cortinas oscuras de su habitación. Intenté no aferrarme demasiado a sus palabras, porque la realidad era que yo me iba a Pittsburgh y él se quedaba aquí. Era como aquella noche en la playa, cinco años atrás, solo que esta vez los papeles estaban invertidos y yo sabía que él no me seguiría a Pensilvania como yo lo seguí a Alder.

Lo tuve presente mientras hacíamos el amor esa noche, una y otra vez, aunque aun así fue imposible no aferrarme a él con demasiada fuerza. Ya lo había dejado ir tres años antes y me aterraba hacerlo otra vez, aunque sabía que debía. Viéndolo en retrospectiva, esa fue la noche en la que mi odio por «el momento adecuado» se materializó de verdad. Esa fue la noche en la que entendí que, por mucho que pareciera fácil tener una relación duradera con Whiskey, la verdad era que no resultaba fácil en absoluto, ni siquiera un poco.

Él me pidió dos cosas: esta noche y algún otro día.
Pero ese «algún otro día» nunca llegó.

13

La «e» de Whiskey



—Bienvenida a Rye Publishing —dijo Mona con rapidez mientras me guiaba fuera del ascensor y se ajustaba un apretado moño oscuro—. Esto va a ser rápido porque tengo cosas que hacer, ¿de acuerdo? Así que presta atención.

Asentí con entusiasmo, haciendo sonar la punta de mi bolígrafo sobre la libreta que llevaba encajada en el brazo por si necesitaba escribir algo. Era mi primera vez en la oficina, mi primer día de prácticas y, a pesar de la expresión aburrida de Mona y el chicle que mascaba, yo estaba emocionada de estar allí. Es más, me sentía honrada.

Rye Publishing era muy conocida y solicitada. Conseguir una plaza de prácticas era difícil y aún más conseguir un puesto a tiempo completo. Aunque estaban saturados de clientes, la lista de trabajadores en nómina era pequeña, exclusiva, y de primer nivel. Tenía tantas ganas de conseguir un puesto allí que podía saborearlo

como el hierro de la sangre en la lengua. Me haría un nombre en Rye Publishing aunque fuera lo último que hiciera.

—Esta es mi mesa, recepción. Manejo a todos los clientes y visitantes que entran, así como las tareas administrativas. Claramente, me encanta mi trabajo —dijo poniendo los ojos en blanco—. Nuestra oficina es un gran cuadrado, con cubículos en el centro y oficinas en los laterales, salvo por dos salas de reuniones. Esta es una de ellas. —Señaló una sala de conferencias con una mesa larga y rectangular y docenas de sillas de cuero a cada lado. Una pantalla gigante destacaba en la pared del fondo y una pared de pizarra blanca, con anotaciones garabateadas por todas partes, ocupaba el espacio trasero que no se hallaba cubierto por una ventana—. Casi siempre está ocupada, así que no hagas planes para usarla a menos que estés invitada a una reunión. Pero la que está al otro extremo de este pasillo es más relajada, con hamacas y demás; casi siempre puedes entrar allí.

Mona caminaba rápidamente por el pasillo delante de mí, y sus años de perfeccionar el andar con tacones me hacían parecer aún menos coordinada de lo habitual. Me apresuré a seguirla mientras mi vista recorría las oficinas por las que pasábamos. Había libros por todas partes: estanterías llenas, marcos con manuscritos, portadas clásicas ampliadas a tamaño póster. Cada ventana ofrecía una vista diferente y hermosa del centro de Pittsburgh, y toda la oficina tenía un aire moderno y elegante. Había pizarras y paredes de pizarra blanca aquí y allá, y Mona me mostró la «sala de descanso», que parecía más un bar rústico que otra cosa.

Me enseñó dónde se encontraba cada departamento dentro de la oficina, desde los agentes hasta el equipo de medios, y luego señaló una pequeña mesa tipo consola en la esquina del área central de

cubículos. Tenía un ordenador, un bote de lápices vacío y un archivador negro que combinaba con la silla de cuero negra.

—Este es tu sitio —dijo, mirándose las uñas de una mano mientras con la otra señalaba hacia la mesa—. No te pongas demasiado cómoda. Seguro que no necesito decirte que las probabilidades de que te contraten son de escasas a nulas.

Tragué saliva, pero sentí que mi determinación se asentaba más aún. Ella me dijo que yo no podía hacer algo y mi mente inmediatamente pensó en todas las formas de demostrarle que estaba equivocada.

—Si te soy honesta, no tengo idea de quién se supone que va a decirte qué hacer, pero supongo que acabará viniendo alguien. Los baños están por allí —añadió señalando hacia el ascensor—. Si me necesitas, estaré en la recepción. Pero haz todo lo posible por no necesitarme. ¿Vale?

Contuve una sonrisa, y asentí una vez.

—Gracias por el *tour*, Mona.

Ella me hizo un gesto de despedida, y se alejó con un ligero vaivén de su falda lápiz. Era hermosa, exótica y de repente me sentí un poco demasiado informal con mis pantalones de vestir y mi blusa holgada.

Dejé el bolso sobre la mesa y miré alrededor. Era temprano, había poca gente en la oficina y quienes estaban aún no me prestaban atención. Me prometí que, para cuando terminara las prácticas en agosto, todos se sabrían mi nombre. Sabrían exactamente quién era.

Me sonó el móvil y el nombre de Jamie apareció en la pantalla, haciéndome sonreír. Deslicé la barra y apareció su mensaje.

> ¿Ya has firmado algún *bestseller* del *New York Times*?

No importaba si la frecuencia de sus mensajes desde nuestra noche juntos el pasado fin de semana era mucha o poca, ver sus palabras siempre me alegraba. Y era mejor todavía cuando me llamaba, algo que había sucedido casi todas las noches desde que me vine a Pittsburgh.

Estoy en ello. Tratando de decidir si aspirar a ser agente top o CEO. Hay que afinar la estrategia, ¿sabes?

A por ellos. Llámame esta noche.

Me dio un vuelco el corazón ante su petición y me mordí el labio, mirando el mensaje. Me encantaban nuestras llamadas nocturnas. Cada vez conocía más cosas de él, justo cuando pensaba que ya sabía todo lo necesario. No era que hubiera cambiado de opinión sobre lo de la relación a distancia, pero ¿qué daño había en hablar y enviarse mensajes? ¿En verse cuando tenía sentido? No esperaba nada más de Jamie y él no esperaba nada más de mí, que era exactamente lo que necesitaba en ese momento de mi vida.

—Veo que acabas de quedar deslumbrada por el comité de bienvenida —dijo alguien detrás de mí. Me sobresalté, y guardé el móvil en el bolso mientras me volvía rápidamente. Era un chico, o quizá debería decir un hombre, aunque tendría dos o tres años más que yo. Llevaba el pelo rubio oscuro hacia un lado con una ligera onda, como si hubiera estado peinándoselo durante toda la mañana. Tenía los ojos azules, brillantes, amables y acogedores, y una sonrisa amplia que me recordaba un poco a la de Ethan—. Hola.

—Hola —dije mientras extendía la mano y le devolvía la sonrisa.

La cogió y me dio un apretón ligero pero firme antes de mirar a las pocas personas que estaban en sus cubículos.

—Tienes que disculparlos. Últimamente estamos bastante ocupados y supongo que eso les da una excusa para olvidar sus modales —dijo—. Estoy seguro de que, después de un *tour* tan emocionante con Mona, están todos como niños con zapatos nuevos.

Me reí, aunque estaba nerviosa.

—Ah, no, estuvo genial. Me encanta la sala de hamacas —dije, y por dentro me di un poco de grima: «¿Me encanta la sala de hamacas?». Uy, genial, B.

Él arqueó una ceja.

—¿Estuvo genial? —Negó con la cabeza—. ¿Nadie te ha dicho que es fatal mentirle a tu jefe el primer día?

El estómago me dio un vuelco y palidecí, tartamudeando.

—Oh, quiero decir, realmente no estuvo tan mal. Creo que solo está ocupada. De hecho...

—Tranquila —dijo con una risa, mientras abandonaba su postura casual apoyado en la pared de mi cubículo—. ¿Un café?

—Por favor —musité.

Fue caminando delante de mí, mientras me presentaba a algunos de los asociados a los que había estado refiriéndose cuando pasábamos junto a ellos. Al llegar de nuevo a la elegante sala de descanso, puso una taza en la cafetera y se apoyó en la encimera para mirarme, mientras se cruzaba de brazos.

—Entonces, Brecks Kennedy, ¿preparada para tu primer día?

Mi nombre ya no me molestaba tanto como cuando era más joven, pero todavía me ponía nerviosa y me aparté un mechón largo del hombro antes de corregirlo.

—En realidad es solo B. No suelo usar mi nombre completo. Pero sí, muy honrada de estar aquí... —Mi voz se apagó al darme cuenta de que no sabía su nombre. Había sido Mona la que había

gestionado el papeleo de la contratación por correo electrónico, y no tenía ni idea de quién era mi encargado.

—River —dijo mientras sacaba la taza de café recién hecha de la máquina y me la daba, antes de preparar otra para él—. River Godsby.

—¿Godsby? —El presidente y CEO de Rye Publishing era Randall Godsby, y mi mente comenzó a darle vueltas a ese dato antes de que River pudiera responder. No solo por el hecho de que seguramente estarían relacionados, sino porque sus padres lo habían llamado «River». Su nombre sonaba tan caro como el traje de Zegna que llevaba puesto.

Asintió con una sonrisa mientras volvía a mirarme.

—Exacto. Randy es mi padre.

—Ah —contesté, sin saber muy bien cómo reaccionar.

River se rio.

—Sí, supongo que es algo así como un negocio familiar. Llevo en el mundo literario prácticamente desde que estaba en el útero. —Sonrió de nuevo con esa sonrisa amplia y genuina y yo me relajé un poco.

—Eso es genial, la verdad. ¿Y tú... cuál es tu puesto aquí, si no te importa que te lo pregunte?

—Para nada. Ahora mismo soy agente, pero rumbo a vicepresidente, si de mí depende.

—Impresionante —dije, y le di el primer sorbo al café. Estaba hirviendo, y no tenía ni idea de dónde estaban ni la leche ni el azúcar, así que hice una mueca e intenté disimular.

River se rio, cogió su propio café y me guio hasta el armario donde estaba lo que buscaba.

—Aquí —señaló mientras me entregaba algunas cápsulas de leche y sobres de azúcar—. Prepárate el café y tómate unos minutos para

acomodarte en tu mesa. Tu información de acceso debería estar en una nota adhesiva sobre el teclado y puedes cambiar la contraseña después. Configura tu correo electrónico y pasaré a ver cómo vas en unos quince minutos, ¿vale?

—Perfecto.

Se giró, pero se detuvo.

—Y B...

—¿Sí? —pregunté mientras abría el primer sobre de azúcar.

River me miró curioso, de una manera que me recordó demasiado a la primera vez en la que Jamie me miró.

—Bienvenida a Rye Publishing.

Gemí en voz alta al quitarme el primer tacón y dejarlo caer al suelo en cuanto entré en casa. Mientras estiraba los dedos de los pies, me quité los pasadores que me sujetaban el pelo antes de quitarme el otro tacón y suspirar completamente aliviada.

Había sido un primer día largo y duro, pero también increíble. Sonreí mientras recogía los zapatos y me dirigía al dormitorio, donde los tiré al fondo del armario antes de volver por el pasillo e ir directamente al frigorífico recién abastecido. Allí había una porción de *pizza* y una cerveza bien fría que llevaban mi nombre.

La cabeza todavía me daba vueltas a causa de toda la información que había recibido ese día, mientras daba el primer mordisco y abría la cerveza. Miré por la gran ventana del lado opuesto de mi pequeño estudio, encantada con la vista de Market Square que iba de suelo a techo. Era la razón principal por la que había decidido vivir allí, aunque fuera más caro que cualquier otro lugar que había visto. Valía la pena gastar un poco más por una vista así. Además, tenía bañera y eso era imprescindible.

Creo que hay momentos en la vida, aparentemente insignificantes, donde ocurre un cambio significativo. Estar descalza en mi cocina con vistas al centro de Pittsburgh mientras comía *pizza* fría acompañada de cerveza barata fue uno de esos momentos para mí. Esto era todo: estaba sola, por primera vez en mi vida, y lo estaba haciendo bien. Sin madre, sin compañera de piso, sin novio, solo yo, e iba a mostrarle al mundo editorial quién era, en ese verano que tenía su atención, aunque fuera lo último que hiciera.

Cuando me terminé la *pizza*, envié un mensaje rápido a mi madre antes de llamar a Jamie. Los dedos aún me temblaban ligeramente cuando lo llamaba, o durante los segundos que tardaba en contestarle. Tras tres años ignorándolo, finalmente sentía que podríamos ser buenos el uno para el otro, aunque solo fuera de manera amistosa. Lo había echado de menos, nuestras conversaciones, y si además podía tener sus manos en mi cuerpo de vez en cuando, mejor. Era un triunfo total.

—Acabo de surfear la mejor ola del mundo —contestó él, con la respiración agitada—. Deberías haber estado aquí. Para ser el sur de Florida, era como surfear oro.

—Ale, restregándomelo —bromeé.

—Vale. ¿Te he dicho que no llevo camiseta?

Me reí, y pulsé el altavoz antes de dejar el teléfono sobre la cama para poder desnudarme.

—Nunca has jugado limpio, Jamie Shaw.

—Eso ya me lo has dicho. —Juro que podía sentir su sonrisa a través del móvil—. ¿Qué tal tu primer día?

—Largo, pero increíble. Mi jefe es joven y muy guay. Parece deseoso de que empiece con proyectos, lo que me quita la preocupación inicial de ser solo una mera administrativa durante todo el verano.

—Sí, claro. Como si te fueran a poner detrás de una mesa. Probablemente abras otra oficina en Nueva York la semana que viene.

Sonreí, tanto por la imagen que había pintado como por la fe que siempre tenía en mí.

—¿Y tu día qué tal?

—Ni fu ni fa —respondió mientras sonaba un suave pitido detrás de él. Oí la puerta del Jeep cerrarse y el sonido cesó mientras arrancaba el motor—. El trabajo, sin más, pero salí lo suficientemente temprano como para hacer algo de surf. Así que la vida me trata bien.

—Ya echo de menos la playa —dije suspirando, mientras me quitaba la holgada blusa de seda por la cabeza.

—La playa te echa de menos a ti —dijo él—. No tanto como yo, eso sí.

Me sonrojé y me desabroché los pantalones, retorciéndolos para bajarlos por las caderas antes de dejarlos caer y mandarlos de una patada cerca del cesto de la ropa sucia.

—¿Te estás quitando la ropa? —susurró Jamie.

—Quizá.

Él gimió.

—Eso es cruel.

—Tranquilo. Solo me voy a dar un baño.

—Claro, has encontrado un piso con bañera.

—Sabes que no volvería a vivir sin una. Los siete meses en Alder fueron suficiente tortura para toda la vida.

Jamie guardó silencio un momento, y me pregunté si escucharme hablar tan casualmente sobre aquel tiempo en nuestras vidas le dolía. Yo lo sentí un poco, como una pequeña descarga eléctrica al tocar unos vaqueros recién lavados.

—Quiero ver tu nueva casa —dijo finalmente.

—Pues mueve el culo y vente.

Jamie se rio.

—Pues claro, me subo al siguiente vuelo. Quién necesita trabajar, ¿verdad?

—Exactamente.

Me quité las bragas y me desabroché el sujetador, y entonces se me ocurrió una idea. Me mordí el labio, preguntándome si sería estúpida, pero cogí el móvil y activé la opción de videollamada antes de poder arrepentirme.

—Enciende la cámara y te haré un *tour* virtual.

—Espera, acabo de llegar a casa. Dame un par de minutos.

Puse la cámara en modo selfi, y luego giré el móvil para que no me enfocara mientras caminaba desnuda de regreso a la cocina para abrir otra cerveza. Cuando la videollamada de Jamie se activó, vi su rostro y él vio mi vista de Market Square.

—Joder —dijo, alargando la palabra mientras dejaba las llaves sobre la misma mesa de la que se habían caído la noche que me llevó a su casa—. Mírate, chica de la gran ciudad.

—Bonito, ¿eh? —El sol estaba bajo sobre los altos edificios y proyectaba sombras entre los rayos dorados. Toda la ciudad parecía sangrar siempre negro y oro.

Le mostré mi pequeño estudio mientras él se recostaba en su cama, encantada de que le gustara mi primer piso tanto como a mí. Aunque era apenas del tamaño de mi dormitorio en Alder, tenía suelos de madera y electrodomésticos modernos. En la semana que llevaba allí, lo había decorado de manera simple, pero para mí era suficiente. Mi cama tenía la misma vista a través del gran ventanal y, cuanto más se ponía el sol, más rústico parecía mi pisito.

—Vale, sé que estás deseando enseñarme la bañera.

—Por supuesto. Tenía que dejar lo mejor para el final.

Todavía tenía el móvil orientado hacia otro lado y lo llevé directamente al cuarto de baño, mostrándole primero solo el inodoro y luego girando a la izquierda para revelar mi hermosa bañera.

—¡Tachán!

Jamie exageró un largo suspiro seguido de un «oh» y «ah».

—¿No es preciosa? —Recorrí la bañera desde el grifo hasta el respaldo como si fuera un paisaje tropical. Me incliné un poco, abrí el agua y puse la caliente al máximo antes de volver a incorporarme —. Vale totalmente los quinientos dólares extra al mes.

Se rio.

—Tienes razón. Yo pagaría hasta mil más.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

Me mordí el labio un momento, dudando sobre mi próximo movimiento. Dubitativa, me puse la melena sobre el pecho y giré lentamente el teléfono para que ambos viéramos el espejo. Los ojos de Jamie se abrieron asombrados al mirarme: el maquillaje de trabajo todavía impoluto, el cabello ondulado por el moño que había llevado durante todo el día, el espejo cortando justo debajo del ombligo y el pelo cubriéndome el modesto escote.

—Madre mía —exhaló—. Sí que has dejado lo mejor para el final, sí.

Lo observé tragar saliva, mientras las sombras de su habitación le enmarcaban la mandíbula y el cuello resaltando el movimiento. Los dedos de mi mano libre jugueteaban con las puntas del pelo mientras mantenía los ojos fijos en la pantalla. Yo había hecho el primer movimiento, y ahora esperaba el siguiente. Necesitaba que él tomara el control, y él debió de darse cuenta.

—Recógete el pelo.

El espejo empezaba a empañarse ligeramente y dejé que el calor me penetrara en la piel mientras me recogía el cabello con una mano y lo echaba hacia atrás, dejándolo caer sobre los hombros. Las puntas me llegaban hasta la mitad de la espalda y un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras Jamie gemía.

—Ahora sí que desearía estar ahí.

Por un momento se dedicó a mirarme lentamente, como si no hubiera tenido suficiente el fin de semana anterior. Luego se pasó una mano con fuerza por la cara antes de desaparecer de la vista de la cámara y moverse un poco. Solo me llevó un segundo darme cuenta de que se estaba quitando el bañador.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, en voz baja.

—Voy a darte placer —respondió con seguridad—. Métete en la bañera.

No podía apartar los ojos de él, pero hice lo que dijo, cambiando la vista de la cámara hacia mi rostro mientras me sumergía lentamente en la bañera medio llena. El agua me rodeaba el cuerpo hasta el pecho y usé los pies para cerrar el agua mientras escuchaba a Jamie lanzar el bañador a un lado.

—¿Quieres ver cómo me tienes?

Me puse supercachonda respondiendo a su pregunta con la vista fija en la pantalla. Asentí, y Jamie se mordió el labio con fuerza antes de girar su cámara. La pantalla se llenó con un primer plano de sus abdominales, que descendía hasta su erección. La cicatriz en su cadera, esa que tanto me gustaba, parecía una flecha dirigiendo mi atención justo donde Jamie quería. Se pasó la mano por los surcos del abdomen, bajando por esa uve profunda de músculos hasta las caderas, antes de envolverla alrededor de esa erección. Solo con verlo así —duro, preparado, con su mano grande

sosteniendo la erección y palpitando, deseando correrse— me bastó para gemir.

—Joder, Jamie —susurré, hundiéndome un poco más en el agua.

Acomodé el teléfono para tener un mejor ángulo mientras mi mano libre encontraba mi pecho. Lo masajeé, frotando el pulgar sobre el pezón y arqueando la espalda hacia mi propia caricia como si fuera la suya. Él se acariciaba y jadeé al ver lo grande que la tenía, cuánto me deseaba.

—Imagina que esa mano es mía —dijo, con voz baja y suave—. Tócate como lo haría yo si estuviera ahí.

Mi mano se deslizó al instante bajo el agua y me rendí al tacto, con la mente desbordada por los recuerdos de cómo eran las manos de Jamie. Recordaba la aspereza de sus palmas, la seguridad de su agarre, su certeza absoluta de lo que yo quería. Dejé que la cámara siguiera el movimiento hacia el espacio entre mis piernas, sin saber siquiera si él podría verlo con claridad a través del agua, mientras mis dedos encontraban el clítoris y dibujaban círculos suaves. Ambos gemimos juntos y supe que fuera lo que fuera lo que él estaba viendo era suficiente.

Fue uno de los momentos más íntimos de mi vida.

Sudaba, tocándome bajo el agua mientras Jamie se acariciaba, cada vez más cerca del final. Decía exactamente lo que necesitaba oír para excitarme, para llevarme al límite y, cuando el momento fue el adecuado, pronunció las palabras que me dieron permiso para deshacerme bajo el agua. Al final, ambos estábamos jadeando, atrapados el uno en el otro, en nuestra independencia y en la lujuria que siempre se despertaba entre nosotros.

Los «qué habría pasado si...» son unos cabrones.

Esa noche siempre vuelve a mí, preguntándome si, de haber hecho las cosas de otro modo en los momentos siguientes, todo

habría salido bien. Supongo que todos somos culpables de eso, de encadenar una lista interminable de «qué habría pasado si...» con la esperanza de encontrar la combinación mágica que nos devuelva al momento justo. Pero la realidad es que no puedo volver a esa noche para decirme que no sea idiota, para recordarme lo perfecto que fue, para darme un golpe y hacerme entrar en razón.

—Quédate conmigo —dijo Jamie con dulzura, ya metidos en nuestras respectivas camas, a kilómetros de distancia.

Mi pelo seguía húmedo del baño y habría apostado a que su piel aún sabía a la sal del océano.

—Estoy contigo.

—No, quiero decir de verdad. Sé mi novia.

Sentí un vuelco en el estómago, pero intenté disimularlo y me tomé mi tiempo para acomodarme bajo las sábanas antes de contestar.

—¿Por qué tenemos que ponerle una etiqueta? ¿No podemos simplemente...? No sé. Somos amigos, Jamie. Mejores amigos. Me encanta hablar contigo, te echo de menos, me gusta darte placer. —Me sonrojé un poco al decir lo último.

—Exacto, entonces ¿por qué te asusta tanto oficializarlo?

—No es que me asuste —repliqué—. Es solo que esta es la primera vez en mi vida que estoy completamente sola, Jamie. Necesito estar conmigo misma un tiempo. Sabes cómo han sido estos últimos años. —Él apretó los labios en una línea tensa, probablemente porque en realidad no lo sabía... y eso era porque yo no le había dejado acercarse—. Simplemente fluyamos y que esto vaya donde tenga que ir. No tiene sentido presionarnos ahora.

—¿Te estás liando con otros tíos?

—¿Qué? —negué con la cabeza—. No, claro que no. Ni siquiera conozco a otros chicos aquí.

—Ese no es el tema.

—Ya bueno, solo lo digo.

Resopló.

—¿Y si yo me liara con otras chicas? ¿Te parecería bien?

El estómago me dio otro vuelco, esta vez tan fuerte que me incorporé. Solté el aire y sentí una náusea solo de imaginarlo con otra, aunque sabía que, si no podía ser exclusivamente suya, no podía pedirle que él lo fuera mío.

—Sí. O sea, supongo. Lo entiendo, tienes tus necesidades.

—Otra vez, ese no es el tema. —Se pasó una mano por el pelo corto y perfectamente peinado, con un gesto brusco. Lo echaba de menos largo—. Sé que suena estúpido, pero cuando te perdí hace tres años, me prometí que no dejaría que pasara otra vez. Para mí es importante estar contigo, B. Pero no puedo si no me dejas.

Exhalé lenta y suavemente, pensando en la primera vez que me había dicho lo que quería en la vida. Yo siempre había dudado, hasta ese momento de mi vida, pero él lo había tenido claro desde el principio. Quería trabajar en la firma de su padre, hacerse socio, heredar la asesoría y tener la misma vida familiar que su padre. Pensaba que se casaría con su novia del instituto y ahí estaba: licenciado y solo. Sabía lo que quería, lo que necesitaba... pero también sabía que yo no podía dárselo. Todavía no.

—No me voy a ir a ninguna parte —le aseguré, y sellé esa promesa con una sonrisa sincera—. Pero ahora mismo no puedo darte todo. He venido aquí a trabajar, a sacarme el máster y a encontrar las partes de mí que aún están a la deriva, fuera de mi alcance. Te quiero, de verdad —repetí—. Solo necesito algo de tiempo para ubicarme.

Jamie seguía teniendo cara de decepción, pero asintió.

—Lo que necesites, te lo daré.

Le creí cuando lo dijo. Pero a veces decimos cosas que no sentimos de verdad. Quizá las sentimos en el momento justo en que salen de nuestra boca, pero a medida que pasa el tiempo, las buenas intenciones se desgastan por las expectativas no cumplidas. Quienes prometen acaban olvidando por qué lo hicieron. Los corazones se vuelven escépticos... y no sin motivo.

Los escoceses son los únicos que pueden escribir «*whiskey*» sin la «e»: «*whisky*». Dicen que usar más vocales es perder tiempo de beber y ojalá lo hubiera entendido entonces, porque eso era justo lo que yo estaba haciendo: perder el tiempo. Dejando que días, semanas y meses de un amor increíble, demoledor, pasaran de largo porque pensaba que sabía deletrear el camino correcto de mi vida.

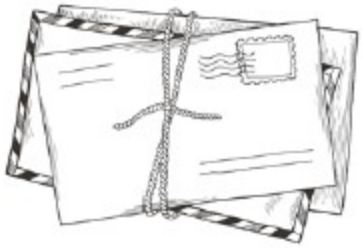
Resultó que no.

Resultó que tenía entre las manos una botella rara, deliciosa y añejada de *whiskey*... y la dejé resbalar entre los dedos mojados hasta que se estrelló contra el suelo.

Y no fui yo quien pudo recoger los pedazos.

14

Con hielo



Después de eso, Jamie se alejó.

No de golpe, sino poco a poco, pero de forma constante.

A veces parecía normal, a veces hablábamos durante horas y volvíamos a esa amistad fácil que siempre había existido entre nosotros. Nunca llegó a venir a verme a Pittsburgh, pero yo volé a casa un fin de semana y pasamos todo el tiempo enredados en sus sábanas, salvo por un almuerzo con mi madre y Wayne y una cena con Jenna. Y al regresar a casa, hicimos planes tentativos para que él viniera a verme después, cuando el trabajo se calmara un poco. Una noche, cada uno puso una película en su pantalla y le dimos a reproducir al mismo tiempo, intentando estar lo más juntos posible a través del videochat mientras la veíamos.

Y esos fueron los buenos momentos.

Pero la mayor parte del tiempo Jamie estaba ausente, pensando en sus cosas incluso cuando hablaba conmigo por teléfono. Sabía

que le estaba matando no tenerme como él quería. Para él era como un rechazo, ahora lo veo claro, pero yo era egoísta entonces y no veía nada... Quizá no quería verlo.

Al final, las llamadas y los mensajes fueron disminuyendo y supongo que de alguna manera lo esperaba. La culpa era mía, en realidad: fui yo quien pidió distancia, quien la mantuvo y, aunque le extrañaba cada vez más mientras él se alejaba, llenaba el vacío que dejaba con más trabajo en vez de trabajar en mantenerlo cerca.

El verano pasó volando en una racha frenética, cegándome como los destellos de un *flash*. Entre las prácticas y los cursos en línea para el máster, apenas tenía tiempo libre. Antes de darme cuenta, era agosto y estaba en las últimas dos semanas de mis prácticas, con un gran evento para agentes que organizar antes de terminar mi estancia en Rye Publishing.

Estaba en medio de una tarde de jueves particularmente estresante cuando Jamie me mandó un mensaje diciendo que necesitaba hablar. Ya estaba ocupada, al límite y a punto de demostrar que podía ser una empleada fija en Rye, y lo último que necesitaba era ese vuelco en el estómago que me provocó su mensaje. La atención que había conseguido como becaria no tenía precedentes y podía sentir el éxito rozándome la punta de los dedos, esperando que lo agarrara. Pero todo eso podía desaparecer si dejaba que las emociones me dominaran.

Estuve tentada de gritarle a Jamie por mensaje, de comentarle que no tenía tiempo para sus dramas, pero la verdad es que tenía miedo de lo que tuviera que decirme. En cierto modo, sabía lo que venía, al menos podía imaginarlo... Y supongo que por eso quería estar cabreada. Estar enfadada sería más fácil que estar vulnerable.

Al final solo respondí con un «vale» y la promesa de llamarle en cuanto llegara a casa esa noche. Acababa de dejar el teléfono boca

abajo sobre la mesa con un largo suspiro, cuando River apoyó el antebrazo en mi cubículo.

—Necesitas un descanso.

—No —le corregí mientras volvía a iniciar sesión en el ordenador —. Lo que necesito es que el día tenga más horas.

Se rio.

—Vamos. Comida. Ahora.

—Estoy bien.

—¿Has olvidado quién es tu jefe? —Lo miré al fin y levantó una preciosa ceja rubia con una sonrisa tonta.

—Vaya, así que jugando la carta de «yo te pago»...

—Bueno, yo te pago tu comida. ¿Cómo lo ves? —Cogió el paraguas que yo había dejado en la esquina de mi mesa y me lo pasó—. Llevas más de dos meses aquí y todavía no has probado un sándwich de Primanti Brothers. Hoy arreglaremos eso.

Sonreí al pensar en la comida y darme cuenta de lo hambrienta que estaba realmente. Quizá sí necesitaba un descanso, aunque solo fuera por una hora. Cogí el paraguas de su mano y mi bolso del colgador del cubículo.

—¿Cómo voy a decir que no a un sándwich lleno de patatas fritas y ensalada de col?

—No puedes. Otra carta ganadora.

Sonrió, y me hizo un gesto para que fuera delante. Miré el móvil, posado sobre la mesa, pero decidí dejarlo atrás. Si iba a descansar, sería de todo... y de todos.

El paseo hasta Primanti Brothers atravesando Market Square fue húmedo y sorprendentemente frío para la época del año. Estaba acostumbrada a agostos agobiantes, pero había estado lloviznando durante todo el día y con temperaturas alrededor de los quince grados. River y yo caminamos lado a lado con los paraguas abiertos,

hablando del evento que preparábamos y de cosas sin importancia. Me encantaba pasear por el centro. De hecho, me encantaba todo de Pittsburgh. Me sorprendía cómo había ido evolucionando hasta acabar considerándolo como mi hogar.

—Bien, en cuanto cruces esa puerta estás de descanso. Va en serio. Nada de trabajo —avisó River cuando llegamos a la entrada. Puso la mano en la puerta hasta que asentí, luego la abrió y el olor a gloria nos invadió.

Era un lugar pequeño, con pocas mesas, principalmente asientos en la barra que rodeaba al lugar donde se cocinaba todo. River y yo nos sentamos en dos taburetes al fondo y un camarero sonriente nos dejó los menús antes de volver a la plancha para darle la vuelta a un huevo.

—¿Qué van a tomar? —gritó por encima del hombro. Tenía el pelo largo y oscuro recogido en un moño bajo y unos tatuajes que le cubrían los brazos. Todo el equipo detrás de la barra gritaba órdenes y se reía entre bromas. Ya me sentía a gusto.

Abrí la boca para pedir agua, pero River respondió por los dos, pidiendo dos cervezas locales.

—Sé que estoy al final de mis prácticas, pero no le digas a mi jefe que estoy bebiendo en el trabajo, ¿vale? —bromeé.

—Algo me dice que no le importará. ¿Qué vas a pedir?

Miré el menú, explorando las opciones.

—El Pitts-burger. El número dos en ventas. —Mis ojos buscaron otros platos con alguna indicación similar, y fruncí el ceño al no encontrar ninguno más—. ¿Cuál es el número uno?

River y el camarero intercambiaron sonrisas justo cuando nos ponía las cervezas, con un poco de espuma derramándose por el borde.

—Lo estás viendo, reina.

Me quedé confundida, pero cuando los ojos de River se arrugaron en una sonrisa y bajaron a la cerveza que tenía en la mano, lo entendí.

—Aaah... —dije, levantando la mía—. Cerveza. Número uno en ventas. Ya veo.

—Más rápido que la mayoría, en realidad —confirmó el camarero —. Entonces, ¿qué va a ser?

Pedí el Pitts-burger y River eligió el Cajún de pollo y queso, y luego nos relajamos mientras bebíamos nuestras cervezas y hablábamos de todo menos de trabajo. No había hecho muchos amigos en Pittsburgh, ya que había puesto toda mi energía en el trabajo, pero me había tomado ese tiempo para conocer bien la ciudad. Me encantaban las fiestas locales, la comida típica, los tesoros escondidos. Era una ciudad fascinante y tachar otro lugar de mi «LISTA DE COSAS QUE VER», con River, parecía la forma perfecta de hacer la pausa de la comida.

—No pude evitar darme cuenta de que te dejaste tu mano derecha —dijo River al terminar su primera cerveza. Hizo un gesto al camarero para pedir otra mientras esperaba mi respuesta.

—¿Mi mano derecha?

—Tu móvil.

—Oh.

Pasé el dedo por el vaso frío de la cerveza y me encogí de hombros.

—Sí, nada, solo necesitaba un descanso.

—¿Novio?

Me reí, arqueando una ceja hacia mi jefe.

—No, pero es una forma muy ingeniosa de preguntarme si tengo.

No era ciega ante la atracción que River sentía por mí. Nunca lo vi actuar en consecuencia, pero a veces coqueteaba un poco conmigo,

o se permitía mirarme un poco más de tiempo del que era normal. Sin embargo, me tomaba en serio como profesional y eso era lo que más me importaba.

—Guau, no pensé que pudieras impresionarme más.

—¿Te impresiona que esté soltera?

Se rio, agradeciendo al camarero por la nueva cerveza antes de volver a mirarme.

—No, me impresiona que estés aquí sola. Nunca he tenido una becaria con tanta tenacidad como tú y saber que no vives con compañeras de piso, ni sales cada noche, ni pasas los fines de semana con un novio para mantenerte cuerda me hace preguntarme cómo lo haces.

Sonreí ante su cumplido, pero me encogí de hombros.

—No sé, no estoy completamente sola. Hablo mucho con mi mejor amigui.

—Jamie, ¿no?

Me dio un vuelco el estómago.

—Sí...

River levantó las manos.

—Tranquila, solo es que veo muchas veces el nombre de ella en la pantalla de tu teléfono durante las reuniones.

—Oh, es que... quiero decir, Jamie no es una...

Aguardó mientras buscaba las palabras, pero entonces lo comprendió.

—Espera, ¿Jamie es un chico? —Resopló—. Oh no, por favor no me digas que tienes un mejor amigo hombre.

—¿Por qué?

River negó con la cabeza mientras se miraba la mano con la que sujetaba la cerveza.

—Mi madre siempre me ha dicho que nunca le entregue el corazón a una chica que tenga un mejor amigo hombre, porque su corazón no le pertenece realmente a ella para poder entregarlo de vuelta.

Él no podía saber cuánto me afectarían esas palabras. No podía saber que se me enredarían entre las costillas, apretándolas fuerte, cortándome la respiración con su verdad. Tragué saliva, y el familiar ardor de Whiskey me invadió las papilas gustativas. Lo acompañé con cerveza, preguntándome si River tenía razón, preguntándome aún más si estaba bien que la tuviera. Jamie quería mi corazón, ¿no? ¿Sería tan malo si ya fuera suyo? ¿Tenía siquiera la opción de decidirlo?

—Menos mal que no quieres darle el corazón a tu becaria, ¿eh? —Guiñé un ojo y River se recostó en su taburete, esbozando una pequeña sonrisa juguetona mientras me observaba.

—Sí. Menos mal.

Mi sándwich estaba increíble, justo como lo imaginaba. Lleno de patatas fritas y ensalada de col, apenas pude terminarme la mitad y lo mismo con la cerveza. De camino a la oficina, me frotaba el estómago, sorprendida de que siguiera plano después de esa comida.

—Hay otra razón por la que quería invitarte a comer —dijo River mientras subíamos en el ascensor.

—¿Además de arruinarme el resto de los sándwiches para siempre?

Sonrió.

—Sí, además de eso.

Cayó un silencio entre nosotros, y miré por encima del hombro como si fuera a encontrar el resto de su frase allí.

—Bueno... pues...

Llegamos a nuestro piso y las puertas se abrieron justo cuando estalló un aplauso. Di un salto hacia atrás, pero luego me llevé las manos a la boca al leer la pancarta colgada sobre la mesa de Mona.

«ESTÁS CONTRATADA».

—¿Qué es esto? —susurré, saliendo del ascensor mientras todos seguían aplaudiendo. El señor Randall Godsby se abrió paso entre la multitud, con una sonrisa tan amplia como la de River. Los agentes con quienes había trabajado todo el verano estaban ahí, junto con el equipo de medios y los vicepresidentes. No era una oficina enorme, pero en ese momento la sentí grande... como una familia.

—Felicidades, Brecks —dijo el señor Godsby mientras extendía la mano para estrechar la mía, y luché contra el impulso natural de encogerme al escuchar mi nombre completo. Acepté su mano y miré de reojo a River, pero él se limitaba a sonreír mientras su mirada iba de su padre a mí—. River me ha contado más de una vez lo crucial que has sido para el equipo este verano, pero, aunque no lo hubiera hecho, lo habría notado yo mismo... y eso dice mucho. Si quieres quedarte en Pittsburgh un tiempo más, nos gustaría ofrecerte un puesto a tiempo completo... como agente literaria asociada.

Chillé, sin poder contener la emoción mientras le estrechaba la mano con fuerza. Todo aquello por lo que había trabajado ese verano se materializó en una sala llena de gente que dudó de mí desde el momento en el que crucé la puerta. No podía creerlo, ni siquiera cuando Randall me soltó la mano y me dio una palmada firme en el hombro con una sonrisa orgullosa.

Mi mente buscaba razones para rechazarlo, pero no encontró ninguna. Seguía terminando mi máster en línea en Publicación: Medios Digitales e Impresos en la universidad, y me encantaba Pittsburgh. Rye Publishing era una de las editoriales más importantes y no tenía otras ofertas. Nada me impedía quedarme, salvo la

molesta idea de que significaba estar más tiempo lejos de alguien realmente importante para mí. Pero si de verdad sentía por mí lo que decía, lo entendería. Se alegraría por mí.

Así que sonreí y acepté mi primera oferta de trabajo, una que me había ganado por mí misma.

—Ni siquiera sé qué decir, señor Godsby. Gracias. Sería un honor unirme al equipo de Rye a tiempo completo.

—¡Toma ya! —celebró River, cogiendo una de las copas de champán que Mona ofrecía y entregándomela. Incluso ella sonreía, y eso ya era mucho decir—. Un brindis por la nueva novata de Rye.

—¡Salud! —se oyó la voz de todos al unísono y chocamos nuestras copas de plástico. Luego, todo volvió a la normalidad y la gente regresó lentamente a sus mesas o salas de reuniones.

—¿Siempre pasa esto cuando contratan a alguien?

River se encogió de hombros.

—Cada vez que ascienden a alguien, sí.

Una sonrisa lenta fue formándoseme en la cara mientras asimilaba eso. Un ascenso. Me habían ascendido tras solo dos meses como becaria. La mano de River se posó en mi hombro antes de pasar junto a mí y me quedé ahí con mi champán, sonriendo como una idiota.

—Ya puedes volver al trabajo, novata —dijo Mona, y se dejó caer en su silla para ponerse inmediatamente a teclear. Levantó una ceja y me dedicó una pequeña sonrisa—. Y felicidades.

—Gracias, Mona.

Casi bailé hasta mi mesa, llena del sándwich y el cariño de mi nuevo equipo. Tenía un trabajo, uno real, y me lo había ganado. Nada podría estropearme eso.

Pero cuando me senté y cogí el teléfono para enviarle un mensaje a mi madre, recordé la llamada que tendría en pocas horas. Con

Jamie.

Y tendría que decirle que me quedaba en la ciudad.

Decidí comprar una buena botella de *whiskey* de camino a casa.

Después de todo, estaba de celebración, aunque una parte de mí no lo sintiera así por culpa de la conversación telefónica que se avecinaba. Tras la recomendación del dueño de la licorería, terminé con una botella de Whipper Snapper Project Q. Era un *whiskey* australiano que nunca había probado y del que ni siquiera había oído hablar, y me gustó el nombre. Me recordó a lo que me llamaba el padre de mi padre cuando era pequeña, especialmente cuando le hacía alguna gracia. Pagué demasiado por ella y, actuando como la malota que me convencí de que era, me lo serví solo. Luego, me senté en mi pequeño sofá con la vista nocturna de Market Square y marqué el número de Jamie.

Di el primer sorbo mientras sonaba el teléfono y, aunque el *whiskey* quemaba, fue sorprendentemente suave. Exhalé un suspiro entre los dientes, pero sabía que después de ese primer vaso, sería tan fácil de beber como agua.

—¿B?

Había un tono de desesperación en su voz, y eso me conmovió.

—Sí, estoy aquí.

Exhaló un suspiro largo y tranquilo y entonces empezó a hablar.

—Mira, solo necesito que te sientes y me escuches un minuto, ¿vale? Sé que tienes miedo de que haya un «nosotros», de lo que fuimos en el pasado y de lo que quizá no lleguemos a ser en el futuro. Sé que estás sola por primera vez y te sientes orgullosa de ello y, joder, yo también, pero puedo estar a tu lado.

—Jamie...

—Y sé que lo de la distancia te agobia, pero hemos pasado el verano prácticamente como si fuéramos una pareja a distancia, aunque no le llamáramos así. —No podía discutirle eso, pero aun así... ¿era el hecho de que no hubiera una etiqueta lo que nos había permitido seguir?—. He estado pensando. Tus prácticas están a punto de terminar, y he estado buscando editoriales en Miami. Muchas están contratando y ahora ya tienes experiencia. Tus clases son en línea, B. Podrías volver a casa, podríamos estar juntos.

—Jamie, yo...

—No, déjame terminar. Sé que es mucho pedir. No me debes nada y sé que pedirte que lo dejes todo y te mudes por mí es egoísta de cojones. Pero me di cuenta de que, la última vez que te fuiste, no te pedí nada. Así que esta vez sí lo hago: te digo lo que quiero. Te quiero a ti. Quiero que vuelvas, joder, que vivamos juntos. —Se rio, y pude sentir su sonrisa cálida a través del teléfono. Solo que eso me rompió el corazón un poco más—. No tiene por qué ser complicado. Podemos hacerlo, B.

—Voy a quedarme.

—Jenna también está aquí. Y tu madre. Y...

—Jamie, voy a quedarme en Pittsburgh —dije más alto—. Me han ofrecido un trabajo fijo. Hoy.

El silencio se instaló entre nosotros y levanté el vaso despacio, dando otro trago más largo al *whiskey*.

—Vale. —Soltó el aire poco a poco—. Está bien. Podemos vernos una vez al mes, turnarnos para volar y, con el tiempo, lo resolveremos.

—No funciona así. —Se me quebró la voz—. Tú tienes el despacho de tu padre ahí. Y yo tengo mi vida aquí. —Bueno, decir «vida» era exagerar, porque mi vida en Pittsburgh era básicamente el trabajo, pero me había mudado a la ciudad con ilusión y ya estaba

haciéndome un nombre. Pensar en complicarlo todo con una relación a distancia me ponía los nervios de punta, y oírle decir «ya encontraremos la manera» no ayudaba. ¿Qué quería decir con eso? Los dos sabíamos que él nunca iba a dejar el despacho de su padre, lo que significaba que esperaba que fuera yo quien «ya encontraría la manera» y volviera.

—Eso no quiere decir que no podamos tener una vida juntos también.

Me quedé en silencio un segundo, con el corazón encogiéndoseme al ver lo equivocado que estaba.

—Pero, en realidad, sí que quiere decir eso, Jamie. Todo suena facilísimo cuando lo dices por teléfono, pero una relación a distancia es dura. Es complicada, es un lío y ninguno de los dos necesita eso ahora, justo cuando estamos empezando nuestras carreras. No es el momento adecuado... —Negué con la cabeza—. Nunca lo es.

Suspiró al otro lado, y noté cómo el tiempo se estiraba entre los dos antes de que volviera a hablar. Cuando lo hizo, su voz era más baja, derrotada, y ese tono casi me hizo soltar el vaso.

—No es justo. No lo entiendes, B... no estás entendiendo nada. Cuando te fuiste de Alder, lo dejaste todo atrás: los lugares a los que íbamos, los recuerdos que creamos. Pero yo me quedé. Sin ti. Durante tres años. —Hizo una pausa—. Y luego, cuando volví a encontrarte, todo parecía encajar. El momento, cómo nos sentíamos los dos. Por fin obtuve una respuesta tuya, supe por qué te habías alejado todos esos años y lo entendí, B, de verdad que sí. Estabas rota por la muerte de tu padre y necesitabas tiempo y espacio. Y te lo di. Encantado. No sabía si volvería a tenerte, pero no me importaba porque sabía lo que necesitabas de mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en esa época. Recordé lo dividida que me sentía, queriendo quedarme en Alder

pero sabiendo que no podía. Jamie me había querido tanto entonces que habría dejado que lo arrastrara conmigo y nunca entenderé cómo pudo seguir queriéndome después de todo eso.

—Pero ahora me estás diciendo que sigue sin ser el momento. No podías estar conmigo cuando estabas rota y, ahora que estás en pie por ti misma, sigues sin poder estar conmigo. Entonces, si no puedo tenerte en tu peor momento ni en el mejor, ¿cuándo puedo tenerte, B? ¿Cuándo será el momento en el que dejes de luchar contra lo que hay entre nosotros y me dejes entrar de una vez?

Se me escapó un sollozo y me lo tragué, luego me limpié la nariz antes de dar otro trago. No sabía qué decirle. En cierto modo, tenía razón: no era justo. Pero tampoco era tan sencillo como señalar un momento en mi vida y decir «ahí, justo ahí estaré lista». Esa manera suya de tomárselo todo tan a la ligera me molestaba y volví a beber, dándome cuenta de que Jamie nunca creyó de verdad que me quedaría en Pittsburgh. Para él era algo temporal, como si estar en la ciudad fuera un obstáculo para sus planes.

Yo quería a Jamie, siempre lo había querido, pero no podíamos mantener una relación a distancia. No podía ser la mujer que él necesitaba desde kilómetros de distancia, cuando yo tenía mis propias metas y un trabajo por el que luchar. Sabía lo que él quería, lo que siempre había querido: una esposa, una casa llena de niños. Tal vez algún día yo también querría eso. Pero ese día no era hoy.

Y entonces recordé lo que me pidió aquella noche en la que nos reencontramos.

—¿Qué pasó con «algún otro día»? —susurré.

Tardó un momento en responder.

—Pues que yo necesito ese «algún otro día» ya.

—Y yo no puedo dártelo, así que ¿dónde nos deja eso?

—No lo sé.

Me acabé lo que quedaba en el vaso y me serví otro. El Whipper Snapper entraba más suave, justo como sabía que lo haría. Se me iba metiendo en el cuerpo mientras otro Whiskey, más antiguo, iba cediéndole su lugar al irse.

Sé que, probablemente, te acabes de enfadar conmigo. Joder, yo también me cabreo conmigo misma al recordar aquella noche. Pero en aquel momento de mi vida, creía que sabía lo que era mejor. Pensaba que entendía qué funcionaba y qué no, qué importaba y qué no. Creía que protegerme de un posible corazón roto era mejor que intentar luchar por un amor a distancia. Ya me había alejado de Jamie antes y eso casi me había matado, pero esta vez estaba empeñada y sentía que era él quien me daba el ultimátum. Era él quien estaba listo para dejarme, y yo tenía el orgullo suficiente para dejarlo ir si eso significaba mantenerme firme.

—Oye, tengo un evento muy importante dentro de poco y mañana va a ser un día largo...

Fue una excusa barata, y Jamie lo sabía. Una parte de mí esperaba que insistiera, que me obligara a hablar y a resolverlo, y supongo que esa debería haber sido la señal: se estaba rindiendo. Había dejado de pelear por alguien que ya ni siquiera se protegía de los golpes.

—Ya, vale. —Soltó el aire, y sentí ese aliento a través del teléfono. Casi pude olerlo ahí conmigo, ese aroma a miel y a madera, tan parecido al *whiskey* que estaba bebiendo esa noche—. Solo quería... —Esperé a que terminara la frase, pero no lo hizo y eso me persiguió durante muchas noches—. Buenas noches, B.

—Buenas noches.

Después de colgar, me quedé sentada con el móvil en las manos durante al menos diez minutos y la mirada fija en el vaso mientras

repasaba mentalmente toda la conversación. Y entonces me di cuenta.

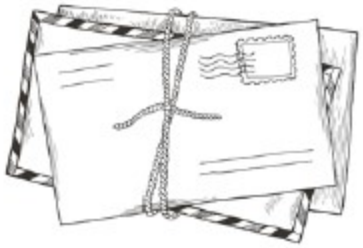
Jamie no me llegó a felicitar por el ascenso.

Esa noche me bebí media botella antes de irme a la cama y ni siquiera el *whiskey* caro logró acallar los pensamientos que me taladraban la cabeza. Estaba atrapada en uno de los lugares más raros en los que había estado. Me sentía segura de mi decisión y, a la vez, aterrada de haber cometido el mayor error de mi vida; orgullosa de lo que había logrado, pero avergonzada de mi cabezonería. Pero la verdad era que aquel verano, ese año de mi vida... era mío. Sentía que tenía todo el tiempo del mundo, el espacio para equivocarme, para crecer. ¿Cómo iba a saber lo equivocada que estaba?

Al día siguiente, ni llamé a Jamie ni él me llamó a mí. Y así siguió la cosa: días, semanas, meses. Tardé demasiado en darme cuenta de que había dejado caer al suelo aquella preciosa botella de *whiskey*. Tardé demasiado en entender que la había roto. Para cuando me di cuenta, ese «demasiado» ya era «demasiado tarde». Y recordé muy bien la otra forma en la que el Whiskey puede quemar.

15

La parte del ángel



Estaba a tope.

Clavé el evento al final de mis prácticas, lo que pareció impulsarme directamente hacia mi nuevo puesto a tiempo completo. Por mucho que hubiera disfrutado de mi beca trabajando bajo las órdenes de River, por fin estaba exactamente donde quería estar: encontrando nuevos talentos, construyendo una cartera de clientes, haciendo contactos en el mundo editorial. Estaba en camino de convertirme en agente literaria y, después de eso... sabía que sería imparable.

Había algo liberador y, a la vez, absolutamente asfixiante en trabajar duro y recibir la correspondiente recompensa. Por un lado, estaba orgullosa de mí misma. Había descubierto lo que quería en la vida, en qué era buena, y estaba dando los pasos correctos para sentar una base sólida para mi carrera. Nada me hacía más feliz que quedarme hasta tarde en la oficina, o ir un fin de semana si sabía

que la recompensa merecería la pena. En Rye Publishing todo el mundo sabía quién era. Para algunos, era una inspiración. Para otros, una amenaza. Y me encantaba ser ambas cosas.

Pero, por otro lado, el trabajo era literalmente todo en mi vida, lo que significaba que, aunque intentara negarlo, estaba sola. No es que me sintiera triste por esa soledad, pero la notaba, como un fantasma o una sombra en la esquina de mi piso. Siempre estaba ahí, al acecho, y cuando ya era demasiado, acababa yendo a la oficina para evitarlo. Y así iba el ciclo.

Como el trabajo era mi vida, acabé pasando la mayor parte de mi tiempo con River, lo cual era peligroso en más de un sentido. Me quedaba claro que yo le despertaba curiosidad, y no precisamente por mi ética laboral. Pero, aunque había renunciado a Jamie, mi corazón seguía aferrado a él y me esforzaba por dejarle eso claro a River. No es que hubiera hecho ningún intento, pero veía el leve temblor de sus dedos: estaba listo, esperando, y me preguntaba cuándo atacaría.

Me preguntaba qué haría yo.

Eran más de las ocho de la tarde de un viernes de noviembre cuando la soledad finalmente pudo conmigo. Estaba revisando un nuevo manuscrito que había seleccionado de un autor emergente de fantasía que hasta ese momento había sido independiente, pero que ahora buscaba representación. El libro era increíble, estaba completamente inmersa, al menos hasta que River golpeó con fuerza la parte superior de mi cubículo.

—¿Sabes?, ese libro seguirá siendo legible el lunes. O incluso mañana... cuando puedas leerlo en tu sofá y no encorvada en esa silla de mierda. —Sonreí, mientras dejaba caer el manuscrito sobre mi mesa y me recostaba en la silla. Me froté la cara con las dos

manos antes de pasármelas por los rizos—. Deberías dar por terminada la jornada.

—Ya no eres mi jefe, Riv. Desde hace meses. —Le guiñé un ojo, sabiendo que odiaba que se lo recordara—. Siempre quieres que trabaje menos, y eso siempre me hace trabajar más. Lo que te pasa es que tienes miedo de que llegue a ser vicepresidenta antes que tú.

Se rio.

—¿La verdad? A estas alturas no me sorprendería que lo consiguieras. —Sin previo aviso, entró en mi cubículo y pulsó con el dedo el botón de encendido de mi Mac, apagándolo.

—¡Eh!

—En serio, venga. Es viernes por la noche. Vamos a tomar algo. —Me tendió la mano, le miré y vi el brillo de sus ojos peligrosamente cerca de un espacio sensible y, en parte, todavía ocupado.

Suspiré.

—¿Sabes?, en realidad estoy bastante cansada. Quizá debería irme a dormir.

Tragó saliva y, aunque sabía que no era la respuesta que él quería, me cogió la mano y me levantó de un tirón.

—Eso también me vale. Pero sal de aquí de una vez.

—Qué mandón —bromeé. Sus ojos volvieron a encenderse, y esta vez sentí claramente cómo el aire chispeaba a nuestro alrededor. Carraspeé, metí el manuscrito en mi bolso enorme y me lo colgué en el hombro—. ¿Me acompañas?

River no solo me acompañó hasta la calle, sino hasta la entrada de mi edificio antes de darme un abrazo rápido e irse para ver a algunos compañeros con quienes había quedado en un bar de Market Square. Yo subí en el ascensor hasta mi piso y me puse en piloto automático con la rutina que ya había hecho mía: dejar las cosas en la entrada, quitarme los zapatos, servirme una copa de

vino, coger la botella con la otra mano hasta llegar al dormitorio, allí ponerme unas mallas y una sudadera enorme y, finalmente, plantar el culo en el sofá, mi lugar favorito.

Suspiré aliviada mientras me sentaba sobre las piernas plegadas y daba un largo sorbo al vino tinto. Era seco, ligeramente dulce, perfecto. Me recogí el pelo en un moño suelto encima de la cabeza y solté una carcajada. Qué patético. Me habían invitado a tomar algo con amigos y lo había rechazado para quedarme sola en casa. Ni siquiera tenía una mascota con la que acurrucarme.

Miré la agenda del teléfono hasta detener el dedo en «MAMÁ» y la pantalla se llenó con una foto nuestra en mi graduación. Hacía tiempo que no hablábamos sin ser por mensaje, así que me acomodé, lista para una larga conversación de las de ponernos al día.

—¡Hola, cariño! —gritó por encima del ruido de fondo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Estás ahí?

Se oyó una fuerte carcajada y oí a madre gritar algo antes de que el ruido desapareciera.

—Perdona, cielo. Wayne y yo estamos en un bar nuevo que han abierto en el centro. ¿Qué tal?

Dios mío, hasta mi madre es más guay que yo.

—Oh, nada, solo te llamaba para charlar un poco.

—¡Ay, te echo de menos, cariño! ¿Cómo va el trabajo?

Siempre era la primera pregunta que me hacía y en realidad era lo único que sabía preguntarme, por el trabajo.

Suspiré.

—Genial. Dándolo todo como siempre.

—Esa es mi chica.

—Te dejo que vuelvas con Wayne. Te quiero.

—Yo también te quiero. ¿Va todo bien?

Mi madre lo sabía. Siempre lo sabía. Pero esa noche no era el momento para desahogarme con ella.

—Todo bien, mamá. Llámame mañana, ¿vale?

—Vale, cielo. ¡Hablamos mañana!

Colgó rápido, y yo sonreí al pensar en lo distinta que era mi madre de la madre que me había criado en el instituto. Aquella mujer apenas salía de casa, salvo para trabajar, y rara vez sonreía. Wayne le había devuelto la vida a mi madre y yo lo quería por eso.

Me serví otra copa de vino, y me di cuenta de que la primera probablemente había desaparecido demasiado rápido. Luego, llamé a Jenna.

—¿Qué pasa, zorra?

—Por favor, dime que no te estoy interrumpiendo en tu divertidísima noche de viernes.

Bufó.

—Qué va.

—Perfecto. Mi madre ya va borracha perdida y está pasándoselo pipa y yo estoy aquí tirada en el sofá, sintiendo pena por mí misma y buscando a alguien a quien darle la brasa.

—Pues mira —dijo Jenna soltando el aire como si se recolocara—, que sepas que yo acabo de zamparme mi peso en rollitos de primavera y helado de Ben & Jerry's y solo llevo cuarenta minutos de *Crueles intenciones*. La noche es joven.

—Eres preciosa.

—Lo sé —contestó con la boca llena de algo; apostaría a que era helado—. Así que ya llevo puesta la gorra de la fiesta de la autocompasión. ¿Qué celebramos?

Encendí la tele para tener ruido de fondo y me quedé en la MTV.

—Ya sabes, lo de siempre. Echo de menos al tío al que básicamente mandé a la mierda y no tengo nada que enseñar de mi vida fuera de una extensa lista de clientes del curro.

—¿Y eso por qué es malo? Te matas a trabajar y todo el mundo se da cuenta. Ojalá tuviera yo tu empeño laboral. Antes de los treinta estarás ganando seis cifras.

—Ya... —Tracé con el dedo la boca de mi copa—. No me malinterpretes, me encanta mi trabajo. Estoy orgullosa de lo que he conseguido...

—Pero todo es una mierda sin Jamie.

Suspiré.

—Justo.

—Vale, antes de seguir —dijo Jenna, y escuché cómo se metía otra cucharada de helado en la boca—, ¿qué necesitas de mí esta noche? ¿Que te acaricie el pelo y te saque del pozo, o que te dé un buen repaso de amigui, de esos que son como una palmada en el culo y un puñetazo en la nariz a la vez?

Di otro largo sorbo al vino mientras me repetía mentalmente su pregunta. Jenna llevaba meses acariciándome el pelo y diciéndome lo que era más fácil de oír, pero por alguna razón, en aquel viernes frío de noviembre, con las navidades a la vuelta de la esquina, me sentía especialmente nostálgica y sola. Estaba lista para llorar contra mi botella de vino, para soltar todo lo que sentía subiéndome demasiado rápido por la garganta. Y quizá, solo quizá, estaba preparada para enfrentarme a la verdad que había estado esquivando.

—Dame una patada en la boca.

Jenna aplaudió al otro lado de la línea.

—Vale, recuerda que me lo has pedido tú.

Hizo una pausa, oí cómo se movía y me la imaginé incorporándose como siempre que íbamos a tener una de nuestras charlas serias de mejores amiguis.

Desdoblé las piernas, me estiré en el sofá y tiré de la manta del respaldo para taparme.

—Protector bucal puesto. Dispara.

—Para empezar, eres tu peor enemiga. Siempre lo has sido. Pero todo este asunto con Jamie me ha mostrado un lado nuevo de tu visión retorcida de ti misma y de cómo afectas a los demás.

—Me tienes intrigada. Desarrolla.

—Mira, te fuiste de Alder y nunca volviste porque estabas convencida de que eras como veneno o algo así. Pensabas que Jamie dejaría la uni y perdería todo aquello por lo que había trabajado solo porque quería quererte mientras tú estabas hecha una mierda. Pero la realidad es que, si hubieras vuelto, probablemente Jamie te habría devuelto la vida mucho antes de lo que lo hiciste tú por tu cuenta.

Fruncí el ceño.

—No lo creo. Yo estaba muy jodida. Él ya tenía sus movidas con el bufete de su padre y yo no quería ser una preocupación más.

—Claro, no querías, pero Jamie estaba encantado de ser la persona en la que te apoyaras. Quería serlo. Pero tú no se lo permitiste. Y luego, por algún milagro, os volvéis a encontrar en el momento exacto de tu vida en el que por fin te sentías bien otra vez. Y sí, te mudaste. Sí, las relaciones a distancia son una mierda. Pero ¿sabes qué? Son posibles. Dime, ¿de verdad te ves quedándote para siempre en Pittsburgh?

—No lo sé. Puede —dije a la defensiva—. El caso es que no hay forma de saber si lo de la distancia será algo permanente o temporal.

—Claro que la hay.

—¿Cómo?

—Decidiendo que sea temporal, B. Así de fácil. Miras lo que es importante en tu vida y, si Jamie está entre las prioridades, ajustas todo lo demás en consecuencia.

—Claro que Jamie es importante, pero también lo es mi carrera —bufé—. No quiero dejar todo lo que por fin he conseguido por un tío.

—Venga ya —bufó ella—. No es así y lo sabes. No es que Jamie te pida que te quedes en casa con los niños y renuncies a tus sueños. Te está pidiendo que trabajéis juntos, que seáis un equipo, que por fin le pongas en primer lugar ahora que el momento es el adecuado. A ver, primero salía conmigo, luego tú estabas con Ethan, luego murió tu padre y después te mudaste. Y, aun así, después de todo eso, habéis conseguido volver a encontraros. Y ahora, lo único que os separa eres tú.

—Haces que parezca muy fácil.

—¡Porque lo es! —rio—. Tía, espabila. Jamie te quiere. Ha expuesto sus sentimientos como no lo he visto hacer a ningún otro tío. No te alejes de eso pensando que le estás haciendo un favor. Él sabe que no te vas a casar con él y volver a casa mañana mismo. Sabe que no estás lista para tener hijos. Le da igual. Te quiere, B. Y aunque intentes demostrar que no sientes lo mismo por alguna razón de mierda, las dos sabemos que sí. Deja de actuar como si no quererle te hiciera fuerte. Hace falta más valor en admitir que amas a alguien y luchar por él que en dejarlo ir para que duela menos.

De pronto, el vino me supo amargo. Dejé la copa sobre la mesa del salón, me tumbé en el sofá y me tapé los ojos con el antebrazo. Las palabras de Jenna no me calaron poco a poco ni me sacudieron como una revelación. No, la verdad era que todo lo que había dicho yo ya lo sabía. Tal vez siempre lo había sabido. Oírlo en voz alta solo

arrancó de golpe la cortina que había colgado bien alto para separarme de esa verdad tan fea. Ahora la tenía delante, cara a cara, y era tan aterradora como el día en el que la cubrí.

—Estoy jodidísima —sollocé, con la voz rota.

—No lo estás. Todavía puedes hacer algo al respecto. Pero primero tienes que averiguar qué es lo que siempre te ha hecho huir de él.

Resoplé, dejando caer el brazo al lado y mirando al techo.

—No sé cómo querer a alguien, Jenna. No sé. Nunca lo vi en casa, con mis padres. Nunca lo sentí con Ethan. Con Jamie sí y, en cuanto me di cuenta de que le quería, me inundaron la ansiedad y el miedo.

—Mierda... —murmuró Jenna—. Es por tu padre. Tienes un trauma paterno de libro.

—Joder, Jenna.

—No —replicó rápido—. Perdona, no quería decirlo así. Me caía bien tu padre, yo flipé tanto como tú cuando todo... cuando se supo todo, ¿sabes? Pero ahora todo encaja. Pensabas que tu madre quería a tu padre, y luego descubriste lo que le hizo. Y tu padre fue el primer hombre al que quisiste y te hizo daño... prácticamente te destrozó. Para ti, amor y miedo van de la mano.

Durante unos segundos, solo respiré, pensando en lo que acababa de decirme. Sonaba demasiado simple, demasiado cliché... y, sin embargo, a la vez parecía real.

—¿Qué hago?

Jenna se quedó en silencio y yo seguí mirando al techo, como si la respuesta fuera a caer del piso de arriba.

—Llamas a tu jefe y le dices que el lunes no vas. Luego reservas el primer vuelo que salga mañana, te vas de compras, te arreglas el pelo conmigo y vas a por tu chico.

Me reí.

—Qué peliculera.

—El amor suele serlo.

Me subí la manta hasta los hombros y me giré de lado, encogiendo las piernas.

—¿Y si no quiere verme? No hemos hablado desde aquella noche.

—Deja de poner excusas y compra el maldito billete. Voy a colgar. Mañana nos vemos.

Se me escapó una risa triste.

—Te quiero.

—Yo también. Mándame los datos del vuelo.

—Vale.

—Hablo en serio.

—Lo sé —respondí, y colgó antes de que pudiera darle las gracias.

Seguía muerta de miedo. No sabía si podría hacerlo, si podría con una relación a distancia, si sería capaz de estar con Jamie y aguantar la presión de la relación sumada a la del trabajo. Pero, al menos, Jenna me había abierto los ojos: llevaba tiempo huyendo de Jamie y solo por egoísmo. Nunca le había demostrado que era importante para mí. Y lo era. Ya era hora de que lo supiera.

Puede que el amor asustara, pero con Jamie también era increíble. Dolía más vivir sin él, y eso ya lo tenía claro.

Le mandé un correo a mi jefe, reservé un vuelo y me terminé la botella de vino, deseando que fuera Whiskey. Aquella noche me convencí de que podía coger las riendas de mi vida, de mi relación con Jamie, solo tenía que decidirme a hacerlo. Enfréntate a tu miedo y podrás con todo, ¿no? Lo que no tuve en cuenta fue que, incluso cuando parece que todo encaja, el jugador más importante en el juego de la vida es el momento adecuado... y, o lo tienes en tu equipo, o no.

Ese fin de semana aprendería, rápido y con dolor, que el momento adecuado nunca había estado de nuestro lado.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

Negué con la cabeza antes de darme cuenta de que Jenna no podía verme.

—No, solo me retoco y entro. Quiero hacerlo sola.

—Vale. No es que me apetezca ir y luego quedarme tirada mientras vosotros os vais a vuestra casa a pasar la noche... pero siempre puedes jugar la carta de la mejor amiga si lo necesitas.

Solté una carcajada mientras me daba una nueva capa de pintalabios burdeos oscuro. Mis ojos grises destacaban con el ahumado que Jenna me había enseñado a hacer y las pestañas estaban largas y negras.

—Estaré bien.

—Lo sé. Solo sé sincera con él... y luego reconciliaos toda la noche.

—Me gusta la imagen que pintas.

—Joder, igual debería dejar la carrera de Derecho y dedicarme al arte.

Puse los ojos en blanco.

—Adiós, Jenna.

Cuando me quedé sola en el coche de mi madre, solté un largo suspiro, lento y tembloroso, mientras me miraba en el espejito del parasol. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo peinado en rizos apretados. Habíamos estado de compras todo el día, y Jenna tenía razón: me sentía más segura con mis nuevas mallas de cuero ajustadas y una blusa de escote en uve pronunciado. Me quité las sandalias, saqué los tacones del asiento del copiloto y me los puse

antes de apoyar de nuevo las manos en el volante. Me permití un último medio minuto de pausa, luego cogí el bolso y entré.

Mi idea inicial era presentarme en su casa, pero me crucé con su hermana pequeña en el centro comercial cuando estaba con Jenna. Me contó que él iría esa noche a su bar favorito para celebrar el final de la semana infernal que habían tenido en el trabajo. La temporada fuerte les llegaba dos veces al año: de febrero a mayo, y de septiembre a noviembre. Lo habían superado, y yo esperaba que mi aparición se sumara a la celebración.

El bar estaba oscuro y, aunque tenía el estómago encogido por los nervios, no fui a buscarle enseguida. En lugar de eso, me fui directa a la barra, me subí a un taburete y llamé al camarero. Era un movimiento estratégico por dos razones: una, necesitaba algo de alcohol para calmar los nervios; y dos, medio esperaba que Jamie me viera primero. Ya sabía lo que quería decirle, lo tenía todo preparado, pero sería más fácil si él tenía que cruzar el local hacia mí. Si simplemente se acercaba con esa sonrisa preciosa y me preguntaba sorprendido: «¿Qué haces aquí?». Entonces podría soltarlo todo como en las pelis, y pasar la noche tal como Jenna había imaginado.

Eso era lo que esperaba, pero no fue lo que pasó.

Sí conseguí un vaso de Maker's Mark con hielo, un *bourbon* suave que se dejaba beber y me aflojaba un poco la tensión. Y después, alguien me tiró los tejos.

—Chica de *whiskey*, ¿eh? —preguntó una voz agradable. Me giré, aún con el vaso en los labios, y vi a una mujer increíblemente guapa sentada en el taburete de al lado.

Asentí, sonriendo mientras tragaba.

—Sí. ¿Y tú?

Levantó su botella de Bud Light.

—Nah, yo soy más de cerveza barata.

Sonrió ampliamente, mientras sus ojos verdemar me repasaban despacio. Me recordó un poco a Mona por el pelo largo y oscuro y los rasgos exóticos, pero mientras Mona siempre tenía cara de asco, la sonrisa de esta mujer era cálida y acogedora.

—Soy Claire.

—B —dije, alzando el vaso hacia ella antes de dar otro sorbo.

—¿Be? ¿Como la oveja?

Me reí.

—Como la letra. Es mi inicial.

—Ah, ahora lo pillo. Bueno, B, ¿qué te trae a este tugurio?

El nudo del estómago se apretó más. Por un momento casi lo había olvidado.

—He venido por un chico.

La decepción se le dibujó en la cara, pero la ocultó con una sonrisa fácil.

—Claro, tendría que haber sabido que estabas pillada. No voy a mentir: estaba alucinando con la suerte que tenía de que te hubieras sentado a mi lado, tan dulce, inocente, y sola.

Me reí otra vez, más fuerte.

—Eres bastante directa.

—Andarse con rodeos es de cobardes —dijo guiñándome un ojo y bebiendo de su cerveza—. Por cierto, tengo que decir que pensaba que jugabas en mi equipo.

—¿Y eso debería tomármelo como un cumplido?

Se encogió de hombros, apartándose el pelo a un lado del cuello.

—Tómatelo como quieras.

Abrí la boca para responder, pero mi mirada se enganchó en una mesa grande al otro lado de la barra, detrás de Claire. Me costó un

momento ajustar la vista, pero en cuanto lo hice, me quedé sin aire, incapaz de decir una palabra más.

Claire giró la cabeza, siguiendo mi mirada, y se giró hacia mí con las cejas levantadas.

—Son asquerosamente adorables, ¿verdad? —Bebió otro trago—. Imagina tener que aguantar eso veinticuatro horas al día. Esa es mi mejor amiga, Angel. Lleva con ese tío... ¿qué? ¿Cuatro meses? Pero estuvo colada por él casi un año antes. Él estaba hecho polvo por una tía con quien intentó una relación a distancia, pero ella estaba decidida a conseguirlo. Yo misma le dije que lo dejara, pero al final él aceptó tomar un café con ella y el resto es historia. —Soltó una risa—. Qué asco tanta muestra de afecto en público.

Claire era de las que hablaban mucho, de eso ya me había dado cuenta, y siguió hablando y hablando, pero sus palabras se fueron desvaneciendo a medida que los latidos de mi corazón me retumbaban cada vez más fuerte en los oídos. Ahí estaba él, mi Whiskey, aunque en realidad nunca había sido mío. Y esa idea nunca me había golpeado tan fuerte como en el momento en el que lo vi con otra mujer sentada en el regazo, el brazo de ella alrededor de sus hombros y el suyo alrededor de su cintura, mientras la miraba igual que solía mirarme a mí. De vez en cuando, ella bajaba los labios hasta los suyos y la mano de él en su cintura se apretaba, junto con el nudo en mi estómago. Los dos sonreían, reían, eran felices.

Y entonces eché cuentas. Cuatro meses los situaban juntos en agosto, lo que significaba que o bien él había pasado página muy rápido o habían estado liándose cuando todavía estábamos juntos. Pero no estábamos juntos, no de verdad, y esa era la puñalada más cruel de todas.

Sentí que la bilis me subía por la garganta y la obligué a bajar con un largo trago de Maker's, mientras me volvía de nuevo hacia la barra.

—Vaya, ¿estás bien, cielo? Tienes un poquito de mala cara —dijo Claire, arqueando una ceja.

Asentí... o eso creo. No estaba segura. La música había cambiado, un ritmo lento, el bajo latiendo al compás de mi corazón. Apuré el resto de mi copa, lo que solo aumentó las náuseas, y me levanté de golpe, haciendo chirriar el taburete contra el suelo por la fuerza.

—Encantada.

—¿Yo también? —contestó, casi como una pregunta, mirándome mientras yo cogía mi bolso de mano y me disponía a salir disparada hacia la puerta. Pero los tacones nuevos y las prisas no se llevan bien con los nervios... ni con la rabia, que me burbujeaba cada vez más, así que resbalé y me choqué con los dos tipos que estaban sentados a nuestro lado. Murmuré una disculpa, abriéndome paso entre la gente hacia la salida cuando escuché mi nombre detrás de mí. Lo ignoré, y apreté el paso hasta que por fin empujé la puerta. Inhalé una bocanada de aire frío al notar cómo me golpeaba la piel y casi me doblé sobre mí misma. Me quedé un momento buscando las llaves y, justo cuando las aferré y presioné el botón para abrir el coche, escuché mi nombre otra vez.

—¿B?

No conseguía coger aire suficiente; cada intento me oprimía el pecho. Si no me calmaba, me iba a desmayar. Recuperé el equilibrio y avancé hacia el aparcamiento, pero eché un vistazo por encima del hombro.

—Oh, hola, Jamie. Eh... sí, justo me iba, así que...

—Espera. —Me agarró del codo con una mano firme y, en cuanto su piel tocó la mía, todo mi cuerpo volvió a encenderse, igual que

ocurría siempre en presencia de Whiskey. Me dejé detener, pero no pude levantar la mirada; me quedé observando el dobladillo de su camiseta—. ¿Qué haces aquí?

Ahí estaba. La pregunta que imaginaba que me haría, solo que, cuando por fin me obligué a mirarlo, sus ojos no estaban llenos de sorpresa... sino de acusación. Y eso bastó para que la rabia que me bullía se desbordara, quemando cualquier rastro de cordura que me quedaba.

—He venido a ver a mi madre. Te preguntaría qué haces tú aquí, pero tengo ojos, así que... —respondí, apartando mi codo de su mano y señalando hacia el bar, con la lengua presionada contra mi carrillo.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Oh, creo que sabes perfectamente lo que significa —escupí. ¿Qué me pasaba? Lo último que quería al venir aquí esta noche era discutir, pero, al parecer, el *whiskey* mezclado con lo que había visto me había encendido un fuego en el estómago que no iba a apagarse fácilmente. Crucé los brazos y di un paso hacia él, provocando que Jamie aspirara bruscamente ante nuestra cercanía—. Dime, ¿te la follaste la noche antes de pedirme que habláramos? ¿Te sentías culpable y desesperado por atarme antes de que la presión de la distancia te hundiera?

—¿Qué? —Las aletas de la nariz se le ensancharon, y sentí cada músculo de su cuerpo tensarse sin siquiera tocarlo—. ¿De qué coño estás hablando?

—Estoy hablando del hada rubita que estaba comiéndote la cara —contesté—. Se llama Angel, ¿no? —Jamie palideció al oírlo y yo sonreí de lado, sintiendo que había ganado, aun sabiendo que en realidad había perdido ya antes de entrar en el bar—. Ah, sí, ¿Claire?

¿Su mejor amiga? Me ha puesto al día de toda la historia cuando os he visto a los dos comiéndoos a besos.

Jamie tenía los hombros tensos, como si esperara que empezara a soltarle puñetazos. No me faltaba demasiado para hacerlo, la rabia emanaba de mí como el vapor tras una tormenta de verano. Lo odiaba. Me odiaba a mí misma. Tenía tantas ganas de salir huyendo como de emprenderla a puñetazos con él.

—¿Y? —replicó al fin, invadiendo él mi espacio esta vez. Resoplé y aparté la mirada por un instante, pero sin retroceder—. ¿Qué pasa, estás enfadada? ¿Eso intentas decirme? Porque me encantaría saber por qué coño piensas que tienes derecho a estarlo.

—Solo dime la verdad, ¿vale? Me engañaste, ¿no? Yo estaba en Pittsburgh y ella aquí, y con ella era más fácil, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. ¿Para qué hiciste aquel gran gesto, entonces? ¿Por qué no me lo dijiste y ya?

—¿Tú crees que yo te...? —Ni siquiera pudo terminar la frase. Murió en sus labios, sustituida por una risa amarga mientras se pasaba las manos por el pelo. Lo llevaba más largo que la última vez que lo vi, justo como me gustaba. Quería hundir los dedos en él. Quería su boca en la mía. Incluso ahora, rabiosa, lo necesitaba—. Angel y yo no empezamos a hablar hasta octubre, aunque no es que sea asunto tuyo. Me pidió salir miles de veces durante el verano y la rechacé todas, y cada una de ellas por ti. No porque fuera infidelidad, ya que tú dejaste clarísimo que no éramos pareja, sino porque yo te amaba, B.

Esta vez sí que me encogí y retrocedí deprisa, incómoda por el calor que irradiaba su piel. Pero Jamie no cedió, se acercó más, hasta que mi espalda chocó con la pared de ladrillo del edificio y tuve que apartar la vista.

—Te amaba, joder, y tú también me amabas. Pero nunca quisiste estar conmigo. Ni cuando te lo pedí, ni cuando te lo supliqué, ni cuando te demostré que podíamos lograrlo. Has sido tú la que no... —Se interrumpió otra vez y bajó la mirada hacia nuestros pies. Aproveché para mirarlo, y vi cómo la mandíbula se le tensaba antes de que sus ojos volvieran lentamente a los míos—. Llevas tacones.

El calor de su mirada sustituyó bruscamente a la ira cuando esas palabras salieron en un murmullo grave y rasposo. Ahora era algo primario, y cada respiración suya parecía conectada a la mía mientras lo observaba exhalar. La última vez que habló de mis tacones, acabaron rodeando su cintura. Todo mi interior anhelaba esa misma conexión, pero las manchas de pintalabios ajeno en sus labios aniquilaron ese deseo como una llama apagada de golpe.

—Y tú llevas pintalabios —susurré, cerrando los ojos con fuerza mientras las imágenes de Angel en su regazo me asaltaban. Ya no quería discutir; solo quería irme.

Tardó unos segundos, pero Jamie se apartó de la pared y abrí los ojos justo a tiempo para verlo limpiarse el labio inferior con el pulgar. Negó con la cabeza, como decepcionado... aunque no supe si de él mismo o de mí.

—En serio, ¿por qué estás aquí?

—Te echaba de menos —contesté con sinceridad. Siempre había sido sincera con Jamie, incluso cuando dolía.

Él hizo una mueca, y dos líneas paralelas se le marcaron entre las cejas mientras se masajeaba el puente de la nariz.

—No. No, no tienes derecho a decirme eso. —Sacudió la cabeza mientras bajaba la mano y abría los ojos—. Soy feliz, por fin —susurró, con una risa incrédula—. ¿Vale? ¿Te parece bien, B? ¿Me das permiso para ser feliz de una puta vez?

Me quedé boquiabierta, con la réplica atrapada en la garganta, y no alcancé a pronunciar nada más antes de que Jamie alzara las manos para frenarme.

—Dios, eres la mujer más egoísta que he conocido en mi vida. Déjame adivinar: me echabas de menos, has pensado que podías coger un avión y que yo estaría aquí esperándote, ¿verdad? Porque eso es exactamente lo que hice durante tres años en California, así que claro que lo pensarías. Pero ¿sabes qué? Tenías tantas ganas de que te dejara ir... que esta vez te hice caso. —Tenía los ojos muy abiertos, con una mirada salvaje, y le temblaba todo el cuerpo—. Así que no. No tienes derecho a aparecer aquí y decirme que me extrañas. No tienes derecho a...

—¡Basta! —solté, con un hilo de voz ahogado, mientras me apartaba de la pared para alejarme de él y caminaba lo más rápido que mis tacones me permitían hacia el coche—. Basta, Jamie.

Él me siguió.

—¿Qué pasa, demasiado para ti?

—¡Te odio! —escupí, girándome de golpe y avanzando hacia él un par de pasos—. Vuelve dentro, seguro que Angel te está esperando.

—Oh, sí, lo está. —Sonrió, siguiéndome unos pasos cuando reemprendí el camino hacia el coche—. Y pienso hacerla esperar. Toda la noche. ¿Recuerdas lo divertido que era? Hacerte esperar hasta que no podías soportarlo más. —Su aliento me quemaba el cuello mientras caminábamos y, aunque tenía los puños apretados de rabia, mis muslos se tensaron al recordarlo—. Hacer que te retorcieras en mis manos, en mi boca...

—Que te jodan, Jamie.

Él se rio.

—Joder, me vuelves loco. Literalmente me enloqueces.

—Pues qué suerte que me voy —dije sin volverme, mientras me subía al coche. Apreté el botón del cierre centralizado. Jamie estaba justo al otro lado de la ventanilla cuando encendí el motor.

—Sí. Qué suerte. Esa parece ser tu especialidad, ¿no?

Giré la cabeza hacia él, encontré sus ojos a través del cristal. La mandíbula tensa, la mirada ensombrecida por las luces del aparcamiento. Me retaba a dar el siguiente paso, pero yo ya estaba cansada del juego. Le dediqué una dulce sonrisa mientras le mostraba el dedo corazón y luego salí derrapando, sin atreverme a mirar por el retrovisor.

Me encontré llorando sin haber notado siquiera que las lágrimas amenazaban con caer. Me las limpié con manos bruscas y temblorosas, hasta que un grito me desgarró la garganta. Lo odiaba. Lo amaba. Me odiaba a mí misma por amarlo. Me odiaba por haberlo dejado ir, por dejar que encontrara a otra. Estaba furiosa, pero lo cierto era que casi todo lo que me había dicho era verdad. Yo era quien no había querido que fuéramos pareja, yo era quien siempre se iba, y yo era egoísta.

Era tan jodidamente egoísta.

En ese momento, aunque solo fuera por un segundo fugaz, me di cuenta de que me parecía más a mi padre de lo que pensaba.

No podía quedarme en ese pueblo ni una noche más sabiendo que él estaba con Angel en su cama, a menos de diez minutos de mí. Sabiendo que era feliz con otra mujer... y que yo seguía siendo tan egoísta como para desear que no lo fuera.

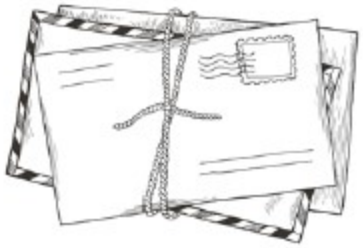
En cuanto regresé a casa de mi madre, hice la maleta y pedí un taxi al aeropuerto. Con apenas un par de mensajes a mi madre y a Jenna, me marché del sur de Florida con un nuevo agujero ardiendo en el corazón.

Si por aquel entonces hubiera sabido lo de la parte del ángel, me habría reído. Dicen que cada año que un lote de *whiskey* se deja envejecer sin embotellar, el cuatro por ciento del alcohol se evapora: eso es «la parte del ángel». Resultaba gracioso, entonces, que yo hubiera pospuesto el embotellar a Jamie para mí y que me lo hubiera robado una mujer llamada Angel. Tal vez habría podido reírme si hubiera sabido esa historia entonces, pero, por otro lado, quizá no. Porque, en realidad, no tenía gracia.

No tenía ninguna gracia.

16

Rehabilitación



Después de eso, las cosas sucedieron de tres en tres.

Tres días que me permití llorar. En mi mente, hice un ingreso exprés a una especie de clínica de desintoxicación, con sede en Casa B. Apenas aterrizó mi avión, apagué el teléfono, llené la casa con vino, cerveza, vodka, todo menos *whiskey*, y grandes cantidades de comida basura, y me puse manos a la obra. Me puse mis pantalones de chándal favoritos y un suéter holgado que me caía por un hombro, y no me volví a cambiar de ropa hasta que pasaron las setenta y dos horas.

Durante esas horas, pensé mucho y con profundidad en muchas cosas. Pensé en el trabajo, en mi situación actual, en mi familia, me pregunté en qué punto de mi vida estaba. Lo primero que me venía a la cabeza éramos Jamie y yo: lo que éramos, lo que no éramos. Escuché principalmente música clásica, me di muchos baños, me di espacio para pensar, llorar y hacer lo que fuera necesario para el

proceso de abstinencia. Bebí demasiado, comí muy poco a pesar de tener suficiente y, al final de todo eso, saqué tres conclusiones muy claras.

Primero, estaba donde debía estar. No iba a arrepentirme de quedarme en Pittsburgh o de haber aceptado el trabajo a tiempo completo en Rye Publishing. Amaba lo que hacía, con quienes trabajaba, y el aspecto que tenía mi futuro. Había trabajado muy duro para llegar hasta ahí. Sabía, desde las prácticas, que la probabilidad de lograr un puesto fijo era casi nula y, sin embargo, los impresioné y conseguí un lugar fijo. No había arrepentimientos ahí. Y, aunque extrañaba el surf, realmente amaba la ciudad. Me gustaba en quien me estaba convirtiendo. Claro, estaba sola, pero tenía invitaciones para salir, para hacer amigos, solo tenía que empezar a aceptarlas. Podía hacerlo. Me había llevado mucho tiempo descubrir qué quería hacer con mi vida. Una vez que lo supe, me aferré a ello y ahora era lo único cien por cien seguro en mi vida.

Segundo, era como mi padre. Y eso estaba bien. Siempre había dicho que era una combinación de él y mi madre, y era verdad. Tenía sus tendencias egoístas, pero se equilibraban con el corazón generoso de mi madre. Estaba enfadada conmigo por haber dejado que mi mitad paterna me guiara durante los últimos meses, pero sabía que no podía cambiar eso. Y, en cierto modo, no quería hacerlo. Todos necesitamos ser egoístas en algún momento de nuestras vidas. A veces está bien priorizarse, y no me arrepentía de perseguir mi sueño o de haberme independizado. Solo me arrepentía de haber perdido durante el proceso a alguien a quien amaba. Pero ahora se trataba de mirar hacia delante y en mi futuro veía noches con amigos, un equilibrio entre trabajo y diversión, pasar más tiempo al teléfono con mi madre y menos en mi cubículo. Bueno, al menos un poco menos.

Tercero, y quizá la conclusión más difícil a la que llegué fue esta: había estado ciega. Pensaba que sabía lo que éramos Jamie y yo, lo que habíamos desarrollado entre nosotros... y en parte lo sabía, pero en un sentido más amplio, no. Lo que sí que sabía, evitaba mirarlo de frente, temerosa de las consecuencias. Temerosa de quemarme. Verás, me di cuenta de que lo amaba, me di cuenta de que él me amaba, pero eso no era suficiente. Porque lo que no había entendido era que Jamie había herido mi corazón desde el primer día en el que nos conocimos, cuando literalmente chocó conmigo, y cada vez que lo veía desde entonces, era como meter el dedo en esa llaga. Una herida autoinfligida. Me gustaba cómo me dolía esa herida al estar con él, cómo picaba, cómo las cosas no eran perfectas... y a él también. Pero ya estaba harta de lastimarme. También estaba harta de lastimarlo a él.

No estuve sobria ni un solo minuto durante mi maratón de tres días, pero salí con la mente clara y el espíritu limpio.

Bueno, hasta que llegó la siguiente ronda de tres.

Jamie tardó tres meses en atreverse a llamarme. Cuando lo hizo, le ignoré dos veces, pero la curiosidad pudo conmigo a la tercera llamada y lo cogí.

—¿B?

Eso fue todo: pronunciar mi nombre con un soplo de desesperación.

—Estoy aquí, Jamie.

Él respiró, no supe si con alivio o con incertidumbre.

—Lo siento muchísimo. Joder, fui un puto cabrón contigo. Fui un monstruo. Y no te merecías nada de eso.

—Y tanto que no.

—No supe qué hacer cuando apareciste, ¿vale? Ya estaba borracho y estaba confuso... me cogiste por sorpresa. —Se quedó en

silencio, y yo me llevé la copa de vino a los labios. Iba a esperar. Iba a dejarle hablar—. B, no puedo... no sé vivir una vida de la que tú no formes parte.

Tragué vino de más, e intenté no atragantarme mientras me incorporaba en el sofá. Se me nublaron los ojos por las lágrimas —el vino me había bajado por donde no era— y me di un momento para recomponerme, lo que le dio a Jamie más tiempo para hablar.

—Sé que las cosas son distintas entre nosotros... Supongo que me agarraba a lo que podríamos haber sido en Alder o algo así. Nunca quise presionarte ni perder los papeles contigo. A veces realmente me vuelves loco —dijo con una risa, y yo sonreí porque conocía esa sensación. Demasiado bien—. Pero te necesito, como amiga, B. Debo tenerte como amiga.

«Amigos».

Mi mente volvió a todas las veces que habíamos dicho exactamente eso... y habíamos fracasado. Jamie Shaw y yo no sabíamos ser solo amigos. Sin embargo, se me hacía un nudo en el estómago mientras hablaba con él por teléfono. Le echaba de menos —mucho— y ahí estaba él, pidiéndome perdón y rogándome que siguiera en su vida. Yo quería que él siguiera en la mía. Sabía que no era una decisión inteligente; en ese mismo instante habría apostado a que nos acabaría explotando en la cara, pero me daba igual. Otra vez, incluso después de mi paso por rehabilitación, elegí ser egoísta antes que prudente.

Suspiré.

—Nunca me has perdido, Jamie. Es imposible que eso pase.

Y era verdad. No se me ocurría ningún escenario en el que me perdiera para siempre, porque una parte de mi alma estaba atada a ese chico y ya me había alejado tanto de lo que era yo a la edad en

la que lo conocí, que me negaba a soltar lo poco que aún conservaba.

Hablamos por teléfono otras tres horas, y tardé esas tres horas en decirle que yo también lo sentía.

Tres semanas después, mi madre y Wayne se casaron en una ceremonia privada. Luego compraron un barco, vendieron todo lo demás y decidieron vivir en él. Me lo contó en una videollamada de nueve minutos, riéndose los dos como niños todo el rato mientras me explicaban lo loco pero acertado que les parecía. No podía alegrarme más por ellos, pero me recordó, en un rincón muy escondido de mi mente, lo sola que yo estaba.

Así que me volqué en el trabajo y conseguí terminar el máster en línea, pero me aseguré de reservar tiempo para divertirme. Salía con la gente del trabajo al acabar, iba a las horas felices de los bares y a ver partidos de los Pirates siempre que podía. Exploré más la ciudad; incluso subí al Duquesne Incline para verla desde la mejor perspectiva. Jenna vino una semana en marzo y nevó, así que nos tiramos en trineo por primera vez en nuestra vida en un parque a las afueras. Seguía hablando con mi madre siempre que podía —cuando ella no estaba viajando con Wayne—, que era pocas veces, pero aprovechaba cualquier oportunidad.

Ascendieron a tres personas antes que a mí y, en agosto, casi exactamente un año después de mi primer ascenso, me nombraron agente literaria.

Yo ya tenía una lista de clientes envidiable y empezó a crecer rápido una vez obtuve el título oficial y la libertad de hacer las cosas a mi manera, sin tener que pasar por tantos filtros. Las comisiones iban subiendo, cambiando mis ingresos de una forma que no esperaba, y Randall me conocía por mi nombre, cosa que no podía decirse de todos en la oficina. Parecía que había hecho tantos

amigos como enemigos, lo que significaba que algo estaba haciendo bien.

Todo iba a mejor. Jamie y yo estábamos logrando ser amigos de verdad. No hablábamos todo el rato, pero nos escribíamos cuando podíamos y nos llamábamos de tanto en tanto. Ese dolor familiar seguía ahí cuando hablábamos, sobre todo en cuanto hablaba de Angel, pero ya no era un dolor agudo y yo estaba lo bastante ocupada como para no recrearme en ello. Todo estaba bien.

Todo estaba perfectamente bien.

El teléfono sonó tres veces el 3 de septiembre, en un día gris y fresco en la ciudad. Vi la llovizna posarse como niebla sobre Market Square desde la ventana mientras contestaba.

Solo dijo tres palabras, pero fue todo lo que no dijo lo que más escuché. Porque, ya ves, yo esperaba que me contara por qué. Cómo. Esperaba que dijera que bromeaba, o que había oído mal. Esperaba que se echara atrás, que rebobinara el tiempo, que me dejara entender cómo no lo vi venir. Pero no dijo nada de eso. Solo dijo tres palabras.

—Me caso, B.

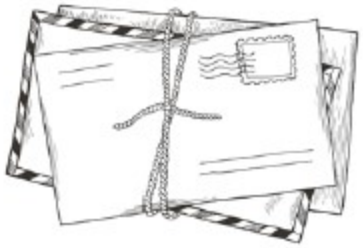
Esa noche acabé en un bar, el de debajo de mi edificio. Le hice una peineta, con un dedo de manicura impecable, a la voz en mi cabeza que me decía que era más fuerte, que la rehabilitación de Jamie Shaw había funcionado, que tenía un plan que seguir para encontrar consuelo. Todo era una mierda. Esas tres palabras me golpeaban una y otra vez, cada vez con más fuerza, recordándome que ser solo amigos era imposible. Así que me automediqué.

Tres chupitos de Fireball.

Y entonces entró River.

17

Mi taza de té



—Eres gracioso —dije, sonriendo, mientras le daba un golpecito en el pecho a River.

Él arqueó una ceja, divertido, y se llevó despacio el *gin-tonic* a los labios.

—¿Ah, sí?

Asentí.

—Ajá.

Entonces di un sorbo a mi propia bebida: agua, porque a esas alturas, ya había bebido más que suficiente. De hecho, ni siquiera recordaba por qué había dicho que River era gracioso. ¿Había hecho un chiste? No estaba segura.

No iba borracha perdida, pero sí bastante alegre. Tenía los pies calientes, la sonrisa floja, y la mirada nublada. Seguía con las mallas y la camiseta ancha que llevaba en casa, y no me daba ni pizca de vergüenza.

Pensé que beber y salir de casa me haría sentir mejor, pero no. Y eso no evitó que me pusiera a soltarle todo a River, con la esperanza de que así cambiara algo.

—¿Te he dicho que me pidió ser su madrina de boda? —me reí, removiendo las pajitas negras de mi vaso de agua, preguntándome si se convertiría en vodka si removía lo suficiente.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Ya sabes, como el padrino de boda, amigo de confianza. Pero en chica.

—Claro.

—Le dije que sí, por supuesto —añadí rápido—. Porque somos muy íntimos y le quiero, pero... ¿en serio? —Negué con la cabeza—. Es raro.

—A mí me parece que ese tío te ha dejado tocada —comentó River, volviéndose hacia mí. Tenía las piernas tan largas que las estiró hasta que los talones tocaron mi taburete. Esa noche le miré con más atención: el rubio claro de su pelo, el brillo de sus ojos, lo impecable que llevaba siempre el pelo.

—Sí —susurré al fin.

—Voy a arriesgarme, pero... ¿el chico del que llevas hablando toda la noche es Jamie?

La niebla de mi cabeza se disipó un poco al oír su nombre. De golpe, el cerebro se me puso a mil pensando en todo lo que le había contado. ¿Qué le había dicho? ¿Cuánto? Recordé que le había dicho que un ex se casaba, lo cual era medio mentira, pero más fácil de explicar. Que no hacía ni un año que lo habíamos dejado, eso sí era verdad. Que al principio terminamos mal, pero que luego nos reconciliamos, seguimos como amigos y después llegó aquella llamada.

Así que, en realidad, no mucho. Pero lo suficiente.

Lo suficiente como para sentirme rara protegiendo el nombre de Jamie. No quería que River pensara que era un imbécil, porque no lo era. En realidad, la imbécil había sido yo. Tampoco me gustaba que se acordara de su nombre. ¿Lo habría visto tantas veces en mi móvil? Y si algún día Jamie venía a visitarme, ¿lo trataría mal por lo que yo le había contado?

Nada tenía sentido, pero encontré la respuesta que sentí correcta.

—No, no le conoces. Solo es un ex.

—¿Con el que salías el verano pasado, cuando estabas de becaria?

Su mirada era curiosa, no acusadora ni insistente.

—En realidad, técnicamente, nunca salimos. Si hay que ponerle un nombre... No sé. Vamos a cambiar de tema —dije, y le hice una seña al camarero para que me rellenara el agua.

La mano de River se deslizó hasta la base de mi taburete y tiró de él hacia sí. Nuestras rodillas se tocaron, y se inclinó hacia mí.

—Llevas toda la noche hablando de este tío y ahora, que estamos llegando al meollo, quieres cambiar de tema. Cuéntamelo.

Su mano se posó sobre la mía, sin invadir, simplemente ahí. Tragué saliva.

—No sé cómo me siento con todo esto, de verdad que no. He venido directa aquí, he bebido demasiado y ahora no pienso con claridad. —El camarero rellenó mi vaso y bebí de golpe—. Mañana la resaca va a ser horrible... en más de un sentido.

El pulgar de River rozó el mío.

—Sé que ahora duele, y no voy a venderte la moto de que mañana se te pasará. Está claro que quieres a ese tío, tanto como para tragarte el orgullo y estar a su lado el día más importante de su vida.

Tragué saliva. El día más importante de su vida... y yo sería una más de la comparsa.

—Pero quiero ser el primero en decirte algo, ya que parece que nadie lo ha hecho todavía —añadió, acercándose un poco más. Le olí el aliento a ginebra, mezclado con un toque de pino. Sus ojos azules se fijaron en los míos—: Eres, de lejos, la mujer más espectacular que he conocido. Eres inteligente, decidida, divertida, amable... Podría seguir toda la noche, B. Y no me cabe ninguna duda de que hay hombres ahí fuera que darían lo que fuera por demostrarte lo que vales. —Hizo una pausa y yo me quedé con la boca entreabierta ante sus palabras. Eran sinceras, dichas con voz firme—. Y la cola empieza detrás de mí.

Su mano subió de la mía a mi brazo, decidida, y siguió subiendo hasta enmarcarme la mandíbula y acabar en la nuca. Sus ojos bajaron a mis labios, dudando, esperando mi permiso. Y esa noche, fuera buena idea o no, se lo di.

Me incliné, aferré con fuerza la tela rígida de su camisa y lo atraje para besarle.

Estaba mal. Todo estaba mal. Sus labios no eran tan carnosos como los de Jamie, su lengua se movía demasiado rápido, sus manos eran cautelosas. No olía a miel y a especias, sino a papel y a tinta... lo cual tenía su encanto, pero no era Whiskey.

Y entonces entendí que no tenía por qué serlo.

Le rodeé el cuello con los brazos e hice el beso más profundo, borrando de la cabeza cualquier pensamiento sobre Jamie y Angel. Sobre la boda. Sobre esa noche en general. Apenas interrumpimos los besos para llegar hasta mi piso en el ascensor y, una vez dentro, no dijimos ni una palabra más.

River estaba ansioso, como si no se creyera que estuviera en mi cama, como si hubiera esperado años por esa oportunidad. Quizá fuera así. Siempre había captado su tonteo, pero no me había dado cuenta de que sentía todo lo que me dijo en el bar. No solo me

deseaba: me veía. Veía lo mejor de mí, y solo eso ya le hacía atractivo a mis ojos.

Intenté evitarlo, pero comparé cada gesto suyo con Whiskey: cómo me besaba el cuello, cómo me tocaban sus dedos, su aspecto al correrse. Con River fue agradable: divertido, dulce, quizá demasiado íntimo. Esa noche, no fue mi trago de *whiskey*, pero sí mi tacita de té. Y quizá eso era lo que necesitaba: cambiar de ritmo, una adicción nueva, un sabor fresco en la boca.

O al menos eso es lo que me dije esa noche. Y me lo repetí hasta que River salió temprano a la mañana siguiente y yo llamé al trabajo para decir que no podía ir. Como había predicho, la resaca me golpeó a lo bestia.

Me había emborrachado, me había anestesiado con alcohol y las manos de otro hombre. Pero ahora, en la luz anaranjada del amanecer, sentía todo lo que había intentado evitar.

Jamie se casaba.

Nunca volvería a ser mi Jamie.

Ya no debería quererlo.

Pero le quería.

—Luego hablamos, B —dijo Mona, encogiendo los hombros para ponerse su elegante chaqueta de cuero; luego se soltó la larga coleta sobre el cuello de la prenda—. No te quedes demasiado tarde en el trabajo en tu última tarde antes de las vacaciones.

Me levanté para estirarme, poniendo los ojos en blanco.

—No llamaría a esto unas vacaciones.

—Oye, hace unos treinta grados donde vas. Aquí hay diez. Son unas vacaciones, solo con que te sientes un rato fuera del aeropuerto.

—Te enviaré una postal desde la Terminal A.

Ella entrecerró los ojos, pero sonrió.

—Mimada. Que tengas buen viaje. Nos vemos la semana que viene.

Le hice un gesto de despedida con la mano y luego estiré ambas hacia arriba, bien alto, y me hice crujir el cuello antes de volver a inclinarme hacia mi mesa. Apenas eran las cinco y media, todavía temprano para mi gusto y, aunque no me quedaba mucho por terminar antes de irme, aún no estaba preparada para salir de allí.

La verdad es que, en los siete meses que habían pasado desde la noche en la que Jamie me llamó con su gran noticia, me había convertido en la reina de la evasión. Volví a la rutina, manteniéndome ocupada y evitando pensar en la boda. Claro que tenía que comprar un vestido para la ocasión y planificar lo que debía hacer como su madrina de boda, pero aparte de las pocas cosas que Angel había dejado en mis manos, había evitado todo lo demás.

No es que no hablara con Jamie, porque sí que lo hacía, pero simplemente no me permitía darle vueltas a nada una vez que colgábamos. Eso me resultaba más fácil las noches que River estaba en mi cama.

Era tan diferente a Jamie.

No es que fuera mejor ni peor, simplemente era diferente. Lo nuestro era algo informal y nunca me pidió hablar de ello, ponerle nombre o entenderlo. Tan solo funcionábamos como siempre, salíamos con el mismo grupo de siempre y, de vez en cuando, acabábamos en la cama el uno del otro. Eso era todo. Era sencillo, y era justo lo que necesitaba. Yo estaba evadiéndome, y él me lo permitía.

Aun así, yo lo notaba en su actitud. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más ganas tenía él de hacer las preguntas que me alegraba que no hiciera. No sabía cuánto tiempo más tardaría en hacerlas, ni qué diría yo cuando eso finalmente ocurriera.

Conseguí ocupar otra hora antes de activar en mi buzón de correo la respuesta automática y apagar el ordenador. Me levanté, me estiré otra vez y me sobresalté cuando las manos de River aparecieron por detrás y me agarraron de la cintura.

—Ya era hora de que salieras de aquí.

Miré a nuestro alrededor mientras me giraba para quedar frente a él, asegurándome de que estábamos solos en la oficina. No es que fuera un problema si estábamos juntos, sino que ninguno quería dar que hablar innecesariamente.

—Sabes que para mí esto es temprano.

—Sí, pero esta noche es una excepción —me recordó, entrelazando los dedos en la parte baja de mi espalda. No solíamos tocarnos así muy a menudo, preferíamos el tipo de contacto que acompañaba a los maratones de sexo. Pero aquella noche era agradable que me abrazara. River frunció el ceño y me atrajo un poco más hacia él—. ¿Preparada para tu gran viaje?

—Creo que sí.

—¿Quieres hablar de ello?

«Evadir, evadir, evadir».

—No, creo que estoy bien. —River frunció los labios y le di un golpe juguetón en el pecho, creando algo de distancia entre nosotros—. Hablo en serio.

—Vale. ¿Quieres pasar las horas que quedan hasta el embarque conmigo? —Se lamió el labio inferior y luego mostró una sonrisa relajada. En cualquier otra noche habría aceptado la invitación, pero por alguna razón su insinuación me ponía nerviosa.

—La verdad es que tengo que hacer la maleta —dije, cogiendo mi bolso de la mesa. Empezamos a caminar juntos hacia el ascensor mientras seguía hablando—. Y dormir. Porque bien sabe Dios que no voy a dormir mucho una vez que el avión aterrice.

River se rio mientras se abrían las puertas del ascensor. Extendió el brazo para cederme el paso y me siguió dentro.

—Es cierto. Aún me parece raro que le organices la despedida de soltero.

—Es algo informal, solo una noche en su bar favorito. No quería nada grande. —Me encogí de hombros—. En realidad, es la primera vez que participo en una boda, así que todo esto es nuevo para mí. Me alegro de que me lo haya puesto fácil.

—Sí. ¿La novia no va a hacer una despedida a lo grande?

Asentí cuando el ascensor llegó hasta la planta baja y se detuvo en el vestíbulo del edificio de oficinas; ambos nos pusimos el abrigo al salir al fresco aire primaveral.

—Sí, vuela a Nueva Orleans con sus amigas para la despedida de soltera. Veremos si llega a la boda con el collar de cuentas colgando todavía del cuello.

River sonrió con malicia, y se metió las manos en los bolsillos. Durante unos momentos caminamos en silencio, disfrutando de los sonidos de la ciudad mientras el sol se ponía tras los edificios. Era mediados de marzo y hacía frío, pero me encantaba. Pensando en los meses calurosísimos de Florida, donde casi no había invierno, no me importaba que el frío se quedara tanto tiempo en Pittsburgh. Me gustaba la sensación del aire seco y fresco. Era prometedor.

—Intenta no pensar demasiado en el trabajo este fin de semana, ¿vale? —dijo River cuando llegamos a mi edificio—. Relájate, diviértete y, si se te hace demasiado, puedes llamarme.

—Vale.

Le di un rápido abrazo con un beso en la mejilla antes de entrar en el portal.

—Que tengas un buen fin de semana, Riv.

—De verdad, puedes llamarme —dijo otra vez mientras yo dejaba que la puerta se cerrara. Me volví con una sonrisa y le saludé una última vez. El pelo rubio de River estaba despeinado por el viento frío, y con su abrigo gris claro de estilo marinero parecía sacado directamente de una revista de moda masculina. Me mordí el labio mientras entraba en el ascensor, preguntándome si pasar la noche con él no sería tan mala idea después de todo. Pero realmente necesitaba hacer la maleta y, más que nada, necesitaba enfrentarme a mis pensamientos.

Había pasado mucho tiempo evadiéndome, pensando que así todo desaparecería, pero la verdad era que al día siguiente estaría en un avión y luego allí, en el sur de Florida, con Jamie. Con su prometida.

Era hora de pensar de verdad en cómo me hacía sentir eso.

Hice la maleta despacio, poniendo a todo volumen el último disco de una banda *indie* de la ciudad que River me había mostrado. Pensé en servirme una copa de vino, pero decidí que prefería tener la cabeza despejada esa noche. Así que, en su lugar, preparé un café con helado y canela. Me recordaba un poco a mi padre, porque solía ser su postre favorito, pero era uno de esos recuerdos bonitos que tenía de él. A veces, cuando pensaba en mi padre, sentía dolor, otras veces una tristeza cálida y dulce, y el café con helado y canela me traía esa segunda sensación.

Cuando tuve la maleta lista para el fin de semana y la ropa para el día siguiente preparada, me desnudé, me recogí el pelo en un moño, y me sumergí en el agua caliente de un baño con espuma.

Ya iba por mi segunda taza y cogí una cucharada de helado de vainilla mientras las burbujas me cubrían cada vez más, y yo me

contaba las pecas de los muslos mientras estos desaparecían bajo la espuma. Tarareaba la letra de la música que seguía sonando en el altavoz de mi habitación y, cuando se llenó la bañera y terminé mi bebida, dejé el vaso en el suelo y me hundí un poco más.

Mis dedos jugueteaban con el grifo, dejando caer gotitas de agua mientras mis pensamientos finalmente empezaban a calar, junto con el agua caliente.

Jamie iba a casarse.

Respiré hondo, renovando el aire de mis pulmones, cerré los ojos un momento y luego los abrí de nuevo.

Iba a dolerme. Esa fue la primera cosa de la que me di cuenta, la primera que admití. Saber que Jamie se casaba con otra mujer dolía. Era un dolor cargado de arrepentimiento, un nudo retorcido de «qué habría pasado si...» mezclado con la idea de que daba igual. No era solo que se casaba con otra mujer, era que la amaba. Yo nunca había amado a otro hombre en mi vida, ni siquiera a Ethan. Solo a Jamie.

Así que dolía.

Iba a echarle de menos. Ese fue el segundo pensamiento que me caló. Sabía que su prometida había aguantado todo lo mío a lo largo de este último año y medio, pero también podía notar por el tono de su voz que no era mi mayor fan. Una vez casados, sabía que ella le presionaría cada vez más para que se distanciara de mí. Joder, era más comprensiva de lo que creo que sería yo en su lugar. Quería odiarla por desconfiar de mí, pero la verdad era que tenía razones para hacerlo y no la culparía si no quería que Jamie siguiera tan unido a mí como lo estaba.

Lo último que me golpeó fue lo más sorprendente, y me senté un poco más erguida en la bañera en cuanto lo entendí.

Estaba feliz por él.

Dolería, lo iba a echar de menos, pero él era feliz, realmente feliz, y eso también me hacía feliz a mí. Siempre había sido egoísta con Jamie. Lo quería aunque no pudiera tenerlo, cuando podía tenerlo pero no estaba lista. Pero ahora, porque aún lo amaba, iba a anteponer su felicidad a la mía. Iba a soportar el dolor, aunque solo fuera ese fin de semana, porque él me necesitaba.

Era mi mejor amigo.

No estaba segura de si eso cambiaría alguna vez. Tenía miedo de que así fuera, sentía esa posibilidad carcomiéndome por dentro.

Sin pensarlo siquiera, cogí el móvil, me sequé las manos con la toalla y busqué el nombre de Jamie para escribirle un mensaje.

Tengo miedo, Jamie...

Miré la pantalla con el cursor parpadeando, esperando a que terminara de escribir. Sentía el pecho cargado, me costaba respirar y, antes de hacer algo estúpido, borré todo el mensaje hasta dejar la pantalla en blanco y dejé caer el móvil al suelo.

—Todo irá bien —me susurré, cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra el borde de la bañera.

Esa noche no dormí. Di vueltas en la cama, con la mente llena de sueños extraños y fugaces en los que estábamos Jamie y yo.

Finalmente, sobre las cuatro de la madrugada, desistí de descansar y puse a The Piano Guys, dejándome ahogar en todo lo que tenía que ver con Jamie. Dejé que los recuerdos me invadieran, me olvidé de respirar durante un rato, y disfruté del peso aplastante de todo aquello.

Pensándolo ahora, me encantó cómo me sentí esa noche. Mi corazón estaba roto —completa, totalmente destrozado— y me gustaba ese dolor. Me recordaba que estaba viva, me llenaba de esperanza de que lo que tuvimos fue real, aunque técnicamente

nunca existiera de verdad. Jamie nunca fue oficialmente mío, pero yo siempre había sido suya, desde el primer momento.

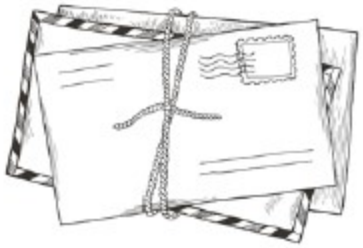
Perderlo dolía horrores, pero al final seguía sonriendo, porque al menos había podido tenerlo.

Un fin de semana más con Whiskey, y luego tendría que dejarlo ir.

Para siempre.

18

Los temblores



En cuanto el avión tocó tierra, antes incluso de llegar a la recogida de equipajes, me compré un café grande con hielo en la primera cafetería del aeropuerto que vi. No dormir la noche anterior a un vuelo temprano y, encima, ver a Jamie por primera vez en más de un año había sido un error y ahora sentía una mezcla rara de agotamiento y nervios. Pensé: «¿Por qué no añadir cafeína a la ecuación?».

Mientras sorbía por la brillante pajita verde, bajando por la escalera mecánica hacia la recogida de maletas, intenté concentrarme en la respiración. Me vino a la cabeza la clase de *hot* yoga a la que había ido con Mona unos meses antes, y procuré recuperar aquel estado mental. Funcionó... al menos hasta que abrí los ojos y le vi.

Dios... Whiskey había envejecido de maravilla.

Ya no era el chico que recordaba. Sus rasgos habían cambiado, y eso que solo hacía un año y medio que no nos veíamos. La mandíbula era siempre lo primero en lo que me fijaba y ahora estaba aún más pronunciada, enmarcando la media sonrisa que se le dibujaba en los labios mientras sostenía un folio donde se leía «SOLO B» escrito en letras grandes y descuidadas. Sonreí y eso le hizo sonreír aún más, mostrando unos dientes blancos y unos brillantes ojos color miel. Bajé el último peldaño, y dimos tres pasos cada uno hasta quedar frente a frente. Bajó la mano que sostenía el papel y nos tomamos nuestro tiempo para mirarnos bien. Llevaba el pelo otra vez corto, peinado, casi como el de River. Vestía vaqueros oscuros y una camiseta blanca de pico, con una camisa azul clara por encima, sin abotonar y remangada hasta los codos, dejando ver unos antebrazos fuertes que mostraban que seguía surfeando.

La barrica le había sentado bien y, aunque la «parte del ángel» se hubiese evaporado, Jamie no había hecho más que mejorar con el tiempo. Seguía siendo igual de intenso, haciéndome cosquillas en la nariz y despertándome el apetito. Pero ahora sus sabores estaban más maduros, su color más suave y sabía sin dudar que, si tenía el valor de probarlo y él la imprudencia de permitírmelo, no me recuperaría jamás.

Nuestras miradas volvieron a coincidir y él soltó una pequeña risa, abriendo los brazos.

—Ven aquí.

Ajusté la bandolera en mi hombro y me metí en sus brazos, respirando el aroma especiado y amaderado de su camisa mientras él me rodeaba por completo. Inspiré hondo y suspiré contra él, y creo que ambos lo sentimos: como si una pieza de nuestra alma se hubiese reencontrado y estuviera encajando de nuevo.

—Te dije que no vinieras, que podía coger un taxi.

—Supongo que aún no he aprendido a escuchar bien.

—Pero sí a vestir bien —dije, con la voz amortiguada contra su pecho.

Él se rio, se apartó un poco y cogió mi pequeña maleta.

—Y tú has aprendido a andar con tacones —comentó mientras miraba hacia mis pies con una ceja levantada. Cuando volvió a mirarme, juraría que había un calor especial en su mirada.

Tragué saliva, y me aparté un mechón rebelde.

—Es lo que pasa cuando vas de traje todos los días.

—Lo sé bien —dijo, señalando la cinta de equipajes de Pittsburgh —. Echo de menos ir en pantalones cortos o bañador el noventa por ciento del tiempo.

—Y yo echo de menos las sandalias y las camisetas de tirantes.

Era una charla insustancial, pero estábamos tanteando el terreno.

Jamie sacó mi maleta de la cinta, sin dejar que la cogiera a pesar de mi insistencia, y fuimos hacia el aparcamiento. Casi no hablamos; solo alguna indicación suya sobre por dónde ir. Cuando llegamos a su todoterreno, cargó mi equipaje detrás y me abrió la puerta del copiloto.

—Bienvenida a casa, B —dijo cuando me senté. No estaba segura de si se refería al sur de Florida o a su coche.

Pero algo había cambiado desde la última vez que estuve allí. Mi madre ya no vivía aquí, Jenna sí, pero estaba fuera, y el coche de Jamie de repente me resultaba incómodo. Vi una goma del pelo en la palanca de cambios, unos pantalones cortos de mujer en el asiento trasero, una foto de los dos juntos en el salpicadero. No me quité los zapatos ni puse los pies en alto como antes; me quedé recta, con las manos en el regazo, mirando por la ventanilla.

—¿Estás bien? —preguntó al girar a la izquierda.

Asentí.

—Sí, solo un poco cansada. Ha sido una noche larga.

No dijo nada más hasta dejarme en el hotel.

—¿Seguro que no quieres que te espere?

Depositó mis maletas delante de mí. Me fijé en el movimiento de los músculos de su espalda antes de contestar.

—No, en serio. Creo que necesito una siesta —mentí. No iba a dormir, pero tampoco quería pasar más tiempo con Angel del necesario.

—Vale —dijo, aunque parecía algo decepcionado—. Recuerda que la cena de ensayo es temprano, que Angel y las chicas tienen el vuelo para la despedida de soltera. ¿Puedes estar en el club a las tres? Te recogería, pero yo iré antes y sé que quieres descansar, así que...

—Cogeré un taxi, no te preocupes por mí, Jamie Shaw —le dije de broma, dándole un codazo mientras me colgaba la maleta en el hombro. Pareció relajarse un poco, y se metió las manos en los bolsillos.

—Nunca lo hago.

No hizo ademán de irse. Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos, diciendo más con los ojos que con las palabras, como de costumbre.

Finalmente carraspeó.

—Nos vemos en un rato.

Se dio la vuelta, y yo entré en el hotel. Tras registrarme, me dejé caer en la cama y solté un largo suspiro.

Allá vamos.

—¡B! —Sylvia vino corriendo hacia mí en cuanto crucé el comedor donde se celebraba la cena de ensayo. El club de campo era

pequeño pero elegante y, aunque llevaba un vestido nuevo de encaje de color rosa y unos tacones *nude*, me sentía poco arreglada. Sylvia me abrazó con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio, aunque no pude evitar sonreír.

—¡Has llegado!

—Sí —respondí.

Se apartó un poco, pero sin soltarme, y se giró.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡B está aquí!

Sylvia era la hermana pequeña de Jamie, y la única con quien había llegado a tener una verdadera relación. A Santana la había visto unas cuantas veces, sobre todo en fiestas familiares, pero nunca habíamos conectado como lo hicimos Sylvia y yo. Ella todavía me llamaba de vez en cuando y, cuando regresé de Alder, ayudó a Jenna a mantenerme cuerda.

—Qué alegría verte, cariño —dijo Rhonda, la madre de Jamie, acercándose para darme dos besos—. ¿A que es estupendo verla, Wes?

—Desde luego que sí. ¿Cómo ha ido el vuelo? —preguntó su padre mientras me pasaba un brazo por los hombros para guiarme hacia el grupo reunido junto a una gran mesa.

—Un poco movido al salir de la niebla de Pittsburgh, pero después de eso, bien. —Les sonreí, sintiendo un calorcito en el pecho. Me alegraba que se acordaran de mí, que parecieran contentos de verme, que les gustara que estuviese en la vida de su hijo.

Sylvia dejó mi bolso junto a su sitio en la mesa, me apretó la mano y salió corriendo otra vez. Entonces me di cuenta: había un silencio raro.

Todo el mundo me estaba mirando. Y no exagero: literalmente, todos los ojos puestos en mí. Reconocí primero a Claire, de aquella breve conversación en el bar la noche en la que vi por primera vez a

Jamie y a Angel juntos. Me miraba entornando los ojos, como si de repente le encajaran las piezas. Busqué otro rostro que me diera un respiro... y me encontré con Angel.

Era la primera vez que la veía de verdad; había evitado fotos en redes sociales. Para mi desgracia, era guapísima. Pelo rubio platino con corte *pixie*, ojos verde esmeralda que resaltaban sobre la piel bronceada. Más alta que yo, incluso con mis tacones. Enderecé la espalda sin pensarlo. Llevaba un vestido blanco corto, cerrado al cuello, con un collar grueso de oro, y todo en ella desprendía elegancia. Pertenecía a aquel club de campo. Yo, desde luego, no.

Siguió mirándome con los labios apretados. Pasé la vista por el resto de los que me escrutaban sin disimulo. Debían de ser su familia. Sentí que se me encogía el pecho y unas gotas de sudor me resbalaban por el cuello, justo cuando Jamie entró con tres de sus amigos: los padrinos.

Venían riéndose y, al sentir el silencio, Jamie debió darse cuenta de mi presencia. Volvió la cabeza y, en cuanto me vio, sonrió.

—Mira quién ha venido.

Parecía ajeno a las miradas asesinas que me lanzaba todo el mundo, porque cruzó la sala sin dudar, me abrazó, me levantó en el aire y me dio dos vueltas antes de volver a bajarme. Luego me besó en la mejilla y me pasó un brazo por los hombros, como había hecho su padre.

—Parece que ya estamos todos —dijo al grupo, que seguía mirándome... o, más concretamente, mirando el brazo de Jamie a mi alrededor—. ¿Qué es lo primero en el programa, mi preciosa prometida?

Eso rompió un poco la tensión. Un par de damas de honor se fueron a buscar cosas, mientras Angel avanzaba con sus padres y los de Jamie detrás. Forzó una sonrisa y se dirigió a mí.

—Tú debes de ser B —dijo con una expresión completamente tensa—. Soy Angel. Encantada de conocerte por fin. —Me tendió la mano y la estreché con una sonrisa incómoda. El brazo de Jamie seguía sobre mí.

—Tío, esto es el paraíso —dijo él, atrayéndola con el otro brazo—. Mis dos chicas favoritas en el mismo sitio. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Angel puso una mueca casi imperceptible antes de volver a sonreír, y yo intenté ignorar el nudo en el estómago. Me solté, carraspeé y señalé la mesa.

—¿Cenamos primero, Angel? ¿O quieres que te ayude a organizar el ensayo?

—Qué maja eres —respondió ella, y le noté por primera vez un leve acento sureño—. Ensayamos primero, así tienen más tiempo para terminar de preparar la comida. Pero tranquila, yo me encargo. —Le guiñó un ojo a Jamie y se llevó dos delicados dedos a la boca para soltar un silbido ensordecedor—. ¡Gente!

La sala se quedó en silencio.

—Hagamos un repaso rápido fuera antes de cenar. Y subrayo lo de rápido. Y añado «una sola vez», así que atentos a Bailey y luego comeremos y repartiremos los regalos.

Se giró hacia una mujer bajita y rellenita, con pantalones de vestir y polo rosa claro, quien supuse que sería Bailey. Esta dio unas palmadas para atraer la atención y empezó a colocar a todo el mundo. Yo me detuve junto a mi bolso para tomarme dos ibuprofenos antes de salir.

De momento, la cosa era tan horrible como me había imaginado.

Pero el dolor de cabeza no fue lo peor, sino el de estómago. Las náuseas me golpearon en cuanto vi la cara de Jamie mientras Angel avanzaba hacia él en el altar. Sus damas de honor estaban

embobadas, porque él la miraba como debía mirarla: como si no pudiera creer su suerte, como si para él no existiera nadie más en el mundo.

Cuando nos sentamos a cenar, estaba tan mareada que me resultó imposible comer. Esparcí la comida por el plato y di minúsculos bocados mientras charlaba con Sylvia y los padres de Jamie. Su hermana mayor no llegaría hasta el día de la boda, lo que en realidad me venía bien: nosotros cuatro no parábamos de reírnos en nuestro extremo de la mesa. Las familias parecían un poco divididas, en vez de unidas por un enlace. Jamie estaba en la otra punta, con Angel, su familia, y las damas de honor, mientras yo estaba con la familia de él y los padrinos, en el extremo opuesto de la mesa.

En su lado, él era claramente el alma de la fiesta y, en apenas dos horas, vi que la familia de Angel estaba rendida a sus encantos. Siempre había sido así. Si quisiera, Jamie podría conquistar a una monja.

Aunque eso no me consolaba.

De tanto en tanto, cuando mi mirada se escapaba hacia él, lo encontraba observándome. Me miraba mientras bebía de su vaso de *whiskey* solo, o cuando reía con los demás, como si yo lo anclara al momento presente. Y cada vez que lo hacía, mi estómago reaccionaba y yo me odiaba un poco más por ello.

No sabía ser amiga de Jamie. Ahora estaba más claro que nunca.

—Muy bien, pandilla de locos, tranquilizaos —dijo Jamie, en pie con su vaso de *whiskey* bien agarrado—. Las chicas tienen que ir al aeropuerto, pero antes queremos repartir unos regalos.

Angel se puso a su lado y se engancharon por la cintura mientras las damas de honor iban entregando regalos a padres y hermanos. Eran los clásicos: collares delicados para las madres, monederos personalizados para los padres y pequeños detalles con nombre para

cada hermano. Fue bonito ver a los padres de Jamie abrir sus regalos, sobre todo cuando vi que a Wesley se le llenaban los ojos de lágrimas y le daba una palmada fuerte en la espalda en plan abrazo de hombre.

—Por supuesto, no podíamos olvidarnos del cortejo nupcial —añadió Angel, con su cabello rubio corto rebotando mientras se agachaba para sacar más regalos de debajo de la mesa. Los pasó por toda la mesa, y Sylvia me entregó el mío justo cuando todos los demás empezaban a abrir los suyos.

Durante un momento me limité a observarlos. Por alguna razón me puse nerviosa al abrir el mío. Quizá porque era la primera vez que Jamie me hacía un regalo, aunque fuera por obligación, o porque era la única chica en su cortejo. Cuando vi que los chicos sacaban petacas de cuero con sus nombres grabados, suspiré aliviada. Era un regalo neutral, que él podía haber comprado para mí.

Metí la mano en la bolsita lavanda que combinaba con los colores de la boda que Angel había elegido y busqué entre el papel de seda, pero mis dedos toparon con algo duro y con forma de disco de jóquey. Fruncí el ceño, poniéndomelo en el regazo mientras los demás seguían emocionados con sus regalos. Miré alrededor, pero nadie me miraba.

Excepto Jamie.

Él sonreía con suficiencia, esperando a que viera lo que me había comprado y el nerviosismo volvió de golpe porque seguro que no era una petaca. Había una tarjeta pegada al objeto envuelto aún en papel de seda.

> Gracias por saber siempre exactamente lo que necesito. No podría hacer esto sin ti.
>
> Jamie

Me sonrojé, y no me atreví a comprobar si Jamie seguía observándome. Con cuidado, desenvolví el papel de seda y entonces solté una risa contenida.

Todos giraron el cuello al unísono y otra vez toda la atención estaba sobre mí, justo donde menos la quería, porque no podía parar de reír. Se me asomaron unas lágrimas y seguro que tenía la cara más roja del mundo mientras trataba de recuperar el aire. Todos me miraban, pero yo solo veía a Jamie.

—¿Qué pasa? ¿Qué es? —impaciente, Sylvia me arrebató el regalo, rompiendo mi contacto visual con Jamie. Frunció el ceño.

—«Cera para tabla Devil Cat» —leyó, y me reí de nuevo. Esta vez Jamie también se echó a reír.

Y toda la sala se giró hacia él.

Se inclinó, levantando la mano que no tenía el *whiskey*.

—Perdón, una broma privada.

Los ojos de Angel se clavaron en mí, y casi sentí que la piel se me derretía por la mirada. Probablemente debería haber reaccionado con madurez, guardar el regalo y desviar la atención hacia ella, pero en ese momento no me importó lo que pensara. Sonreí, busqué la mirada de Jamie una vez más, entonces Sylvia me devolvió la cera y la guardé.

En ese instante supe que él seguía siendo mi Jamie... aunque solo fuera un poco.

Cuando la cena terminó, las chicas se despidieron con abrazos y besos antes de irse al aeropuerto. Su emoción era palpable, y Jamie no parecía nada nervioso porque su futura esposa se marchara antes de la boda a una de las ciudades más fiesteras del país durante dos noches de desenfreno.

Angel, en cambio, no tenía problemas en mostrar su inseguridad. Se acercó corriendo a Jamie, le abrazó y besó de una manera que

estoy segura de que Wesley y Rhonda podrían haberse ahorrado ver. Se aseguró de que la viera rozando su lengua con la de él, las manos en su pelo, las de él en la curva baja de su espalda. Cuando abrieron los ojos, seguían besándose y ella me lanzó una mirada fulminante antes de separarse.

—Te voy a echar de menos —susurró, arreglándole la camisa—. Pórtate bien, ¿vale?

—Siempre —dijo Jamie, y la volvió a besar, esta vez de modo menos sexual, y Angel me lanzó una última mirada antes de unirse a sus damas de honor. Salieron gritando y festejando, y las dos familias se pusieron a recoger lo que quedaba.

En cuanto se fueron, respiré más tranquila. Me puse las manos en las costillas y forcé un suspiro con el vestido apretado.

—¿Estás bien? —preguntó Jamie.

—Sí, solo quiero quitarme este vestido —respondí sin pensar. Lo decía en serio, quería ponerme unos pantalones sin cremallera y un sujetador sin aros, pero cuando me volví hacia él para sonreírle, me encontré con el ardor del *whiskey* en su mirada.

—Deberíamos irnos. Los chicos trabajan mañana, pero yo me he pedido el día libre. Y es temprano —dijo, mirando su reloj. Ni siquiera eran las seis todavía, pero yo sabía con certeza que lo último que debía hacer era salir sola con Jamie.

—La verdad es que todavía estoy bastante cansada —susurré, aclarándome la garganta para darle más fuerza a lo que iba a decir —. Probablemente pase a ver a unos amigos y luego me acueste temprano.

La expresión de Jamie mostró decepción.

—Ah, vale. —Se encogió de hombros y señaló la bolsa de regalo que me colgaba de la muñeca—. ¿Te ha gustado?

Sonreí.

—Eres un idiota. A Rory le habrías caído bien.

Se rio, me pasó el brazo por los hombros y salimos juntos. Rechacé que me llevara al hotel e insistí en que se quedara con su familia, que yo cogería un taxi. Mentí, no tenía planes ni quería ver a nadie. Volví directa al hotel, me di una larga ducha caliente, me puse ropa cómoda y me tiré en la cama con un suspiro audible.

Encendí la tele, me planteé llamar a River, pero no lo hice. Después de una hora viendo *Padre de familia*, apagué el televisor y lancé un suspiro.

Eran las nueve de la noche.

De un viernes.

—Esto es patético —murmuré; salí de la cama y me puse las sandalias. Ni me maquillé ni me cambié, solo cogí la llave de la habitación y el bolso y bajé.

De repente, tuve antojo de *whiskey*.

«Gracias a Dios por los hoteles con estilo».

Esas fueron las palabras que susurré entre dientes mientras mordisqueaba mi galleta caliente gratis y me bebía un Crown Royal Black con hielo en la barra del hotel. Había entablado una conversación casual con el camarero, Beuford, pero sobre todo me dediqué a sorber y picotear mientras veía los resúmenes deportivos en la televisión, que estaba sobre las botellas de licor. No tenía ni idea de qué significaba nada de aquello, mi experiencia deportiva se limitaba a los partidos que veía en el instituto y a los cuatro partidos de los Pirates a los que había conseguido ir con los del trabajo. Incluso entonces, no entendía lo que estaba pasando; simplemente animaba y abucheaba junto con los demás.

Quizá era solo un poco menos patético que estar tumbada en la cama del hotel, pero me sentía bien por haber decidido bajar tranquilamente al bar. Había unas cuantas personas más alrededor, un hombre de mi edad al final de la barra que aún vestía ropa de oficina con una etiqueta de conferencia colgada en el cuello, dos parejas mayores conversando en una mesa detrás de mí en el área de asientos acolchados y, de vez en cuando, familias que pasaban de largo de camino a la salida o a la piscina. Solo el ruido y la presencia de otras personas ya me hacían sentir mejor y, para ser sincera, era toda la interacción social que podía soportar en ese momento.

El día había sido duro.

Sabía que el fin de semana lo sería, pero ver a Jamie con Angel me había dado una patada en la entrepierna más fuerte de lo que esperaba. Era fácil repetir las palabras para mí misma en una bañera a kilómetros de distancia, «Jamie se va a casar», pero verlo realmente con su prometida era completamente diferente. Dolía, quemaba, dejaba cicatrices.

Suspiré, di un largo trago a mi copa y me comí la última migaja de la galleta. Estaba justo quitándome las migas de los dedos cuando alguien apartó la silla a mi lado.

—Esto me pega más —dijo Jamie, y yo me quedé a medio masticar. Miró mi vaso, se sentó en el taburete y le hizo un gesto al camarero con el dedo—. Te vi tomar un vaso de agua en la cena de ensayo.

Tragué los restos que tenía en la boca y levanté mi copa.

—Bueno, no tenía ganas de beber en ese momento.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Seguro que puedes adivinarlo.

El camarero puso una servilleta delante de Jamie y él pidió su propio Crown Black, solo, después de confirmar que era lo mismo

que yo tenía en la copa. Dio el primer trago y suspiró.

—Sabes, me gustaría decir que me sorprende verte aquí, pero supongo que no es verdad, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—Actúas como si no te conociera. —Su mano seguía rodeando la copa mientras se inclinaba hacia mí—. Pensé que volverías al hotel, te darías cuenta de que es temprano y no puedes dormir y acabarías aquí, en el bar. No estaba seguro —añadió—. Pero supongo que esta noche la suerte estuvo de mi lado.

Cogí mi copa y la hice girar, moviendo el hielo.

—Supongo que sí.

Jamie me miraba de esa forma suya y, por primera vez en mi vida, deseé que dejara de hacerlo.

—No estás bien, ¿verdad? —Fue una pregunta, pero la dijo como si fuera una afirmación—. Por todo esto, quiero decir.

—Estoy bien.

Suspiró, se pasó una mano por el pelo y miró los resúmenes de baloncesto en la pantalla antes de volver a mirarme.

—No tienes por qué hacer esto, ¿vale? Puedes irte, yo puedo...

—No digas tonterías, Jamie —lo interrumpí, forzando la sonrisa más sincera que pude reunir—. ¿Qué vas a hacer? ¿Devolverme lo que me costó el vestido que cuelga en mi habitación? ¿El vuelo de ida y vuelta? No seas tonto. Además, no me perdería esto por nada. Te quiero. —La voz se me quebró un poco al final, pero lo disimulé —. Quiero estar aquí. Es duro y siempre soy honesta contigo, así que no voy a negarlo, pero no quiero irme.

No era mentira. Aunque me dijera que podía irme y que me devolvería todo, no lo haría. Dolía estar aquí, pero dolería más no estar: estar a kilómetros de distancia preguntándome cómo sería, cómo estarían juntos, qué canción bailaron, de qué color era el

estúpido pastel. Era una tortura enfermiza, en cierto modo, pero quería estar con él... aunque no pudiera estar con él del todo.

—¿Estás segura? —Frunció el ceño, y yo le agarré el antebrazo.

—Sí, lo estoy. —Sus ojos bajaron a mi mano y la retiré, cogiendo de nuevo mi bebida. Estar cerca de Jamie sin poder tocarle era como beber café descafeinado. No satisfacía. El subidón estaba al alcance, pero completamente inalcanzable al mismo tiempo.

—Además, me lo devolverás. Algún día seré yo la que se case y espero que estés allí.

Seguía mirándose el brazo donde había estado mi mano, y su mandíbula se movió un poco. Cogió su propia copa, pero mantuvo la mirada baja.

—Soy feliz. La quiero, B. De verdad que sí.

El puñal se hundió más todavía, pero me tragué el lamento.

—Lo sé.

—Pero, con todo, también te quiero a ti. —Entonces levantó la vista hacia mí—. No sé si eso cambiará alguna vez.

No tuve que preguntarle qué quería decir, porque lo sabía. Lo sentía en todo mi ser. Jamie Shaw era parte de mí, y lo sería siempre.

—Espero que no.

Sonrió y extendió una mano cauta para tocarme la mejilla. Me apoyé en esa palma y ambos exhalamos juntos, riendo suavemente.

—Uf —dijo Jamie, y me acarició el pómulo con el pulgar antes de soltar la mano y sacudir los hombros—. Bueno, basta de cosas serias. Ponme al día de todo. ¿Qué tal el trabajo? ¿Sigues arrasando? ¿Randall ya está planeando tu próximo ascenso?

La conversación fue sencilla a partir de ahí. Le puse al día de mi vida y él hizo lo mismo con la suya. No me sorprendió oír que su padre ya hablaba del plan de Jamie para ser socio en la firma, y mi

corazón se llenó de orgullo antes de recibir un pinchazo al pensar que Jamie estaba justo donde siempre había querido estar. Estaba trabajando en la firma, se iba a casar, los hijos no tardarían en venir. Todo estaba pasando. Yo no formaba parte de ello y, sin embargo, sí. Siempre habíamos existido en ese limbo y supongo que siempre lo haríamos.

Nos reímos mucho esa noche, bromeando y recordando tiempos pasados. Me preguntó si tenía novio, de unas siete formas creativas, y yo esquivé la pregunta cada vez, dejando fuera lo que pasaba entre River y yo. Cogimos lo que necesitábamos el uno del otro y eso fue todo. La verdad era que no tenía tiempo para novios y me parecía bien lo de estar sola un tiempo.

—Supongo que debería dejarte dormir —dijo Jamie mientras bostezaba, ante mi tercer vaso de *whiskey* ya vacío. Miró el reloj y luego me estudió de nuevo, mordiéndose el labio inferior—. Sabes, deberíamos ir a surfear mañana.

—¿Qué?

Asintió.

—O sea, ¿por qué no? No tenemos planes hasta la despedida de soltero. Los chicos tienen que ir a recoger sus trajes después del trabajo y yo me aburriré como una ostra, y probablemente me ponga nervioso si paso el día solo.

—Creo que estás olvidando un detalle clave —dije, haciendo una pausa para ver si él completaba la frase. Cuando no lo hizo, suspiré —. Ya no tengo tabla, ¿recuerdas? —Me metí las manos bajo los muslos, apoyada en el taburete de cuero, y me encogí de hombros —. Mi madre vendió todo en cuanto ella y Wayne compraron ese barco, y eso incluye mi vieja tabla.

—Lo sé.

Jamie me miraba con una sonrisa tonta y ojos vidriosos por el *whiskey*. Alcé una ceja.

—Vale... entonces sabes que no tengo tabla para que vayamos a surfear mañana. A no ser que alquile una, lo cual suena horrible.

—No tienes que alquilar nada. Tienes una tabla.

Entonces se levantó y sacó suficiente dinero para pagar lo de los dos. Quise detenerlo, pero mi mente estaba demasiado ocupada intentando comprender lo que estaba diciendo.

—No lo entiendo.

Me agarró de las muñecas, tirando de mí hacia delante para que me bajara del taburete y me abrazó. Apoyó la barbilla en mi cabeza un segundo, luego se apartó con las manos todavía en mis brazos.

—¿De verdad pensaste que dejaría que tu madre vendiera tu tabla a cualquier desconocido? —Me quedé boquiabierta, pero Jamie no parecía afectado en absoluto; simplemente guardó la cartera en el bolsillo con una sonrisa.

—¿Has comprado mi tabla?

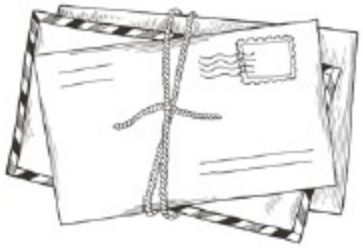
—Pues claro. —Guiñó un ojo y me costó muchísimo controlarme para no lanzarme sobre él. Quería besarlo con todas mis fuerzas. Quería que estuviera en mi cama, sus manos sobre mí, mis labios sobre los suyos. Nadie me había querido como Jamie lo hacía y no había añorado una última noche con él hasta ese preciso momento.

Pero él se apartó, aún mirándome, dio tres pasos largos con una sonrisa pícara y luego se giró y me llamó por encima del hombro.

—Paso a recogerte a las siete.

19

Limpia



Por fin estaba en casa.

Jamie estaba sentado a mi lado sobre su tabla, los dos a horcajadas y esperando la siguiente ola. Era temprano, el sol luchaba por salir ante nosotros y el agua seguía fría por el invierno, estaba como en casa. Repasé con el dedo los dibujos negros de mi tabla, sintiendo el pecho cálido al saber que Jamie se la había comprado a mi madre. La había guardado, la había conservado por si acaso yo volvía a casa. Parecía un gesto pequeño, pero decía mucho.

—No hay nada como esto —susurré mientras una ola suave rodaba debajo de nosotros. Jamie se giró para mirarme, pero yo mantuve la vista en el horizonte—. Hay tantas cosas increíbles que ver, tantas ciudades y lugares diferentes, pero nada se compara con la sensación de estar sentada en una tabla, esperando la ola.

Jamie siguió mi mirada.

—Ya. Te enseña a ser paciente, te recuerda lo insignificante que eres realmente, pero de alguna manera también te hace sentir invencible.

—Como una limpieza del alma o algo así.

Asintió.

—Sin ti tampoco es lo mismo, ¿sabes? —Su pie derecho rozó el mío bajo el agua—. Es raro. Surfeaba antes de conocerte, surfeaba todo el tiempo después de que te fuiste de Alder y sigo surfeando ahora que te has ido, pero es que es diferente cuando no estás aquí. La misma tabla, las mismas olas... —Su voz se apagó—. Vibras diferentes.

Sonreí, y entrecerré los ojos contra el sol que se hacía más fuerte mientras lo miraba.

—Siempre tan encantador, Jamie Shaw. —Se sonrojó, y juraría que era la primera vez que lo veía así—. Vas a tener que controlarte cuando lleves la alianza puesta.

Se rio.

—Creo que Angel espantará a todas las chicas sin que yo haga nada.

—Júramelo —contesté rápido—. Es como un pitbull con vestidito de tul, la tía.

—Me quiere y no tiene miedo de defenderme si hace falta —dijo, y, aunque no creí que quisiera lanzarme un dardo, así me sonó. Jamie soltó una carcajada. —Joder, B. Me voy a casar. Mañana.

Alzó una ceja y negó con la cabeza, con una de las sonrisas más radiantes que le había visto. Realmente estaba feliz y, en ese momento, yo también lo estaba.

—¿Estás listo? —pregunté.

Me miró las manos sobre la tabla, pensativo.

—Sí. Lo estoy. Totalmente.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, tenían un ligero toque de tristeza. Creo que la vio reflejada en los míos y mantuvo la mirada, sin dejarme apartar la mía. Los dos lo sentimos en ese momento, la realidad de todo. Él ganaba a una mujer a la que amaría el resto de su vida, pero me perdía a mí durante el proceso. Quizá no del todo, pero sabíamos que nada volvería a ser igual después de ese fin de semana.

Pero no nos permitimos lamentarnos.

Surfeamos toda la mañana, y teníamos la piel acartonada por el sol y la sal cuando cargamos las tablas y comimos algo rápido en uno de los bares de la playa. Hablamos, reímos y, durante unas horas, fuimos solo nosotros dos. Por lo que sabíamos, podían ser las últimas horas a solas que tendríamos y las aprovechamos bien.

Cuando subimos de nuevo a su Jeep, me quité las sandalias y apoyé los pies arenosos en el salpicadero, recostándome contra el asiento de cuero con un suspiro. Cerré los ojos, dejando que la cabeza descansara en el reposacabezas, y entonces sentí la mano de Jamie sobre la mía.

Volví la muñeca hacia arriba para encontrar su palma mientras sus dedos se entrelazaban con los míos. Con la cabeza todavía hacia atrás, me giré para mirarlo, abriendo lentamente los ojos. Por un instante fugaz, volvimos a tener diecisiete años y recordé aquella primera noche en su Jeep como si estuviera pasando justo ahora. Jamie me preguntó algo entonces, no con palabras, sino con una mirada llena de deseo. Quería decir algo, pero se le atascó en la garganta y supe que era mejor que no lo dijera en voz alta. Así que apreté su mano, y él me regaló una sonrisa apretada antes de soltarme la mano y arrancar el motor.

Viéndolo en perspectiva, qué idiotas fuimos al pensar que todo saldría bien. ¿Qué esperábamos realmente? No estoy segura. La

verdad era que estábamos reconociendo que él se casaba al mismo tiempo que lo ignorábamos. Era una danza peligrosa, ninguno de los dos dirigía, los dos esperábamos una señal del otro que nunca llegaría.

Jamie decidió de forma impulsiva que quería ir de acampada para su despedida de soltero en vez de ir simplemente al bar. Parecía algo pequeño, una decisión impulsiva, una desviación divertida en el fin de semana, pero terminó siendo la primera ficha que hizo caer a las demás con un estruendo caótico y precioso.

Y todo lo que pudimos hacer fue ver cómo pasaba. En cámara lenta y, a la vez, a la velocidad de un rayo.

Jamie tenía un grupo de padrinos de boda muy extraño.

Como si tenerme a mí como su madrina de boda no fuera ya raro, no había ni un solo amigo en su grupo al que conociera desde hacía más de tres años. Dos eran compañeros de trabajo, y el otro era el hermano mayor de Angel. No me malinterpretes, parecía estar unido a todos ellos, pero me parecía raro que no tuviera una conexión más personal con los chicos que estaban a su lado en su gran día. Entonces me di cuenta de que Jamie era selectivo a la hora de elegir con quién se abría, a quién dejaba entrar, y no podía creer que nunca me hubiera dado cuenta antes.

Los dos compañeros eran Ryan y Charlie, y no podían ser más diferentes. Ryan era alto y delgado, con el pelo rubio cobrizo y más pecas en las mejillas que yo. Era muy divertido, hacía bromas todo el rato, y él y Jamie, juntos, eran como uña y carne pero en una pista de circo. Charlie, por otro lado, era un gilipollas. Al menos, así lo percibí. También era alto, pero cada centímetro de él era músculo. Tenía la piel oscura, el pelo oscuro, los ojos oscuros y el ceño

siempre fruncido. Nunca se unía a las bromas con los otros chicos y parecía que siempre me miraba con desconfianza, como si sospechara de mí. Quizá era así, no podría asegurarlo porque hacía todo lo posible por evitar hablar conmigo. Jamie le mostraba mucho respeto y me preguntaba si era por el trabajo o por algo personal, pero no me importó tanto como para preguntar.

El hermano de Angel, Andrew, se parecía mucho a ella. Pelo rubio, piel bronceada y ojos verde brillante. Parecía un poco suspicaz conmigo igual que Charlie, pero fue amable y de hecho me habló más que los otros dos juntos. Era simpático, pero no vi mucha química entre él y Jamie. Me pregunté si estaba en el grupo solo porque Angel quería que estuviera, pero, de nuevo, no me importó tanto como para preguntar.

Aun siendo un grupo raro, lo estábamos pasando genial. Habíamos llenado el Jeep de Jamie y la camioneta de Charlie con material de acampada, demasiada comida y una cantidad obscena de alcohol, y nos dirigimos a los manantiales. Nunca había montado una tienda antes y, para ser sincera, todos éramos un poco inútiles en la materia, pero al final lo logramos, con la ayuda de Bud Light, claro. Luego todo se desarrolló de forma tranquila y casual, solos, nosotros cinco, alrededor de la hoguera, bebiendo, comiendo y riéndonos. Montamos una mesa y jugamos a juegos de beber, algo que no hacía desde la universidad, y descubrí que, aunque mis habilidades para surfear no habían disminuido con los años, mi puntería para meter una pelota blanca de pimpón en un vaso rojo de plástico sí.

Fue una noche fácil, relajada, y eso era justo lo que Jamie quería. Lo amaba aún más por eso, por no querer estríperes, apuestas ni puros. A ninguno de los otros parecía importarle que no saliéramos

de bares. Estábamos todos contentos y, durante un rato, me relajé. El fin de semana no había sido tan malo después de todo.

Pero aún no había terminado.

—La mayoría de las chicas serían insoportables en esta situación, ¿sabes? —me dijo Charlie más tarde esa noche cuando estábamos todos alrededor del fuego. Jamie estaba contándole una historia a Andrew y Ryan ya se había ido a la tienda a dormir.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros, sin sonreír. Nunca sonreía.

—No sé. Algunas chicas dicen que son «una más del grupo», pero en realidad eso solo significa que fingen tener interés en deportes o coches o algo para parecer guais y, secretamente, cuentan con que alguien se enamore de ellas. Me esperaba un poco que tú fueras así.

—¿Y te he sorprendido?

—Más o menos. —Resopló—. Quiero decir, claramente no sabes nada de deportes, pero no finges que sí. Eres tú misma. Y aunque debería ser raro que estés acampando con un grupo de tíos, no lo es. No estás tonteando con ninguno, no dices gilipolleces.

Creí que iba a seguir hablando, eso parecía, pero se quedó callado y yo sonreí.

—Entonces ¿por qué solo «más o menos»?

Charlie apuró la cerveza, aplastó el vaso y lo tiró a la bolsa que habíamos puesto para reciclar.

—Puede que no seas una tía falsa intentando ser uno de los chicos, pero estás enamorada de Jamie.

Su mirada acusadora se clavó en mí y se me borró la sonrisa.

—Por fuera mantienes la calma, pero yo lo veo. Tú y Jamie estáis jugando con fuego, y no quiero estar aquí cuando todo estalle.

El corazón me iba a mil y, por mucho que quisiera enfadarme por su tono acusador, no podía culparle.

—Yo no... nunca lo haría...

Se levantó.

—No lo dudo. Pero tú no eres la que me preocupa. —Miró a Jamie, y Jamie me miraba a mí. Yo volví a mirar a Charlie, quien arqueó una ceja—. Tú no darías el primer paso, pero ¿qué harías si lo diera él?

Abrí la boca, pero la cerré enseguida. Era una pregunta retórica. Charlie ni siquiera esperó respuesta.

—Nos vemos por la mañana —dijo mientras rodeaba el fuego de camino a su tienda.

—Sí, yo también me voy a acostar —añadió Andrew.

Jamie levantó los brazos y derramó un poco de cerveza.

—¡Venga ya! ¡Si no es ni la una!

—Que te casas mañana, campeón —respondió Andrew sonriendo y dándole una palmada en la espalda—. Tenemos que estar en pie temprano.

Jamie rio.

—Sí, sí, vale. Flojos.

Andrew le hizo un corte de mangas y desapareció en su tienda.

—¿Y tú qué? —me preguntó Jamie, mirándome por encima del vaso mientras bebía.

Las palabras de Charlie resonaban en mi cabeza, y estuve a punto de decirle que yo también me iba a dormir. Pero vi que estaba nervioso por lo del día siguiente, algo que los demás no habían notado, y no quería dejarle solo. Desoí la advertencia de Charlie, y me senté junto a él.

—Dormir está sobrevalorado.

Sonrió, con los ojos vidriosos fijos en los míos.

—Eres la mejor, B.

—Pues no lo olvides —dije, chocando mi vaso con el suyo.

Charlamos un rato, un poco de la boda y mucho de cualquier otra cosa. Terminamos enseñándonos vídeos absurdos en el móvil y riendo hasta llorar. Yo acababa de poner uno de una broma que salía mal cuando tuve que levantarme.

—Mira esto —le dije, pasándole el teléfono—. Tengo que buscar un arbusto para mear.

Él se rio.

—Qué asco.

Hice una reverencia, y me alejé dando saltitos.

Casi lo había conseguido: salir del fin de semana con poco más que un corazón magullado. Pero, al volver, Jamie estaba con mi teléfono en la mano, mirando el fuego. Me detuve, sin sentarme. Lo observé, con la ropa manchada de tierra y el fuego proyectando sombras en su cara. Pareció pasar una eternidad hasta que se levantó y me tendió el móvil.

—¿Has guardado mis mensajes de voz?

Miré la pantalla, llena de su nombre. Tragué saliva, apagué la pantalla y me lo guardé en el bolsillo trasero.

—Sí.

—Los escuchabas cuando yo estaba en Alder. —No era una pregunta.

—Sí.

—¿Aún los escuchas?

Noté un dolor en el pecho y me crucé de brazos.

—A veces.

—¿Por qué? Puedes llamarme cuando quieras, B.

Me reí.

—No creo que a tu prometida le apetezca que otra mujer te llame a las dos de la madrugada.

Desvió la mirada hacia mis piernas y, por un momento, creí que iba a rebatirme, pero no discutió. Yo sabía que se engañaba pensando que podía casarse con Angel y seguir teniéndome cerca... Pero no podía, al menos no como él pensaba. No lo envidiaba, porque sabía que él quería a Angel, que se preocupaba por ella. Pero aún era esclavo de lo que sentía por mí. Lo sabía porque a mí me pasaba lo mismo.

—Deberíamos dormir un poco —dijo al fin.

—Sí. —Suspiré, apartándome el pelo de la cara, y luego pasé junto a él—. Buenas noches.

Mi hombro le rozó el brazo y me agarró de la muñeca. Me atrajo hacia sí, rodeándome la cintura. Al principio me quedé rígida, pero poco a poco le pasé los brazos por encima. Hundió la cara en mi cuello, respirando apenas. El fuego crepitaba.

—Buenas noches —susurró, aunque no me soltaba. Su agarre se intensificó, y me recorrió un escalofrío cuando sus labios me rozaron la piel. Ese contacto despertó recuerdos: noches en la playa, en su cocina, a distancia... todo volvió de golpe. Mi autocontrol, ya débil, se desmoronó.

—Jamie...

En cuanto su nombre salió de mis labios, lo lamenté, porque había querido decirlo como una advertencia, pero sonó como una súplica... y Jamie respondió, rompiendo por fin la tensión eléctrica y ardiente que había entre nosotros desde que había llegado. Su lengua me recorrió todo el cuello y me mordió suavemente la mandíbula antes de que sus labios reclamaran los míos. Ambos inhalamos al mismo tiempo, con el corazón acelerado, mientras mis brazos se apretaban alrededor de su cuello y sus dedos me marcaban los costados.

Gemí contra su boca, todo en mi interior gritaba que parara mientras mis manos lo atraían más cerca. Le arañé la espalda, le tiré

del pelo, suplicándole que no se detuviera cuando debería haberlo alejado. Me besó como siempre lo había hecho, con labios carnosos y lengua experta, manos fuertes y posesivas.

Abrí los ojos de golpe, pasando la vista por las tiendas, con el corazón acelerado ante la idea de que alguno de los chicos nos escuchara o, peor aún, nos viera. Como si me leyera la mente, Jamie me empujó hacia su tienda, rompiendo el contacto el tiempo justo para quitarse la camiseta y dejarla junto a su saco de dormir mientras me tumbaba en el suelo con cuidado. Sus manos estaban ansiosas mientras metía las piernas entre las mías para separarlas, la fricción de sus pantalones cortos contra los míos avivaba el fuego que habíamos intentado apagar con tanto esfuerzo hasta ahora. No podía respirar, tenía los ojos entrecerrados, la mente nublada, y el corazón me pesaba y me dolía con cada roce de sus dientes contra mi piel.

Me pasó la mano por el muslo hasta engancharla detrás de mi rodilla para levantarme la pierna bien alto, mientras se rozaba contra mí con más fuerza. Gemí, con los ojos en blanco, y sin control ya. Sus dedos me rodearon la parte trasera del muslo y pasaron bajo mis pantalones cortos, recorriendo toda la longitud de mis bragas, y entonces mis ojos se abrieron de golpe y presioné con las dos manos con fuerza contra su pecho.

—No tengo voluntad para parar esto, Jamie —susurré. Él se desplomó sobre mis manos y atrapó mi boca con un beso hambriento. Yo intenté apartarlo de nuevo y él sonrió, moviendo las caderas contra las mías mientras yo luchaba contra la sangre que me golpeaba ardiente entre las piernas—. Tienes que ser tú quien pare. Yo no puedo...

Mis respiraciones eran tan fuertes que avivaban el deseo de Jamie. Él se lamió los labios, bajando para besarme otra vez cuando hablé

más alto.

—Te vas a casar.

Se detuvo, la mano quieta detrás de mi muslo, los ojos ardiendo al clavarse en los míos. Yo quería ser buena persona, quería decirle que parara, decirle que estaba mal, pero la verdad era que lo deseaba. E iba a dejar que él eligiera.

—Si me vuelves a besar, podrías echarlo todo a perder. —Mi pecho se alzaba con cada palabra—. Si me besas otra vez —repetí, con la mirada fija en la suya—, no te dejaré parar.

Jamie se aproximó un poco más hacia mí, los labios cerca de los míos otra vez, pero se detuvo. Frunció el ceño, su aliento seguía cálido sobre mi piel, y esperé. No lo tenté más. No moví las caderas contra él ni le arañé la espalda. Solo esperé, dejándole pensar un momento antes de que hiciera su siguiente movimiento. Cuando suspiró y me liberó la pierna, solté el aire que había estado conteniendo mientras cerraba los ojos para no tener que ver cómo él se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

Se apartó rodando, cayendo de lado, los dos boca arriba, respirando como si el oxígeno quemara.

—Lo siento —susurró, y yo negué con la cabeza.

—No pasa nada. Es solo lujuria, Jamie —mentí. Él sabía que era mentira, yo también lo sabía, pero Angel no merecía salir herida solo porque nosotros lo descubriéramos demasiado tarde. Él la amaba, pero sentía esa misma necesidad primitiva de mí que siempre había existido entre nosotros. No sería justo dejar que tirara por la borda todo lo que había construido con ella solo porque quisiera estar conmigo una vez más.

Si me hubiera besado de nuevo, habría dejado de resistirme. Me habría entregado a él y entonces nos habríamos despertado al día siguiente con el corazón lleno de culpa. Él habría sido infiel y yo una

rompehogares. Me senté erguida, pues necesitaba distancia, pero Jamie me alcanzó.

—Espera —rogó—. ¿Puedes... quieres quedarte? Solo... estar aquí conmigo.

Lo miré, preguntándome si las batallas en su cabeza eran las mismas que las mías. Asentí, me tumbé de nuevo y él me atrajo contra su pecho; luego su respiración se fue calmando hasta que supe que se había dormido.

No debería haber pronunciado su nombre. Debería haberme apartado cuando dijo buenas noches, haberlo obligado a soltarme. Pensaba que estaba limpia, que podía controlar la tentación, pero había cedido. Lo había probado otra vez, alimentado a ese monstruo carnal dentro de mí, y había sido el mayor error. Porque ahora recordaba con toda claridad cómo era estar con él y me di cuenta de que, aunque le había pedido que parara, en realidad no quería que lo hiciera.

Pero él sí.

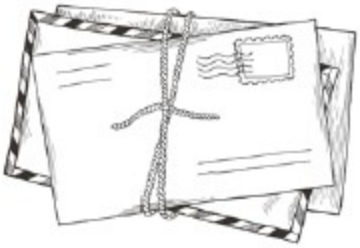
Y mañana se casaría con otra mujer y yo estaría en un segundo plano.

No estaba limpia en absoluto.

No estaba segura de poder estarlo nunca.

20

Medicina



El crujido de la lona de la tienda de Jamie me despertó temprano a la mañana siguiente cuando la luz del día empezaba a entrar a través del tejido verde. Abrí los ojos con cuidado y me crucé con la mirada dura de Charlie, quien nos observaba desde fuera. Se golpeó la muñeca con un dedo, señalándome que era hora de irnos. Asentí, y él frunció el ceño un poco más antes de bajar la cortina y dejarnos a solas.

Tenía el cuello agarrotado de dormir sobre el brazo de Jamie y me giré despacio, encogiéndome de dolor mientras lo hacía. Los ojos de Jamie se entreabrieron al moverme y me apoyé en el codo, mirándolo desde esa postura mientras él me devolvía la mirada.

—Hola —susurré.

Se estiró un poco, y el saco de dormir se le bajó dejando descubierto el pecho desnudo.

—Hola.

La mirada de Whiskey esa mañana casi me mata. Me observaba fijamente, con los ojos adormilados, el pelo despeinado por mis manos. Era la última mañana que despertaría siendo mi Jamie, y ni siquiera era realmente eso. Nunca lo había sido y, sin embargo, siempre lo era. Nunca estaríamos juntos y, sin embargo, nunca estaríamos separados. Era enfermizo, dolía como el infierno y, por alguna razón, los dos nos aferrábamos a ese dolor insoportable.

—Es hora de llevarte al altar —dije suavemente, con una sonrisa débil y llena de cosas no dichas.

Jamie tragó saliva, asintió y se apoyó en la palma de la mano mientras se pasaba la otra por el pelo. Sus ojos se fijaron en la cortina de su tienda, todavía entreabierta por Charlie, y le dejé tomarse el tiempo que necesitaba. Tras un momento, se levantó, recogió la camiseta del suelo y salió sin mirar atrás.

No me miró mientras recogíamos el campamento, ni cuando condujimos de vuelta al pueblo, ni siquiera cuando me dejó en el hotel. Le dije que nos veríamos pronto y él simplemente asintió, metió la marcha al Jeep y se alejó mientras yo me quedaba allí con la bolsa al hombro.

Quedaban dos horas antes de tener que estar en el club, así que me di una ducha larga, dejando que el agua me quemara la piel antes de enfriarse hasta quedar gélida. Estaba temblando cuando finalmente la apagué, salí y me miré al espejo mientras me enrollaba una toalla alrededor del pecho. Tenía el rímel corrido, y los rizos me goteaban sobre el pecho mientras mi mirada se posaba en las pecas de mis mejillas.

Era hora.

—Oh, gracias a Dios.

Acababa de salir de un taxi, protegiéndome los ojos del sol que ya estaba alto, cuando un hombre mayor se me acercó corriendo. Otro, quien parecía una versión más joven y redonda del primero, le seguía de cerca, ambos cargados con cámaras grandes y varias bolsas.

—¿Eres del grupo de la boda Shaw?

—Sí. —Guardé el pintalabios con el que me había estado retocando en el taxi dentro del bolso.

—Perfecto. Se supone que debíamos hacer fotos de la novia y las damas preparándose, pero nadie contesta el teléfono y los padrinos se comportan como si fueran los de seguridad. No nos dejan entrar a la zona de vestuarios.

El hombre era delgado y tenso como un alambre y, francamente, me abrumaba un poco, aunque también tenía algo adorable. Levanté las manos para calmarlo.

—Está bien, no os preocupéis. Acabo de llegar, dame un segundo para averiguar dónde están todos y luego os llevaré donde tengáis que ir, ¿vale?

Asintió, suspirando aliviado.

—Vale. Gracias.

Sonreí, y entré en el club de campo. Al principio no vi a nadie, ni siquiera a la familia de Angel preparando la decoración fuera. Eché un vistazo rápido al pasillo trasero al pasar por la entrada principal y giré a la izquierda hacia donde había sido el ensayo. No había nadie.

Pero cuanto más me acercaba a donde había sido la cena, más se me erizaba el vello. Algo no iba bien. Oí gritos apagados por el pasillo y aceleré el paso, hasta que casi choqué con Charlie, cuando salió de la sala del ensayo, y me puso una mano firme en el hombro.

—No creo que quieras entrar ahí.

Se oía claramente el ruido y Jamie era una de las voces. Intenté pasar junto a Charlie, pero me apretó el hombro con más fuerza.

—Hablo en serio. No es tu pelea.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Jamie? ¿Por qué nadie está preparando nada? El fotógrafo está histérico —dije, señalando detrás de mí. Entonces vi a Ryan y a Andrew, en la barra detrás de Charlie, bebiendo lo que seguramente era alcohol fuerte.

—¿B?

Me giré, y Sylvia me miró con simpatía antes de abrazarme.

—¿Qué pasa? —pregunté, apartándome. Todos sabían algo que yo desconocía, y la sensación de malestar en el estómago creció aún más.

La voz de Jamie se alzó por encima del alboroto en la sala a la que Charlie no me dejaba entrar y todos nos giramos justo a tiempo para verlo abrir la puerta con fuerza. Esta se estampó contra la pared y quedó abierta mientras él salía corriendo.

No nos miró a ninguno mientras empujaba a Charlie al pasar y se tiraba de la corbata hasta dejarla suelta. Siguió andando por el pasillo y salió por la puerta principal sin decir una palabra. Quise ir tras él y Sylvia me sujetó.

—Déjalo.

—¿Qué diablos está pasando? —pregunté, girándome para mirarla de nuevo. Ella abrió la boca, pero otra voz habló antes.

—Tú —resopló Angel, y mis ojos se ajustaron para verla en la habitación tras Charlie. Tenía la cara sin maquillar, roja y manchada y brillando por las lágrimas recientes. Llevaba una bata blanca de satén con la palabra «NOVIA» en pedrería en el pecho derecho, y me señalaba con un dedo tembloroso y firme—. ¡Todo esto es culpa tuya!

Siguió gritando, pero su madre apareció y cerró la puerta antes de que Angel pudiera salir detrás de mí. Miré a Charlie, con la boca abierta.

No. No se le habría ocurrido.

—Se acabó —dijo Sylvia detrás de mí, pero yo seguía mirando a Charlie. Parecía divertido con mi malestar, y me di cuenta de que no lo conocía en absoluto. Por supuesto que podría haberle contado lo que vio esa mañana, aunque no hubiera pasado nada entre Jamie y yo. No me debía nada y menos aún lealtad. Sylvia dijo algo más y me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué?

Su cara se contrajo.

—Ella estuvo con otro. Anoche.

El aire desapareció de repente y la miré incrédula: ¿ella le había sido infiel?

—No lo entiendo.

Sylvia exhaló.

—Supongo que vio una publicación de Jamie en Facebook diciendo que habíais decidido ir de acampada. Era una foto de grupo de todos vosotros y él tenía el brazo a tu alrededor, y eso la desató. Estaba borracha, todas sus amigas avivaron el fuego y le dijeron lo mal que estaba que él fuera a pasar la noche con otra mujer. Así que la sacaron, la emborracharon aún más y se acostó con uno de los chicos que conocieron.

La cabeza me daba vueltas.

—Me pierdo. ¿Vio una foto y por eso le fue infiel?

Entonces intervino Charlie.

—Ella supuso que, si vosotros dos estabais juntos en el mismo sitio durante toda la noche, acabaríais acostándoos.

Fruncí el ceño, y él se cruzó de brazos.

—Pues no fue así. Y que ella use nuestra amistad y sus inseguridades para justificar su infidelidad es patético.

Estaba furiosa. Quería entrar por la puerta detrás de Charlie y arrancarle a Angel ese pelo de duende. Ella le había sido infiel, había traicionado su confianza, le había hecho daño. Pero, entonces, me hormiguearon los labios donde Jamie los había besado no hacía ni doce horas y recordé que, aunque ella había dado el golpe final, Jamie tampoco era completamente inocente.

Ni yo.

—No sé si hay vuelta atrás de algo así —añadió Sylvia, limpiándose la nariz. El pecho se me oprimió un poco más, y miré por encima de su hombro hacia la puerta por la que Jamie había huido.

—Yo tampoco.

Nuestra percepción conforma la realidad.

Para algunos, el *whiskey* es una muleta. Es una droga, lleva a la adicción, embota los sentidos y daña la mente.

Para otros, el *whiskey* es una medicina. Un trago de *bourbon* puede ahuyentar lo que te aqueja, sea dolor de garganta o un corazón roto.

Aquella noche me di cuenta de que, tal vez, yo también era el *whiskey* de Jamie, y quizá existíamos en ambas realidades. Quizá éramos malos el uno para el otro, pero también éramos buenos. Por mucho daño que yo le hiciera a Jamie y por mucho que él me lo hiciera a mí, siempre estábamos ahí el uno para el otro, sin dudar, sin esperar nada a cambio.

Éramos la droga del otro tanto como la medicina. Y en realidad, no eran tan diferentes.

Encontrarlo no fue tan fácil como había pensado. Revisé nuestro lugar en la playa, llamé al timbre en su casa, y pasé por todos sus bares favoritos. Ya me había gastado más de cien dólares en taxis cuando lo encontré donde menos me esperaba, aunque tampoco me sorprendió verlo allí. Estaba encorvado, aún con los pantalones y zapatos de vestir, con la corbata suelta alrededor del cuello, en el bar del hotel donde habíamos pasado mi primera noche en la ciudad.

Apretaba en la mano un vaso de *whiskey* solo cuando me senté a su lado. El camarero me saludó con un gesto, y me puso el mismo Crown Royal Black que había pedido la primera noche. Lo sirvió con hielo y, aunque no planeaba pedir nada, me bebí la mitad de un sorbo.

Jamie parecía desolado. Miraba su vaso con los ojos inyectados en sangre y vidriosos. Dudé en tocarlo, acariciarle la espalda o apretarle la mano, pero nada parecía lo adecuado. Así que esperé un rato, sentada a su lado sin más, bebiendo mi medicina mientras él bebía la suya.

Había compartido muchos silencios cómodos con Jamie, pero ese no era uno de ellos. Cada segundo en silencio era como una aguja pinchándome los pulmones, dificultando la respiración. Solo quería consolarlo, ayudarlo a sentirse bien, y no sabía si podía. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando finalmente rompí el silencio.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

Fue una pregunta tonta, cliché y muy vista. En realidad, creo que ya sabía cuál sería mi siguiente movimiento, pero primero preparé el terreno.

Jamie giró su vaso vacío.

—No.

Su voz sonaba espesa y me limité a asentir, sabiendo ya que esa sería su respuesta. Quería que hablara, que me contara todo lo que le pasara por la mente, pero sabía que no era eso lo que necesitaba ahora. Lo que necesitaba era escapar, y yo sabía exactamente cómo.

Metí la mano en el bolso, saqué suficiente dinero para pagar lo de los dos, y lo dejé sobre la barra mientras me levantaba y me terminaba la copa. El estómago me daba vueltas cuando dejé caer mi llave extra de la habitación junto a la mano de Jamie. No esperé su reacción, simplemente me di la vuelta y caminé casualmente hacia el ascensor.

El corazón me latía con fuerza mientras el ascensor me llevaba hasta la habitación, y las manos me temblaban cuando metí la llave y entré. Traté de decirme que no estaba segura de que él viniera, pero era mentira. Sabía que vendría, y cada centímetro de mi piel ardía de anticipación.

Jamie no podía usar sus palabras esa noche, así que haría que usara las manos.

Una vez dentro, no supe qué hacer. Caminé de un lado a otro, me quité los tacones, me miré en el espejo del baño y me salpiqué agua en la cara. «No debería hacer esto —pensé—. No *deberíamos* hacer esto». Pensé las palabras, pero no las creí, porque Jamie era todo lo que quería. Quería que él quisiera estar conmigo. Quería curarlo, hacer mío su dolor, aunque solo fuera por una noche. Quería que supiera que estaba aquí, que siempre estaría para él.

Estaba secándome la cara con una toalla cuando escuché el clic de la puerta y me quedé paralizada, con la toalla en la mano. Miré al espejo y vi el reflejo de Jamie detrás de mí, mientras dejaba la tarjeta plástica de la habitación en el escritorio y entraba al baño conmigo. El aire a nuestro alrededor vibraba, como gas antes de prender la llama, y ambos lo respiramos, sintiendo el hormigueo.

Seguía sosteniendo la toalla y, por encima de ella, miraba al hombre roto que estaba detrás de mí. Se movió despacio, con la mirada fija en mi espalda mientras acortaba la distancia entre nosotros. Jamie siempre había sido fuerte, alto y seguro, pero en ese momento parecía pequeño. No solo estaba roto, estaba destrozado y me miraba como si yo tuviera la escoba, y el pegamento.

Sus manos fueron las primeras en buscarme y deslizó los dedos desde mis codos hasta los hombros, despertando escalofríos a su paso. Luego bajaron por el torso hasta las caderas, donde se agarró con fuerza mientras apoyaba la frente en mi hombro. La luz del baño era tenue, cálida, y vi en el espejo cómo Jamie se estremecía de dolor. Solté la toalla, y puse mis manos sobre las que me sostenían. Él las apretó más fuerte, estrechándome, y por un breve momento nos invadió una tristeza tierna. Una tristeza por lo que había perdido —por lo que habíamos perdido— y por lo que había ocurrido ese día.

Cuando apoyó la cabeza en mi hombro, pasó su peso a mí; necesitaba que yo le ayudara a cargarlo. Lo tomé como propio y, tan rápido como llegó, el momento pasó. Jamie inhaló mientras deslizaba los labios por la curva de mi hombro y sus ojos encontraban los míos en el espejo, llenos de un calor oscuro y pulsante. Me mordió en el hombro y me arqueé hacia él, extendiendo las manos hacia atrás para tocarlo. Él respondió deslizando las suyas dentro de la espalda baja de mi vestido de la boda que nunca fue. Sus manos, las mismas que tuve sobre mí la noche anterior, las que detuve, me acariciaron bajo la tela fina y gemí, echando la cabeza hacia atrás.

Esta vez no lo detuve.

Jamie atrapó el lóbulo de mi oreja con la boca y lo succionó, provocándome otra oleada de escalofríos. Deslizó los tirantes de mi

vestido por el hombro, uno por uno, y la tela cayó al suelo como una cortina, amontonándoseme alrededor de los pies desnudos. No llevaba sujetador, y mis bragas eran un pequeño trozo de encaje lavanda transparente. Levanté la cabeza otra vez, con los párpados entreabiertos, encontrando a Jamie en el espejo.

Me encantaba cómo Jamie reclamaba siempre toda mi atención, ya fuera en una sala llena o cuando estábamos solos. Esperaba, el tiempo que fuera necesario, a que la conexión entre nosotros fuera perfecta antes de avanzar. Luego se mordió con fuerza el labio inferior y metió una mano bajo el borde de mis bragas para rozarme el clítoris. Me temblaron las piernas, y él retiró la mano con rapidez y me giró para sujetarme por las nalgas y alzarme en brazos.

Crucé las piernas alrededor de él y le pasé los labios ardientes por la piel del cuello, la mandíbula, la boca. Jamie me llevó hasta la cama y me dejó caer con suavidad antes de quitarse la corbata. Nuestras respiraciones se mezclaban en una sinfonía mientras se desabrochaba los botones de la camisa y yo lo miraba impaciente, a la vez que él me devoraba con los ojos. Me incorporé, quedándome sobre las rodillas, y le desabroché el cinturón mientras él terminaba con la camisa. Saqué el metal fuera de la hebilla sin esfuerzo, lo desabroché y le bajé la cremallera justo cuando él abría el último botón. Sus pantalones cayeron y se sacó la camisa blanca, pero yo no perdí tiempo. Di una leve palmada sobre sus calzoncillos, provocando un gruñido grave que encendió la chispa.

Ese primer gruñido sacudió la habitación. Metí los dedos en el elástico de sus calzoncillos y fui a por su boca mientras mi mano rodeaba su erección, piel con piel. Él se movió con fuerza en mi agarre, y yo jadeé en su boca. Era demasiado, la sensación de todo eso. Años de espera, de deseo, de decisiones equivocadas y

arrepentimientos anhelantes. Todo salía a la superficie y se ahogaba en las profundidades a la vez.

Rompí el beso para tirar de Jamie hacia abajo con fuerza y me acomodé hasta quedar sentada encima de él. Él se incorporó, envolviéndome con sus brazos y frotando sus caderas contra las mías mientras bajaba por mi cuello. Froté el clítoris contra su erección antes de empujarle el pecho con una mano, obligándolo a tumbarse. Aquella noche, Jamie era el protagonista, quien tenía que encontrar alivio, o entumecimiento, o lo que necesitara. Así que descendí por su cuerpo con la boca, siguiendo a las manos mientras estas se deslizaban hacia sus calzoncillos. Mi boca se detuvo allí y bajé las manos para quitárselos, mientras él se movía para ayudar.

Levanté la vista para fijarla en sus ojos, mientras pasaba la lengua de la base a la punta y Jamie aferró las sábanas con fuerza, con cada músculo del abdomen tensándose ante la sensación de tener mi boca envolviéndolo. Cada momento que podía tener a Jamie en mi cama era increíble, pero esa noche, saborearlo así, sustituir con euforia el dolor del día... esa sensación era como una droga, poderosa y adictiva. Me moví despacio al principio, haciendo círculos con la lengua y bajando un poco más en cada pasada hasta que mis labios tocaron su base, y cada gemido suyo avivaba mi deseo. Contuve la respiración para evitar las náuseas cuando la empujó dentro de mi boca, apoyándome sobre las rodillas para usar también las dos manos. Las movía al compás de la boca, y Jamie aspiró el aire entre los dientes antes de estirar los brazos hacia abajo y tirar de mis codos.

Ya no quería más preliminares.

Me arrastré de nuevo hacia arriba, lamiéndome los labios mientras Jamie me miraba jadeando. Una parte de mí sintió un pinchazo en ese instante, al no saber qué traería la mañana siguiente, pero me lo

sacudí antes de que pudiera afianzarse y echar raíces. En lugar de pensar, apreté la mano alrededor de él y la moví una vez más antes de rodar fuera de la cama y buscar un preservativo en mi bolso. Él estaba incorporado sobre los codos, con el pecho y los bíceps tensos mientras me esperaba. Podría haberlo contemplado toda la noche, mi Jamie, mi Whiskey. Era tan maravillosamente imperfecto, como si sus cicatrices e imperfecciones hubieran sido diseñadas por los dioses.

Ajusté las rodillas a cada lado de sus muslos, con los ojos en los suyos mientras abría el envoltorio con los dientes y le colocaba el preservativo lentamente.

Por un momento solo se oyeron nuestras respiraciones, fuertes e inestables, impacientes y deseosas. Me incorporé un poco, lo coloqué en mi entrada y, con toda la contención que pude, me dejé caer sobre él, sintiéndolo dentro de mí otra vez después de años de abstinencia. Bajé hasta el fondo, y las manos de Jamie se apoyaron donde los muslos se me unían a las caderas para tirar de mí hacia abajo. Gemimos juntos, la adicción se encendió como nunca antes y me moví sobre él despacio, con control.

Jamie me atrajo hacia sí, y me abrazó con fuerza contra su cuerpo mientras se impulsaba dentro de mí. Me sostuvo como si temiera que no fuera real, como si fuera a desaparecer. Esa noche me necesitaba cerca y así nos quedamos, con besos agresivos, calientes y exigentes y nuestros cuerpos unidos en cada punto posible. Se incorporó conmigo aún sentada en su regazo, mientras una de sus manos tiraba de mi hombro hacia abajo y la otra se extendía sobre la parte baja de mi espalda. Después, se puso encima y tiró de mi pierna hasta que el tobillo descansó sobre su hombro y se hundió todavía más. Me encantaba aquello, cómo le costaba respirar al deslizarse dentro de mí, una y otra vez, llegando a nuevas

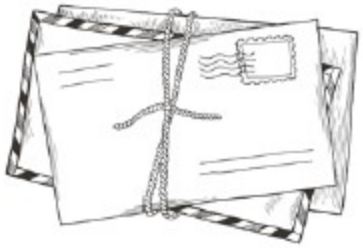
profundidades, moviéndonos para estar en todo momento en el mayor contacto posible. Él no podía tener suficiente de mí, y yo no quería tener nunca suficiente de él. No quería perder nunca esa necesidad primaria, ese deseo posesivo que siempre había existido entre nosotros.

Cuando me giró boca abajo y montó mis muslos entrando en mí desde atrás, nuestros gemidos se intensificaron juntos. Se impulsó con fuerza una, dos, tres veces, y luego apoyó el pecho en mi espalda y ralentizó las embestidas, y, en cada una, hacía que mi clítoris rozara contra las sábanas. Me rodeó el cuello con una mano y en la siguiente embestida llegué al orgasmo. Me arrastró con fuerza, como una corriente traicionera, brusca e implacable, y yo no quería volver a respirar jamás. No mientras Jamie llegaba conmigo, no mientras rodaba a un lado aún dentro de mí, encajando a la perfección detrás de mi cuerpo. Contuve el aliento y me dejé ahogar feliz en mi vicio.

Al menos, hasta que llegó la mañana.

21

El programa de los doce pasos



Tenía calor.

Ese fue el primer pensamiento que me cruzó por la cabeza cuando desperté a la mañana siguiente, mientras apartaba las sábanas de una patada y me desperezaba. Estiré las puntas de los pies, los brazos por encima de la cabeza y entorné los ojos por la luz del sol que ya inundaba la habitación. Me había olvidado de cerrar la cortina la noche anterior y, mientras mis ojos se acostumbraban a la claridad, alcancé a ver un pedazo del centro de la ciudad por la ventana.

Y entonces vi a Jamie.

Era una silueta recortada contra la ciudad, sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas. Tenía la espalda encorvada, las marcas rojas de mis uñas visibles a la luz de la mañana y la cabeza inclinada, justo por debajo de la línea de los

hombros. Estaba roto, y la imagen me pareció dolorosamente hermosa.

Con las sábanas envueltas alrededor, avancé a gatas hasta colocarme detrás de él. La espinilla de mi pierna doblada se apoyó en la parte baja de su espalda, mientras que la otra pierna se estiraba junto a la suya, tocando el suelo. Le rodeé el abdomen con los brazos, llevando conmigo la sábana, y su estómago tembló un poco con el suave roce de mis dedos, mientras le apoyaba la mejilla en la columna.

—¿Cómo te sientes?

Jamie soltó aire por la nariz de forma larga, lenta y pesada mientras alzaba la cabeza para mirar por la ventana.

—Esa es una pregunta trampa.

Pegué los labios a su espalda, probando el calor de su piel, y esperé.

—Siento muchas cosas —susurró al cabo de un rato—. Lo siento todo.

—Cuéntamelo —le rogué, entrelazando los dedos sobre su abdomen. Anoche le había permitido escapar, pero hoy Jamie tenía que hablar, necesitaba digerirlo—. Empieza por lo primero de la lista y ve bajando.

Jamie se crujió el cuello, uno de sus gestos de siempre, y me pasó una mano por la pierna que colgaba junto a la suya. La sujetó por la parte superior de la pantorrilla y se quedó así, como si agarrarse a mí lo anclara a este mundo, a este momento.

—Estoy de muy mala hostia —dijo primero, mientras me apretaba la pierna—. Y herido. —La voz se le quebró en esa última palabra, y yo lo abracé más fuerte—. La mujer con quien se suponía que me iba a casar anoche se acostó con otro hombre sin pensárselo dos veces.

Volví a deslizar los labios hasta su espalda y a apoyar allí la mejilla, escuchándole el corazón a través de las costillas mientras él seguía hablando.

—Estoy triste, porque todo fue para nada: la planificación, el estrés. Mi familia probablemente esté destrozada y la de ella también. —Hizo una pausa—. Y me siento culpable, porque no estaba del todo equivocada. No del todo. Sobre mí. Sobre nosotros —dijo con un suspiro tembloroso—. Me siento culpable porque tenía razón. Y me siento culpable porque, en cierto modo, también me siento aliviado.

Entonces Jamie se movió, levantó un brazo y me indicó que me metiera debajo. Estiré la pierna doblada hasta tocar el suelo y me deslicé hacia arriba, acurrucándome contra su pecho. Él me rodeó con el brazo, y me atrajo más. Al principio, ambos nos quedamos mirando la ciudad, mientras su mano dibujaba círculos perezosos en mi brazo.

—Me siento aliviado porque la quería, pero no tanto como te quiero a ti.

Tragué saliva y Jamie me levantó la barbilla con los nudillos, besándome con los ojos fuertemente cerrados. Cuando se apartó, mostraba la sonrisa más triste y suave que jamás le había visto.

—Lo supe antes de que aparecieras, pero cuando llegaste, ya no pude hacer nada. Me sentí fatal la otra noche cuando me detuviste, cuando me dijiste que estaba siendo un imbécil por besarte estando a punto de casarme, pero hoy no me siento culpable. Al menos no por eso. —Sonrió con un gesto ladeado mientras me acariciaba la mandíbula con el pulgar—. No me arrepentí la primera vez que te besé, aunque no fueras mía, y no me arrepiento de haberte besado la otra noche, aunque yo no fuera tuyo. Porque la verdad es que siempre has sido mía y yo siempre seré tuyo, y así es cómo va.

Me incliné hacia su caricia y le sonreí con una opresión en el pecho causada por todo lo que había dicho. No habíamos sido inocentes, y Angel tampoco. ¿Dónde nos dejaba eso? No estaba segura.

—¿Y ahora qué?

Entonces Jamie me miró de una forma en la que jamás lo había hecho. Negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa apenas dibujada en los labios, mientras sus ojos avellana me observaban con cuidado. Aquella mañana, la luz hacía que se viera más el verde de su mirada, pero el tono miel que siempre me había gustado seguía dominando, y no podía apartar la vista.

—Quédate conmigo —susurró.

Suspiré, cerré los ojos y asentí contra su mano. Cuando los abrí de nuevo, sonreía de oreja a oreja, y sentí que el corazón me iba a estallar. Lo noté crecer bajo las costillas, expandirse, exigiendo más espacio para dejarse sentir.

—Odio aguar el momento, pero creo que tienes cosas que arreglar antes de que podamos dar otro paso —señalé.

La sonrisa de Jamie se borró y asintió.

—Lo sé.

No le envidiaba nada: hablar con las familias, recoger las cosas personales de casa de cada uno, ocuparse del lugar de la ceremonia y de todos los profesionales que habían contratado. ¿Recuperarían algo del dinero? Lo dudaba. Aunque, pensándolo bien, no creía que a Jamie le importara mucho. Había dicho que, aunque se sentía culpable, también se sentía aliviado y tal vez su familia se diera cuenta de eso.

—¿Me esperarás? —preguntó Jamie, volviéndose del todo hacia mí. Me cogió la cara con ambas manos y sus ojos buscaron los míos.

Me incliné hacia él, respondiendo con un beso que decía más de lo que yo podía expresar. La verdad era que, en ese momento, allí mismo, habría esperado toda la vida.

Pero nunca podría haber imaginado lo que pasaría después.

Jamie me hizo el amor despacio y con ternura una vez más, antes de llevarme al aeropuerto. Después de facturar mi maleta, me atrajo hacia sí y me besó larga e intensamente, con necesidad, sin importarle quién nos viera. Yo también me aferré con fuerza a él... y por alguna razón que no supe explicar, sentí un final en ese beso. Era un punto, una marca de puntuación, y entonces pensé que era el final de aquel capítulo. Pero más tarde lo marcaría como el final de todo: el final de mi adicción, mi último sorbo de Whiskey, mi último baile con el fuego.

Porque cuando me separé, con los ojos brillantes y el corazón en alto, le pedí a Jamie que me llamara cuando estuviera listo.

Y nunca lo hizo.

Volví a Pittsburgh como un gatito mullido y feliz. Todo me pareció estar en el sitio correcto en cuanto puse los pies en mi ciudad y supe que, por fin, todo iba a salir bien. Lo sabía. Lo sentía en cada centímetro de mi cuerpo, de las orejas a los pies, y la vida nunca había sido más luminosa que aquel domingo. Tenía los labios aún hinchados por los besos de Jamie, el corazón lleno de sus palabras, de sus promesas, y el pozo de ansiedad que sentía antes de volar el jueves se había sustituido con una cálida bola de alivio.

Mientras Jamie se ocupaba de lo suyo, yo hice lo mismo.

Corté con River, aunque no tuviéramos nada oficial, porque no era justo dejar que pensara que aquello podía llegar a algo. Por mi parte, yo ahora pertenecía a Jamie... de hecho, siempre le había

pertenecido. Estaba tonta de felicidad, contándoselo entre risas a Jenna por teléfono e incluso a mi madre, con la que apenas hablaba de mi vida amorosa. Ella sabía lo que yo había pasado al estar lejos de Jamie en la universidad, pero incluso aquello lo había sobrellevado más bien sola. Tenía un brillo en los ojos, un paso ligero, y todo el mundo lo notaba.

Pero River no era el único tema que tenía que resolver. Me volqué en el trabajo, cerrando asuntos pendientes y avanzando en mis proyectos para poder hablar con Randall sobre la posibilidad de bajar un poco el ritmo. Le dije que quería tener más tiempo para cosas que, para mí, eran más importantes que el trabajo, y él sonrió como un padre orgulloso y me dijo que ya era hora de que dejara de trabajar tanto. Me aseguró que era fantástica en lo que hacía y que aflojar un poco no cambiaría eso.

Por mucho que me sintiera preparada para una relación a distancia con Jamie, también quería tener opciones, así que investigué algunas editoriales en el sur de Florida. No envié solicitudes antes de hablarlo con Jamie, pero hice la búsqueda para hablarlo con él, al menos. Me encantaba Pittsburgh y me encantaba Rye Publishing... pero me encantaba más Jamie. Y por fin estaba en un punto en el que estaba dispuesta a hacer los compromisos que fueran necesarios para que lo nuestro funcionara. Así fueron las primeras semanas: yo resolvía mis cosas mientras Jamie resolvía las suyas, y yo esperaba su llamada.

Esperé.

Y esperé y esperé y esperé.

Al principio fue una espera paciente. Aún tenía cosas que resolver, así que me concentré en eso y en mis pensamientos y sentimientos hacia Jamie, dejándome empapar por ellos, dándoles vida. Yo lo amaba, él me amaba, queríamos estar juntos y así iba a ser. Era el

momento más fácil y sencillo de nuestra relación, y me encantaba recrearme en ello.

Pero entonces la ansiedad estalló, enorme y fea, justo en el centro de mi pecho. Después de un mes de espera, se me empezó a hacer más difícil respirar y fui yo quien rompió el silencio. Lo llamé, esperando al menos poder hablar, si no hacer planes, pero no contestó. Y tampoco devolvió la llamada.

—No pasa nada —me aseguró Jenna una noche, cuando yo ya me subía por las paredes—. Tiene mucho encima, B. En serio, su prometida lo engañó. Y todos sus sentimientos por ti volvieron de golpe incluso antes de que eso pasara. Le ha caído una tormenta de mierda y solo está intentando aclararse. Te dijo que esperaras, así que... espera.

Le hice caso y volqué mis energías en el trabajo, porque era mi recurso habitual. Randall me llamó la atención por no haber bajado el ritmo en absoluto, pero le aseguré que lo haría pronto... muy pronto... y esperaba de corazón que fuera verdad.

Un día volvía andando a casa desde la oficina, cargando con tres manuscritos que pensaba devorar durante el fin de semana, cuando el teléfono vibró con fuerza en mi bolso. Me las apañé como pude con las páginas y mi botella de agua a medio acabar, rebuscando a tientas el móvil, rezando para ver el nombre de Jamie. Pero cuando por fin lo saqué, en la pantalla solo aparecía un número desconocido: otra llamada más de un teleoperador, o de algún cobrador que se había equivocado, o de alguien intentando decirme a quién votar en las elecciones del año próximo. Suspiré, le di al botón de rechazar llamada y lo dejé caer de nuevo en el bolso antes de seguir mi camino a casa.

Alrededor del tercer mes, mi ansiedad se convirtió en desesperación y miedo. Apenas dormía, apenas comía y mi trabajo

empezaba a resentirse. Estaba agotada, con el síndrome de abstinencia acechándome, y volví a intentar llamarlo. Tres veces. No respondió a ninguna, y a la tercera cedí y le dejé un mensaje de voz.

—Hola —susurré antes de carraspear—. Soy yo. Oye... —Me detuve un momento, mirando por la enorme ventana hacia Market Square. Estábamos en pleno verano, y la ciudad bullía de vida por todas partes menos dentro de mi apartamento—. Sé que tenías muchas cosas que resolver. Sé que no es tan fácil como firmar unos papeles, sacar sus cosas de tu casa y llamarme. Lo sé. No puedo ni imaginar por lo que estás pasando y por eso quiero que me llames de todas formas, aunque no estés listo para verme todavía. Déjame ayudarte a pasar por esto, aunque sea solo como amiga. —La voz me tembló un poco con la siguiente súplica—. Necesitas una amiga, Jamie. Por favor, déjame ser tu amiga.

Odiaba pedir eso, porque no era lo que quería: yo quería más. Necesitaba más. Ya habíamos intentado ser amigos antes, y él me había pedido exactamente eso una y otra vez. Pero tenerlo como amigo era mejor que no tenerlo de ninguna manera, y empezaba a preocuparme.

—Así que, llámame, ¿vale?

Colgué entonces y dejé el teléfono sobre el brazo del sofá antes de quitarme la ropa sin pensar, de camino al cuarto de baño. Me di un baño largo, a oscuras, solo con la luz tenue que entraba por la ventana del dormitorio. Me preguntaba qué estaría haciendo, en qué estaría pensando. ¿Estaba sufriendo? ¿Estaba asustado? Oh, Dios... ¿habría vuelto con ella?

Sacudí la cabeza para apartar ese último pensamiento, convencida de que no podía ser verdad, aunque en realidad no tenía forma de saberlo.

Las cosas empeoraron rápidamente a partir de ahí.

Mi miedo se transformó en rabia y dolor, y esas dos emociones se me instalaron entre las costillas. Al principio mi madre intentó tranquilizarme, pero cuando pasaron seis meses sin una sola palabra de Jamie, Jenna se puso firmemente de mi lado. Ella también estaba furiosa, y eso avivaba mi enfado.

—¿Podrías... echarle un ojo? —le pedí una noche.

—Eso suena a idea terrible, B.

Me mordí la yema del pulgar mientras me acurrucaba en el sofá.

—Lo sé, sé que lo es, pero no puedo... Solo necesito saber qué está pasando. Igual está de viaje, ¿sabes? Igual por eso no me ha devuelto las llamadas.

—En otras partes del mundo también hay teléfonos. Y correo electrónico.

Suspiré, planté los pies en el suelo y me pasé una mano por los rizos.

—Por favor, Jenna.

Debió de oírla, la desesperación en mi voz. A veces volvía, ahogando un rato la rabia, y aquella noche estaba ganando terreno.

Así que Jenna lo comprobó y resultó ser lo peor que podría haberle pedido.

—Lo vi —me dijo la noche siguiente.

—¿Y?

Se quedó callada, y sentí el estómago encogérseme.

—Y... parece que está bien. Estaba comiendo con unos compañeros de trabajo. Lo vi usar el móvil un par de veces... ninguna chica ni nada, pero se le veía bien. Está... bien.

El dolor que me atravesó el pecho con esas palabras fue extraño. Era como agua caliente que se iba intensificando a medida que descendía más y más profundo. No podía apartarme, no podía

enfriarlo y dolía en la misma medida en la que avivaba la ira que me bullía bajo la piel.

Intenté llamarlo por última vez una noche, después de haberme ahogado en media botella de Jack Daniel's. Llevaba un rato husmeando en sus redes sociales sin encontrar nada nuevo. Lo habían etiquetado en unas cuantas publicaciones sueltas, memes y vídeos graciosos, pero él no había subido ni una sola foto, ni un estado, ni siquiera una palabra. No sabía si eso lo hacía mejor o peor.

No contestó, como ya sabía que pasaría, y me planteé seriamente dejarle el mensaje más cruel que pudiera improvisar. Incluso dejé que saltara el buzón de voz y respiré contra el auricular como un dragón, intentando calmarme y fracasando.

Pero colgué, y me quedé mirando el teléfono apenas cuatro segundos antes de lanzarlo al otro lado del apartamento. Golpeó el borde de la encimera y se hizo pedazos en el suelo, y yo me eché a llorar.

Él había cambiado de opinión.

Whiskey me había hecho prometer que le esperaría y luego nunca vino, manteniéndome enganchada, pues sabía que mi adicción era demasiado fuerte para olvidarme de él. Había caído de la cima más alta al abismo más bajo, y ahora estaba hecha un ovillo en el suelo. Me acurruqué, balanceándome un poco, y dejé que las lágrimas corrieran libremente.

Ya había pasado por todas las fases del duelo antes de esa noche, tocando desde la negación hasta la ira y la depresión. Ahora estaba doblando la última curva, camino de la aceptación. Y sabía lo que tenía que hacer cuando llegara a la meta.

Me dejé tocar fondo casi un mes más antes de empezar mi propio programa de doce pasos. El primero era admitir que yo era

impotente frente a Whiskey, que mi vida se había vuelto ingobernable. Él había tomado el control por completo, y quizá llevaba teniendo ese poder sobre mí más tiempo del que yo había querido admitir. Cada vez que creía estar bien sin él, me demostraba que no era así y cada vez que pensaba que estaría mejor con él, me demostraba lo contrario. Era una montaña rusa peligrosa y yo me bajaba ya. Quería suelo firme.

Así que redefiní todo sobre mí.

Ya había entrado en «rehabilitación» una vez, pero fue un intento a medias. No tenía el corazón puesto en ello, no quería dejarlo del todo. Esta vez, sí. Esta vez tenía un plan. Esta vez, me había hecho a mí misma una intervención.

Estaba lista para madurar, harta de los juegos que Jamie y yo jugábamos. Quería un amor real, una vida real, y tenía que trazar el camino para llegar ahí. Me mataba dejarlo ir y, siendo sincera, sabía que nunca lo dejaría ir del todo. Una parte de él siempre viviría en mí, pero quería que esa parte quedara atenuada, enterrada bajo una versión más luminosa de mí misma que pudiera seguir adelante y vivir su vida.

Eché la vista atrás, a todos los daños que habíamos causado —a nosotros mismos, a quienes nos rodeaban—, y lloré por el tiempo que había perdido luchando por alguien que nunca sería mío. Había sido una idiota, y ahora estaba de pie entre los escombros de la vida que había desperdiciado, ahogándome en dolor pero también en el impulso de construir una nueva vida.

Había esperado demasiado por Whiskey, y me negaba a dejar que siguiera teniendo ese poder sobre mí.

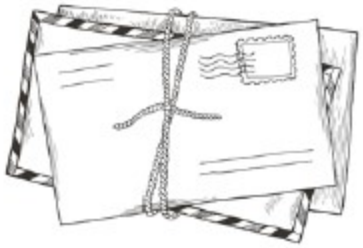
¿Y sabes qué? Funcionó. Por primera vez en mi vida y con más dolor y tiempo del que había esperado o creído poder soportar, por fin lo dejé ir. Lo borré de todas mis redes sociales, borré su número

de mi móvil, saqué de la vista todas nuestras fotos y recuerdos, y empecé de cero. Estaba limpia. Había pasado página. Era feliz. Era libre.

Y entonces, después de casi dos años sin llamarme, Jamie apareció.

22

La debilidad de Wilson



Taylor Swift sonaba a todo volumen en mi apartamento mientras yo saltaba por ahí, con el cabello recogido en un moño despeinado, tras haberme pimplado media botella de vino. Cantaba las letras a todo pulmón mientras me deslizaba hacia la cocina con mis calcetines largos y cinta de embalar en la mano. La caja que acababa de llenar con platos estaba acolchada y lista, así que cerré las solapas y las pegué con cinta, sosteniendo la tapa del rotulador entre los dientes mientras garabateaba «COCINA» en el cartón. Entonces sonreí y lancé una nota alta con el rotulador a modo de micrófono antes de dejarlo de nuevo en la encimera y abordar la siguiente caja vacía.

Hay periodos raros y brillantes en nuestras vidas en los que todo parece demasiado bueno para ser verdad. Todas las piezas encajan, sin esfuerzo y con hermosura, y podemos disfrutar de la obra maestra final sin una sola preocupación. Son momentos que nos hacen darnos cuenta de lo afortunadas que somos de estar vivas, de

ser quienes somos, de respirar el aire que nos rodea. Son días que nos recuerdan por qué tuvimos que sufrir los días oscuros, por qué al final todo vale la pena.

Ese era el tipo de día que estaba teniendo.

Afuera llovía a cántaros, el otoño saludaba a la ciudad con un día frío y gris, y sin embargo yo irradiaba sol. Estaba borracha, un poco sudada, y muy emocionada. Justo después de uno de los peores años de mi vida, tuve uno de los mejores. Jenna se había mudado a Pittsburgh, me habían ascendido en el trabajo, y tal vez lo más sorprendente de todo: había encontrado a un hombre ideal.

No, había encontrado al hombre ideal.

Bradley Neil cumplía todos mis requisitos. Era inteligente, ingenioso y tremendamente sexi. Había alcanzado el éxito por sí mismo, persiguiendo el sueño de ser su propio jefe y haciéndolo realidad como emprendedor. Brad era fundador y dueño de una empresa de diseño gráfico en auge, una empresa que había imaginado y llevado a la realidad mediante un trabajo duro y una creatividad no comparable a nada que yo hubiera visto antes. Nos conocimos cuando Rye Publishing contrató a su empresa para rehacer por completo nuestro logo y sitio web. Me llamó la atención en la primera reunión, me enganchó durante las pocas semanas que trabajamos juntos, y me atrapó de lleno después de la primera cita a la que accedí.

Desde ese momento, fue como el cuento de hadas más maravilloso.

Brad era filántropo, y me encantaba hacer voluntariado con él. Ayudábamos juntos en la comunidad y, en esos momentos, aprendíamos más y más el uno del otro. Me dijo que me amaba después de tres meses juntos. Yo se lo dije después de cuatro. A los siete meses conocí a su familia, y él conoció a mi madre y a Wayne.

Y luego, después de solo ocho meses, me pidió matrimonio y yo dije que sí sin dudarlo lo más mínimo. No pensé en que nuestra relación había sido más corta que la que tenía con mi cepillo del pelo, ni en lo absurdo que era decidir casarnos en solo cinco meses, ni en que era prácticamente una locura aceptar vivir con él antes de decir «sí, acepto». Y aunque me odies por esto, no pensé en Jamie: ni una sola vez desde que las palabras «te amo» salieron de mis labios y llegaron a los oídos de Brad.

A ver, no me malinterpretes. Jamie estaba ahí, siempre estaba ahí. Todavía poseía esa parte monumental de mi corazón, de mi alma, de mi cuerpo. Lo sentía como un colibrí justo en el centro del pecho, aleteando, el pulso vibrando. Siempre estaba ahí, pero ahora, en vez de enfocarme en ese zumbido, lo había amortiguado con otros sonidos más fuertes y exigentes.

Porque, verás, había pasado meses de agonía, de abstinencia, de rabia y dolor, de depresión y de perder más de mí misma de lo que quiero admitir, para finalmente salir del otro lado de mi vida con Jamie Shaw. Cada minuto dolía, hasta que un día se volvió un dolor sordo y luego, con el tiempo, se debilitó hasta ser solo una presión, esa presión en el pecho. Había completado mi programa de doce pasos. Estaba limpia. Quería mantenerme limpia.

Así que no. Por más que me odies por esto, no estaba pensando en Jamie. Ni un poco.

De hecho, estaba tan segura de mi capacidad para no pensar en Jamie que decidí beber por primera vez en más de un año. Parte de mi programa de doce pasos era dejar el alcohol, literalmente, también. Cada vez que bebía, pensaba en Jamie. Quería llamarlo o revolcarme en su recuerdo. Así que abandoné el alcohol por completo, en su versión literal y figurada.

Pero esa noche estaba de celebración, así que descorché una botella de vino y, aunque la antigua yo se habría bebido una entera antes de sentirse mareada, la nueva yo estaba borracha con media. Pero era una borrachera feliz: bailaba, cantaba, empaquetaba. Lo sentía, un nuevo capítulo comenzaba, un nuevo día amanecía.

No estaba pensando en Jamie.

No hasta el momento exacto en que apareció.

Al principio fue un golpecito suave, apenas audible sobre la lluvia y la música, y yo estaba justo en medio del proceso de envolver una copa de vino en periódico.

—¡Un momento! —grité. Justo acababa de meter la copa en una caja cuando llegó un segundo golpe, más fuerte. Resoplé, preguntándome por qué no entraban directamente. Solo tenía dos visitantes —Brad y Jenna— y ambos tenían llave. Pausé mi sesión de Taylor Swift y grité más fuerte:

—¡Ya voy, ya voy!

Seguía tarareando «I Wish You Would», mientras movía las caderas con mis pantalones cortos celestes de dormir, me reajustaba el moño y abría la puerta sin ni siquiera mirar por la mirilla. La sensación me llegó de repente, mientras yo esbozaba una sonrisa brillante e ingenua, y entonces lo vi.

Whiskey con agua. Un recuerdo fantasmal, una herida abierta.

¿Sabías que añadir agua al *whiskey* puede realzar su sabor? Es cierto. Resulta que un poco de dilución puede ser buena, pero en este caso era mi peor enemigo. Porque había Whiskey y había agua, pero no había dilución, al contrario, sus sabores se habían intensificado, habían envejecido mejor y yo sabía, con la cabeza llena de vino, que estaba en un buen lío.

Jamie estaba completamente empapado, el cabello largo le goteaba sobre los ojos y las gotas rodaban por el puente de la nariz

y la mandíbula, hasta aterrizar sobre su pecho agitado. Sus ojos me golpearon como una llamarada, ocultos bajo cejas fruncidas, y el músculo de la mandíbula se le tensó un par de veces mientras apretaba los dientes. Sentí la ira brotar implacable desde su piel caliente hacia mi apartamento. Su mano derecha se alzó, con los dedos cerrados sobre una cartulina de color crema con nuestros nombres, el mío y el de Brad, escritos en una cursiva dorada y elegante.

Mis ojos se posaron en la invitación de boda y tragué saliva, volviendo de nuevo la vista hacia él, lentamente.

—Jamie —susurré.

—No.

Nunca una palabra me había provocado una emoción tan profunda. Me estremecí, tensándome y esperando mientras Jamie apretaba la invitación.

—Ni de coña.

Entró como una tromba y, al pasar por mi lado, me dejó el brazo mojado por el agua que todavía caía de él. Me quedé en el umbral un momento más mientras cerraba los ojos y me obligaba a respirar profundamente tres veces. «Puedes hacerlo. Estás limpia. Tienes el control». Enderecé los hombros y me volví, tras cerrar la puerta.

—Por supuesto, entra.

Él me daba la espalda, los contornos se le marcaban bajo la camiseta pegada al cuerpo por el agua. Temblaba, y no estaba segura de si era por el frío o por la rabia.

Cuanto más lo miraba, más me inundaban las sensaciones. Dolor. Ira. Miedo.

Este último era una emoción nueva, pero la más fuerte. La verdad es que, incluso entonces, sabía lo que venía. Lo podía intuir. Estaba limpia, pero no me había puesto a prueba... y Jamie había elegido la

peor noche posible para hacerme el examen final. Estaba borracha, alterada por las emociones, no estaba lista. Y tenía un miedo mortal al error que sabía que cometería si él me presionaba lo suficiente.

Jamie miraba por mi ventanal, observando la lluvia inclinada que empapaba la ciudad. Levantó la mano una vez más, con la invitación ya arrugada por la fuerza con la que la cogía.

—¿Qué cojones es esto?

Era una pregunta, pero no lo parecía, sonó más bien a acusación, una acusación que me atravesó el alma.

—Intenté llamarte... —Mi voz era baja, débil... y me dio mucha rabia porque no era mentira. Lo había llamado, incluso después de jurar que no lo haría nunca más. Cuando Brad me pidió matrimonio, supe que tenía que ser yo quien se lo dijera a Jamie, aunque él hubiera cambiado de idea sobre nosotros. Aunque nunca me hubiera llamado como dijo que haría. Así que intenté contactarlo una vez más, pero fracasé.

Mi madre envió las invitaciones la semana pasada.

Parece que su buzón de correo funcionaba.

—¿Ah, sí? —me preguntó, volviéndose para mirarme—. ¿Y qué ibas a decirme exactamente? ¿Que te vas a casar? Por favor, dime que es una broma, porque sé que no me ibas a llamar para eso. Sé que esta invitación no puede ser real. Todo esto es una broma, ¿verdad?

El miedo y la tristeza desaparecieron y se levantaron mis defensas. ¿Quién coño se creía que era? Después de dos años de silencio, aparecía exigiendo respuestas que no estaba segura de que tuviera derecho a saber. Me crucé de brazos y cargué el peso sobre una cadera.

—¿Perdona? —bufé—. No, Jamie, mi boda no es una puta broma.

—¿Así que te vas a casar?

—¡Sí!

La otra mano de Jamie voló hacia la invitación, lista para destrozarla, pero se detuvo y apretó los dientes antes de tirar el papel al suelo y pasarse las manos por el pelo empapado. Sacudió la cabeza y luego estiró una mano hacia mí.

—¿Cómo? ¿Cómo, B? Después de todo lo que... después de lo que nos...

—¡Nunca llamaste! —grité, levantando las manos agotada. Mi apartamento se volvió demasiado silencioso, solo la lluvia y nuestras palabras airadas rompían el silencio—. ¿Qué se suponía que debía hacer, Jamie?

—¡Esperar! —gritó con desesperación y el gesto contorsionado por la emoción que lo dominaba—. Se suponía que debías esperar.

—¿Dos años?

—¡Sí! —Entonces Jamie se acercó y yo retrocedí. Esa reacción pareció sorprenderlo, y se detuvo—. El tiempo que yo necesitara.

—Eso no es justo —grité—. Intenté llamarte, intenté llamar a todos los que te rodeaban. Nunca llamaste, nunca escribiste... Me ignoraste por completo.

—Vaya, sienta mal cuando te lo hacen a ti, ¿no?

Sus palabras me golpearon, me eché hacia atrás como respuesta a la bofetada que suponían. Por primera vez lo vi así. Jamie había esperado por mí —tres años después de que dejé Alder— y yo nunca lo había llamado. Nunca le di motivos para esperar. Y, aun así, esperó.

Pero yo no.

—Eso fue diferente, eso... Yo no te había prometido nada.

—No, entonces no —me corrigió, justo cuando un relámpago iluminó el cielo oscuro detrás de él—. Pero hace menos de dos años, sí lo hiciste. Me prometiste que esperarías.

—¡Quiero a otra persona!

Mi voz se quebró al admitirlo, la imagen de Brad me asaltó de repente recordándome por qué no podía tener esta conversación con Jamie. Me había prometido a otro hombre, un hombre a quien amaba locamente, que me trataba bien. Alguien que estaba disponible, que siempre lo había estado.

—Ah, sí, ¿eh? —musitó, asintiendo. Asintió una y otra vez, con pequeños movimientos, mordiéndose el interior del labio inferior y con las fosas nasales dilatadas. Jamie miró a su alrededor, y fue como si acabara de darse cuenta de que estaba en mi apartamento. Había cajas a medio empaquetar por todos lados. Todo estaba ahí, la prueba de que había seguido adelante sin él, y vi cómo lo procesaba. Volvió a mirarme lentamente después de un momento y sus ojos avellana me interrogaron antes que su boca.

—¿Y a mí me quieres?

—No —respondí automáticamente. Me había entrenado para esa respuesta, como parte del programa de los doce pasos. La había repetido una y otra vez. No lo amaba, solo estaba fascinada. Solo quería lo que nunca había tenido. Amaba la emoción, la intensidad... eso era todo. Eso me decía a mí misma.

—¿No? —preguntó. Jamie cruzó la habitación y yo rodeé el sofá, intercambiando el lugar con él. Me sentí como un animal acorralado, pero no tenía miedo, ni siquiera un poco. La verdad es que estaba emocionada. Era una adicta, justo al borde de un subidón que extrañaba, un subidón que anhelaba... Y cada fibra de mi cuerpo vibraba ante esa posibilidad—. No me quieres.

Esta vez lo dijo como una afirmación incrédula, no como una pregunta.

—No.

Mi espalda chocó con la ventana frente a la que acababa de estar, ya no tenía adonde ir. Mis manos presionaron el vidrio frío detrás de mis muslos y Jamie avanzó lentamente, acercándose.

—No me amas —insistió, cuando su aliento estuvo tan cerca que sentí el roce en los labios. La lluvia tintineaba sobre el cristal detrás de mí, el corazón me latía fuerte y Jamie se movía lento y seguro, confiado y posesivo. Estaba ahí para coger lo que siempre había sido suyo.

—No me deseas, ¿verdad? Aquí y ahora.

Susurró esas últimas palabras, mientras su mano aún húmeda subía por mi brazo para acunar mi cuello, mientras me acariciaba la mandíbula con el pulgar.

Tomé una respiración temblorosa, cerré los ojos durante un instante y negué de nuevo. Al menos, eso creí, pero no podía estar segura. Cada sonido se distorsionaba, todos mis sentidos se concentraban en el punto donde la piel de Jamie rozaba la mía. Mi único objetivo en ese momento era respirar, y era jodidamente difícil hacerlo.

—Dilo —musitó, acercándose aún más. La tela mojada de su camiseta rozaba mi camiseta de tirantes, cubriendo la parte baja de mi abdomen justo por encima del borde de mis pantalones cortos. —Di que no me quieres. Di que no me deseas, y me iré.

Entonces abrí un poco los ojos y la vulnerabilidad que vi en Jamie me destrozó. Era sincero. Si le decía en ese instante que no lo quería, se marcharía. Lo sé. Sería horrible para él, pero se iría. Solo tenía que pronunciar esas tres palabras y todo terminaría.

«No te quiero».

Lo dije primero en mi mente, probando si era verdad, pero cuando Jamie se adentró más en mi espacio, supe que no había tiempo para pensarlo.

Así que las palabras salieron de mis labios.

—No te quiero.

Jamie se detuvo, su camiseta mojada seguía rozándome la piel mientras exhalaba intentando asimilar lo que le había dicho. Sus ojos se movían rápidamente entre los míos, con las cejas fruncidas y el corazón incrédulo. No se lo esperaba. Ni yo tampoco. Tardó un momento en darse cuenta. Entonces, lentamente, dio un paso atrás.

Un escalofrío me recorrió el fragmento de piel donde había estado su cuerpo, el aire frío de mi apartamento me quemaba como un cubito de hielo. Jamie abrió la boca para hablar, pero se calló y apretó la mandíbula. Y entonces, tal como prometió, se dio la vuelta y se marchó.

Lo que ocurrió en los momentos siguientes fue algo inexplicable, algo intangible y envuelto en química, porque tan pronto dio el primer paso para alejarse, se me disparó el corazón. Me golpeó con una fuerza que me impulsó a apartarme del cristal y abrí la boca con una respiración entrecortada. Él dio otro paso, y una luz blanca me invadió la visión. Otro paso y se me encogió el pecho, las costillas amenazaban con estrangularme los pulmones.

Mi mente se embaló cuando vi a Jamie cumplir su promesa. El pánico me inundó como una marea implacable, miles de «qué pasaría si» me atacaban como olas brutales. Intenté dar sentido a todo, pero el vino nublaba el poco control de la realidad que me quedaba y, cuando su mano tocó el pomo de la puerta, di una patada fuerte contra el suelo, saliendo de la ola.

—¡Espera!

La mano de Jamie se agarró al pomo y su cuello se inclinó, bajando la cabeza, como si dudara de si la palabra que había escuchado estaba en su mente o era real. Se volvió lentamente y fue

lo último que se tomó con calma, porque en cuanto vio mi rostro torturado, lo supo. Lo supo: yo lo quería. Siempre lo había querido.

Siempre lo querría.

Cruzó la habitación en cinco pasos largos. Uno, cogí aire. Dos, estuve a punto de llorar. Tres, casi le dije que parara. Cuatro, comprendí que nunca podría hacerlo. Y cinco, un relámpago estalló detrás de mí mientras los labios de Jamie reclamaban los míos.

Mi espalda chocó con el cristal y mi conciencia desapareció, dejándome atrás con un gesto de desaprobación. Pero el pulgar de Jamie rozó mi labio inferior y mi lengua atrapó la sal de su piel.

Eso fue todo.

Un solo sabor, y todas las voces de la razón murieron a mitad de la frase.

Exhalamos al unir nuestros labios, con fuerza y urgencia: dos años de dolor, heridas y distancia sin resolver avivaban el fuego que había estado latente tanto tiempo. Las llamas se encendieron y jadeé con ese nuevo oxígeno, mientras el cuerpo mojado de Jamie se echaba sobre mí, atrapándome contra la ventana.

Me recorrió los brazos con las manos hasta llegar a mis muñecas y cerrarse fuerte sobre ellas, para levantarlas por encima de mi cabeza mientras inclinaba las caderas hacia delante. Me besó como nunca antes: como si lo hiciera todos los días de su vida, y como si nunca tuviera otra oportunidad de besarme. Whiskey añejado mezclado con agua, los sabores explotando en mi lengua con cada sorbo. Era el cielo. Era el infierno. Era erróneo y correcto y deseé no haber empezado, pero no quería que terminara. Amar a Jamie era el oxímoron más dulce y enfermizo posible.

—No te vas a casar con él —gruñó contra mis labios, y aunque esa frase debería haberme dolido por la culpa, solo avivó mi deseo. Mantuve las muñecas en alto, mientras Jamie me soltaba para coger

el borde de mi camiseta de tirantes y arrancármela. Mi sujetador deportivo fue el siguiente, y entonces sus manos me apresaron de nuevo las muñecas, esta vez con más fuerza.

La tela mojada de su camiseta me rozaba los pezones y gemí, arqueando mi cuerpo lejos del cristal y hacia él.

Bajó su boca a mi pezón y chupó la piel ya tensa; mis caderas se movían con la succión mientras continuaba con las muñecas sujetas. Los labios de Jamie mordieron los míos otra vez, lamiendo las manchas de vino mientras giraba mis manos, obligándome a poner las palmas sobre el cristal, por encima de mi cabeza.

—Quédate ahí —murmuró contra mi boca, y luego cayó de rodillas.

Los jadeos me salían de la garganta a bocanadas y el pecho se me agitaba mientras le veía enganchar los dedos bajo el elástico de mis pantalones cortos. Me los bajó hasta los tobillos, mientras las yemas de sus dedos me hacían arder cada centímetro de piel, y luego metió un dedo bajo el encaje de mis bragas. Gemimos al unísono mientras lo deslizaba con facilidad dentro de mí, y cuando nuestras miradas se encontraron, la suya era demasiado intensa. Eché la cabeza hacia atrás contra la ventana, mientras mis dedos buscaban desesperadamente un agarre que el vidrio no podía darme.

Entonces Jamie me bajó las bragas, y sus manos me rodearon la parte posterior de los muslos mientras plantaba un suave beso en mi centro. Estaba completamente expuesta para él, salvo por los calcetines hasta la rodilla que aún llevaba puestos.

—Joder —susurré, con el pecho doliendo de deseo. Me cogió la rodilla y se la puso sobre el hombro, lo que le permitió un mejor acceso, y deslizó la lengua a lo largo de mi abertura antes de rodear mi clítoris. Succionó con fuerza, metiéndome dos dedos a la vez, y la pierna que me sostenía tembló—. Oh, Dios.

—Mmm —musitó Jamie contra mí, mientras profundizaba más con los dedos y los movía al ritmo de su boca. Mi parte delantera seguía mojada por su camiseta, la espalda pegajosa de sudor contra el cristal, y la pierna me temblaba mientras me equilibraba. Era tan experto, tan hábil con la lengua, con mi cuerpo. Me conocía bien, demasiado bien, y tal vez eso había sido siempre mi perdición. Nadie me conocía como Jamie. Nadie lo haría jamás.

Estaba al borde del clímax cuando Jamie me bajó la pierna y volvió a subir por mi cuerpo lentamente, arrastrando los labios por cada centímetro de mi piel. Mis manos seguían en alto sobre el cristal y, cuando Jamie lo vio, sonrió con picardía mientras me miraba con un nuevo calor.

—Qué niña más buena.

Se alejó, sin tocarme más y, lentamente, se quitó la camiseta mojada, dejándola caer al suelo. Tenía los ojos entrecerrados, la mandíbula tensa y el labio entre los dientes mientras se desabrochaba el cinturón. Jamie estaba prácticamente follándome con la mirada, y yo me retorcía, deseosa y lista. Sacó un preservativo de la cartera antes de quitarse los vaqueros y tragué saliva, mientras mi cuerpo recordaba antes que mi mente lo que sería tenerlo dentro de mí otra vez. Cuando finalmente se quitó los calzoncillos, su erección se alzó y se me hizo la boca agua. La tenía muy dura, solo para mí, y ese hecho destruía cualquier autocontrol que creyera tener.

Me lancé hacia él, mis manos dejaron el cristal para buscarlo, pero Jamie me cogió las muñecas para volver a ponerme contra el cristal y me giró hasta que mis pechos y mejilla quedaron apoyados en él. Con una mano me sujetó las muñecas de nuevo en su lugar, y con la otra bajó el preservativo aún sin abrir por mi brazo, torso y espalda baja antes de engancharme por las caderas y traerme de nuevo

contra él. Su polla estaba entre mis nalgas y gemí, sabiendo que con solo unos centímetros de movimiento estaría donde yo quería.

—¿Gimes así para él? —preguntó Jamie, mientras la punta de su nariz me rozaba la nuca—. ¿Te toca como yo?

Debería haberme enfadado, haberlo echado y darme cuenta de lo que estaba haciendo. Pero estaba ciega por el deseo, drogada por primera vez en años, y sus palabras solo me hundían más en ese estado adictivo.

Jamie retrocedió, dejándome sin ningún contacto, y le escuché abrir el envoltorio del preservativo. Respiré con fuerza cinco veces antes de que sus manos tiraran de mis caderas hacia él, arqueándome la espalda, y se colocara en mi entrada. Giré la cabeza, con los labios en el cristal, el aliento empañando la noche lluviosa... y entonces él me llenó, despacio, centímetro a centímetro, quemando, estirando y destrozando mi intento de rehabilitación una vez más.

—Joder —susurró, retirándose antes de deslizarse dentro de nuevo, esta vez un poco más fuerte, un poco más profundo. Repetía el movimiento, embistiéndome cada vez contra el cristal, y yo miraba la ciudad empapada por la lluvia, preguntándome si nos ocultaba de los otros rascacielos o si nos exhibía más. Me daba igual. Que todos miraran, que todos vieran mi momento más débil y eufórico.

Las manos de Jamie se enredaron en mi pelo y tiró, soltando la goma del moño, dejando mi cuello expuesto a la ciudad mientras me embestía por detrás. Succionó el lóbulo de mi oreja entre los dientes, y los escalofríos me recorrieron la piel. Cada roce era demasiado intenso, cada beso demasiado ardiente. Me consumía, me absorbía, mi lucha perdida por completo.

Estaba pegado a mí, podía sentir la tensión de sus músculos, la respiración agitada, pero de repente me levantó, rompiendo nuestro

contacto, para llevarme al sofá. Siempre me encantó cómo me levantaba sin esfuerzo, como si no pesara, como si su fuerza fuera imparable. Me tocaba con una exigencia suave pero firme. Me sentía segura con Jamie. Siempre.

Echó al suelo las cajas del sofá, se sentó en el centro y tiró de mis muslos hacia delante hasta que me senté a horcajadas sobre él. Mis rodillas tocaron el cojín y me incliné hacia delante, apoyándome a cada lado, luego me bajé lentamente. Gemimos al unísono, y Jamie echó la cabeza hacia atrás.

Eso hizo que se quedara mirando hacia mí.

Durante un momento nos movimos despacio, sus ojos fijos en los míos, sus manos envolviéndome la cintura. Respiramos juntos, los cuerpos mojados de agua y sudor, y lo sentí todo. Sentí cada gramo de dolor, de abandono... todas las emociones que había encerrado en un armario durante dos años irrumpieron y salieron a chorros. Las cejas de Jamie se fruncieron cuando una lágrima me rodó por la mejilla y él la atrapó con el pulgar, limpiándola contra el labio inferior antes de tirar de mi boca hacia la suya. Me besó con una promesa que no sabía si estaba lista para escuchar, porque en ese momento no estaba pensando. Solo quería sentir. Quería arder.

Dicen que Bill Wilson pidió *whiskey* como último deseo. El hombre estaba muriendo, al final del camino, y quiso el único vicio contra el que había luchado toda su vida. Hasta el cofundador de Alcohólicos Anónimos quiso *whiskey* en su lecho de muerte.

Y así, yo yacía en el mío, con la mano en la botella, los labios pegados al borde, y no me arrepentí ni un solo minuto de aquella noche que selló mi destino.

Ni uno solo.

Me arrepentí de todo.

—Dios mío.

Esas fueron las primeras dos palabras que salieron de mi boca cuando desperté a la mañana siguiente, acostada en la cama con Jamie y su brazo cruzado sobre mi estómago. Mis ojos se ajustaron a la luz que entraba por la ventana, el cielo estaba gris brillante, y conté las cajas medio empaquetadas. Cajas que iba a llevar en la mudanza. La mudanza a casa de mi prometido.

Mi prometido.

—Dios mío.

Quité el brazo de Jamie de un empujón, y me puse en pie de un salto con la sábana aún envuelta alrededor. Se me enroscó en los tobillos, y me caí soltando un chillido. Jamie se incorporó con el pelo despeinado y los ojos aún medio cerrados.

—¿Qué...? ¿Estás bien?

Volví a levantarme, ajusté la sábana con más firmeza, levantándola del tobillo, y me dirigí furiosa hacia el vestidor.

—No —dije con rotundidad, cerrando la puerta tras de mí y dejando caer la sábana. Me puse la primera camiseta y los primeros vaqueros que encontré y, mientras saltaba un poco para meterme en ellos, hablaba a través de la rendija de la puerta—. No, Jamie, claro que no estoy bien.

—¿Qué pasa?

Su voz era grave, cargada de sueño, y eso me dio ganas de acurrucarme con él. Me reprendí mentalmente y exhalé con fuerza mientras abría la puerta del todo de un manotazo, ya completamente vestida.

—Oh, no sé... Hay un hombre desnudo en mi cama, y no es el hombre con el que estoy comprometida.

Jamie se frotó la cara con una mano y me observó mientras yo caminaba de un lado a otro.

—No te vas a casar.

—¿Qué? Claro que sí —resoplé.

Los ojos de Jamie se abrieron de golpe, como si mis palabras fueran un trago de expreso hirviendo.

—Estás de broma.

—Escucha, lo de anoche fue un... —Me interrumpí, agitando las manos mientras seguía paseando.

—¿Un qué? —preguntó Jamie, poniéndose en pie. Todavía estaba desnudo, los abdominales tensos y marcados hasta una uve, que señalaba directamente a la tierra prometida. Traté de no mirar, fallé y puse cara de fastidio cuando ni siquiera intentó cubrirse—. ¿Un error?

Fruncí el ceño y crucé los brazos y, al encontrar su mirada, me arrepentí de inmediato. Había demasiados pensamientos danzando por mi cabeza, y cada uno chocaba con el anterior.

—No se te ocurra decir eso, B. No digas que fue un error.

Me aclaré la garganta, con la vista en la ventana detrás de él.

—Estoy comprometida —susurré con voz rota.

Jamie dejó escapar un gruñido fuerte, maldijo y se pasó las manos por el pelo, antes de salir disparado hacia la sala. Lo seguí, devorada por la culpa. Todo lo que podía ver era el rostro de Brad, su sonrisa, sus ojos confiados. Estaría destrozado si se enterara de lo que había pasado. El hombre que me había recompuesto, y yo se lo agradecí acostándome de nuevo con el hombre que me había roto.

Qué estúpida, joder.

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto! —grité mientras Jamie se ponía los calzoncillos—. ¡Yo era feliz, estaba bien, te había

dejado ir! Y entonces apareces aquí, sin más, después de dos años sin una sola palabra, y tú...

—No eres feliz. Estás anestesiada. Hay una diferencia.

Mi boca se abrió de par en par.

—¡No me digas cómo me siento, Jamie Shaw! Si estás tan desesperado por decirme algo, ¿qué tal si me cuentas por qué nunca llamaste? ¿Eh?

—¿Eso qué importa? —replicó, metiéndose la camiseta por la cabeza. Estaba arrugada por la lluvia, pero seguía quedándole supersexi—. Dijiste que esperarías, y yo dije que vendría. ¿Por qué te has rendido? ¿Por qué estás tratando de alejarme ahora?

—¡Porque esto no está bien! Esto —dije, señalándonos a los dos— no está bien. Somos tóxicos, Jamie. Todo lo que hacemos es lastimarnos el uno al otro, lastimar a quienes nos quieren, lastimarnos a nosotros mismos. —Temblaba y Jamie lo notó. Exhaló y avanzó hacia mí como si quisiera consolarme, pero levanté la mano para detenerlo—. No.

Jamie se detuvo y, por un instante, ambos permanecimos en silencio mientras la gravedad del momento se asentaba a nuestro alrededor como el polvo tras una demolición.

—¿Quieres saber por qué no llamé? —preguntó con voz baja—. ¿Qué crees? ¿Que eso te hará sentir mejor? Porque no va a ser así.

No respondí, y Jamie suspiró.

—B, firmé el certificado de matrimonio la mañana de la boda. Ese había sido siempre el plan: firmar el certificado antes de que empezara el día para no tener que preocuparnos, guardarlo en un lugar seguro y llevarlo al juzgado el lunes.

Se me encogió el estómago al oírlo hablar de sus planes con Angel.

—Vale...

—Lo firmé. Antes de enterarme de lo que había hecho ella —dijo, mirándome fijamente—. Después de que yo me fuera, ella también lo firmó. Y ese lunes, cuando intentaba planear cómo gestionar la situación con ella y llegar a ti lo más rápido posible, apareció en mi casa diciendo que estábamos oficialmente casados. Había ido al juzgado a llevar los papeles sin mí, B. Estábamos legalmente casados.

Mi corazón se detuvo durante tres segundos largos, y luego volvió a latir con fuerza.

—Dios mío.

—Ya —asintió Jamie, acercándose—. Al principio me suplicó que volviera con ella, que lo intentáramos, pero obviamente me negué. Luego involucró a su abogado y dijeron que me demandarían por la mitad de todo lo que tengo porque había estado engañándola contigo. —Se rio, sacudiendo la cabeza—. Tenían grabaciones de nosotros juntos, en el hotel, la noche que se suponía que iba a ser mi noche de bodas con Angel.

La cabeza me daba vueltas, y me aferré al respaldo del sofá para sostenerme sobre las piernas temblorosas.

—Si solo fuera por mi Jeep, o por mi maldita casa que ella quería, no me habría importado, B. Pero mi padre me había hecho socio, oficialmente. Ese fue su regalo de bodas. Y ella quería quitarme eso también. Quería la mitad de todo, incluso más. Ella... —La voz se le quebró, y vi en sus ojos cómo le dolía hablarlo conmigo—. Contraté a un abogado. Tuve que bloquear tu número, también mi familia. Hasta que todo se resolviera, cualquier llamada, correo o mensaje en Facebook podía inculparme. No importaba que ella hubiera admitido haberme engañado la noche antes de nuestra boda porque, a ojos de la ley, nos habíamos casado de todas formas. Fue un desastre total, y fue horrible tener que tratar con abogados

rastreros y con una ex aún más rastrera. Odiaba esperar. Pero lo único que me mantenía en pie era saber que tú también estabas esperando. Esperándome.

Intenté tragar saliva, pero no tenía. Tuve que sentarme. Caí sobre el brazo del sofá, con la mano sobre la boca.

—El día en el que Angel finalmente se rindió —continuó, con voz más baja, áspera y triste—, el día en el que recibí la formalización de nuestro divorcio... fue el mismo día en el que recibí tu invitación de boda. —Se ahogó en una risa—. Qué jodida ironía.

Negué con la cabeza, muchas veces, con las sienes palpitando mientras mis pensamientos trataban de ponerse al día.

—Deberías haberme llamado. De alguna manera.

—¡Lo hice! Te llamé, y varias veces, desde lo que probablemente sea la única cabina telefónica que queda, y nunca contestaste —replicó Jamie, con el pecho agitado.

Todos esos números desconocidos...

Las sienes me palpitaban furiosas y las masajeé con los índices, aún temblando.

—Tú pensaste que esperaría, y yo pensé que habías cambiado de opinión.

Jamie se acercó lentamente, como esperando que lo detuviera. Luego se inclinó a la altura de mis ojos.

—Nunca podría cambiar de opinión sobre ti.

Me aparté de su proximidad. Era demasiado. Quemaba, y no de la forma que me gustaba.

—No. No; deberías haber encontrado una manera. Te rendiste demasiado pronto. Deberías haber contestado a mi llamada, o que tu abogado me llamara, o haberle dicho algo a Jenna, o hasta enviar señales de humo. Esto es demasiado. Me abandonaste.

Las palabras me salían de la boca, pero ninguna tenía sentido. Sentí que todo se derrumbaba a la vez mientras el universo se reía de fondo. Había ganado otra vez. Y todo eso del momento adecuado se reía con él.

—¡Deja de hacer esto! ¡Deja de autodestruirte, de hacer esto más difícil de lo que ya es! —pidió Jamie, exhausto—. Tal vez tengas razón, ¿vale? Tal vez debería haber encontrado la manera de contactarte, pero no lo hice porque se suponía que debías esperar. Y nada de eso importa ahora, ¿quieres saber por qué? —Tocó mi barbilla, levantando mis ojos hacia los suyos—. Porque todavía me amas. Y yo te amo a ti.

Me levanté como un resorte del sofá, y me pasé las manos por el pelo antes de volverme para mirarlo de nuevo.

—No, sí que importa. Porque me voy a casar.

—No, no te vas a casar.

—¡Sí, sí que me voy a casar!

Jamie se puso en pie con la mandíbula tensa.

—No te vas a casar con nadie que no sea yo.

Me reí con desdén, pero sus palabras habían enviado un golpe duro pero cálido directo a mi corazón. Me encantaba oírlo decir eso, y me odiaba por amarlo.

—No puedes hacer esto. No puedes entrar aquí, justo cuando por fin tengo mi vida en orden, y obligarme a destrozarla. —Las lágrimas no se acumularon lentamente hasta desbordarse, brotaron de golpe, cubriéndome los ojos tras un par de parpadeos y deslizándoseme por las mejillas al segundo siguiente—. No hacemos más que lastimarnos. No hacemos más que destruir y uno de los dos siempre acaba recogiendo los pedazos, intentando seguir adelante, olvidar o no hacerse ilusiones. Es enfermizo. Somos tóxicos. —Empecé a llorar más fuerte y una vez más Jamie intentó acercarse, pero me eché

hacia atrás—. Y ahora, he arriesgado todo lo que tengo por pasar una noche contigo, porque literalmente no puedo decirte que no. —Temblé violentamente—. He engañado a un hombre que no lo merecía, a un hombre que quiere pasar su vida conmigo, a un hombre al que amo, y todo por mi incapacidad de dejarte ir. —Lloré, con lágrimas calientes y dolorosas recorriéndome las mejillas—. ¡Tu amor me está envenenando, Jamie!

Él se quebró, algo entre un sollozo y un gemido resonó en su garganta mientras su rostro se retorcía. Jamie cruzó la habitación en tres pasos, sacudiendo la cabeza y murmurando «no», y luego me abrazó. Me sostuvo fuerte y luché contra otro sollozo hasta que se inclinó para besarme. Lo empujé con fuerza.

—¡Basta! ¡Para! Tienes que irte, tienes que dejarme ir, Jamie. —Mi respiración era agitada, y mi voz demasiado aguda.

Jamie se quedó allí, mirándome, intentando que cambiara de opinión con esa maldita mirada suya. Al ver que no lo hacía, gruñó, golpeó una caja de sartenes al pasar junto a ellas y yo me sobresalté con el ruido. No lo vi irse, no vi su espalda moverse por la puerta, no vi su rostro cuando susurró que siempre me amaría, no escuché la puerta detrás de él. Todo lo que escuchaba era mi corazón, latiéndome en los oídos. Todo lo que vi fueron mis manos, golpeando el suelo, las lágrimas cayendo junto a ellas. Todo lo que sentí fue todo: cada cosa dolorosa y miserable que había existido. Culpa, arrepentimiento, amor, lujuria, desesperación, deseo, necesidad, dolor, miedo, pérdida... todo, todo a la vez, como si estuviera atrapada dentro de una enorme ola que se rompe justo frente a mí, arrastrándome a las profundidades de un océano oscuro y frío de sentimientos que había evitado por tanto tiempo.

No sé cuánto tiempo permanecí hecha un despojo allí en el suelo, ni cuánto lloré antes de que las lágrimas se secaran junto con la voz

y yo me quedara allí, sin más. Mi móvil sonó en la otra habitación, pero no me moví. Me empapé de arrepentimiento, del dolor horrible que solo viene con una recaída, y pagué mi penitencia.

Nunca me había odiado tanto como en ese momento.

Todavía estaba empapada de Whiskey la noche en que Brad y yo decidimos finalmente nuestra canción de boda.

Y tres meses después, en la fecha que había estado en una invitación arrugada entre las manos de Jamie en mi apartamento, me casé con Bradley Neil. Llevaba el vestido blanco, él el esmoquin negro, bailamos, comimos pastel y sonreí durante todo el rato. Pero era una sonrisa muerta, una sonrisa que nunca me llegaba a las comisuras de los labios, y me pregunté si alguna vez volvería a sonreír de verdad.

Me pregunté muchas cosas.

Me pregunté si era Jamie a quien vi escapar por la parte trasera de la iglesia cuando el sacerdote pidió que hablara ahora o guardara silencio para siempre. ¿Era él, o me lo imaginé?

Me pregunté si el agujero enorme donde solía estar la calidez de Jamie alguna vez se cerraría, si alguna vez recuperaría esa parte de mí misma, o si siempre le pertenecería a él.

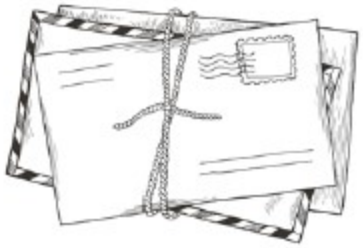
Me pregunté si alguna vez habría un día, un solo día en toda mi vida, en que realmente me librara de mi adicción.

Cuando cerré los ojos en mi noche de bodas mientras Brad se deslizaba entre mis muslos y yo pensaba en Jamie en su lugar, supe que nunca lo haría. No importa lo que dijera, no importa lo que hiciera, mi adicción a Whiskey siempre viviría.

Daba igual que la alimentara o que no.

23

Carta de amor a Whiskey



Así que ahora ya nos hemos puesto al día.

Es una locura lo rápido que vuelve el gusanillo después de haber estado sobria tanto tiempo.

Abrí la puerta y me sentí mareada solo con verlo: la vista se me nubló y las piernas empezaron a temblarme. Antes necesitaba al menos un roce para llegar a este punto, pero mi tolerancia se había debilitado con la distancia y el tiempo y, solo con verlo, se me calentó la sangre. Agarré el pomo con más fuerza, por si servía de algo, pero era como intentar beber agua después de haber pasado el punto de no retorno.

Whiskey estaba allí, en mi puerta, tal como había estado un año antes. Solo que esta vez no había lluvia, ni enfado, ni invitación de boda: solo estábamos nosotros.

Solo él: el viejo amigo, la sonrisa fácil, el consuelo envenenado envuelto en una brillante botella.

Solo yo: la alcohólica, la que fingía que no quería probarlo, pero enseguida se había dado cuenta de que los meses de abstinencia no le habían hecho desearlo menos.

Te dije que no podíamos empezar aquí.

Y tampoco podemos terminar aquí.

Realmente no me dolía verlo, aunque tampoco me curaba. Me había vuelto completamente insensible desde el día de mi boda, totalmente vacía de emociones. Jenna estaba preocupada por mí, quería que hablara con alguien y mi madre también estaba empezando, poco a poco, a darle la razón. Supuse que no podía culparlas del todo, no después de haberme autodestruido otra vez y haber terminado mi matrimonio después de menos de cinco meses. La verdad era que, después de que Jamie se fuera, nunca volví a ser la misma. Nunca me recuperé. No podía amar a Brad porque solo tenía espacio para amar a Jamie, y no podía amar a Jamie porque me dolía demasiado hacerlo. Era un desastre y no sabía cómo arreglarlo, así que simplemente me alejé.

Me había mudado del apartamento de Brad hacía más de un mes, y aun así las cajas seguían apiladas y el anillo de boda seguía brillando en mi dedo. No podía desempaquetar, no podía avanzar, no podía admitir que había arruinado toda mi vida. El trabajo era el único lugar donde no sufría, y solo porque leer, escribir y trabajar eran mis escapes. Ahí apagaba mis emociones, y fue cuando prosperé.

—¿Puedo entrar? —preguntó Jamie. Tenía buen aspecto, con sus pantalones de vestir y una camisa salmón con las mangas dobladas hasta los codos. Volvía a llevar el pelo corto, tenía el rostro perfectamente afeitado, y juraría que había envejecido diez años en los doce meses que habían pasado desde la última vez que lo había visto.

Asentí mientras retrocedía para dejarlo pasar. Me pregunté cómo me había encontrado, si habría sido a través de Jenna o si simplemente había probado con mi antiguo apartamento esperando encontrarme allí. Tuve suerte de que estuviera disponible cuando me mudé de casa de Brad. Lo sentía como mi casa y, al mismo tiempo, estaba manchado por los recuerdos, especialmente de la última noche que pasé con Jamie.

Ojalá pudiera describir con precisión lo que sentí ese día con él, pero estaba demasiado entumecida a nivel emocional. Había tocado fondo, y no tenía a nadie a quien culpar excepto a mí misma. Era el momento antes de poder hacer algo para cambiarlo, el momento en el que lo único que podía hacer era respirar y hasta eso me costaba.

Jamie tenía las manos en los bolsillos y miraba mi apartamento, que estaba prácticamente como lo había visto la última vez. Cuando sus ojos suaves se encontraron con los míos, esbozó una triste sonrisa.

—Hola.

—Hola —susurré.

—Has perdido peso —señaló, y no era un cumplido. Yo siempre había sido delgada, y sabía que en ese momento no tenía un aspecto saludable. Pero ese era nuestro juego, ¿no? Siempre comentábamos lo que había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto, ignorando lo que no había cambiado: cómo nos sentíamos.

—Y tú te has afeitado.

Jamie se frotó la mandíbula antes de meterse la mano de nuevo en el bolsillo.

—Perdona por aparecer sin avisar. Tenía una conferencia de trabajo en el Omni y bueno... quería verte.

Tragué saliva, cruzándome de brazos sobre el suéter grande que llevaba puesto.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté, dirigiéndome a la cocina. Casi cogí una botella de *whiskey*, pero cambié de idea y saqué un vaso de agua del refrigerador.

—Estoy bien.

Fue incómodo, y me recordó a cuando había viajado a su lado en su Jeep el fin de semana que se suponía que se iba a casar con Angel. No habíamos hablado desde que se fue, desde que elegí a Brad en lugar de elegirlo a él. Jugaba distraídamente con el anillo de boda que aún llevaba en el dedo, que no me había quitado aunque sabía que debía, y Jamie captó el movimiento con la mirada. Se le tensó la mandíbula mientras se apoyaba en la isla de la cocina.

—¿Y cómo estás?

Casi me reí. ¿Cómo estaba? ¿Era apropiado decirle que estaba loca, deprimida y rota, atrapada por la ansiedad, y los «y si»? Sabía que no, sabía que no necesitaba mis tonterías ni las merecía, así que forcé una sonrisa.

—Estoy bien.

Asintió, y me tomé un segundo para mirarle de verdad: el perfil marcado de la mandíbula, cómo se le marcaban los bíceps bajo la tela de la camisa y ese deje de tristeza en los ojos cuando se volvieron a clavar en mi anillo de boda.

—¿Eres feliz?

Aparté la vista hacia la ventana, donde la ciudad estaba bañada por la luz naranja del atardecer. No podía contestar a eso sin mentirle, así que cambié de tema.

—¿Por qué has venido?

Jamie siguió mi mirada, y los dos nos quedamos contemplando el exterior.

Pareció que pasaba una eternidad, como si hubiéramos visto ponerse y salir el sol otra vez antes de que él hablara.

—Ha sido un año muy largo.

Su voz retumbó en el piso vacío, grave y áspera.

Me limité a asentir.

—He tenido mucho tiempo para darle vueltas a todo lo que dijiste y me mató irme como me fui, sin decirte todo lo que quería decirte.

Cerré los ojos mientras me mordía el labio y preparaba el cuerpo. No estaba lista para escuchar más, no estaba preparada emocionalmente para lo que fuera que iba a pedirme. Pero no había venido a pedirme nada, sino a poner punto final. Y, de alguna forma, eso dolía más.

—Quiero dejar de hacerte daño —empezó, y ahí abrí los ojos y lo miré—. Nunca fue mi intención y sé que no puedo demostrarlo, pero jamás quise jugar contigo. Nunca quise herirte... —Tragó saliva y negó con un leve movimiento de cabeza, como para despejarse. Entonces bajó la vista a los pies—. Quiero que sepas que te quiero, en todos los sentidos de la palabra. —Se me cayó el alma a los pies y estrujé la tela del jersey entre las manos, retorciéndola, agarrándome a ella, como si así pudiera protegerme de la tormenta —. Lo nuestro es y siempre ha sido muy real.

Me costaba respirar, porque sabía que tenía razón. Por muy jodido que hubiera sido todo, también había sido real. Muy, muy real.

—Eres mi mejor amiga —dijo con la voz rota. Me sentía insensible, como si me hubieran metido la cabeza en agua helada, y ya ni siquiera podía mirarle. Volví a fijar los ojos en la ventana. Jamie se irguió un poco—. Y siempre estaré ahí para ti, da igual la hora, el lugar o las circunstancias.

Una lágrima me resbaló rápida y silenciosa por el lado de la cara que él no podía ver. No me la limpié, por miedo a delatarme.

Atravesó la habitación hasta acercarse, y el olor a miel y a roble que siempre me había encantado me envolvió. Cerré los ojos y cogí aire... y no lo solté. Ni cuando besó mi frente, ni cuando me puso una cajita en la mano, ni cuando susurró «Feliz cumpleaños», ni cuando se apartó y su aroma se esfumó de golpe.

Caminó despacio hacia la puerta y, con la mano ya en el pomo, se detuvo.

—«Adiós» no me suena bien, así que diré... hasta que llegue el momento adecuado...

No aparté la vista de la ventana, y solo en cuanto escuché la puerta cerrarse volví a respirar.

Bajé la mirada al pequeño paquete que tenía en la mano, envuelto en papel de estraza y atado con cuerda, y me eché a llorar.

Era oficial: tenía veintiocho años.

Vaya cumpleaños más raro. Sentía que a esa edad debería tener mi vida más que encarrilada, y claramente no era así. Lo único que más o menos dominaba era mi trabajo y ni siquiera estaba segura de eso. Había perdido al hombre al que había querido toda mi vida, había fastidiado las cosas con el hombre ideal que quería pasar su vida conmigo, y vivía sola en un pisito de una habitación.

Por suerte, Jenna se había presentado menos de una hora después de que Jamie se fuera.

—Me da igual lo que digas, vamos a ir a este estúpido recorrido de bares cutres ochenteros. Y te vas a poner este vestido hortera conmigo, y nos vamos a emborrachar como locas y a inaugurar tus veintiocho como Dios manda.

Me tendía un vestido lavanda, cantoso y con hombreras, colgado en una percha. Apoyaba el peso en una cadera mientras escribía en

el móvil con la otra mano, seguramente a su novio, Dylan. Llevaban saliendo desde casi el mismo día en el que yo empecé con Brad. Lo suyo había aguantado mucho más, y yo tenía la sensación de que él pronto le pediría matrimonio. Que viniera a celebrar mi cumpleaños era un detalle, pero lo último que me apetecía era celebrar nada.

—Prefiero helado y vino en pijama.

Jenna puso los ojos en blanco.

—Ni de coña. Este va a ser tu año, B. Hay que empezarlo bien para que el resto vaya rodado.

—¿Y un recorrido por bares de los ochenta es «empezarlo bien»?

—Mujer, claro.

Solté una carcajada, le quité el horror de vestido de la mano, y ella me sonrió y me hizo un gesto para que me metiera en la habitación a cambiarme. En su defensa diré que acabamos pasándolo bastante bien. Bailamos, nos reímos y bebimos. Bebimos mucho. Pero al final de la noche volvimos a mi piso. Y, de hecho, acabamos en mi rincón favorito: la bañera. Aún llevábamos puestos los vestidos horteras, con el tul apelotonado a nuestro alrededor, y teníamos una botella de Maker's Mark que nos íbamos pasando. La lista de reproducción de Jenna sonaba en su móvil y rebotaba en las paredes del cuarto de baño, mientras el regalo de Jamie seguía sin abrir, encajado entre nosotras en el tul.

—Venga, ¿ya estás lo bastante borracha como para abrirlo? —preguntó Jenna sobre las tres de la mañana.

Le di otro trago a la botella, con la vista un poco turbia, y me reí.

—No creo que llegue nunca a ese punto.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Me encogí de hombros y me quité los tacones de los pies, que colgaban fuera de la bañera. Jenna hizo lo mismo, y nos pusimos a balancear los pies descalzos mientras le pasaba la botella.

—No es miedo. Es que no sé qué puede haber de bueno en el hecho de abrirlo.

—¿No te da curiosidad?

—Claro.

—Pues abre la maldita caja, que me tienes en ascuas.

Me la lanzó al regazo y la recogí con dedos temblorosos, jugueteando con la cuerda y preguntándome qué sería. Apenas pesaba y, al moverla, sonaba algo dentro.

—No sé cómo me voy a sentir al abrirlo —confesé, mirándola. Jamie solo me había hecho un regalo antes y había sido algo gracioso, una broma entre nosotros, pero este tenía más importancia.

—Para eso estoy aquí —dijo con una sonrisa—. Para ayudarte a digerirlo.

Me apretó la pierna a través del tul, y yo agarré la caja con más fuerza. Me mordí el labio, insegura, pero empecé a quitar la cuerda y el papel. Era raro cómo el corazón siempre se me aceleraba igual cuando se trataba de Whiskey. Igual era por el Maker's, o por el misterio, o porque mi cuerpo iba por delante de mí y ya sabía que mis veintiocho iban a ser un año de cambios.

Quité el papel, lo dejé caer y abrí la tapa de una cajita azul marino. Dentro había papel de seda, y yo seguía temblando mientras lo apartaba.

—Joder... —susurré. Jenna se inclinó para verlo mientras yo acariciaba el metal frío de un sencillo llavero con colgantes.

Eran seis colgantes y había una notita.

Aunque tengas que seguir adelante, por favor, nunca te olvides de nosotros.

La leí una y otra vez, con los ojos nublados, antes de repasar los colgantes con el pulgar. No hacía falta explicación.

Era un llavero que me recordaba a nuestros viajes en coche, tantos a lo largo de los años. Noches de risas, de dolor o simplemente de existir como chico y chica. Su asiento del copiloto siempre sería mío, y ese llavero lo dejaba claro.

El primer colgante era una nota musical. Música clásica, nuestra extraña y rara conexión. Pensé en las listas de reproducción que habíamos tenido a lo largo de los años, en The Piano Guys, en esa música que no necesitaba palabras, igual que Jamie y yo tampoco las necesitábamos.

Después, una tabla de surf y luego un gato. Me reí con ese, preguntándome si aquella historia había significado más para él de lo que yo creía. Luego, una botella de *whiskey*, parecida a la de Jack Daniel's. Me vinieron recuerdos de la hoguera en Alder antes de darme cuenta de que también representaba nuestro primer chupito juntos, en mi cocina, cuando la adicción aún no estaba instalada, aunque ambos ya sentíamos que nos rondaba.

Con las veces que nos habíamos hecho daño y, a pesar de todo, siempre volvíamos a por más.

Los dos últimos hicieron que el corazón se me encogiera. Un simple avión plateado, que me recordó toda la distancia que había habido entre nosotros estos años: de Florida a California, luego de Florida a Pensilvania, y siempre en nuestra cabeza. La distancia y el momento adecuado habían sido demasiado determinantes para nosotros y, por primera vez, me preguntaba por qué lo había permitido. El último era un corazón de oro rosado. Ese no había que interpretarlo: su corazón era mío, y el mío siempre sería suyo.

—¿Estás bien? —preguntó Jenna después de un rato. Yo seguía inmóvil, salvo por el leve roce de mis pulgares en los colgantes.

—Me quiere —susurré. Lo había sabido siempre, lo había oído mil veces, pero era la primera vez que lo sentía de verdad—. Incluso después de todo esto, Jenna... me quiere.

Ella asintió, apoyando la cabeza en mi hombro y pasándome la botella.

—Creo que siempre lo ha hecho, tía.

Inspiré hondo, sin ganas de llorar porque no estaba triste. De verdad que no. Estaba aliviada y esperanzada... incluso aunque no tuviera derecho a estarlo.

—¿Y qué hago? No hacemos más que herirnos. ¿Cómo sé que alguna vez podremos funcionar? ¿Cómo confío en él con un corazón que él mismo ha roto tantas veces?

Jenna se quedó pensativa mientras yo volvía a pasar los dedos por los colgantes, con la cabeza a mil.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo de todo esto? Sabes tan bien como yo que si le das tu corazón, si se lo das de verdad, no lo va a romper. Si acaso, quien debería tener miedo es él... y está claro que no lo tiene. Así que, ¿cuál es el problema real?

Me mordí el labio inferior, con las respuestas a su pregunta dándome vueltas en la cabeza.

—Es que mira el rastro de destrucción que hemos dejado. Él fue infiel, yo fui infiel... dos veces. —Me encogí al admitirlo—. Hemos hecho daño a otras personas y en realidad nunca hemos estado juntos. Siempre ha sido cuestión de no poder tenernos. ¿Y si solo se trata de querer lo que no podemos tener? ¿Y si ahí está toda la atracción? Simplemente me parece que está mal y, a ojos de la mayoría de la gente cuerda, lo está. Lo nuestro se ha construido sobre el deseo y muchas decisiones equivocadas.

—Pero ¿de verdad es así? —me retó Jenna, incorporándose de nuevo. Se volvió para mirarme, metiendo los pies dentro de la

bañera—. No, Jamie y tú nunca lo habéis tenido fácil. Y sí, habéis hecho daño a mucha gente por el camino. Pero, a fin de cuentas, es tu vida, B. Eres tú quien tiene que vivirla, nadie más. Así que no puedes pensar en la gente de tu alrededor, en que les has hecho daño o en lo que piensan de ti. Depende de ti ser feliz, porque nadie más va a hacerlo por ti. —Entonces sonrió, con sus ojos azules brillando bajo la tenue luz de mi baño—. Elijas lo que elijas, asegúrate de que te haga feliz.

—Eso suena un poco egoísta.

Jenna se encogió de hombros.

—Bueno, a veces «egoísta» e «inteligente» son sinónimos.

Fue como sobrevivir a una explosión. Durante más de un año, había tenido un zumbido en los oídos y los ojos habían estado adaptándose al humo y, de pronto, todo se despejó. Me había dejado gobernar por el miedo y la rabia, por el dolor y la tristeza, pero nunca había pensado en la posibilidad de que, con Jamie, pudiera encontrar la felicidad. Puede que no fuera un camino fácil y que aún quedaran muchos baches por delante, pero, al final, no podía imaginar mi vida con nadie que no fuera él. Él era el indicado para mí. Siempre lo había sido.

—¿Por qué siempre le he visto como una adicción, como algo malo?

Jenna se inclinó hacia mí, quitándome la botella de la que no había bebido desde la última vez que me la pasó.

—A veces nos dan más miedo las cosas buenas de la vida que las malas. Sentimos que no las merecemos, o que no son reales, que desaparecerán rápido y nos dejarán hechas polvo.

Tenía razón, y sonreí ante aquella claridad repentina. Jamie siempre había sido un impulso natural en mí, pero yo lo había catalogado como un impulso malo, como algo de lo que

avergonzarme o que podía arruinarme. Pero la verdad no podía estar más lejos de eso.

—No es una adicción —susurré—. Es una inclinación.

Jenna sonrió, volviendo a tenderme la botella de *whiskey*.

—Entonces, ¿ahora qué?

A la mañana siguiente, mientras Jenna aún dormía profundamente en mi cama, me senté frente al portátil y empecé a escribir.

Empecé a escribir mi carta de amor imposible. A Whiskey.

Empecé a escribir el libro que estás leyendo ahora.

La historia honesta, difícil de leer y aún más difícil de escribir, de mi adicción de once años a Whiskey.

Sé que, como lector, te he hecho pasar por mucho. Quizá demasiado. No te culparía si ahora me odiaras, porque la verdad es que no fueron pocas las veces en mi vida en las que tomé la decisión equivocada. Soy imperfecta y, aunque sé que ha sido duro leerlo, no me arrepiento de contar la verdad. No me avergüenzo de mi camino. En cierto modo, creo que se trata de descubrir quiénes somos a través de los errores que cometemos.

Yo sé quién soy. Y sé a quién necesito.

Así que, Whiskey, si estás leyendo esto, espero que ahora lo entiendas. Siempre hemos culpado al momento, pero el momento siempre fue el adecuado... solo que nunca lo escuchamos.

Hasta ahora, nunca he luchado lo suficiente. Pero si me das la oportunidad, lucharé cada día de nuestras vidas juntos. Iré a la batalla por ti, y al final ganaré la guerra.

Me pediste un día, pero ese día nunca llegó. Me pediste que te eligiera, y nunca lo hice. Me pediste que estuviera contigo, y nunca lo estuve.

Pero ahora, es nuestro momento.

Ese día ha llegado y te elijo a ti. Nunca he sido de nadie más que tuya y no quiero que eso cambie jamás.

Ahora solo tienes que elegirme tú también.

Siento que, hasta ahora, te haya visto como algo que debía dejar en lugar de algo por lo que debía luchar.

Mi corazón es, siempre ha sido y siempre será, tuyo.

Para cuando termine esto, para cuando quizá —con suerte— lo leas, estarás a punto de cumplir los treinta. No sé dónde estás, no sé con quién estás, pero espero que recuerdes. Espero que recuerdes nuestros viajes. Espero que recuerdes nuestros días en el agua, nuestras noches en la arena, nuestro tiempo perdido y los minutos que atesoramos. Más que nada, espero que recuerdes la promesa que le hiciste a una chica boquiabierta hace once años.

Yo te he hecho daño. Tú me has hecho daño. No te merezco, y tú siempre me has merecido a mí. No tienes que perdonarme, no tienes que dejar atrás el pasado, pero aun así te lo pido.

Esta es mi carta de amor para ti... todo lo que tengo está en estas páginas. Ahora la pluma está en tu mano.

Ven a buscarme, Whiskey.

Te estaré esperando.

Fin.

Epílogo

La última gota

Hoy las olas van a estar perfectas.

Apenas pasan unos minutos de las ocho de la mañana, y estoy sentada en mi lugar favorito de todo el mundo: el asiento del copiloto de Jamie. Nuestras tablas van sujetas encima del Jeep, dos cafés helados a medio acabar entre nosotros, y el viento nos despeina mientras nos dirigimos hacia la playa.

Siempre duele un poco sentarse en este asiento, pensando en lo que podría haber sido. He intentado dejar atrás esos pensamientos a lo largo de los años, pero no es tan fácil como parece.

No es fácil no pensar en los años que pasaron y que podrían haber sido míos junto a él, ni en las noches que ambos pasamos solos y que podríamos haber compartido. Duele pensarlo, y aun así no puedo dejar de hacerlo. A veces creo que la vida consiste en abrazar lo que duele, porque el dolor es una de las emociones más vívidas que podemos sentir. El dolor nos recuerda que estamos vivos y siempre apreciaré ese recordatorio punzante.

Jamie lleva el pelo más largo, justo como me gusta, y tiene esa sonrisa relajada mientras conduce. El Whiskey añejado se ve aún mejor a la luz brillante de la mañana, con las notas ámbar de sus ojos brillando. Habla del parte de olas y de dónde comer, pero un rayo de sol golpea el anillo de bodas en su mano izquierda mientras se mueve al volante, y de repente mi mente se pierde.

Finalmente se casó, apenas unos meses después de cumplir los treinta.

Trago saliva, con un pequeño dolor en el pecho al pensar en la mujer afortunada que vivirá el resto de su vida como su esposa. Ella y yo no nos llevamos demasiado bien, pero seguro que eso no te sorprende.

Aunque no merece a Jamie, supongo que nadie lo hará jamás a mis ojos. Sinceramente, creo que su esposa es egoísta. Creo que está un poco perdida, un poco rota y tiene una tendencia demasiado acusada a cometer errores. A veces duele verla con él, pero no me permito enfocarme en lo malo, porque la verdad es que ella lo hace feliz. Puede que no tenga sentido para mí, pero no importa: porque él la ama.

Y eso me basta.

Me quito las sandalias y apoyo los pies en el salpicadero cálido del Jeep de Jamie justo cuando una melodía familiar suena por los altavoces. The Piano Guys siempre me transportan a la primera vez que me senté junto a él, y a él le debe de pasar lo mismo porque deja de hablar y lleva la mano a mi muslo. Lo aprieta suavemente y cada célula de mi cuerpo cobra vida con ese toque.

Recuesto la cabeza contra el asiento y la inclino para mirarle: mi Jamie, mi Whiskey. Me mira como siempre lo ha hecho, como espero que siempre lo haga, y me pregunto si alguna vez podrá tocarme sin que vuelva a sentir ese mismo ardor conocido y doloroso.

Pero eso es lo que pasa con el *whiskey*, ¿no?

Es fuerte hasta la última gota.

Vuelvo a mirar por el parabrisas justo cuando aparcamos: las olas rompen frente a nosotros, el sol arde sobre nuestros hombros. Inhalo la brisa salada y dejo que el aire salga despacio, respirando el momento. A veces siento que tenemos que correr, pero luego

recuerdo que el tiempo no es nuestro enemigo como siempre pensé. Resulta que el tiempo es nuestro amigo, el amigo al que nunca escuchamos, pero del que vamos aprendiendo cada día un poco más. El amigo que quizá siempre nos conoció un poco mejor de lo que nosotros mismos nos conocíamos.

Verás, puede que no siempre me guste su esposa y puede que esté lejos de ser perfecta...

Pero estoy muy feliz de que esa esposa sea yo.

PARTE 2



«La sincronía es algo tremendo. Al final, de eso se trata todo. La fuerza de una atracción o la pureza de una conexión significan muy poco si cada uno está en momentos distintos. Tú y yo encajábamos a la perfección, vaya que sí, solo que había demasiada distancia entre nosotros para verlo».

Beau Taplin, *Viajes separados*

Prólogo

—¿Estás de coña?

Me quedé allí, en la puerta del piso de B, igual que las dos veces anteriores.

La primera vez, tenía en la mano su arrugada invitación de boda, todavía húmeda, y la furia de todos los dioses griegos ardía en mi interior mientras la miraba incrédulo, dispuesto a recordarle que, desde luego, no iba a casarse con nadie... salvo conmigo.

La segunda vez, estaba resignado, destrozado, era una sombra de mí mismo al admitir por fin que ella nunca había sido mía.

Ese día empecé a dejarla ir.

Se había casado —o eso pensaba yo—. Tenía una nueva vida por delante. Me lo había dicho a la cara: lo mucho que le había dolido quererme, cuánto daño le había hecho yo. Y yo lo reconocí. Se lo admití. Le pedí perdón, y cada palabra era sincera. Le supliqué, con un último regalo, que no se olvidara de lo nuestro, incluso aunque siguiera adelante... y luego me fui.

Esa fue la última vez que la vi.

Y luego, dos años después, apareció su maldito libro.

Yo no leía gran cosa, nada que no fueran las revistas de surf a las que estaba suscrito, en realidad. Pero un día pasaba delante de una librería en el centro de Miami cuando vi el escaparate: decenas y decenas de ejemplares de aquel libro en blanco y negro con las letras doradas en la portada.

Llevaba años pasando por delante de esa librería. Estaba entre la oficina de mi padre y el bar al que íbamos a la hora feliz de los viernes.

Habría pasado sin fijarme delante de ese mismo escaparate cientos de veces. Quizá cientos y cientos. No sabía cuánto tiempo llevaba publicado el libro, ni cuánto llevaba siendo un éxito de ventas y aún hoy no sé qué me hizo, precisamente aquel día, girar la cabeza y mirar el escaparate. Tal vez fue el universo, dispuesto a volver a joderme después de haberme dejado sufrir solo durante un tiempo.

No fue el título lo que me detuvo.

Fue el nombre.

Brecks Kennedy.

No sé bien cuánto tiempo me quedé allí, boquiabierto frente al cristal, parpadeando una y otra vez, intentando convencerme de que no estaba viendo lo que estaba viendo. Cuando por fin reaccioné, entré corriendo y prácticamente le tiré la tarjeta de crédito al pobre cajero, para volver de inmediato a mi piso y devorar el libro en una sola noche.

Una noche larga, en vela. Una noche de agonía.

Ella me había mentido.

Bueno, quizá «mentir» era una palabra demasiado fuerte, pero me había dejado creer que seguía casada el día que fui a despedirme. Tenía el anillo en el dedo, y yo simplemente supuse...

Ahora, echando la vista atrás, veo todas las señales que me perdí en la neblina de mi depresión. Porque aquella primera vez que aparecí con la invitación de boda, la mitad de su piso estaba lleno de cajas. Se estaba mudando. Salía. O más bien entraba con su futuro marido.

Entonces, ¿por qué seguía en su piso cuando volví meses después?

Debería haberme dado cuenta, pero no lo hice. Lo único que era capaz de procesar en aquel momento era que tenía que renunciar a ella.

Y joder, fracasé estrepitosamente, incluso cuando le confesé que eso era precisamente lo que estaba haciendo.

Había escrito un libro para mí.

Un libro para mí.

Para mí y sobre mí.

Sobre nosotros.

Ahora, en mi tercera vez frente a esa puerta, mientras miraba al interior de su piso, iluminado por la luz que se colaba por los ventanales que mostraban Pittsburgh, sentí todo lo que había intentado negarme durante casi dos años.

Sentí el vértigo de su mirada encontrándose con la mía, ese sentimiento de posesión que siempre me invadía cuando estaba a su lado, el imán, tan fuerte como siempre, que me arrastraba hacia ella antes de que pudiera siquiera darse cuenta de que era yo.

—Jamie —susurró, y el sonido de mi nombre en sus labios casi me desarma, casi borra todas las preguntas que tenía, toda la urgencia por saber qué coño significaba ese libro. La manera en la que decía mi nombre siempre ponía a prueba mi autocontrol y en ese momento casi cedí, casi atravesé esa puerta para estamparla contra la pared y coger lo que siempre había sabido que era mío.

Pero logré contenerme y levanté el libro, ya ajado, que había leído una docena de veces en la última semana.

—¿Qué coño es esto?

Si estás leyendo esto, querido lector, sé que has leído la historia de B. Sé que has tenido que pasar por la misma tortura que yo,

quizá incluso más, porque acabas de vivir esos trece años concentrados en unas trescientas sesenta y dos páginas.

Mereces saber qué pasó después.

Mereces un final feliz, al menos, todo lo feliz que los masoquistas como nosotros podemos permitirnos.

Pero antes de contarte el final de su versión, tengo que contarte al menos un poco de la mía.

Así que, de nuevo, no podemos empezar aquí.

Tenemos que retroceder.

Muy atrás.

Hasta el primer trago...

1

Asesino



Ella tenía razón en una cosa.

El día que conocí a B, ella se cayó de bruces al suelo, literalmente.

Aquel día hacía un calor sofocante en el sur de Florida; el sudor me caía por la espalda en un reguero constante mientras corría por el sendero que frecuentaba desde el primer año de instituto. Sobre todo en otoño, esa ruta que rodeaba un pequeño lago en medio de un barrio residencial formaba parte de mi ritual matutino. La temporada de baloncesto estaba en pleno auge, lo que significaba correr por las mañanas y quedarme mucho después de los entrenamientos, por la tarde, para perfeccionar mis entradas y mis tiros libres.

Si aún no lo has deducido por la versión de B de nuestra historia de amor, soy persistente cuando se trata de aquello que me apasiona.

Todavía recuerdo cada instante de aquel primer encuentro, desde el sonido de mis zapatillas golpeando el asfalto hasta el ritmo constante de mi respiración. Parecía que el universo había ralentizado el tiempo cuando levanté la vista del suelo y las vi: Jenna y B, corriendo codo con codo, hasta que B se adelantó un poco.

Ella cree que no vi el momento exacto en el que se fijó en mí, pero era imposible pasarlo por alto.

Sentí sus ojos sobre mí como unas manos cálidas, como el abrazo de una antigua amiga y el beso de una desconocida, todo a la vez.

Esos ojos grises, de pizarra, me atravesaron el pecho, tanto que apreté los labios para contener la punzada que me provocaban. Sonreí con un deje de soberbia cuando aquellos ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, y me permití hacer lo mismo: fijarme en su pelo salvaje y rebelde, las pecas de las mejillas, su figura atlética y fibrosa, el vientre firme asomando entre la cintura de los pantalones cortos negros y la camiseta de tirantes blanca. Recuerdo sus piernas más que nada: era bajita y, aun así, me parecieron infinitas; mis ojos se detuvieron un segundo en sus zapatillas rosa fosforito antes de volver a chocar con los suyos.

O al menos lo habrían hecho, si ella no hubiese girado la cabeza para decirle algo a Jenna.

Ten en cuenta que yo por aquel entonces era un chaval idiota, así que, mientras que ahora habría sabido que lo lógico era reducir el paso y tratar de hablar con ellas al cruzarnos, en aquel momento mi cerebro de cacahuete pensó que tenía más sentido chocar con ella «sin querer».

Subestimé gravemente la fuerza que podía tener aquel cuerpecillo al estamparse contra mí.

O lo mucho que yo podía funcionar como un muro, porque la mandé directa al suelo.

Sin embargo, el plan en cierto modo funcionó: aunque estaba sentada de culo en el asfalto, B me miraba —con esos ojos grises tan peculiares— y, cuando sonreí al tenderle la mano para ayudarla a levantarse, supe que ella también lo había sentido.

No sabía qué era, para ser sincero. Solo sabía que era algo; algo nuevo, desconocido, excitante. Pero, de nuevo, mi cerebro era el de un adolescente.

Y por eso todo sucedió como sucedió en los minutos siguientes, desencadenando un dominó de malentendidos, mala sincronía y obstáculos —personas— en medio de nuestro camino.

B deslizó su mano sobre la mía, ligera, insegura, con los ojos abiertos como platos.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras la inspeccionaba disimuladamente en busca de algún moratón o herida. Quería que respondiera antes de ayudarla a ponerse en pie.

Pero no respondió.

Ni siquiera respiraba mientras me miraba, lo que ahora sé que era porque, según ella, estaba anonadada por lo guapo que era: palabras suyas, no mías. En aquel momento, en cambio, interpreté esa ceja arqueada y su silencio como un rechazo.

Lo interpreté como que no le interesaba ni lo más mínimo.

Como que mi mera presencia la ofendía.

Me equivoqué.

—Pero ¿estás ciego o qué?

Jenna fue la primera en hablarme y enseguida me apartó de un empujón, arrebatándome la mano de B y levantándola del suelo.

B todavía estaba algo aturdida cuando Jenna se volvió hacia mí, sus ojillos azules entornados de pura rabia.

—¿Por qué no te apartas el puto pelo de los ojos y te fijas por dónde vas, eh, campeón?

Cruzó los brazos y ladeó la cadera, y entonces me fijé en ella.

Bronceada, con curvas, una larga melena rubia y una actitud incendiaria que a la vez me acojonaba y me divertía. Alzó una ceja cuando no contesté, así que yo alcé la mía en respuesta.

Y durante un fugaz instante, el escudo de Jenna cedió y vi un levísimo rubor en sus mejillas.

—Hola —dije, extendiéndole la mano a Jenna esa vez—. Soy Jamie.

—Bueno, Jamie, pues a ver si pides cita con el oculista antes de atropellar a otra corredora inocente. Y le debes una disculpa a Brecks.

Jenna señaló a B con la barbilla y ella se encogió de hombros, apartándose de mí.

Otra vez: en aquel momento, interpreté esa mueca como repulsión, como si le diera asco. No sabía la historia de por qué odiaba su nombre, ni que era precisamente el escucharlo como forma de presentarla lo que le hacía poner esa mueca.

Primero sonreí a Jenna y luego probé con B, mientras decía:

—Perdona, tendría que haberme fijado por dónde iba.

Al decir las últimas palabras arqueé un poco las cejas, porque B y yo sabíamos que no había sido yo quien miraba hacia atrás para hablar con su amiga en lugar de atender al camino.

Aunque claro, ella tampoco sabía que yo me había lanzado a propósito contra ella...

—No pasa nada —murmuró B, sonrojándose.

Incliné la cabeza, desconcertado. Ese rubor me descolocó. Me pregunté si habría entendido mal la situación, si quizá ella sí que estaba interesada. Traté de buscar la respuesta en sus ojos, pero entonces Jenna carraspeó y mi atención volvió a ella.

Así que, como ves, B tenía razón en varias cosas al contarte la primera vez que nos conocimos. Pero en algo crucial se equivocaba.

Yo no vi a Jenna primero.

La vi a ella.

Lo que pasa es que no pensé que ella me hubiera visto a mí.

Intentar explicar lo que pasó en los meses siguientes es como tratar de comprender la magnitud del universo.

Salir con Jenna era fácil. Simplemente... encajábamos.

Ella era capitana de las animadoras y yo jugaba en el equipo de baloncesto. Quedábamos bien juntos. Nos sentíamos bien juntos. Y, como adolescente, no podía pedir más que tener a una de las chicas más guapas del instituto como novia y disfrutar de todas las ventajas que eso conllevaba.

Y, pese a eso... yo quería más.

Más significaba B.

Venía incluida en el hecho de salir con Jenna, era parte del lote y al principio pensé que tendría que ganármela, ya que estaba convencido de que me odiaba después de aquel primer encuentro mientras corríamos.

Lo que B no contó en su versión es que, durante las primeras semanas, fue bastante arisca conmigo. Siempre que aparecía para acompañar a Jenna a clase o nos quedábamos junto a mi Jeep tras las clases, B buscaba una excusa para largarse.

Pero no sin antes lanzarme una mirada fulminante, por si acaso.

Yo pensaba que me odiaba, que tal vez no le parecía digno de su mejor amiga, o que olía mal o algo por el estilo.

No fue hasta aquella tarde en nuestras tablas de surf —un accidente afortunado que después entendí como uno de los

momentos más decisivos de mi adolescencia— cuando empecé a sospechar que quizá simplemente B era así.

Reservada. Cauta. Reacia a confiar.

En cuanto me contó lo de su nombre y por qué nunca quería que nadie lo usara, lo entendí.

Mi atracción por B no me golpeó como un rayo. No me alcanzó de golpe, de manera repentina. Se fue infiltrando en la piel, en los músculos, en los huesos, en mi alma, como un asesino en mitad de la noche.

Fue lenta, calculada, poderosa y engañosa.

Y cuando por fin me atrapó, ya no me soltó jamás.

Ambos sabíamos que caminábamos por la cuerda floja. Lo notaba en su manera de mirarme, en cómo se ruborizaba cuando mi rodilla rozaba la suya en los partidos de fútbol, en cómo no soportaba mirar cuando Jenna y yo nos besábamos.

Y, como el imbécil egoísta y hormonal que era, no quería detenerlo.

Sabía que bastaban unas pocas palabras para ponerle fin. Sabía que podía dejar de llevarla a clase, dejar de sentarme con ella en los partidos, dejar de surfear con ella, dejar de dar vueltas por el pueblo con ella, dejar de inventar excusas para estar juntos.

Podía... pero, al mismo tiempo, no podía.

Ella era, en todos los sentidos, mi adicción.

Pero no fue hasta Nochebuena cuando entendí que también era mi salvación.

Ese semestre de otoño, mi último otoño en el instituto, un demonio había empezado a crecerme en el hueco del pecho. Había conseguido silenciarlo entregándome al baloncesto, pasando tiempo con Jenna, y fingiendo que no sentía algo más profundo por B.

Pero cuando Jenna se fue a Colorado durante las vacaciones de Navidad y los entrenamientos se suspendieron hasta después de las fiestas, ya no pude ignorarlo más. Me arrastró a un océano oscuro e infinito, cortándome cada bocanada de aire. Me golpeó con todas las dudas, miedos y preocupaciones que había esquivado con tanta destreza.

Me graduaba.

Dejaba Florida.

Pasaba página.

Y estaba acojonado.

Pasada la medianoche, cogí el móvil más por pánico y desesperación que por otra cosa, y en aquel momento no supe por qué pensé primero en B, aunque ahora sí lo sé.

¿Estás despierta?

Tenía el corazón en un puño mientras esperaba su respuesta, mirando la pantalla del móvil iluminada, en la oscuridad de mi habitación. Me había destapado, tumbado boca arriba en la cama con solo los calzoncillos puestos, esperando a que contestara.

Sí, señor.

El suspiro de alivio que me salió entonces no se parecía a nada que hubiera sentido antes, ni siquiera a encestar el balón en el último segundo. Ya debería haber sabido que ya estaba jugando con fuego.

¿Te vienes a dar una vuelta?

Vale.

Salté de la cama tan rápido que me tropecé con las sábanas enredadas en los tobillos, y me di un buen golpe contra el suelo.

Pero al segundo ya estaba en pie, y me ponía a toda prisa una sudadera y unos pantalones cortos de baloncesto antes de coger las llaves.

Quince minutos después, B estaba en el asiento del copiloto, con los pies descalzos sobre mi salpicadero.

En aquel momento no me di cuenta de lo reconfortante que era ese simple hecho. Ese sitio a mi lado... era suyo, en todos los sentidos. Y cuando ella estaba allí, yo sentía que todo iba bien.

Llevaba la música demasiado alta, intentando, sin éxito, acallar mis pensamientos. William Joseph y su «Standing the Storm» sonaban por los altavoces mientras conducía por la ciudad. Aquella noche estaba tranquila, apenas pasaban coches por la carretera, porque todo el mundo normal que no sufría un ataque de ansiedad estaba en cama esperando a Papá Noel.

Pasó casi una hora de suspiros, de cambios de postura y de apretar el volante hasta dolerme los nudillos, antes de que B estirara la mano y bajara el volumen.

—¿Te he contado alguna vez por qué odio a los gatos?

Fruncí el ceño, pensando que había oído mal, mientras giraba la cabeza hacia ella. Pero cuando me di cuenta de que lo había entendido bien, se me escapó una leve sonrisa.

—Esto promete.

—A ver, yo tuve una gata —dijo, incorporándose y doblando las piernas debajo de ella. Todavía recuerdo lo cómoda que parecía en ese momento. Llevaba una sudadera enorme y unos pantalones cortísimos y las uñas de los pies pintadas de morado brillante.

Ese instante fue la primera vez que sentí ganas de abrazarla.

—Se llamaba Aurora —continuó, devolviéndome a la historia—. Como la princesa, pero la llamábamos Rory. Solo que de princesa no tenía nada. Era el mismísimo demonio.

Una carcajada se me escapó del pecho.

—Se negaba a hacer sus necesidades en la caja. Literal: se negaba. Siempre lo hacía justo fuera. Y claro, como había sido yo quien había insistido en tenerla, adivina a quién le tocaba recoger la mierda. —Se señaló a sí misma con los pulgares—. A la menda. Pero eso no era lo peor.

Dios, ¿por qué es tan jodidamente adorable?

—¿Debería detener el coche para esto?

—¡Esto es muy serio, Jamie Shaw! —Me golpeó el brazo y, joder, cómo me encantaba la cara que ponía cuando le tomaba el pelo.

—En fin —siguió—. Rory siempre encontraba maneras de torturarme. Se comía sus juguetes de cuerda y luego vomitaba encima de mi ropa favorita. O esperaba a que estuviera completamente dormida y saltaba sobre la cama maullando como una loca justo al lado de mi oreja.

—Creo que me cae bien Rory.

Me fulminó con la mirada, como si fuera capaz de pegarme un rodillazo en los huevos si seguía provocándola, lo que solo me hizo sonreír más.

—Te crees muy gracioso, ¿eh? ¿Eres el típico que se ríe con sus propios chistes? ¿Los apuntas y los relees por la noche?

Eso sí que me arrancó una auténtica carcajada.

—A lo que iba —retomó, lanzándome otra mirada antes de continuar—. Era una cabrona. Pero, por alguna razón, le encantaba estar en el cuarto de baño conmigo cuando me bañaba.

—¿Te bañas?

La pregunta me salió sin pensar, porque en cuanto lo dijo solo pude imaginarla desnuda, con la espuma cubriéndole todo el cuerpo salvo la cabeza y las rodillas.

—¡Eso no es lo importante de la historia!

—Ah, pero ¿hay una parte importante? —repliqué, intentando ignorar que seguía viéndola en mi mente dentro de una bañera.

B bufó, aunque no pudo esconder la sonrisa que le provocaba mi broma.

Me encantaba.

Dios, era como una raya de cocaína.

—¡Claro que sí! —gritó entre risas—. Lo importante es que yo pensaba que ese era nuestro momento de unión. Rory se paseaba entre mis piernas mientras me desnudaba y luego se quedaba al lado de la bañera todo el rato, maullando de vez en cuando y metiendo la pezuña en el agua. Era hasta tierno.

—¿Así que estrechabas la relación con tu gata durante la hora del baño?

—Eso es lo que podría parecer, ¿verdad? Pero una noche, ese pequeño demonio se subió de un salto al borde del lavabo y se quedó mirándome fijamente. Yo no entendía por qué, pero ella no dejaba de mirarme. Iba subiendo la patita poco a poco, la volvía a bajar, la subía otra vez, la bajaba... Y al final me di cuenta de lo que iba a hacer... y ella supo que yo me había dado cuenta, porque en cuanto lo comprendí, Rory me sonrió, lo juro por Dios, y apagó la luz del cuarto de baño.

La imagen me dobló de la risa, mientras intentaba mantener los ojos en la carretera.

—¡Le tengo pánico a la oscuridad, Jamie! ¡Fue horrible! Así que me levanté de un salto, para coger una toalla y poder encender la luz otra vez. Pero, como soy un genio, me agarré de la cortina de la ducha para ayudarme a levantarme... y eso hizo que la cortina se viniera abajo. Y yo con ella. Caí directa al suelo, pero puse las manos para no caer de cara.

—Por suerte.

—Uy, sí, menuda suerte. Adivina dónde tenía Rory la caja de arena.

Abrí los ojos como platos, volviendo la cara hacia ella al comprenderlo de golpe.

—¡No!

—Oooh, sí. Mi mano izquierda aterrizó justo en medio de una flamante caca. Y Rory se rio como una pequeña psicópata mientras observaba todo el espectáculo.

Menos mal que paramos en un semáforo en rojo, porque me estaba riendo tanto que me salió una especie de tos de viejo asmático.

—Esto tienes que habértelo inventado.

—Ojalá fuera así de creativa.

Los dos nos reímos, y la tensión que me había acompañado desde el inicio de las vacaciones navideñas se disipó un poco. Cuando el semáforo se puso en verde, suspiré, conduciendo más despacio mientras seguíamos rodando.

—Así que te bañas, ¿eh?

No pude resistirme.

Puto masoquista, como si no lo supieras ya.

B asintió, estirando las piernas y volviendo a apoyar los pies en el salpicadero.

—Sí. Pienso mejor cuando estoy metida en agua caliente. Las burbujas son un plus.

Me guiñó un ojo.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no empalmarme.

—Los baños para ti son como conducir para mí.

—Mmm. Lo que nos lleva al elefante rosa dentro del coche. —Echó la cabeza hacia atrás, y me miró mientras la sonrisa desaparecía de

mi cara—. ¿Me vas a contar por qué estamos dando vueltas, en plena noche, por esta ciudad desierta?

El estómago se me encogió al oír la pregunta, al sentir cómo alguien alumbraba con una linterna mis sombras y exigía ver lo que había ahí.

—No lo sé, B —respondí tras unos segundos—. Es que... desde que se han acabado las clases no dejo de pensar en lo rápido que está cambiando todo. Es Navidad. Mi última Navidad en casa con la familia. En seis meses ya no estaré en el instituto. En ocho, ya no viviré en Florida. Siento que me he pasado toda la vida deseando crecer, pasar a la siguiente etapa... y ahora, que está ocurriendo, me da miedo.

Los pulmones se me apretaban dentro de las costillas.

—Llega demasiado pronto —dije con un hilo de voz—. No estoy preparado. Tengo miedo.

Giré bruscamente hacia la playa, sabiendo que la necesitaba. Necesitaba arena entre los dedos, brisa marina en el pelo, el sonido de las olas calmándome los pensamientos.

—Está bien tener miedo —susurró B.

—¿Ah, sí? —desafié, aparcando el Jeep frente a un chiringuito.

Bajé la ventanilla para comprobar en el parquímetro que no había que pagar y, al ver que a esas horas ya era gratis, solté un suspiro mientras apoyaba el codo en la ventanilla bajada.

—Siempre lo he tenido todo claro. Siempre he estado seguro de todo. Y ahora, en uno de los momentos más emocionantes de mi vida, solo quiero esconderme.

Decirlo en voz alta fue como tragar barro.

B bajó su ventanilla también, así que apagué el motor. Enseguida nos envolvió el rumor de las olas detrás del bar y te juro que ambos nos relajamos, como cuando llegas a casa tras un día largo.

—Creo que es normal sentirte a la vez emocionado y aterrorizado por el futuro —dijo B al cabo de un rato—. Seguro que todos los del último curso pasan por lo que tú estás pasando ahora. Estás deseando salir del instituto, pero también estás triste, porque por mucho que haya sido una mierda, también ha tenido sus buenos momentos. Mira: eres una estrella del baloncesto y estás jugando tu última temporada, tu novia cañón todavía está en tercero, así que sabes que no se va a ir contigo y vas a dejar tu ciudad y tu estado para ir a otro que solo has visitado una vez.

El estómago se me revolvió cuando mencionó a Jenna.

Porque en ese momento me di cuenta de que ni siquiera había pensado en ella. Ni al escribirle a B, ni durante la última hora en el coche. Y cuando hablé de mis miedos... dejarla no era uno de ellos.

Tenía que ser mala señal.

—Lo que quiero decir es que es normal sentir lo que sientes —continuó B—. Me parecería más preocupante que no tuvieras miedo.

Guardamos silencio un momento, y me pasé las manos por el pelo.

—¿Y si fracaso? ¿Y si detesto la universidad y toda esa presión y se me va la cabeza?

—Eso no va a pasar.

—¿Y si sí que pasa?

—No va a pasar, Jamie —repitió, mientras se inclinaba sobre la consola central. Lo dijo con tanta convicción, con tanta fe, que se me humedecieron los ojos.

No habló de nuevo hasta que la miré y, cuando lo hice, la siguiente respiración me ardió en el pecho. Sus ojos grises brillaban con la luz de la luna que se colaba por el parabrisas y sus rizos eran suaves y alborotados y salvajes y quise recorrer las constelaciones de pecas en sus mejillas como si fueran estrellas.

—En estos últimos meses he llegado a conocerte un poco —dijo—. Sé que cuando quieres algo, cuando lo quieres de verdad, no hay manera de que te rindas. Como cuando querías que fuera a ver uno de tus estúpidos partidos de baloncesto, aunque sabías que los odiaba, y cada día encontrabas una nueva forma de darme la lata hasta que al final accedí.

Soltó una risa ligera, como intentando quitarle hierro. Lo que ella no sabía era que, viéndola así bajo la luz de la luna, yo estaba teniendo una revelación.

Y cuando carraspeó y se inclinó un poco más, casi me desmayé del esfuerzo que hice para no besarla.

—Sé lo mucho que te importa tu familia, lo mucho que te importa la asesoría y, como siempre haces trampa —bromeó—, no tienes de qué preocuparte. Vas a tener éxito.

Intenté sonreír, sacudirme todos los pensamientos que me asaltaban entonces (ya ninguno sobre el instituto o la universidad). Pero B extendió la mano y la apoyó suavemente sobre la mía, y solté un respiro tembloroso mientras me aferraba a ese contacto.

—Ahora en serio: no vas a fracasar. Porque eso no va contigo. Y creo que, en cuanto pongas un pie en California, vas a absorber toda esa energía y la vas a usar como impulso. Vas a beber demasiado y a trasnochar más de la cuenta, pero también vas a estudiar y a esforzarte como nadie y un día volverás aquí, al frente de la asesoría, con la esposa y los hijos que siempre has querido.

No me pasó desapercibida la forma en que bajó la mirada al decirlo, y lo que más deseé entonces fue poder meterme en su cabeza y saber si sentía lo mismo que yo.

—Y yo estaré aquí sentada para decirte: «Te lo dije».

Me giré hacia ella, incapaz ya de resistir el magnetismo. Con ese simple gesto, nos quedamos a centímetros de algo que podía

arruinarnos. Lo sabía. Y sé que ella también lo sabía.

Le miré los labios, y quise probarlos con tanta fuerza que me daban igual las consecuencias.

—Espero que tengas razón —susurré al fin.

Tragué saliva, y giré la mano bajo la suya. Quería cogerla, entrelazar mis dedos con los suyos y sentir lo que podríamos ser si nos rendíamos a ese instante.

Pero ella se apartó enseguida, forzó una sonrisa y un guiño juguetón.

—Siempre la tengo.

Fue como el chasquido de una goma elástica: un pinchazo que me devolvió a la realidad. Creo que sonreí. Creo que miré por la ventana. Estoy seguro de que puse otra lista de reproducción, porque si no me distraía iba a cometer una estupidez.

Casi amanecía cuando arranqué el Jeep sin preguntarle si quería volver a casa. Daba igual su respuesta: los dos sabíamos que era hora de regresar.

Al llegar a la entrada de su casa, dejé el motor encendido deseando que el universo me regalara unas horas más de oscuridad.

B agarró la manecilla de la puerta y la necesidad de retenerla un poco más me ganó.

—¿Puedo preguntarte algo?

Se detuvo un momento y asintió.

—¿Qué pasó con Rory?

Ella esbozó una sonrisa somnolienta.

—Mi abuela vino a pasar una temporada con nosotras poco después del incidente del cuarto de baño y ella y Rory se enamoraron. Le propuse que se la llevara y no había terminado de decírselo cuando ya la estaba metiendo en el coche.

Le devolví la sonrisa mientras buscaba en sus ojos la respuesta a una pregunta que yo no me había atrevido a hacer.

—¿Ahora puedo preguntarte yo algo? —susurró.

—Siempre puedes preguntarme lo que quieras.

Habrías pensado que esas palabras eran un cubo de agua fría para ella por cómo le cambió la expresión.

—Si Jenna no estuviera fuera, ¿le habrías escrito a ella esta noche en vez de a mí?

Fruncí el ceño, notando cómo el corazón me latía con fuerza.

«No».

Esa era la respuesta que rugía dentro de mí, y el corazón me rogaba que simplemente dijera la verdad. Pero mi parte sensata sabía que no sería correcto.

Quizá sabía también que, una vez cruzado ese límite, no habría vuelta atrás.

Y no estaba seguro de si realmente quería hacerlo.

Me importaba Jenna. Tenía una intimidad con ella que no había tenido con ninguna otra chica. No quería hacerle daño.

Y no quería engañar a B hasta saber con certeza lo que sentía.

Las palabras eran plomo en el estómago, demasiado densas y pesadas para levantarlas.

—No me hagas contestar a eso —exhalé.

La observé buscando una reacción, alguna pista de lo que ella querría que yo contestara. Pero estaba fría como el hielo, su cara de póquer era impecable.

Asintió, y esbozó una rápida sonrisa que desapareció tan rápido como había aparecido.

—Buenas noches, Jamie.

Con eso, abrió la puerta y la cerró lo más silenciosamente posible. Esperé a que acabara de colarse por la ventana de su habitación

antes de arrancar el coche.

Mi mente siguió a mil por hora una vez que ella ya no estaba en el coche, pero el tema había cambiado radicalmente. Pasé todo el camino a casa recordándome que me importaba Jenna, pero eso no significaba que no pudiera importarme B también. Y, claro, me sentía atraído por ella, porque era preciosa, divertida y... distinta. Pero eso no me convertía en mala persona. Y tampoco significaba que tuviera que arruinarlo todo por actuar por impulso.

No fue hasta que me lavé los dientes y me metí en la cama, con la luz de la mañana entrando ya por las persianas, cuando me di cuenta de lo que sentía.

Cogí el móvil y lo desconecté del cargador el tiempo justo para escribir el mensaje.

> Gracias por esta noche... Eres mi mejor amiga,
> B.

No contestó, pero de alguna manera supe que ella sentía lo mismo.

Y así, volvimos a nuestra rutina normal: yo saliendo con su mejor amiga, ella con su tabla de surf y los dos convenciéndonos de que lo único que existía entre nosotros era amistad.

2

El pacto



No me sorprendió cuando Jenna rompió conmigo.

Quizá debería haberme sorprendido. Quizá, si hubiera visto nuestra relación desde fuera, como la veía B, me habría quedado en *shock*. Quizá, si la hubiera vivido desde la perspectiva de Jenna, con toda la atención que le dedicaba y lo imposible que me resultaba mantener las manos alejadas de ella, me habría costado creerlo.

Pero la verdad era que, después de la Nochebuena... no había vuelto a ser el mismo.

Estaba con Jenna, y era todo lo que un novio podía ser. Pasábamos juntos todas las horas que estábamos despiertos, nos cogíamos de la mano por los pasillos, quedábamos durante todo el fin de semana siempre que uno de los dos no tenía entrenamiento.

Estaba con Jenna.

Pero no estaba con Jenna.

Porque en mi cabeza siempre estaba con B.

Podía negarlo todo el día, hacer como que solo era su amigo cuando había cerca alguien más, pero la verdad enfermiza era que no podía sacármela de la cabeza. Intenté pasar menos tiempo con ella, pero eso solo hacía que los pensamientos fueran más fuertes y exigentes. Y cuando pasaba tiempo con ella, encontraba un millón de razones más para sentir lo que sentía.

Era enfermizo, egoísta y nada justo para Jenna.

Es por eso que, cuando rompió conmigo, no me sorprendió... pero aun así me dolió.

No hay nada como el primer desengaño amoroso. Todos recordamos el nuestro: en el colegio, en el instituto, quizá después. La primera vez que pensaste que tenías todo el futuro por delante con alguien, y de repente te diste cuenta de que no tenías nada.

Eso fue por lo que lloré cuando Jenna rompió conmigo.

Veía nuestra relación desarrollándose como la de mis padres.

Veía a los novios de instituto convirtiéndose en marido y mujer.

Veía una casa llena de hijos.

Veía el ir a la misma universidad y construir una vida juntos.

Incluso pensé que, finalmente, dejaría de sentirme atraído por B.

Pero cuando Jenna rompió conmigo y lo primero que quise fue ir corriendo a casa de B, supe que tenía un problema bien grande.

Primero y, ante todo, no quería hacerle daño a Jenna. Tampoco quería hacerle daño a B. Y si en ese momento hubiera acudido a ella, les habría hecho daño a las dos. Habría puesto a B en una situación difícil, obligándola a elegir entre ser leal a su mejor amiga o estar conmigo, y habría hecho que Jenna dudara de nuestra relación y cuestionara lo que había significado para mí.

Sobre todo, porque yo sabía muy bien que habría intentado algo con B.

Estaba demasiado vulnerable y quería, desesperadamente, que B llenara ese vacío. También sabía que ella lo habría hecho. Sabía que, si me presentaba ante ella, le pasaba las manos por ese pelo rizado y la hacía mirarme, ella me habría dejado besarla.

Así que me mantuve alejado.

Ni siquiera le envié un mensaje, y mucho menos llamé o fui a su casa. Me lancé de lleno al último mes de instituto que me quedaba, pasando tiempo con los chicos del equipo de baloncesto y preparándolo todo para mudarme a California.

Me mantuve alejado.

Hasta que no pude más.

No puedo explicar el estado de ánimo que me invadió la noche de la graduación. Quizá era una mezcla de ansiedad y un inmenso alivio, un cóctel abrumador de orgullo y miedo. Ya no me preocupaba tanto ir a la universidad, más que nada porque sabía que iba a suceder, simple y llanamente, así que más me valía aceptarlo. Tampoco estaba especialmente triste por graduarme. Sabía que echaría de menos el instituto, pero en cierto sentido... estaba listo para irme.

Así que, después de guardar la toga y el birrete en mi habitación, les dije a mis padres que saldría de celebración y esquivé a mi hermana pequeña que suplicaba que me la llevara conmigo.

Recogí a unos cuantos chicos del equipo en el Jeep, con sus vasos de plástico llenos de algo más que el refresco de naranja que parecía. Mantuve la calma durante todo el trayecto hasta casa de B, pero en mi interior se estaba desatando una tormenta con truenos y relámpagos que me erizaba el vello de los brazos.

Había estado en casa de B unas cuantas veces, charlando con su madre mientras ella se preparaba para surfear o elegía su ropa para el partido de fútbol, pero nunca la había visto así. Cada rincón

estaba lleno de gente, bailando, jugando, fumando y riendo, besándose y ligando. La música estaba tan alta que había que gritar para que te escucharan y hacía un calor tan insoportable que me entraron ganas de quitarme la ropa nada más entrar.

Por supuesto, B me ganó.

Nunca olvidaré aquel momento: entrar en la casa abarrotada y verla entre la multitud como una maldita visión. Miraba a su alrededor como resolviendo una ecuación y luego, encogiéndose de hombros, cruzó los brazos sobre el abdomen para sujetar el borde de su camiseta de cuello en uve, de color lavanda.

Y se la quitó lentamente, la tela húmeda pegada a la piel, dejando ver solo un fino top blanco debajo.

Supe sin necesidad de confirmación que no llevaba sujetador.

No podía apartar los ojos de ella, a pesar de saber que debería. Y gracias a los dos chupitos que me hicieron beber nada más aparcar el Jeep, pude disfrutarla con la vista ligeramente nublada.

La observé, sintiendo la descarga eléctrica correspondiente tras haberme privado de su compañía tanto tiempo.

Como si ella también me sintiera, giró la cabeza hacia mí.

Y entonces se le cayó la bebida.

Nos miramos a través de la sala, sus ojos abiertos y sorprendidos mientras los míos eran somnolientos y descarados. Se sonrojó bajo la intensidad de mi mirada, murmuró algo a Jenna antes de apartar los ojos y empezar a apilar vasos para un nuevo juego de beber.

Pero apenas había empezado, los dejó y salió corriendo hacia el pasillo que sabía que llevaba a su habitación.

Dios, quería perseguirla.

Pasé los siguientes cinco minutos imaginando qué pasaría si lo hiciera. Hablaba con compañeros, sacaba fotos, preparaba chupitos, todo mientras me imaginaba sorprendiendo a B en su cuarto,

cerrando la puerta tras de mí y empotrándola contra esa puerta para besarla como se merecía.

De alguna manera, conseguí no ceder a la tentación y decidí esperar a que volviera. Cuando lo hizo, llevaba el pelo recogido en un moño y los labios pintados de un rojo intenso.

Corrió directa a la cocina, abrió un armario y, con los brazos en jarras, se quedó mirando algo en la balda superior.

Les murmuré a los chicos del equipo que necesitaba ir al baño y crucé la casa hasta donde ella estaba subiéndose ya a la encimera.

Mis manos estaban en sus caderas antes de poder decirme a mí mismo que era mala idea.

—Espera —le dije, hablando junto a su oído—. Deja que te ayude.

La sostuve con fuerza mientras la levantaba, colocándola fácilmente sobre la encimera para que alcanzara la parte superior del armario. Por un momento, se quedó allí, paralizada, y yo no moví las manos de donde la sujetaban.

Una vez que consiguió lo que buscaba, una batidora, la ayudé a bajar.

Despacio.

Y sería un jodido mentiroso si dijera que no disfruté de cada centímetro de su cuerpo rozando el mío al bajar, especialmente cuando su trasero rozó mi entrepierna.

Gemí ante la sensación, ante el deseo carnal que me despertaba, y la sujeté incluso cuando ya estaba en el suelo. No fue hasta que se volvió hacia mí, cuando respiré hondo y me ordené calmarme.

Esos ojos grises, dulces e inocentes, se alzaron hacia los míos.

—Hola, Jamie.

Esbocé media sonrisa.

—Hola.

Se sonrojó, se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia donde todavía la sujetaba por las caderas.

No me moví.

Finalmente se movió ella para liberarse de mis manos, enchufó la batidora y se metió de inmediato en el congelador a por hielo. La observé en silencio mientras reunía los demás ingredientes para preparar granizado de margarita y luego me apoyé en la encimera, cruzando los brazos.

La estudié mientras preparaba la bebida, y noté cómo la camiseta se le pegaba a la piel en las zonas húmedas, cómo los pantalones cortos eran lo bastante pequeños como para dejar ver la parte inferior de su trasero y lo largas, delgadas y tonificadas que eran sus piernas. Sobre todo, fijé la mirada en sus pestañas largas y oscuras y en sus labios carmesí, llenos, que parecían suplicar un beso.

—Llevas maquillaje —comenté mientras B echaba los cubitos de hielo en la batidora y los cubría con tequila.

—Y tú llevas zapatos de vestir.

Miré mis zapatos marrones de cordones, y me reí antes de volver a mirarla.

Y entonces pensé: «A la mierda».

No podía soportar un minuto más sin tenerla entre mis brazos.

—Deberíamos bailar.

—¿Qué...?

No tuvo tiempo de protestar antes de que le agarrara la muñeca y la girara en la cocina, acercándola a mí. La sostuve cerca, balanceándonos como si sonara música clásica en lugar de rap.

B se rio y, tras otra vuelta, se soltó y volvió a la batidora.

—Estás borracho, Jamie Shaw.

—¿Y tú, B Kennedy?

Ella pulsó el botón de la batidora y elevó un poco la voz sobre el ruido.

—Estoy en ello.

Me miró, mordiéndose el labio inferior mientras me evaluaba.

—¿Qué has estado bebiendo, por cierto?

—*Whiskey* —respondí.

Se rio.

—Claro. Tenía que haberlo adivinado.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros, y usó una cuchara para romper un bloque de hielo grande antes de volver a poner la tapa y encender la batidora.

—No sé, te pega. Eres como un *whiskey* con piernas: el color del pelo, de los ojos, cómo hueles... Si fueras una bebida, serías esa.

—¿Te recuerdo al *whiskey*?

No sabía por qué, pero eso me hizo sonreír y sentir un pequeño cosquilleo en el pecho. Me gustaba la idea de ser su vicio. Me gustaba imaginar que, al mirarme, pensara en algo dulce y ardiente.

—En todos los sentidos —murmuró.

Se quedó en silencio, evitando cruzar su mirada con la mía.

—Deberíamos ponernos un chupito.

Yo ya estaba sirviendo *whiskey* en dos vasos antes de que pudiera protestar. Le pasé uno y levanté el mío.

—Estoy preparando una bebida con tequila —señaló—. Mezclar va a pasarme factura.

—Nah, estarás bien.

—No sé, Jamie...

—Venga ya. —Di un paso hacia ella—. ¿No quieres llevarte un poco de *whiskey* a la boca?

Sus ojos se alzaron hacia los míos, con una mezcla de advertencia y curiosidad.

Sabía lo que le estaba insinuando.

Simplemente no se atrevía a responder.

Alcé una ceja, esperando, y tras una larga pausa, levantó su vaso también.

—Por las malas decisiones.

Mi sonrisa se amplió mientras me bebía el *whiskey* de un trago y la veía hacer lo mismo.

Nuestros dedos se rozaron al dejar los vasos en la encimera, y luego se lamió con la punta de la lengua el último rastro de *whiskey* de sus labios pintados.

Imaginé esa lengua en muchos otros lugares, imaginé esos labios sobre mí, y esos ojos mirándome tal como lo hacían ahora.

Volví a encontrar su mirada, y supe que ella también sabía que todo había cambiado.

Pero la dejé tranquila.

Al menos hasta terminar la fiesta.

Me quedé después de que se hubieran ido todos para ayudarla a limpiar el desastre que nuestros compañeros habían dejado.

Bueno, tampoco limpié mucho, la verdad.

—Tengo que llamar para decir que no iré —dijo, con los brazos en jarras, mientras inspeccionaba las alfombras destrozadas, las manchas en las paredes y los muebles maltrechos.

Me pasé la mano por el pelo.

—¿Cuándo vuelve tu madre?

—Mañana por la noche, tarde. —Miró el móvil—. O, mejor dicho, esta noche, tarde.

—Tienes tiempo. No está tan mal —intenté tranquilizarla. Su mirada seca me dijo que no lo había conseguido—. Bueno, la alfombra está jodida, pero lo demás se puede arreglar.

—No encuentro el mando de la tele.

—Puedes comprar otro.

—Hay un bigote hecho de tabaco de liar ensalivado en mi cara en una de las pocas fotos familiares que tenemos.

Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones de vestir.

—Sí, estás algo jodida.

—Te dije lo que pasaría si mezclaba alcohol —bromeó, y me encantó cómo su sonrisa adormilada y todavía un poco ebria iluminó ese momento.

—Salgamos un rato de aquí.

—¿Estás loco? Tengo que limpiar. Tengo que... —Gesticuló—. Hacer algo con todo esto.

—Ya has admitido que estás jodida, B. Lo que tengas que hacer solo te llevará unas horas, ¿por qué no acabar la noche con algo guay?

Se mordió el labio pensativa, y la forma en la que sus ojos se movían entre los míos me indicó que luchaba contra la tentación.

Afortunadamente, no la resistió mucho.

—¿En qué estás pensando?

Treinta minutos después, el álbum *The Piano* de Chad Lawson sonaba en mi teléfono. B y yo estábamos tumbados sobre una manta en la playa. Había dado al taxista diez dólares extra para llevarnos al único autoservicio abierto, y estábamos comiendo los burritos de desayuno mientras el sol empezaba a salir sobre el mar.

Había cogido una botella de Vitamin Water, pues sabía que ambos necesitábamos hidratarnos, y bebí un largo trago antes de ofrecérsela a B.

—¿Crees que esto nos librará de la resaca? —preguntó, bebiendo antes de devolverme la botella.

—Creo que es una de mis ideas más brillantes. ¿Qué cura mejor la resaca que unos huevos grasientos, un Vitamin Water y la playa?

—Qué modestia la tuya —bromeó, pero su primer bocado borró todo el sarcasmo—. Dios mío.

Gruñó de placer, tomando otro bocado mientras yo la observaba divertido.

—De nada —dije.

Ella me sonrió y caímos en ese silencio cómodo que compartíamos de forma tan fácil, con los ojos en el agua mientras el cielo azul se tornaba púrpura.

B seguía con esos pantalones cortos diminutos y la camiseta húmeda, y temblaba con la brisa de la mañana, tan distinta del calor infernal de su casa la noche anterior.

—Ten —dije, desabrochándome la camisa. Me quité la corbata, y luego sacudí los brazos para quitármela. No dejé de notar cómo sus ojos me recorrían el torso mientras le colocaba la camisa sobre los hombros.

Cuando suspiró, tragué saliva al verla con mi ropa, con el viento moviendo los mechones que se le habían soltado del moño.

—Gracias —dijo—. ¿Estás emocionado por irte? ¿Listo para liarla en la Universidad de San Diego?

Me encogí de hombros.

—Sí y no. ¿Recuerdas nuestra charla en las vacaciones de Navidad?

Asintió.

—Todavía siento un poco de todo eso. No me malinterpretes, estoy emocionado por este nuevo capítulo, pero también me da un poco de miedo.

Ahí se fue todo mi rollo de machito.

Quizá era por estar en la playa, quizá por estar allí con ella. Este era nuestro lugar. Podíamos ser nosotros mismos, sin máscaras, sin secretos.

—Sería raro que no te lo diera —dijo.

Intenté sonreír, pero me costó, porque al verla atacando su burrito, supe que la quería más que a nada ni a nadie.

Y, aun así, no podía tenerla.

¿Qué pretendía con todo esto? ¿Iba a traerla a la playa, tumbarla sobre la arena, hacer el amor con ella y luego marcharme? ¿Hacerle el gesto de la paz para luego decir: «Lo siento, nena. La universidad me llama»?

Ese pensamiento me oprimió el pecho, porque sabía que decir eso la destrozaría.

Joder, y a mí.

Ella no se graduaba hasta el año siguiente. No podía pedirle que me esperara y, sin embargo, esa súplica egoísta estaba a punto de salir de mis labios.

Afortunadamente, ella habló primero.

—Has estado evitándome.

No me miró, observaba el sol elevarse lentamente sobre el horizonte.

—No solo a ti.

—Lo sé —dijo, y vi dolor en sus ojos mientras continuaba—. Solo que pensé que quizá me llamarías. O que querrías salir a dar una vuelta. O...

No terminó la frase, pero me dio igual.

—Quería hacerlo —dije, recostándome sobre las manos—. No sé. Jenna me dejó en un momento que ya era muy duro para mí, ¿sabes? —Fruncí el ceño ante la mentira, porque odiaba decirla, pero era más fácil que admitir la verdad: me había mantenido alejado por miedo a no poder controlar cuánto la deseaba—. Mis padres fueron novios desde el instituto.

Supe, sin mirarla, que esas palabras le habían dolido.

—Está bien que Jenna no fuera la indicada.

—Lo sé —dije rápido, y decidí contar al menos algunas verdades —. Creo que siempre lo supe. Es divertida, conectamos y pasamos buenos momentos juntos, pero faltaba algo.

Entonces me volví hacia ella, pero mantuvo la vista fija en las olas, negándose a mirarme.

—Encontrarás a alguien —dijo en voz baja, aún con los ojos en el mar.

Y fue entonces cuando mi estúpida idea acabó de cuajar en mi cabeza.

Me incorporé de golpe.

—Bueno, no me gusta dejar mi vida al azar. Así que tengo una propuesta. Si te apetece.

Por fin me miró, arqueando una ceja.

—¿Por qué siento que debería salir corriendo ahora mismo?

Me reí para disimular lo fuerte que me latía el corazón.

—Propongo que hagamos un pacto.

—¿Un pacto?

Asentí.

—Si ninguno de los dos está casado a los treinta, nos casamos.

—Dios mío —bufó, incorporándose también para mirarme con la incredulidad pintada en ese rostro demasiado hermoso para este

mundo—. Eso es tan estúpido, Jamie. Además, es el argumento de todas las comedias románticas malas.

Me encogí de hombros mientras me sacudía la arena de las manos y miraba al agua.

—Parece que alguien tiene miedo.

—No tengo miedo. Es una tontería.

—Ajá.

—Me casaré antes de los treinta, Jamie. Y tú seguro que también estarás comprometido antes de los treinta.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —la desafié mientras fijaba de nuevo mi mirada en la suya. Extendí una mano hacia ella —. Si no estamos casados en doce años, tú serás la señora Shaw.

Observó mi mano como si fuera veneno.

—Eso no es justo. Tú cumples los treinta antes que yo.

Me encogí de hombros.

—Mi propuesta, mis condiciones. ¿Hay trato?

Sus cejas oscuras se fruncieron mientras observaba mi mano y luego, tras poner los ojos en blanco y emitir un suspiro dramático, la agarró y la estrechó tres veces con firmeza.

—Vale. Pero esto es una tontería y no tiene sentido.

Sonreí con una mueca de vencedor.

—Eres muy raro —añadió cuando le solté la mano.

—Sí, pero me quieres igual.

Sabía que me quería, con la misma certeza con la que yo sabía que la quería a ella. Tal vez aún no estábamos listos para decirlo, no en serio, al menos. Pero los dos lo sabíamos.

Disfruté cada momento de aquel último día con B, sin querer soltarla, sin querer dejarla atrás. Pero me reconfortaba el pacto que habíamos hecho ya que creía, ingenuamente, que realmente importaba, que podíamos prometer algo a los diecisiete y dieciocho

años y, de alguna forma, cumplirlo siendo los adultos en los que aún no sabíamos que nos convertiríamos en doce años.

Pero también sabía que en un año mi pequeña surfista encontraría su camino hacia California. No había manera de que no lo hiciera, no con su decisión ya tomada.

Así que yo iría a California, sobreviviría al primer año de universidad, y la esperaría.

Para cuando por fin pudiéramos estar juntos.

3

Lo siento por no sentirlo



Pasó más de un año antes de que volviera a ver a B.

Mi vida había cambiado por completo, como suele pasar cuando entras en la universidad. Había terminado mi primer año, estaba emocionado por empezar asignaturas más específicas en segundo, y disfrutaba a fondo de las actividades estudiantiles dentro y fuera del campus... Ya me entiendes.

Era la semana de llegadas, y el campus de Alder hervía de estudiantes y padres descargando camionetas de mudanzas y cargando cajas hacia los dormitorios. Yo ya estaba instalado, así que pasaba una agradable tarde en la cancha de baloncesto, tonteando con las chicas de primer año que pasaban por allí.

Sentía que, por fin, todo en mi vida estaba en su sitio.

Me encantaba Alder, donde me habían aceptado en el último minuto, gracias a que mi tío conocía a alguien que conocía a alguien en la oficina de admisiones. La verdad es que no me había esforzado

lo suficiente en el instituto como para impresionar con mis solicitudes, así que al principio me habían puesto en lista de espera. Me parecía bien ir a la Universidad de San Diego, aunque mi padre y mi tío se hubieran graduado en Alder.

Pero mi tío se empeñó.

Y una vez que movió sus hilos y conseguí entrar, entendí por qué era tan insistente.

Alder era el sueño húmedo de cualquier joven adulto. El campus era precioso, estaba cerca de la playa, y era una de las pocas universidades que permitía alcohol en sus instalaciones. Jugaba en un equipo de baloncesto interuniversitario, ninguna clase tenía más de cuarenta estudiantes, y los profesores me conocían por mi nombre. Súmale que en los dormitorios tenías tu propia habitación, en vez de compartir litera con un desconocido, y ya lo tenía todo.

Por suerte, mi compañero del primer año había sido tan guay que decidimos seguir compartiendo habitación. Era mucho más listo que yo y bastante más ambicioso, pero me gustaba su energía... y las chicas de las que se rodeaba.

No quiero decir que me hubiera olvidado de B, porque sería mentira. Estuve obsesionado con ella durante todo el verano después de graduarnos, y no fue hasta unos meses tras empezar primero cuando esa obsesión se relajó. Pero, aun así, siempre estaba ahí, como una presencia zumbando al fondo de mi mente, en el tambor de mi pecho. La sentía. La anhelaba.

La esperaba.

Y cuando el universo por fin estuvo listo para recompensar mi paciencia, me la entregó directamente.

El sudor me chorreaba desde el pelo y me caía en los ojos mientras cruzaba el campus, con el balón de baloncesto bajo el brazo y la camiseta pegada a la piel. Me reí para mis adentros al ver

la mezcla de personalidades: los novatos correteando, sus padres detrás, preocupados...

Para llegar a mi dormitorio tenía que pasar junto a las filas de mesas preparadas para ayudar a los de primer año a encontrar sus residencias, inscribirse en clubes o contactar con tutores, y me abrí paso entre la multitud ansiosa con una sonrisa divertida.

Primero vi su pelo.

Esos rizos salvajes y abundantes ondeaban con la brisa suave, el sol que asomaba entre las nubes bañaba de luz esas pecas que probablemente podría trazar de memoria, si lo intentara. Sus piernas parecían infinitas bajo los *shorts* blancos que llevaba, discretos, pero lo bastante cortos como para que me quedara mirando más de lo apropiado. Una sola mirada a la camiseta celeste que los acompañaba me dijo que se había tonificado aún más, y me pregunté cuántos días de verano habría pasado sobre su tabla.

Mi corazón latía enloquecido mientras la miraba, sin creer lo que veía. Sabía que quería estudiar en California, pero nunca imaginé que acabaría aquí.

Sonreía suavemente, observando su alrededor mientras se ajustaba la mochila JanSport sobre el hombro, y una estudiante con polo de la Universidad Alder buscaba su información de residencia. Mis pies se movieron solos hacia ella, aunque no tenía ni idea de qué iba a decir o hacer cuando llegara.

Solo sabía una cosa con certeza.

Necesitaba tenerla en mis brazos.

Dejando el balón bajo un banco cercano, avancé hacia donde estaba, con el pecho apretado por la anticipación.

La estudiante que la atendía era una chica que reconocí: Melanie Baroque. Ahora era de segundo, como yo, y era una de esas personas que quieren involucrarse en cada aspecto posible de la vida

universitaria. Era simpática y dulce, y cuando me la llevé a mi cuarto después de un partido de baloncesto el otoño pasado, descubrí que también era bastante complaciente.

Melanie chasqueó los dedos justo cuando me acerqué a la mesa detrás de B.

—¡Ah! ¡Aquí está! —Sacó una carpeta de la pila frente a ella, revisó su contenido, y luego volvió a mirar a B—. Brecks, ¿verdad?

El estómago se me revolvió al oír ese nombre, tan manchado para mi chica surfista, y vi cómo le afectaba. La sonrisa de B se borró y se le hundieron los hombros, pero forzó una respiración y abrió la boca para responder.

Me adelanté.

—Es B —dije.

La vi quedarse helada, el cuerpo rígido mientras se volvía hacia mí. Parecía como si hubiera visto un fantasma: los ojos muy abiertos, los labios separados. Su mirada recorrió cada centímetro de mí, y el deseo me inundó cuando vi que se ruborizaba al hacerlo. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, me deslicé a su lado, con mi sonrisa ladeada en su lugar mientras mantenía su mirada.

—Solo B.

B seguía paralizada, bebiéndome con los ojos, y noté lo difícil que le resultaba tragar, hablar.

—Te has cortado el pelo —susurró al fin.

Solté una risa y no pude evitar tocarla, deslizando los dedos por su mejilla antes de darle un golpecito en la nariz.

—Y tú te has hecho un *piercing* en la nariz.

Ella sonrió, aún en trance mientras me observaba, y supe que no le prestaba la menor atención a Melanie, quien le entregaba su información del dormitorio. Con una media sonrisa, me incliné sobre

la mesa para coger el sobre y las llaves de las manos de Melanie, guiñándole un ojo.

—Qué alegría verte, Jamie. ¿Cómo estás? —preguntó ella, con un aleteo de pestañas.

—Ya sabes, como siempre. Creo que ya tengo esto —le dije, levantando el sobre—. Cuídate, Melanie.

Ignoré la forma en la que Melanie me lanzaba esa mirada que decía que aún me deseaba y me llevé a B lejos de la mesa, hacia un espacio más despejado.

—Os conocéis, ¿no? —dijo ella, señalando con la cabeza hacia donde Melanie aún me miraba.

Me encogí de hombros.

—Algo así, sí.

La burla surtió efecto, y B puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi pude jurar que vio su propia masa encefálica.

Me eché a reír, la risa más genuina y sincera que había tenido en mucho tiempo, pura alegría por tenerla lo bastante cerca como para respirar el mismo aire que yo. Cuando al fin paré, solo negué con la cabeza, mirándola como a un milagro antes de abrir los brazos de par en par.

—Ven aquí.

—Puaj —dijo automáticamente, sacudiendo la cabeza y caminando en dirección contraria—. Estás más sudado que dos ratas follando dentro de un calcetín de gimnasio.

—Oh, venga —la provoqué desde atrás, siguiéndola ya—. Solo es un poco de transpiración.

Y entonces me lancé, la rodeé con los brazos, abrazándola contra el pecho mientras la hacía girar. Ella chilló, riendo y forcejeando hasta que finalmente la solté y la devolví a tierra firme.

—¿Por qué estás tan sudado? —preguntó entre risas—. ¿Y qué haces aquí?

—Acabo de terminar un partido en las canchas de fuera. Y estudio aquí. Así que, supongo que ahora los dos estamos aquí —añadí, levantando el sobre con la información de la residencia universitaria.

Ella me lo arrebató de la mano y hojeó el contenido, luego extendió una mano para pedirme las llaves.

—No sabía que estudiabas aquí —dijo, pero el rubor la delató.

—Claro, claro —respondí—. No pasa nada porque me acoses, B. Quizá me guste un poco.

—Ya quisieras —contestó, aún con la nariz en los papeles—. En serio, ibas a ir a la Universidad de San Diego. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas un tío mío del que te hablé? El que tenía contactos en una universidad de California.

Ella asintió y yo abrí los brazos de par en par, como señalando todo el campus.

—Estás viendo la misma universidad en la que se graduaron mi padre y mi tío, los dos en Contabilidad. Al principio, me pusieron en lista de espera, pero mi tío conoce a alguien del Comité de Admisiones y movió algunos hilos.

—Y ahora estás aquí —dijo, levantando apenas la vista hacia mí entre las pestañas. Me encantaba esa sensación de tener sus ojos sobre mí, de saber que su estómago estaba hecho un nudo por estar de nuevo tan cerca.

—Aquí estoy —repetí.

Sacudió la cabeza, bajando de nuevo la mirada al sobre. Cada célula de mi ser vibraba con su cercanía, el fulgor inquebrantable de todas las posibilidades me cegaba.

—Así que has venido a California, después de todo —murmuré.

Ella levantó la vista entonces, con ojos traviesos y seductores. Ni siquiera estaba seguro de que se diera cuenta de lo que hacía cuando me miraba de esa manera que me secaba la boca y me provocaba cosquilleos en la entrepierna con las ganas de tocarla. Fingía inocencia, pero su mirada decía otra cosa.

—Parece que sí —susurró.

Fuimos egoístas en ese instante, devorándonos con la mirada, y yo ya estaba planeando el resto de nuestro día, de nuestra noche, de nuestra vida. Un millón de imágenes se me pasaron por la mente: fiestas con hogueras en la playa, noches tardías estudiando en la biblioteca, mañanas tempranas surfeando las olas, tardes perezosas enredados en las sábanas...

Pero todo se borró de golpe cuando mi compañero de cuarto apareció de la nada, agarrando a B por detrás y haciéndola girar igual que lo había hecho yo.

Mi primer instinto fue pegarle, fuerte, directo en la nariz. Fue una respuesta visceral, algo que no podía controlar aunque lo intentara. En cuanto la dejó de nuevo en el suelo, avancé con la intención del primer instinto.

Hasta que habló.

—Dios mío, casi había olvidado lo guapa que eres —dijo Ethan.

Luego la inclinó hacia atrás como un maldito príncipe de película, besándola de la manera que yo siempre había soñado.

Se me revolvió el estómago al verlo, al ver cómo ella se derretía por él, el modo en el que él la miró como si fuera su mundo, una vez que estuvo de nuevo erguida. Sus manos le enmarcaban el rostro con reverencia, y se sonrieron como si estuvieran enamorados.

Me entraron ganas de vomitar.

Me aclaré la garganta al ver que no dejaban de intercambiar esa empalagosa mirada de enamorados, y eso pareció devolver a Ethan

al momento presente. Se irguió, mientras mantenía a B bajo el brazo como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Como si la poseyera.

Apreté los puños casi sin darme cuenta.

—¡Y veo que has conocido a mi compi de cuarto! —dijo Ethan.

Los ojos de B se abrieron sorprendidos y me miró con una docena de preguntas en la mirada, pero yo me limité a apretar la mandíbula y lentamente até los asquerosos cabos.

Ethan se había ido a Florida durante el verano. Me dijo que había conocido a una chica. Me dijo que estaba enamorado. Me dijo que ella vendría aquí. Me dijo que había encontrado a su primera dama, ya que ese idiota quería ser presidente algún día.

Me contó todo sobre ella.

Pero nunca me dijo su nombre.

—¿Jamie es tu compañero de cuarto? —susurró B.

—Sí —respondió él, y señaló con el dedo entre los dos—. ¿Os conocéis?

Todas esas posibilidades con las que había fantaseado desaparecieron como humo y lo sentí: la piedra en la que me convertí en ese momento.

—Fuimos al mismo instituto.

—Sí. Él salía con mi mejor amiga —dijo B.

Esas palabras, «mejor amiga», me atravesaron y apreté los dientes.

—¡Vaya! —dijo Ethan, todavía sonriendo—. ¡Qué pequeño es el mundo!

Las fosas nasales se me dilataban mientras miraba a B, a Ethan, a sus manos entrelazadas. Y me di cuenta de que iba a vomitar literalmente.

—Iba a la habitación a ducharme —dije—. Nos vemos luego, Ethan.

—Nos vemos, *bro* —respondió él.

Me permití echarle un último vistazo a B, y luego me apresuré a irme de allí, recogí mi balón de debajo del banco y crucé el campus hasta nuestro dormitorio.

Cuando llegué, fui directo al baño y vomité la comida.

Junto con todos los sueños que había tenido de que B fuera alguna vez mía.

He de decir que sí que intenté mantenerme alejado de B después de aquello.

Sabía por experiencia que mi brújula moral se volvía loca en presencia de esa chica, así que procuraba no estar en la residencia cuando ella estaba allí con Ethan y ocupaba el tiempo con otras chicas, fingiendo que podían llenar el vacío que B había dejado en mí.

No fue hasta aquella fiesta, cuando B apareció con un diminuto bikini rosa, cuando comprendí que no quería mantenerme alejado y que tenía que encontrar la manera de estar con ella sin poner en peligro mi amistad con Ethan.

Así que decidí que sería su amigo.

Podía ser solo su amigo, me dije. Podía pasar tiempo con ella sin cruzar ninguna línea, sin ponerla en una situación incómoda con su novio, sin torturarme. El hecho de que realmente hubiera creído eso ahora me hace reír, pero en aquel momento llegué a convencerme tanto que empecé a llamarla para quedar.

Y cuando intentó ignorarme, me presenté a la salida de su trabajo y decidí que no aceptaría un no por respuesta.

Ya sabes cómo fue aquel día, lo que sentí al tenerla de nuevo en el asiento del copiloto mientras conducíamos por San Diego. Le enseñé la ciudad, disfrutando al máximo de la sensación de volver a estar con ella.

«Merece la pena —me dije—. Disfrutaré de ella de la manera que pueda».

Pensé que, quizá, realmente podría dejar a un lado mi obsesión y conformarme con ser solo su amigo. Pero cuando estábamos en el jardín de serpientes, aquel ridículo intento de engañarme se hizo añicos.

Aún recuerdo su aspecto en ese momento, los dos ocultos entre arbustos y flores mientras ella se sonrojaba solo con oír la palabra sexo. Todo había empezado como una broma sobre sus novelas románticas, pero después, la burla se transformó en una necesidad carnal.

Necesitaba saber qué la encendía, qué la hacía perder el control.

Más aún: necesitaba saber en qué estaba fallando Ethan, aunque solo fuera por mi propio placer egoísta.

—Está bien. A ver... —dijo al fin, incapaz de mirarme, cediendo a mi súplica de que me contara cómo era Ethan en la cama—. Me gustaría que la cosa fuera más... emocionante. Él es muy dulce, muy delicado, y eso está bien, pero...

Sus palabras se fueron apagando, las mejillas le ardían aún más rojas que antes.

—No hay pasión real. No hay urgencia. Me encantan los susurros dulces al oído, pero a veces solo quiero que me lancen a la cama, ¿sabes? Que me devoren. Como si no pudiera soportar tener las manos lejos de mí.

Pronunció cada palabra con esa voz entrecortada, involuntariamente sensual. Probablemente porque temía que alguien

nos oyera, pero me atravesó por completo, despertando en mí una necesidad primitiva. Repetí sus palabras en mi cabeza en un bucle ardiente.

«Que me lancen a la cama...».

«Que me devoren...».

«Como si no pudiera soportar tener las manos lejos de mí...».

Si ella supiera con qué intensidad sentía yo exactamente eso, cómo le destrozaría la ropa y me enterraría dentro de ella si me lo pidiera.

Las nubes se apartaron, y el sol brilló cuando B alzó al fin la mirada hacia mí. Me costaba mantener la respiración bajo control, mantener las manos a los lados, resistir el impulso de enredar los dedos en su pelo y aplastar mi boca contra la suya en ese mismo instante... Y a Ethan que le dieran.

De algún modo, me contuve. Y lo único que fui capaz de decir fueron dos estúpidas palabras.

—Lo entiendo.

Después de dejarla en su residencia, con la promesa de llevarla a surfear por primera vez en California a la mañana siguiente, corrí de vuelta a mi dormitorio. Una vez allí, ignoré a Ethan y me encerré en el cuarto de baño.

Los pantalones y los calzoncillos quedaron en el suelo en un instante, y tenía ya la polla palpitante en la mano mientras abría el agua hasta dejarla lo más caliente que podía soportar. Con una mano apoyada en la fría pared de azulejos y la otra moviéndose sobre mí, imaginé a B en aquella ducha conmigo, sus rizos mojados, el agua resbalándole por los labios mientras la hacía gemir mi nombre. Podía verlo todo con claridad: la forma en la que cerraría los ojos, la curva de su boca abriéndose para mí, los músculos definidos de su vientre conduciendo hasta la cima de sus muslos.

Acabé con un gemido, resistiendo la tentación de dejar que su nombre se me escapase de los labios en el proceso.

Esa noche, di vueltas en la cama sin pegar ojo hasta que sonó el despertador y salté de ella a toda velocidad a pesar de lo temprano que era.

No podía esperar a verla.

No podía esperar a estar con nuestras tablas, a tenerla solo para mí, a alargar un poco más la fantasía.

Amigos, una mierda...

Cuando llegué a su residencia, la llamé, sabiendo solo por su voz que estaba medio dormida. Y cuando abrió la puerta, fui puesto a prueba a todos los niveles posibles.

B estaba allí con unos diminutos pantalones cortos azul marino con ribetes blancos ceñidos a su piel morena y una camiseta blanca aún más pequeña, que le llegaba justo debajo del pecho. No llevaba sujetador y tenía los pezones erectos por el aire fresco de la mañana, que le erizaba también la piel a lo largo del vientre, de los brazos, de los muslos...

Ella extendió el brazo hacia mí sin decir una palabra, me cogió la mano como si le perteneciera y tiró de mí hacia dentro.

El corazón me martilleaba en el pecho, la polla me palpitaba al ver sus nalgas sobresaliendo por debajo de aquellos pantaloncitos mientras me arrastraba al interior de su cuarto. Cerró la puerta detrás de nosotros, se metió en la cama y tiró de mí para que yo lo hiciera también.

Mi pulso era un bombo en los oídos. Pensé que iba a pasar. Pensé que me deseaba también. Pensé que me había llevado allí antes de que saliera el sol para cometer en la oscuridad ese pecado que tanto habíamos evitado.

Se arropó, dándome la espalda y encajando su cuerpo menudo contra el mío. Su culo rozaba mi erección y yo aspiré con fuerza al sentir ese calor, al notar cómo movía las caderas a gusto, soltando un suspiro satisfecho.

Y entonces lo comprendí.

Ni siquiera estaba despierta.

Bueno, despierta sí estaba: lo justo para andar, abrir puertas y volver a meterse en la cama. Pero, en esencia, estaba sonámbula, probablemente agotada tras el día anterior, sin darse cuenta de lo que hacía, vencida por el cansancio.

Suspiré, permitiéndome unos segundos robados antes de decir nada. Le acaricié el pelo, intentando que mi erección se calmara mientras me embriagaba con el calor de tenerla enredada conmigo.

Por fin, cuando logré recomponerme, le susurré al oído.

—¡B, despierta!

—Mmm... —murmuró, lanzando una mano hacia atrás como si buscara el despertador. Pero me dio a mí, en su lugar, y me cogió de la camiseta—. Dormir.

Me reí por lo bajo.

—Vamos. Deberíamos irnos si queremos pillar las olas de la mañana.

Noté el instante en el que despertó de verdad: cómo se tensó, cómo se le aceleró el pulso. No tuve que ver su cara para saber que había abierto los ojos de par en par cuando retiró la mano de golpe y apartó las mantas.

—¿Cómo has entrado? —susurró a gritos, mientras cogía el móvil para mirar la hora.

—Me has dejado entrar tú, boba. Te llamé.

—¿Qué? —Revisó el registro de llamadas y, por la cara que puso, confirmé que lo había visto—. No entiendo nada.

Me senté en el borde de la cama, sobre todo para poner distancia, ahora que volvía a tener a la vista esos malditos pantaloncitos suyos.

—Me dejaste entrar. Me cogiste de la mano y me trajiste hasta aquí antes de meterte otra vez en la cama.

—Oh, Dios mío... —Se llevó la mano a la frente, y yo solté una carcajada.

—Tranquila. Solo estás cansada. Podemos ir otro día, si prefieres descansar.

—No —replicó mientras salía de la cama. Cogió un bikini de un cajón y se encaminó al cuarto de baño—. Dame un segundo para cambiarme.

—No hace falta, podemos...

—Quiero ir. Llevo casi dos meses aquí y todavía no he surfeado. Y esa era una de las principales razones por las que quería venir a California.

Lo intenté...

Intenté que se quedara...

Intenté librarnos de esto...

O, al menos, eso me repetía.

Asentí.

—Perfecto. Ve a vestirte. Estoy en el aparcamiento G.

Cogí su tabla y fui hasta mi Jeep, donde me eché un buen sermón mental mientras esperaba a B.

«No es tuya. No puedes tenerla. Olvídala. Déjala ir».

Pero cuando la vi avanzar por el aparcamiento hacia mí, con esa sonrisa arrebatadora en la cara, supe que era inútil.

Nos hicimos con un traje de neopreno para ella en la playa y, mientras el sol se desperezaba, remamos mar adentro para que mi pequeña surfista cabalgara su primera ola. Me sentí en casa,

sentado a su lado sobre mi tabla, charlando y esperando, existiendo los dos solos toda la mañana y la tarde.

Alrededor de las dos dijo que tenía que volver al campus. Me burlé de que no estuviera preparada para las olas californianas y me calló de golpe cuando me soltó la bomba de que tenía una cita con Ethan.

Hice lo posible por parecer indiferente al decírmelo, y aún surfeamos una última ola antes de recoger.

De camino por el paseo hasta el Jeep, no dijimos nada. Pero lo notaba: un diablo se despertaba dentro de mí. Sabía, antes de que ocurriera, que iba a cometer una estupidez. Y no supe cómo pararlo.

Cargué las tablas, me puse la camiseta, y procuré no mirar mientras B se quitaba el neopreno y se enfundaba un jersey enorme. Aun así, se estremeció, mientras miraba al mar y al sol que ya empezaba a caer sobre él. El viento le revolvía el pelo como una especie de halo dorado.

Me apoyé a su lado en la barandilla.

—No puedo creer que estemos en California. —Suspiró.

Sonreí.

—Juntos.

Parpadeó por la luminosidad cuando se volvió hacia mí, con los ojos grises casi azules bajo aquella luz.

—Gracias por el día de hoy, Jamie. Y por el de ayer también.

—Y solo estamos empezando —contesté.

Guardamos silencio.

«Bésala», susurró el diablo.

Pero lo resistí un poco más.

—Por cierto, tengo que preguntártelo. ¿Cómo es que te has dejado el sujetador *push-up* en casa? Tenía curiosidad por verte intentando surfear con eso —bromeé.

Ella me fulminó con la mirada, aunque a la vez sonreía.

—Era una fiesta en la piscina, ¿vale? Necesitaba algo un poco más llamativo que mis tops de surf, que me hacen parecer un niño.

Se miró el pecho un instante, como si no supiera que tenía escote de sobra para volver loco a cualquiera.

—Ah, o sea, que estabas llamando la atención esa noche, ¿eh?

—Bueno, verás... alguien había estado ignorándome —dijo, devolviéndome la pulla—, así que necesitaba una forma de llamar un poco su atención.

Arrugó la nariz, sacándome la lengua, y me dieron ganas de reír. Dios, ojalá hubiera podido reírme, subirme al Jeep y mantener intacta esa fachada de solo amigos. Pero no podía. No podía sonreír. No podía hacer nada más que mirarla con el pecho a punto de estallar de deseo.

—No pareces un niño. Que conste.

Se rio. Y ese sonido me desarmó.

Di un paso más, rindiéndome al fin. Metí una mano entre su pelo salado, y ella dejó de reír. Dejó de respirar. Yo también.

—Y no te estaba ignorando. Te estaba evitando. Estaba intentando mantenerme alejado. —Tragué saliva, buscándole la mirada antes de bajar la mía hacia sus labios.

«Bésala».

La otra mano también fue hacia su pelo, enmarcándole la cara.

«Bésala».

—Estaba intentando evitar esto.

La atraje hacia mí, atrapando su boca con la mía, y el diablo aplaudió.

Contuvimos el aire, el beso fue tan increíble que parecía que el universo entero se hubiera desplazado con él. Casi esperaba que ella me apartara.

Pero no lo hizo.

Se puso de puntillas para alcanzarme mejor y se aferró a mi camiseta, mientras yo le cogía del pelo y los dos exhalábamos a la vez. Me volví un animal al sentirlo, al saber que ella también lo quería. Mordí su labio inferior con un gruñido, solo para soltarlo y besarla con más hambre, deslizando la lengua por la comisura de su boca hasta que me abrió paso.

Le temblaban las piernas y la sujeté más fuerte, queriendo que entendiera que podía confiar en mí, que la sostenía, que todo estaba bien.

Solo que nada estaba bien.

Porque estaba besando a la novia de mi compañero de habitación.

Y ella lo estaba engañando.

La realidad me atravesó como un rayo y paré el beso, pegando mi frente a la suya entre maldiciones. Jadeábamos los dos, al límite, desesperados por cruzar esa línea, pero sabiendo que no debíamos traspasarla.

—Jamie, yo...

—Tienes novio. Lo sé.

Reprimí otra maldición al soltarla y apartarme, y luego eché a andar sin rumbo.

Me pasé las dos manos por el pelo, hasta dejarlas en lo alto de la cabeza, mirando hacia el aparcamiento como un idiota.

—Joder —susurré—. Lo siento.

Cerré los ojos, incapaz de mirarla, incapaz de enfrentarme a lo que acababa de hacer.

—Deberíamos irnos —dijo ella por fin, tras lo que me pareció una eternidad, y se metió en el asiento del copiloto sin esperar respuesta.

Tardé en encontrar el valor para subirme al Jeep con ella. Cuando lo hice, arranqué sin mirarla. Ni siquiera puse música.

Todas las canciones me recordaban a ella.

Así que dejé que el viento fuera nuestra banda sonora, mientras conducía de vuelta al campus en silencio.

Hasta que le sonó el móvil.

B lo miró con el ceño fruncido, tragó saliva, y contestó con voz débil.

—Hola, amor.

Apreté el volante con tanta fuerza que el pie se me hundió más de la cuenta en el acelerador. Solo lo noté cuando vi la señal de velocidad máxima y comprobé que iba muy por encima del límite. Aflojé, mientras escuchaba.

—Voy de camino —dijo B—. Escucha, estoy agotada, ¿podemos dejar lo de la cena para otro día?

Me ardía el pecho de culpa. Cuando la miré de reojo, ella estaba a punto de llorar mientras Ethan le hablaba.

—Yo también te echo de menos —susurró al cabo de un rato—. Dame una hora y luego ven.

Colgó justo cuando entrábamos al campus. Dejé el coche en el aparcamiento G y, en cuanto detuve el motor, ella fue directa a abrir la puerta.

Pulsé el bloqueo antes de que pudiera hacerlo.

—Lo siento, B.

Cerró los ojos, y se le escapó una única lágrima. Yo hubiera dado lo que fuera por secarla, pero mantuve las manos firmes en el volante.

—Ethan es un buen tío y se nota que te quiere. Y sé que tú también le quieres. Lo que hice hoy fue egoísta. Fue una tontería.

Lo había estropeado. Lo había jodido del todo.

La había perdido.

No sabía si ese momento sería el último que tendría con ella, pero por si acaso lo era, necesitaba que supiera la verdad.

—No me arrepiento de haberte besado —dije.

Sus ojos se abrieron un poco más y, dudosos, buscaron los míos.

—Pero sí que me arrepiento de haberlo hecho cuando estás con otro.

Le tembló el labio inferior y me sostuvo la mirada durante lo que me pareció una eternidad. Al final, con voz rota, murmuró:

—Yo también lo siento. Creo que... quizá esto haya sido una mala idea.

—No —repliqué de inmediato, con el corazón latiendo a trompicones. Solté el volante, y me volví hacia ella—. Escucha, te prometo que no volveré a hacer algo así. Pero, por favor, no me alejes. Podemos seguir siendo amigos, B. No quiero perderte.

Suplicaba con los ojos todo lo que podía, deseando que me viera de verdad: el yo real, el que solo ella conocía.

—Por favor, déjame seguir siendo tu amigo.

Me miró como si no supiera si fiarse o no y no pude culparla, no después de lo que había hecho. Pero aguanté firme su mirada para dejarle claro que cada palabra iba en serio.

—Está bien —dijo al fin.

Solté un suspiro de alivio.

—Pero no podemos... yo no puedo... —Agitó una mano hacia atrás, señalando en dirección a la playa. Asentí.

—Lo sé.

Ella asintió también.

—¿Me ayudas con la tabla?

Después de eso, estaba destrozado. Sobre todo, al volver al dormitorio, mientras Ethan se duchaba y arreglaba para su cita con

B. Sonreía de oreja a oreja, un cachorrillo enamorado, mientras me contaba lo maravillosa que era ella, como si yo no lo supiera ya.

Cuando se fue, solo pude pensar en que estaba con ella. En que podía estar tocándola, besándola, saboreándola...

Le di un puñetazo a la pared, gruñendo como un animal, consciente de que tendría que arreglarla antes de que volviera. Al menos eso me dio una tarea, algo con lo que ocupar la mente y no pensar en ellos dos juntos. No pensar en ella.

Claro que no funcionó.

Nada funcionaba.

Aquella noche me quedé despierto, mirando al techo, con un agujero en el pecho del tamaño de un puño.

Pensé que saldría bien. Pensé que podríamos dar un paso atrás y que todo volvería a estar en orden.

Pero Ethan no era tonto. Olía la amenaza que yo suponía, y no pude culparle cuando le pidió a B que se alejara de mí. Lo supe, aunque ninguno de los dos me lo dijera, porque pasamos de vernos todas las semanas a que ella me ignorara de un día para otro, en cuanto él se lo pidió.

Lo respeté.

Lo obedecí.

Hasta que mi mundo se vino abajo y supe que la única que podía salvarme era ella.

4

Nosotros y alguien más



—Tranquilo, hijo, todo va a ir bien —intentó asegurarme mi padre aquella fría mañana de febrero, pero por el tono áspero de su voz supe que era mentira. O, al menos, no podía asegurarlo con toda convicción—. Tú concéntrate en los estudios, ¿de acuerdo? No quiero que te preocupes por esto.

Me pasé la mano por el pelo mientras intentaba asimilarlo todo.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

—Tu padre sabe cómo gestionar la situación —intervino mi madre, y, de nuevo, la voz la delató.

Tragué saliva y asentí, intentando creerles.

—A veces hay recesiones —continuó mi padre—. Es normal que nuestros clientes recorten gastos donde pueden y, lamentablemente, nosotros solemos ser uno de los primeros en los que piensan. Además, si no están ganando dinero...

—No necesitan nuestros servicios —terminé yo por él.

—Todo se resolverá. Siempre es así —dijo mi madre, y pude imaginar la mirada de advertencia que lanzaba a mi padre, aunque no pudiera ver su rostro—. Hemos pasado por cosas peores y hemos salido adelante.

Estuve a punto de añadir «por los pelos», pero me contuve.

—¡Sal a divertirte! —prosiguió mi madre—. Eres un universitario; tu única responsabilidad es mantener las notas y sacar la carrera adelante. Además, ¿no has dicho que B está allí contigo?

Se me cayó el alma a los pies, y deseé no haberlo mencionado. Mis padres querían a B casi tanto como yo y, ahora que me estaba ignorando, su mención era un golpe más sobre la herida.

—Ajá —logré responder.

—Deberías llamarla. Que te saque a dar un paseo y te despeje la cabeza. Siempre sabe cómo hacerte sonreír.

«Gracias por el golpe bajo, mamá».

Después de intercambiar te quieros y promesas de «hablamos pronto», colgamos.

Me quedé en el borde de la cama con la cabeza entre los hombros. Necesitaba moverme. Necesitaba salir de mis pensamientos.

Me cambié rápido, cogí el balón y me dirigí a las pistas, donde pasé la mañana entrenando y sudando. Saltarme clases me daba igual. Con todo, sabía que, cuando la mañana se hiciera tarde —y la tarde, noche—, si no encontraba algo que me distrajera, iba a pasármela en vela atormentado por mis pensamientos. Y la única persona que quería en ese momento era a B.

Abrí su contacto en el móvil mientras me mordía el labio al saber que era una mala idea. Había dejado claro, sin decirme una palabra, que necesitaba espacio, probablemente a causa de su relación con Ethan.

Debería haber respetado eso. Debería haber buscado otra forma de sobrellevarlo.

Pero el corazón me dolía por su ausencia con tanta intensidad que no podía negarlo.

¿Dónde estás? Voy a recogerte.

El estómago se me revolvió al enviar el mensaje y dejé el móvil en la cama, intentando no mirarlo hasta que sonara la respuesta.

Estoy con Ethan, con cosas de la campaña. ¿Lo dejamos para otro día?

Maldije. Mi parte madura me decía que la dejara en paz, pero con solo ver su nombre, la parte posesiva se impuso.

¿No estás ya a punto de acabar? Puedo esperar. Date una vuelta conmigo, anda.

Vi los globitos que indicaban que estaba escribiendo, pero aparecieron y desaparecieron varias veces hasta que se esfumaron por completo. Me estaba ignorando.

«Déjalo, Jamie. Ella no quiere verte», me decía la razón.

Intenté poner una película, estudiar, incluso pensé en mandar un mensaje a alguna de las decenas de chicas en mi móvil que no me ignoraría, pero no podía apartar la idea de estar con B, de tenerla en el asiento del copiloto y contarle lo que me pasaba.

Si yo era *whiskey*, ella era la barrica que me contenía, que me hacía envejecer bien, que me mejoraba. La necesitaba. Y ninguna otra cosa me servía.

Cogí el móvil antes de pensarlo demasiado y la llamé. No contestó. Llamé de nuevo, y luego otra vez. Tras la sexta llamada, maldije y escribí un mensaje tan desesperado como me sentía.

Te necesito, B. Por favor.

El corazón me latía en la garganta mientras veía los globitos parpadear. Pero esta vez...

Nos vemos en veinte minutos.
Aparcamiento G.

En dos minutos estaba saliendo por la puerta.

Mientras esperaba a B apoyado en el Jeep, temblaba un poco, a pesar de que llevaba la sudadera y los pantalones de deporte de Alder. Todavía tenía el pelo un poco húmedo de la ducha y probablemente hecho un desastre por lo mucho que me había pasado las manos por él.

Tuve la vista fija en el suelo y los pensamientos a mil, hasta que escuché el suave golpeteo de sus zapatillas sobre el asfalto. Al levantar la vista, el corazón se me paró al verla después de tanto tiempo.

Ella se detuvo como si también lo sintiera, y me la bebí con la mirada.

B llevaba pantalones de deporte y un jersey grande que le caía de un hombro. No llevaba maquillaje, pero la piel le brillaba como el sol, los ojos claros me decían sin palabras que le daba miedo acercarse a mí y lo que podría pasar si se lo permitía.

El pelo le caía en rizos apretados sobre los hombros, todavía húmedo. Abrió la boca como para decir algo, pero la cerró de nuevo y esperó.

Fruncí el ceño, y un montón de emociones que apenas comprendía fluían mientras la observaba. Me hacía arder, me volvía loco de celos y, a la vez, me hacía sentir que todo iba a estar bien.

Me separé del Jeep casi sin darme cuenta de lo que hacía y, de repente, estaba en sus brazos.

Inhaló con rigidez mientras la abrazaba, apoyando mi cabeza en la suya y estrechándola fuerte. Dudó un momento, pero luego me rodeó con los brazos y me sostuvo.

No podía tenerla lo bastante cerca. Cada segundo con ella me llenaba de alivio, como una brisa cálida de verano. Olí su champú, cítrico y dulce, y deseé poder mantenerla así para siempre.

—Jamie —susurró intentando soltarse.

—Aún no, ¿vale? —le pedí.

Se detuvo, pero asintió contra mi pecho. La mantuve un instante más antes de besarla en la frente. Luego la dejé subir al Jeep, y ocupó su sitio de copiloto.

André Gagnon sonaba a todo volumen mientras ponía el Jeep en marcha. Quería llevarla a algún sitio, pero primero necesitaba conducir.

Guardé silencio, concentrado en la carretera. El cuerpo me pedía hablar, explicarle todo. Me hice crujir el cuello un par de veces durante el trayecto, tamborileando el pulgar en el volante, con los nudillos blancos por la fuerza del agarre. No me relajé hasta que B se quitó las botas y apoyó los pies, envueltos en calcetines de lana, en el salpicadero.

Verla así me hizo suspirar y aflojar la tensión de los hombros.

Transcurrieron dos horas más, ambos íbamos en silencio, escuchando la música. Finalmente pasamos lentamente por Mission Valley y Pacific Beach, hasta girar hacia Bird Rock en dirección a La Jolla. Ambos bajamos las ventanillas y B sacó la mano por la suya, jugando con el aire mientras el calor aún apretaba lo suficiente como para mantenernos a salvo del frío.

Aparqué, apagué el motor y bajé sin decir nada. Cogí del maletero la bolsa que había traído y eché a andar.

B no preguntó a dónde íbamos, solo me siguió.

Nos adentramos entre unas cuantas casas pequeñas y una arboleda antes de llegar a una playa apartada y silenciosa. Era un lugar oculto, público, aunque por lo cerca que estaba de las casas lujosas que la bordeaban la mayoría asumía que era propiedad privada.

Saqué una manta gruesa de la bolsa que había preparado y la extendí sobre la arena antes de sentarme. Miré a B, saqué otra manta para que ella se cubriera, y le hice señas para que se sentara a mi lado.

Se quitó las botas, se dejó caer junto a mí y nos cubrimos con la manta: nuestro calor compartido mitigaba el frío del viento.

—¿Qué harías si todo lo que hubieras planeado para tu futuro se viniera abajo y no pudieras hacer nada para evitarlo? —pregunté.

B estaba reclinada hacia atrás apoyada sobre las manos, con la vista fija en el océano, y se movió un poco.

—Supongo que... buscaría un nuevo futuro —dijo.

—¿Y si no hubiera ninguno?

Se abrazó las piernas y apoyó la mejilla en las rodillas mientras posaba la vista en mí.

Dios, cómo me miraba esa chica. Sus ojos brillaban bajo la luz de la luna y esos lagos grises eran como un océano.

—¿Qué pasa, Jamie? —preguntó.

Tragué saliva.

—Las cosas están siendo difíciles, ¿sabes? Quiero decir, estamos en la universidad, pero no somos tan tontos como para no ver que la economía está muy mal. Lo que no se me había ocurrido es que me afectaría directamente. Creo que estamos en esa edad en la que uno

se cree invencible, como si nada pudiera tocarnos... pero sí que puede. —Negué con la cabeza mientras jugueteaba con los hilos del ribete de la manta—. La empresa de mi padre se está yendo a pique. Y a toda velocidad. Y yo estoy aquí, en California, en la puñetera universidad, sin poder hacer nada para salvarla, pero, al mismo tiempo, dependiendo de ella.

Su mano buscó la mía con rapidez y naturalidad, como si ese fuera su lugar.

Volví la palma hacia arriba para entrelazar mis dedos con los suyos, y me aferré a ella como si fuera la gravedad que me mantenía en pie.

—¿Es muy grave? —preguntó.

—Mucho —contesté, con voz áspera.

Se apoyó en mi hombro y su aroma cítrico me envolvió otra vez.

—Pero ¿hay alguna posibilidad de que se salve?

Me encogí de hombros.

—Supongo que siempre existe una posibilidad.

—Pues agárrate a eso, Jamie, tu padre levantó esa empresa desde cero. Lleva con ella desde que tenía veintiséis años. Lo ha puesto todo en ella. ¿De verdad crees que una recesión va a cargarse su sueño? ¿Su criatura?

Fruncí el ceño, reconsiderando su argumento.

—Ni de coña —respondió por mí—. Porque los Shaw sois luchadores. Cuando queréis algo de verdad, vais a por ello. Todos. Y tu padre va a encontrar la forma de salvar esa empresa. No tiene otra opción.

—No es tan sencillo —repuse—. No hay tanta demanda de contables de alto nivel cuando los negocios se están hundiendo. Los pocos clientes que les quedan están buscando opciones más baratas... o directamente intentando sobrevivir.

—Vale, pero esta recesión no va a durar para siempre. Si tu padre consigue aguantar...

—¿Y si no lo consigue, B?

Me volví hacia ella, odiando sonar tan frustrado, pero así era exactamente como me sentía. Sabía que no tenía que ocultarlo, con ella no.

—¿Qué pasará entonces?

—Entonces empezará de nuevo, Jamie —dijo, incorporándose para mirarme—. Y tú también. Lo resolveréis. Porque de eso va la vida. De remar y pelear contra las olas hasta que encuentras la perfecta para volver a casa.

—No sé si podría empezar de nuevo —admití, mientras sentía el corazón rompérseme con la idea.

B se movió hasta sentarse frente a mí, reclamando toda mi atención.

Como si no la tuviera ya.

Como si no le perteneciera siempre.

—¿No recuerdas lo que te dije aquella Nochebuena en el insti?

Relajé el ceño y asentí.

—Lo decía en serio y ahora aún más. Solo estás en segundo de carrera y ya llevas dos prácticas y te estás preparando para el examen de Contable Público Certificado, que ni siquiera necesitas hasta que termines el máster. Estás sacando notazas y creando tu red de contactos en todos esos eventos pijos a los que vas. Lo estás haciendo, Jamie. Estás construyendo tu sueño, igual que tu padre. Esta recesión pasará y tú saldrás adelante, porque es lo que haces. Es quien eres.

Cuanto más hablaba, más se me calmaba el corazón, encontrando un ritmo estable.

«¿Cómo podía esta chica creer tanto en mí?».

—Tienes razón —dije con un suspiro decidido—. Puedo con esto.

—Claro que puedes —dijo, apretándome las manos.

Ese apretón me llegó a un lugar tan profundo que la luz no podía alcanzarlo.

—No voy a mentirte. Estoy muerto de miedo. Pero te creo cuando dices que puedo hacerlo. Te creo cuando dices que todo se solucionará.

—Bien. Porque suelo tener razón como... un noventa y siete por ciento de las veces.

Le regalé una pequeña sonrisa.

—Creo que voy a ir a casa este verano. A intentar ayudar a mi padre a remontar.

—Deberías. Te vendría genial como experiencia y sé que a tu padre le encantaría tenerte cerca.

—¿Vendrías conmigo?

Las palabras me salieron antes de que pudiera pensarlo mejor. Las decía en serio, muy en serio, pero sus ojos se abrieron como platos y supe que había sido estúpido pronunciarlas.

Apartó las manos de las mías, y maldije interiormente ante la pérdida.

—Aún no sé qué voy a hacer este verano. Pero estarás bien sin mí.

—Últimamente has estado alejándote —susurré.

Negó con la cabeza, mirándose las manos en el regazo.

—Lo has hecho. No me mientas.

—Nunca te he mentido.

—Entonces dime qué pasa.

Suspiró.

—Creo que Ethan se siente amenazado por ti.

Intenté fingir sorpresa, pero en realidad era solo la confirmación de lo que ya sabía.

—No es la palabra exacta —matizó—. Es más bien que... no sé. Siente que tiene que competir contigo. Y odio haberle hecho sentir así. Necesito centrarme en mi relación con él y no puedo hacerlo si él me ve todo el tiempo con otro chico.

—Pero somos nosotros —le recordé—. Siempre ha habido un nosotros.

—¿Sí? —replicó, mirándome a través de las largas pestañas oscuras.

La audacia de esa pregunta aún me sorprendía.

—A mí me parece que siempre ha habido un nosotros... y alguien más.

Tragué saliva mientras seguía los contornos de las sombras que luchaban con la luz de la luna sobre su rostro.

Tenía razón.

Primero fue Jenna. Ahora Ethan.

Pero estaba cansado de dejar que los demás se interpusieran entre nosotros.

—Ahora mismo somos solo nosotros —dije, en voz baja.

—Jamie...

—Dijiste que nunca me mentías —susurré mientras el corazón me latía con fuerza y el aire parecía cobrar vida a nuestro alrededor, como si la tierra misma no pudiera evitar vibrar de anticipación.

—No podría.

—Entonces dime, B —dije, extendiendo la mano hacia ella. Le agarré las muñecas, suave pero firmemente, y la acerqué hacia mí —. ¿Es Ethan quien teme que estés sola conmigo... o eres tú la que tiene miedo?

Tenía los músculos de la mandíbula tensos y rígidos mientras la miraba, con esos ojos atentos, esos labios entreabiertos...

«Respóndeme», imploré con la mirada.

—Ambos.

Su confesión fue suave, pero avivó el fuego que ya ardía dentro de mí.

Me humedecí los labios.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de mí misma cuando estoy contigo.

Apreté los ojos al escucharlo al fin, al saber que ella sentía lo mismo. Exhalé con fuerza por la nariz, y dejé caer su mano mientras la mía subía por su brazo hasta llegar al cuello. Sentí cada centímetro de su piel, y dejé que la intensidad del momento me atravesara por completo.

Cuando abrí los ojos de nuevo, fue como verla por primera vez.

Me incliné más cerca y B empezó a retroceder, cada vez más hasta quedar sentada, mientras yo me arrodillaba frente a ella, invadiendo su espacio.

—¿Te enfadarías si te besara ahora?

—Sí —exhaló, y la mentira apenas quedó disfrazada.

—Entonces espero que me perdones después.

Acorté la distancia, impidiendo su réplica con un roce de mi lengua contra la suya. Ella jadeó al contacto y se izó sobre las rodillas para encontrarse conmigo, mientras yo gemía ante ese jadeo suyo que despertaba algo primitivo en mi interior.

Deslicé las manos bajo su suéter, le cogí la cintura y me agarré allí como si me fuera la vida en ello. Y mi teoría de que se enfadaría si la besaba era mentira se confirmó cuando comenzó a tirar de mi sudadera, agarrando la tela con los dedos para acercarme más a ella.

Rompí el beso para recorrer con los dientes y la lengua la longitud de su cuello, disfrutando del sabor. Mis manos se movían por su cuenta, y cuando los pulgares rozaron el borde de encaje de su sujetador, B gimió.

La polla me latía en los calzoncillos, ansiosa e impaciente, y cuando tracé el borde del sujetador y ella se arqueó hacía mí tuve que contener todos mis impulsos para mantenerme lento.

La puse de espalda hacia mí, sujetándole las caderas mientras ella recuperaba el equilibrio. Quería que enfrentara las olas. Quería que el océano, nuestro océano, tuviera asiento de primera fila para verme volver loca a mi niña surfista.

Se recostó contra mí y le besé el cuello, mordiendo suavemente mientras nuestra conversación en el jardín de serpiente me venía a la memoria.

—¿Es esta la pasión que echabas en falta? ¿La urgencia? —pregunté, sonriendo ante los escalofríos que le recorrían la piel, y le succioné el lóbulo de la oreja. Enganché los pulgares bajo su sujetador, dándome cuenta de que quitárselo me llevaría demasiado tiempo y ya había esperado bastante.

Lo levanté lo suficiente para liberar sus pechos y eran del tamaño perfecto, encajaban en mis manos como si estuvieran destinados a estar allí.

Emití un murmullo de aprobación mientras rodeaba cada pezón, pellizcándolos suavemente. B se arqueó hacia mí, y su culo rozó mi erección dificultándome respirar.

—Porque ahora mismo me sería imposible quitarte las manos de encima —le dije, recordándole que eso era lo que ella quería, lo que necesitaba.

Si supiera que yo llevaba años sintiendo eso por ella...

Le metí una mano entre el pelo y tiré de él hacia atrás hasta coger su boca con la mía. Quería consumir cada gemido que dejara escapar, saborearlo, memorizarlo. Ella gimió aún más fuerte cuando mi otra mano bajó por su abdomen y se metió bajo el elástico de sus pantalones cortos en un movimiento rápido; sonreí cuando se arqueó ante mi avance.

Se retorció y gimió cuando metí la mano más profundamente antes de retirarla de nuevo y subirla a sus pechos. Quería provocarla, pero mi chica también era impaciente.

Me agarró la mano y la llevó de nuevo hacia abajo.

Sonreí contra su boca mientras le mordía el labio inferior y le concedí su deseo.

Cuando deslicé los dedos entre sus muslos, ambos gemimos.

—Uf, joder —exhalé, me dolió la polla al notar lo húmeda que estaba. Deslicé un dedo entre sus labios, presionando apenas un centímetro hacia dentro. Sus manos se estiraron hacia mí, para clavarme las uñas en las piernas mientras yo retiraba ese dedo y lo introducía de nuevo, un poco más profundo.

Me tomé mi tiempo, moviendo lentamente el dedo dentro y fuera, más profundo cada vez. Cuando añadí un segundo dedo, B rompió nuestro beso gritando y acercándose aún más.

—Shhh —advertí, y la mano que le sostenía el pelo pasó a su boca. Me mordió los dedos, y no tuve tiempo de bromear sobre eso antes de que deslizara la mano entre mis muslos y me agarrara firmemente la polla a través de la ropa.

Gemí, moviéndome contra su mano mientras inclinaba la cabeza hacia atrás. Quería más. Necesitaba más.

La solté lo justo como para arrancarme la camiseta y B se giró, jadeando ante lo que veía, antes de quitarse la ropa también. Nos miramos, respirando de manera errática y ardiente mientras nos

quitábamos capa tras capa y las dejábamos caer en la manta sobre la arena.

Ya desnudos, nos miramos, con pechos agitados y ojos salvajes. Su boca se abrió asombrada al verme la polla, y tuve que luchar contra el impulso de sonreír ante su reacción.

En cuanto nuestros ojos se encontraron, nos lanzamos otra vez el uno sobre el otro.

Sus manos se hundieron en mi pelo mientras la bajaba al suelo, deslizándome entre sus piernas y palpando detrás de mí hasta dar con la manta. La subí hasta el punto donde se unían nuestras caderas y, con el movimiento, mi erección se deslizó por su humedad, separando ligeramente sus labios para que me cubriera.

Estaba a punto de lanzarme sobre ella, cuando un torrente de maldiciones salió de mi boca al darme cuenta.

No teníamos preservativo.

Reduje la velocidad de los besos, mientras el corazón me latía con fuerza por esa carencia, por no haberlo pensado antes. Pero esto no me lo esperaba. No lo había planeado.

—Tenemos que ir más despacio —exhalé.

—Y una mierda —dijo ella con una sonrisa contra mis labios, pero besándome con más lentitud.

—No tengo...

Me detuve, casi llorando al verla extendida debajo de mí, al estar tan cerca y aun así...

—No tenemos protección.

Los ojos de B se abrieron un poco, buscándome, pero luego tragó saliva.

—Está bien.

B arqueó las caderas, clavándome los talones en el trasero y acercándonos de nuevo.

—Estoy tomando anticonceptivos. Y estoy limpia. ¿Y tú?

—Sí. —Maldije, porque el hecho de estar a punto de entrar en ella sin ninguna barrera era suficiente para saber que me iba a quedar jodido de por vida.

Apoyé la frente en la suya, mientras disfrutaba de la sensación de sus uñas clavándoseme en los hombros.

«Debo detenerme», advirtió una voz lejana.

Pero entonces B susurró mi nombre, envolviéndome el cuello con las manos para acercar mis labios a los de ella una vez más.

—Puedo perdonarte por besarme —dijo—, pero no puedo perdonarte si paras ahora.

Y eso fue todo.

Ese fue el último resto de dignidad al que me aferré, el último pedazo de moralidad que vislumbré antes de gemir, besarla con fuerza y mover las caderas, llenándola rápido, ansioso y de golpe.

Ambos jadeamos, con las bocas abiertas el uno contra el otro, mientras los escalofríos nos recorrían cada centímetro del cuerpo. Me retiré, más despacio esta vez, antes de presionar aún más adentro.

—Dios, B —susurré—. He soñado con cómo sería esto, entrar en ti, sentirte alrededor de mí. Pero me quedaba corto. No puedo... —Negué con la cabeza, sin palabras, especialmente cuando ella me envolvió con sus piernas aún más fuerte—. Nunca...

—Lo sé —dijo ella.

Ese fue el momento que lo cambió todo.

Lo sentimos en los huesos, en el alma, en cada punto de contacto donde nuestra piel se tocaba. No habría regreso de esto y, aun así, no había otra opción más que esto.

Estar dentro de ella era como volver a casa.

Pero también era como saltar desde un acantilado dentado hacia un estanque poco profundo.

Creo que ya sabía, incluso entonces, que esa noche era todo lo que tendría con ella. Me tomé mi tiempo, saboreando cada tacto, cada roce, cada beso, y cada gemido. Quería llenar cada vacío que Ethan había dejado en ella, quería estar con ella tan completamente que ninguna de sus novelas románticas pudiera compararse con lo que vivía en la realidad conmigo.

La estaba marcando, y quería que sintiera cada célula de su piel arder como yo ardía.

Cuando se corrió, con gemidos suaves y dulces mientras sus manos aferraban la manta removiendo la arena de debajo, hice una instantánea mental, sin querer olvidar nunca cómo era verla desmoronarse conmigo.

Y, entonces, encontré yo también mi propio clímax, intenso y absoluto.

Una vez que ambos bajamos de ese éxtasis, no quería dejar de besarla nunca. Quería quedarme allí en esa manta, en esa playa, en esa noche para siempre.

Ahora sabía que la había tenido, realmente la había tenido, y eso significaba que también podía perderla.

Y esa pérdida era algo a lo que sabía que no sobreviviría.

5

Los juegos que jugamos



La noche siguiente fue tan diferente de lo que había imaginado que la cabeza me daba vueltas.

El viernes fue un desastre. Ni siquiera tuve tiempo de dormir después de dejar a B y antes de tener que prepararme para mi primera clase. Tras hablar con ella, escuché la voz de mis padres en mi interior recordándome que me centrara en lo que podía controlar, que, ahora mismo, era mantener mis notas al día y terminar la carrera.

Por mucho sueño que tuviera, resistí la tentación de saltarme clase. Si eso era todo lo que podía controlar, lo haría bien.

Mi móvil estaba muerto mucho antes de que volviera al dormitorio después de mi noche con B, así que lo puse a cargar y lo dejé allí durante todo el día, mientras tiraba los libros y el portátil a la bolsa, de cualquier manera, antes de arrastrarme hasta la puerta.

Nunca imaginé que esa pequeña decisión lo estropearía todo.

Pensé que estaría de vuelta en el dormitorio a mediodía, que tras ir a clase volvería a echarme una siesta. Planeaba mandarle un mensaje a B entonces, si no iba directamente a su dormitorio para sorprenderla, pero se me olvidó la reunión del proyecto grupal justo después de clase.

Mira, sé que desde el punto de vista de B parecía que yo estaba haciendo cosas sospechosas esa mañana. Pero la chica con la que me vio abrazado era Tina, una chica muy maja de mi clase de Economía a quien me gustaba tomarle el pelo. Tenía novio en otra universidad, yo era un ligón sin vergüenza y me encantaba provocarla. Ella siempre me respondía con bromas, aceptando mis tonterías, y eso fue exactamente lo que B vio cuando salimos de la cafetería.

Yo no la vi a ella en absoluto.

Después de esa reunión, volví directo al dormitorio y me dejé caer sobre la cama, exhausto. Y dormí toda la noche.

Al día siguiente, vi el mensaje perdido de B. Solo decía «hola», y aunque era un mensaje sencillo, me hizo sonreír, morderme el labio y pensar en todas las maneras en que la había tenido la noche anterior.

Pero responderle no serviría de nada.

Tenía que verla.

Me di una ducha larga y caliente, aunque odiaba tener que quitarme su aroma junto con la suciedad de las últimas cuarenta y ocho horas. El único consuelo era que pronto la tendría entre mis brazos otra vez.

Por supuesto, ese consuelo se vio rápidamente reemplazado por la culpa, porque sabía que tendríamos que planear cómo decirle a Ethan lo nuestro y, no importaba cómo lo dijéramos, no iba a ser agradable.

Sin embargo, creía en nosotros, en lo que teníamos, y sabía que podríamos superar cualquier cosa juntos.

Ethan y su compañera de campaña, Shayla, se habían instalado en el salón de nuestro apartamento y trabajaban en no sé qué cuando entré en la cocina a por un vaso de agua. Me lo bebí de un trago, lo rellené y luego me senté en una de las sillas, observándolos trabajar y charlando con Ethan.

Mientras pensaba en la noticia que tenía que darle, él sonreía y hablaba de su campaña; la culpa casi me devoraba sentado a su lado. Era demasiado, así que me inventé que tenía prisa por ir al campus —hacia el dormitorio de B, en realidad—, cuando ella entró por la puerta.

—¡Traigo tacos! —anunció, cerrando la puerta con un golpe y levantando dos bolsas.

Se me paró el corazón al verla y no pude evitar la sonrisa que se me dibujó en la cara, aunque sabía que debía mantener la calma.

Por supuesto, esa sonrisa desapareció en cuanto ella me ignoró por completo y se centró en Ethan.

—No es verdad —dijo él.

B asintió, dejando las bolsas sobre la encimera y saludando luego a Shayla.

—Claro que sí.

«Mírame», le ordené con la mirada.

Pero ella no levantó los ojos, los mantuvo en él.

Ethan se incorporó del suelo y corrió hacia ella, para abrazarla y darle un largo beso, lento y ardiente.

Se me dilataron las fosas nasales y las manos se me cerraron en puños.

—Cásate conmigo —murmuró él contra sus labios.

Y entonces ella soltó una risita, apartándolo con un gesto juguetón como si nada hubiera cambiado.

Me costó horrores contenerme, respirar, tragar saliva, no lanzarme desde la silla y estamparle el puño a Ethan en la nariz por besar a mi chica.

Porque ella era mía, le gustara o no.

—Voy a preparar todo esto —dijo B, señalando las bolsas de tacos —. ¿Qué estáis haciendo?

—Nada, revisar el inventario y planear la próxima semana para poder divertirnos y no pensar en las elecciones en la fiesta de esta noche.

—¡Amén! —gritó Shayla.

B intentó sonreír, pero fue una sonrisa débil, y luego se acercó a Ethan.

—¿Podemos hablar un momento? Yo... necesito decirte algo.

Se me paró el corazón.

Joder.

Los pensamientos se me agolpaban en la cabeza más rápido de lo que podía procesarlos.

«Se arrepiente. Va a decirle y a rogarle perdón. No quiere estar conmigo. Se acabó».

Pero fruncí el ceño, porque eso no tenía sentido, no después de lo de anoche. No después de todo lo que hubo.

Ethan le acarició los brazos, preocupado.

—¿Está todo bien, amor?

—Sí, estoy bien —dijo ella—. Es solo que hay algo de lo que necesitamos hablar.

—Está bien —dijo él, y luego miró a Shayla—. ¿Te parece si hablamos más tarde esta noche? Estamos tratando de terminar todo

esto antes de la fiesta. O sea, si estás segura de que estás bien y puede esperar.

Supe que debería fingir que miraba el móvil, o salir de la habitación, o hacer cualquier otra cosa que no fuera quedarme allí parado mirándolos, pero no podía moverme.

—Sí, claro. Puedo esperar. —Sonrió—. Poneos con eso. Hago un plato para cada uno y luego voy a ayudaros.

—Gracias —susurró él, besándole la mejilla antes de volver corriendo al suelo junto a Shayla. Inclinaron la cabeza juntos, mientras señalaban algo en la pantalla y hablaban de números.

Y finalmente, B me miró.

Se me tensó la mandíbula, el amor posesivo y profundo que sentía me consumía mientras trataba de descifrar su expresión. Estaba triste, eso lo podía captar. Pero había algo más.

No pude adivinarlo antes de que apartara la mirada de mí.

Y entonces me di cuenta de que me importaba una mierda si Ethan se enteraba de esa manera: yo tenía que saber qué estaba pasando.

Al segundo siguiente, estaba de pie detrás de ella en la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

Se sobresaltó un poco, pero no se volvió hacia mí y se puso a sacar un montón de platos del estante.

—Tacos. ¿Quieres?

—No te hagas la tonta, nunca se te ha dado bien.

—Claro, como me conoces tan bien...

—Bastante bien, sí —dije en voz alta, sin importarme quién me oyera, y le agarré la muñeca antes de que pudiera alcanzar la tortilla y seguir fingiendo que no me veía.

Ambos miramos a Ethan y a Shayla, pero estaban metidos en su propia conversación ante el portátil.

—Te conozco bien, joder —insistí, esta vez bajando la voz—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—B —supliqué, pero ella tiró de su muñeca y se liberó.

—Que no me pasa nada. Estoy bien.

—Estás bien —repliqué con tono seco.

Suspiró, mientras llenaba la primera tortilla con pollo a la parrilla antes de dejarla en un plato y mirarme.

Su expresión era gélida cuando me habló.

—Sí. ¿Me vas a ayudar con esto o no? Porque, si no, en este momento, estás un poco en el medio.

Vale, ahora ya no estaba solo confundido.

Estaba cabreado.

Y quería saber exactamente qué demonios estaba pasando.

Solté una risa cortante.

—Está bien, no me importa estar en el medio. De hecho, parece ser mi lugar favorito.

B me fulminó con la mirada.

—¿Qué te pasa? —inquirí, preguntándome dónde había ido mi dulce niña surfista de la noche anterior—. ¿He hecho algo?

—¿Por qué piensas eso?

Resoplé, y me crucé de brazos antes de acercarme a su espacio.

—Oh, no sé, quizá porque ayer me estabas obligando a ponerte la mano entre los muslos y ahora ni siquiera me miras. Sí, tal vez sea por eso.

—¡Shhh! —gritó en un susurro, con los ojos muy abiertos mientras miraba a Ethan antes de devolverme la mirada—. Para. Fue un error.

Sus palabras me golpearon como una bofetada, y eché la cara hacia atrás con fuerza.

—Un error —repetí.

—Los dos estábamos vulnerables, fue un momento intenso. Esas cosas pasan.

—Esas cosas pa...

Ni siquiera pude terminar la frase. Se me formó un nudo en la garganta mientras me llevaba las manos a la cabeza.

Esta no es ella.

No lo dice de verdad.

Me forcé a respirar de manera calmada, sabiendo que B trataba de levantar un muro entre nosotros, y yo debía ir con cuidado al escalarlo, no fuera a hacerse más grande antes siquiera de intentarlo.

Dejé caer las manos a los lados.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú te oyes? ¿Te ves? Estás temblando, B.

Le tembló el labio inferior y traté de tocarla, buscando esa conexión que sabía que la devolvería a sí misma.

Pero ella se echó atrás, dándose contra la encimera para mantenerse alejada.

—Veo perfectamente bien, gracias. Lo suficiente como para ver que lo que pasó la otra noche claramente no te impidió acostarte con Tina ayer.

Sus ojos parecían de piedra cuando se encontraron con los míos y me quedé paralizado, confundido.

—¿Qué? ¿Tina?

—Está bien, Jamie. Os vi juntos, pero no pasa nada. Lo que pasó entre nosotros... tampoco significó nada para mí.

El corazón me retumbaba.

No significó nada...

—Así que estamos bien —terminó—. Como dije, esas cosas pasan.

B volvió a emplatar los tacos como si la conversación hubiera terminado.

Como si nosotros hubiéramos terminado.

Una parte de mí estaba absolutamente destrozada. Sentí como si me hubieran clavado una hoja oxidada entre las costillas y hasta los pulmones, privándome de aire limpio.

Dolía.

Dios, dolía mucho escuchar esas palabras.

Pero también me cabreaban un montón.

Porque sabía, ya en ese momento, que estaba mintiendo.

—Guau. —Respiré por fin, sacudiendo la cabeza mientras me acercaba—. No sé qué crees que has visto, pero si realmente te sientes así, me alegra que tu retorcida mente inventara esto para sentirte mejor.

Con eso, me aparté de la encimera y me dirigí a mi habitación, donde cerré de un portazo.

Todavía estaba consumido por la rabia cuando llegué a la hoguera, más tarde esa noche, con el alcohol ya instalado, profunda y cálidamente, en mi sistema. Había empezado a beber en cuanto B salió de nuestro dormitorio aquella tarde, y no había parado desde entonces.

Pero me había tomado mi tiempo para llegar a la fiesta, tras plantearme, incluso, si ir, porque sabía que ella estaría allí. Llámame masoquista o el hijo de puta más enamorado que haya existido, pero incluso después de lo que me había dicho, incluso después de cómo se había comportado, tenía que verla.

Una enfermiza parte de mí esperaba poder quedarme a solas con ella, encontrar la manera de que me escuchara. Y tal vez la cerveza me dio la confianza para pensar que, si me escuchaba, todo cambiaría.

Sin embargo, todos mis planes se vinieron abajo cuando finalmente llegué a la fiesta.

Porque Jenna estaba allí.

Y de repente, se había formado un nuevo plan.

—No me jodas —dijo Jenna, y me miró como si hubiera visto un fantasma mientras me acercaba a ella y a B, sentadas en uno de los bancos al otro lado del fuego.

Había visto los rizos de B desde el otro extremo y noté una opresión en el pecho, pero no dejé de avanzar hacia ella. No fue hasta que estaba a mitad de camino cuando me di cuenta de con quién estaba.

—¡¿Jamie?! —gritó Jenna, negando con la cabeza y riéndose mientras se lanzaba a mis brazos. Era muy parecida a la chica con quien había salido en el instituto, y, aun así, se movía de forma diferente, lo suficiente para saber que la universidad también la había cambiado.

B me ignoró, igual que antes, mientras bebía de su petaca con la mirada fija en otro lugar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Jenna cuando la solté.

Me reí.

—¿Cómo que qué hago aquí? Estudio aquí.

Jenna se quedó boquiabierta, y se volvió hacia B.

—¿Qué? Tía, ¿cómo no me has dicho que Jamie iba a tu misma universidad?

Me tocaba a mí mirarla y, joder, me dolió cuando lo hice. Con un solo vistazo, pude notar que no estaba bien en absoluto. Tenía los ojos rojos y vidriosos, y la piel pálida.

Pero tenía la pequeña mandíbula firme, aún decidida a jugar el juego que estuviera jugando.

Sonreí.

—No se lo has dicho, ¿eh?

B se limitó a encogerse de hombros, jugando distraídamente con el pelo.

—Pensé que lo habrías visto por redes o algo.

—Sí, claro —dijo Jenna entre risas—. Este capullo me borró de sus redes después de romperme el corazón.

Alcé una ceja al notar la sonrisa traviesa en los labios de Jenna. La había visto mil veces antes, la conocía como la palma de mi mano.

Estaba coqueteando.

Y una sola mirada a B me dijo que eso la estaba volviendo loca.

Dejé que mis ojos recorrieran a Jenna y, aunque seguía siendo tan guapa como siempre, solo lo hice para tocarle las narices a B.

Porque, si quería seguir con este maldito juego, pronto vería que yo también sabía jugar.

—Juraría que el del corazón roto fui yo —musité.

B se levantó de golpe y enganchó su brazo al de Jenna antes de que pudiera responder.

—Deberíamos ir a saludar, quiero presentarte a todo el mundo.

Pero Jenna no apartó la vista de mí.

—Sí, en un minuto. Creo que Jamie necesita una copa.

Sí, necesitaba un trago, pero miré a B, esperando que parara esto antes de que tuviéramos que ir más lejos. Cuando no dijo nada, suspiré y miré a Jenna con una sonrisa.

—Eso mismo. ¿Me acompañas? —pregunté, extendiendo el brazo.

Jenna soltó a B sin pensarlo dos veces, enganchando su brazo al mío en su lugar.

—Claro.

Y así empezó nuestro enfermizo jueguecito aquella noche.

B no apartó los ojos de Jenna y de mí durante la siguiente media hora, aunque tampoco hizo ningún intento de unírsenos. Se limitó a

observarnos desde su rincón, bebiendo con rabia de la petaca y fingiendo que le daba igual. Fuera lo que fuera lo que pretendía, me estaba volviendo loco, pero no sabía cómo hacerme con ella salvo siguiéndole el juego.

Con Jenna era fácil hablar, siempre lo había sido. Esa era en parte la razón por la que salimos juntos tanto tiempo. Me puso al día de cómo le iba la uni en Nueva York, yo le conté mi vida en California y recordamos viejos tiempos, riéndonos con las anécdotas que íbamos sacando.

Todo el rato sentía la mirada de B sobre mí, y deseaba que viniera a arrancarme de allí.

El tiempo pasó en un remolino de alcohol, y Jenna y yo acabamos yendo a la hoguera donde estaban Ethan y Shayla.

Justo a tiempo para ver a B tambalearse y dejarse caer en el regazo de Ethan.

Se me secó la boca al ver cómo él le agarraba la cadera con la mano, atrayéndola, sujetándola como si fuera suya. Técnicamente, en ese momento, lo era.

Pero yo sabía la verdad.

B siempre me había pertenecido.

Siempre me pertenecería.

—Hey —susurró él.

—Hola —respondió ella con una sonrisa.

Aparté los ojos de ellos, y me forcé a concentrarme en Jenna. Sus palabras me sonaban como las de la profesora de Charlie Brown, un murmullo lejano, mientras yo seguía a B de reojo y se me comían los demonios al ver cómo Ethan le cogía la barbilla y la besaba.

Intenté concentrarme en lo que me contaba Jenna, en cualquier cosa que no fuera lo que estaban haciendo Ethan y B, lo que se decían... pero fue inútil.

Por suerte, B dio el primer paso.

—Deberíamos jugar a algo —dijo al grupo.

—¡Oh! ¡Sí! ¿Qué os parece un «Yo nunca»? —propuso Jenna, palmoteando emocionada.

—Buena elección, amigui —contestó B. Y por la manera en que derramó parte de la cerveza del vaso al alzarlo, supe que iba borracha. Demasiado.

En sus ojos brillaba la promesa de una noche peligrosa.

—Somos ya un poco mayores para juegos, ¿no os parece? —dije, intentando crear un doble sentido mientras la miraba fijamente.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—No tienes que jugar. Tina acaba de llegar, ¿por qué no le ofreces una bebida y dejas que los críos nos divirtamos?

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

—¿Novia? —preguntó Jenna, arqueando una ceja.

B me sonreía con dulzura, toda inocente, como si me hubiese tendido una trampa. Pero estaba haciendo el ridículo y, por infantil que sonara, yo quería hacer que se sintiera así.

—No. B tiene una obsesión rara con mi compañera de Economía y no puede superarla.

B bufó mientras ponía los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Me da igual que te quedes o te vayas. Ethan, empiezas tú.

Entonces supe que Ethan tampoco estaba cómodo, seguramente por la cantidad de alcohol que llevaba su novia encima. Siempre estaba pendiente de su reputación, de lo que opinaba el campus de él, más aún desde que se había presentado a presidente.

—Vale. Yo nunca he tenido un rollo de una noche.

Jenna y yo bebimos sin pensarlo, y yo le guiñé un ojo por encima del vaso. Pero al terminar, mis ojos buscaron a B.

Ella no había levantado el suyo.

—¿Tú no bebes, B?

—No. —Y enseguida intentó desviar el tema—. Tu turno.

—¿Nunca has tenido un polvo de una noche? —insistí mientras me inclinaba hacia delante, con los codos sobre las rodillas y una ceja arqueada en actitud de reto.

—Yo fui su primer chico —saltó Ethan. Se me revolvió el estómago, aún más cuando la atrajo hacia sí y le besó la mejilla antes de añadir—: El único.

B le besó rápido, pero yo sabía que estaba tan a disgusto como yo.

—Qué mono —dijo Jenna con voz melosa.

—Sí. Muy mono —ironicé, incapaz de apagar la rabia que me consumía al verlos. B se pensaba que él era perfecto, un santurrón incapaz de hacer daño a nadie.

Lo que no sabía era cómo había hablado de ella cuando la conoció, antes de que yo supiera quién era.

Aquella noche me llamó tras una fiesta en la PSU y me dijo que había encontrado a su follamiga del verano, que era virgen y que no veía la hora de estrenarla. Lo dijo de coña y yo, siendo el imbécil que era, le seguí la broma.

Porque no sabía que era ella.

Pero ahora todo había cambiado y era el momento de sacarle la mierda a la luz.

Estaba hasta los huevos de esos jueguecitos.

—Me toca, ¿no? —solté con sorna—. Mmm... Yo nunca he hecho un trío.

B sonrió a Jenna, aunque no entendí por qué hasta mucho después, cuando conocí su versión. La sonrisa se le borró pronto en cuanto vio que Ethan bebía.

—¿En serio?

Ethan hizo una mueca.

—Era mi primer año. En aquel momento creí que molaba. No significó nada.

—Oh —dijo B. Y lo vi. El instante en el que se dio cuenta de que él podía mentirle, de que podía ocultarle cosas.

Que no era el santo en el que lo había convertido.

—¿Estás enfadada? —preguntó Ethan.

Los ojos de B buscaron los míos y me fulminó, como si supiera lo que estaba intentando.

Yo me limité a sonreírle.

—Claro que no —contestó ella—. Fue antes de mí. No pasa nada.

Sonrió, dejó que Ethan le besara el cuello y dio otro trago.

—Te toca —le dijo a Jenna.

El juego siguió, y la verdad es que perdí el hilo de lo que pasaba por lo mucho que me estaba conteniendo para no ir a arrancar a B de las piernas de Ethan. Quería echármela al hombro como un puto cavernícola y llevármela de vuelta a mi cuarto. Quería exigirle que dejara de hacer el imbécil y hablara conmigo como una adulta.

Me reí por lo bajo cuando Shayla dijo que nunca había follado en la playa, lo que hizo que B se atragantara con la cerveza antes de levantarse corriendo a rellenarla solo para huir de la situación.

Durante toda la noche, B siguió con su numerito, restregándose contra Ethan delante de mí como si no supiera que me estaba provocando. Yo me limité a dejar que Jenna me distrajera, a hacerle creer que estaba igual de interesado que ella en revivir lo nuestro por una noche. La verdad, estuve a nada de decir que tenía que mear y largarme de la fiesta.

Entre el sueño que tenía y lo jodidamente absurdo del juego, estaba agotado.

Pero no podía irme y dejar a B, no con lo que continuaba bebiendo cuando ya había pasado el límite. Me preocupaba. Quería apartarla de todo aquello. Quería tenerla a solas.

No sabía cómo hacerlo.

Iba en piloto automático, medio escuchando a Jenna, cuando noté alboroto al otro lado de la hoguera.

Mis ojos dieron con B justo a tiempo de verla zafarse del brazo de Ethan, con el ceño fruncido y la mirada llena de veneno.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que arruine tu «perfecta» reputación antes de las elecciones?

Mierda.

Jenna y yo cruzamos una mirada, y me levanté sin que ella dijera nada: sabía que tenía que intervenir y salvar a B de sí misma.

—Besarme antes ha sido una vergüenza, ¿eh? Pues imagínate si me quito la ropa —dijo mientras yo avanzaba hacia ellos. Y acto seguido se quitó el jersey y se quedó con una camiseta de tirantes finísima.

Solté una maldición.

—Vale, se acabó. Nos vamos —dijo Ethan, intentando agarrarla.

—Vete tú, si quieres. Yo no me pienso ir.

—No era una petición.

—Y lo mío no era una sugerencia.

—¡Joder, Brecks!

Me quedé helado a medio paso mientras el corazón me palpitaba en los oídos al oír ese nombre que no sonaba como un nombre. Y vi cómo B se quedaba pálida, y los ojos se le agrandaban y se le llenaban de lágrimas.

—No vas a meterte en esa piscina —soltó Ethan, ajeno a lo que acababa de hacer—. Fin de la historia.

B le miraba como dudando entre matarlo allí mismo o salir corriendo antes de echarse a llorar delante de todos.

—B... —dije en voz baja, tendiéndole las manos—. Vamos, te acompaño a la residencia.

Fue como si despertara de un trance al mirarme, pero enseguida volvió a fruncir el ceño.

—Puedo ir sola —escupió.

Recogió el jersey y las botas del suelo y salió disparada hacia el aparcamiento, mientras Ethan se quedaba ahí plantado.

Esperé a que la siguiera y, como no lo hizo, negué con la cabeza.

—Sabes que no le gusta que la llamen así —le solté, con una voz más dura y amenazante de lo que pretendía—. Y sabes de sobra por qué.

Ethan negó con la cabeza.

—No quería cabrearla. Pero venga, la has visto, está...

—Borracha, sí, lo sé. Precisamente por eso deberías estar cuidando de ella, no comportándote como un puto imbécil.

Ethan entornó los ojos.

—Tío, ¿qué coño te pasa?

Pero ya me había dado la vuelta y me había echado a correr tras la chica que él había sido tan idiota como para dejar escapar.

—Lárgate, Jamie —me lanzó B por encima del hombro cuando la alcancé, en la oscuridad del aparcamiento.

Apreté los dientes.

—¿Qué pasa? ¿Ya no tienes nada que decir?

—Te he dicho que te vayas.

—Venga ya —la desafié, siguiéndole el paso de cerca—. Llevas toda la noche intentando llamarme la atención. Pues ya la tienes.

Ella bufó.

—Aunque te cueste creerlo, Jamie, eras lo último que tenía en la cabeza esta noche.

—Y una mierda.

Entonces se giró de golpe, furiosa.

—¡Déjame en paz! Vuelve con Jenna y hazle el «*tour* por la habitación de Jamie». Dicen que es visita obligada en el campus.

Y ahí exploté.

—¡Joder, B! —grité, dando un manotazo contra la carrocería de una camioneta cercana—. ¿Qué coño quieres de mí? Después de todo este tiempo te acuestas conmigo y al día siguiente me tratas como a una mierda, diciendo que fue un error y que no significó nada.

La respiración se me entrecortaba, la emoción me arrasaba como un puto maremoto.

—Pero luego te pones como una loca cuando me ves con tu mejor amiga.

Di un paso hacia ella, desesperado porque lo entendiera.

—¿Crees que me he acostado con Tina? No lo hice. Es de mi clase, nada más. ¿Crees que esa noche no significó nada para mí? Claro que sí. Es lo único en lo que he podido pensar desde entonces —confesé, con la voz rota.

B tragó saliva y los labios le temblaron cuando acorté aún más la distancia.

—¿Crees que no me duele verte con Ethan? Me mata. Me mata por dentro.

Negué con la cabeza, jadeando.

—¿Piensas que lo nuestro no fue real? Lo fue. —Mis ojos bajaron a sus labios carnosos, temblorosos, que siempre habían sido míos—. Y aún lo es.

Me lancé sobre ella, y atrapé su jadeo con un beso violento mientras la empujaba contra la camioneta. Solo se dejó ir un instante, hasta que sus manos encontraron mi pecho y me apartó de un empujón.

Me tambaleé hacia atrás y nos quedamos mirándonos, ambos con el pecho agitado como animales salvajes.

Y entonces, fue ella la que se lanzó a por mí.

Su boca buscó la mía, ansiosa, desesperada, aferrándose a mi jersey mientras yo la levantaba. La sujeté contra la camioneta y bajé los labios por su cuello, marcándole la clavícula, dejando señales en cada centímetro de piel como si quisiera grabarme en ella para que nunca se olvidara de mí. Al acariciar el borde de su pecho por encima del top, gimió y se inclinó hacia mi mano.

—Para... —Suspiró y yo gruñí, prendido de ese juego, de lo excitante que resultaba. Mi mano se deslizó bajo su top y B gimoteó, jadeando contra mi boca cuando mi lengua buscó la suya.

Pero volvió a empujarme.

—¡He dicho que pares!

Tragué saliva.

—No podemos hacer esto.

—¿Por qué no? —jadeé.

—¿B?

Me giré en seco y me encontré a Jenna mirándonos, con los ojos entrecerrados y una chispa salvaje en ellos.

Se cruzó de brazos, mientras su mirada pasaba de uno a otro.

—Pero ¿qué coño pasa aquí?

Exhalé por la nariz, conteniendo un taco.

—Venga, Jenna —dijo B—. Vámonos.

Y entonces cogió a Jenna de la mano y me dejó allí plantado.

De haber sabido entonces lo que sé ahora, lo que iba a ocurrir después, la habría detenido. Le habría dicho a Jenna que se fuera a la mierda, y me habría llevado a B a mi cama. Habría exprimido hasta el último minuto con ella entre mis sábanas antes de que todo se viniera abajo.

Pero no lo sabía.

Pensé que necesitaba espacio. Creí que hacía lo correcto al dejarla marchar.

A la mañana siguiente descubrí lo cruel que podía ser la vida.

Fue Jenna la que me llamó.

Entre sollozos histéricos, me contó lo que había pasado con el padre de B aquella tarde. Yo ya me estaba vistiendo y atándome las zapatillas mientras ella hablaba.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dijo Jenna—. Su madre la llamó por la mañana y estuvo horas en la cama, llorando. Luego me pidió que empezara a hacerle la maleta. Ella... cogió la tabla y llamó taxis hasta que encontró uno que la quisiera llevar con la tabla.

—La encontraré.

Colgué con esa promesa, y me fui directo hacia el Jeep.

Durante todo el trayecto a la playa mi cabeza no dejó de dar vueltas a los dos últimos días, a todas esas gilipolleces que de repente parecían tan pequeñas, tan absurdas. Me habría reído de los jueguecitos de la noche anterior si no se me revolviera el estómago al pensarlo.

Creo que sabía, incluso en ese momento, que ella iba a romperme el corazón.

El alivio me embargó cuando la vi en la arena del primer sitio al que la había llevado a surfear. Tenía la tabla bajo el brazo, el pelo alborotado por el viento de la tormenta que se acercaba y estaba plantada al borde del agua, esperando.

Me acerqué despacio, sin tener claro qué quería decirle, qué podría decir para que todo estuviera bien.

Su padre había muerto.

Se había ido. Y aunque habría sido duro en cualquier circunstancia, el hecho de que su relación estuviera hecha mierda desde que supo lo que le había hecho a su madre lo hacía todo aún más duro.

Noté cómo se me aceleraba el pulso al llegar a su altura, y me quedé un instante embobado con el sol que brillaba sobre su piel, antes de que una nube lo tapara.

—No puedes meterte ahí —dije.

Incluso de espaldas vi cómo le temblaba el labio, aunque se subió más alto a la tabla y resopló.

—No va a pasar nada.

—Está a punto de caer una tormenta y se está haciendo de noche.

No contestó, así que me acerqué con cuidado, y sujeté el otro extremo de la tabla. Tiré suavemente y al principio se resistió, pero luego aflojó y la dejó caer con los hombros hundidos. Deposité la tabla en la arena, y volví a mirar a B mientras sus ojos vidriosos seguían las olas.

Nos quedamos así un rato, en silencio, con la vista en el mar mientras el viento nos azotaba el pelo. Me dolía el corazón y, con ese impulso, dejé que mi meñique rozara el suyo.

Ella cerró los ojos y entrelazó su mano con la mía, uniéndonos con fuerza.

—Me ha llamado Jenna. Me... me ha contado lo que pasó.

Su pulgar acariciaba el mío cuando otro trueno retumbó a lo lejos.

—Habla conmigo —supliqué, con la voz rota.

Ella apretó los labios, temblorosos.

—No sé qué decir.

—No te preocupes por si tiene sentido o no, solo habla. Solo... sácalo.

Asintió una y otra vez, mordiéndose los labios mientras las lágrimas caían sin que pareciera darse cuenta. No se las secaba, simplemente las dejaba correr.

—Se supone que debería odiarle —susurró al fin—. Me pusieron el nombre por las pecas de sus mejillas, las mismas que tengo yo, y se supone que debería odiarle. Violó a mi madre... —Se quebró y las lágrimas arreciaron aún más.

Le apreté la mano.

—... y yo no lo sabía. Nunca supe que las manos que me enseñaron a montar en bici eran las mismas que la sujetaron la noche en la que fui concebida. Ni que los ojos que lloraban con ternura el día que se me cayó el primer diente eran los mismos que vieron a mi madre suplicar que dejara de hacerle daño.

Sacudió la cabeza, y supe que cada palabra que pronunciaba le dolía. La abracé para hacerle sentir que no estaba sola.

—Siempre estuvo ahí. Fue él quien me regaló mi primera libreta y un bolígrafo y me dijo que escribiera. Quien me llevó de compras el día que mi mejor amiga de la infancia se mudó. Siempre estuvo ahí. —Se tapó la boca y cerró los ojos con fuerza—. Y luego dejó de estarlo, porque yo le aparté, porque se suponía que debía hacerlo. No he hablado con él desde el día en el que me gradué en el instituto. Ignoré sus llamadas. Le dije que no viniera a la cena de Navidad por primera vez en mi vida. —Cerró los ojos aún con más

fuerza—. No hablé con él, Jamie. Y ahora ya no podré hablar con él nunca más.

La abracé, apretándola contra mi pecho, mientras ella se rendía a los sollozos que la asaltaban. La sostuve con fuerza mientras las primeras gotas de lluvia nos alcanzaban.

—Está bien que le quieras —le dije, mientras resonaba otro fuerte trueno.

—No, no lo está. —Respiró, y luego levantó los brillantes ojos grises para mirarme—. Igual que no está bien que te quiera a ti.

Arrugué la nariz, la emoción me estrangulaba mientras le alzaba el rostro, sosteniéndole el cuello con la mano.

—¿Me quieres? —le pregunté.

Asintió mordiéndose el labio mientras liberaba más lágrimas.

—¿Por qué no está bien?

—Porque... —susurró sacudiendo la cabeza mientras se aferraba a mi camiseta— no puedo estar contigo ahora, Jamie. Mañana vuelvo a casa para el funeral y... no puedo prometerte nada. No puedo...

Se le apagó la voz y juro que se me rompió el alma porque, aunque me pareciera tan mal, entendía perfectamente lo que estaba diciendo.

En ese instante no tuve otra opción que quererla durante el momento más oscuro de su vida.

Y supe allí mismo, en esa playa, que no podría hacerlo de la manera que yo deseaba.

Sentí cómo B me alejaba, cómo se aislaba... Vi su necesidad de alejarse de mí, de Alder y de todo, hasta que procesara lo que sentía.

Me destrozó.

Pero yo quería que supiera que seguía a su lado.

Levanté la otra mano para cogerle la cara y le busqué la mirada.

Si iba a irse, necesitaba que supiera la verdad.

—¿Está bien si te digo que yo también te quiero? —le pregunté.

Dejó escapar un suave quejido de llanto, pero lo corté presionando mis labios contra los suyos y luchando contra las ganas de llorar que me invadieron al sellar ese beso. Todo en mi cuerpo me advertía del dolor que estaba por venir, pero lo ignoré, queriendo solo saborear el poco tiempo que me quedaba con ella.

—Quédate conmigo esta noche —le susurré en los labios.

Asintió, dejándome abrazarla, y estuvo conmigo una última vez.

Pasé toda la noche asegurándome de que se sintiera segura, cálida y amada. La besé como si nunca fuera a tener otra oportunidad y, en mi interior, realmente creí que no la tendría.

Se fue al día siguiente y nunca regresó.

Nunca me llamó. Nunca me mandó un mensaje.

Nunca respondió cuando intenté comunicarme con ella, en cada cumpleaños y aniversario de la muerte de su padre.

La vida siguió sin ella, así de perra es. Quise que se detuviera. Quise que un maldito camión me hubiera arrollado y terminado con mi desgracia.

Pero lentamente, el tiempo siguió su curso. Fui a la universidad, pero dejé de quedar con chicas. Jugué al baloncesto, pero dejé de surfear.

Me gradué.

Volví a casa.

Seguí adelante, al menos todo lo que pude.

Me convencí de que estaría bien sin ella.

Pero el día que el universo decidió ponernos en el mismo lugar de nuevo, me di cuenta de lo ingenuo que había sido.

6

Esta noche y algún otro día

Era uno de esos momentos en la vida en los que todo parece encajar.

La noche en la que entré en aquel garito a pocas calles de la oficina, iba flotando en una nube de posibilidades. Me acababan de notificar que había aprobado el examen de Contable Público Certificado, y mi padre me había ofrecido oficialmente un puesto en su despacho. La mitad de los socios y un grupo de contables habían salido conmigo a celebrarlo y yo tenía una sonrisa permanente en la cara, esa sensación constante de estar a punto de alcanzar algo grande.

Durante toda mi vida había tenido un sueño bastante sencillo para mi futuro. Quería ir a la misma universidad que mi padre, sacarme el título, entrar en la asesoría, ir ascendiendo y, con el tiempo, llegar a socio. Y junto a eso, quería encontrar a la mujer de mis sueños, casarme y llenar una casa de niños.

Era el típico sueño norteamericano y de crío me gané muchas burlas por ello. Mis amigos me llamaban blando, nenaza y todo lo que se les ocurría para ridiculizar lo que yo quería. Pero nunca dudé. Desde muy joven tuve claro lo que quería y que no iba a parar hasta conseguirlo.

Aquella noche, aprobar el examen y recibir la oferta oficial de trabajo fue como marcar una casilla enorme. Como abrir la siguiente

etapa.

Sentía que el futuro que siempre había deseado estaba ahí, rozándome la punta de los dedos.

Si parece que había pasado página y encontrado una vida sin B, era porque lo había hecho.

Que no se me malinterprete, esa chica tenía un lugar permanente en mi corazón. Estuve hecho un maldito desastre durante un año entero después de que se marchara y, cuanto más tiempo pasaba sin una sola palabra entre nosotros, más se me rompía el corazón.

Pero con el tiempo comprendí que no podía seguir aferrado a la esperanza de lo que pudo ser. No tenía más remedio que seguir adelante, aunque ella siguiera colgada en mi corazón.

La seguí llamando dos veces al año, una en su cumpleaños y otra en el aniversario de la muerte de su padre. Nunca respondía, y como había desaparecido de todas las redes sociales, no tenía ni idea de dónde estaba ni qué hacía.

Sabía que seguía con el mismo número, eso sí, su dulce voz me lo recordaba cada vez que saltaba el buzón: «has contactado con...», «deja tu mensaje después de la señal».

Tres años. Tres años de dudas, de añoranza, de dejarla ir y, aun así, no poder hacerlo del todo. Tres años de llamadas perdidas y mensajes sin respuesta. Tres años limpio.

Y entonces entré en aquel bar.

Y la vi.

Lo primero que noté fue su pelo, porque cada vez que veía a una mujer con un peinado siquiera parecido al de B me fijaba, me quedaba mirando hasta que se daba la vuelta y otra vez me decepcionaba al descubrir que no era ella.

Pero esa vez, por encima de su cabeza, vi a Jenna.

Y me miraba con la boca abierta como una rana intentando cazar moscas.

El corazón me retumbaba en el pecho mientras ella le murmuraba algo a B y, entonces, B se giró de golpe y sus ojos grises se clavaron en mí como un huracán.

Todo el ruido —la música, las risas, los vasos chocando— se esfumó en el instante en el que sus ojos se cruzaron con los míos. Los colegas que estaban conmigo ya se dirigían a la barra, dándome palmadas en el hombro y prometiéndome que me iban a emborrachar, pero yo me quedé quieto, sonriendo, incapaz de creer lo que veía.

Tenía el pelo más largo que nunca, rizado y abundante, cayendo más allá de los hombros. No hacía falta acercarme ni un centímetro para saber que había estado surfeando, porque su piel tenía ese brillo permanente de verano y sus pecas estaban más marcadas que nunca. Sus labios, los mismos que siempre me embrujaban, estaban entreabiertos y juro que, con solo verlos así, ya se me aceleró el pulso.

Me encontré avanzando hacia ella antes de darme cuenta, incapaz de resistir el magnetismo que había entre los dos.

Vi la respiración entrecortada de B, cómo se le atascaba en la garganta, cómo tampoco podía apartar la vista de mí mientras cruzaba el bar. Se giró en el taburete, dejándome verla entera, y me fijé en el diminuto top sin tirantes que llevaba, cómo se le ceñía al pecho y mostraba sin pudor la clavícula, el cuello, su firme abdomen. Incluso sin que se levantara, sabía que aquellos vaqueros parecían pintados en su cuerpo, ceñidos y tentadores, y, al ver los altos tacones negros en sus pies, aspiré una bocanada ardiente.

Cruzó las piernas, balanceando uno de ellos como un anzuelo, y me dejé arrastrar hasta quedar frente a ella.

Me metí las manos en los bolsillos, sin un ápice de vergüenza al recorrerla con la mirada otra vez. No podía mirarla lo suficiente. No podía empaparme de ella lo bastante como para que me durara un minuto más y, mucho menos, toda una vida.

—Te has cambiado el pelo —murmuré al fin, arrastrando la mirada por todo su cuerpo hasta volver a encontrarme con sus ojos.

—Y tú te has hecho un tatuaje —dijo ella, con una voz más cálida y dulce de lo que recordaba.

Bajé la vista al trozo de tinta que se asomaba donde me había remangado la camisa, esbozando una sonrisa, pero enseguida volví a mirarla.

Nos quedamos un buen rato en silencio, sonriendo, bebiéndonos con los ojos.

Entonces negué con la cabeza.

—Tienes dos segundos para bajarte de ese taburete y meterte en mis brazos antes de que te arrastre yo mismo.

Se sonrojó, incapaz de contener la sonrisa mientras se ponía en pie despacio. Tal como imaginaba, aquellos vaqueros parecían pintados y, en cuanto estuvo de pie, la rodeé con mis brazos.

Su aroma dulce me invadió los sentidos, mi cuerpo volvió a la vida como si hubiera sido una oruga encerrada en un capullo hasta ese instante. Extendí las alas, envolviéndola y dejando escapar un suspiro de alivio por lo bien que me sentaba estirarme, notar su calor contra mí, abrazar de nuevo la forma conocida de su cuerpo.

Y entonces, de golpe, todo regresó.

De repente era demasiado ruidoso, con la gente riendo, la música atronando, los vasos tintineando a nuestro alrededor. Pero la apreté fuerte, sin creer aún que estuviera allí de verdad y sin intención alguna de soltarla hasta asegurarme de que no se desvanecería en humo en cuanto la dejara ir.

—Oh, hola, Jamie, encantada de verte también —soltó Jenna desde su asiento.

Aflojé a regañadientes mi abrazo, pero B no se sentó; simplemente cogió su cerveza y se quedó a mi lado, como si también temiera que yo desapareciera si se alejaba demasiado.

—Hola, Jenna —le dije, para contentarla. Ella me dedicó una sonrisa de suficiencia antes de que volviera a mirar a B—. ¿Estáis de celebración esta noche?

Llevaba un birrete de graduación y le di un toquecito en el borde, riéndome de su quejido avergonzado.

—Sí. He conseguido un papel que dice que se me da de maravilla pasarme noches en vela y luego soltar apuntes de memoria.

Sonreí.

—Enhorabuena.

—Y la han admitido en un máster —añadió Jenna—. En Pittsburgh.

—¿Pittsburgh? —repetí, e intenté disimular, pero sabía que no podía esconder la forma en que se me alzaban las cejas ni cómo se me aceleraba el corazón al pensar que se iría justo cuando la había encontrado otra vez. Fruncí el ceño al mirarla—. ¿Qué va a hacer mi chica surfista en una ciudad como esa?

Se derritió visiblemente con la pregunta, abrió mucho los ojos antes de sonrojarse y bajar la vista a la etiqueta de su botellín de cerveza. La fue despegando con los dedos, encogiéndose de hombros.

—¿Y tú? —preguntó Jenna—. ¿Qué haces en Florida?

—Yo también estoy de celebración, en realidad —le contesté—. He aprobado el examen de Contabilidad y he aceptado una oferta de trabajo con mi padre.

La cabeza de B se alzó de golpe y lo vi en sus ojos antes de que hablara: orgullo y admiración. Era una de las pocas personas a las

que me había abierto en mi vida, así que sabía lo importante que era eso para mí.

—¿En serio? —preguntó con un suspiro—. Guau, es increíble. Me alegro muchísimo por ti.

—Gracias.

No podía apartar los ojos de ella. Y entonces me di cuenta de que no quería compartir ese momento con Jenna, ni con la otra chica que estaba en la mesa, ni con todos los tíos que habían salido a celebrar conmigo aquella noche.

El universo me susurraba que mi tiempo con ella sería breve, y que más me valía no desperdiciarlo.

—¿Quieres salir de aquí?

B tragó saliva, sus ojos se encendieron un instante antes de que lo disimulara con una sonrisa.

—Sabes que odio los clichés.

Me encogí de hombros.

—También sé que harás una excepción por mí.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —B arqueó una ceja con una sonrisa divertida en los labios.

Volví a meter las manos en los bolsillos, seguro de mí mismo.

—Lo sé.

B me observó largo rato, dudando, y cuando se mordió un poco el labio inferior aspiré una bocanada de aire caliente que sabía que no podía soltar, o acabaría follándola allí mismo, delante de todos.

—Por el amor de Dios, vete —intervino Jenna—. Vete antes de que me deje preñada esa maldita mirada suya.

B se tapó la risa con la mano, y yo no oculté mi sonrisa mientras ella cogía el bolso y se disculpaba con su otra amiga.

Luego volvió a mirarme.

— Tú primero.

—No puedo creer que hayas reemplazado a ScarJo —dijo B, después de que hubiéramos estado un rato dando vueltas por la ciudad, mientras deslizaba la mano por el cuero del asiento en el que iba sentada.

Aunque no fuera el viejo Jeep, ella de alguna forma hacía que el nuevo me hiciera sentir igual: como en casa. Se había quitado los tacones, tenía los pies sobre mi salpicadero, el pelo largo agitándose al viento, y la misma sonrisa joven y despreocupada en la cara.

Solo que ahora esa sonrisa llevaba un matiz un poco más oscuro, un poco más triste, un poco más totalizador. Era el tipo de sonrisa que uno gana con el tiempo, de las que salen de haber pasado momentos bastante duros y de saber, de verdad, lo escasas que son las buenas rachas. Uno sabía apreciarlas.

Y también sabía que no podían durar.

Me reí por lo bajo.

—Sí, bueno, ScarJo empezó a ponerse gruñona con la edad. La tuve hasta hace un par de meses, y al final me rendí y la cambié.

—Uf, seguro que te costó un montón —se burló B.

Estaba bromeando sobre lo chulo que era el Jeep nuevo, pero por alguna razón, la manera en la que lo dijo me puso a la defensiva, como si debiera haber sabido lo difícil que había sido para mí deshacerme del viejo Jeep, sabiendo todo lo que había pasado dentro de él.

Resoplé.

—Sí, bueno, había muchos recuerdos en ese Jeep. No quería dejarlo, al menos hasta que fuera inevitable.

Se calló de golpe y toda la diversión de la velada salió volando por la ventanilla, arrastrada por la brisa. Ya tenía suficiente de tanta

charla.

Necesitaba respuestas.

—Nunca volviste —susurré.

Ella hizo una mueca mientras bajaba los pies del salpicadero y se reacomodaba sentándose sobre las piernas plegadas.

—Lo sé.

—Y nunca me cogiste el teléfono. Nunca me devolviste ninguna llamada. Nunca...

Apreté los dientes, agarrando con fuerza el volante mientras luchaba por mantener la compostura. Me costaba no golpear algo, no querer gritarle y besarla al mismo tiempo hasta dejarla sin aliento.

—Lo sé —fue lo único que dijo.

Nos detuvimos en un semáforo en rojo, y B dejó caer la cabeza contra el reposacabezas y se giró para mirarme mientras la luz roja se le reflejaba en la piel.

—No te puedo decir nada que haga que te sientas mejor, Jamie. Tengo excusas, razones por las que te aparté, pero ninguna justifica mi comportamiento. Porque lo hice fatal. Era joven, estaba completamente rota y no sabía cómo afrontar mi nueva realidad. Me alejé de ti, de California, porque creí que era lo correcto. Y, en cierto modo, me alegro de haberlo hecho, porque necesitaba curarme. Pero, por otro lado, me odio por cómo te dejé.

Apreté la mandíbula al oír esas palabras en sus labios: que me había dejado. Quizá ni siquiera me lo había admitido a mí mismo todavía.

—La muerte de mi padre me cambió, Jamie —dijo con voz ronca, cubriéndome la mano con la suya. Contuve el aliento ante ese calor —. Y lo que le hice a Ethan... está en contra de todo aquello en lo

que creía. Me odiaba por perder el control, por quererte cuando se suponía que debía quererle a él. Es que...

Cerró los ojos, y entonces comprendí lo duro que había sido aquel momento de su vida: no solo por lo de su padre, sino también por lo nuestro. Suspiré, y giré la mano para entrelazarla con la suya.

—Estaba hecha polvo —susurró tras una pausa—. Y necesitaba tiempo.

El semáforo se puso en verde y volví la vista a la carretera, pero B no retiró la mano de la mía mientras cambiaba de marcha.

—¿Y ahora? —pregunté.

B guardó silencio un instante más.

—Ahora estoy sentada en tu Jeep y nada ha cambiado, pero, a la vez, sí.

Asentí con el ceño fruncido, sin saber qué quería decir. Todo había cambiado. Tres años nos habían convertido en personas completamente distintas.

Pero aun así...

B inspiró hondo antes de continuar.

—Y me pregunto cuánto vas a aguantar sin besarme antes de rendirte de una vez.

Entonces se me escapó la mirada hacia ella, sin estar seguro de haber oído bien.

—Porque me voy en menos de cuarenta y ocho horas, Jamie —susurró, dejando caer los hombros con desesperación y anhelo—. Y necesito que me beses antes de subirme a ese avión.

No me lo esperaba.

No esperaba que me lo soltara así, sin rodeos, sin juegos, sin obligarme a leer entre líneas.

Me deseaba.

Me necesitaba.

Di un giro brusco, y me hice crujir el cuello y el corazón me martilleó en el pecho.

—Te llevo a mi casa. Ahora mismo —dije—. Si no ibas en serio con todo esto que acabas de decir, tienes unos siete minutos para retractarte. Después de eso, no se te permite decir ni una palabra más. Ni siquiera mi nombre. Porque voy a follarte hasta dejarte sin voz.

Giré, esperando que protestara, que me dijera que no debíamos. La estaba poniendo a prueba, retándola, desafiándola a resistirse. Porque esa era la última advertencia que pensaba darle antes de tirarme sobre ella.

Y esta vez me quedaría con una parte más grande de ella cuando lo hiciera y no pensaba devolverla, pasara lo que pasara después de esta noche.

B solo se humedeció los labios y pronunció dos palabras que fueron mi perdición.

—Acelera, venga.

Las alarmas de advertencia me retumbaban en los oídos cuando cerré de un portazo tras B, la inmovilicé contra la puerta y tiré las llaves al hacerlo. Ella se enganchó a mi cintura con las piernas, clavándome los tacones en el culo mientras yo aplastaba mi boca contra la suya.

Ese primer beso, ese primer sabor de ella tras tanto tiempo era suficiente para hacerme correrme allí mismo. Simplemente sus labios en los míos, su lengua, ese gemido ahogado al contacto me incendiaron el alma.

Podrían haberme apartado de ella en ese mismo instante y advertirme de la hostia que vendría después e incluso así los habría

empujado de vuelta para tomarla igualmente.

No había forma de apartarme. No entonces, ni nunca.

Le arranqué el top como el pedazo de tela que era, gimiendo al descubrir que no llevaba sujetador debajo. Sus pezones oscuros se erizaron, puntiagudos, y los habría atrapado entre los dientes si no hubiera gemido mi nombre justo después.

—Jamie —suplicó.

—Shhh —le advertí, recordando lo que había dicho en el Jeep.

No quería que soltara ni una puta palabra, no hasta que estuviera corriéndose y gritando mi nombre.

Había un poco de odio fluyendo entre nosotros mientras me la llevaba a la cocina, pero era ese tipo de odio que sí traspasa la fina línea que lo separa del amor más absoluto. La odiaba por lo que me había hecho, por cómo me había dejado, por el tiempo que nos negó. Pero también la amaba con tanta fiereza que daba igual lo que me hiciera: seguiría deseándola.

Qué jodidamente enfermo y, aun así, qué perfectamente correcto sentir eso.

La dejé caer frente a la encimera.

—Quítatelos —gruñí, tirando de sus vaqueros antes de llevarme las manos a mis propios pantalones para desabrochar y bajar la cremallera a toda prisa. Mis ojos volaron a sus tacones—. Déjatelos puestos.

La comisura de la boca de B se curvó en una sonrisa satisfecha, como si fuera a devorar al hombre en el que me había convertido en su ausencia. Se tomó su jodido tiempo con los vaqueros, sus pechos rebotando, sus pezones provocándome con cada movimiento, hasta que la tela quedó en sus tobillos. Se descalzó lo justo para sacarlos y volvió a calzarse.

Y allí estaba, con su cuerpo perfecto iluminado por la luz de mi cocina, con solo un trozo de encaje negro en las caderas y esos altísimos tacones.

—Buena chica —murmuré mientras me quitaba los calzoncillos. Me acaricié la erección dolorida mientras le recorría la silueta con la mirada, y podría habérmela sacudido tres veces en ese mismo instante y correrme sobre aquel precioso lienzo que me estaba ofreciendo.

Pero cuando alargó la mano hacia la ropa interior, me devolvió a la realidad de que apenas disponía de tiempo con ella y no pensaba desperdiciarlo.

—Déjatela —dije mientras negaba con la cabeza—. Date la vuelta.

Seguí pajeándome mientras ella se giraba, mirándome por encima del hombro con esos ojos tormentosos. Con la mano libre le aparté el pelo, sujetándolo con fuerza mientras le besaba el cuello expuesto.

Dios, el sabor de su boca, la forma en que se retorcía, jadeaba y se entregaba a mí. Era la droga más tóxica del mundo, la adicción de la que sabía que nunca me liberaría.

La solté lo justo para cogerle las manos y guiarla hacia abajo, doblándola por la cintura y apoyando sus dedos en el otro lado de la isla de la cocina. La vista era una obra maestra: la espalda arqueada, la columna dibujando una línea directa hasta ese culito redondo que quedaba alzado, esperándome. Besé todo ese camino hasta abajo y mordí esa manzana jugosa con un gruñido, mientras B jadeaba.

Me incorporé entonces, pasándole la mano por el culo antes de darle un azote rápido que le hizo vibrar la carne. B dio un respingo, sorprendida, pero luego me regaló un gemido de aprobación.

Le sujeté la cadera con una mano y, con la otra, seguí la línea de encaje del tanga hasta deslizar los dedos entre sus labios empapados. Estaba tan excitada como yo, y hundí dos dedos en ella, disfrutando de la forma en que se arqueaba con el impacto.

—Joder —gruñí, y retiré los dedos antes de volver a metérselos.

«Este coño es mío».

Sentía la posesión como una maldición que me consumía entero y con un gruñido le toqué el interior de los muslos.

—Ábrete.

Obedeció y, cuando sus piernas se separaron lo suficiente para darme el acceso que necesitaba, caí de rodillas, apartándole el tanga para pasar la lengua por toda su hendidura húmeda. Lamí hasta llegar al clítoris, abriéndole más las piernas para poder chuparlo como quería. Temblaba tanto que pensé que se derrumbaría y me reí por lo bajo mientras retrocedía, recorriéndole los labios con la lengua antes de repetir el ciclo.

B se arqueó más, pidiendo mi boca en su clítoris y le di lo que necesitaba, haciendo círculos y dándole la fricción exacta que sabía que la harían querer correrse. Las piernas le temblaban mientras, con los nudillos blancos, se agarraba a la encimera.

Pero antes de que pudiera correrse, la solté, poniéndome en pie.

Creí que B iba a romperse a llorar cuando me miró por encima del hombro, pero solo le dediqué una sonrisa ladeada y me limpié la boca.

—No te muevas.

Recogí mis pantalones del suelo y rebusqué en el bolsillo la cartera. Tenía un condón guardado por si acaso y, en cuanto lo encontré, volví a tirar los pantalones y regresé hacia B.

Intentaba incorporarse, pero la aplasté contra la encimera antes de que consiguiera hacerlo y la mantuve inclinada mientras mi polla

se acomodaba entre sus nalgas.

Gemimos los dos.

Rompí el envoltorio, me cubrí con el látex y la provoqué con el glande, deslizándoselo por la hendidura del trasero antes de bajarlo entre sus labios húmedos y alinearlo con su entrada, mientras ella se arqueaba, rogándome que la llenara.

Pero lo dejé ahí, esperando, preparado, mientras me agachaba y recogía todo ese pelo en un puño.

—Todo este puto pelo —maldije mientras le mordía el lóbulo de la oreja.

Ella jadeó cuando le tiré de él y arqueó la espalda, con la mirada perdida en la luz que estaba sobre nosotros.

Y entonces la penetré sin piedad, me enterré en ella tan hondo que nunca olvidaría a quien pertenecía.

Me quedé quieto al fondo, los dos temblábamos con la sensación, y apoyé la frente en su espalda.

—Joder, llevo toda la noche fantaseando con cogerte así del pelo. Y estos tacones... —gemí, incorporándome. Seguía con los dedos enredados en su melena, así que se arqueó conmigo cuando volví a embestirla.

La follé como si la odiara, como si fuera todo lo que detestaba y como si me fuera la vida en destruir cada centímetro de ella. Cuando mis manos por fin dejaron su pelo para agarrarle las caderas, aceleré, disfrutando de cómo gritaba, gemía y suplicaba más.

Mi pequeña surfista sabía cómo cabalgar las olas.

Bajé el ritmo al cabo de un rato, queriendo saborear cómo se abría para mí con cada nueva estocada. La forma en la que su clítoris rozaba el granito de la encimera, y cómo abría más las piernas y movía las caderas para atrapar esa dulce fricción.

Mi chica quería correrse.

Pero yo no estaba listo.

—Todavía no —advertí, y entonces la giré, inclinándome para cogerla en brazos y apresurarme con ella por el pasillo hacia mi dormitorio. Éramos un torbellino de besos furiosos y manos arañando mientras la llevaba, y B gimió cuando la dejé caer sobre mi cama, como si incluso un segundo de separación pudiera matarla.

Me desafió con la mirada mientras retrocedía hacia las almohadas y yo perseguí ese cuerpo precioso, colocándome entre sus piernas y capturando su boca con la mía. Sus hombros golpearon mi cabecero y yo abrí sus muslos con los míos antes de hundirme de nuevo en ella.

La llené por completo, apoyándome en el cabecero, y los dos nos estremecimos con la conexión.

—Joder, B —gruñí, temblando mientras me mantenía suspendido sobre ella. Ella me clavó esos malditos tacones en el culo y yo siseé, mordiéndole el cuello en respuesta. Moví las caderas dentro y fuera, solo un poco, manteniendo esa conexión entre mi pelvis y su clítoris. Esos pequeños empujes eran justo lo que ella necesitaba y yo lo sabía.

Se corrió con un grito tan fuerte que parecía que estábamos en una puta peli porno, mi nombre le salía de los labios como súplica y maldición a la vez.

Sonreí con malicia contra su boca cuando terminó, disminuyendo el ritmo entre sus piernas. Luego, enganché una de ellas bajo la rodilla y se la levanté hasta que el tobillo descansó sobre mi hombro. Besé esa fina piel mientras mantenía la mirada fija en la suya.

Era jodidamente perfecta. Tan hermosa, sexi y adictiva y tan mía.

La sentí con más profundidad en esta posición, su calor me engullía cada vez que avanzaba. Y ella mantenía esos ojos de acero

sobre mí, suplicándome que me corriera con ella, que me derramara dentro de ella.

Y lo hice.

Temblé al vaciarme, con ese orgasmo que solo B podía darme. No era el orgasmo vacío y hueco que había encontrado innumerables veces con otras mujeres. Me temblaba todo el cuerpo, el cerebro se me entumecía, sus uñas se clavaban en mi alma y dejaban una marca permanente justo al lado de la que ya había dejado hacía tres años.

No había nada en el mundo como follar con B, y quizá el universo lo sabía. Tal vez sabía que, si me hubiese dado más que unas pocas veces en esos años que luchamos contra las circunstancias, me habría vuelto loco de celos si alguien siquiera la miraba después de saber cómo era follar con ella. Quizá había fuerzas actuando que sabían, como con cualquier adicción, que tenía que ser lo suficientemente fuerte para controlarme antes de rendirme al subidón.

Me desplomé sobre ella, jadeando mientras sus uñas me recorrían la espalda. Me estremecí bajo el contacto y le besé el cuello antes de apoyarme sobre los codos sobre ella.

—Joder...

Ella se rio mientras le besaba la nariz.

—Justo lo que estaba pensando.

—Tienes que estar conmigo después de esto —respiré, y en ese momento era tan obvio como que el cielo es azul y el agua está mojada. Era mía. Por fin, era mía.

Pero entonces se desvaneció su sonrisa.

—No puedo.

—A la mierda con eso —argumenté, y pensé que era un juego. Pensé que estábamos jugando—. Sí puedes. Ya lo estás.

—Me voy el domingo por la noche, Jamie —dijo, interrumpiendo nuestra cadena de besos para mirarme a los ojos.

Odié la seriedad que vi en ellos.

Solté un suspiro, frunciendo el ceño. El universo era un hijo de puta cruel al dejar que nos encontráramos justo antes de que ella se fuera.

Pero aún no podía dejarla ir.

—Entonces pasa conmigo este fin de semana.

A B se le hundieron los ojos.

—No puedo. Tengo planes con mi familia. Esto es todo... esto es lo único que tengo.

«Esto es lo único que tengo».

Era honesta. Me estaba diciendo, mucho antes de todo el dolor que vendría, exactamente lo que podía darme y lo que no.

Pero yo no podía aceptarlo.

—¿Por qué no podemos tener una relación a distancia?

Se rio de eso, abrazándoseme al cuello.

—Porque es la mejor manera de rompernos el corazón.

Entonces fui yo quien se desinfló, porque me di cuenta de que me lo había roto. Durante tres años, había estado roto.

Ella era lo único que me hacía sentir completo.

—Pero ya no huyo de ti, Jamie —dijo cuando vio mi mirada abatida.

Estudié la suya, esperando con todas mis fuerzas que no hubiera ni una pizca de mentira en esas palabras que acababa de pronunciar.

—¿Eso significa que me cogerás el teléfono?

Sonrió, asintiendo.

—Pero... no intentemos ponerle un nombre a esto. A lo nuestro.

Solté un suspiro frustrado, pero mientras buscaba sus ojos, me di cuenta de que la aceptaría de cualquier manera posible, aunque la

idea de no reclamarla con mi nombre en su piel y un gran cartel de neón encima que dijera «PROPIEDAD DE JAMIE» me hiciera hervir la sangre.

—De acuerdo, entonces —cedí—. Necesito que me des dos cosas.

B arqueó una ceja, expectante.

Me humedecí los labios.

—Esta noche... y algún otro día.

—Esta noche —repitió ella—. Y algún otro día.

Asentí.

—Necesito los dos.

No había otra opción para mí. Estaría conmigo, de una forma u otra, y estaba dispuesto a esperar.

Pero necesitaba su palabra.

Sus ojos buscaron los míos durante un largo rato antes de asentir y tirar de mí para que la volviera a besar. Y esa conexión me hizo ponerme duro dentro de ella, con el cuerpo deseando más, listo para sellar el trato durante toda la noche si era necesario.

De todas formas, solo tenía hasta la mañana.

No tenía sentido perder la noche durmiendo.

Esa noche follé con B de todas las maneras posibles. La probé hasta que se me corrió en la lengua, vi estrellas cuando ella me probó a mí del mismo modo.

Nos duchamos, y luego follamos de nuevo.

Comimos, y luego follamos otra vez.

Dormimos aproximadamente veinte minutos, y luego follamos otra vez.

Todo estaba bien.

Incluso sabiendo que se iba, incluso sabiendo que no quería ponerle un nombre a lo nuestro, creí estúpidamente que lo habíamos

logrado. Habíamos sobrevivido esos tres largos años separados. Ella había sanado y yo había crecido y, ahora, estaríamos juntos.

Estaba tan concentrado en hacer que encajara en mi plan que ni siquiera me molesté en pensar en cuál era el suyo. No pensé en negociaciones, en que ella quisiera una carrera, aunque conocía a mi chica, su determinación, siempre había sido una luchadora, deseosa de tener su propia vida.

Asumí que me querría más que a cualquier otra cosa, que dejaría de lado quien era y abandonaría sus metas solo para tenerme a mí.

Y eso resultó ser el mayor error de mi vida.

7

Tocado por los ángeles



—Joder —dije cuando entró la videollamada, soltando las llaves sobre la encimera mientras sonreía ante la vista de B desde su apartamento. Pittsburgh se extendía ante los ventanales de suelo a techo como un mar infinito de estrellas.

—Mírate, chica de la gran ciudad.

—Bonito, ¿eh? —preguntó ella.

B me hizo un *tour* por todo el piso mientras yo me recostaba en la cama, con los músculos doloridos y la piel salada tras una buena sesión de surf. Escuchar su voz por teléfono era como tener a alguien apoyado sobre el pecho; me costaba respirar, sabiendo que la había tenido y que se me había escapado otra vez.

Hablábamos todos los días y todas las noches desde aquella primera vez en mi apartamento, pero no era lo mismo que tenerla aquí. Al oírla hablar de sus prácticas en Rye Publishing, supe que estaba feliz. Esa chica llevaba escribiendo desde que la conocía, pero

siempre había sido demasiado tímida para mostrarlo. Aun así, era lista y talentosa y sabía que la gente importante de esa editorial no tardaría en darse cuenta de ello.

Estaba exactamente donde debía estar.

Solo que no estaba conmigo.

Y, de algún modo, eso no era lo correcto.

—Vale, sé que estás deseando enseñarme la bañera —dije cuando me enseñó su dormitorio.

—Por supuesto. Tenía que dejar lo mejor para el final —dijo ella. La cámara temblaba mientras entraba en el cuarto de baño, mostrando la bañera con patas de garra de sus sueños.

—¡Tachán!

—Oooh, aaah —bromeé.

—¿No es preciosa? —preguntó recorriendo la bañera con la cámara, antes de abrir el grifo—. Vale totalmente los quinientos dólares extra al mes.

—Tienes razón. Yo pagaría hasta mil más.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

Sonreí mientras apoyaba un brazo bajo la cabeza y miraba la pantalla. Pero cuando B se giró hacia el espejo, me quedé sin aliento.

Joder.

Allí estaba, completamente desnuda en su cuarto de baño, con el pelo ligeramente encrespado como si lo hubiera llevado recogido todo el día y el maquillaje aún intacto tras el día de oficina. Se había echado el pelo sobre los hombros, cubriéndose los pechos, y el espejo se cortaba justo en el ombligo, dejando que mi imaginación corriera libre, preguntándome si estaría recién depilada entre las piernas o si tendría una pequeña franja, una que me encantaría recorrer con la yema de un dedo.

—Madre mía —respiré, mientras la recorría con los ojos—. Sí que has dejado lo mejor para el final, sí.

B se sonrojó, y empezó a juguetear con el pelo. Quería que yo tomara el control y, aunque desde aquí, mi margen de maniobra era limitado, sabía cómo darle lo que quería.

—Recógete el pelo —le dije.

Ella lo juntó en un puño y se lo echó hacia atrás, dejándose al descubierto los pequeños pechos de pezones erectos mientras la habitación se llenaba de vapor.

—Ahora sí que desearía estar ahí.

La observé despacio mientras notaba cómo mi erección se tensaba contra el bañador.

Me pasé una mano por la cara antes de desatar los cordones del bañador y tirar de él hasta quitármelo de las caderas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó dulce, aunque sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—Voy a darte placer —dije—. Métete en la bañera.

Arrojé los pantalones a un lado mientras ella se sumergía en el agua.

—¿Quieres ver cómo me tienes?

Asintió y giré la cámara para que pudiera verme los abdominales y la erección mientras me la cogía con la mano y apretaba. Gemí al sentirlo, deseando que fuera su mano la que estuviera allí mientras me tocaba a mí mismo y veía sus ojos en la pantalla.

—Joder, Jamie —susurró mientras se sumergía más en el agua. Se agarró uno de los pechos para masajeárselo mientras yo volvía a pasarme la mano por la erección.

—Imagina que esa mano es mía —le indiqué—. Tócate como lo haría yo si estuviera ahí.

B se mordió el labio, y sumergió la mano dejando que la cámara la siguiera. Era difícil ver a través del agua, pero supe que esa mano se deslizaba entre los muslos, que sus dedos frotaban el clítoris mientras se arqueaba con un gemido profundo.

Era un dulce tormento verla jugar consigo misma mientras yo me tocaba a mi propio ritmo. Nos tomamos nuestro tiempo, jadeando y gimiendo hasta correrno. Limpié todo mientras B vaciaba la bañera y luego ambos nos metimos en la cama, a medio país de distancia, pero de algún modo sentía que estaba justo allí.

—Quédate conmigo —susurré.

—Estoy contigo —respondió ella.

—No, quiero decir de verdad. Sé mi novia.

Su sonrisa satisfecha se desdibujó y frunció el ceño.

—¿Por qué tenemos que ponerle una etiqueta? —intentó argumentar—. ¿No podemos simplemente...? No sé. Somos amigos, Jamie. Mejores amigos. Me encanta hablar contigo, te echo de menos, me gusta darte placer.

Se sonrojó, y yo traté de no maldecir ante su uso de la palabra «amigos».

—Exacto, entonces ¿por qué te asusta tanto oficializarlo?

—No es que me asuste —intentó explicar—. Es solo que esta es la primera vez en mi vida que estoy completamente sola, Jamie. Necesito estar conmigo misma un tiempo. Sabes cómo han sido estos últimos años.

Tuve que contener una risita, porque no lo sabía. Ella se había negado a dejarme entrar. Me había apartado de su vida y, si no hubiera entrado en aquel bar aquella noche, no estoy seguro de que me hubiera dejado volver.

—Simplemente fluyamos y que esto vaya donde tenga que ir. No tiene sentido presionarnos ahora.

Tragué saliva, con el corazón acelerado.

—¿Te estás liando con otros tíos?

—¿Qué? —B puso cara de sorpresa, negando con la cabeza—. No, claro que no. Ni siquiera conozco a otros chicos aquí.

—Ese no es el tema.

—Ya bueno, solo lo digo...

Apreté los dientes.

—¿Y si yo me liara con otras chicas? ¿Te parecería bien?

Su rostro palideció, y supe antes de que respondiera que lo detestaría tanto como yo.

—Sí. O sea, supongo. Lo entiendo, tienes tus necesidades.

Mentirosa.

—Otra vez, ese no es el tema. —Suspiré, pasándome la mano por el pelo—. Sé que suena estúpido, pero cuando te perdí hace tres años, me prometí que no dejaría que pasara otra vez. Para mí es importante estar contigo, B. Pero no puedo si no me dejas.

B guardó silencio un momento.

—No me voy a ir a ninguna parte —dijo finalmente sonriendo—. Pero ahora mismo no puedo darte todo. He venido aquí a trabajar, a sacarme el máster y a encontrar las partes de mí que aún están a la deriva, fuera de mi alcance. Te quiero, de verdad —prometió—. Solo necesito algo de tiempo para ubicarme.

Se me rompió el corazón, porque quería que cumpliera su sueño tanto como yo quería tenerla a ella. Sabía que era importante para ella.

Solo que odiaba no ser lo primero en su lista.

—Lo que necesites, te lo daré —prometí.

Pero en ese momento era yo quien mentía.

El verano pasó volando, en un golpe de calor implacable. Y yo trataba de aferrarme a mi promesa, mientras sentía como si una enfermedad se me estuviera gestando en el fondo del estómago.

En los días buenos, B y yo veíamos películas a distancia o hablábamos por teléfono toda la noche y yo fingía que eso era suficiente. Incluso vino a visitarme un fin de semana, aunque tuve que compartirla con su madre y su nuevo novio, Wayne. Aun así, valoraba cada momento que pasaba con ella.

Pero siempre me dejaba con ganas de más.

Y pronto los días malos empezaron a superar a los buenos.

No entendía por qué se resistía, por qué se resistía a mí, por qué no podía ser mía como yo quería. Era joven, egoísta y no comprendía lo mucho que B había trabajado toda su vida para lograr la oportunidad que tenía en Rye Publishing.

Tampoco entendía lo importante que era para ella empezar a construirse la vida por su cuenta después de todo lo que le había pasado. Esa ciudad, ese trabajo, eran solo el principio. Era su paso hacia la independencia, tras superar una infancia tumultuosa y un periodo de dolor insoportable.

Yo había tenido una infancia y familia privilegiadas y simplemente no lo entendía.

—Quizá ya es hora de que pidas lo que quieres —me dijo mi hermana pequeña, Sylvia, una noche.

Estábamos sentados en la playa, con el viento en la cara, mientras le contaba lo que me estaba pasando. Aunque Santana tenía una edad más cercana a la mía, con Sylvia tenía un entendimiento que no tenía con ella. Santana vivía ahora en Nueva York, pero Sylvia seguía en casa con mis padres y, egoístamente, me encantaba tenerla cerca.

—Ya lo he hecho. Ella lo sabe.

Sylvia negó con la cabeza.

—No me refiero a decirle lo que quieres y aceptarlo si dice que no. Me refiero a decirle que necesitas algo más concreto de lo que tienes ahora, o, si no, poder salir de ahí. Porque, Jamie, este limbo en el que estás atrapado —Sylvia negó con la cabeza— te está matando.

Tenía razón. Durante el verano me había costado cada vez más comer bien y cuidar de mi cuerpo. Bebía mucho más de lo debido y nunca lograba dormir tranquilo.

Era un infierno especial y, aun así, la idea de alejarme de B me hacía doblarme con un fuerte dolor en el estómago.

—¿Y si le pido que esté conmigo y me vuelve a decir que no?

Sylvia suspiró.

—Entonces renuncias a ella.

Le di vueltas a esa conversación durante días antes de reunir el valor de decirle a B que necesitábamos hablar. Fue horrible enviar ese mensaje, sabiendo que probablemente haría que se pusiera a darle vueltas al asunto, pero no había otra forma.

Ya no podía fingir más.

Como sabes, si has leído su versión de nuestra historia, las circunstancias nunca fueron amables con nosotros. Y aunque en ese momento me parecía completamente válido lo que sentía y lo que le pedía, ahora veo lo egoísta que fui, lo ciego que estaba ante el futuro que podríamos haber tenido juntos.

Ella no me pedía nada más que tiempo y espacio, pero dárselo me parecía imposible.

Me llamó la noche en la que descubrió que la habían ascendido en Rye Publishing. Por supuesto, yo aún no lo sabía y, con las palabras de mi hermana en la cabeza, supliqué a B una última vez que me diera lo que necesitaba.

—Mira, solo necesito que te sientes y me escuches un minuto, ¿vale? —le dije cuando llamó. Caminaba de un lado a otro por el salón, con el corazón latiéndome con fuerza y desacompasado—. Sé que tienes miedo de que haya un «nosotros», de lo que fuimos en el pasado y de lo que quizá no lleguemos a ser en el futuro. Sé que estás sola por primera vez y te sientes orgullosa de ello y, joder, yo también, pero puedo estar a tu lado.

—Jamie...

—Y sé que lo de la distancia te agobia —continué, porque sabía que, si la dejaba interrumpirme, perdería el valor—. Pero hemos pasado el verano prácticamente como si fuéramos una pareja a distancia, aunque no lo llamáramos así.

Respiré hondo, sabiendo que ese hecho por sí solo nos fortalecía. Ya habíamos pasado por tanto... No tenía dudas de que podríamos superar cualquier cosa.

—He estado pensando —le dije—. Tus prácticas están a punto de terminar, y he estado buscando editoriales en Miami. Muchas están contratando y ahora tienes experiencia. Tus clases son en línea, B. Podrías volver a casa, podríamos estar juntos.

—Jamie, yo...

—No, déjame terminar —supliqué, mirando mi portátil en la mesa de la cocina. Tenía mil pestañas abiertas con ofertas de trabajo, un documento con todos los enlaces listo para enviárselo en cuanto dijera que sí—. Sé que es mucho pedir. No me debes nada y sé que pedirte que lo dejes todo y te mudes por mí es egoísta de cojones. Pero me di cuenta de que, la última vez que te fuiste, no te pedí nada...

Esa frase me golpeó más al decirla en voz alta, porque por mucho que quisiera enfadarme con ella por esos tres años de silencio, la había dejado marchar. No le había dicho que la necesitaba, que

quería estar con ella durante todo eso. Tal vez, si lo hubiera hecho, las cosas habrían sido distintas...

—Así que esta vez sí lo hago —continué—. Te digo lo que quiero. Te quiero a ti. Quiero que vuelvas, joder, que vivamos juntos. —Reí, con una mezcla de locura y amor recorriéndome como una ola—. No tiene por qué ser complicado. Podemos hacerlo, B.

—Voy a quedarme.

—Jenna también está aquí. Y tu madre. Y...

—Jamie, voy a quedarme en Pittsburgh —dijo más alto—. Me han ofrecido un trabajo fijo. Hoy.

Me detuve al final de una respiración, con el aire llenándome los pulmones hasta que sentí el pinchazo de una aguja que hizo que me desinflara como un globo de helio. Me hundí en mí mismo, frunciendo el ceño, convencido de que no había oído bien.

Se iba a quedar.

Había conseguido un trabajo.

Se quedaba.

—Vale —dije finalmente—. Está bien. Podemos vernos una vez al mes, turnarnos para volar y, con el tiempo, lo resolveremos.

—No funciona así —dijo B, con la voz quebrada.

Se me partió el corazón.

—Tú tienes el despacho de tu padre ahí. Y yo tengo mi vida aquí.

Tragué saliva contra la emoción que me amenazaba con ahogarme.

—Eso no quiere decir que no podamos tener una vida juntos también.

Ojalá pudiera verla entonces. Ojalá estuviera allí, en su apartamento, abrazándola, mirándola a los ojos mientras le decía que creía en nosotros.

—Pero, en realidad, sí que quiere decir eso, Jamie —dijo tras un momento—. Todo suena facilísimo cuando lo dices por teléfono, pero una relación a distancia es dura. Es complicada, es un lío y ninguno de los dos necesita eso ahora, justo cuando estamos empezando nuestras carreras. No es el momento adecuado... nunca lo es.

Negué con la cabeza, una y otra vez, ahogado por la incredulidad. ¿Cómo podía alejarme así? ¿Cómo podía ignorar todo lo que le decía, aferrándose a que no podríamos hacer que funcionara a distancia sin siquiera intentarlo?

—No es justo. No lo entiendes, B... no estás entendiendo nada —dije—. Cuando te fuiste de Alder, lo dejaste todo atrás: los lugares a los que íbamos, los recuerdos que creamos. Pero yo me quedé. Sin ti. Durante tres años. —Me detuve, con el pecho agitado—. Y luego, cuando volví a encontrarte, todo parecía encajar. El momento, cómo nos sentíamos los dos. Por fin obtuve una respuesta tuya, supe por qué te habías alejado todos esos años y lo entendí, B, de verdad que sí. Estabas rota por la muerte de tu padre y necesitabas tiempo y espacio. Y te lo di. Encantado. No sabía si volvería a tenerte, pero no me importaba porque sabía lo que necesitabas de mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y las fosas nasales se me dilataron al recordar lo que sentí al pensar que la había perdido para siempre.

No sabía si podría sobrevivir a eso otra vez.

—Pero ahora me estás diciendo que sigue sin ser el momento —continué—. No podías estar conmigo cuando estabas rota y, ahora que estás en pie por ti misma, sigues sin poder estar conmigo. Entonces, si no puedo tenerte en tu peor momento ni en el mejor, ¿cuándo puedo tenerte, B? ¿Cuándo será el momento en el que dejes de luchar contra lo que hay entre nosotros y me dejes entrar de una vez?

B dejó escapar un sollozo y casi me rompe, porque odiaba hacerle daño. Pero, joder, ella me estaba haciendo daño a mí. Y ya no podía más.

—¿Qué pasó con «algún otro día»? —preguntó suavemente.

Tragué saliva.

—Pues que yo necesito ese «algún día» ya.

—Y yo no puedo dártelo, así que ¿dónde nos deja eso?

Me mordí la mejilla, negando con la cabeza, sin querer admitirlo todavía.

—No lo sé.

B guardó silencio un largo rato, la verdad de todo estaba allí ante nosotros como una bomba a punto de explotar.

—Oye, tengo un evento muy importante dentro de poco y mañana va a ser un día largo...

Cerré los ojos ante esa excusa barata mientras dejaba que un suspiro de alivio me recorriera.

«Esto es todo —pensé—. Este es el final».

—Ya, vale —exhalé—. Solo quería...

Pero me detuve, porque ¿qué más podía decir?

—Buenas noches, B —concluí.

Cuando terminó la llamada, caí de rodillas y lloré.

Después de eso, la dejé ir.

Me mató hacerlo, pero me mataba aún más intentar aferrarme a alguien que no se aferraba a mí.

Las primeras semanas fueron las peores. No podía comer, no podía dormir, no podía evitar abrir su número y mirarlo. Pero no cedí. Nunca la llamé.

Pero lo que más me dolía era que ella tampoco llamaba.

Tuve remordimientos durante esas primeras tres semanas. Me arrepentí de cómo la abordé, de no haberla felicitado por conseguir el trabajo tras tanto esfuerzo, de haber mantenido esa conversación por teléfono en lugar de haber volado hasta ella.

Pero pronto esos remordimientos se hicieron imposibles de sostener, así que los dejé ir también.

Santana vino de Nueva York un par de meses después de que comenzara mi derrumbe y, junto con Sylvia, me sacaron del bajón. Me hicieron ir al gimnasio con ellas durante una semana seguida, me llevaron a surfear, me sacaron con amigos y, para cuando Santana volvió al Empire State, sentí que finalmente podía empezar de nuevo.

Ese fue el momento exacto en que Angel entró en mi vida.

Angel Connelly era una ricura atrevida. Por su aspecto, pensarías que era tan inocente como su nombre. Era pequeña, de pelo rubio corto, con ojos brillantes y un ligero acento sureño, que le daba un encanto especial. Pero cuanto más la conocías, más te dabas cuenta de que peleaba como un pitbull si era necesario. Era una apasionada de su trabajo, el yoga y la iglesia —no necesariamente en ese orden — y, cuando quería algo, no se rendía hasta conseguirlo.

No tardé en percatarme de que me quería a mí.

Angel trabajaba en el mismo edificio donde estaba la oficina de mi padre. Nos cruzamos en el ascensor de camino al vestíbulo una noche después del trabajo. Esto fue en junio, cuando no tenía ojos más que para B.

Angel intentó ligar conmigo, pero la rechacé, diciéndole que tenía novia. Técnicamente era una mentira, pero asumí que pronto dejaría de serlo.

Aun así, Angel y sus amigas se las apañaban para acabar siempre en los mismos bares que mis amigos y yo tras el trabajo y, cada vez,

la conocía un poco más. Era simpática, divertida, agradable. Me caía bien.

Y cuando B me rompió el corazón, Angel estuvo allí para recoger los pedazos.

Después de que mis hermanas me sacaran del bajón, intenté centrarme en mí, entrenando, surfeando y tratando de impresionar a mi padre lo suficiente como para ofrecerme participación en su despacho. Me quedé tarde una noche en el trabajo y, al bajar en el ascensor casi a las nueve, me la encontré allí: ella también se había quedado hasta tarde.

Me preguntó si quería ir a tomar algo.

Y aunque B me inundaba la mente en ese instante, aunque mi estómago se retorciera ante la idea de pasar tiempo con otra mujer y aunque sabía que apenas quedaba algo de mí que pudiera dar... dije que sí.

Me sorprendió lo mucho que me divertí esa noche. Angel era una gran narradora, y me hizo reír y me mantuvo embobado hasta casi las dos de la madrugada.

La acompañé a casa, le di un beso en la mejilla, y ella me escribió su número en el teléfono.

La llamé a la mañana siguiente y la invité a una cita de verdad.

Sabía que parte de dejar ir a B implicaba volver al mundo de las citas. Y como nunca había salido realmente con una pareja estable, estaba emocionado por la posibilidad.

Con Angel fue fácil. Éramos opuestos completos, lo que significaba que nunca faltaban ideas para citas. Traté de enseñarla a surfear y fracasó miserablemente; ella me llevó a una clase de *hot* yoga en la que casi me desmayo. Le hice ver películas de terror que la tenían aferrada a mi lado, y ella me hizo ver *realities*, que yo fingía encontrar ridículos y dramáticos, aunque en secreto me gustaban.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, hasta que llegó la temporada navideña. Entonces oficialicé las cosas con Angel y, por primera vez desde Jenna, tenía novia.

Era una noche cálida de noviembre, típica de Florida del Sur, cuando B irrumpió en mi vida sin previo aviso.

Angel y yo estábamos en un bar hípster con su mejor amiga, Claire, y algunos compañeros de trabajo. Tras una larga semana, nos dejamos llevar, con el alcohol corriéndonos por las venas mientras Angel se me sentaba en el regazo y me besaba de manera demasiado inapropiada para un lugar público.

No la detuve.

Me encantaba cómo me hacía sentir, cómo nunca tenía que dudar de que me quisiera, que le importaba, que yo era lo primero en lo que pensaba al despertar y lo último antes de dormir. Me mimaba con su atención, con su cariño y yo absorbía cada gota como un gatito la leche tibia.

La tenía entre mis brazos, con la lengua a medio camino hacia su garganta, cuando un ruido rompió el ambiente cerca de la barra. Nos separamos, buscando el origen del sonido, y entonces lo vi.

Ese pelo.

Ni siquiera necesitaba mirar de nuevo.

Sabía que era ella.

—¿B? —llamé.

Pero ella salió sin siquiera mirar en mi dirección.

Angel frunció el ceño cuando me levanté, apartándola de mi regazo.

—¿Qué pasa?

—Solo necesito aire fresco. Vuelvo enseguida.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —respondí rápidamente—. Solo necesito un momento. —Suspiré, mientras le cogía el rostro entre las manos y la besaba dulcemente—. Vuelvo enseguida.

Angel frunció el ceño otra vez, pero asintió y me dejó ir.

Salí casi corriendo por la puerta, y alcancé a B justo cuando llegaba al viejo coche de su madre. Forcejeó con las llaves en la mano antes de pulsar con torpeza el botón de desbloqueo; las luces del vehículo parpadearon con un breve bip-bip.

—¿B?

El corazón se me detuvo al verla, al notar cómo se congelaba al oír mi voz. Respiraba agitadamente, pero me lanzó una mirada por encima del hombro, intentando forzar una sonrisa.

—Oh, hola, Jamie. Eh... sí, justo me iba, así que...

—Espera.

Le enganché el codo para girarla hacia mí, pero no quiso mirarme. Parecía a un segundo de romper a llorar.

Fruncí el ceño.

—¿Qué haces aquí?

Cerró los ojos, moviendo la cabeza levemente antes de mirarme por fin. Y cuando lo hizo, parecía como si hubiera matado a su perro.

—He venido a ver a mi madre. Te preguntaría qué haces tú aquí, pero tengo ojos, así que... —soltó con veneno, mordiéndose la mejilla mientras se zafaba de mi mano y señalaba el bar.

Me quedé de piedra. ¿De verdad tenía la desfachatez de enfadarse porque yo estaba con alguien? ¿Después de casi cuatro meses sin noticias suyas? ¿Después de lo último que me dijo?

Fruncí el ceño aún más.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Oh, creo que sabes perfectamente lo que significa —escupió, cruzándose de brazos y avanzando hacia mí—. Dime, ¿te la follaste la noche antes de pedirme que habláramos? ¿Te sentías culpable y desesperado por atarme antes de que la presión de la distancia te hundiera?

—¿Qué? —resoplé, dividido entre la rabia y la incredulidad.

Ahora que he leído su parte de la historia, sé que Claire le mintió sobre el tiempo que llevaba con Angel —muy típico de Claire, la verdad—. Pero, en ese momento, solo pensé que B estaba loca.

—¿De qué coño estás hablando?

—Estoy hablando del hada rubita que estaba comiéndote la cara —me escupió B—. Angel, ¿no?

Escuchar el nombre de Angel en sus labios me dejó helado; no pude responder, no pude hacer nada más que palidecer.

—Ah, sí, ¿Claire? ¿Su mejor amiga? Me ha puesto al día de toda la historia cuando os he visto a los dos comiéndoos a besos.

Eso me borró la sorpresa de golpe y cuadré los hombros, listo para pelear.

—¿Y? —dije, metiéndome en su espacio como ella en el mío—. ¿Qué pasa, estás enfadada? ¿Eso intentas decirme? Porque me encantaría saber por qué coño piensas que tienes derecho a estarlo.

—Solo dime la verdad, ¿vale? Me engañaste, ¿no? Yo estaba en Pittsburgh y ella aquí, y con ella era más fácil, ¿verdad? —B negó con la cabeza—. ¿Por qué hiciste el gran gesto, entonces? ¿Por qué no me lo dijiste y ya?

—¿Tú crees que yo te...?

No pude ni terminar la frase. La miré como a la loca que era antes de soltar una carcajada amarga; no porque tuviera gracia, sino porque no podía creer lo que estaba escuchando. Me pasé las manos por el pelo, y negué con la cabeza.

—Angel y yo no empezamos a hablar hasta octubre, aunque no es que sea asunto tuyo. Me pidió salir miles de veces durante el verano y la rechacé cada una de esas jodidas veces por ti. No porque fuera infidelidad, ya que tú dejaste clarísimo que no éramos pareja, sino porque yo te amaba, B.

Se estremeció al escucharlo, igual que a mí se me partió el corazón al decirlo. Pero cuando intentó retroceder, avancé hasta acorralarla contra la pared de ladrillo del bar.

—Te amaba, joder, y tú también me amabas —le escupí. En ese momento no veía con claridad. La odiaba y sin embargo aún la amaba. Quería sacudirla por los brazos tanto como quería empotrarla contra esa pared y follármela hasta que admitiera que era mía.

Ella era la fuente de mi locura, pero aún la deseaba cada vez que estaba cerca.

—Pero nunca quisiste estar conmigo. Ni cuando te lo pedí, ni cuando te lo supliqué, ni cuando te demostré que podíamos lograrlo. Has sido tú la que no...

Sacudí la cabeza y bajé la mirada para intentar recomponerme. Estaba perdiendo el control, y me odiaba por ello. Por fin era feliz. Por fin estaba limpio. No quería volver al pozo oscuro en el que me había dejado cuatro meses atrás.

Pero entonces le vi esos malditos tacones negros en los pies y mi mente volvió a la última vez que los tuve enroscados en mí, clavándoseme en el trasero mientras la penetraba.

Apreté la mandíbula.

—Llevas tacones.

Alcé la mirada, encontrándome con la suya, cargada de calor, y juro por Dios que estábamos a medio segundo de arrancarnos la

ropa. Avancé un poco más, listo para inmovilizarla, para besarle esa estúpida cara enfadada.

Pero entonces bufó.

—Y tú llevas pintalabios.

Cerró los ojos como si de repente se le hubieran agotado todos los argumentos.

El pecho me dolía mientras me apartaba de la pared, de ella, y me limpiaba la boca, maldiciendo al ver el labial de color vino de Angel en mi pulgar.

—En serio, ¿por qué estás aquí? —le pregunté, derrotado.

—Te echaba de menos.

Sus palabras me atravesaron la garganta como estacas de hielo que me robaban el aire.

Me encogí de dolor, y me apreté el puente de la nariz con los ojos cerrados.

—No —dije, firme y alto—. No tienes derecho a decirme eso.

Negué con la cabeza y volví a encontrarme con su mirada lastimera mientras todo mi cuerpo me gritaba que me alejara de ella, como si fuera una llama y yo estuviera demasiado cerca, a punto de quemarme.

—Soy feliz, por fin —balbuceé, casi riendo—. ¿Te parece bien, B? ¿Me das tu permiso para ser feliz de una puta vez?

La boca de B se abrió sorprendida, pero antes de que pudiera responder, la adelanté yo. Tenía demasiado que decir después de cuatro meses de silencio.

—Dios, eres la mujer más egoísta que he conocido en mi vida —dije, negando con la cabeza—. Déjame adivinar: me echabas de menos, has pensado que podías coger un avión y que yo estaría aquí esperándote, ¿verdad? Porque eso es exactamente lo que hice durante tres años en California, así que claro que lo pensarías. Pero

¿sabes qué? Tenías tantas ganas de que te dejara ir... que esta vez te hice caso.

Estaba claramente temblando, y ya no servía de nada ocultarlo. Aunque creía de verdad todo lo que acababa de decirle, yo era como un adicto al que le ponen un vaso de vodka delante. Negarla, decir que no cuando todo lo que quería era hundirme en ella, era como intentar no respirar.

—Así que no. No tienes derecho a aparecer aquí y decirme que me extrañas. No tienes derecho a...

—¡Basta! —gimió, con los ojos anegados, y de pronto se apartó de la pared y me sobrepasó a toda prisa—. Basta, Jamie.

Fui tras ella, pegado a sus talones.

—¿Qué pasa, demasiado para ti?

—¡Te odio! —gritó, girándose hacia mí y avanzando unos pasos—. Vuelve dentro, seguro que Angel te está esperando.

—Oh, sí, lo está —me burlé, siguiéndola de cerca mientras caminaba hacia el coche—. Y pienso hacerla esperar. Toda la noche. ¿Recuerdas lo divertido que era? Hacerte esperar hasta que no podías soportarlo más.

Vi cómo aún la afectaba y quise que doliera. Quise que sintiera la misma herida en la que yo había vivido.

—Hacer que te retorcieras en mis manos, en mi boca...

—Que te follen, Jamie.

Reí, sintiéndome tan loco como sonaba esa risa.

—Joder, me vuelves loco. Literalmente me enloqueces.

—Pues qué suerte que me voy —escupió, subiendo al coche, luego dio un portazo y encendió el motor.

Me planté frente a su ventanilla, con el pecho ardiendo. Cómo se atrevía. Cómo se atrevía a aparecer ahora, como si yo tuviera que

esperarla, como si yo solo importara cuando a ella le venía bien. Y, sin embargo, tampoco quería que se fuera.

—Sí. Qué suerte. Esa es tu especialidad, ¿no? —solté.

Ella se giró de golpe, mirándome a través del cristal, con los ojos muy abiertos y el pecho subiendo y bajando a toda prisa.

«Quédate», recé en silencio.

«Pelea».

«Pelea por mí».

La observé con la mandíbula apretada, esperando.

Pero después de un momento, solo me levantó el dedo medio con una dulce sonrisa y arrancó, dejándome atrás como si no importara, como si no valiera su energía.

Y la dejé ir.

Sentí que caminaba bajo el agua al volver dentro del bar, y Angel pareció intuir que algo había pasado, pero no me presionó. Simplemente me dio un beso largo, dulce, y luego me cogió de la mano y dijo:

—Vámonos a casa.

Me costó, pero al final me derrumbé y llamé a B para disculparme por cómo había actuado aquella noche. Aunque había dicho cada palabra en serio, sabía que no debía haber sido tan cabrón con ella. Pero sobre todo, a un nivel más egoísta, no sabía cómo vivir sin ella en mi vida.

Encontramos una especie de amistad rara; en general, mientras ella vivió su vida en Pittsburgh, yo vivía la mía en nuestro pueblo natal.

Tiempo.

¿Cómo se mide el tiempo?

Se me escurría entre los dedos después de eso, y me perdí en la forma en la que Angel me hacía sentir: amado, completo, entero.

Quizá todavía estaba soñando el día que me arrodillé y le pedí que se casara conmigo.

Quizá estaba en un trance cuando le pedí a B que estuviera a mi lado el día de mi boda.

Todo lo que sabía era que, aunque estaba listo para comenzar una nueva vida con Angel a mi lado, no podía soltar del todo a la mujer que siempre había ocupado ese lugar. Pero cuando B volvió a la ciudad, entendí que tendría que hacerlo. No podía tener a Angel y conservar a B, no de la manera en que yo quería.

Aun así, incluso esa semana antes del gran día, soñaba con ello.

Y en esos sueños no era Angel quien caminaba hacia mí por el pasillo.

Eran unos ojos gris tormenta y unos rizos salvajes e indomables, pecas, y piel morena y cálida.

Era B.

Siempre lo sería.

8

El juego de la espera



En cuanto B apareció en lo alto de aquella escalera mecánica en el aeropuerto, supe que estaba jugando con fuego.

Había pasado más de un año desde la última vez que la había visto, desde la vez que le grité y me peleé con ella. Durante ese tiempo, parecía haberse convertido en una mujer: su cuerpo, más delgado que antes, las mejillas más hundidas, el cuello alargado, los ojos cargados de un poco más de historia.

Clavó esos ojos grises en mí mientras descendía, sin apartar la mirada ni un segundo, y me pregunté si su corazón latía tan fuerte como el mío, si sentía esa atracción magnética que siempre había existido.

Cuando llegó al final, sus ojos cayeron sobre el cartel que tenía en mis manos, que decía «SOLO B». Sonrió, pero luego se quedó allí, dudosa.

Abrí los brazos, dándole la bienvenida a casa.

—Ven aquí —dije.

Aún con el equipaje de mano colgado en el hombro, en cuanto estuvo en mis brazos, cerré los ojos e inhalé una bocanada cálida y reconfortante.

Todos los nervios por la boda, toda la preocupación por ver a B tras tanto tiempo, todo desapareció en el instante en el que nos conectamos.

Por supuesto, volvió de golpe en cuanto nos separamos.

B tenía más autocontrol que yo. Insistió en que la llevara a su hotel, en que no saliéramos antes de la cena de ensayo. Y después, cuando todos mis amigos se fueron a dormir porque trabajaban al día siguiente y yo le rogué que pasara el rato conmigo, también se negó.

Claro que eso no me impidió presentarme en el bar de su hotel.

La conocía mejor de lo que ella pensaba y sabía que, lo admitiera o no, debía sentir algo por volver a la ciudad para mi boda. Disfruté de esos momentos robados con ella, del tiempo poniéndonos al día en el bar, de la sesión de surf a la mañana siguiente, de los paseos por la ciudad en mi Jeep.

Pero, bajo la alegría de estar con ella, quedaba un residuo pegajoso que me recordaba que cada vez estaba más cerca de casarme.

Más cerca de casarme con alguien que no era B.

Las emociones que sentía con ella cerca me confundieron al principio, quizá porque de verdad pensé que podría deslizarme hacia una especie de amistad real ahora que iba en serio con Angel. Pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me daba cuenta de que el deseo por B seguía allí, en lo más profundo de mi pecho, y resultaba insoportable negarme el placer de rendirme a él.

A pesar de lo miserable que resulta admitirlo, me alegraba que Angel tuviera su despedida de soltera en Nueva Orleans. Me alegraba disponer de esos últimos días con B antes de mi boda.

Un último chute.

Un último subidón antes de comprometerme a estar limpio.

La noche antes de la boda, cuando mis padrinos accedieron a ir de acampada para darme el gusto, empecé al fin a aceptarlo. Vi a B bromeando con los chicos alrededor del fuego, pensé en cómo mi vida entera cambiaría en cuestión de horas y tuve una especie de despertar extraño, algo triste.

«Está bien que no esté en mi vida como pensé que estaría —me convencí—. Porque sigue siendo mi mejor amiga. Y no la perderé. Nunca».

Todos mis padrinos se retiraron demasiado pronto esa noche, yéndose a sus tiendas para dormir mientras me recomendaban hacer lo mismo. Pero yo estaba eléctrico, con los nervios destrozados y la mente a mil. Estaba muy lejos de querer dormir.

Por suerte, B se quedó conmigo.

Fue fácil, allí junto al fuego, ponernos al día y charlar un poco del pasado, del presente, del futuro. Me encantaba escucharla hablar sin parar de los libros que había leído, de los autores prometedores con quienes trabajaba. La molestaba con la idea de que algún día ella misma se convertiría en autora.

Y no, la ironía de eso ahora no se me escapa.

Al final terminamos con los móviles, viendo vídeos tontos de YouTube como solíamos hacer cuando éramos más jóvenes. Vimos algunos clásicos antes de mostrarnos hallazgos nuevos y, en poco tiempo, estábamos riéndonos tanto que las lágrimas nos asomaban a los ojos.

—Mira esto —dijo B, poniéndome el móvil en la mano—. Tengo que buscar un arbusto para mear.

Me reí.

—Qué asco.

Con una reverencia burlona, se fue dando saltitos detrás de las tiendas y yo volví la atención al teléfono.

Me había puesto un *Lip Sync Battle* para reírme un rato con algunas de mis celebridades favoritas. Pero entonces entró una notificación de llamada perdida y buzón de voz, interrumpiendo el vídeo.

Fruncí el ceño, abriendo la notificación. Era una llamada de Jenna, y pensé en devolverle la llamada solo para fastidiarla. No había hablado con ella desde aquella noche en la que me encontré con ella y con B en el bar después de aprobar el examen de Contable Público Certificado.

Como la cobertura era pésima allí, la llamada no había entrado en absoluto, solo el buzón de voz.

Mi pulgar se quedó suspendido sobre el nombre de Jenna para devolverle la llamada, pero entonces lo vi.

Mi nombre.

No una vez, ni dos, sino una línea tras otra de mensajes de voz en su registro con mi nombre al lado.

Se me detuvo el corazón, los oídos me zumbaban mientras abría el primero que vi.

«Hey, B, soy yo. Yo, eh...».

Se oyeron ruidos apagados y enseguida regresó el recuerdo: yo sentado en la playa viendo ponerse el sol, con la tabla a mi lado. Recuerdo haber deseado con todas mis fuerzas que ella estuviera a mi lado también.

«Solo quería desearte un feliz cumpleaños. Veintiuno. Es un gran día. Ojalá estuvieras aquí para llevarte a celebrarlo como es debido».

Intenté reírme y aún ahora recuerdo cómo esa risa falsa me hizo llorar.

«Por favor, B. Devuélveme la llamada. Por favor».

La garganta me ardía cuando terminó el mensaje, y me quedé mirando el fuego, escuchando el crujido de ramas y hojas bajo los pies de B en su camino de vuelta hacia mí. Ni siquiera me molesté en ocultar la pantalla. Esperé a que se detuviera y entonces me levanté, me giré hacia ella y le mostré el teléfono para que pudiera verlo.

—¿Has guardado mis mensajes de voz?

B tragó saliva, y sus ojos saltaron de la pantalla a mí antes de arrebatarme el móvil de la mano y guardarlo deprisa en el bolsillo.

—Sí.

—Los escuchabas cuando yo estaba en Alder.

B parecía querer desaparecer.

—Sí.

Asentí, tragando, intentando procesar lo que significaba.

—¿Aún los escuchas?

—A veces —confesó.

Esa confesión fue como un bloque de cemento estampándoseme en las costillas.

—¿Por qué? —pregunté, dolido—. Puedes llamarme cuando quieras, B.

Ella rio.

—No creo que a tu prometida le apetezca que otra mujer te llame a las dos de la madrugada.

La mención de Angel pareció devolverme al presente y suspiré, apartando la mirada de la suya mientras digería todo.

Ella había guardado mis mensajes.

Todavía los escuchaba.

Ella... Dios, ¿qué significaba eso?

Me di cuenta, con un desgarro brutal en el corazón, de que no importaba. Porque en menos de veinticuatro horas me casaba. Me casaba con una mujer que se preocupaba por mí, que me amaba, que no había hecho otra cosa más que tratarme bien desde el primer momento en el que me conoció.

Y ella tenía razón. Casarme con Angel significaba que mi relación con B cambiaría. No había manera de que no lo hiciera.

Los hombros se me desplomaron con esa certeza.

—Deberíamos dormir un poco —dije al fin.

—Sí —dijo B. Se recogió un mechón detrás de la oreja antes de intentar pasar por mi lado hacia su tienda—. Buenas noches.

Pero su hombro me rozó el brazo al pasar y, sin siquiera decidirlo, la mano me salió disparada, le rodeó la muñeca y la detuvo.

Y la atraje hacia mí.

Al principio estaba rígida, pero poco a poco sus manos me recorrieron los brazos y luego se me engancharon detrás del cuello, devolviéndome el abrazo.

La nariz me ardía. Los ojos me escocían. Sentía todas y cada una de las emociones dolorosas y crudas que existen mientras el fuego crepitaba detrás de nosotros.

—Buenas noches —dije, pero aún la retenía.

Le recorrí la cintura con las manos y la apreté, incapaz de contener el leve gruñido que me salió de la garganta.

«Todavía la deseo».

«Todavía la necesito».

Incliné la boca, solo un poco, lo suficiente para que mis labios le rozaran el cuello salado. B se estremeció al contacto, y yo intenté

apartarme. De verdad, lo intenté.

No pude.

—Jamie...

Mi nombre salió de sus labios perfectos como una advertencia y una súplica de que no me detuviera y quizá fue el alcohol, o simplemente esa fuerza innegable entre nosotros, pero arrastré la lengua por su cuello y le mordí el borde de la mandíbula.

Y luego la besé.

Ambos inhalamos con el contacto y mis manos se aferraron aún más fuerte a sus caderas mientras ella apretaba su abrazo alrededor de mi cuello. Me atrajo hacia sí y yo la sostuve firme.

Entonces se le escapó un gemido suave, como si supiera tan bien como yo que debíamos parar y no tuviera fuerzas para hacerlo. Sus uñas me desgarraban la espalda, se me enredaban en el pelo, me rogaban que no me detuviera.

Así que no lo hice.

Estaba a dos segundos de follarla allí mismo, junto al fuego, cuando sus ojos se abrieron de golpe y, al recorrer con la mirada las tiendas que contenían a todos mis padrinos alrededor, algo de cordura la atravesó a ella y luego a mí.

La empujé dentro de mi tienda, quitando las manos de ella solo el tiempo justo para arrancarme la camiseta antes de arrastrar a B conmigo al saco de dormir. Éramos todo respiraciones jadeantes y gemidos, cerebros nublados y manos caóticas mientras le abría las piernas con las mías.

Mi erección se deslizaba a lo largo de la costura de sus pantalones cortos y ambos gemimos cuando le deslicé una mano por el muslo, y la enganché por la rodilla para levantarle la pierna y poder frotarme más fuerte contra ella. Ni siquiera estábamos desnudos todavía y

estaba noventa por ciento seguro de que podría correrme en ese mismo instante.

B gimió, un sonido como una sinfonía, y dejó caer la cabeza hacia atrás, dándome acceso a su cuello.

Deslicé los dedos por detrás de su muslo, rozando la línea de los pantalones antes de encontrar sus bragas. Sentí lo húmeda que estaba, cuánto me deseaba ella también, y eso destruyó cualquier autocontrol que me quedara.

Presioné la yema de un dedo entre sus labios.

Y entonces B presionó con fuerza sus manos contra mi pecho, rompiendo nuestro beso con una exhalación fuerte.

—No tengo voluntad para parar esto, Jamie —jadeó.

Yo la deseaba con tanta desesperación que no le di oportunidad de decir otra palabra. Empujé contra esas palmas en mi pecho y reclamé su boca una vez más.

Ella volvió a apartarme, y yo sonreí.

Me encantaba el juego.

«Finge que no me deseas. Finge que no estás empapada por mí».

La atrapé con otro beso hambriento, moviendo mis caderas contra las suyas antes de que volviera a romperlo.

—Tienes que ser tú quien pare. Yo no puedo...

Respiraba tan fuerte que apenas podía hablar, y eso todavía me excitaba más. Me relamí, listo para silenciarla con otro beso, cuando recuperó la voz y me tumbó de golpe contra el frío suelo con cuatro simples palabras.

—Te vas a casar.

Eso me detuvo.

Me quedé inmóvil, jadeando, con los ojos clavados en los suyos como si no pudiera creer lo que acababa de decir. Esperé, con la

esperanza de que se retractara, que volviera a rodearme el cuello con los brazos y me atrajera de nuevo hacia ella.

«Peca conmigo», supliqué.

«No pares esto ahora».

—Si me vuelves a besar, podrías echarlo todo a perder —dijo, con el pecho subiendo y bajando y los ojos ya llenos de lágrimas—. Si me besas otra vez... no te dejaré parar.

Automáticamente, incliné la cabeza, los labios en dirección a los suyos. No quería detenerme. No me importaba lo que pudiera echar a perder.

Solo que algo, algo que no pude nombrar, me detuvo justo antes de que mis labios tocaran los de B y comprendí que no era del todo cierto.

El rostro dulce de Angel se coló en medio de aquella bruma ardiente. Vi sus ojos azul cielo, su sonrisa deslumbrante, la forma en la que sus mejillas se sonrojaban cuando la hacía reír.

Se me rompió el corazón.

«¿Qué coño estoy haciendo?».

Suspiré y le solté el muslo a B antes de apartarme de ella, y los dos nos quedamos mirando al techo de la tienda con la respiración agitada y entrecortada.

«Casi engaño a mi prometida. Casi lo echo todo a perder. Casi...».

Apreté la mandíbula y negué con la cabeza mientras la vergüenza sustituía con violencia a la necesidad carnal que me recorría un instante antes.

—Lo siento —susurré.

B sacudió la cabeza de inmediato.

—No pasa nada. Es solo lujuria, Jamie.

Una mentira. Una mentira en mi honor, pero una mentira, al fin y al cabo. Los dos sabíamos que lo que teníamos siempre había sido

algo más que lujuria. Era amor, puro y apasionado, inquebrantable incluso después de todo este tiempo, después de todo lo que nos habíamos hecho pasar.

Pero así como la amaba a ella, también amaba a Angel.

Angel, quien también me había elegido.

Angel, quien no se acostaría conmigo para después irse, diciéndome que solo podíamos ser un rollo.

B nunca sería mía, no de la manera en la que yo quería que lo fuera. No era algo que ella pudiera darme.

Me rompía el corazón. Me mataba. Pero era la verdad.

B se incorporó, lista para huir de la tienda, pero la detuve.

—Espera —supliqué—. ¿Puedes... quieres quedarte? Solo... estar aquí conmigo.

Frunció el ceño, pero asintió y me dejó abrazarla mientras se tumbaba de nuevo.

Durante casi toda la noche permanecí despierto, memorizando su tacto y su olor.

Eso fue todo.

Y lo acepté por completo. Me despedí de ella con besos suaves en el pelo a lo largo de la noche, con lágrimas silenciosas empapándome la almohada, con el corazón latiendo dolorosamente en mi pecho.

Y luego, al día siguiente, descubrí que Angel me había engañado.

Y todo lo que creía saber se hizo añicos.

Me sentí como un tonto.

No en el sentido gracioso. No como cuando uno se siente un poco avergonzado por tirar de una puerta que claramente dice empujar.

No, me sentí como un ciego, un ingenuo, con la vista tapada por algodones, un iluso con gafas de color de rosa.

Al menos agradecí que Angel hubiera tenido el valor de contarme lo que había hecho. Aunque sigo pensando que la única razón por la que lo hizo fue porque su mejor amiga, Claire, la advirtió de que, si no me lo decía, lo haría ella.

No quise escuchar sus excusas, sobre todo cuando intentó culparme de su infidelidad. Al ver una foto de B conmigo y con los demás padrinos de boda, simplemente había asumido que, porque yo tenía un brazo sobre ella, me la iba a follar.

Y así, Angel intentó adelantarse, supongo.

Fue infantil, egoísta y tan jodidamente increíble que todavía hoy se me curva el labio de asco cada vez que recuerdo lo patética que estaba, llorando mientras me lo contaba.

Había tirado nuestra vida juntos por la borda por puros celos y falsas conjeturas.

Bueno...

No tan falsas.

Supongo que no podía culparla por ver lo que todos los demás veían, lo que B y yo sabíamos en el fondo: que siempre sentiríamos algo el uno por el otro, sin importar quién más entrara en nuestras vidas.

Y si soy honesto conmigo mismo, yo no era inocente. Antes de que B me parara, habían faltado segundos para hacer justo lo que Angel asumía que haría.

Nos paró.

Hice una mueca al recordarlo, y el estómago se me revolvió mientras daba otro sorbo al *whiskey*. Tenía la cabeza gacha entre los hombros y los ruidos del bar del hotel sonaban apagados a mi alrededor.

Después de descubrir la noticia, no podía estar cerca de nadie y mucho menos de B, quien apareció cuando yo salía furioso del lugar, y me miró con los ojos llenos de preguntas. No quería responderlas, ni las suyas ni las de nadie.

Así que me subí al Jeep y conduje. Conduje y conduje hasta que el sol se puso, y luego seguí un buen rato. Finalmente, aparqué en el estacionamiento del DoubleTree, donde B se alojaba, y me senté en la barra del bar.

Sabía que tarde o temprano me encontraría y, cuando lo hizo, simplemente se sentó a mi lado y pidió una copa para ella.

No sabía qué decir, así que me quedé allí, junto a ella, bebiendo y ahogándome en mi miseria.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —preguntó después de un rato largo.

Hice girar el vaso vacío en la barra.

—No.

Ella asintió como si ya supiera la respuesta antes de preguntar.

Entonces, metió la mano en el bolso y arrojó dinero sobre la barra para cubrir nuestras cuentas, igual que yo había hecho un par de noches antes. Se levantó. Apuró su trago.

Y luego dejó caer una tarjeta de habitación de hotel sobre la barra, frente a mí.

La llave de su habitación.

Lo supe sin que dijera nada y ella lo dio por hecho, marchándose sin otra palabra.

Me quedé mirando la llave, el vaso vacío, mis dedos tamborileando un ritmo nervioso en la barra. Parte de mí se preguntaba si no sería mejor llamar a un taxi e ir a casa, dormir la mona, llamar a B por la mañana y hablar con ella cuando tuviera la cabeza en su sitio.

Pero la parte más grande de mí vibraba con la invitación, con la idea de que ella sabía que, en ese momento, yo no podía usar las palabras.

Pero la necesitaba igual.

El corazón me retumbaba como un bombo mientras subía en el ascensor hasta su piso, y luego deslicé la tarjeta en la ranura e hizo un clic suave antes de que la luz se pusiera en verde.

Abrí la puerta, entré y encontré a B de pie frente al espejo del baño, con el rostro recién lavado y una toalla en las manos.

Dejé caer la llave sobre el escritorio junto a la puerta y entré en el baño con ella. No se giró, solo observó mis ojos en el espejo, el pecho inmóvil como si no respirara en absoluto.

El aire chisporroteó como el fuego la noche anterior, como si no fuera aire, sino electricidad espesa y vibrante.

Al principio, ni siquiera fue ese deseo lleno de lujuria lo que sentí por ella. Enterrarme dentro de ella o hacerla gemir mi nombre no fue lo primero que me pasó por la mente.

Simplemente... la necesitaba. Necesitaba a mi mejor amiga. Necesitaba abrazarla y que me abrazara, saber que alguien me entendía, que alguien sabía lo roto que estaba en ese momento.

Que alguien no me dejaría enfrentarlo solo.

Poco a poco acorté la distancia entre ambos, extendiendo la mano y acariciándola con la punta de los dedos desde los codos hasta los hombros. Se estremeció un poco cuando bajé de nuevo y tracé sus caderas antes de sujetarlas con fuerza.

Apoyé la frente en su hombro y me estremecí ante el dolor que me atravesó con ese contacto. Dolía abrazarla después de todas las formas en las que nos habíamos herido. Dolía saber que, en otro universo, estaría casado con una mujer rencorosa y habría perdido para siempre mi oportunidad con B.

Dolía haberme enamorado de alguien que podía herirme con tanta facilidad, sin siquiera considerarlo, y que yo hubiera estado dispuesto a renunciar a B por ella.

Porque pensé que era lo correcto.

Porque pensé que B no me quería como yo la quería a ella.

Pero sí me quería igual. Supe en ese momento, quizá por primera vez en nuestras vidas, que estábamos en el mismo punto.

B dejó caer la toalla para colocar sus manos sobre las mías, aún aferradas a su cintura. Entonces la apreté con más fuerza, la envolví, y suspiré al comprobar lo dispuesta que estaba a compartir conmigo el peso de mi dolor.

La sostuve así por un largo y significativo instante.

Y después cedí a la otra necesidad que me corría por las venas.

Su aroma me llenó la nariz mientras deslizaba los labios por la curva de su hombro, con los ojos fijos en los suyos en el espejo. Le mordí suavemente ese hombro, y me vi recompensado con el arqueamiento de su espalda y unas manos buscándome detrás. Ella quería más de mí y yo se lo di.

Le deslicé las manos bajo el vestido, abarcando la plenitud de su trasero mientras gemía y dejaba caer la cabeza contra mí. Ya no había campanas de alarma ni voces suaves diciéndonos que nos detuviéramos.

En ese momento, solo existíamos nosotros.

Nadie más importaba.

Esa noche nos entregamos el uno al otro en todos los sentidos posibles. Con cada caricia, cada beso, cada embestida... nos rendimos.

Se acabaron los juegos. Se acabó fingir. Se acabó perder el tiempo.

Y a la mañana siguiente, cuando la luz del sol se filtraba por las ventanas, lo juramos en voz alta.

—Quédate conmigo —susurré contra sus labios.

Y ella asintió, sabiendo que no había otra manera.

Aun así, fue ella quien señaló lo obvio: que yo tenía cosas que resolver aquí antes de que pudiéramos averiguar qué vendría después. No sabía si me mudaría a Pittsburgh, si ella se mudaría aquí, o si viviríamos en algún otro lugar. No sabía si tardaría unos días en arreglar el desastre con Angel, o unos meses.

Lo único que sabía era que nada de eso importaba, porque al final de todo tendría a B.

Le pedí que me esperara y ella aceptó. Solo necesitaba un poco de tiempo para poner todo en orden.

Al menos, eso era lo que yo creía.

Parpadeé mientras miraba el papel que Angel sostenía entre nosotros, con una sonrisa victoriosa en su rostro.

Y entonces me lancé hacia ella.

Me salió un rugido de la garganta y se estremeció, pero por suerte para ella, mi padre estaba allí y me sostuvo antes de que hiciera algo realmente estúpido.

—¡¿Qué cojones te pasa?!

Los ojos de Angel se llenaron de lágrimas, y eso me hizo enfadar incluso más.

—Cariño, cometí un error. Pero no tiene importancia. Fue solo una noche. Ni siquiera sé el nombre del tipo.

—Como si eso lo hiciera mejor —escupí.

Ella suspiró.

—Fue un error, pero no tiene por qué costarnos nuestro futuro. El lugar y todos los proveedores están dispuestos a colaborar. Solo tenemos que escoger una nueva fecha para la boda. Podemos...

—¿Estás loca? —Me reí de ella—. No me voy a casar contigo, Angel.

—Técnicamente, ya lo has hecho —observó, mientras señalaba la licencia de matrimonio que sostenía entre nosotros.

Rechiné los dientes mientras mi padre me apretaba el hombro y me decía que me sentara.

Angel había aparecido en casa de mis padres el lunes después de la boda, el mismo día en el que había ido a contarles a mis padres y a mis hermanas lo que había pasado entre B y yo. No me sorprendió que todos estuvieran encantados, aunque un poco molestos por todo el dinero que se habían gastado en la boda.

Tenía su apoyo y sabía que, con eso, el resto sería fácil.

Angel y su familia eran los siguientes en mi lista de asuntos a los que enfrentarme, pero ella apareció primero.

Con una copia firmada y notariada de la licencia de matrimonio que había entregado en el tribunal esa mañana.

—Me importa una mierda —le dije—. Vamos a anularlo. Hoy.

—No estoy de acuerdo con eso. Y dado que lo firmaste voluntariamente la mañana de nuestra boda, dudo que crean que no eras consciente de lo que estabas haciendo.

—¡Me has engañado, Angel!

Ella se estremeció ante eso y tragó saliva.

—Es tu palabra contra la mía.

Eso hizo que mi padre frunciera el ceño y su furia fue lo que reavivó la mía.

—Escucha, jovencita, esto está completamente fuera de lugar. Es obvio que Jamie y tú no os casasteis después de lo que pasó.

Necesitamos solucionar esto.

—Estoy arreglándolo —le escupió ella—. Tu hijo es mi esposo, y lo que haya pasado entre nosotros pertenece al pasado. —Volvió la mirada hacia mí—. Por favor, Jamie. Quiero resolver las cosas. Quiero que tengamos el futuro juntos que siempre deseamos.

—Y yo quiero que te tires del acantilado más cercano.

Mi padre volvió a apretarme el hombro como advertencia, pero vi que los labios se le curvaban brevemente hacia arriba.

El rostro de Angel se endureció.

—Está bien. ¿Quieres jugar sucio? Juguemos. —Se levantó haciendo que la silla chirriara contra el suelo del comedor de mis padres—. Mi abogada ya conoce bien nuestra situación. ¿Y con todas mis damas de honor dispuestas a testificar en el juicio que estaba tan borracha que solo imaginé que te había engañado y que por eso te lo confesé... cuando en realidad ellas me habían llevado a casa y acostado? No tienes ninguna posibilidad de ganar.

Fruncí el ceño.

—Claire no haría eso.

—Oh, sí que lo haría. Y —dijo Angel, inclinándose sobre la mesa— sé exactamente dónde estabas la noche de nuestra boda y con quién.

Apreté la mandíbula y no lo admití a pesar de su mirada insistente.

—Por suerte para mí, hay cámaras en el vestíbulo del hotel y, si tuviéramos que ir a juicio por esto, estoy segura de que podría obtener las imágenes de esa noche si lo necesitara.

—¿Y hacer qué, exactamente?

—Probar que fuiste tú quien me engañó.

La furia se apoderó de mí y sentí que a mi padre le pasaba lo mismo.

—Podemos resolver esto como adultos y estar juntos como se suponía que haríamos antes de que esa zorra rompehogares apareciera aquí —dijo Angel, levantándose—. O puedes conseguir un abogado y divorciarte de mí como pretendes. Pero, con esta pequeña prueba en mi poder, que sepas que voy a pedir la mitad de todo lo que posees. —Entonces sus ojos se encontraron con los de mi padre—. Incluyendo la firma.

Me quedé paralizado. Mi padre se quedó paralizado. Todo estaba jodidamente paralizado.

Una corriente de agua helada me recorrió las venas, mi peor pesadilla, que ni siquiera había considerado, cobraba vida justo frente a mí.

—Tómate unos días para pensarlo —dijo con calma—. Y llámame cuando entres en razón.

Mi padre y yo nos quedamos allí clavados mientras ella salía de casa y luego mi madre, Sylvia y Santana entraron corriendo y sus rostros palidecieron al vernos.

Salí de mi aturdimiento y metí la mano en el bolsillo para coger el teléfono. Tenía que llamar a B. Tenía que hablar con ella. Tenía que...

—No —dijo mi padre, cogiéndome el móvil antes de que pudiera desbloquearlo—. Todavía no. Hasta que hablemos con Jim, no.

Jim.

El abogado de la familia.

El estómago me dio un vuelco mientras miraba a mi padre, quien tenía la expresión de quien acaba de ver exactamente cómo y cuándo se desarrollará su muerte.

—¿De verdad crees que ella tiene alguna posibilidad, papá?

Frunció el ceño, y miró primero a mi madre antes de volver a mirarme a mí.

No necesitaba responder para que yo lo supiera.

Y así, comenzaron los dos años más infernales de mi vida. No podía enviar ni una carta a B sin que levantara sospechas, sin que pudiera ser usada en mi contra en los tribunales. Mi abogado hizo lo posible por mantenerme optimista, haciendo que lo creyera cuando decía que no pasaría mucho antes de que todo terminara.

Hacía llamadas a B desde el único teléfono público que quedaba en la ciudad, pero ella nunca contestaba. Dejar un mensaje de voz era demasiado arriesgado, especialmente porque la abogada de Angel podría solicitar acceso al registro del teléfono de B si se volvía lo suficientemente loca.

Y solo por coger este caso ya sabía que estaba loca.

Así que intenté concentrarme en mi trabajo y esperar el momento adecuado, obtener luz verde de mi abogado y terminar de una vez con el maldito divorcio para poder llamar finalmente a B. No, volar hacia ella, cogerla en mis brazos y saber que nunca más estaría fuera de ellos mientras viviera.

«Dijo que me esperaría», me aseguraba en las noches difíciles.

B siempre cumplía su palabra y sabía que daba igual lo que pasara, incluso si estaba enfadada conmigo, si tenía preguntas o si la había herido con mi silencio... ella esperaría.

Pero el mismo día que el divorcio finalmente se formalizó, recibí una invitación por correo.

A su boda.

9

No vas a casarte con nadie que no sea yo



Todos intentaron detenerme.

Mis padres. Mis hermanas. Mis amigos de la oficina. Joder, incluso Ethan —quien tenía asuntos más importantes que atender como abogado en California— se molestó en decirme que era una idea estúpida volar a Pittsburgh y buscar a B.

No me importaba.

La racionalidad se había borrado, las emociones se ponían al volante, y me llevaron a un vuelo directo hacia la Ciudad del Acero.

B había puesto su dirección como remitente en la invitación, así que fue sencillo dar con ella después de registrarme en el hotel y dejar mi bolsa. No pensaba quedarme más de una noche. Planeaba que B caería en mis brazos, me diría que la boda había sido una broma y que estaría conmigo de una puta vez, por fin.

Encontrar su edificio de apartamentos fue fácil. Subir sin que ella lo supiera... bueno, eso resultó un poco más complicado. Por suerte,

el portero se dejó persuadir fácilmente con una historia falsa sobre que yo era su hermanastro que llevaba mucho tiempo desaparecido y estaba allí para sorprenderla. Me dejó pasar y me deseó suerte. Tal vez una parte de él sintió lástima por mí, ya que estaba completamente empapado por la lluvia. También temblaba, más por los nervios y la ira que por el frío, pero tuvo compasión.

Sostuve su invitación de boda engurruñada mientras subía hasta su piso, los oídos me zumbaban en el ascensor. Y cuando finalmente estuve frente a su puerta, no me detuve a pensar qué diría cuando me abriera.

Toqué, fuerte, y cuando no respondió de inmediato, toqué tres veces más.

—¡Ya voy, ya voy! —la escuché decir molesta desde dentro.

Y entonces la puerta se abrió de golpe y allí estaba: mi chica surfista, con diminutos *shorts* de dormir, una camiseta sin mangas lo suficientemente fina como para que viera sus pezones ponerse erectos por mí a través del sujetador deportivo y calcetines altos.

El cabello recogido en un revoltijo rizado sobre la cabeza, la cara sin maquillaje, las pecas resaltadas por la luz tenue del apartamento. Me miró boquiabierta, con esos labios suaves formando una pequeña o, y yo me limité a contemplarla, con el pecho agitado, dividido entre el impulso de exigir respuestas o rendirme por completo y abrazarla.

Verla me mataba tanto como me devolvía la vida. Solo la quería en mis brazos. Quería sentirla de nuevo. Quería que me dijera que todo estaría bien.

Pero la invitación mojada en mi mano gritaba lo contrario.

Levanté la mano, con la nariz dilatada, mientras la mirada de B caía sobre la arrugada invitación en mi puño.

Tragó saliva.

—Jamie...

—No.

Se estremeció mientras yo convertía la invitación en un burruño.

—Ni de coña.

No esperé a que me invitara a pasar. La empujé para entrar al apartamento, y me puse a caminar de un lado a otro.

—Por supuesto, entra —dijo con tono seco.

Le seguí dando la espalda, mirando el ventanal que daba a la ciudad. Otra vez, el impulso de decir «a la mierda» y correr hacia ella, enterrar el rostro en su cuello, abrazarla... era tan fuerte que tuve que obligarme a respirar de forma lenta y calmada para detenerme.

Finalmente, levanté de nuevo la invitación.

—¿Qué cojones es esto?

Silencio.

Y luego...

—Intenté llamarte...

Su voz era débil, y no pude evitar la leve risa que se escapó de mí al girarme para enfrentarla.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ibas a decirme exactamente? —presioné—. ¿Que te vas a casar? Por favor, dime que es una broma, porque sé que no me ibas a llamar para eso. Sé que esta invitación no puede ser real. Todo esto es una broma, ¿verdad?

Lo vi, el momento en el que la sorpresa de que apareciera en su puerta se desvaneció y la ira se filtró en su lugar.

—¿Perdona? —resopló—. No, Jamie, mi boda no es una puta broma.

—¿Así que te vas a casar?

—¡Sí!

Mi otra mano voló hacia la invitación, y estaba listo para romperla en pedazos, una y otra vez, hasta que fuera confeti en su jodida alfombra. Pero me detuve y apreté los dientes antes de lanzarla al suelo solo para dejar de tenerla cerca.

Me pasé las manos por el pelo empapado mientras sacudía la cabeza, y luego extendí una mano hacia ella.

—¿Cómo? ¿Cómo, B? Después de todo lo que... después de lo que nos...

—¡Nunca llamaste! —gritó mientras levantaba las manos y la lluvia caía más fuerte afuera. Tronó—. ¿Qué se suponía que debía hacer, Jamie?

—¡Esperar! —grité, y la voz se me quebró con un hilo de desesperación que no había sentido hasta ese momento exacto.

«No puede ser real».

Tragué saliva y hablé con la voz más suave.

—Se suponía que debías esperar.

B se quebró, pero luego preguntó:

—¿Dos años?

—¡Sí! —respondí rápido mientras avanzaba hacia ella.

Ella retrocedió igual, como si yo fuera veneno, como si fuera a morir si la tocaba.

Eso me hizo detenerme en seco, y el corazón me dolió al verla.

—El tiempo que yo necesitara —intenté.

—Eso no es justo —dijo, con los ojos llorosos—. Intenté llamarte, intenté llamar a todos los que te rodeaban. Nunca llamaste, nunca escribiste... Me ignoraste por completo.

—Vaya, sienta mal cuando te lo hacen a ti, ¿no?

Echó la cabeza hacia atrás ante la acusación, y deseé no haberlo dicho en cuanto salió de mi boca. Pero que tuviera el valor de

protestar porque yo la había ignorado después de lo que ella me había hecho pasar en Alder era demasiado.

—Eso fue diferente —susurró—. Eso... Yo no te había prometido nada.

—No, entonces no —dije mientras un relámpago cruzaba el cielo e iluminaba todo el apartamento—. Pero hace menos de dos años, sí lo hiciste. Me prometiste que esperarías.

—¡Quiero a otra persona!

La declaración me arrolló como un tren.

—Ah, sí, ¿eh? —musité mientras asentía.

Ese asentimiento pareció resonar una y otra vez, porque no podía procesar esas palabras. ¿Lo amaba? ¿Quién cojones era él? ¿Y cómo? ¿Cómo en menos de dos años podía olvidarse de mí, de nosotros, y amar a otro?

Se me dilataron las fosas nasales, y me mordí el interior de las mejillas mientras lo pensaba. Consideré la opción de salir de allí en ese momento. Supuse que eso era todo, ella amaba a otro y, por lo tanto, no había ninguna oportunidad.

Excepto que yo había amado a Angel.

Pero eso no cambiaba el hecho de que amaba más a B.

El silencio se extendió entre nosotros mientras miraba a mi alrededor, hasta que finalmente reparé en todas las cajas a medio empaquetar que estaban desperdigadas por su apartamento.

Se estaban mudando juntos.

Ella había seguido adelante.

Pero yo todavía no estaba listo para dejarla ir.

Me volví para mirarla de nuevo.

—¿Y a mí me quieres?

—No.

—¿No? —pregunté mientras avanzaba hacia ella.

B rodeó el sofá, situándose para quedar más cerca de las ventanas. Me sentí como un lobo acechando a su presa, pero no la creí y no iba a tragarme el farol.

—No me quieres.

—No.

Su espalda golpeó la ventana, las manos presionando el vidrio a la altura de sus caderas mientras me acercaba a ella.

—No me amas —pregunté de nuevo, con la boca lo suficientemente cerca de la suya como para saborearla si realmente quisiera, si no prefiriera esperar a que me dijera que ella también lo deseaba.

Estaba allí para reclamar lo que siempre había sido mío, y ella lo sabía.

—No me deseas, ¿verdad? Aquí y ahora —pregunté, con la voz cantando para ella junto con la lluvia contra la ventana. Le deslicé la mano por el brazo hasta acunarle el cuello, y le acaricié la línea de la mandíbula con el pulgar.

Se estremeció al contacto y los párpados se le cerraron un instante, pero lo dijo de nuevo. Esa estúpida palabra.

—No.

Mentira.

—Dilo —exigí acercándome aún más a ella. Mi camisa mojada le empapó la camiseta mientras me pegaba a ella, con el cuerpo vibrando ya ante el contacto—. Di que no me quieres. Di que no me deseas, y me iré.

Ella abrió los ojos un poco, y esos iris grises reflejaron el clima tormentoso mientras me buscaba la mirada. La ira y la posesión que sentía disminuyeron un poco, se me relajaron los hombros, y aflojé el agarre sobre ella.

Aunque hacerlo me destrozara, yo decía lo que pensaba. Si no me quería, si ya no me amaba, me iría.

Pero sí que me quería. Me amaba y me deseaba, y no me importaba lo que había pasado entre nosotros en los últimos años. Sabía que la había herido. Sabía que estos últimos dos años habían sido un infierno adicionalmente tortuoso. Pero podía explicarlo todo. Podíamos arreglarlo... Absolutamente todo.

Solo necesitaba que ella dijera las palabras.

En cambio, dijo lo último que esperaba.

—No te quiero.

Mi respiración se detuvo, fruncí el ceño y le busqué la mirada, como si no estuviera seguro de haberla oído bien.

Pero ella me miró, firme, con la barbilla en alto.

No podía aceptarlo, ni siquiera después de oírselo decir.

A pesar de ello, logré alejarme de ella mientras mi corazón gritaba en protesta. Me suplicaba que preguntara de nuevo, que no la dejara ir.

Pero ¿qué más podía hacer?

«Te amo. Siempre lo haré».

Necesitaba decírselo, pero al abrir la boca, me di cuenta de que no importaba.

Ella ya lo sabía.

Y, aun así, no cambiaba nada.

Así que apreté la mandíbula y luego, tal como prometí, me giré y me alejé.

Los pasos que di por su apartamento hacia la puerta fueron como caminar por el corredor de la muerte. Los hombros caídos, el pecho dolorido, la cabeza martilleando ante una pérdida que ni siquiera podía comprender. Era demasiado grande para asimilarla.

Pero esto era todo. Ella se iba a casar.

Y no conmigo.

La manija de la puerta estaba fría cuando la toqué, y entonces el rugido de un trueno retumbó por el apartamento mientras B gritaba.

—¡Espera!

Me detuve, sin estar seguro de si realmente lo había escuchado o solo lo deseaba tanto que mi mente me engañaba.

Incliné la cabeza mientras giraba lentamente.

Y entonces lo vi.

Tenía la expresión que había visto desde que éramos adolescentes, esa mirada anhelante, dolorosamente triste que me decía que me amaba, aunque no quisiera hacerlo.

Y también me deseaba.

Mi autocontrol se rompió como un trozo de pasta seca.

Atravesé la habitación en cinco zancadas, y vi la respiración de B acelerarse con cada paso. Sus ojos permanecieron fijos en los míos, las manos contra la ventana, y abrió la boca para decir algo cuando finalmente llegué hasta ella, pero silencié cualquier palabra con un beso duro y apasionado.

Un relámpago iluminó la escena y B jadeó en mi boca antes de que pasara la yema del pulgar por su labio inferior, saboreando la sensación de volver a probarla. Cuando su lengua siguió a mi pulgar, lamiéndolo, gemí y estrellé mi boca contra la suya una vez más.

Dos años de dolor, de anhelo y de ansiedad se derramaron sobre mí como la lluvia al empujar a B contra la ventana. No podía acercarme lo suficiente, no podía encontrar suficiente contacto mientras le sujetaba las muñecas y se las inmovilizaba sobre la cabeza.

—No te vas a casar con él —gruñí contra sus labios, y, como una buena chica, B mantuvo las manos suspendidas por encima de su cabeza mientras yo agarraba la parte baja de su camiseta de tirantes

y se la arrancaba. Rápidamente me deshice también de su sujetador deportivo, gimiendo al verla después de tanto tiempo. Y entonces, mis manos volvieron a sus muñecas y bajé la boca para saborear un pezón perfecto entre los labios.

Ella se arqueó hacia el contacto, retorciéndose, y yo sonreí mientras volvía a besarla antes de girarle las palmas hasta que quedaron pegadas a la ventana.

—Quédate ahí —le ordené.

Y entonces caí de rodillas.

Mi pequeña chica surfista jadeaba y respiraba agitadamente mientras me veía enganchar los dedos en sus pantalones cortos de dormir y bajárselos hasta los tobillos. Deslicé un dedo bajo la ropa interior de encaje con los ojos fijos en ella, y gemimos juntos cuando introduje ese dedo en su interior y sentí lo húmeda y lista que estaba.

B dejó caer la cabeza contra la ventana mientras la penetraba con los dedos y entonces rodeé con las manos la parte posterior de sus muslos, manteniéndola firme mientras depositaba un beso ligerísimo en su clítoris.

—Joder —susurró, y yo sonreí contra su sexo antes de enganchar la mano detrás de una de sus rodillas. La llevé a mi hombro, cuidando de equilibrarla mientras pasaba la lengua a lo largo de su abertura antes de darle un toque con ella en su sensible botón.

Sus piernas temblaron violentamente cuando presioné dos dedos en su interior, con mi lengua aún azotando justo donde sabía que le encantaba.

—Oh, Dios.

—Mmm —murmuré, y ella volvió a temblar con la vibración. La chupé, la lamí y la saboreé como una bestia salvaje, como si no

hubiera comido en semanas y ella fuera un banquete de cuatro platos.

Estaba a punto de correrse cuando subí de nuevo por su cuerpo, besándola con el sabor, aún fresco, de su sexo en la boca. Sonreí al ver que había mantenido las manos exactamente donde le dije.

—Qué niña más buena.

Entonces retrocedí y me arranqué la camisa húmeda antes de desabrocharme lentamente el cinturón. No aparté los ojos de ella, y recorrí con la mirada cada bendito centímetro de su tonificado cuerpo mientras me desnudaba. Y cuando dejé caer los calzoncillos y mi erección brotó con fuerza, B perdió el control.

Se apartó del cristal, desesperada por tocarme, pero yo le sujeté las muñecas de nuevo y la giré.

Le presioné el pecho contra el cristal mientras le mantenía las muñecas en el sitio con una mano, y le pasé el condón envuelto que había sacado de mis vaqueros a lo largo del brazo, de las costillas, de la curva de la espalda. Mi polla desnuda se deslizó entre sus nalgas suaves, y ella gimió.

—¿Gimes así para él? —le pregunté mientras le rozaba con la punta de la nariz la parte posterior del cuello—. ¿Te toca como yo?

Le mordí suavemente el lóbulo de la oreja mientras bajaba una mano por su frontal, para rodearle el clítoris lo justo para hacerla temblar por mí.

Joder.

No podía esperar más.

Me aparté de la ventana, rasgué el envoltorio del condón y me lo coloqué rápidamente antes de volver a agarrarle las caderas. Ella arqueó la espalda para mí, y deslicé el glande entre sus labios mientras ambos conteníamos la respiración.

Un empuje, lento y constante, y la llené.

B gimió al abrirse para mí, mientras las rodillas le temblaban y su sexo palpitaba.

—Joder —susurré ahogado mientras me retiraba para volver a entrar, un poco más fuerte, un poco más profundo. Tal como la tenía contra la ventana, cualquiera que mirara nuestro edificio nos vería. La verían a ella con los pezones oscuros aplastados contra el cristal, su mejilla, la boca abierta jadeando por mí. Me verían embistiéndola por detrás, recuperando lo que siempre me había pertenecido.

Le pasé una mano por la espalda antes de enredar los dedos en su pelo y tirar, arqueándole el cuello para poder besar y morder esa piel sensible. Mantuve el ritmo constante, y el orgasmo se acumulaba con cada embestida dentro de ella. Estaba tan jodidamente húmeda, tan apretada, tan mía, que me volvía loco.

Cuando estuve cerca, me retiré, cargándola hacia el sofá. La solté lo suficiente para arrojar al suelo las cajas que había sobre los cojines y luego me senté en el centro, alcanzándola por las caderas y atrayéndola hacia mí.

B me montó justo como sabía que quería: sus pechos perfectos en mi cara, las rodillas a cada lado de mis muslos, mientras se dejaba caer sobre mi polla. Maldijimos, mi cabeza echada hacia atrás mientras ella me clavaba las uñas en los hombros.

Cuando abrí los ojos y la vi, la lujuria se desvaneció —solo por un segundo— al darme cuenta de la magnitud de ese momento.

B lo sintió también. Se ralentizó y, durante un tiempo, no hubo nada más que nuestra respiración acompasada mientras me cabalgaba, suave y constante. La sujeté con un nudo en la garganta, con el corazón en la mano, con cada gramo de dolor y abandono encontrando alivio en cada embestida.

Los ojos de B se llenaron de agua rápidamente, una lágrima se deslizó y yo la atrapé con el pulgar. Fruncí el ceño, y limpié esa

lágrima a lo largo de su labio inferior antes de atraerla hacia mí. Envolví mis brazos a su alrededor en un abrazo fuerte, y apoyé mis labios ansiosos y llenos de promesas contra los suyos mientras ella llegaba al orgasmo.

«Está bien —deseé que le dijera ese beso—. Estoy aquí ahora. Todo está bien».

Lo creí. Con todo mi corazón, lo creí.

Pero cuando llegó la luz de la mañana, todo se hallaba a kilómetros de estar bien.

—Dios mío.

B se agitó debajo de mí, y su respiración agitada me sacó a rastras de un sueño aturdido. Parpadeé, pero antes de que pudiera registrar lo que estaba pasando, B lo repitió, más alto y con más miedo.

—Dios mío.

Me apartó el brazo de encima, y se levantó de un salto con la sábana envuelta alrededor. Se le enredó en los tobillos y se cayó, pero se levantó de nuevo con un gruñido justo cuando yo me incorporaba en la cama.

—¿Qué...? ¿Estás bien?

Ella se ajustó la sábana más fuerte alrededor del cuerpo mientras se apresuraba hacia el vestidor.

—No —maldijo mientras cerraba la puerta de golpe—. No, Jamie, claro que no estoy bien.

—¿Qué pasa?

Un segundo después abrió la puerta de nuevo, ya vestida con pantalones cortos y una camiseta.

—Oh, no sé... Hay un hombre desnudo en mi cama, y no es el hombre con el que estoy comprometida.

Era temprano, eso lo sabía. No habíamos dormido mucho, de eso me había asegurado. Y ahora no tenía ni idea de qué coño estaba hablando.

Me pasé una mano por la cara.

—No te vas a casar.

—¿Qué? Claro que sí —resopló.

Sus palabras me cayeron como un cubo de agua helada y abrí los ojos de golpe, clavándolos en los suyos.

—Estás de broma.

—Escucha, lo de anoche fue un...

Se detuvo, y mi corazón se paró antes de volver a latir con furia.

—¿Un qué? —la desafié mientras me ponía en pie. No me importaba estar desnudo. De hecho, me encantaba que B no pudiera evitar recorrerme con la mirada, conocía la forma en que me deseaba, aunque intentara fingir que no—. ¿Un error?

Frunció el ceño y se cruzó de brazos encogiéndose.

—No se te ocurra decir eso, B. No digas que fue un error.

Se aclaró la garganta mientras miraba por la ventana detrás de mí.

—Estoy comprometida —dijo con voz rota.

Solté un gruñido, y lancé una ristra de maldiciones mientras me pasaba las manos por el pelo. Fui hacia el salón con B pisándome los talones, y recogí los calzoncillos del suelo mientras la ira me desbordaba en oleadas.

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto! —gritó mientras yo me subía los vaqueros—. ¡Yo era feliz, estaba bien, te había dejado ir! Y entonces apareces aquí, sin más, después de dos años sin una sola palabra y tú...

—No eres feliz. Estás anestesiada. Hay una diferencia.

Abrió la boca de golpe.

—¡No me digas cómo me siento, Jamie Shaw! Si estás tan desesperado por decirme algo, ¿qué tal si me cuentas por qué nunca llamaste? ¿Eh?

Cerré los ojos, incapaz de creer que esa fuera su reacción después de lo de anoche. Estaba tan cansado de pelear. Tan jodidamente cansado de todos esos malditos juegos.

—¿Eso qué importa? —pregunté mientras me ponía la camiseta aún húmeda—. Dijiste que esperarías, y yo dije que vendría. ¿Por qué te has rendido? ¿Por qué estás tratando de alejarme ahora?

—¡Porque esto no está bien! Esto —dijo, señalándonos a los dos— no está bien. Somos tóxicos, Jamie. Todo lo que hacemos es lastimarnos el uno al otro, lastimar a quienes nos quieren, lastimarnos a nosotros mismos.

Temblaba tanto que se le oía en la voz, y me destrozaba verla sufrir así. Siempre me había destrozado.

Solté un suspiro y me acerqué a ella, listo para abrazarla y calmar su dolor. Pero levantó una mano para detenerme.

—No.

Me detuve, tragando saliva.

—¿Quieres saber por qué no llamé? —pregunté al fin, con la voz baja—. ¿Qué crees? ¿Que eso te hará sentir mejor? Porque no va a ser así.

No contestó.

Suspiré, porque sabía que conocer la verdad solo le dolería más. Ella quería creer que yo la había olvidado, que había olvidado lo nuestro, que había seguido adelante y vivía fingiendo que nunca había existido. En esa versión, yo era el malo. Así podría casarse con otro sin un ápice de remordimiento.

Pero la verdad...

La verdad la mataría.

—B, firmé el certificado de matrimonio la mañana de la boda —dije, resignado—. Ese había sido siempre el plan: firmar el certificado antes de que empezara el día para no tener que preocuparnos, guardarlo en un lugar seguro y llevarlo al juzgado el lunes.

Ella tragó saliva.

—Vale...

—Lo firmé. Antes de enterarme de lo que había hecho ella. —Resoplé mientras alternaba la mirada entre sus ojos—. Después de que yo me fuera, ella también lo firmó. Y ese lunes, cuando intentaba planear cómo gestionar la situación con ella y llegar a ti lo más rápido posible, apareció en mi casa, diciendo que estábamos oficialmente casados. Había ido al juzgado a llevar los papeles sin mí, B. Estábamos legalmente casados.

Ella parpadeó.

—Dios mío.

—Ya —dije acercándome más—. Al principio me suplicó que volviera con ella, que lo intentáramos, pero obviamente me negué. Luego involucró a su abogado y dijeron que me demandarían por la mitad de todo lo que tengo porque había estado engañándola contigo. —Reí, no porque tuviera gracia, sino porque quería asesinar a Angel solo de pensarlo y necesitaba reírme para no hacerlo—. Tenían grabaciones de nosotros juntos, en el hotel, la noche que se suponía que iba a ser mi noche de bodas con Angel.

B palideció mientras apoyaba las manos en el respaldo del sofá para no caerse.

—Si solo fuera por mi Jeep, o por mi maldita casa que ella quería, no me habría importado, B. Pero mi padre me había hecho socio,

oficialmente. Ese fue su regalo de bodas. Y ella quería quitarme eso también. Quería la mitad de todo, incluso más. Ella...

La voz se me quebró, respiré hondo y negué con la cabeza antes de seguir.

—Contraté a un abogado. Tuve que bloquear tu número, también a mi familia. Hasta que todo se resolviera, cualquier llamada, correo o mensaje en Facebook podía inculparme. No importaba que ella hubiera admitido haberme engañado la noche antes de la boda, porque, a ojos de la ley, nos habíamos casado de todas formas. Fue un desastre total, y fue horrible tener que tratar con abogados rastreros y con una ex aún más rastrera. Odiaba esperar. Pero lo único que me mantenía en pie era saber que tú también estabas esperando. Esperándome.

B se tambaleó hasta el brazo del sofá y se sentó mientras se tapaba la boca con una mano.

—El día en el que Angel finalmente se rindió —dije en voz baja—, el día en el que recibí la formalización de nuestro divorcio... fue el mismo día en el que recibí tu invitación de boda. —La risa que me salió casi me ahogó—. Qué jodida ironía.

B permaneció inmóvil un buen rato, y luego empezó a negar con la cabeza, una y otra vez.

—Deberías haberme llamado. De alguna manera.

—¡Lo hice! Te llamé, y varias veces, desde lo que probablemente sea la única cabina telefónica que queda, y nunca contestaste —repliqué, con el pecho agitado.

B temblaba aún más al llevarse los dedos a las sienes para masajeárselas.

—Tú pensaste que esperaría, y yo pensé que habías cambiado de opinión.

Creí que me detendría cuando me acerqué de nuevo, pero al no hacerlo, me arrodillé, esperando hasta que me miró a los ojos.

—Nunca podría cambiar de opinión sobre ti.

Cerró los ojos con los labios temblorosos, como si la hubiera golpeado.

—No —dijo, apartándose—. No; deberías haber encontrado una manera. Te rendiste demasiado pronto. Deberías haber contestado a mi llamada, o que tu abogado me llamara, o haberle dicho algo a Jenna, o hasta enviar señales de humo. Esto es demasiado. Me abandonaste.

—¡Deja de hacer esto! ¡Deja de autodestruirte, de hacer esto más difícil de lo que ya es! —rogué, agotado—. Tal vez tengas razón, ¿vale? Tal vez debería haber encontrado la manera de contactarte, pero no lo hice porque se suponía que debías esperar. Y nada de eso importa ahora, ¿quieres saber por qué? —Le levanté el mentón, obligándola a mirarme a los ojos—. Porque todavía me amas. Y yo te amo a ti.

Se levantó de un salto del sofá alejándose de mi contacto, y se llevó las manos al pelo despeinado.

—No, sí que importa. Porque me voy a casar.

—No, no te vas a casar.

—¡Sí, sí que me voy a casar!

Me puse en pie, con la mandíbula apretada.

—No te vas a casar con nadie que no sea yo.

Mis palabras la sorprendieron apenas un instante antes de que soltara una risa sarcástica.

—No puedes hacer esto. No puedes entrar aquí, justo cuando por fin tengo mi vida en orden, y obligarme a destrozarla. —Las lágrimas la asaltaron y caían tan rápido que no podía apartarlas a tiempo—. No hacemos más que lastimarnos. No hacemos más que destruir y

uno de los dos siempre acaba recogiendo los pedazos e intentando seguir adelante, olvidar o no hacerse ilusiones. Es enfermizo. Somos tóxicos.

Lloraba tanto que apenas podía respirar y, de nuevo, cuando intenté consolarla, se apartó de mí.

—Y ahora, he arriesgado todo lo que tengo por pasar una noche contigo, porque literalmente no puedo decirte que no. He engañado a un hombre que no se lo merecía, a un hombre que quiere pasar su vida conmigo, a un hombre al que amo, y todo por mi incapacidad de dejarte ir.

Lloraba y lloraba, mirándome como si yo fuera el mismísimo demonio.

—¡Tu amor me está envenenando, Jamie!

Un sollozo violento me sacudió y se me contrajo el rostro por la emoción mientras cruzaba el cuarto. Tenía que abrazarla. Tenía que hacerle ver que nuestro amor no era veneno, era nuestra salvación.

Negué con la cabeza y tiré de ella hacia mí, sujetándola lo más fuerte que pude mientras otro sollozo me destrozaba. Me incliné para presionar mis labios contra los suyos, pero me empujó.

—¡Basta! ¡Para! Tienes que irte, tienes que dejarme ir, Jamie.

Respiraba de manera salvaje y las lágrimas le corrían por el rostro.

«Por favor».

«Por favor, no hagas esto».

«Por favor, no me dejes ir. No me hagas irme».

«Abrázame».

«Bésame».

«Quédate conmigo».

«Pídeme que me quede esta noche».

«Pídeme que me quede para siempre».

Le rogué, aunque no dije una palabra. Y ella sintió cada palabra que no dije mientras estábamos allí en su apartamento, respirando fuego, pero con hielo en las venas.

Pero no cedió.

Gruñí, y golpeé una caja al pasar junto a ella. Estaba llena de sartenes y se cayó al suelo con gran estrépito, pero no me importó. Salí furioso de ese apartamento, de ese edificio, de esa ciudad, con el corazón hecho pedazos, en fragmentos tan finos como papel.

Y eso fue todo. En realidad, eso fue todo.

Me colé en la iglesia el día que se casó con Brad, pero no aguanté más que los cinco primeros minutos antes de tener que irme. Solo tenía que verlo con mis propios ojos, tenía que saber que realmente lo decía en serio, que lo amaba y que nosotros realmente habíamos terminado.

Verla caminar por el pasillo hacia él fue la prueba desgarradora que necesitaba.

Solo volé para verla una vez más después de eso, para disculparme por lo que había hecho, por cómo la había puesto a prueba antes de su boda cuando ya le había hecho promesas a otro hombre. No era justo. Y ella tenía razón.

Yo era veneno.

Así que, con un último regalo de despedida y la promesa de que siempre estaría allí para ella si alguna vez me necesitaba, le di un beso en la frente.

Y la dejé ir.

Nos dejé ir.

Hasta el día en el que vi su maldito libro en el escaparate de la librería.

10

El peor final del mundo



Y ahí lo tienes.

Estamos al día.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunté a B, y, aun así, a pesar de la mezcla de amor, curiosidad y rabia que me ardía dentro, no quería nada más que besar esos labios que estaban entreabiertos por el *shock* de verme.

—Jamie —susurró, y el sonido de mi nombre en sus labios casi me desarma, casi borra todas las preguntas que tenía, toda la urgencia por saber qué coño significaba ese libro. La manera en la que decía mi nombre siempre ponía a prueba mi autocontrol y en ese momento casi cedí, casi atravesé esa puerta para estamparla contra la pared y coger lo que siempre había sabido que era mío.

Pero logré contenerme y levanté el libro, ya ajado, que había leído una docena de veces en la última semana.

—¿Qué coño es esto?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y apretó los labios.

—Es... bueno, son muchas cosas —frunció el ceño, abriendo más la puerta—. Entra para que pueda explicártelo.

—Explícamelo ya.

Sonrió un poco, relajando los hombros.

Y entonces, extendió una mano hacia la mía, envolviendo la parte que sostenía el libro. Ese primer contacto, la primera sensación de su piel sobre la mía, me hizo estremecer.

—Por favor —rogó—. Entra.

Respiré hondo y asentí, dejándola guiarme hacia el interior de su apartamento. Había cambiado tanto desde la última vez que estuve allí, que ahora solo podía pensar en ello mientras me daba collejas por no haberlo visto antes. ¿Cómo había pasado por alto todas esas cajas todavía allí? ¿Cómo no se me había ocurrido preguntar por qué vivía en este piso cuando debería haberse mudado con Brad?

Las señales eran tan obvias y aun así estaba tan destrozado que no podía ver más allá de la lluvia torrencial que caía sobre mi vida.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó B, y luego se rio, señalando un hervidor eléctrico—. Y por «algo» me refiero a té o agua. No creo que tenga nada más fuerte.

Mi corazón latía con debilidad mientras la veía moverse por la cocina y algo posesivo se me agarraba a las costillas. Pero de algún modo, solo verla, solo oír su voz, me calmaba, incluso sin las respuestas que tanto necesitaba.

—¿Nada de *whiskey*? —bromeé.

Sus ojos se entristecieron un momento antes de encontrar los míos.

—No desde la última vez que te vi.

Mi fachada se resquebrajó y negué con la cabeza, mientras miraba el libro en mi mano durante un largo instante antes de dejarlo caer sobre la encimera de su cocina con un golpe sordo.

—¿Qué es esto, B?

Se mordió el carrillo, mientras se servía una pequeña taza de té, y luego apoyó la cadera contra la encimera, sujetando la taza humeante con ambas manos.

—Es una disculpa. Y una explicación. Es una carta de amor, tal como dice el título —pausó—. Es nuestra historia.

Nuestra historia.

Tragué saliva al notar cómo se me aceleraba el pulso ante esas palabras.

—Nuestra historia —repetí, mirando el libro y luego a ella—. Tiene el peor final que he leído jamás.

Se le escapó una risa sorprendida.

—Bueno... supongo que es porque esperaba que no fuera el final. —Se le desvaneció la sonrisa—. Pensaba que tal vez podríamos escribir un epílogo.

—«Ven a buscarme, Whiskey» —dije, repitiendo las últimas palabras escritas en ese libro tortuoso, las que había leído y diseccionado cientos de veces—. «Te estaré esperando». —Negué con la cabeza—. ¿Por qué has esperado? ¿Por qué no viniste a buscarme directamente?

La pregunta la dejó patidifusa, se le abrieron los ojos, y la garganta se le contrajo al tragar saliva con dificultad.

—Quería que tuvieras espacio para decidir realmente si podías perdonarme, si podías leer mi versión de todo lo que pasó entre nosotros y entender por qué hice todo lo que hice. Yo... —Se pausó —. No quería simplemente aparecer en tu puerta y atraerte de la manera que sabía que podía, como siempre hemos podido con el

otro. Quería que supieras que esta vez es real. Esta vez no hay nada ni nadie que se interponga. —Se encogió de hombros, frunciendo las cejas—. Como dije al final... quería que me eligieras también.

—Elegirte —repetí, riendo mientras me pasaba una mano por la boca. Luego solté un gruñido, sacudiendo la cabeza mientras me giraba hacia ella—. Joder, tía. Siempre te he elegido. Nunca ha habido otra opción para mí. Tú. Tú y solo tú. Esa es la elección.

B parecía al borde del llanto, como si mis palabras fueran cuchillos entre sus costillas. Pero, a pesar de ello, sonrió, mirando su té con las mejillas sonrojadas antes de encontrar de nuevo mis ojos.

—Si eso es verdad, ¿por qué aún no me has besado?

El aire vibraba a nuestro alrededor, todos esos años de dolor y enfado resonando al compás de la pasión y el amor que siempre habían existido. La mitad de mí quería volcar su sofá, romper de un golpe la pared en dos y sacudirla como un maldito muñeco de trapo.

Pero la otra mitad, la más fuerte, solo quería dejar de perder el tiempo.

Apenas tuvo tiempo de dejar su té antes de que me lanzara sobre ella, abrazándola y aplastando mis labios contra los suyos. Gimió cuando lo hice, derritiéndose en mí, y me di cuenta, como desde lejos, de que estaba llorando. Las lágrimas me humedecían las mejillas mientras me recorría un sollozo, pero la besé con más fuerza, la abracé más, la levanté y retrocedí a tientas hacia donde recordaba que estaba su dormitorio.

—Mujer malvada —rugí contra sus labios al dejarla sobre las sábanas—. Mujer psicótica, irritante, perfecta.

B rio un poco entre mis besos abrasadores mientras me tumbaba sobre ella, arrastrándome hasta dejarla atrapada en el colchón.

—No sé si me amas o quieres asesinarme —murmuró.

—Ambas —contesté con sinceridad, y la besé antes de que pudiera reír de nuevo, moviendo mis caderas para silenciar su burla.

—Lo siento —susurró, haciéndome parar mientras enmarcaba mi rostro con sus manos. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras alternaban entre los míos—. Lo siento mucho, Jamie.

—Pensé que te había perdido —confesé, con las palabras ahogándome.

B solo sonrió.

—Hombre tonto. ¿No sabes ya que nunca podrías perderme?

Apoyé mi frente en la suya.

—Incluso ahora, incluso contigo debajo de mí, en mis brazos... no parece real. Es como un sueño.

—O una pesadilla, ya que somos nosotros —bromeó.

La miré entonces.

—Lo digo en serio. Bromas aparte, B... te dejé ir. Pensé que realmente se había acabado. Pensé... y luego vi tu libro, y ahora estoy aquí y simplemente... joder —maldije, sacudiendo la cabeza—. No puedo perderte de nuevo. No puedo...

—No lo harás —prometió, sosteniéndome el rostro mientras me buscaba los ojos—. Esto es real, Jamie. Ahora somos tú y yo.

—Para siempre.

—Para siempre —repitió, y entonces mis labios reclamaron los suyos, lentos y con el impulso de una exhalación temblorosa.

Cada beso era más lento que el anterior, y nuestros labios eran cálidos y suaves al contacto mientras nos desnudábamos con cuidado. Me incorporé lo suficiente para sacarme la camiseta por encima de la cabeza y ayudarla a quitarse sus pantalones cortos de pijama a cuadros y la camiseta. Admiré su cuerpo con cada capa quitada, recordando cómo era hace nueve años y dándome cuenta de lo afortunado que era por poder apreciarlo tantos años después.

—Cásate conmigo —susurré contra sus labios, cuando ya estábamos desnudos, deslizándome entre sus muslos mientras hacía la petición.

Gimió al sentirme, al sentir mi miembro deslizarse en su humedad y detenerse justo a punto de entrar.

—Sí.

—Mañana. No, hoy.

Ella se rio, moviendo las caderas de manera que mi glande se deslizara solo un centímetro más dentro de ella. Me costó todo mi autocontrol centrarme en su respuesta en lugar de en lo mucho que quería estar dentro de ella.

—Hoy. Mañana. Y todos los días después —susurró, y me besó larga y apasionadamente. Luego, sus uñas bajaron por mi espalda, sobre mi trasero, clavándose en la carne—. Ahora, fóllame, Jamie Shaw. Recuérdame lo que es ser tuya.

Gemí, deslicé las manos bajo sus hombros y me agarré con fuerza mientras me movía dentro de ella. Se arqueó y gimió con la conexión, abriéndose aún más mientras yo me retiraba y volvía a entrar.

—Más —suplicó, y yo siseé mientras me echaba hacia atrás sobre las rodillas para levantarle los tobillos sobre mis hombros. Le rodeé los muslos con las manos mientras me movía dentro de ella para entrar más profundo justo como había pedido.

Las manos se le cerraron en puños sobre las sábanas, la espalda se le arqueó y los pechos se le movían mientras yo aumentaba el ritmo.

Llegó al orgasmo en segundos y ni siquiera me sentí un poco avergonzado al hacerlo también.

—Joder —maldije, cayendo sobre ella. Sus piernas se relajaron y se rio, besándome el hombro resbaladizo mientras los dedos me

dibujaban líneas sobre la espalda.

—¿Otra vez? —preguntó.

—Otra vez —repetí, y entonces la besé, haciéndonos girar hasta que ella quedó encima mientras entrábamos en la segunda ronda.

11

Felices para siempre



Por si no lo habías captado al leer su libro, B es un poquito masoquista.

Culpo a ese hecho de que no pudiera escribir un epílogo real ni de coña. Esa cosa diminuta, apenas un par de páginas, tortuosa, que te dio y llamó epílogo resulta simplemente cruel, que es exactamente por lo que quería escribir para contarte lo que pasó entre medias.

No bromeaba sobre querer casarme ese día. Sin embargo, me resultó imposible salir de la cama de B una vez que la tuve desnuda y pasamos —literalmente— todo el día y la noche recuperando el tiempo perdido.

Estábamos ambos doloridos, exhaustos y completamente satisfechos cuando finalmente nos quedamos dormidos tarde esa noche. A la mañana siguiente, con la luz púrpura temprana del amanecer, desperté a B con suaves besos sobre el nudillo del anular izquierdo.

Sus ojos se abrieron entre parpadeos.

—Cásate conmigo —susurré.

Asintió y luego, tras una ronda más, porque por qué no, comenzamos a planear.

A mí me bastaba con ir al juzgado ese día y exigir que nos eximieran del periodo de espera de tres días para poder casarnos antes de que el sol se pusiera esa tarde. Pero B me convenció de lo contrario, usando sus besos hechizantes para persuadirme de que debíamos hacer una celebración y ceremonia adecuadas.

Así que solicitamos nuestra licencia, esperamos los tres días y luego nos subimos a un avión hacia California.

California era nuestro lugar. Era donde fuimos jóvenes e imprudentes juntos, donde finalmente cedimos y nos rendimos a nuestros verdaderos sentimientos, aunque no fuera el mejor momento. También era donde surfeamos nuestras primeras olas de verdad juntos, donde nos dimos cuenta de que, pasara lo que pasara, siempre estaríamos el uno para el otro, de una manera o de otra.

—¿Crees que estamos locos? —le pregunté a mi hermana Sylvia la noche de la boda mientras me ajustaba la pajarita.

Sonrió.

—Absolutamente. —Me miró a los ojos—. Pero también creo que estáis hechos el uno para el otro.

—Papá y mamá ni siquiera parecían sorprendidos cuando se lo dije.

—Ninguno de nosotros lo estaba. —Sylvia terminó de ajustarme la pajarita, y luego agarró las solapas de mi esmoquin—. Todos sabíamos ya que al final estaríais juntos. Solo estábamos esperando a que vosotros, idiotas, lo descubrierais.

La ceremonia fue pequeña e íntima: solo mis padres, mis hermanas, la madre de B y Wayne, y, por supuesto, Jenna.

Era la hora dorada en la costa oeste; el sol descendía lentamente sobre el agua mientras mi padre, a mi lado, me palmeaba el hombro. Tenía los ojos fijos en la arena alrededor de mis zapatos, y el corazón se me salía del pecho. Entonces se inclinó para susurrar:

—Ahí viene.

Tomé una respiración profunda para sosegarme, levanté la mirada, y allí estaba.

B caminaba descalza por la arena hacia mí con rayos dorados de luz iluminándole el pelo como un halo. Llevaba un vestido blanco de encaje, corto por delante y más largo y fluido atrás. Mostraba esas piernas impecables suyas, y el encaje le ceñía la cintura; las finas tiras destacaban su esbelta clavícula, su cuello elegante y sus delgados brazos.

Recorrí con la mirada las pecas de sus mejillas mientras se sonrojaba y caminaba lentamente hacia mí. Eran más pronunciadas tras unos días surfeando, la piel bronceada por el sol, pero era su sonrisa lo que no podía dejar de mirar.

Sonreía como si fuera el día más feliz de su vida, como si hubiera estado esperando y contando el tiempo hasta este momento.

Y yo sentí lo mismo.

No me di cuenta de lo tenso que tenía el pecho, de lo constreñida que estaba mi garganta, de cómo los nervios me hacían temblar hasta que mi mirada subió, subió y subió hasta encontrarse con sus ojos.

Sus ojos metálicos, gris tormenta.

En cuanto nuestras miradas se encontraron, me golpearon destellos tras destellos de recuerdos.

Vi la primera vez que nos encontramos, cómo me miró desde el suelo al que se había caído, con un solo rizo sobre los ojos. Vi esos ojos cansados aquella noche en la playa antes de irme a la universidad. La vi reír en un café de gatos y surfear una ola. La vi llorar por la pérdida de su padre, la vi reír mientras veíamos una película desde lejos cuando estaba en Pittsburgh, vi traición y dolor cuando me vio con Angel por primera vez.

Tantos momentos increíbles.

Tantos dolorosos también.

Se me humedecieron los ojos con cada uno de ellos y B debió de saber lo que sentía, porque le tembló el labio inferior y presionó una mano sobre el corazón como para calmarlo.

Quizá ella también lo sentía.

Quizá se estaba dando cuenta, en el mismo momento que yo, de que todo el desamor había valido la pena.

Los sonidos regresaron cuando B se acercó y me di cuenta de que no solo estaba llorando yo, sino también todos los demás sentados alrededor de nuestra ubicación improvisada de la ceremonia. No había ni un ojo seco en esa playa y, cuando B se acercó lo suficiente para que yo pudiera cogerle las manos, dije «a la mierda las reglas», y la besé allí mismo.

—Creo que se supone que debes esperar hasta el final de la ceremonia para hacer eso —susurró contra mis labios con una sonrisa cuando la solté.

Negué con la cabeza mientras le recorría la mandíbula con el pulgar y me felicitaba por la suerte de haberla conocido.

—Ya he esperado suficiente.

Un año después, compramos nuestra primera casa juntos cerca de Newport Beach, California.

Me preguntaba si el universo habría decidido que ya habíamos pasado suficiente infierno en nuestra adolescencia y veintena, y por eso nos daba un respiro en los treinta, porque todo encajó con muchísima facilidad una vez casados.

Mientras debatíamos si B debía volver a casa en el sur de Florida o si yo debía mudarme a Pittsburgh, en el fondo sabíamos que queríamos empezar nuestras vidas en un lugar totalmente nuevo. California era lo que más nos llamaba.

Como dije, era nuestro lugar.

B empezó a buscar editoriales que tuvieran sucursales en Los Ángeles, pensando que tendría que empezar de cero.

Cuando su jefe se enteró, perdió la cabeza.

Resultó que B había ganado su confianza y respeto. Tanto que la idea de perderla los llevó a ponerse a pensar y a buscar una forma de retenerla.

Así que B se convirtió en la primera representante de derechos cinematográficos de Rye Publishing, al abrir una pequeña sucursal para ellos en las afueras de Los Ángeles.

En cuanto a mí, estaba en la misma situación. Pensé que tendría que empezar desde abajo en una nueva firma contable y volver a abrirme camino. Y estaba totalmente preparado para hacerlo.

Hasta que mi padre me entregó las llaves de una pequeña oficina que había comprado en Huntington Beach.

—Es hora de empezar un nuevo legado —me dijo, y así, de repente, yo estaba a cargo de nuestra primera expansión de la empresa.

Estaba agotado de descargar la furgoneta que habíamos alquilado para la mudanza y con la espalda dolorida mientras me dejaba caer

al suelo con un gemido. Me apoyé contra la pared, haciendo una mueca al intentar acomodarme.

B se rio al verme.

—¿Estás bien, señor mayor?

Sonreí con ironía, pero antes de que pudiera pasar a mi lado con esa actitud suya, le alcancé la muñeca y tiré de ella.

—Baja aquí y te enseñaré lo viejo que estoy.

Se rio mientras me la llevaba al regazo y, cuando se sentó, enrolló los brazos alrededor de mi cuello como si ese hubiera sido siempre su sitio. La atraje para un largo beso, y luego nos quedamos sentados en el suelo laminado de nuestra nueva casa, con cajas apiladas a nuestro alrededor.

—Podemos poner un gran sofá modular allí —dijo B, moviéndose en mi regazo para señalar dónde quería el sofá—. Fijar la tele en la pared. Y definitivamente quiero un tocadiscos. Podemos ponerlo en ese rinconcito.

Sonrió, y la vi tocarse el mentón mientras miraba alrededor pensativa.

—Podemos hacer un poco de espacio en el garaje para poner las tablas de surf y colgar todo el equipo. Puedes construir un armario para nosotros, ¿no?

—Lo que quieras.

Me sonrió.

—¿Lo que yo quiera? Esa es una frase peligrosa.

—Lo es. Lamentablemente, no puedo decirte que no.

—Mmm —murmuró, acurrucándose más cerca de mí—. ¿Es así?

Le besé la nariz en respuesta.

—Pues en ese caso, quiero un banco bajo el ventanal de arriba —me dijo—. Y quiero llenar las paredes a su alrededor con tantos libros que nunca vaya a poder leerlos todos.

Me reí.

—Y... quiero una mecedora.

—Una mecedora, ¿eh? —pregunté, sorprendido—. ¿Para el porche?

Negó con la cabeza, de repente tímida, mirándose un dedo y deslizándolo por el frente de mi camisa.

—Para la habitación del bebé.

Me miró por encima de las pestañas mientras yo fruncía el ceño, confundido.

—¿La habitación del bebé? No tenemos una habi...

No terminé la frase.

El corazón me latía con fuerza en los oídos mientras B tragaba saliva, buscándome la mirada y cogiéndome la mano para ponérsela sobre el vientre.

Solté un suspiro tembloroso mientras miraba hacia el lugar donde la sostenía antes de que mi mirada interrogativa se encontrara con la suya y no pude tragar, no pude hablar, no pude respirar mientras veía una pequeña sonrisa florecerle en los labios.

—Estoy embarazada, Jamie.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros y parpadeé una y otra vez, sin estar seguro de haberlas oído correctamente.

Y entonces se me fue.

Apreté a B contra mi pecho, abrazándola tan fuerte que se rio y bromeó sobre no poder respirar. Pero no podía soltarla, no podía hacer nada sino sostenerla aún más fuerte mientras luchaba por no llorar.

Estaba embarazada.

Estaba embarazada de mi hijo.

Nunca había sentido nada así antes, esa realización, como ser tocado por un ángel y lanzado por un acantilado al mismo tiempo.

—Pareces aterrorizado —bromeó B.

—Lo estoy.

Se rio.

—Pero espera, ¿no es esto lo que siempre has querido? —Volvió a coger mi mano y a colocarla sobre su vientre—. ¿Una esposa, una casa y ahora... llenar esa casa de niños?

B me sonrió, como esperando que le dijera que tenía razón. Y quizá, si hubiera tenido dieciocho años, lo habría hecho.

Pero ahora conocía la verdad.

—No —dije, y B frunció el ceño, inclinando la cabeza hacia un lado, mientras yo le deslizaba la mano por la mejilla y luego hacia el pelo.

—¿No?

Negué con la cabeza, y presioné un beso largo y lento sobre sus labios antes de susurrar:

—Lo único que siempre he querido, B, eres tú.

Epílogo

Siete años después

Buenos días, mi preciosa esposa. Y feliz Día de la Madre.

Hoy tú eres la protagonista, querida, así que he llevado a los niños lejos, muy lejos, para darte un poco de paz. Dicho esto, sé que hoy es el último día en el que debería pedirte algo, sobre todo porque tú manejas todo en esta casa, igual que en la agencia, día tras día, pero tengo una tarea para ti.

Es tu turno de leer mi libro.

Por supuesto, no es ni de lejos tan largo como el tuyo; siempre has tenido un toque con las palabras del que yo carezco. Tampoco tenía una editorial completa a mi disposición, así que espero que no te importe la tinta desigual de mi impresora o las grapas cutres que mantienen esto unido. Pero me tocó leer tu versión de nuestra historia de amor.

Ahora, quiero que leas la mía.

Hay una botella de burbujas de baño junto a la bañera, o una bomba de baño si prefieres, y tu té favorito está listo para poner a hervir. La comida te la entregarán directamente en la puerta, y volveré alrededor de las tres.

Ve, sumérgete, lee y relájate.

Y esta noche, estaremos solo tú, yo, los chicos del piano y una manta en la playa.

No te preocupes: los niños estarán con Sylvia y Drew.

Y no volverán hasta la mañana... ya sabes a qué me refiero.

Hoy voy a consentirte aún más de lo habitual, mi niña surfista, y a adorar cada centímetro de tu cuerpo. Pero primero, quiero que leas mi versión de nuestra loca, estúpida y perfecta historia.

Quiero que entiendas lo locamente enamorado que estoy de ti y que lo he estado desde el primer momento en el que te vi.

Te equivocaste, por cierto.

Fuiste tú a quien vi primero.

Con amor,
Whiskey

Contenido Extra

Solo B:

Este es nuestro primer día de San Valentín juntos. Juntos de verdad. Pero no es nuestro primer día de San Valentín.

El primero fue cuando yo tenía dieciocho y tú diecisiete. Le di a tu mejor amiga una caja de bombones y un oso de peluche enorme, pero a ti te di mi corazón y, tal como suponía, nunca me lo devolviste.

Luego estuvo el San Valentín en el que tú estabas con Ethan. Te compró una pulsera que te vi puesta solo dos veces, pero lo que más recuerdo es cuando te la quitaste a la mañana siguiente para ir a hacer surf conmigo.

No nos olvidemos de los tres años que pasamos separados, a pesar de que tú no contestabas, mi corazón seguía llamándote solamente a ti.

Cuando yo estuve con Angel, cuando tú estuviste con Bradley, cuando éramos jóvenes y estúpidos y nos peleábamos con ahínco para no rendirnos el uno al otro. Cuando no necesitábamos nada y lo deseábamos todo. Cuando teníamos razón y cuando estábamos equivocados. Todos esos años, cada 14 de febrero, pensaba en ti en San Valentín.

Tú me has escrito la mejor carta de amor que ha existido nunca, pero yo tengo toda la vida para devolvértela, carta a carta, nota a nota.

Esta es la número uno.

Con amor,
Whiskey

9 de agosto de 2019
Newport Beach, California

Hola chica Whiskey:

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que hablamos... casi tres años, para ser exactos. Espero que todo vaya bien en tu lado del mundo y que desde que nos vimos por última vez hayas leído una montaña de romances de cinco estrellas.

Te mando un abrazo mojado desde las soleadas orillas de Newport, California. B está en el agua, tumbada sobre su tabla de surf y esperando a que llegue la próxima ola.

Siempre me encanta verla así: el pelo alborotado y rizado, las pecas salpicándole las mejillas, los labios un poco agrietados por el sol. Lo creas o no, está aún más guapa con los años... y de algún modo también más hábil en las olas.

Así que, por si el final de su libro te dejó con la duda... sí, esa mujer preciosa, terca e imposible es mi esposa.

En cuanto a mí, estoy en la orilla, disfrutando de los rayos de sol de la tarde y viendo a Zoe construir un castillo de arena.

Ah, ¿no te habíamos contado lo de Zoe?

Nació apenas dos años después de ese libro que leíste, el que narraba la tortuosa historia de amor que B y yo tejimos juntos. Zoe tiene el pelo de su madre y esas adorables pecas e incluso un atisbo de su sonrisa... aunque B dice que la sonrisa de Zoe se

parece más a la mía. Y esa niña también tiene mis ojos, de color whiskey con miel, como diría B.

Nos mudamos aquí a Newport cuando decidimos que no podíamos estar a más de media hora en coche de las olas. Y si pensaba que atrapar olas con la mujer a la que amaba era lo mejor del mundo, jamás habría podido imaginar lo que se siente al construir una vida con ella.

Es lo más adictivo que existe.

Sé que te hicimos pasar un infierno. Sé que leer nuestra historia fue duro, que te hizo gritar, llorar y lanzar el libro al suelo... por eso quería ponerte al día, para que sepas que todo ese dolor, toda esa rabia... bueno, valieron la pena.

Estamos todos muy bien.

Y estamos deseando contarte más.

Hasta la próxima, mantente dorada, como el whiskey.

Jamie Shaw

Nota de la autora

El 13 de octubre de 2016 publiqué mi séptimo libro. Aunque antes ya había pasado seis veces por el proceso de escribir, editar y publicar, en el fondo sabía que había algo diferente en este. Lo sentía más mío.

Era real, visceral, emotivo; escribirlo fue absolutamente desgarrador.

Creo que ahí es cuando sabes que has creado algo mágico: cuando el dolor supera al placer.

Una carta de amor imposible nació en una época tumultuosa de mi vida. Estaba en medio de un divorcio feo y devastador y, al mismo tiempo, al borde de descubrir una parte de mí que llevaba tiempo deseando liberarse. Del mismo modo en que Jamie y B luchaban contra sus emociones enfrentadas, yo hacía lo propio con las mías.

Nunca olvidaré el día en el que se publicó este libro, cómo lloré de alegría y celebré a la vez mi cumpleaños y el nacimiento de un libro que supe desde el principio que ocuparía un lugar muy especial en mi corazón.

Pero la forma en la que las lectoras y lectores recibisteis este libro...

Eso jamás me lo habría imaginado.

Y me dejó completamente sin palabras.

Desde su publicación en 2016, *Una carta de amor imposible* ha sido un Top 10 *bestseller* en Amazon en Estados Unidos y *bestseller*

internacional en Italia, Israel, Canadá, Australia y el Reino Unido; también un audiolibro que me hizo llorar la primera vez que lo escuché, una edición limitada con portada especial para la Hello, Lovely Box y, quizá por encima de todo, el libro en el que todo el mundo piensa cuando escucha mi nombre.

Decir que ha sido un honor sería quedarse muy corta.

Cuando asisto a convenciones literarias, este es sin duda el libro que más me mencionan quienes me ven por primera vez. Os he abrazado mientras llorábamos juntos, emocionados por cómo nos conmueven algunos de esos momentos dolorosos, y vuestras historias se han quedado conmigo mucho después de cada encuentro. Los incontables mensajes en redes sociales, los correos electrónicos y las cartas manuscritas podrían empapelar una habitación entera, y aun así no encuentro las palabras adecuadas para daros las gracias por compartir esas confesiones conmigo.

Pero, a pesar de todo esto, ha habido una queja bastante importante a lo largo de estos años...

El final.

¿Cómo pude hacer eso, dejaros con solo diez pequeñas palabras para cerrar once años de sufrimiento?

En mi corazón, era el final correcto. Y por la emoción que despertó en muchas y muchos de vosotros, creo que estáis de acuerdo, aunque también queráis estrangularme, lo cual me parece totalmente justo.

Sin embargo, quería hacer algo especial para celebrar el quinto aniversario de este libro que es como mi bebé.

Y es por eso por lo que, con gran placer, os presento *Con amor, Whiskey*.

Con amor, Whiskey es la versión de la historia desde el punto de vista de Jamie, junto con un epílogo extendido que os mostrará más

sobre lo que ocurrió después de ese final tan tortuoso.

También encontraréis contenido adicional con cartas que he escrito a lo largo de los años y algunas curiosidades entre bastidores.

Esta edición es para vosotros, mis queridas lectoras y lectores. Gracias por gritar a los cuatro vientos vuestro amor por este libro y por mostrarme más gratitud y alegría de la que jamás había imaginado posible. Me siento profundamente agradecida por vuestra pasión y, de verdad, es un honor compartir este vínculo con vosotras a través de la palabra escrita.

Brindemos por otro trago...

Porque, seamos honestas: la adicción nunca muere.

Con todo mi amor,
Kandi Steiner

Agradecimientos

Un libro nunca lo escribe una sola persona, y yo tuve a un equipo de primera en este proyecto. Tengo muchísima gente a la que dar las gracias, pero antes (sobre todo para evitar que tengas que leerte esta novela corta), quiero dirigirme a ti, persona que me lee.

Bueno... esto ha sido duro, ¿verdad? Sé que te hice pasar por un montón de emociones con *Una carta de amor imposible*: algunas que seguramente te encantaron, y otras por las que probablemente quisiste matarme. Solo quiero que sepas que te quiero y que te estoy muy agradecida de que me hayas dejado llevarte en este viaje, aunque no haya sido el más fácil. Por favor, nunca dejes de leer. Y nunca dejes de darle una oportunidad a lo *indie*. Ah, y ven a buscarme en internet, porque me encanta pasar el rato con mis lectores. Puedes empezar uniéndote al grupo Kandiland en Facebook.

Eh, Staci Hart: ¡LO HEMOS CONSEGUIDO! ¿Puedes creerlo? Realmente escribimos libros juntas... al mismo tiempo... ¡y sobrevivimos! Y ha sido la mejor experiencia de todas. No quiero recordar cómo era hacer esto sin ti, y espero no tener que hacerlo nunca más. Te quiero más que a los *whiskey sours*. #SteinHarts #BestieRelease.

Este libro habría sido un auténtico desastre sin la ayuda de Sasha Whittington y Monique Boone. Gracias por no solo ser dos de mis mejores amigas, sino también las lectoras betas más increíbles. Sé que fue duro leer a trozos, permitir que os dejara en los PEORES

momentos posibles, pero al final ha valido la pena. Me ayudasteis a ver lo que yo no veía y, por eso, os estoy agradecida. ¡Os quiero a las dos!

Becca Hensley Mysoor, DIOS, te quiero. Gracias por estar siempre ahí para mandarme corazones y *gifs* alentadores y simplemente por darle luz al mundo. Mi vida es más brillante contigo en ella. Te quiero.

Gracias, Brittainy C. Cherry, por amar mis palabras y a mí también. Escribir contigo es un privilegio y un honor. Eres, posiblemente, el alma más hermosa que jamás haya existido. Gracias a Dios que nos encontramos.

No me olvido de mi compañera de café Buddy Brew, Kathryn Andrews. Eres... simplemente la persona MÁS DULCE. Gracias por hacerme reír, celebrar mis logros, y ayudarme en los días difíciles. Me encanta escribir contigo y espero que podamos convertirlo en un ritual que dure mucho más que un solo libro.

Karla Sorensen e Ilsa Madden-Mills, gracias por sostenerme como dos muletas malotas bañadas en oro. Escribir este libro fue DURO, y cada una me ayudó a su manera en el camino. Os valoro más de lo que puedo expresar con palabras.

Mamá, siempre te escribo los agradecimientos más tiernos. Esta vez quiero darte las gracias por enseñarme a beber como una campeona. Al final, esas referencias al *whiskEy* me vinieron de perlas. ;)

A Beau Taplin, gracias por inspirarme con tus palabras y por dejarme citar mi poema favorito de todos los tiempos en esta historia. Marcó el tono, y agradezco tener tu bendición.

Oh, Kellee Fabre. Estás aquí desde el principio y que Dios me ayude si algún día decides que ya estás harta de mis cosas. ¡Ja, ja, ja! Gracias por amenazarme MÁS agresivamente que nunca esta vez.

Tus mensajes (aterradores) pero llenos de cariño le dan sentido a mi vida.

Al resto del equipo beta: Monique Buntin, Ashlei Davison, Jess Vogel, Maegan Abel, Kristen Novo, Tina Lynne, Patricia Leibowitz (REINA DE LA MENTA), Sara Butler y Sahar Bagheri. UFFF. No bromeaba cuando dije que tenía al equipo A en esto. De verdad OS HABÉIS SALIDO con esta lectura beta. Me disteis el mejor *feedback* y os lo agradezco. TAMBIÉN me provocasteis un montón de emociones, con mensajes de voz, textos, llamadas y fotos con mocos, y lágrimas. Gracias por sumergiros en este mundo conmigo y amarlo tanto como yo. Os estoy muy agradecida a cada una de vosotras.

A Elaine York, mi increíble editora y maquetadora. Puede que yo dé vida a mis historias, pero tú les das frescura y belleza, y estoy muy agradecida de haberte encontrado. Tus alentadoras notas de edición me hicieron latir el corazón más rápido. ¡Por favor, nunca me dejes!

La mitad de vosotras probablemente no habríais comprado este libro sin la preciosa fotografía de Lauren Perry, de Perrywinkle Photography. Tu talento y tu alma me dejan alucinada, Lauren, y espero que podamos trabajar juntas durante muchos años.

Erin Spencer, ¿por dónde empiezo contigo? Gracias por promocionarme como si te fuera la vida en ello. Y gracias por tus mensajes de voz mientras leías este libro. Jamás había soltado un grito en el supermercado, pero supongo que todo tiene una primera vez. ;) Nuestra amistad es de mis favoritas. ¡Te quiero!

A mi Pequeña Escriba Cassie Graham, gracias por preocuparte por mí mientras escribía *Una carta de amor imposible* y por tener siempre palabras dulces hacia mi escritura. También hemos estado juntas desde el principio, y sé que seguiremos hasta el final.

Angie Doyle McKeon, ¡mi ABEJITA! No te imaginas lo feliz que me hace ver un mensaje tuyo en mi bandeja de entrada, sea sobre libros o no. Gracias por llegar a mi vida y, por favor, di que te quedarás para siempre. ¡Te adoro!

Un aplauso para Jessica McBee por perseguir tus sueños con tanta fuerza que me entraron ganas de levantarme y perseguir los míos. Me inspiras tanto como yo a ti, querida, y adoro tu alma. Gracias por tu amistad.

Un enorme agradecimiento al equipo de Give Me Books por acogerme para la promo. El que os unierais a Southern Belle Book Blog fue como montar un unicornio mágico por una carretera de arcoíris.

A los dos grupos que me mantienen en pie —Tribe y Kandiland—. Estoy... completamente alucinada de haber conseguido rodearme de las mujeres (y el hombre: ¡Sí, me refiero a ti, Chase!) más inspiradoras del mundo. Me presionáis cuando quiero rendirme, me abrazáis cuando me falta el aire, y descorcháis champán cuando toca celebrar. Gracias por estar siempre ahí.

Y, como siempre, gracias a Dios por bendecirme con un corazón de escritora y un alma de soñadora. Rezo para que siempre me mantenga humilde, agradecida y amable.

Sobre la autora



KANDI STEINER es una autora *bestseller* según Amazon y *USA Today.*

Vive en Tennessee y se la conoce por escribir historias que son auténticas montañas rusas emocionales; le encanta dar vida a personajes imperfectos y escribir sobre romances reales y crudos, en sus múltiples formas. No hay dos libros de Kandi Steiner iguales, y si eres un amante de las lecturas adictivas, emotivas e inspiradoras, ella es tu chica.

Cuando Kandi no está escribiendo, la encuentras leyendo libros, planificando su próxima aventura o bailando. Le gusta la música en vivo, viajar, dar caminatas largas por la naturaleza, hacer yoga y pasar tiempo de calidad con su familia.

Una carta de amor imposible
Kandi Steiner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *A LOVE LETTER TO WHISKY: FIFTH ANNIVERSARY EDITION* ("Book 1")
© del texto: Kandi Steiner, 2016, 2021.
© de la cubierta: Imágenes de cubierta: Hanka Steidle / Arcangel Images y Shutterstock.
© de la traducción: Cristina Carro, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31875-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
PARTE 1
- Cita
- Prólogo. Recaída
- 1. Primer encuentro
- 2. El gusanillo
- 3. Solo un sorbito
- 4. Madurado en barrica
- 5. Una mancha
- 6. El regusto
- 7. Agua de vida
- 8. A palo seco
- 9. Jack Daniel’s
- 10. Resaca
- 11. Sobria
- 12. Una noche con el escocés
- 13. La «e» de Whiskey
- 14. Con hielo
- 15. La parte del ángel
- 16. Rehabilitación
- 17. Mi taza de té
- 18. Los temblores
- 19. Limpia
- 20. Medicina
- 21. El programa de los doce pasos
- 22. La debilidad de Wilson
- 23. Carta de amor a Whiskey
- Epílogo. La última gota

PARTE 2
- Cita
- Prólogo

1. Asesino
2. El pacto
3. Lo siento por no sentirlo
4. Nosotros y alguien más
5. Los juegos que jugamos
6. Esta noche y algún otro día
7. Tocado por los ángeles
8. El juego de la espera
9. No vas a casarte con nadie que no sea yo
10. El peor final del mundo
11. Felices para siempre

Epílogo

Contenido Extra

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos